La Piedra Lunar

Wilkie Collins

LE LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

El día de su decimonoveno cumpleaños, Rachel Verinder recibe de su difunto tío, el coronel Herncastle, un dudoso héroe de las campañas militares del imperio Británico en la India, un esplendoroso legado: un diamante enorme, valorado en 30.000 libras, cuyo brillo crece o mengua en consonancia con las fases lunares. Lo que no sabe Rachel es que esta joya es producto de un robo sacrílego y que acarrea una maldición. La misma noche en que la recibe tiene ocasión de comprobar que se trata en realidad de un regalo envenenado: el diamante desaparece y siembra la confusión, la desconfianza, la codicia y la muerte en una familia hasta entonces bien avenida. Admirada por T. S. Eliot, Borges o P. D. James, entre tantos otros, La Piedra Lunar (1868) no sólo goza de un lugar de honor en la tradición de la novela detectivesca, sino que es una fantasía más bien cáustica sobre los hechos y consecuencias del colonialismo. En ella tanto el «botín de guerra» como el opio tienen un papel decisivo en el desarrollo de su enrevesada —si bien implacable— trama. Wilkie Collins escribió un clásico —que hoy presentamos en una nueva traducción de Catalina Martínez Muñoz — donde la pasión de la experiencia y el desafío a lo creíble se oponen a los estragos de la mentalidad utilitaria. Ésta no es una novela para personas que tienen «la misma imaginación que una vaca». Los lectores amantes de los misterios y las sensaciones la agradecerán.

LELIBROS

Wilkie Collins

La piedra lunar

ePub r1.0
Oxobuco 23.04.14

In memoriam matris

Nota al texto

La piedra lunar se publicó primeramente por entregas en el semanario de Dickens *All The Year Round*, del 4 de enero al 8 de agosto de 1868, y luego en forma de libro, en tres volúmenes, en julio de ese mismo año (William Tinsley, Londres). Collins revisó el texto para una segunda edición en un solo volumen que se publicó en 1871 (Smith, Elder; Londres) y sobre la que se basa la presente traducción.

Prólogo a la primera edición (1868)

Algunas de mis novelas anteriores proponían analizar la influencia que ejercen las circunstancias sobre la personalidad. Esta vez el proceso es el inverso. La presente historia trata de analizar la influencia que ejerce la personalidad sobre las circunstancias. Las reacciones que despierta en una muchacha una emergencia inesperada proporcionan los cimientos sobre los cuales se asienta este libro.

El mismo propósito anima el tratamiento de los demás personajes que aparecen en estas páginas. El curso de sus pensamientos y de sus actos en las circunstancias en que se ven inmersos resulta ser (como muy probablemente sucedería en la vida real) unas veces acertado y otras veces errado. En ambos casos su conducta determina por igual el rumbo de aquellas partes de la narración en las que participan.

Por este mismo principio se rige el experimento psicológico que ocupa un lugar destacado en las escenas finales de *La Piedra Lunar*. Después de establecer, mediante la consulta de determinados libros y la ayuda de autoridades en la materia, cuál habría sido el desenlace real de dicho experimento, me he abstenido de aprovecharme del privilegio del novelista, que consiste en especular sobre los posibles resultados, y he dado forma al relato con el objeto de que éste crezca a partir de lo que efectivamente habría ocurrido en realidad, lo cual, me permito informar a mis lectores, es también lo que ocurre en estas páginas.

En lo que concierne a la historia del diamante, tal como aquí se presenta, reconozco que se basa, en algunos detalles de importancia, en las historias verídicas de dos diamantes reales europeos. La fabulosa piedra que adorna el Cetro de la Rusia Imperial fue en otro tiempo el ojo de un ídolo hindú. El famoso Koh-i-Noor también se tiene por una de las gemas sagradas de la India, y, aún más, era objeto de una predicción que profetizaba la desgracia para quienes la despojaran de sus usos antiguos[1].

Gloucester Place, Portman Square,
30 de junio de 1868

Prólogo a una nueva edición (1871)

Las circunstancias en las que se escribió *La Piedra Lunar* han conferido a esta novela —a juicio de su autor— un interés propio y singular.

Mientras la obra seguía publicándose periódicamente en Inglaterra y Estados Unidos, y cuando aún no se había completado más de un tercio de la historia, la más amarga aflicción de mi vida y la enfermedad más grave que he sufrido hasta la fecha me abatieron al mismo tiempo. A la vez que mi madre agonizaba en su casa de campo, yo me vi postrado en Londres, paralizado en las extremidades por un atroz ataque de gota. Abrumado por esta doble calamidad, no podía sin embargo olvidar mis obligaciones con el público. Mis buenos lectores en Inglaterra y América, a quienes nunca había defraudado, aguardaban con avidez sus entregas semanales de la historia. Y seguí trabajando, por mi bien y por el suyo. En las treguas del dolor, en los ocasionales intervalos en que éste remitía, dictaba desde mi lecho esa parte de *La Piedra Lunar* que tanto ha divertido al público: la « Narración de la señorita Clack» . Nada diré del sacrificio físico que este esfuerzo me costó. Si vuelvo sobre él es para agradecer el alivio que dicha ocupación (forzosa como era) procuró a mi ánimo. El arte, que hasta ese momento había sido el mayor orgullo y el mayor placer de mi existencia, se convirtió en este trance más que nunca « en su mayor recompensa» . No sé si habría vivido para escribir otro libro si la responsabilidad de la entrega semanal no me hubiera forzado a hacer acopio de mi exigua energía física y mental, pues cierto es que secó mis lágrimas inútiles y me ayudó a doblegar la crueldad del dolor.

Terminada la novela, esperé la acogida del público con una expectación que no había sentido antes ni he vuelto a sentir después con ninguno de mis libros. Si *La Piedra Lunar* hubiera fracasado, mi sufrimiento habría sido en verdad mucho más difícil de sobrellevar. La recepción del libro tanto en Inglaterra como en Estados Unidos y en la Europa continental fue instantánea y universalmente favorable. Nunca he tenido mejores razones que las que este libro me ha dado para sentirme agradecido a los lectores de todos los países. En todas partes mis personajes cosecharon simpatías y mi narración despertó un vivo interés. En todas partes el público ha pasado por alto mis errores y me ha recompensado con creces por el arduo trabajo que supuso escribir estas páginas en los momentos

más oscuros de la enfermedad y la pena.

Sólo me resta añadir que la presente edición se ha beneficiado de una revisión minuciosa. Todo cuanto me es posible hacer para que el libro siga gozando de la aprobación de los lectores queda por tanto hecho.

W. C., mayo, 1871

Prólogo

La toma de Sirangapatna (1799)
Extracto de un documento familiar

I

Dirijo estas líneas, escritas en la India, a mis parientes en Inglaterra.

Su propósito es explicar el motivo que me ha llevado a retirarle mi amistad a mi primo John Herncastle. La discreción que hasta el momento he guardado en torno a este asunto ha sido malinterpretada por algunos miembros de mi familia cuya buena opinión de ningún modo quiero perder. Les ruego que pospongan su juicio hasta que hayan leído mi relato, y declaro, bajo palabra de honor, que lo que me dispongo a exponer es estricta y literalmente cierto.

Las diferencias personales entre mi primo y yo comenzaron a manifestarse en un gran acontecimiento público en el que ambos participamos: la toma de Sirangapatna, a las órdenes del general Baird, el 4 de mayo de 1799.

Con el fin de que las circunstancias se comprendan con claridad, debo volver por un momento al período anterior a este suceso y a las leyendas que circulaban por el campamento sobre el tesoro en oro y joyas almacenado en el palacio de Sirangapatna.

II

Una de las historias más disparatadas guardaba relación con un diamante amarillo: una gema famosa en las crónicas populares de la India.

Las tradiciones más recientes aseguran que la piedra estaba engastada en la frente del dios de cuatro brazos que representa a la luna. En parte por su peculiar color y en parte por la superstición según la cual esta gema estaba influida por la deidad a la que adornaba, de tal suerte que su brillo crecía o menguaba en consonancia con las fases lunares, el diamante recibió el nombre por el que todavía hoy se lo conoce: la Piedra Lunar. Tengo entendido que en la Grecia y la Roma antiguas se extendió en su momento una superstición similar, si bien no se refería (como en la India) a un diamante consagrado al servicio de una deidad, sino a una piedra semitraslúcida y correspondiente a un orden gemológico

inferior, supuestamente influida por la luna, de la que también tomó el nombre por el que dicho mineral sigue conociéndose entre los coleccionistas de nuestro tiempo.

Las aventuras del diamante amarillo comienzan en el siglo XI de la era cristiana.

Fue en esta fecha cuando el conquistador mahometano Mahmud de Ghizni cruzó la India, invadió la ciudad sagrada de Somnauth y expolió los tesoros del famoso templo que en siglos anteriores fuera el santo lugar de peregrinación hinduista, además de maravilla del mundo oriental.

De todas las deidades veneradas en el templo, sólo el dios de la luna escapó a la rapiña de los conquistadores mahometanos. Custodiada por tres brahmanes, la inviolada deidad que lucía en la frente el diamante amarillo fue trasladada al abrigo de la noche a la segunda de las ciudades santas de la India, la ciudad de Benarés.

Allí se albergó en un nuevo altar, en una sala cuyas paredes se hallaban incrustadas de piedras preciosas, bajo una cubierta soportada por pilastras de oro, donde sus fieles pudieran venerarla. Y allí, la misma noche en que se completó el altar, Vishnú, el Preservador, se les apareció a los tres brahmanes en un sueño.

La deidad exhaló su aliento divino sobre el diamante que el dios portaba en su frente. Y los brahmanes se arrodillaron y ocultaron el rostro entre sus túnicas. Vishnú ordenó que tres sacerdotes custodiaran en lo sucesivo la Piedra Lunar, de día y de noche, hasta el fin de las generaciones de los hombres. Los brahmanes escucharon la orden y se plegaron ante la voluntad del dios. Vishnú predijo cierta desgracia para el fatuo mortal que osara profanar la piedra sagrada, así como para todos los miembros de su casa y linaje que de él la recibieran. Los brahmanes ordenaron que la profecía se inscribiera en letras de oro a las puertas del templo.

Tanscurrieron los siglos y, generación tras generación, los sucesores de los tres brahmanes custodiaron día y noche la valiosísima Piedra Lunar. Transcurrieron los siglos hasta que los primeros años del siglo XVII de la era cristiana presenciaron el reinado de Aurungzebe, emperador de los mongoles. El caos y la rapiña asolaron una vez más bajo su régimen los templos del culto a Brahma. El altar del dios de los cuatro brazos se mancilló con el sacrificio de animales sagrados; las imágenes de las deidades se hicieron añicos, y un oficial de alto rango del ejército de Aurungzebe se apoderó de la Piedra Lunar.

Incapaces de recuperar por la fuerza el tesoro perdido, los tres sacerdotes custodios se camuflaron con el fin de seguirle el rastro. Se sucedieron las generaciones; el guerrero que había cometido el sacrilegio pereció miserablemente; la Piedra Lunar fue pasando (y su maldición con ella) de mahometano en mahometano sin ley; y contra todo cambio y todo azar, los sucesores de los tres brahmanes permanecieron fieles a su misión, a la espera del

día en que la voluntad de Vishnú, el Preservador, les restituyera su piedra sagrada. Corrieron los años de principio a fin del siglo XVIII cristiano. El diamante cayó en poder de Tippoo, sultán de Sirangapatna, quien quiso usarlo como ornamento en la empuñadura de una daga y ordenó que se guardara entre los tesoros más preciados de su armería. Incluso entonces —en el palacio del propio sultán—, los sacerdotes prosiguieron su secreta vigilancia. Eran tres oficiales de la casa de Tippoo, extraños para los demás, que se ganaron la confianza de su señor adoptando, o fingiendo adoptar, la fe musulmana; y a estos tres individuos apuntan las crónicas como los tres sacerdotes camuflados.

III

Así se contaba en nuestro campamento la fabulosa historia de la Piedra Lunar. A ninguno nos impresionó demasiado, con la excepción de mi primo, cuyo entusiasmo por lo maravilloso lo indujo a tomarla por cierta. En la víspera del asalto a la fortaleza se enfureció incomprensiblemente, conmigo y con otros, cuando afirmamos que dicha historia no era más que una leyenda. Se desencadenó una absurda riña, y a Herncastle le pudo su desafortunado temperamento. Con su jactancia habitual declaró que, si el ejército inglés tomaba el palacio de Sirangapatna, veríamos el diamante en uno de sus dedos. La ocurrencia se recibió con carcajadas, y ahí, eso pensamos todos aquella noche, terminó la cosa.

Permitidme que pase ahora al día del combate.

Mi primo y yo nos separamos desde el primer momento. No lo vi cuando vadeamos el río, ni cuando plantamos la bandera de Inglaterra en la primera brecha, ni cuando cruzamos el foso, ni cuando, combatiendo para abrirnos camino palmo a palmo, entramos en la ciudad. Empezaba a caer la noche cuando, después de que hubiéramos tomado la plaza y de que el propio general Baird hallase el cuerpo de Tippoo bajo un montón de cadáveres, me encontré con Herncastle.

Por orden del general, nos asignaron a cada uno al mando de un destacamento distinto para contener el pillaje y la confusión que siguió a la conquista. Los simpatizantes de nuestras tropas incurrieron en deplorables excesos y, lo que es peor, la propia soldadesca encontró la forma de colarse por una puerta sin custodiar hasta la cámara donde se guardaban los tesoros del palacio, y una vez allí se cargó de oro y joyas. Fue en el patio que se extendía junto a la sala del tesoro donde mi primo y yo nos encontramos, con la misión de imponer disciplina entre los soldados. Pude ver claramente que el fogoso carácter de Herncastle se había exacerbado hasta el frenesí por la reciente matanza que acabábamos de vivir. Es mi opinión que en modo alguno se hallaba

en condiciones de llevar a cabo la tarea que se le había encomendado.

El desorden y la confusión reinaban en la sala del tesoro, aunque no presencié ningún acto de violencia. Los hombres (si es que cabe emplear tal expresión) se deshonraron con alegría. Intercambiaban toda suerte de chanzas y consignas, y la historia del diamante volvió a surgir inesperadamente como una broma traviesa. «¿Quién ha cogido la Piedra Lunar?», era la voz que sin cesar trasladaba la ofensiva, no bien el saqueo cesaba en una parte, a otro lugar de la sala. Mientras me esforzaba en vano por restablecer el orden, oí un alarido aterrador al otro lado del patio, y al punto salí corriendo en dicha dirección, temeroso de que el pillaje se hubiese desatado también allí.

Junto a una puerta abierta hallé los cadáveres de dos hindúes (por su indumentaria supuse que oficiales del palacio) tendidos en el suelo.

Un grito procedente del interior me urgió a entrar en la sala que resultó ser la armería. Un tercer hindú, herido de muerte, caía a los pies de un hombre del que yo sólo veía la espalda. El hombre se volvió entonces, y vi a John Herncastle, con una antorcha en una mano y una daga ensangrentada en la otra. Una piedra engastada en el extremo de la empuñadura refulgió como una llama a la luz de la antorcha cuando Herncastle se volvió a mí. El hindú agonizante se aferró a sus rodillas, señaló la daga y dijo, en su lengua nativa: «¡La Piedra Lunar se vengará de ti y de los tuyos!». Pronunció estas palabras y cayó fulminado.

Antes de que pudiera yo reaccionar, los hombres que me habían seguido desde el otro lado del patio entraron en tropel. Mi primo corrió a su encuentro, enloquecido: «¡Despeja la sala! —me ordenó a voces—. ¡Y pon un guardia en la puerta!». Los hombres retrocedieron al ver que se abalanzaba sobre ellos con la antorcha y la daga. Aposté dos centinelas de mi propia compañía en los que podía confiar para custodiar la entrada. No volví a ver a mi primo en toda la noche.

A primera hora de la mañana, como el saqueo continuaba, el general Baird anunció públicamente, con redoble de tambores, que cualquier ladrón sorprendido en el acto, fuera quien fuese, sería ahorcado sin contemplaciones. El mariscal de campo aguardaba allí mismo, para demostrar que el general hablaba en serio, y entre la multitud que se había congregado para escuchar la proclama volví a encontrarme con Herncastle.

Me tendió la mano como de costumbre y me dio los buenos días.

Vacilé unos segundos antes de tenderle la mía.

—Primero dime —le pedí— cómo murió el hindú que estaba en la armería y qué significaban sus últimas palabras, cuando señaló la daga que tenías en la mano.

—El hindú murió, supongo, a consecuencia de una herida mortal —dijo Herncastle—. Y, en cuanto al significado de sus últimas palabras, sé tan poco como tú.

Lo miré fijamente. Todo su frenesí de la víspera se había extinguido por completo. Decidí darle una nueva oportunidad.

—¿Es eso todo lo que tienes que decirme? —pregunté.

—Eso es todo.

Le volví la espalda, y desde entonces no hemos vuelto a hablar.

IV

Ruego que se comprenda que lo que aquí refiera acerca de mi primo (a menos que por alguna razón surgiera la necesidad de hacerlo público) es exclusivamente para conocimiento de la familia. Nada me ha dicho Herncastle que pueda justificar mi exposición del caso al oficial de mando. Más de una vez ha sido hostigado a causa del diamante por quienes recuerdan su ataque de ira la víspera del asalto, pero, como es fácil suponer, su propio recuerdo de las circunstancias en las que yo lo sorprendí en la armería ha bastado para que él guarde silencio. Se rumorea que tiene intención de trasladarse a otro regimiento, según él mismo ha reconocido, con el propósito de separarse de mí.

Tanto si fuera cierto como si no, no me decido a acusarlo, y creo que por buenas razones. Si hiciera público el asunto, no podría ofrecer otro testimonio que no sea de índole moral. No sólo carezco de pruebas de que matara a los dos vigías apostados en la entrada; ni siquiera puedo declarar que matara al tercero, puesto que no lo vi con mis propios ojos. Es cierto que oí las palabras del hindú cuando agonizaba, pero, si se tomaran por desvaríos propios del delirio, ¿cómo podría refutar dicha afirmación, a la luz de mis conocimientos? Dejemos que nuestros parientes se formen su propia opinión sobre lo que acabo de relatar y juzguen por sí mismos si la aversión que ahora me inspira este hombre está o no justificada.

Aun no dando crédito alguno a la fantástica leyenda hindú que se refiere al diamante, debo reconocer antes de concluir que me veo influido por cierta superstición personal en este caso. Tengo la convicción, o la ilusión, lo mismo da, de que el delito siempre acarrea fatalidad. No sólo estoy seguro de la culpabilidad de Herncastle, sino que me atrevo a creer que vivirá para lamentarlo si se empeña en conservar ese diamante; tal como otros vivirán para lamentar el hecho de aceptarlo de sus manos, si es que algún día decide desprenderse de él.

El relato

Primera época:
La desaparición del diamante (1848)
Lo hechos relatados por Gabriel Betteredge,
administrador al servicio de lady Julia Verinder

CAPÍTULO I

En la primera parte de *Robinson Crusoe*, página ciento veintinueve, puede leerse lo siguiente: « Entonces, aunque demasiado tarde, comprendí el desatino de emprender una empresa sin haber calculado previamente sus costes y sin haber juzgado debidamente nuestra fortaleza para acometerla» .

Ayer mismo abrí mi ejemplar de *Robinson Crusoe* por esa página. Y esta mañana (21 de mayo de 1850) llegó el sobrino de mi señora, el señor Franklin Blake, para tener una breve conversación conmigo, que transcurrió así:

—Betteredge —dijo el señor Franklin—, he ido a ver a mi abogado para tratar algunos asuntos de la familia y, entre otras cosas, hemos hablado de la desaparición del diamante hindú acaecida hace dos años en casa de mi tía, en Yorkshire. El señor Bruff opina, como yo, que en interés de la verdad esta historia debería consignarse por escrito, y cuanto antes mejor.

Sin percatarme todavía de sus intenciones, y pensando que en aras de la paz y la tranquilidad siempre era preferible ponerse de parte de la ley, contesté que yo también lo creía. El señor Franklin continuó.

—Por culpa de este enredo del diamante, varias personas inocentes ya han sido objeto de sospechas, como usted sabe. El buen nombre de esas personas puede verse perjudicado en el futuro a falta de una crónica de los hechos a la que puedan recurrir quienes vengan después de nosotros. No cabe duda de que esta extraña historia de nuestra familia tiene que contarse. Y creo, Betteredge, que el señor Bruff y yo hemos dado con la mejor manera de hacerlo.

Muy satisfactorio para ambos, sin duda, pero yo seguía sin ver cuál era mi papel en esta diligencia.

—Tenemos que relatar algunos hechos —prosiguió el señor Franklin— y para ello contamos con algunas personas que se han visto afectadas y por tanto se hallan en disposición de referirlos. La idea es que, a partir de los hechos objetivos, cada uno de nosotros escriba la historia de la Piedra Lunar ciñéndose

estrictamente a su experiencia personal del caso, y sin pasar de ahí. Tendremos que empezar por demostrar cómo cayó el diamante en manos de mi tío Herncastle, cuando se encontraba en la India sirviendo en el ejército, hace cincuenta años. Este relato preliminar ya obra en mi poder en forma de antiguo documento familiar, en el que se recogen los detalles pertinentes con el conocimiento de causa de un testigo presencial. A continuación tenemos que explicar cómo llegó el diamante a casa de mi tía en Yorkshire, hace dos años, y cómo desapareció en poco más de doce horas después de su llegada. Nadie sabe más que usted, Betteredge, respecto a lo que ocurrió ese día en la casa. Por eso debe tomar la pluma y comenzar la historia.

De este modo se me informó de cuál era mi cometido en la cuestión del diamante. Si sienten ustedes curiosidad por saber qué rumbo decidí tomar dadas las circunstancias, me permitiré decirles que hice lo que probablemente hubieran hecho ustedes en mi lugar. Me declaré modestamente incapaz de acometer la tarea que se me imponía, si bien en mi fuero interno me sabía en todo momento más que apto para llevarla a cabo, siempre que les brindara a mis facultades una oportunidad justa. Creo que el señor Franklin debió de ver reflejados en mi expresión estos íntimos sentimientos, pues se negó a creer en mi modestia e insistió en que les brindara a mis facultades una justa oportunidad.

Han pasado dos horas desde la partida del señor Franklin. En cuanto me dio la espalda me dirigí a mi escritorio con la intención de iniciar el relato. Aquí sigo, impedido (a pesar de mis facultades), percibiendo lo mismo que percibió *Robinson Crusoe*, tal como se ha citado más arriba: esto es, el desatino de emprender una empresa sin haber calculado previamente sus costes y sin haber juzgado debidamente nuestra fortaleza para acometerla. Téngase la bondad de recordar que abrí el libro al azar por este pasaje sólo un día antes de aceptar precipitadamente el cometido que ahora tengo entre manos, y permítaseme preguntar: si esto no es una profecía, ¿qué es entonces?

No soy supersticioso. He leído un buen número de libros a lo largo de mi vida. Soy, a mi manera, un hombre culto. Aunque ya he cumplido los setenta, cuento con una memoria activa y unas piernas que todavía me responden. Así las cosas, ruego que no se tome como opinión de un hombre ignorante si afirmo que jamás se ha escrito un libro comparable a *Robinson Crusoe* y que jamás volverá a escribirse. Llevo años poniendo a prueba ese libro —generalmente en compañía de una pipa de tabaco— y en él he encontrado siempre a un amigo ante cualquier necesidad de esta existencia mortal. Cuando estoy alicaído: *Robinson Crusoe*. Cuando quiero consejo: *Robinson Crusoe*. En el pasado, cuando mi mujer me atormentaba; en el presente cuando he bebido un trago de más: *Robinson Crusoe*. Seis recios ejemplares de *Robinson Crusoe* han sucumbido ya a la ardua tarea de trabajar a mi servicio. Mi señora me regaló el séptimo por mi último

cumpleaños. Bebí un trago de más, envalentonado por la ocasión, y *Robinson Crusoe* volvió a enderezarme. Cuesta cuatro chelines y seis peniques, está encuadernado en azul y hasta lleva una ilustración en la cubierta.

Sin embargo, no parece que ésta sea la mejor manera de empezar la historia del diamante, ¿verdad? Da la impresión de que estoy divagando en busca de sabe Dios qué, sabe Dios dónde. Si el lector me lo permite, tomaré otra cuartilla y empezaré de nuevo, con el mayor de mis respetos.

CAPÍTULO II

Ya me he referido a mi señora un par de líneas más arriba. Ahora bien, el diamante jamás habría llegado a nuestra casa, de donde desapareció, si alguien no se lo hubiera regalado a la hija de mi señora, y su hija jamás habría llegado a existir para recibir este regalo de no haber sido por mi señora, que (con esfuerzo y dolor) la trajo al mundo. Por consiguiente, si empezamos por mi señora tenemos la certeza de empezar por el principio. Y eso, si se me permite, es un gran consuelo a la hora de cumplir un encargo como el que ha caído en mis manos.

Quien conozca un poco los círculos de moda habrá oído hablar de las hermosas señoritas Herncastle: Adelaide, Caroline y Julia. Esta última es la menor y, en mi opinión, la mejor de las tres hermanas, y ahora se verá que he tenido ocasión de comprobarlo. Entré al servicio del anciano lord, su padre (gracias a Dios que ya no está entre nosotros para presenciar este enredo, pues no he conocido hombre, ni rico ni pobre, que tuviera una lengua más larga y una paciencia más corta), entré, como iba diciendo, en calidad de paje de las tres honorables señoritas, a la edad de quince años. Allí viví hasta que la señorita Julia contrajo matrimonio con el difunto sir John Verinder, un hombre excelente que tan sólo necesitaba una persona que supiera gobernarlo, y aquí, en confianza, tengo que decir que la encontró. No sólo la encontró sino que le sentó de maravilla: engordó, vivió feliz y murió sin sufrimiento, desde el día en que dicha señorita lo llevó al altar, hasta el día en que lo reconfortó cuando le llegó la hora de exhalar su último aliento y le cerró los ojos para siempre.

He omitido señalar que cuando la señorita Julia se casó me establecí a su servicio, en la casa y en las tierras de su marido. « Sir John —dijo la señorita—. No puedo prescindir de Gabriel Betteredge.» « Señora —dijo sir John—, tampoco yo puedo prescindir de él.» Así se conducía él con ella, y así fue como entré al servicio de este caballero. A mí lo mismo me daba estar en un sitio que en otro, con tal de seguir con mi señora.

Viendo que ella se interesaba por el trabajo al aire libre, por las tareas agrícolas y otras cosas por el estilo, también yo empecé a interesarme, puesto que era el séptimo hijo de un pequeño granjero. Mi señora me nombró capataz de sus tierras: puse todo mi empeño, agradé y en poco tiempo fui ascendido. Al cabo de algunos años, puede que fuese un lunes, mi señora dijo: « Sir John, su administrador es un viejo estúpido. Ofrézcale una buena pensión y que Gabriel Betteredge se ocupe de las fincas» . El martes, sir John dijo: « Señora, le he ofrecido una buena pensión al administrador y el puesto es para Gabriel

Betteredge». Se oye hablar hasta la saciedad de lo infelices que son los matrimonios. Pues bien, he aquí un ejemplo de lo contrario. Sirva esto de advertencia para unos y de acicate para otros. Entre tanto, proseguiré con mi relato.

Bueno, ahí estaba yo, viviendo a lo grande, dirán ustedes. Ocupando un puesto de confianza y de honor, con mi propia casita, dedicando las mañanas a mis rondas por las tierras, las tardes a la contabilidad y las noches a mi pipa y mi *Robinson Crusoe*, ¿qué más podía necesitar para ser feliz? Conviene recordar lo que Adán echaba de menos cuando estaba solo en el Jardín del Edén y, si a él nadie le culpa, tampoco a mí debe culpárseme.

Puse mis ojos en la mujer que se ocupaba de mis tareas domésticas. Selina Goby se llamaba. Coincido con el difunto William Cobbett en cómo debe elegirse a la mujer con la que uno piensa casarse. Ver que mastica bien la comida y que pisa con pie firme es suficiente. Selina Goby era perfecta en ambos sentidos, y ésa fue una de las razones por las que decidí casarme con ella. Hubo asimismo otra razón, que descubrí por medios enteramente propios. Siendo Selina soltera, yo tenía que pagarle un tanto a la semana por su manutención y sus servicios. Siendo mi mujer, no podría cobrarme por la manutención y tendría que servirme a cambio de nada. Tal fue el punto de vista que adopté. Economía… con una pizca de amor. Me sentí en el deber de exponerle el caso a mi señora tal cual me lo había expuesto a mí mismo.

—Últimamente he pensado mucho en Selina Goby —dije—, y creo, señora, que sería más económico casarme con ella que conservarla a mi servicio.

Mi señora soltó una carcajada y dijo que no sabía qué le asombraba más, si mis palabras o mis principios. Supongo que debió de hacerle gracia, cosa que sólo ocurre cuando se es una persona de categoría. No deduje otra cosa sino que gozaba de libertad para hablar con Selina, y en consecuencia así lo hice. ¿Y cuál fue su respuesta? ¡Dios mío! ¡Qué poco deben de conocer ustedes a las mujeres si preguntan tal cosa! Naturalmente dijo que sí.

Conforme se acercaba la fecha de la boda y empezó a hablarse de que necesitaba un traje nuevo para la ceremonia me asaltaron las dudas. He contrastado opiniones con otros hombres sobre lo que sintieron al verse en una situación tan importante como la mía. Todos han reconocido que, una semana antes de la fecha señalada, anhelaron en privado liberarse del compromiso. Yo fui un poco más allá. Lo cierto es que di un paso al frente, por así decir, con intención de liberarme. ¡Claro que no de cualquier manera! Era un hombre demasiado justo para esperar que ella me soltara sin más. Una de las leyes inglesas obliga al hombre a compensar a la mujer cuando éste la deja plantada. En obediencia a las leyes y tras las oportunas reflexiones, le ofrecí a Selina Goby un colchón de plumas y cincuenta chelines para rescindir el acuerdo. Cuesta creerlo, pero es la pura verdad: fue tan tonta que rechazó la oferta.

Entonces, como es natural, di el asunto por zanjado. Me compré un traje nuevo, el más barato que pude encontrar, y afronté los gastos restantes de la manera más económica posible. No fuimos un matrimonio feliz, pero tampoco desdichado. Fuimos seis de lo uno y media docena de lo otro. No alcanzo a explicarme cómo, pero lo cierto es que siempre, por los mejores motivos, nos cruzábamos el uno en el camino del otro. Que quería yo subir las escaleras, a mi mujer le daba por bajarlas mientras yo subía; o era ella la que quería bajar cuando a mí me daba por subir. Así es la vida conyugal, según mi experiencia.

Tras cinco años de malentendidos en las escaleras, quiso la Providencia en su todopoderosa sabiduría liberarnos al uno del otro llevándose a mi mujer. Quedé viudo, con mi pequeña Penelope y sin más hijos. Poco después falleció también sir John, y mi señora quedó viuda con su hijita, la señorita Rachel, y sin más hijos. Con escaso provecho habré hablado hasta aquí de mi señora si es preciso señalar que en tales circunstancias ella misma se ocupó de cuidar de mi pequeña, que la envió a la escuela, donde se la educó para que fuera una muchacha lista y, cuando tuviera edad suficiente, se convirtiera en doncella personal de la señorita Rachel.

En lo que a mí respecta, seguí atendiendo mis ocupaciones como administrador año tras año, hasta el día de Navidad de 1847, fecha en que aconteció un cambio en mi vida. Ese día, mi señora se invitó a tomar una taza de té conmigo a solas, en mi casita. Me hizo ver que, contando desde el día en que entré al servicio del difunto lord, en mi condición de paje, llevaba más de cincuenta años trabajando para ella, y me puso en las manos un precioso chaleco de lana que ella misma había confeccionado, para que no pasara frío en los crudos inviernos.

Recibí este magnífico obsequio sin encontrar las palabras con que agradecerle el honor que me hacía. Para mi sorpresa, resultó que el chaleco no era un honor sino un soborno. Mi señora había descubierto, antes de que yo mismo me diera cuenta, que me estaba haciendo viejo y vino a mí casa para camelarme (si se me permite la expresión), con el fin de que abandonara el duro trabajo de capataz al aire libre y pasara plácidamente el resto de mis días como administrador y jefe de la servidumbre. Me resistí con todas mis fuerzas a la indignidad de llevar una vida cómoda, pero ella conocía muy bien mi punto débil: lo formuló como un favor personal. La discusión concluyó cuando yo, como un viejo tonto, me sequé los ojos con mi chaleco de lana nuevo y le dije que lo consideraría.

Tal era mi confusión cuando la señora se hubo marchado, tanto temía considerar su propuesta, que decidí aplicar el remedio que nunca me había fallado en casos de duda y de emergencia. Encendí mi pipa y di un paseo por el universo de *Robinson Crusoe*. No llevaba ni cinco minutos enfrascado en la lectura de este libro extraordinario cuando di con un pasaje muy reconfortante

(página ciento cincuenta y ocho) que dice así: « Amamos hoy lo que odiamos mañana» . Y al momento vi mi camino con toda claridad. Hoy me mostraba totalmente partidario de seguir supervisando el trabajo en las tierras; mañana, según la autoridad de *Robinson Crusoe*, desearía justo lo contrario. ¡Tan sencillo como imaginar el día de mañana con el humor del día de mañana! Aliviado mi espíritu de esta manera, esa noche me acosté capataz de lady Verinder y a la mañana siguiente me levanté administrador y jefe de servicio. ¡Todo cómodamente, y todo gracias a *Robinson Crusoe*!

Mi hija acaba de asomarse a mirar por encima de mi hombro para ver lo que he escrito hasta el momento. Asegura que está muy bien escrito y que es cierto de principio a fin. Pero tiene una objeción. Dice que lo que he escrito hasta aquí no es ni mucho menos lo que se me ha pedido. Se me ha pedido que relate la historia del diamante, y en su lugar estoy contando la historia de mi vida. Es curioso, y no acierto a explicarlo. Me gustaría saber si a esos caballeros que se ganan la vida escribiendo libros también les sucederá que su persona se entromete en los asuntos que tratan, como me sucede a mí. De ser así los compadezco. Y entre tanto, he aquí otro falso comienzo y otro desperdicio de buen papel de escribir. ¿Qué debo hacer? No se me ocurre nada, salvo que ustedes no pierdan la paciencia y me permitan empezar la narración por tercera vez.

CAPÍTULO III

He tratado de resolver por dos vías distintas la cuestión de cómo iniciar esta historia. La primera ha consistido en rascarme la cabeza, lo cual no me ha conducido a nada. La segunda ha sido consultar con mi hija Penelope, y eso me ha dado una idea enteramente nueva.

Penelope es de la opinión de que debo consignar lo que ocurrió por orden cronológico, día tras día, a partir de la fecha en que recibimos la noticia de que se esperaba la visita del señor Franklin Blake. Es asombroso lo que la memoria es capaz de recordar bajo la coacción de concentrarse en una fecha determinada. La única dificultad estriba en dar con las fechas. Penelope se ha ofrecido a prestarme su ayuda en este punto, consultando para ello el diario que le enseñaron a llevar en la escuela y que sigue escribiendo desde entonces. A una sugerencia mía que mejora su idea original, a saber, que debería ser ella quien relatara los sucesos a partir de su propio diario, Penelope replica, con mirada furibunda y rubor en las mejillas, que su diario es estrictamente íntimo y que nadie más que ella sabrá jamás lo que en él se dice. Le pregunto a qué se refiere, y Penelope responde: « ¡Cosillas sin importancia!» . Yo digo que « amoríos» .

Comenzando, pues, según el plan de mi hija, permítaseme decir que un miércoles por la mañana, el 24 de mayo de 1848, fui llamado al gabinete de lady Verinder.

—Gabriel —dijo mi señora—, tengo una noticia que le va a sorprender. Franklin Blake ha regresado del extranjero. Ha pasado una temporada con su padre en Londres y mañana estará aquí para quedarse con nosotros hasta el mes que viene, para el cumpleaños de Rachel.

De haber tenido yo un sombrero en la mano en ese momento, nada más que el respeto me habría impedido lanzarlo al techo. No veía al señor Franklin desde que era un chiquillo, cuando vivía con nosotros en esta casa. Lo recuerdo como el niño más hermoso que jamás hiciera bailar una cometa o rompiera un cristal de ventana. La señorita Rachel, que estaba presente, y a quien le hice yo esta observación, observó a su vez que ella lo recordaba como el más atroz de los tiranos que jamás torturara a una muñeca y el más implacable de los cocheros en toda Inglaterra, por conducir a una niña exhausta, atada con una cuerda a modo de arnés. La señorita Rachel lo resumió con esta frase: « Ardo de indignación y me invade el agotamiento cuando pienso en Franklin Blake» .

Se preguntarán ustedes, naturalmente, cómo es que el señor Franklin pasó tantos años, desde que era un muchacho hasta que se hizo un hombre, fuera de su país. La respuesta es que su padre tuvo el infortunio de ser el heredero directo de

un ducado y no poder demostrarlo.

Así fue como ocurrió, en pocas palabras:

La hermana mayor de mi señora se casó con el célebre señor Blake, un hombre famoso tanto por su fortuna como por sus pleitos. Cuántos años estuvo llevando de cabeza a los tribunales de su país para que destituyeran al duque que ostentaba ilícitamente el título que a él le correspondía, los bolsillos de cuántos abogados llenó hasta reventar y cuánta discordia sembró entre personas inocentes a cuenta de si tenía derecho o no lo tenía son cosas que superan con creces mi capacidad de cálculo. Su mujer murió, y dos de sus tres hijos también murieron antes de que los tribunales se decidieran a indicarle dónde estaba la puerta y a no seguir aceptando su dinero. Cuando todo hubo concluido y el duque oficial siguió siendo el duque oficial, el señor Blake comprendió que el único modo de saldar cuentas con su país por el trato que de él había recibido consistía en no otorgarle el honor de encomendar a sus instituciones la educación de su hijo. « ¿Cómo voy a confiar en las instituciones de mi país —así lo dijo—, a la vista de cómo me han tratado las instituciones de mi país?» Añádase a lo anterior que al señor Blake le disgustaban los niños, incluido su hijo, y se verá que la situación no tenía más que un final posible. Al señorito Franklin se le apartó de nosotros y de Inglaterra, para ser educado en ese país superior que es Alemania, en instituciones en las que su padre pudiese confiar. Éste, por su parte, se quedó tan ricamente en Inglaterra, con el propósito de civilizar a sus compatriotas en el Parlamento y de hacer pública una declaración sobre el asunto del duque ilegítimo, declaración que todavía hoy no ha concluido.

¡Ya está! ¡Contado, gracias a Dios! Ni ustedes ni yo tenemos que preocuparnos más por el señor Blake padre. Dejémosle a él su ducado y ciñámonos nosotros al diamante.

El diamante nos conduce al señor Franklin hijo, que fue el medio inocente por el cual esa joya funesta llegó a nuestra casa.

Nuestro niño no se olvidó de nosotros cuando lo enviaron al extranjero. Escribía de cuando en cuando, a veces a mi señora, a veces a la señorita Rachel y a veces a mí. Habíamos hecho una transacción antes de su partida, que consistió en que yo le prestara una pelota de cuerda, una navaja de cuatro hojas y la suma de siete chelines y seis peniques, dinero que no he vuelto a ver desde entonces y que no espero volver a ver. Cuando me escribía era generalmente para pedirme más. En todo caso, sabía por mi señora cómo le iban las cosas fuera del país conforme crecía en edad y en estatura. Una vez hubo aprendido todo cuanto podían enseñarle las instituciones alemanas, pasó a las francesas y a las italianas. Entre todas lo convirtieron en una especie de genio universal, tal como yo lo veo. Escribía un poco, pintaba un poco, cantaba y componía un poco; eso sí, sospecho que pidiendo prestado en todos los casos, tal como hacía conmigo. La fortuna de su madre (setecientas libras anuales) llegó a sus manos al

alcanzar la mayoría de edad y podría decirse que se le fue como por un coladero. Cuanto más dinero recibía, más necesitaba; el señor Franklin tenía un agujero en el bolsillo que no se podía coser con nada. En todas partes era bienvenido por su carácter alegre y su facilidad de trato. Vivía acá, allá y acullá. Su dirección (según decía, era: « Lista de Correos, Europa… Conservar hasta su recogida»). En dos ocasiones decidió venir a vernos; y en dos ocasiones (salvo la presente) alguna mujer innombrable se interpuso en su camino. A la tercera lo consiguió, como puede conocerse por el anuncio de mi señora. El jueves 25 de mayo veríamos por vez primera al hombre en el que se había convertido nuestro querido niño. Venía de buena sangre, era valeroso y tenía veinticinco años, según nuestras estimaciones. Ahora ya sabe el lector tanto como yo del señor Franklin Blake, antes del momento en que llegara a nuestra casa.

El jueves fue un espléndido día de verano como nunca se había visto. Mi señora y la señorita Rachel, que no esperaban al señor Franklin hasta la hora de la cena, salieron a almorzar con unos amigos en los alrededores.

Cuando se marcharon subí a la habitación que se había preparado para nuestro invitado, con el propósito de comprobar que todo estuviera a punto. Después, como era el responsable del servicio, además de administrador (a petición propia, que conste, y porque me molestaba que otro tuviese la llave del sótano del difunto sir John), saqué unas botellas de nuestro famoso clarete Latour y las dejé al cálido aire estival para que se templaran un poco antes de la cena. Con ganas de disfrutar del mismo aire cálido —viendo que lo que es bueno para un vino viejo lo es también para un hombre viejo—, saqué mi mecedora de rejilla al patio trasero, y en ésas estaba cuando me detuvo un ruido semejante al de un tambor golpeado con suavidad en la terraza de las habitaciones de mi señora.

Rodeé el edificio hasta la terraza y allí me encontré con tres hindúes del color de la caoba, vestidos con casaca y pantalón de lino blanco, que contemplaban la casa.

Tal como pude ver al acercarme, llevaban colgados del pecho unos tambores de mano. Los acompañaba un niño inglés, rubio, con un bolso en la mano. Deduje que los hombres eran magos ambulantes y que el niño llevaba en el bolso los artilugios propios del oficio. Uno de los tres, que hablaba inglés y, todo hay que decirlo, tenía unos modales exquisitos, me informó entonces de que estaba en lo cierto. Solicitó permiso para actuar ante la señora de la casa.

No soy un viejo amargado. Soy en general totalmente partidario de la diversión, y por nada del mundo desconfiaría de una persona porque tenga la piel un poco más oscura que la mía. Pero hasta los mejores tenemos nuestras debilidades, y la mía, cuando sé que una cesta con la vajilla se encuentra fuera

de la casa, en una mesa dispuesta para comer al aire libre, me lleva a ponerme en guardia si se presenta un desconocido con unos modales superiores a los míos. Así, informé al extranjero de que la señora había salido, y le aconsejé que se marchara con el resto del grupo. Volví a mi mecedora, me instalé al sol y caí (tengo que reconocerlo) si no exactamente en un sueño profundo sí en algo muy parecido.

Me despertó mi hija Penelope, que llegó corriendo como si la casa estuviera ardiendo. ¿Qué creen ustedes que quería? Quería que ordenase de inmediato la detención de los tres magos, por la siguiente razón: sabían quién venía de Londres a visitarnos y tenían la intención de hacerle daño al señor Franklin Blake.

Me espabilé al oír el nombre del señor Franklin. Abrí los ojos y le pedí a mi hija que se explicara.

Al parecer, Penelope acababa de volver de la casa del guarda, donde había estado chismorreando con la hija de la guardesa. Las muchachas vieron salir a los hindúes seguidos del niño cuando yo les dije que se marcharan. Se les antojó que los hombres estaban maltratando al chiquillo —por ningún motivo que se me alcance, a no ser porque era guapo y delicado—, de ahí que se escondieran en el seto, entre la casa y el camino, para observar las maniobras de los forasteros. Dichas maniobras consistieron en la ejecución de las siguientes y extraordinarias operaciones.

Primero miraron camino arriba y camino abajo, para cerciorarse de que estaban solos. A continuación se volvieron los tres y se quedaron mirando la casa. Después empezaron a farfullar y a discutir en su idioma, intercambiando miradas de duda. Por fin se volvieron los tres al niño, como si esperaran que pudiese ayudarlos. Y el líder, que hablaba inglés, le dijo al chiquillo: « Dame la mano» .

Al oír tan terribles palabras, dice mi hija que no sabe cómo no se le salió el corazón del pecho. Yo pensé que sería por el corsé, pero no se lo dije. Me limité a responder: « Me has puesto la carne de gallina» . (*Nota bene*: A las mujeres les agradan estos pequeños cumplidos.)

Pues bien, cuando el hindú dijo: « Dame la mano» , el niño retrocedió, negó con la cabeza y dijo que no. El hindú, entonces, le preguntó (no con aspereza) si prefería volver a Londres y quedarse donde lo habían encontrado, durmiendo en un cesto en el mercado: hambriento, harapiento y abandonado. Parece ser que con esto se resolvió el problema. El chiquillo alargó la mano. El hindú se sacó entonces un frasco del pecho y derramó un líquido negro como la tinta en la palma de la mano del niño. Después de tocarle la cabeza y de trazar unos signos en el aire, alrededor de ésta, el hindú le ordenó: « Mira» . El niño se quedó petrificado, como una estatua, contemplando la tinta en la palma de su mano.

(Hasta entonces yo tenía la sensación de que todo era una broma, además de un absurdo desperdicio de tinta. Empezaba a adormilarme cuando las siguientes

palabras de Penelope me alarmaron.)

Los hindúes volvieron a mirar el camino arriba y abajo, y entonces el cabecilla le dijo al niño: « Mira al caballero inglés que viene de otras tierras» .

El niño contestó: « Lo veo» .

El hindú dijo: « ¿Es por el camino que conduce a esta casa, y no por otro, por donde vendrá hoy el caballero inglés?» .

El niño respondió: « Es por el camino que conduce a esta casa, y no por otro, por donde vendrá hoy el caballero inglés» .

Al cabo de unos momentos, el hindú hizo una segunda pregunta: « ¿Trae "eso" el caballero inglés?» .

El niño, también al cabo de unos momentos, dijo: « Sí» .

El hindú hizo entonces su tercera y última pregunta: « ¿Llegará el caballero inglés, tal como ha prometido, al final del día?» .

El niño contestó: « No lo sé» .

El hindú le preguntó por qué.

El niño dijo: « Estoy cansado. La bruma me envuelve la cabeza y me confunde. No puedo ver nada más» .

Con esto concluyó el interrogatorio. El líder habló entonces en su lengua con los otros dos hombres, señalando primeramente al niño y después a la ciudad, donde (según supimos más tarde) se alojaban. Volvió a mover las manos en torno a la cabeza del niño, le sopló en la frente y de esta guisa el muchachito despertó sobresaltado. Entonces se marcharon a la ciudad y desde ese momento las muchachas no habían vuelto a verlos.

Dicen que casi todas las cosas tienen su moraleja si se sabe buscar. ¿Y cuál era la moraleja en este caso?

La moraleja era, en mi opinión: primero, que el cabecilla de los magos supo de la llegada del señor Franklin por algún criado ajeno a la casa y vio en esto la oportunidad de ganar algún dinero. Segundo, que los hindúes y el niño (con el propósito de ganar dicho dinero) decidieron quedarse merodeando por los alrededores hasta que vieran regresar a mi señora, y aparecer entonces nuevamente para vaticinar la llegada del señor Franklin por arte de magia. Tercero, que lo que Penelope había oído era el ensayo de su función, tal como ensayan los actores una obra de teatro. Cuarto, que esa tarde no debería yo perder de vista el cesto de la vajilla. Quinto, que Penelope haría bien en tranquilizarse y dejarme a mí, su padre, seguir echando una cabezadita al sol.

Esto me pareció lo más sensato. A quien conozca un poco a las jovencitas, no le sorprenderá saber que Penelope no me hizo caso. La moraleja de la historia era una cosa muy seria, según mi hija. Señaló especialmente la tercera pregunta del hindú: « ¿Trae "eso" el caballero?» .

—¡Ay, padre! —exclamó, crispando las manos—. No te burles. ¿Qué es lo que trae el caballero?

—Se lo preguntaremos al señor Franklin, querida, si es que puedes esperar hasta su llegada —dije. Le guiñé un ojo, para indicarle que lo decía en broma. Pero ella se lo tomaba muy en serio. Su inquietud terminó por intrigarme—. ¿Qué demonios sabrá el señor Franklin de todo esto? —pregunté.

—Pregúntaselo —dijo Penelope—. Y ya veremos si a él también le parece motivo de risa —fueron sus palabras de despedida.

Cuando se hubo marchado, decidí que se lo preguntaría al señor Franklin, principalmente para que mi hija se tranquilizara. Lo que hablamos ambos ese día, cuando tuve ocasión de preguntárselo, se sabrá con todo detalle a su debido tiempo. De todos modos, como no es mi intención despertar las expectativas del lector para luego defraudarlas, me permito anticipar desde este momento que no hubo ni asomo de broma en la conversación que tuvimos en torno a los magos. Con gran sorpresa vi que el señor Franklin, al igual que mi hija, se lo tomaba muy en serio. Hasta qué punto se lo tomaba en serio podrá comprenderse cuando les diga que, en su opinión, el hindú se refería a la Piedra Lunar.

CAPÍTULO IV

Lamento mucho entretenerlos con mis cuitas y mi mecedora de rejilla. Sé que un viejo adormilado en un jardín al sol no es un asunto de interés. Pero hay que poner cada cosa en su lugar y contarlo todo tal como sucedió, y les ruego que tengan la bondad de acompañarme un poco más sin premura, a la espera de la llegada del señor Franklin a última hora de ese día.

Antes de que pudiera volver a quedarme dormido, cuando mi hija me dejó solo, me molestó el ruido de platos en el comedor de la servidumbre, lo cual anunciaba que la cena estaba lista. Como yo comía siempre en mi propia sala de estar, nada tenía que ver con la cena de los criados, más allá de desearles buen provecho antes de volver a acomodarme en mi mecedora. Estaba estirando las piernas cuando, una vez más, una mujer me hizo dar un respingo. Esta vez no era mi hija, sino Nancy, la ayudante de la cocinera. Quería salir, y yo estaba plantado justo en medio. Mientras me pedía que me apartara, observé que parecía de muy mal humor, cosa que, como jefe de la servidumbre, nunca dejo correr, por principio, sin hacer averiguaciones.

—¿Por qué no vas a comer? —le pregunté—. ¿Qué te pasa, Nancy?

Nancy intentó salir sin responder, a lo cual me levanté y la tomé de una oreja. Es una muchacha guapa y regordeta, y tengo por costumbre adoptar con las jovencitas una actitud que les haga saber que las aprecio.

—¿Qué te pasa? —repetí.

—Rosanna no ha venido a comer, otra vez. Y me han pedido que vaya a buscarla. Siempre me tocan a mí los trabajos más duros. ¡Déjeme en paz, señor Betteredge!

La mencionada Rosanna era nuestra segunda doncella. Como a mí me daba un poco de lástima aquella muchacha (en seguida sabrán por qué) y viendo en la expresión de Nancy que en cuanto diese con ella le dirigiría palabras más duras de lo que la ocasión merecía, se me ocurrió que, puesto que no tenía nada que hacer, yo mismo iría en busca de Rosanna y de paso le daría a entender que fuese más puntual en el futuro, seguro de que no se lo tomaría a mal si era yo quien se lo decía.

—¿Dónde está Rosanna? —pregunté.

—En la playa, como siempre —dijo Nancy, moviendo la cabeza—. Esta mañana ha vuelto a darle uno de sus mareos y ha pedido permiso para salir a tomar el aire. ¡No tengo paciencia con ella!

—Vuelve a tu cena, hija. Yo sí tengo paciencia con ella y yo iré a buscarla.

Nancy (que tenía buen apetito) pareció alegrarse. Cuando está contenta se

pone muy guapa. Cuando se pone guapa le doy una palmadita en la barbilla. No es ninguna inmoralidad; es sólo un hábito.

El caso es que tomé mi bastón y me encaminé hacia la playa.

¡No! Debemos aguardar todavía un momento. Siento volver a entretenerles, pero les aseguro que es importante que conozcan primero la historia de la playa y la historia de Rosanna, por la sencilla razón de que el asunto del diamante está estrechamente relacionado con ambas cosas. ¡Por más que me esfuerzo en exponer los hechos sin demorarme en el camino, no lo consigo! Pero ¿qué se le va a hacer? Las personas y las cosas se mezclan en esta vida de un modo sumamente enojoso, reclamando nuestra atención todas a la vez. Tomémoslo con calma y no nos impacientemos. ¡Les prometo que muy pronto estaremos envueltos en el misterio!

Rosanna (para poner a la persona por delante de la cosa, tal como dicta la cortesía) era la única criada nueva en la casa. Unos cuatro meses antes del momento del que estoy hablando, mi señora estuvo en Londres y visitó un reformatorio concebido para que las mujeres desamparadas no volvieran a caer en la mala vida una vez hubiesen cumplido su condena. La directora, viendo que mi señora se interesaba por el lugar, le señaló a una muchacha llamada Rosanna Spearman y le contó una historia tristísima, que no tengo ánimos para reproducir aquí, pues no es mi deseo entristecerme inútilmente y seguro que el de ustedes tampoco. El resumen es que Rosanna Spearman había sido una ladrona, pero, como no era de las que montan negocios en la ciudad y roban a miles, sino que le robó a uno solo, cayó sobre ella el peso de la ley y terminó en la cárcel y en el reformatorio. La directora pensaba que Rosanna (a pesar de lo que había hecho) era una chica entre mil y sólo necesitaba una oportunidad para demostrar que era digna del interés de una mujer cristiana. Mi señora (que era una mujer cristiana, si es que todavía queda alguna) respondió: « Rosanna Spearman tendrá su oportunidad a mi servicio» . Una semana más tarde Rosanna Spearman entraba en esta casa como segunda doncella.

Sólo la señorita Rachel y yo estábamos al corriente de los antecedentes de la muchacha. Mi señora, que me hace el honor de consultarme sobre la mayoría de las cosas, me consultó también sobre Rosanna. Y yo, que había caído desde hacía mucho tiempo en la misma costumbre que el difunto sir John y siempre estaba de acuerdo con mi señora, me mostré completamente de acuerdo en lo tocante a Rosanna Spearman.

Ninguna joven habría encontrado una oportunidad mejor de la que a esta pobre muchacha se le brindó en nuestra casa. Los demás criados no podrían restregarle su pasado, puesto que nadie lo conocía. Disfrutaba de un salario y de los mismos privilegios que los demás, y de vez en cuando recibía en privado una palabra amable de mi señora, deseosa de alentarla. Tengo que decir, pues es de justicia, que la muchacha se mostraba a su vez más que digna del trato que se le

daba. Aunque distaba mucho de ser fuerte y a veces sufría esos mareos a los que ya se ha aludido, desempeñaba sus tareas con humildad y sin protestas, y se empleaba en ellas a conciencia. Mas, por alguna razón, no había logrado hacer buenas migas con las otras criadas, sólo con mi hija Penelope, que siempre era cariñosa con ella, aunque tampoco fueran íntimas.

La verdad es que no sé qué hizo la muchacha para ofenderlas. No había en ella ninguna belleza que pudiera despertar la envidia de las demás; era la mujer más feúcha de la casa, a lo cual se sumaba la desgracia de tener un hombro más grande que el otro. Creo que lo que molestó a sus compañeras fue que fuese tan callada y solitaria. En sus horas de asueto leía o trabajaba, mientras las otras chismorreaban. Y, cuando llegaba su día de paseo, nueve de cada diez veces se ponía su sombrero sin decir palabra y se marchaba sola. Nunca se peleaba; nunca se ofendía; tan sólo guardaba cierta distancia, obstinada aunque tampoco descortés, con el mundo. Añádase a esto que, aun siendo feúcha, había algo en ella que no la hacía parecer una criada, sino una señora. Quizá fuera en su voz o en sus facciones. Sólo puedo decir que las demás mujeres lo captaron a la primera de cambio, desde el día en que la muchacha puso un pie en la casa, y decían (muy injustamente) que se gastaba muchos aires.

Ahora que ya he contado la historia de Rosanna sólo me resta señalar una de las muchas rarezas de esta extraña muchacha, antes de referir lo que ocurrió en la playa.

Nuestra casa se encuentra encaramada en la costa de Yorkshire, muy cerca del mar. En todas las direcciones, con una sola excepción, estamos rodeados de hermosas sendas. Reconozco que dicha excepción es una senda horrible. Discurre a lo largo de unos ciento cincuenta pasos, por una melancólica plantación de abetos, y desemboca entre dos acantilados de escasa altura en la bahía más fea y solitaria de la costa.

Las dunas llegan allí hasta el mar y terminan en dos salientes de roca, enfrentados el uno al otro, que se adentran en el agua hasta perderse de vista. Uno se conoce como la Punta Norte y el otro como la Punta Sur. Entre ambos, avanzando y retrocediendo según la época del año, se encuentran las arenas movedizas más temibles de la costa de Yorkshire. Cuando la marea desciende, hay algo en las ignotas profundidades que hace agitarse y temblar la superficie de las arenas de una manera prodigiosa, de ahí que entre la gente del lugar se las conozca como las Arenas Temblonas. Un bancal que se extiende hacia la entrada de la bahía atempera la fuerza de las aguas que vienen de mar abierto. Tanto en invierno como en verano, cuando la marea cubre el bancal, parece como si el mar abandonara sus olas sobre aquél para empujar desde allí sus aguas en calma hasta bañar la arena en silencio. ¡Un lugar solitario y espantoso, se lo aseguro! Ningún barco se aventura jamás en esta bahía. Ningún niño de Cobb's Hole, nuestra aldea de pescadores, viene a jugar aquí. Hasta los pájaros del cielo, así se

me figura, eluden las Arenas Temblonas. Que una joven con docenas de paseos entre los que elegir, y a la que no habría de faltarle compañía en cuanto le dijera a alguien « ¡Ven!» , prefiriese este lugar solitario para sentarse a leer o a bordar en su día de paseo es en verdad extraño. Lo cierto, explíquenselo ustedes como buenamente puedan, es que éste era el lugar favorito de Rosanna Spearman, si exceptuamos sus ocasionales visitas a Cobb's Hole, donde vivía la única amiga que tenía en el vecindario, de quien nos ocuparemos sin tardanza. Es igualmente cierto que hacia este lugar me disponía a partir con la intención de traer a la muchacha, lo cual nos devuelve felizmente al punto anterior y al momento de emprender el camino de las arenas.

No hallé ni rastro de Rosanna en el bosque. Cuando salí a la playa, entre las dunas, la vi con su sombrero de paja y la sencilla capa gris que llevaba siempre para disimular en lo posible el hombro deforme: allí estaba, sola, contemplando el mar y las arenas movedizas.

Se sobresaltó al verme a su lado y volvió la cabeza en dirección contraria. El hecho de que mis subalternos no me mirasen a la cara era otra de las cosas que, por principio, y en mi condición de jefe de la servidumbre, no permitía yo que quedara sin explicación; de ahí que le hiciera volver el rostro hacia mí y vi entonces que estaba llorando. Llevaba en un bolsillo mi pañuelo de hilo, una de las seis maravillas que le debo a mi señora. Lo saqué y le dije a Rosanna: « Ven, hija, siéntate aquí conmigo en la pendiente. Primero te secaré los ojos y luego tendré la osadía de preguntarte por qué has estado llorando» .

Cuando alcancen ustedes la edad que tengo yo, comprobarán que sentarse en la pendiente de una duna es mucho más costoso de lo que ahora pueda parecerles. Para cuando terminé de acomodarme, Rosanna ya se había secado los ojos con un pañuelo muy inferior al mío, de batista barata. Estaba muy callada y muy triste, pero se sentó a mi lado como una buena chica en cuanto se lo pedí. Sepan que la manera más rápida de consolar a una mujer, si alguna vez se ven en tal situación, consiste en sentarla sobre nuestras rodillas. Tengo esto por una regla de oro. Pero ¡ay!, la verdad es que Rosanna no era Nancy.

—Dime, hija, ¿por qué llorabas?

—Por los años perdidos, señor Betteredge —dijo con voz queda—. A veces todavía me vuelve mi vida pasada.

—Vamos, vamos, muchacha. El pasado, pasado está. ¿Por qué no puedes olvidarlo?

Asió entonces una de las solapas de mi chaqueta. Soy un viejo descuidado, y buena parte de lo que como y bebo termina salpicándome la ropa. Las mujeres de la casa, a veces una, a veces otra, me limpian siempre las manchas de grasa. El día anterior Rosanna me había quitado un lamparón de la solapa, con un producto nuevo que garantizaba eliminar cualquier tipo de mancha. La grasa se había ido, pero donde antes estaba el lamparón había ahora una marca opaca en

el tejido. La muchacha la señaló y sacudió la cabeza.

—La mancha ha salido. Pero ¡ha dejado un cerco, señor Betteredge, ha dejado un cerco!

Una observación que pilla a un hombre desprevenido; por referirse a su propia chaqueta, no tiene una respuesta fácil. Además, algo traslucía la muchacha que me llevó a sentir mucha lástima de ella en ese momento. Tenía unos ojos castaños, bonitos, aunque en todo lo demás no fuese agraciada, y me miró con una suerte de respeto por mi feliz senectud y mi buen carácter —como si fueran cosas que jamás estarían a su alcance— que mi corazón se apenó por la suerte de nuestra segunda doncella. No viéndome capaz de consolarla, sólo me quedaba una cosa por hacer. Y tal cosa era llevarla a casa.

—Ayúdame a levantarme. Llegas tarde a comer, Rosanna, y he tenido que venir a buscarte.

—¡Usted, señor Betteredge!

—Se lo encargaron a Nancy, pero pensé que recibirías mejor la regañina si venía de mí, hija.

En lugar de ayudarme, la pobre muchacha me robó un momento la mano y la apretó suavemente. Hacía grandes esfuerzos por no echarse a llorar de nuevo, y lo consiguió, ganándose por ello mi respeto.

—Es usted muy bueno, señor Betteredge. Hoy no quiero comer. Deje que me quede un poco más aquí.

—¿Por qué te gusta estar aquí? ¿Qué te impulsa siempre a venir a un sitio tan triste?

—Tiene algo que me atrae —dijo, dibujando en la arena con un dedo—. Por más que intento alejarme de aquí, no puedo. A veces —añadió en voz baja, como asustada de sus propias fantasías—, a veces, señor Betteredge, creo que aquí me está esperando mi tumba.

—¡Lo que te está esperando es el cordero asado y el pudin de manteca! Vamos a comer. ¡Eso pasa, Rosanna, cuando uno piensa con el estómago vacío! —Hablé con severidad, naturalmente indignado (a esas alturas de mi vida) al oír a una muchacha de veinticinco años hablar de su final.

Pareció no haberme oído. Me puso una mano en el hombro y me retuvo a su lado.

—Creo que este sitio me ha embrujado —dijo—. Sueño con él todas las noches. Pienso en él cuando me siento con mi labor. Usted sabe que soy agradecida, señor Betteredge, sabe que procuro merecer su bondad y la confianza que la señora ha depositado en mí. Pero a veces me pregunto si esta vida no será demasiado tranquila y demasiado buena para una mujer que ha pasado por todo lo que yo he pasado, señor Betteredge… que ha pasado por todo lo que yo he pasado. Entre los demás criados, sabiendo que no soy como ellos, me siento más sola que aquí. ¡Ni la señora ni la directora del reformatorio se

imaginan el espantoso reproche que las personas decentes representan, por el mero hecho de existir, para una mujer como yo! No me riña usted, que es un hombre bueno. ¿No cumplo con mi trabajo? Por favor, no le diga a la señora que estoy descontenta… no lo estoy. Sólo que a veces estoy intranquila, nada más. —Apartó bruscamente la mano de mi hombro y señaló hacia las arenas movedizas —. ¡Mire! ¿No es maravilloso? ¿No es terrible? Lo he visto docenas de veces ¡y siempre me parece como si lo viera por primera vez!

Miré hacia donde señalaba. La marea se estaba retirando y la temible arena empezaba a agitarse. La superficie tostada se hinchaba primero despacio y se cubría a continuación de hoyuelos temblorosos.

—¿Sabe qué me parece a mí esto? —dijo, volviendo a sujetarme del hombro —. ¡Me parece como si hubiera cientos de personas ahogándose ahí debajo… luchando por salir a la superficie y hundiéndose cada vez más en esas terribles profundidades! ¡Lance una piedra, señor Betteredge! ¡Lance una piedra y verá cómo la engulle la arena!

¡Aquélla era una conversación malsana! ¡Aquello era un estómago vacío alimentándose de una conciencia intranquila! Tenía ya la respuesta —un tanto seca, aunque por su bien, eso puedo asegurarlo— en la punta de la lengua cuando una voz que pronunciaba mi nombre a gritos entre las dunas me interrumpió bruscamente. «¡Betteredge! ¿Dónde está?» «¡Aquí!», respondí, también a gritos, sin la menor idea de quién me llamaba. Rosanna se puso en pie y se quedó mirando en la dirección de donde procedía la voz. Ya estaba yo pensando en mover las piernas cuando un repentino cambio en la expresión de la muchacha me hizo vacilar.

Su piel cobró un hermoso tinte rojo, como jamás había visto yo en ella. Todo su ser resplandeció bajo los efectos de una sorpresa que la había dejado muda y sin aliento.

—¿Quién es? —pregunté.

Rosanna me devolvió la pregunta.

—¡Ah! ¿Quién es? —dijo en voz baja, más para sus adentros que para mí. Sin levantarme de la arena, me volví para mirar a mis espaldas. Entre las dunas se acercaba un joven caballero de ojos vivarachos, vestido con un magnífico traje de color beige, con guantes y sombrero a juego, una rosa en el ojal y una sonrisa en el rostro capaz de hacer sonreír a las propias Arenas Temblonas. Antes de que hubiera podido levantarme, se dejó caer a mi lado, me pasó un brazo alrededor del cuello, según la moda extranjera, y me dio un abrazo que casi me deja sin una sola gota de aire en el cuerpo.

—¡Mi querido Betteredge! Le debo siete chelines y seis peniques. ¿Sabe quién soy?

¡Dios nos bendiga y nos guarde! ¡Allí, cuatro horas antes de lo esperado, estaba el señor Franklin Blake!

No había podido articular palabra cuando vi que el caballero, un poco sorprendido a juzgar por su apariencia, me miraba primero a mí y luego a Rosanna. Siguiendo la dirección de su mirada, también yo me fijé en la muchacha. Se había puesto más roja que nunca, al cruzarse sus ojos con los del señor Franklin. De buenas a primeras nos dio la espalda y se alejó, denotando una confusión del todo incomprensible para mí, sin hacerle al caballero la oportuna reverencia ni dirigirme a mí una sola palabra. Tal comportamiento era muy impropio de ella: no creo que hayan conocido ustedes sirvienta más cortés y de mejores modales.

—Qué muchacha tan extraña —dijo el señor Franklin—. No sé qué habrá visto en mí para sorprenderse tanto.

—Supongo, señor —respondí, permitiéndome bromear a costa de la educación europea de nuestro caballero—, que habrá sido su barniz extranjero.

Hago constar aquí este comentario fortuito del señor Franklin y mi absurda respuesta para consuelo y estímulo de los necios, pues, como ya he señalado, es motivo de gran satisfacción para nuestros subalternos constatar que sus superiores no son en ocasiones más sagaces que ellos. Ni el señor Franklin, con toda su espléndida cultura extranjera, ni yo mismo, con todos mis años, mi experiencia y mi agudeza innata, teníamos la más remota idea de a qué podía obedecer la insólita actitud de Rosanna Spearman. La apartamos de nuestros pensamientos, pobre muchacha, antes de que hubiéramos dejado de ver el revoloteo de su capa gris entre las dunas. ¿Y eso qué importa?, se preguntará, con razón, el lector. Siga leyendo, mi buen amigo, con la mayor paciencia posible, y tal vez llegue a sentir la misma lástima que yo sentí por Rosanna Spearman al dar con la verdad.

CAPÍTULO V

Cuando nos quedamos a solas hice un tercer intento por levantarme. El señor Franklin me detuvo.

—Este lugar tan horrible ofrece una ventaja —dijo—, y es que lo tenemos para nosotros solos. Quédese donde está, Betteredge. Tengo algo que decirle.

Yo no dejaba de mirarlo mientras hablaba, tratando de encontrar en el hombre que tenía delante al niño que recordaba. El hombre no me lo permitía. Por más que lo observaba, no hallaba ni rastro de las mejillas del chiquillo o de su elegante chaqueta. Tenía la piel más pálida; para mi asombro y mi disgusto, un bigote y una barba rizada y castaña le cubrían la mitad inferior del rostro. Sus maneras eran vivaces y espontáneas, muy agradables y atractivas, tengo que reconocer, pero en nada podían compararse con el desenfado de antaño. Por si fuera poco, de niño prometía ser alto y no había cumplido esta promesa. Era elegante, delgado y bien proporcionado, pero apenas superaba la estatura media. En resumidas cuentas, me desconcertó por completo. Los años transcurridos no habían dejado huella de su antigua persona, salvo la mirada viva y franca. Allí volví a encontrar a nuestro simpático niño, y allí decidí interrumpir mi estudio.

—Bienvenido a casa, señor Franklin —le dije—. Tanto más bienvenido, señor, por haber llegado varias horas antes de lo esperado.

—Tengo buenos motivos para haber llegado antes de lo esperado —respondió el señor Franklin—. Sospecho, Betteredge, que me han estado siguiendo y vigilando en Londres desde hace tres o cuatro días, y he tomado el tren de la mañana, en vez del de la tarde, para dar esquinazo a cierto desconocido de aspecto siniestro.

Estas palabras me sorprendieron sobremanera. Como un fogonazo se encendió en mi memoria la imagen de los tres magos y la sospecha de Penelope de que algo malo tramaban contra el señor Franklin.

—¿Quién lo está vigilando, señor… y por qué?

—Háblame de esos tres hindúes que han estado hoy en la casa —dijo el señor Franklin, sin reparar en mi pregunta—. Es posible, Betteredge, que mi desconocido y sus tres magos resulten ser piezas del mismo rompecabezas.

—¿Cómo se ha enterado de la visita de los magos, señor? —me interesé, formulando una pregunta después de otra, cosa que, reconozco, es de mala educación. Pero, como no es mucho lo que puede esperarse de la pobre naturaleza humana, les pido a ustedes que tampoco esperen mucho de mí.

—He visto a Penelope —dijo el señor Franklin—, y ella me lo ha contado. Su hija prometía ser una muchacha muy guapa, Betteredge, y ha cumplido con las

expectativas. Tiene las orejas y los pies pequeños. ¿Tenía también la difunta señora Betteredge cualidades tan estimables?

—La difunta señora Betteredge, señor, tenía muchos defectos. Uno de ellos (si me permite decirlo) es que nunca se centraba en el asunto que se estuviera tratando. Más parecía una mosca que una mujer: era incapaz de detenerse en nada.

—En ese caso habríamos congeniado. Tampoco yo soy capaz de detenerme en nada. Veo que conserva su agudeza intacta, Betteredge. Ya me lo ha dicho su hija al pedirle detalles sobre los magos: «Mi padre se lo explicará, señor. Se conserva admirablemente para la edad que tiene y se expresa de maravilla». Palabras textuales de Penelope… que se puso deliciosa al ruborizarse. Ni siquiera el respeto que le tengo, Betteredge, me ha impedido… pero eso no tiene importancia. La conozco desde que era una niña, y no por eso voy a apreciarla menos. Y ahora hablemos en serio. ¿Qué hicieron esos magos?

Yo estaba un poco disgustado con mi hija, no porque hubiese permitido que el señor Franklin la besara —cosa que él podía hacer con entera libertad— sino por obligarme a relatar su ridícula historia. No obstante, nada podía hacer más que referir las circunstancias. La alegría del señor Franklin se fue extinguiendo a medida que me escuchaba. Frunció el ceño y no paró de retorcerse la barba. Cuando hube terminado, repitió dos de las preguntas que el cabecilla de los magos le había hecho al niño… como si quisiera fijarlas bien en la memoria.

—«¿Es por el camino que conduce a esta casa, y no por otro, por donde vendrá hoy el caballero inglés?» «¿Trae eso el caballero inglés?» Sospecho —dijo el señor Franklin, sacándose del bolsillo un pequeño paquete lacrado— que lo que traigo es «esto». Y «esto», Betteredge, es el famoso diamante de mi tío Herncastle.

—¡Dios mío, señor! ¿Cómo ha llegado a sus manos el diamante del malvado coronel?

—El malvado coronel ha dispuesto en su testamento que el diamante sea el regalo de cumpleaños de mi prima Rachel —explicó el señor Franklin—. Y mi padre, como albacea del malvado coronel, me ha encomendado que lo traiga.

Si el mar, que en ese momento se filtraba suavemente en las Arenas Temblonas, se hubiera transformado en tierra firme ante mis propios ojos, dudo que mi sorpresa hubiera sido mayor de la que sentí al oír pronunciar al señor Franklin estas palabras.

—¡La señorita Rachel heredera del diamante del coronel! —exclamé—. ¡Y su padre, señor, el albacea del coronel! ¡Vaya, señor Franklin, le habría apostado yo a usted cualquier cosa a que su padre ni con pinzas tocaría al coronel!

—¡Ésas son palabras muy duras, Betteredge! ¿Qué tiene usted en contra del coronel? Pertenecía a su época, no a la mía. Dígame lo que sabe de él y yo le contaré cómo mi padre llegó a convertirse en su albacea y en algo más. He

hecho algunas averiguaciones en Londres sobre mi tío Herncastle y el diamante. Tienen muy mala pinta y deseo que usted me lo confirme. Hace un momento lo ha llamado « el malvado coronel» . Busque en su memoria, mi querido amigo, y dígame por qué.

Vi que hablaba en serio y decidí explicarme.

Transcribo aquí, en beneficio de ustedes, lo que en lo sustancial le conté al señor Franklin. Presten atención, pues de lo contrario se extraviarán cuando nos adentremos más en la historia. Olvídense de los niños, de la cena, del sombrero nuevo o de lo que sea. Olvídense también de la política, de los caballos, de las cotizaciones en la City y de los agravios que hayan podido sufrir en sus clubs. Confío en que esta libertad que me tomo no les resulte inoportuna; es tan sólo una manera de seducir al amable lector. ¡Dios mío! ¡Si los habré visto yo con los libros de los mejores autores en la mano, y no sabré con cuánta facilidad se distraen ustedes cuando es un libro, en lugar de una persona, quien solicita su atención!

Poco antes me he referido al padre de mi señora, el anciano lord de lengua larga y paciencia corta. Tuvo en total cinco hijos. Dos varones para empezar; luego, bastante después, su mujer rompió a engendrar con brío y dio a luz a tres damitas, una tras otra, con tanta presteza como permite el curso natural de las cosas. Mi señora, como ya he mencionado, era la menor y la mejor de las tres. El primogénito, Arthur, heredó el título y las tierras. El segundo, el honorable John, heredero una gran fortuna de un pariente y se alistó en el ejército.

Mal pájaro, se dice, del que ensucia su propio nido. La noble familia de los Herncastle es mi nido, por eso agradeceré que no se me soliciten detalles acerca del honorable John. Era, así lo creo sinceramente, uno de los mayores villanos que han pisado esta tierra. Es cuanto puedo decir, ni más ni menos. Ingresó en el ejército y se incorporó al regimiento de la Guardia Real. Tuvo que abandonar el regimiento antes de cumplir los veintidós años, el porqué no importa. El ejército es muy estricto, y para el honorable John lo era en demasía. Se marchó a la India con la intención de averiguar si allí eran igual de estrictos y probar suerte en el servicio activo. En punto a valentía (por hacerle justicia) era una mezcla de bull-dog y gallo de pelea, con una pizca de salvajismo. Participó en la toma de Sirangapatna. Poco después cambió de regimiento y pasado algún tiempo volvió a cambiar. En el tercer regimiento alcanzó su máximo rango militar, el de teniente coronel, tras lo cual sufrió una insolación y regresó a Inglaterra.

Su mal carácter hizo que toda la familia le cerrara las puertas, particularmente mi señora (recién casada), quien declaró (con el asentimiento de sir John, como es natural) que su hermano no volvería a entrar en ninguna de sus residencias. En más de una ocasión se había deshonrado el coronel, de ahí que la

gente se avergonzara de su trato, pero el estigma del diamante es lo único que aquí nos interesa.

Se decía que se había apoderado de esta joya valiéndose de medios que, aun siendo osado, ni él mismo se atrevía a confesar. Nunca trató de venderla, puesto que no necesitaba dinero, ni hizo nunca (por hacerle justicia una vez más) del dinero un fin. Nunca se desprendió del diamante; nunca se lo enseñó a nadie. A decir de algunos, temía que esto pudiera acarrearle problemas con las autoridades militares; otros (sin duda ignorantes de su verdadera naturaleza) afirmaban que temía mostrarlo por miedo a que su exhibición pudiera costarle la vida.

Es posible que hubiera en esta última afirmación algo de verdad. Sería falso afirmar que tenía miedo, pero era un hecho que en dos ocasiones su vida se había visto amenazada en la India, y se creía firmemente que detrás de todo estaba la Piedra Lunar. Cuando regresó a Inglaterra y vio que todo el mundo lo rehuía, también se pensó que el diamante era la causa. El misterio del coronel se interpuso en su camino hasta el punto de convertirlo, por así decir, en un proscrito entre los suyos. Los hombres le impedían la entrada a los clubs, y las mujeres con las que quiso casarse —más de una— lo rechazaron; amigos y parientes se volvieron de pronto cortos de vista y no lo reconocían en la calle.

Otros, en su situación, habrían tratado de ponerse a bien con el mundo, pero darse por vencido, aun cuando hubiese obrado mal y tuviera a todos en contra, no estaba en el carácter del honorable John. Había conservado el diamante en la India, negando rotundamente la acusación de asesinato, y lo conservó en Inglaterra, desafiando rotundamente la opinión pública. He aquí el retrato de este hombre, como en una pintura: un personaje capaz de enfrentarse a todo y un rostro que, aun siendo atractivo, parecía poseído por el diablo.

Nos llegaban distintos rumores sobre él de tarde en tarde. Unos decían que se había entregado al opio y al coleccionismo de libros antiguos; otros aseguraban que estaba llevando a cabo extraños experimentos químicos; y no faltaban quienes lo habían visto de jarana entre las gentes más bajas de los barrios más sórdidos de Londres. En todo caso, el coronel llevaba una vida solitaria, disoluta y clandestina. Sólo una vez, tras su regreso a Inglaterra, lo vi yo cara a cara.

Unos dos años antes del momento al que aquí me refiero y alrededor de un año y medio antes de su muerte, el coronel se presentó un buen día en casa de mi señora en Londres. Fue en la noche del cumpleaños de la señorita Rachel, el 21 de junio, mientras se celebraba una fiesta en su honor, como era habitual. Recibí un recado del lacayo, quien me anunció que un caballero deseaba verme. Salí al vestíbulo, y allí estaba el coronel, consumido, cansado, viejo y venido a menos, pero igual de perverso y desenfrenado.

—Dígale a mi hermana —me pidió— que he venido a desearle a mi sobrina muchas felicidades en este día.

Ya había tratado, en más de una ocasión, de reconciliarse por carta con mi señora, sin otra intención, así lo creo firmemente, que la de fastidiarla. Sin embargo, era la primera vez que venía a su casa. Estaba a punto de responderle que mi señora tenía invitados esa noche, pero su mirada diabólica me intimidó. Subí con el recado, dejándole, según sus deseos, esperando en el vestíbulo. Los criados lo observaban desde lejos, como si fuera una máquina de destrucción andante, cargada de pólvora y de munición para disparar contra ellos en cualquier momento.

Mi señora tenía un poquitín —sólo un poquitín— del mal genio de la familia.

—Dígale al coronel Herncastle —respondió al transmitirle yo el mensaje de su hermano— que la señorita Verinder está ocupada y que yo no deseo verlo.

Sabedor de la superioridad constitucional del coronel frente a las restricciones por las que en general se rigen los caballeros, traté de que mi señora me ofreciera una respuesta más cortés. ¡Fue en vano! El mal genio de la familia se descargó directamente contra mi persona.

—Cuando necesito su consejo —dijo—, ya sabe que siempre se lo pido. Pero ahora no se lo he pedido. —Bajé con este mensaje y me tomé la libertad de presentarlo en una nueva edición corregida, de mi propia cosecha.

—Mi señora y la señorita Rachel lamentan estar ocupadas, coronel, y ruegan se les excuse el honor de recibirlo.

Yo esperaba un estallido de cólera, incluso ante una formulación tan delicada como ésta. Para mi sorpresa, el coronel no hizo nada por el estilo, y me alarmó la insólita tranquilidad con que se tomaba el desaire. Sus ojos grises, chispeantes y vivos, se detuvieron en mí un instante y se echó a reír, no hacia fuera, como los demás, sino hacia dentro, con una risa suave, ahogada y espantosamente maligna.

—Gracias, Betteredge —dijo—. Recordaré el cumpleaños de mi sobrina. —Y dicho esto giró sobre sus talones y abandonó la casa.

Llegó el siguiente cumpleaños, y supimos que el coronel estaba en cama, enfermo. Seis meses después, es decir, seis meses antes del momento al que aquí me refiero, llegó una carta de un clérigo muy respetado por mi señora. En ella se comunicaban dos noticias asombrosas para la familia. La primera, que el coronel, en su lecho de muerte, había perdonado a su hermana. La segunda, que había perdonado a todo el mundo y había tenido un final sumamente edificante. Tengo (a pesar del clero y de los obispos) un respeto genuino por la Iglesia, si bien al mismo tiempo estoy firmemente persuadido de que el diablo seguía poseyendo al honorable John, y de que el último acto abominable en la vida de aquel hombre abominable fue, con perdón de ustedes, llamar a un sacerdote.

Esto es todo cuanto podía decirle yo al señor Franklin. Advertí que me escuchaba con creciente interés a medida que avanzaba en mi exposición. Y reparé también en que el relato de cómo se le negó al coronel la entrada en la

casa de su hermana el día del cumpleaños de su sobrina hirió al señor Franklin como una bala que da en la diana. Aunque no dijo nada, vi claramente en su expresión que se sentía molesto.

—Ha dicho usted lo que tenía que decirme, Betteredge. Ahora me corresponde hablar a mí. Pero antes de explicarle lo que he averiguado en Londres y cómo me he visto envuelto en este enredo del diamante, he de decirle una cosa. A juzgar por su expresión, querido amigo, parece como si no entendiera usted del todo el asunto que nos ocupa. ¿O no se corresponde su expresión con su sentir?

—No, señor —respondí—. Al menos en esta ocasión, mi expresión dice la verdad.

—En tal caso, ¿qué le parece si le expongo mi punto de vista antes de proseguir? Veo tres incógnitas de importancia en el regalo de cumpleaños del coronel a mi prima Rachel. Escúcheme con atención, Betteredge, y hasta lleve la cuenta con los dedos de lo que voy a decirle, si eso le sirve de ayuda —dijo el señor Franklin, complacido de tener la oportunidad de demostrar lo lúcido que podía ser, lo cual evocó en mí los maravillosos tiempos en que era un chiquillo—. Primera incógnita: ¿dio lugar el diamante del coronel a una conspiración en la India? Segunda incógnita: ¿ha seguido al diamante dicha conspiración hasta Inglaterra? Tercera incógnita: ¿estaba el coronel al corriente de la conspiración y le ha dejado intencionadamente a su hermana un legado de problemas y peligros, a través de la inocente persona de su hija? Ahí es donde quiero llegar, Betteredge. Le ruego que no se asuste.

Era muy fácil decirlo, pero la verdad es que me había asustado.

De ser cierto lo que decía, nuestra apacible residencia se había visto invadida sin previo aviso por un diabólico diamante hindú que arrastraba consigo una conspiración encomendada a unos villanos vivos para desatar sobre nosotros la venganza de un hombre muerto. ¡Tal era nuestra situación, según me la revelaron las palabras del señor Franklin! ¿Había oído alguien cosa igual en pleno siglo XIX, en una era de progreso y en un país que goza de los privilegios de la Constitución británica? Nadie había oído cosa igual y, por lo tanto, a nadie podía pedírsele que lo aceptara. Continuaré con mi historia de todos modos.

Cuando se experimenta una alarma repentina, como la que yo acababa de experimentar, nueve de cada diez veces la sensación se percibe en el estómago. Y, al percibirse dicha sensación, la atención divaga y empieza uno a inquietarse. Esto me ocurrió estando allí, sentado en la arena. El señor Franklin reparó en el combate que yo libraba con mi estómago o con mi ánimo perturbado —pueden llamarlo como mejor les parezca, puesto que en ambos casos el significado es el mismo— y, deteniéndose en el momento en que se disponía a comenzar su relato, me dijo con brusquedad:

—¿Qué es lo que quiere?

¿Qué es lo que quería? A él no se lo dije, pero a ustedes se lo diré en confianza. Quería el olorcillo de mi pipa y la compañía de *Robinson Crusoe*.

CAPÍTULO VI

Me reservé mis sentimientos y le pedí respetuosamente al señor Franklin que prosiguiera, a lo cual replicó:

—No se inquiete, Betteredge, y podré proseguir.

Por lo que dijo a continuación nuestro caballero supe que sus averiguaciones en torno al diamante y al malvado coronel empezaron con una visita al abogado de la familia en Hampstead, antes de venir a nuestra casa. Una palabra pronunciada al azar por el señor Franklin cuando cierto día se encontraban los dos a solas, después de cenar, dio lugar a que el abogado le comunicara que el coronel le había hecho entrega de un regalo de cumpleaños para la señorita Rachel. Una cosa llevó a la otra, y el abogado finalmente le explicó cuál era el regalo y cómo había surgido una relación tan cordial entre el difunto coronel y el señor Blake padre. Los hechos son en verdad tan insólitos que dudo de mi capacidad de expresión para hacerles justicia. Prefiero referir las revelaciones del señor Franklin ateniéndome en lo posible a sus propias palabras.

—¿Se acuerda usted, Betteredge, de la época en que mi padre intentaba hacer valer su legítimo derecho a ese infortunado ducado? Pues bien, en esa misma época mi tío Herncastle regresó de la India. Mi padre supo que su cuñado se hallaba en posesión de ciertos documentos que podrían serle de utilidad en su pleito. Fue a visitar al coronel, con el pretexto de darle la bienvenida a Inglaterra. Pero el coronel no era hombre que se dejara engañar tan fácilmente. « Tú quieres algo —le dijo—, de lo contrario no habrías comprometido tu buen nombre viniendo a mi casa.» Mi padre comprendió que no tenía más remedio que mostrar sus cartas, y reconoció que quería los documentos. El coronel le pidió un día de plazo para meditar su respuesta. La respuesta llegó en una extraordinaria carta que mi abogado tuvo la gentileza de mostrarme. El coronel empezaba diciendo que él también quería algo de mi padre, y le proponía un intercambio amistoso de servicios. Los azares de la guerra (tales fueron sus palabras) habían puesto en sus manos uno de los diamantes más grandes del mundo, y tenía razones para creer que ni él ni su preciosa joya se hallaban a salvo en ninguna casa, en ningún rincón del planeta, mientras ambos estuvieran juntos. En tan alarmantes circunstancias, estaba resuelto a confiarle la custodia del diamante a otra persona. Dicha persona no correría ningún peligro. Podría depositar la gema en algún lugar bien vigilado y concebido para la custodia de los objetos más valiosos, como un banco o la caja fuerte de un joyero. Su responsabilidad personal en el asunto habría de ser de índole pasiva. Mi padre —o un representante de su confianza— debía comprometerse a recibir una vez al

año, en la dirección y en la fecha previamente acordadas, una nota del coronel, en la que éste se limitaría a constatar que seguía con vida. Si transcurrida la fecha señalada no llegaban noticias del coronel, su silencio debía entenderse como señal de que había sido asesinado. En tal caso, y bajo ninguna otra circunstancia, debían abrirse y seguirse al pie de la letra ciertas instrucciones selladas y depositadas junto al diamante, en las cuales se indicaba lo que había de hacerse con él. Si mi padre aceptaba esta extraña misión, el coronel, por su parte, pondría a su disposición los documentos que le solicitaba. Tal era el contenido de la carta.

—¿Qué hizo su padre, señor?

—¿Qué hizo? —repitió el señor Franklin—. Le diré lo que hizo. Recurrió a esa valiosa facultad que se conoce como sentido común para interpretar la carta del coronel. Todo lo que en ella se expresaba le pareció sencillamente absurdo. En algún lugar de la India, mientras duraron sus correrías por aquel país, el coronel debió de hacerse con un mísero cristal que tomó por un diamante. En cuanto al peligro de que fuera asesinado y las precauciones concebidas para salvaguardar su vida y su trozo de cristal, nos encontrábamos en el siglo XIX, y cualquier hombre en su sano juicio sólo tenía que acudir a la policía. El coronel había sido un opiómano notorio durante años y, si la única manera de conseguir los valiosos documentos que obraban en su poder consistía en tomar por cosa auténtica lo que tan sólo eran efectos del opio, mi padre se hallaba más que dispuesto a aceptar la ridícula responsabilidad que se le encomendaba, con tanta mayor diligencia cuanto que no le acarreaba ningún trastorno personal. El diamante y las instrucciones selladas se depositaron en la caja fuerte de un banco, y el señor Bruff, como representante de mi padre, fue recibiendo y abriendo periódicamente las cartas en las que el coronel daba fe de que seguía con vida. Ninguna persona sensata en una situación similar habría obrado de otra manera. En este mundo, Betteredge, nada parece probable a menos que podamos relacionarlo con nuestra engañosa experiencia, y sólo creemos en lo novelesco cuando lo vemos impreso en un periódico.

De su respuesta deduje que el señor Franklin tenía por falsa y apresurada la idea que su padre se había formado del coronel.

—¿Cuál es su opinión de todo este asunto, señor? —pregunté.

—Terminemos primero la historia del coronel. La mentalidad inglesa, Betteredge, adolece de una curiosa falta de método, y su pregunta, mi querido amigo, es un buen ejemplo de ello. Cuando no estamos ocupados en la fabricación de alguna máquina somos, desde el punto de vista intelectual, el pueblo más desordenado del universo.

« ¡Para que luego hablen de la educación extranjera! —pensé—. Seguro que ese modo de mofarse de nosotros lo ha aprendido en Francia.»

El señor Franklin retomó el hilo y continuó.

—Mi padre obtuvo los documentos que necesitaba y nunca más volvió a ver a

su cuñado. Año tras año, en las fechas acordadas, llegaba la carta del coronel, y el señor Bruff la abría. He visto esas cartas, en un fajo, todas ellas redactadas con el mismo estilo conciso y formal: « Señor, sirva la presente para certificar que sigo con vida. No toque el diamante. John Herncastle» . Esto era todo cuanto decía, siempre con puntualidad, hasta que seis u ocho meses más tarde varió por primera vez la fórmula de sus notas. En esta ocasión comunicaba: « Señor, me dicen que estoy muriendo. Venga a verme y ayúdeme a redactar mi testamento» . El señor Bruff fue a verlo y lo encontró en su casita de las afueras, rodeada de su propio terreno, donde había vivido solo desde que regresó de la India. Tenía perros, gatos y pájaros para hacerle compañía, pero ni un solo ser humano cerca de él, salvo la persona que pasaba a diario para ocuparse de las tareas domésticas y el médico junto a su cabecera. El testamento fue un trámite muy sencillo. El coronel había dilapidado la mayor parte de su fortuna en sus experimentos químicos. Su última voluntad constaba de tres cláusulas, que dictó desde el lecho, en pleno uso de sus facultades. La primera cláusula atañía al cuidado y la alimentación de sus animales. La segunda a la creación de una cátedra de química en una universidad del norte. En la tercera legaba la Piedra Lunar a su sobrina como regalo de cumpleaños, a condición de que fuese mi padre quien desempeñara las funciones de albacea. Mi padre se negó en un principio. Sin embargo, tras considerarlo mejor terminó por aceptar, en parte porque se le aseguró que su intervención no le acarrearía perjuicio alguno, y en parte porque el señor Bruff le sugirió, en interés de Rachel, que quizá el diamante tuviese algún valor a fin de cuentas.

—¿Y dio el coronel alguna razón, señor, de por qué le dejaba el diamante a la señorita Rachel?

—No sólo la dio, sino que está escrita en su testamento —dijo el señor Franklin—. Tengo en mi poder un extracto que le enseñaré muy pronto. ¡No sea usted tan desordenado, Betteredge! Cada cosa a su tiempo. Ya ha oído hablar del testamento del coronel; ahora debe saber lo que ocurrió después de su muerte. Era un requisito legal solicitar la tasación del diamante antes de validar el testamento. Todos los joyeros consultados confirmaron lo ya aseverado por el coronel: que era uno de los diamantes más grandes del mundo. La cuestión de asignarle un precio exacto ofrecía ciertas dificultades, no precisamente menores. En razón de su tamaño era todo un fenómeno en el mercado de las piedras preciosas; por su color se enmarcaba en una categoría única, y a estos dos elementos de incertidumbre debía agregarse un tercero, en forma de imperfección, en el mismo corazón de la piedra. Aun contando con este defecto, la más baja de las estimaciones le asignaba un valor de veinte mil libras. ¡Figúrese el asombro de mi padre! Había estado en un tris de negarse a desempeñar las funciones de albacea y de permitir que una joya tan magnífica se perdiera para la familia. El interés que entonces le despertó el caso lo llevó a

abrir el sobre sellado que contenía las instrucciones del coronel. El señor Bruff me enseñó este documento, junto con los demás, y creo yo que podría darnos una pista sobre la naturaleza de la conspiración que amenazaba la vida del coronel.

—Entonces, ¿cree usted, señor, que de veras había una conspiración?

—Puesto que no he heredado el excelente sentido común de mi padre, creo que la vida del coronel estaba amenazada, tal como él sostenía. Las instrucciones selladas explican cómo, después de todo, pudo morir tranquilamente en la cama. En el supuesto de que hubiera sufrido una muerte violenta (es decir, de no haberse recibido la oportuna carta en la fecha acordada), mi padre habría tenido que enviar el diamante en secreto a la ciudad de Ámsterdam. Allí habría tenido que depositarlo en manos de un famoso tallista, quien debía cortarlo en cuatro o seis piedras. Las piedras habrían tenido que venderse a continuación por el máximo valor posible y las ganancias destinarse a la creación de esa cátedra de química experimental, según la última voluntad del coronel. ¡Ahora, Betteredge, ejercite esa inteligencia tan aguda y observe a qué conclusión apuntan las instrucciones del coronel!

Ejercité mi inteligencia al instante. Como era una desordenada inteligencia inglesa, no hacía más que enredarlo todo, hasta que el señor Franklin se hizo cargo del asunto y señaló lo que quería hacerme ver.

—Fíjese en que la integridad del diamante, como una sola piedra, se hace depender astutamente de que el coronel no muera de forma violenta. No se conforma con decirles a sus enemigos: « Matadme… y nunca estaréis más cerca del diamante de lo que lo estáis ahora; está guardado donde no podéis encontrarlo, en la cámara de seguridad de un banco» . Lo que les dice es: « Matadme… y el diamante dejará de ser el diamante; su identidad quedará destruida» . ¿Qué significa eso?

Esta interpretación (así lo pensé en ese momento) fue como un fogonazo de prodigiosa inteligencia extranjera.

—Comprendo —dije—. ¡Se trata de rebajar el valor de la piedra para burlarse de los villanos!

—Nada de eso —replicó el señor Franklin—. He estado haciendo indagaciones. El diamante defectuoso, una vez dividido, habría alcanzado un valor superior al que ahora tiene, por la sencilla razón de que de él pueden obtenerse de cuatro a seis diamantes perfectos, que en conjunto valdrían mucho más que el diamante grande pero imperfecto. Si el robo de la piedra con fines lucrativos era la causa de la conspiración, las instrucciones del coronel lo volvían mucho más apetecible. Si la piedra hubiera pasado por las manos de los joyeros de Ámsterdam, se habría podido obtener más dinero por ella y habría sido infinitamente más fácil venderla.

—¡Dios nos asista, señor! —exclamé—. ¿Cuál era entonces el complot?

—Un complot organizado por los hindúes que fueron los dueños originales de la joya. Un complot relacionado con alguna antigua superstición hindú. Ésa es mi opinión, y un documento familiar que en este momento llevo conmigo así me lo ha confirmado.

Comprendí entonces por qué la aparición de los tres magos en nuestra casa había sido para el señor Franklin una circunstancia digna de mención.

—No pretendo imponerle mis opiniones —prosiguió el señor Franklin—. La idea de que por una antigua superstición hindú se haya elegido a ciertos servidores para que traten de recuperar esta piedra sagrada, arrostrando cualquier peligro o dificultad, me parece del todo coherente con lo que conocemos de la paciencia de las razas orientales y la influencia de las religiones orientales. Pero resulta que soy un hombre dotado de imaginación, y el carnicero, el panadero o el recaudador de impuestos no son las únicas realidades creíbles que existen para mí. Tomemos como verdad esta conjetura mía y centrémonos únicamente en las cuestiones prácticas que nos afectan. ¿Ha sobrevivido la conspiración en torno a la Piedra Lunar a la muerte del coronel? ¿Y sabía esto el coronel cuando le legó la piedra a su sobrina como regalo de cumpleaños?

Empezaba a ver que mi señora y la señorita Rachel estaban en el fondo de todo aquel embrollo. No se me escapaba ni una de sus palabras.

—Cuando conocí la historia de la Piedra Lunar, no supe si quería ser yo quien la trajera a esta casa. Pero el señor Bruff me recordó que alguien tenía que ocuparse de poner el legado en manos de mi prima y tanto daba si era yo como si era otro. Al retirar el diamante del banco, se me antojó que un individuo desaliñado y de piel oscura me seguía por la calle. Pasé por casa de mi padre a recoger mi equipaje y allí me esperaba una carta que me retuvo inesperadamente en Londres. Regresé al banco para depositar de nuevo el diamante hasta la fecha de mi partida, y me pareció volver a ver al mismo hombre desaliñado. Esta mañana, cuando fui a sacar el diamante del banco, vi al mismo individuo por tercera vez, logré darle esquinazo y decidí tomar el tren de la mañana en lugar del de la tarde, antes de que pudiera encontrarme. Llego aquí, con el diamante sano y salvo, ¿y cuál es la primera noticia que recibo? Que tres magos hindúes han pasado por la casa, y que mi llegada de Londres y algo que traigo conmigo son para ellos objetos de especial interés cuando se creen a solas. No quiero perder el tiempo ni malgastar palabras en cómo derramaron la tinta en la mano del niño y en cómo le pidieron que buscara en ella a un hombre que estaba por llegar y el objeto que dicho hombre llevaba en el bolsillo. En mi opinión, se trata de un burdo truco que he tenido ocasión de presenciar en Oriente muy a menudo, y supongo que también usted será de la misma opinión. La cuestión es si me equivoco al atribuir un significado especial a un mero accidente o si de verdad esto es una prueba de que los hindúes están siguiendo el rastro de la

Piedra Lunar desde el momento en que la retiré de la caja fuerte del banco.

A ninguno de los dos parecía agradarnos este aspecto de la cuestión. Nos mirarnos a los ojos y dirigimos luego la vista hacia la marea, que se filtraba despacio en las Arenas Temblonas y cubría gradualmente la playa.

—¿Qué está pensando? —me preguntó de repente el señor Franklin.

—Pensaba, señor, que de buena gana arrojaría ese diamante a las arenas movedizas para zanjar todo este asunto.

—Si tiene usted en el bolsillo el valor equivalente al diamante, dígamelo, Betteredge, y lo arrojamos a las arenas.

Es curioso percatarse, cuando uno está preocupado, de cuánto alivio procura una broma insignificante. En ese momento hallamos un gran motivo de diversión en la idea de deshacernos de lo que ya era legítima propiedad de la señorita Rachel, poniendo así al señor Blake, en su condición de albacea, en una situación tremendamente difícil… pero qué había en ello de divertido es algo que ahora se me escapa por completo.

El señor Franklin fue el primero en dirigir nuevamente la conversación a su propósito. Se sacó un sobre del bolsillo, lo abrió y me tendió el papel que había en su interior.

—Betteredge —dijo—, por el bien de mi tía, tenemos que averiguar qué motivos indujeron al coronel a dejar este legado a su sobrina. Recuerde cómo trató lady Verinder a su hermano desde el momento en que regresó a Inglaterra hasta el día en que él le dijo a usted que nunca olvidaría el cumpleaños de su sobrina. Y ahora, lea esto.

Era el extracto del testamento del coronel. Lo tengo conmigo mientras redacto estas líneas, y me dispongo a transcribirlo en beneficio del lector:

> Tercero y último, lego y otorgo el diamante amarillo de mi propiedad, conocido en Oriente por el nombre de la Piedra Lunar, a mi sobrina, Rachel Verinder, única descendiente de mi hermana viuda, Julia Verinder, a condición de que la susodicha Julia Verinder se halle con vida en la fecha del próximo cumpleaños de su hija posterior a mi muerte. Y por el presente testamento dispongo que mi albacea haga entrega del diamante, personalmente o por intermediación de un representante digno de su confianza y por él designado, a mi sobrina Rachel, en el día de su cumpleaños posterior a mi muerte, y en presencia de mi hermana, la susodicha Julia Verinder. Y es mi deseo que mi hermana sea informada, mediante copia fiel de esta tercera y última cláusula de mi testamento, de que lego el diamante a su hija en señal de generoso perdón por el agravio que con su comportamiento conmigo ha causado a mi buen nombre a lo largo de mi vida, y especialmente, como corresponde a un hombre moribundo, en prueba de que perdono el insulto de que se me hizo objeto en

mi condición de militar y caballero, cuando su criado, siguiendo órdenes suyas, me cerró la puerta de su casa el día del cumpleaños de mi sobrina.

Seguían otras disposiciones, en virtud de las cuales se estipulaba que, en el caso de haber fallecido la señora o la señorita Rachel en el momento del deceso del testador, debía enviarse el diamante a Holanda, junto con las instrucciones selladas que lo acompañaban. En tal caso, el producto de la venta debía sumarse a la cantidad destinada a la creación de la cátedra de química en una universidad del norte.

Profundamente preocupado y sin saber qué decir, le devolví el papel al señor Franklin. Hasta entonces, como ustedes saben, yo era de la opinión de que el coronel seguía siendo tan malvado llegado el momento de su muerte como lo fuera en vida. No digo que la copia del testamento me hiciera cambiar de opinión, sólo digo que me hizo vacilar.

—Y bien —dijo el señor Franklin—, ¿qué me dice ahora que ya ha leído el testamento del coronel? Al traer la Piedra Lunar a casa de mi tía, ¿estoy obrando como un ciego instrumento de su venganza o estoy defendiendo el buen nombre del coronel como penitente y como cristiano?

—Cuesta decir, señor, si murió albergando tan horrible venganza en su corazón y tan horrenda mentira en los labios. Sólo Dios sabe la verdad. No me haga esa pregunta.

El señor Franklin doblaba y retorcía entre los dedos el extracto del testamento, como si con ello pudiese sacar alguna verdad de todo aquello. Al mismo tiempo, advertí que se había operado en él un cambio muy notable. De ser enérgico y vivaracho, pasó a transformarse inexplicablemente en un hombre lento, solemne y caviloso.

—Este asunto presenta dos facetas —dijo—. Una objetiva y otra subjetiva. ¿Por cuál lo abordamos?

Como ya se ha dicho tenía una formación alemana, además de francesa. Una de las dos, así lo creía yo, había prevalecido hasta ese momento, en que la otra parecía tomar el revelo. Tengo por norma en mi vida no entretenerme en meditaciones sobre asuntos que no comprendo. Fijé así un rumbo intermedio entre el lado objetivo y el subjetivo. Lisa y llanamente, en él clavé mis ojos y me abstuve de decir nada.

—Vayamos al fondo de la cuestión —propuso el señor Franklin—. ¿Por qué le dejó mi tío el diamante a Rachel? ¿Por qué no se lo dejó a mi tía?

—No creo que eso sea tan difícil de adivinar, señor. El coronel Herncastle conocía a lady Verinder lo suficiente para saber que se habría negado a aceptar cualquier legado que proviniera de él.

—¿Cómo sabía que Rachel no lo rechazaría también?

—¿Conoce usted, señor, a alguna señorita que se resistiera a la tentación de

aceptar un regalo de cumpleaños como la Piedra Lunar?

—Ése es el punto de vista subjetivo —asintió el señor Franklin—. Le honra a usted, Betteredge, el ser capaz de abordar la cuestión desde esa perspectiva; pero hay otro misterio en torno al legado del coronel del que aún no nos hemos ocupado. ¿Cómo se explica que le ofreciera este regalo a Rachel sólo con la condición de que su madre siguiera con vida?

—No es mi intención calumniar a un difunto, señor, pero si de verdad quiso dejarle a su hermana, por intermediación de su hija, un legado que trae consigo penurias y peligros, forzosamente debía condicionarlo a que la señora siguiera con vida para sufrir la humillación.

—¡Vaya! ¿Es así como interpreta las intenciones del coronel? ¡Una vez más el lado subjetivo! ¿Ha estado alguna vez en Alemania, Betteredge?

—No, señor. ¿Cómo lo interpreta usted? Tenga la bondad de decírmelo.

—Se me ocurre que el propósito del coronel pudiera ser, muy posiblemente, no tanto beneficiar a su sobrina, a la cual ni siquiera conocía, como demostrarle a su hermana que murió perdonándola, y demostrarlo además con elegancia, mediante este obsequio a su hija. Existe una explicación totalmente distinta de la suya, Betteredge, que aflora a la superficie si se adopta un punto de vista objetivo-subjetivo. Hasta donde se me alcanza, una interpretación es tan buena como la otra.

Tras presentar el caso de esta forma tan atinada y reconfortante, el señor Franklin dio en pensar que había cumplido su cometido. Se tendió de espaldas en la arena y preguntó cuál debía ser el paso siguiente.

Como hasta entonces viera yo que hacía gala de tanta inteligencia y lucidez (antes de enunciar los hechos en aquella jerigonza extranjera) y que llevaba las riendas con tanta destreza, me tomó del todo desprevenido el repentino cambio de actitud con el que a continuación manifestó su desvalimiento y su necesidad de apoyarse en mí. No supe hasta más tarde —con ayuda de la señorita Rachel, que fue la primera en hacer tal descubrimiento— que estas desconcertantes variaciones y transformaciones en el carácter del señor Franklin eran consecuencia de su educación extranjera. A la edad en la que la mayoría de nosotros nos hallamos en condiciones de adquirir nuestra tonalidad personal, a partir del reflejo de las tonalidades de las personas que nos rodean, a él lo enviaron al extranjero, y desde entonces había vivido de país en país, sin dar tiempo a que ninguna de esas tonalidades pudiera afianzarse por entero. En consecuencia, su carácter constaba de una multitud de facetas distintas, más o menos en conflicto las unas con las otras, como si su vida transcurriera en perpetuo estado de contradicción consigo mismo. Tan pronto se mostraba diligente como holgazán; tan pronto confuso como lúcido; podía ser un modelo de determinación u ofrecer un espectáculo de impotencia, todo ello al mismo tiempo. Tenía un temperamento francés, otro inglés y otro italiano; sus cimientos

ingleses asomaban de vez en cuando, como si dijeran: «Aquí estoy, dolorosamente transformado, como puede verse, pero aún conservo algo de mí en el fondo de este otro». La señorita Rachel aseguraba que su lado italiano era el predominante cuando, de buenas a primeras, se rendía para pedirles a los demás, de esa manera tan encantadora, que cargaran sobre sus hombros las responsabilidades que a él le correspondían. No sería injusto concluir, creo, que en ese momento era su lado italiano el que prevalecía.

—¿No es asunto suyo, señor, decidir cuál debía ser el paso siguiente? ¿Cree que me corresponde a mí esa decisión? —pregunté.

No pareció percatarse del desafío que entrañaba mi pregunta, pues no se hallaba en posición, en ese instante, de ver otra cosa que no fuese el cielo.

—No quisiera alarmar a mi tía sin razón —dijo—, pero tampoco quisiera dejar de hacerle una advertencia que podría ser necesaria. Si estuviera usted en mi lugar, Betteredge, dígame, en una palabra, ¿qué haría?

En una palabra se lo dije.

—Esperar.

—De mil amores —respondió el señor Franklin—. ¿Cuánto tiempo?

Procedí a explicarme.

—Tal como yo lo veo, señor, alguien tiene que poner ese diamante aciago en manos de la señorita Rachel el día de su cumpleaños, y tanto da que sea usted como que sea otro. Muy bien. Estamos hoy a 25 de mayo, y el cumpleaños es el 21 de junio. Tenemos cuatro semanas por delante. Esperemos y veamos qué sucede entre tanto; y advirtamos a lady Verinder o no, según nos dicten las circunstancias.

—¡Perfecto, Betteredge! Pero ¿qué hacemos con el diamante hasta el día del cumpleaños?

—¡Lo mismo que hizo su padre, señor, sin lugar a dudas! Su padre lo guardó en la caja fuerte de un banco de Londres. Usted puede guardarlo en la caja fuerte del banco de Frizinghall. (Frizinghall era la ciudad más próxima, y el Banco de Inglaterra no era un lugar más seguro que este otro.) Yo de usted, señor —añadí—, saldría ahora mismo a caballo con el diamante, antes de que regresen las damas.

La oportunidad de hacer algo —y de hacerlo además a caballo— hizo que el señor Franklin se incorporara a la velocidad del relámpago. Se puso en pie de un salto, y me levantó también a mí sin ninguna ceremonia.

—Betteredge, vale usted su peso en oro. ¡Venga conmigo y haga que ensillen de inmediato el mejor caballo de los establos!

¡Por fin su fondo inglés (¡bendito fuera!) afloraba bajo la mezcla de barniz extranjero! Aquél era el señorito Franklin al que yo recordaba, haciendo gala de su buen ánimo de antaño ante la perspectiva de un paseo a caballo, y trayendo a mi memoria los buenos tiempos pasados. ¿Ensillar un caballo para él? ¡Y hasta

una docena habría mandado yo ensillar, si hubiese podido él montarlos a todos!

A toda prisa regresamos; a toda prisa hicimos que se ensillara el caballo más veloz de los establos, y a toda prisa partió el señor Franklin con el fin de depositar nuevamente el funesto diamante en la cámara de seguridad de un banco. Cuando el ruido de los cascos del caballo se perdió en la lejanía, miré a un lado y a otro y, al verme a solas en el patio, estuve tentado de preguntarme si no acababa de despertar de un sueño.

CAPÍTULO VII

En ese desconcierto me hallaba, muy necesitado de un rato de calma y soledad para recomponerme, cuando mi hija Penelope se cruzó en mi camino (igual que se cruzaba en mi camino su difunta madre en las escaleras), y me emplazó a que le contara todo lo que habíamos hablado el señor Franklin y yo. En tales circunstancias, no pude sino echar mano del apagavelas para extinguir sin dilación la curiosidad de Penelope. Repliqué en consecuencia que el señor Franklin y yo habíamos conversado de política extranjera, hasta que nos cansamos y nos quedamos dormidos al calor del sol. Prueben ustedes esta respuesta cuando su esposa o su hija les importunen con alguna pregunta incómoda en un momento incómodo, y confíen en la dulzura natural de las mujeres para zanjar la cuestión con un beso y hacer las paces en cuanto se presente la oportunidad.

Transcurrió la tarde, y las damas regresaron.

De más está decir lo mucho que les sorprendió saber que el señor Franklin ya había llegado y había vuelto a partir a caballo. Y de más también que no se conformaron con hacer sólo una pregunta incómoda, y que el cuento de la «política extranjera» y ese otro de «dormirse al sol» no surtió ningún efecto con ellas. Agotada mi inventiva, respondí que la llegada del señor Franklin en el tren de la mañana era del todo atribuible a uno de sus caprichos. Cuando me preguntaron entonces si su posterior partida a caballo era otro de sus caprichos, contesté que sin duda lo era, con lo cual logré escabullirme creo que muy hábilmente.

Una vez superadas mis dificultades con las damas, hube de afrontar nuevas complicaciones en mis habitaciones. Al poco llegó Penelope, con la dulzura natural de las mujeres, para darme un beso, hacer las paces y, con la curiosidad natural de las mujeres, formularme otra pregunta. Esta vez sólo quería saber qué le pasaba a Rosanna Spearman, nuestra segunda doncella.

Tras habernos dejado al señor Franklin y a mí en las arenas movedizas, al parecer había vuelto a casa en un estado de ánimo inexplicable. Se había puesto (a decir de Penelope) de todos los colores del arco iris. Se había mostrado alegre sin motivo y triste sin motivo. De un tirón le había hecho a mi hija centenares de preguntas sobre el señor Franklin Blake, y también de un tirón y muy acalorada había respondido cuando Penelope le dio a entender que un caballero no podía tener ningún interés por ella. Más tarde la habían sorprendido escribiendo el nombre del señor Franklin en su costurero, con una sonrisa en los labios. Y habían vuelto a sorprenderla después contemplando en el espejo su hombro deforme,

con lágrimas en los ojos. ¿Se conocían de antes Rosanna y el señor Franklin? ¡Imposible! ¿Sabrían algo el uno del otro? ¡Imposible también! Yo podía dar fe de que el asombro del caballero, al ver cómo la chica le clavaba la mirada, era genuino. Penelope podía dar fe de que la exagerada curiosidad de su compañera, al preguntar por el señor Franklin, también era genuina. La conversación discurrió por el mismo camino tedioso hasta que mi hija la dio por concluida bruscamente al soltar una idea que a mí me pareció la ocurrencia más monstruosa que había oído en toda mi vida.

—¡Padre! —dijo Penelope, muy seria—. Esto sólo tiene una explicación. ¡Rosanna se ha enamorado del señor Franklin de un flechazo!

Todos hemos oído hablar de damas hermosas que se enamoran de un flechazo, y a todos nos ha parecido natural, pero una sirvienta, salida de un reformatorio, feúcha y con un hombro deforme enamorándose a primera vista de un caballero que viene de visita a casa de su ama… ¡que me digan a mí si alguna vez se ha visto cosa tan absurda en algún cuento de hadas de la cristiandad! Me reí hasta que las lágrimas rodaron por mis mejillas. Tanto regocijo disgustó a Penelope de una forma extraña.

—No sabía que pudieras ser tan cruel, padre —dijo, en voz muy baja. Y se retiró.

Las palabras de mi hija cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Me reproché la incomodidad que me causaron en cuanto las hubo pronunciado, pero así fue como ocurrió. Será mejor que cambiemos de tema. Lamento haberme desviado de nuestro propósito con el relato de este incidente, pero pronto verá el lector, cuando hayamos avanzado un poco más, que no me faltaba razón.

Cayó la noche, y la campanilla que anunciaba el momento de vestirse para la cena sonó antes de que el señor Franklin hubiera regresado de Frizinghall. Yo mismo le subí el agua caliente a su habitación, con la esperanza de oír, tras lo mucho que se había demorado, que algo importante había sucedido. Para mi decepción (y seguro que también la de ustedes), no hubo tal cosa. No se encontró con los hindúes, ni a la ida ni a la vuelta. Depositó la Piedra Lunar en el banco —limitándose a describirla como un objeto muy valioso— y se guardó el recibo del depósito en el bolsillo. Me retiré y salí con la sensación de que aquél era un final muy anodino, después de tanta excitación a lo largo del día.

No puedo referir cómo fue el encuentro del señor Franklin con su tía y con su prima.

Yo habría dado cualquier cosa por servir la mesa ese día, de no haber sido porque tal ocupación (salvo en ocasiones muy señaladas para la familia) iba en desdoro de mi dignidad ante el resto de la servidumbre, y mi señora me consideraba muy capaz de deshonrarme por mis propios medios, sin necesidad

de que ella me ofreciese la oportunidad. Por Penelope y el lacayo, esa misma noche recibí noticias de las regiones superiores de la casa. Mi hija mencionó que nunca había visto a la señorita Rachel tan quisquillosa con su peinado, y tampoco la había visto nunca tan guapa y tan radiante como cuando bajó la escalera para encontrarse con el señor Franklin en la sala. El lacayo señaló que guardar la compostura y el respeto en presencia de sus superiores y atender al señor Franklin Blake en la cena habían sido las dos cosas más difíciles de conciliar a las que había tenido que enfrentarse en todos sus años de servicio. Avanzada la noche les oímos cantar y tocar a dúo: el señor Franklin con voz aguda, la señorita Rachel con voz más aguda todavía, mientras lady Verinder trataba de seguirlos al piano como si fueran saltando setos y zanjas; y los vimos concluir la carrera sanos y salvos, de una manera sumamente deliciosa y grata de escuchar desde la terraza, a través de las ventanas abiertas a la noche. Más tarde, fui a ver al señor Franklin, que se había instalado en el salón de fumar con la soda y el brandy, y descubrí que la señorita Rachel le había hecho olvidarse por completo del diamante. « ¡Es la muchacha más encantadora que he visto desde que volví a Inglaterra!» , fue cuanto pude sacarle, pese a mis muchos esfuerzos por llevar la conversación hacia asuntos más serios.

A eso de la medianoche emprendí mi ronda habitual en compañía de Samuel, el lacayo, para cerrar la casa. Tras haber cerrado todas las puertas, menos una que daba a la terraza, mandé a Samuel a la cama y salí a tomar un poco de aire fresco antes de acostarme.

Era una noche serena y cerrada, de luna llena. Tan profundo era el silencio que de cuando en cuando me llegaba muy levemente el rumor del mar, empujado por la corriente hasta el banco de arena que atravesaba la entrada de nuestra pequeña bahía. Por la situación de la casa, la fachada de la terraza quedaba a oscuras, pero la enorme luna bañaba de blancura el sendero de grava que conducía hasta la terraza desde el costado adyacente. Al mirar en esa dirección, tras contemplar el cielo, distinguí una sombra humana proyectada por la luna a contraluz en la esquina de la casa.

Viejo y astuto como soy, me abstuve de gritar, pero como también soy, por desgracia, viejo y torpe, mis pies en la gravilla me delataron. Antes de que pudiera escabullirme al otro lado de la esquina, según me proponía, oí unos pasos más ligeros que los míos —y creo que más de un par de pies— que se retiraban presurosos. Cuando por fin llegué a la esquina, los intrusos, fueran quienes fueran, ya habían alcanzado las matas que flanqueaban el sendero para ocultarse entre los árboles y arbustos que crecen en esa frondosa zona del jardín. Desde su escondite podían abrirse camino sin dificultad hasta la tapia de la carretera. De haber sido cuarenta años más joven, quizá hubiese podido darles caza antes de que salieran de la finca, pero, no siendo ése el caso, salí en busca de unas piernas más ágiles que las mías. Sin alertar a nadie, Samuel y yo nos armamos con dos

escopetas, rodeamos la casa y nos dirigimos a los arbustos. Tras asegurarnos de que nadie acechaba en los jardines, volvimos a la casa. Al pasar por el sendero donde había visto la sombra, me llamó la atención por primera vez un objeto pequeño y brillante que yacía en la gravilla limpia a la luz de la luna. Lo recogí y comprobé que era un frasco pequeño, lleno de un líquido denso y de fragancia dulce, negro como la tinta.

Nada le dije a Samuel, pero al recordar el relato de Penelope acerca de los magos y de la tinta vertida en la mano del niño, sospeché que acababa de ahuyentar a los tres hindúes que, con pagano empeño, rondaban la casa esa noche con la intención de descubrir el paradero del diamante.

CAPÍTULO VIII

Llegados a este punto considero necesario hacer un alto en el camino. Al poner en orden mis propios recuerdos —con la colaboración de Penelope, que ha consultado su diario—, constato que podemos pasar rápidamente los días que mediaron entre la llegada del señor Franklin y el cumpleaños de la señorita Rachel. Estos días transcurrieron sin que aconteciese nada digno de mención. Así, con el permiso del lector y la ayuda de mi hija, sólo daré a conocer ciertas fechas, reservándome el derecho de reanudar la narración día por día cuando hayamos llegado al momento en que la Piedra Lunar se convirtió en asunto fundamental para todos cuantos vivíamos en la casa.

Dicho esto podemos proseguir, comenzando, claro está, por el frasco de tinta de dulce fragancia que esa noche encontré en el sendero.

A la mañana siguiente (el día 26) le mostré al señor Franklin el utensilio de hechicería y le referí lo que el lector ya conoce. Fue su opinión que los hindúes no sólo habían estado acechando en pos del diamante, sino que eran tan estúpidos como para creer en su propia magia, con lo cual se refería a los signos que trazaran alrededor de la cabeza del niño y a la tinta derramada en la palma de su mano con la esperanza de ver personas y cosas que escapan al alcance de la vista. En nuestro país, como en Oriente, según me explicó el señor Franklin, hay personas que practican estos engaños (aunque sin tinta) y que las llaman por un nombre francés que significa algo así como poder de visión.

—Le aseguro, Betteredge, que los hindúes dieron por sentado que esconderíamos aquí el diamante y se sirvieron de la clarividencia del niño para que les condujera hasta él, si es que lograban entrar en la casa.

—¿Cree que volverán a intentarlo, señor?

—Eso depende de la capacidad del niño. Si de verdad alcanza a ver el diamante a través de las paredes de hierro de la caja de seguridad del banco de Frizinghall, creo que no volverán a molestarnos por el momento. Si no puede, tendremos una nueva oportunidad de cazarlos en los arbustos en el curso de algunas noches.

Aguardé muy esperanzado dicha oportunidad, mas, por extraño que parezca, no se presentó.

Ya fuera porque los magos oyeron decir en el pueblo que se había visto al señor Franklin en el banco, y sacaron las oportunas conclusiones; o porque el niño de veras viese el diamante donde se encontraba en aquel momento (cosa de la que yo descreo en absoluto); o porque, a fin de cuentas, todo fuese mero fruto del azar, lo cierto es que, y ésa es la pura verdad, no se vio ni el fantasma de un

hindú en las inmediaciones de la casa en las semanas previas al cumpleaños de la señorita Rachel. Los magos se limitaron a ejercer su oficio en el pueblo y en los alrededores, mientras el señor Franklin y yo seguíamos a la espera de lo que pudiese ocurrir y decidíamos no poner en guardia a los villanos desvelando prematuramente cualquier sospecha. Con esta descripción de nuestros métodos deductivos concluye cuanto por el momento tengo que decir de los hindúes.

El día 29 de ese mismo mes, la señorita Rachel y el señor Franklin hallaron la manera de ocupar juntos un tiempo que de lo contrario se les habría hecho interminable. Hay razones para prestar especial atención a la tarea con la que ambos se entretuvieron. El lector descubrirá que dicha distracción está relacionada con algo a lo que nos referiremos más adelante.

En general, las personas de buena familia encuentran una roca muy molesta en su camino: la roca de su propia ociosidad. Es curioso advertir, puesto que pasan la mayor parte de su vida en busca de algún quehacer —sobre todo cuando sus inclinaciones son de lo que ha dado en llamarse de índole intelectual—, cuán a menudo se entregan ciegamente a actividades aborrecibles. En nueve de cada diez ocasiones ocupan su tiempo torturando o estropeando algo, llevados por la firme convicción de estar cultivando su espíritu, cuando lo cierto es que lo único que hacen es ponerlo todo manga por hombro. He visto a algunas de estas personas (damas, lamento decirlo, además de caballeros) salir día tras día, por ejemplo, provistos de cajas de pastillas vacías a la caza de tritones, escarabajos, arañas y ranas, para, a su regreso, atravesar con alfileres a las pobres criaturas o cortarlas en pedazos sin el menor remordimiento. Así es como uno sorprende al señorito, o a la señorita, escudriñando el interior de sus arañas con un vidrio de aumento; o como uno se encuentra con una rana decapitada bajando las escaleras; y al interesarse uno por el significado de tan repugnante y cruel ocupación, se le responde que dicha actividad denota la afición del señorito o de la señorita por las ciencias naturales. Otras veces se los ve atareados durante horas en la destrucción de una preciosa flor con ayuda de instrumentos cortantes, movidos por la absurda curiosidad de averiguar de qué está hecha la flor. ¿Es más bello su color o más dulce su fragancia tras haberlo averiguado? Claro es que los pobrecillos, como ustedes comprenderán, tienen que pasar el rato de alguna manera… tienen que pasar el rato. De niños nos entretenemos chapoteando en el barro y haciendo pasteles de barro; y cuando crecemos nos entretenemos chapoteando en una ciencia terrorífica, diseccionamos arañas y destrozamos flores. Tanto en un caso como en el otro el secreto reside en la imposibilidad de pensar con la pobre cabeza vacía o de actuar con las pobres manos ociosas. Y así es como se termina emborronando lienzos y llenando la casa de malos olores; o guardando renacuajos en frascos de cristal llenos de agua sucia y provocando

náuseas en todos los estómagos; o tallando piedras aquí y allá y dejando esquirlas por todas partes; o ensuciándose los dedos en pos de la fotografía y retratando sin piedad todos los rostros de la casa. Tales actividades, como es natural, pueden sacar de quicio a las personas que tienen la obligación de ganarse la vida, de trabajar para adquirir las prendas que cubren su cuerpo, el techo que las cobija y el alimento que les permite seguir adelante. Ahora bien, comparemos los días de más arduo trabajo de nuestra existencia con esa ociosidad que impele a destruir flores y a hurgar en el estómago de las arañas, y demos gracias a Dios por tener en la cabeza algo en lo que pensar forzosamente y en las manos algo que hacer forzosamente.

En lo que concierne al señor Franklin y a la señorita Rachel, me complace decir que no les dio por la tortura. Se limitaron a ensuciarlo todo, y lo único que destrozaron, para ser justos, fue el panel de una puerta.

El genio universal del señor Franklin, que jugaba con todo, se centró entonces en lo que él llamaba « pintura decorativa» . Había inventado, según nos explicó, un preparado para diluir los colores, al que daba el nombre de « excipiente» . Ignoro de qué sustancia estaba hecho. Lo que hacía puedo explicarlo sin embargo con una sola palabra: apestaba. La señorita Rachel estaba como loca por probar el nuevo procedimiento, de ahí que el señor Franklin enviase a buscar a Londres todos los materiales necesarios. Los mezcló, les añadió un producto cuyo olor hacía estornudar incluso a los perros cuando entraban en la habitación, le colocó a la señorita Rachel un delantal encima del vestido y la puso a decorar su salita privada, que, a falta de una palabra inglesa más exacta, llamábamos el *boudoir*. Comenzaron por el lado interior de la puerta. El señor Franklin eliminó el hermoso barniz de la madera con una piedra pómez, hasta haber obtenido lo que definió como una superficie de trabajo. La señorita Rachel la cubrió entonces, bajo la dirección de su primo y con su ayuda, de formas y dibujos: grifos, pájaros, flores, cupidos y otras figuras por el estilo, copiadas de los diseños de un famoso pintor italiano cuyo nombre se me escapa: me refiero al que inundó el mundo de Vírgenes y estaba enamorado de una panadera[2]. Esta empresa decorativa resultó ser una ocupación lenta y sucia, de la que nuestra señorita y nuestro caballero no parecían cansarse. Cuando no estaban cabalgando o de visita o comiendo o cantando sus canciones, allí se los veía a los dos con las cabezas juntas, laboriosos como abejas, destrozando la puerta. ¿Qué poeta fue el que dijo que Satanás siempre encuentra alguna fechoría para unas manos ociosas? De haber ocupado este hombre un lugar en la familia y haber visto a la señorita Rachel con su pincel y al señor Franklin con su excipiente, nada más cierto podría haber escrito sobre ninguno de los dos.

La siguiente fecha digna de mención es el domingo, 4 de junio.

Esa noche, en la sala de la servidumbre, se debatió por primera vez una cuestión doméstica que, como el decorado de la puerta, guarda relación con algo que aún está por llegar.

A la vista de cómo disfrutaban el señor Franklin y la señorita Rachel de su mutua compañía y de lo buena pareja que hacían en todos los sentidos, especulamos, como es natural, sobre la posibilidad de que unieran sus cabezas con otros fines que no fueran estrictamente decorativos. Algunos dijeron que habría boda en la casa antes de que concluyera el verano. Otros (conmigo a la cabeza) admitían como cosa bastante probable que la señorita Rachel pudiera casarse, pero dudaban (por razones que pronto se desvelarán) que el novio hubiera de ser el señor Franklin Blake.

Que el señor Franklin estaba enamorado, nadie que lo viera o lo escuchara podía ponerlo en duda. Lo difícil era descifrar los sentimientos de la señorita Rachel. Concédanme el honor de presentársela, y traten luego de descifrar sus sentimientos, si es que pueden.

Se acercaba el décimo octavo cumpleaños de la señorita, el 21 de junio. Si les gustan a ustedes las mujeres morenas (quienes, según tengo entendido, últimamente han pasado de moda en los ambientes festivos) y no albergan ningún prejuicio en particular a favor de la estatura, respondo de que la señorita Rachel puede contarse entre las muchachas más hermosas que hayan visto nunca. Era menuda y delgada, aunque bien proporcionada de la cabeza a los pies. Verla sentarse, verla ponerse en pie y, sobre todo, verla andar, bastaba para que cualquier hombre en su sano juicio se convenciera de que los encantos de su figura (discúlpeseme la expresión) residían en su carne y no en sus vestidos. Tenía el cabello más negro que he visto en mi vida y los ojos del mismo color. Reconozco que la nariz era algo corta. La boca y la barbilla (por citar al señor Franklin) eran manjares de dioses, y el cutis (según la misma autoridad infalible) tan cálido como el mismo sol, con la gran ventaja respecto de éste de que siempre resultaba grato de mirar. Añádase a lo anterior que llevaba la cabeza erguida como un dardo, con ademán enérgico, brioso y elegante, que tenía una voz clara, con un timbre del metal idóneo, y una linda sonrisa que brotaba en sus ojos antes de llegar a los labios, y habremos concluido su retrato, ¡el mejor que mi capacidad pictórica me permite ofrecer, en carne y hueso!

¿Y qué decir de su carácter? ¿Carecía de defectos este ser encantador? Tenía tantos defectos como usted, señora, ni más ni menos.

Bromas aparte, la querida y hermosa señorita Rachel, poseedora de innumerables atractivos y encantos, tenía un defecto que una estricta imparcialidad me obliga a reconocer. En un sentido no se parecía a la mayoría de las jovencitas de su edad: tenía ideas propias y la contumacia suficiente para desafiar a las mismas modas si éstas no se adaptaban a sus criterios. Cuando se trataba de menudencias, esta independencia suya podía pasarse por alto, pero en

asuntos de mayor calado la empujaba a llegar (como decía mi señora y como decía también yo) demasiado lejos. Juzgaba por sí misma, como pocas mujeres con el doble de edad que la suya juzgan en general; jamás pedía consejo; jamás avisaba con antelación de sus intenciones; jamás le iba con secretos y confidencias a nadie, de su madre para abajo. En lo pequeño y en lo grande, con las personas a las que amaba y a las que odiaba (cosas ambas que hacía con la misma intensidad), la señorita Rachel siempre obraba según su propio entender, y con él le bastaba en las alegrías y en las penas de la vida. Cuántas veces le habré oído yo decir a su madre: « El mejor amigo de Rachel y su peor enemigo, son, el uno y el otro, la propia Rachel» .

Un dato más y habré concluido con este asunto.

A pesar de su secretismo y su obstinación, no había en ella ni una sombra de falsedad. No recuerdo que jamás faltara a su palabra; no recuerdo que dijera « no» cuando lo que quería decir era « sí» . Me viene a la memoria que, siendo niña, la pobrecilla más de una vez se confesó culpable y sufrió el castigo por alguna falta cometida por algún compañero de juegos al que ella quería. Nadie lograba hacerla confesar al descubrirse la fechoría, y ella cargaba con toda la culpa. Y tampoco nadie llegaba a darse cuenta de que estaba mintiendo. Miraba directamente a los ojos de su interlocutor, sacudía su insolente cabecita y se limitaba a responder: « ¡No te lo diré!» . Castigada de nuevo por tal conducta, se confesaba arrepentida de haber dicho « no» , pero seguía en sus trece aunque se la sometiese a pan y agua. Terca —endemoniadamente terca a veces—, lo reconozco, pero también el ser más bondadoso que haya pisado este bajo mundo. Quizá encuentren ustedes cierta contradicción en todo esto. En tal caso, les diré una palabra al oído. Observen atentamente a su mujer las próximas veinticuatro horas: si en ese lapso de tiempo no advierten en ella ninguna contradicción, ¡que el cielo les asista!… pues se habrán casado con un monstruo.

Ahora que ya conocen a la señorita Rachel, podemos ocuparnos de la opinión que esta joven tenía del matrimonio.

El día 12 de junio lady Verinder cursó una invitación a un caballero en Londres, por medio de la cual se solicitaba su presencia en el cumpleaños de la señorita Rachel. Éste era el afortunado individuo al que, a mi entender, la señorita había entregado su corazón secretamente. Al igual que el señor Franklin, se trataba de un primo suyo: Godfrey Ablewhite era su nombre.

La segunda hermana de mi señora (que nadie se alarme, pues no vamos a adentrarnos más de lo imprescindible en entresijos familiares), la segunda hermana de mi señora, como iba diciendo, sufrió un desengaño amoroso que la llevó, por desesperación, a lo que se llama un mal casamiento. La familia recibió un golpe terrible cuando la honorable Caroline insistió en tomar por esposo al

señor Ablewhite, el banquero de Frizinghall. Era un hombre muy rico y muy respetable, y engendró una familia prodigiosamente numerosa. Hasta aquí todo habla en favor del caballero. Sin embargo, presumía de haber ascendido desde un plano social inferior, y esto obraba en su contra. Pese a todo, el tiempo y las luces del progreso que la modernidad trajo consigo pusieron las cosas en su justo punto, y el mal casamiento pasó la inspección admirablemente. Ahora todos nos estamos volviendo liberales y (siempre que tú me hagas favores y yo te haga favores) ¿qué más me da a mí, dentro o fuera del Parlamento, que puedas ser basurero o duque? Así es como se ven las cosas en la civilización moderna, y yo siempre procuro seguir el ritmo de los tiempos. Los Ablewhite vivían en una casa espléndida, algo apartada de Frizinghall, rodeados de sus tierras. Eran gente muy digna y respetada en el vecindario. No habremos de interesarnos demasiado por ellos en estas páginas, con la excepción del señor Godfrey, que era el segundo hijo del señor Ablewhite y, con el permiso del lector, debe ocupar el lugar que merece en este relato, por su vinculación con la señorita Rachel.

Con toda su inteligencia, su ingenio y sus buenas cualidades en general, las posibilidades con las que contaba el señor Franklin para superar al señor Godfrey en la estima de nuestra joven dama eran, en mi opinión, muy escasas.

En primer lugar y en cuestión de estatura, el señor Godfrey era, con mucho, el mejor dotado de los dos. Medía dos varas largas, lucía en su piel una agradable combinación de rojo y de blanco, tenía el rostro redondo y suave, rasurado como la palma de una mano, y la cabeza cubierta por una deliciosa cabellera larga y blonda que caía al descuido sobre la nuca. ¿Por qué ofrezco esta descripción física? Si han estado ustedes suscritos a alguna Sociedad de Damas de Caridad en Londres, a buen seguro que conocerán al señor Godfrey Ablewhite tan bien como yo. Era abogado de profesión, el hombre ideal para las damas por su temperamento y buen samaritano por elección personal. Ni la benevolencia ni la indigencia femenina podían pasarse sin él. Era vicepresidente, administrador y árbitro de sociedades maternales para el confinamiento de mujeres sin recursos, sociedades para el rescate de magdalenas arrepentidas, sociedades firmemente resueltas a situar a las mujeres pobres en los puestos ocupados por hombres pobres, dejando a éstos a la buena de Dios. Dondequiera que hubiese una mesa en torno a la cual se reuniera un Comité de Damas en consejo, allí estaba el señor Godfrey, ocupando la cabecera, templando los ánimos y guiando a sus queridas criaturas por la espinosa senda de los negocios, sombrero en mano. Tengo para mí que era el mayor filántropo (en la medida en que su pequeña independencia se lo permitía) que jamás haya dado Inglaterra. Como orador, no había en estas reuniones de caridad quien lo igualase en la tarea de arrancar las lágrimas y el dinero de los asistentes. Era todo un personaje público. La última vez que estuve en Londres, mi señora me obsequió con dos invitaciones. Me envió al teatro, para ver a una bailarina que estaba causando furor, y me envió a

Exeter Hall, para escuchar al señor Godfrey. La bailarina actuaba con una orquesta. El señor Godfrey, con un pañuelo y un vaso de agua. Multitudes en el espectáculo ejecutado con las piernas. Ídem de ídem en el ejecutado con la lengua. Y además de todo lo anterior, la persona de más dulce carácter (me refiero al señor Godfrey), la más sencilla, la más agradable y la más encantadora que se haya visto nunca. Quería a todo el mundo y todo el mundo lo quería. ¿Qué probabilidades podía tener el señor Franklin —qué probabilidades podía tener cualquiera con una reputación y unas capacidades medias— frente a un hombre como el señor Godfrey?

El día 14 llegó la respuesta del señor Godfrey.

Aceptaba la invitación de lady Verinder, desde el miércoles, día del cumpleaños, hasta la noche del viernes, cuando sus obligaciones con las Damas de la Caridad le exigían regresar a la ciudad. Adjuntaba asimismo la copia de unos versos en honor de lo que elegantemente denominaba el « natalicio» de su prima. La señorita Rachel, según me contaron, se sumó en la cena a las bromas del señor Franklin a cuenta de los versos, y Penelope, que era claramente partidaria del señor Franklin, me preguntó con aire triunfal qué opinión tenía yo de todo esto.

—La señorita Rachel te ha puesto sobre la pista de un perfume falso, querida —repliqué—, pero a mi olfato no se le engaña tan fácilmente. Espera hasta el momento en que a los versos del señor Ablewhite les siga la presencia del señor Ablewhite.

Mi hija respondió que el señor Franklin podría dar un paso al frente con el fin de probar suerte antes de que el poeta siguiera a sus versos con su presencia. En favor de este argumento, tengo que reconocer que el señor Franklin nunca dejaba pasar la oportunidad de ganarse los favores de la señorita Rachel.

Aunque era uno de los fumadores más empedernidos que he conocido, abandonó sus cigarros desde el día en que ella dijo que detestaba el mal olor que le dejaban en la ropa. Tan mal dormía tras este acto de abnegación, privado de la acción calmante del tabaco a la cual estaba acostumbrado, y tan cansado y ojeroso se presentaba por las mañanas, que la propia señorita Rachel le suplicó que volviera a fumar. ¡No! Jamás haría nada que pudiera causarle a ella un solo instante de disgusto; combatiría el vicio con resolución y tarde o temprano volvería a dormir como siempre, a fuerza de pura paciencia. Pensarán ustedes que tanta devoción (según se decía en el piso de abajo) no podía dejar de surtir algún efecto en la señorita Rachel, con el respaldo, por así decir, de los trabajos diarios de decoración de la puerta. Todo lo cual está muy bien, pero ella tenía en su dormitorio una fotografía del señor Godfrey: retratado en un acto público, con el pelo alborotado por el aliento de su propia elocuencia y los ojos hechizando al

dinero de la manera más deliciosa para hacerlo salir de los bolsillos de quienes lo escuchaban. ¿Qué me dicen a esto? Todas las mañanas —así me lo reconoció la propia Penelope—, observando desde su tocador como una efigie a la señorita Rachel mientras la peinaban, allí estaba el hombre sin el que las mujeres no podían pasarse. Poco faltaba, pensé yo, para que empezase a mirarla en persona.

El día 16 de junio sucedió algo que, a mi juicio, empeoró más que nunca las probabilidades de éxito del señor Franklin.

Un caballero desconocido, que hablaba inglés con acento extranjero, se presentó esa mañana en la casa y solicitó ver al señor Franklin por un asunto de negocios. Dicho asunto no podía guardar ninguna relación con el diamante, por estas dos razones: la primera era que el señor Franklin no me había dicho nada; la segunda era que se lo comunicó a lady Verinder (supongo que cuando el caballero se hubo marchado). Es probable que ella le insinuara algo a su hija después. El caso es que se supo que esa noche, mientras tocaban el piano, la señorita Rachel le hizo reproches muy severos al señor Franklin, por la clase de personas entre las cuales había vivido y por las costumbres que había adoptado durante su estancia en el extranjero. Al día siguiente, por primera vez, no hubo trabajos de decoración en la puerta. Sospecho que alguna imprudencia cometida por el señor Franklin en el continente —quizá relacionada con una mujer o una deuda— había seguido al caballero hasta Inglaterra. Claro está que son meras conjeturas. Esta vez, no sólo el señor Franklin sino también mi señora me dejaron incomprensiblemente a oscuras.

El día 17, según todas las apariencias, la nube había pasado. Reanudaron los trabajos de decoración y parecían tan amigos como siempre. De creer a Penelope, el señor Franklin había aprovechado la oportunidad que le brindaba la reconciliación para hacerle una proposición a la señorita Rachel, y ésta ni la había aceptado ni la había rechazado. Mi hija estaba segura (por señales y detalles que no merece la pena especificar) de que la señorita había parado los pies al señor Franklin, negándose a creer que éste hablara en serio, y que luego en secreto se había arrepentido por haberlo tratado de aquel modo. Aunque Penelope gozaba de mayor familiaridad con su señorita de lo que por regla general se les permite a las criadas, puesto que casi se habían criado juntas, yo conocía demasiado bien el carácter reservado de esta joven para creer que pudiese confiarle a nadie sus sentimientos. Lo que mi hija me contó en esta ocasión, así lo sospecho, respondía más a lo que deseaba que a lo que realmente sabía.

El día 19 ocurrió otro hecho destacable. Recibimos una visita del médico por motivos profesionales. Se le llamó para que atendiera a una persona a la que ya he tenido ocasión de presentar en estas páginas: nuestra segunda doncella, Rosanna Spearman.

La pobre muchacha —que como ya se ha dicho me había desconcertado en las Arenas Temblonas— logró desconcertarme todavía más en el lapso que medió entre aquel día y el momento al que ahora me refiero. La idea de Penelope, para quien su compañera estaba enamorada del señor Franklin (idea que mi hija, siguiendo órdenes mías, guardó en el más estricto de los secretos), seguía pareciéndome tan absurda como al principio. Sin embargo, reconozco que lo que yo mismo vi y también lo que vio mi hija en la conducta de nuestra segunda doncella empezaba a parecer cuando menos misterioso.

Por ejemplo, a todas horas se cruzaba en el camino del señor Franklin, con mucha astucia y mucho sigilo, pero se cruzaba. Él se fijaba en ella lo mismo que se fijaba en el gato: jamás se le ocurría desperdiciar una mirada en el rostro anodino de Rosanna. El apetito de la pobre muchacha, que nunca había sigo gran cosa, comenzó a declinar de un modo alarmante, y por la mañana se veía en sus ojos que había pasado la noche llorando y en vela. Cierto día Penelope hizo un descubrimiento muy incómodo, que al instante decidimos callar. Sorprendió a Rosanna en el tocador del señor Franklin, retirando en secreto una rosa que la señorita Rachel le había dado para que se la prendiera en el ojal y sustituyéndola por otra que ella misma había cortado en el jardín. A raíz de esto, la muchacha se insolentó conmigo un par de veces cuando le di a entender, con la mejor de las intenciones y sin entrar en detalles, que debía cuidar más su comportamiento; y lo peor de todo era que no le mostraba el debido respeto a la señorita Rachel en las raras ocasiones en que ésta se dirigía a ella.

Lady Verinder también advirtió el cambio y quiso saber mi opinión. Traté de proteger a la muchacha diciendo que quizá no se encontraba bien de salud, y esto dio lugar a que el día 19 se llamase al médico, como ya he referido. Mi señora se ofreció a trasladarla a una de nuestras granjas tierra adentro, con el fin de procurarle un cambio de aires. Con lágrimas en los ojos, Rosanna le rogó y le suplicó que le permitiera quedarse en la casa. Y en mala hora le aconsejé yo a mi señora que le diese una nueva oportunidad. Los hechos demostraron, como pronto verá el lector, que aquél fue el peor consejo que podría haberle dado. Si hubiera podido adivinar el futuro, yo mismo habría sacado de allí a Rosanna Spearman en ese preciso instante.

El día 20 llegó una nota del señor Godfrey. Había convenido en pasar por Frizinghall esa noche, a fin de consultar con su padre sobre algún negocio. En la tarde del día siguiente, llegó a caballo en compañía de sus dos hermanas mayores, bastante antes de la hora de cenar. Un elegante joyero de porcelana acompañaba la nota que le hizo llegar a la señorita Rachel, con todo el cariño de

su primo y sus mejores deseos. El señor Franklin sólo le había regalado un sencillo guardapelo, que no valía ni la mitad. Mi hija Penelope —tal es la obstinación de las mujeres— seguía de todos modos respaldando la victoria del señor Franklin.

¡Gracias a Dios que por fin hemos llegado a la víspera del cumpleaños! Reconocerán ustedes, así lo espero, que esta vez los he conducido hasta aquí sin demorarnos demasiado. ¡Ánimo! Allanaré el camino para ustedes con un nuevo capítulo que nos llevará directamente al meollo del relato.

CAPÍTULO IX

El 21 de junio, la fecha del cumpleaños, el cielo amaneció nublado y desapacible, aunque hacia el mediodía se despejó magníficamente.

En la sala de la servidumbre dimos comienzo a este feliz aniversario como teníamos por costumbre, ofreciendo a la señorita Rachel nuestros pequeños obsequios junto con el tradicional discurso que, en mi calidad de jefe de la servidumbre, pronunciaba yo todos los años. Sigo en esto el programa adoptado por la reina para la inauguración del Parlamento, que consiste lisa y llanamente en decir siempre más o menos lo mismo. Antes de ser pronunciado, mi discurso (como el de la reina) se espera con tanta expectación como si jamás se hubiera oído cosa igual. Una vez se ha pronunciado y no resulta ser la novedad anticipada, todos refunfuñan un poco, pero no pierden la esperanza de escuchar algo inédito el año siguiente. Un pueblo fácil de gobernar, en el Parlamento y en la cocina: he aquí la moraleja.

Después del desayuno, el señor Franklin y yo departimos en privado sobre la Piedra Lunar: había llegado el momento de retirarla del banco de Frizinghall para depositarla en manos de la señorita Rachel.

Ya sea porque hubiera vuelto a cortejar a su prima y hubiera sido rechazado, o porque la reiterada falta de descanso nocturno estuviese agravando las extrañas contradicciones e inseguridades de su carácter, lo cierto es que el señor Franklin no tenía esa mañana su mejor aspecto. En cuestión de veinte minutos, expresó el mismo número de opiniones distintas acerca del diamante. Yo, por mi parte, me ceñí a los hechos tal como los conocíamos. No había ocurrido nada que justificara que alarmásemos a lady Verinder con el extraño origen de la joya, y nada podía alterar la obligación legal que pesaba sobre el señor Franklin de poner a su prima en posesión de ella. Tal era mi punto de vista, y tal fue el suyo también luego de verse en la obligación de adoptarlo, por más vueltas que intentó darle. Resolvimos que saldría a caballo después de almorzar y que traería el diamante, muy probablemente acompañado por el señor Godfrey y sus hermanas en el camino de vuelta.

Acordado esto, nuestro caballero regresó con la señorita Rachel.

Consumieron toda la mañana y parte de la tarde en la eterna empresa de decorar la puerta con ayuda de Penelope, que mezclaba los colores según se le indicaba. A medida que se acercaba la hora del almuerzo, lady Verinder empezó a entrar y salir del *boudoir* de su hija con un pañuelo en la nariz (pues ese día habían usado una buena cantidad del excipiente del señor Franklin), tratando en vano de apartar a los artistas de su obra. Eran más de las tres cuando por fin se

quitaron los delantales, liberaron a Penelope (cuyo aspecto era todavía peor, por culpa del excipiente) y se limpiaron toda la suciedad de encima. Habían cumplido con su objetivo: habían terminado la puerta para el día del cumpleaños, y estaban los dos la mar de orgullosos. Tengo que reconocer que el efecto de los grifos, los cupidos y todos los demás elementos resultaba hermosísimo, pero eran tantos, tan enmarañados estaban entre las flores y otros motivos pictóricos, y tan alocados se mostraban en sus actos y actitudes, que se le quedaban a uno grabados en la memoria de un modo muy molesto por espacio de muchas horas después de haber tenido el placer de contemplarlos. Si añado además que Penelope terminó su parte de la tarea matinal enferma en la trascocina, no es por antipatía al excipiente. ¡No y no! El producto dejaba de apestar en cuanto se secaba, y si el arte nos exige esta clase de sacrificios —aun cuando se trate de mi propia hija—, ¡que el arte los tenga!

El señor Franklin tomó un bocado de la mesa y partió a caballo en dirección a Frizinghall, con el fin de escoltar a sus primos, según le dijo a mi señora. Claro está que iba a recoger la Piedra Lunar, según sabíamos él y yo en privado.

Siendo aquélla una de las mayores celebraciones en las que me tocó intervenir junto al aparador, en mi calidad de jefe de la servidumbre, tuve mucho en que entretener mis pensamientos mientras el señor Franklin estuvo ausente. Tras ocuparme del vino y pasar revista a los hombres y las mujeres que atenderían la mesa a la hora de la cena, me retiré a descansar antes de que llegasen los invitados. Unas caladas de… ya sabemos qué, y una hojeada a cierto libro que ya he tenido la ocasión de mencionar en estas páginas me recompusieron en cuerpo y alma. Desperté de lo que me inclino a llamar más una ensoñación que un sueño al oír los cascos de los caballos, y salí a la puerta para recibir a la cabalgata que integraban el señor Franklin y sus tres primos, escoltados por uno de los palafreneros del anciano señor Ablewhite.

Me sorprendió, de una manera muy singular, ver que el señor Godfrey guardaba un extraño parecido con el señor Franklin en un sentido: su ánimo no era el mismo de siempre. Me estrechó la mano con la amabilidad de costumbre, y se mostró de lo más cortés y contento de encontrar en tan buen estado a su viejo amigo Betteredge. Sin embargo, una especie de nube se cernía sobre él, sin que acertase yo a adivinar cuál podía ser la causa. Y, cuando me interesé por la salud de su señor padre, me respondió en un tono bastante escueto: «Como siempre». Sus dos hermanas, por el contrario, tenían alegría suficiente para veinte personas juntas, y esto sirvió para restablecer el equilibrio. Eran casi tan altas como él: dos mozas vivarachas, rubias, de piel sonrosada, que hacían gala de una superabundancia de carne y de sangre y rebosaban salud y buen humor por los cuatro costados. Las patas de los pobres caballos temblaban bajo el peso de su carga y, cuando descabalgaron de un salto (sin esperar a que las ayudasen), les aseguro que rebotaron en el suelo como si fueran de caucho. Todo cuanto

decían las señoritas Ablewhite comenzaba con una O enorme; todo cuanto hacían lo hacían con estrépito, y recibían con gritos y risitas la más mínima provocación, tanto si venía a cuento como si no. Mocetonas es como yo las llamo.

Amparándome en el alboroto de estas damiselas tuve la oportunidad de intercambiar unas palabras en privado con el señor Franklin en el vestíbulo.

—¿Ha traído el diamante sin contratiempos, señor?

Asintió y se dio un golpe en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Ha visto a los hindúes?

—Ni rastro. —Tras ofrecer esta respuesta me preguntó por la señora y, al saber que estaba en su gabinete, allá fue directamente. La campanilla sonó antes de que el señor Franklin llevase un minuto en dicha habitación, y a través de Penelope se envió recado a la señorita Rachel de que el señor Franklin Blake deseaba hablar con ella.

Al cruzar el vestíbulo, alrededor de media hora más tarde, un estallido de gritos procedente del salón me hizo pararme en seco. No puedo decir que me alarmara en absoluto, pues reconocí en ellos la enorme O característica de las hermanas Ablewhite. Entré no obstante (con el pretexto de solicitar instrucciones sobre la cena) para comprobar si en verdad sucedía algo grave.

Vi a la señorita Rachel junto a la mesa, con expresión fascinada, sosteniendo en la mano el infausto diamante del coronel. A ambos lados de la señorita se encontraban arrodilladas las dos mocetonas, devorando la joya con los ojos y chillando de éxtasis cada vez que la piedra lanzaba un destello distinto. Al otro extremo de la mesa se hallaba el señor Godfrey, aplaudiendo como un niño grande y canturreando en voz baja: « ¡Exquisito! ¡Exquisito!» . El señor Franklin, sentado en una silla junto a la librería, se mesaba la barba y lanzaba ansiosas miradas hacia la ventana. Y al lado de la ventana se encontraba el objeto de su contemplación: mi señora, con el extracto del testamento del coronel en la mano, de espaldas al grupo.

Lady Verinder me miró cuando solicité instrucciones, y puede ver cómo el ceño característico de la familia se iba frunciendo sobre sus ojos, y cómo el mal genio de la familia le crispaba las comisuras de los labios.

—Venga a mi habitación dentro de media hora —me dijo—. Tengo algo que decirle.

Salió tras pronunciar estas palabras. Saltaba a la vista que se hacía las mismas preguntas que el señor Franklin y yo nos habíamos hecho en las Arenas Temblonas. ¿Era el legado de la Piedra Lunar una prueba de que había tratado a su hermano de una manera injusta y cruel? ¿O era una prueba de que éste era mucho más malvado de lo que ella siquiera se había atrevido a imaginar? Preguntas de difícil solución para lady Verinder, mientras su hija, completamente ajena al carácter del coronel, sostenía en una mano su regalo de

cumpleaños.

Antes de que pudiera a mi vez abandonar la habitación, la señorita Rachel, siempre considerada con el anciano criado que la había visto nacer, me detuvo un instante.

—¡Mire, Gabriel! —dijo, haciendo refulgir la joya ante mis ojos en el rayo de luz que entraba por la ventana.

¡Dios nos ampare! ¡Aquello sí que era un diamante! ¡Casi tan grande como un huevo de chorlito! Emanaba una luz del color de la luna en el tiempo de la cosecha. Mirar en su interior era como mirar en el interior de un pozo amarillo que absorbía la mirada hasta el punto de eclipsar todo lo demás. Parecía inconmensurable: aquella joya que podía sostenerse entre el índice y el pulgar parecía inconmensurable como el mismo cielo. La pusimos al sol, dejamos la habitación a oscuras y la vimos emitir un terrible fulgor desde sus luminosas profundidades, como un destello de luna en la noche. No era extraño que la señorita Rachel estuviera fascinada; no era extraño que sus primas hubiesen gritado. Tal fue la impresión que el diamante produjo en mí que también yo lancé una O tan grande como la de las mocetonas. El único que no había perdido el juicio era el señor Godfrey. Pasó un brazo en torno a la cintura de sus hermanas y, mirando compasivamente primero el diamante y luego a mí, dijo:

—¡Carbón, Betteredge! ¡Un mero trozo de carbón a fin de cuentas, mi buen amigo!

Supongo que su intención era instruirme, pero lo único que consiguió fue recordarme que se acercaba la hora de la cena. Salí renqueando para congregar a mi ejército de camareros en el piso de abajo. Mientras me marchaba, el señor Godfrey dijo:

—¡Querido Betteredge! ¡Me merece un sincero respeto! —Seguía abrazando a sus hermanas y comiéndose con los ojos a la señorita Rachel cuando me honró con este testimonio de afecto. ¡Había en su persona algo semejante a un yacimiento de amor por extraer! El señor Franklin era un salvaje integral comparado con él.

Media hora más tarde me presenté en la habitación de lady Verinder, tal como me había ordenado.

La conversación que tuvimos en esta ocasión fue, esencialmente, una repetición de la que habíamos tenido el señor Franklin y yo en las Arenas Temblonas, con la diferencia de que en presencia de mi señora me cuidé mucho de expresar mi opinión sobre los hindúes, pues no había ocurrido nada que justificara ninguna alarma en este sentido. Cuando me dio permiso para retirarme, comprendí que albergaba las más negras sospechas sobre los motivos del coronel y que se inclinaba por desposeer a su hija de la Piedra Lunar en cuanto se presentara la primera oportunidad.

Camino de mis propias dependencias en la casa me encontré con el señor

Franklin. Me preguntó si había visto a su prima Rachel. No la había visto. ¿Podía decirle dónde estaba su primo Godfrey? No lo sabía, pero empezaba a barruntar que el primo Godfrey no debía de estar lejos de la prima Rachel. Las sospechas del señor Franklin parecían apuntar en la misma dirección. Se tiró con fuerza de la barba y se encerró en la biblioteca, dando un portazo en el que había todo un universo de significado.

No volví a ser interrumpido en los preparativos de la cena hasta que llegó la hora de vestirme para recibir a los invitados. Acababa de ponerme mi chaleco blanco cuando Penelope se presentó en mi tocador con el pretexto de cepillarme el poco pelo que me quedaba y de retocar el lazo de mi corbatín blanco. Estaba de un humor excelente y noté que quería decirme algo. Me besó en la coronilla calva y susurró:

—¡Tengo noticias para ti, padre! La señorita Rachel lo ha rechazado.

—¿A quién?

—Al hombre de los comités femeninos, padre. ¡Un ladino de la peor especie! ¡Le odio por haber intentado desplazar al señor Franklin!

De haber tenido yo en ese momento aliento suficiente, no habría dudado en protestar por esta indecente manera de referirse a un filántropo eminente, pero mi hija estaba mejorando el nudo del corbatín, y toda la fuerza de sus emociones se concentraba en sus dedos. Nunca estuve más cerca de ser estrangulado.

—Vi cómo la llevó a solas hasta la rosaleda —dijo—. Y me quedé esperando detrás del acebo para verlos regresar. Salieron riendo, cogidos del brazo. Volvieron separados y muy serios los dos, rehuyendo mirarse, de una manera que no dejaba lugar a dudas. ¡En la vida me había alegrado tanto, padre! Al menos hay una mujer en el mundo capaz de resistirse al señor Godfrey Ablewhite. ¡Y si yo fuera una dama, habría otra más!

Tendría que haber objetado también a esto, pero mi hija ya se había apoderado del cepillo y le transmitía toda la fuerza de sus emociones. Quien sea calvo sabrá comprender cómo me mortificó. Quien no lo sea puede pasar por alto este detalle y dar gracias a Dios por contar con una defensa entre el cepillo y el cuero cabelludo.

—El señor Godfrey se detuvo justo al otro lado del acebo —prosiguió Penelope—. « ¿Prefieres que me detenga aquí como si nada hubiese pasado?» , le preguntó a la señorita Rachel. Ella se volvió como una centella y le dijo: « Has aceptado la invitación de mi madre y estás aquí para recibir a sus invitados. ¡A menos que desees armar un escándalo, tendrás que quedarte, desde luego!» . Avanzó unos pasos y se ablandó un poco. « Olvidemos lo ocurrido, Godfrey, y sigamos tratándonos como primos» , le dijo. Y le tendió la mano. Él se la besó, cosa que a mí me pareció una libertad excesiva, y ella se alejó. Él se quedó un rato a solas, cabizbajo, haciendo un hoyo en la gravilla con los tacones, muy despacio. Te aseguro que en la vida habrás visto a un hombre más ofendido.

« ¡Torpe! ¡Terriblemente torpe!» , dijo entre dientes mientras levantaba la vista y echaba a andar hacia la casa. Si ésa era la opinión que tenía de sí mismo, estaba en lo cierto. Más que torpe, de eso estoy segura. Y detrás de todo esto, padre, está lo que ya te he dicho —exclamó Penelope, rematándome con una última escarificación que fue la peor de todas—. ¡El señor Franklin es el elegido!

Le arrebaté el cepillo y abrí la boca para administrar la reprimenda que la forma de expresarse y el comportamiento de mi hija merecían sobradamente.

Antes de que pudiera decir una sola palabra, me detuvo el estrépito de unas ruedas procedente del exterior. Los primeros invitados habían llegado. Penelope salió corriendo. Me puse la chaqueta y me miré en el espejo. Tenía la cabeza roja como un cangrejo, aunque por lo demás iba tan bien vestido para la ceremonia de esa noche como debía un hombre. Llegué al recibidor con el tiempo justo de anunciar a los dos primeros invitados. No es preciso que nos detengamos especialmente en ellos. Eran sencillamente el padre y la madre del filántropo: el señor y la señora Ablewhite.

CAPÍTULO X

Uno tras otro, los demás invitados siguieron a los Ablewhite, hasta completarse la nómina. Incluyendo a la familia eran veinticuatro en total. Componían una escena majestuosa tras ocupar sus lugares en torno a la mesa redonda, momento en el cual el rector de Frizinghall se levantó para bendecir los alimentos con hermosa elocuencia.

No hay necesidad de fatigar al lector con la lista de asistentes. No volveremos a encontrarnos con ninguno de ellos —al menos en la parte de la historia que a mí me compete—, con la excepción de dos personas.

Dichas personas se sentaron a ambos lados de la señorita Rachel, quien, como reina del día, era naturalmente la gran atracción de la fiesta. Esa noche era más que nunca el centro en el cual convergían todas las miradas, pues (para secreto fastidio de lady Verinder) lucía el espléndido regalo de cumpleaños que eclipsaba por completo a todos los demás: la Piedra Lunar. No iba engastado en pieza alguna cuando el señor Franklin lo depositó en sus manos, pero aquel genio universal que era nuestro caballero se las ingenió, con ayuda de sus hábiles dedos y un trocito de hilo de plata, para fijarlo como un broche en el escote del vestido blanco de su prima. Huelga decir que estaban todos maravillados del tamaño prodigioso y la belleza del diamante, aunque sólo las personas a las que acabo de referirme, sentadas a la derecha y a la izquierda de la señorita Rachel, hicieron un comentario fuera de lo común. El invitado de la izquierda era el señor Candy, nuestro médico de Frizinghall.

Era un hombrecillo muy cordial, aunque tenía el defecto, tengo que reconocer, de mostrarse demasiado complacido de sus propias chanzas, tanto daba si eran oportunas como si no, y de enzarzarse con demasiada osadía en conversaciones con desconocidos sin tantear previamente el terreno. En sociedad no hacía más que meter la pata y revolucionar a todo el mundo sin proponérselo. En su práctica médica era más prudente: echaba mano de su discreción (como decían sus enemigos) guiado por una especie de instinto, y en general solía acertar allí donde otros colegas de conducta más cauta resultaban estar equivocados. Lo que le dijo a la señorita Rachel acerca del diamante lo dijo, fiel a su costumbre, a modo de broma o de jeroglífico. La emplazó con mucha seriedad (en interés de la ciencia) a que le permitiese llevárselo a casa para quemarlo.

—Primero lo calentaremos, señorita Rachel, hasta que alcance determinada temperatura, a continuación lo expondremos a una corriente de aire y, poco a poco, ¡paf!, evaporaremos el diamante y le ahorraremos el sinfín de

preocupaciones que ocasiona guardar a buen recaudo una piedra tan valiosa. —Lady Verinder, que lo escuchaba con gesto angustiado, parecía desear que el médico hablara en serio y lograse despertar en su hija el celo suficiente por la causa científica para sacrificar su regalo de cumpleaños.

El otro invitado, el que se sentaba a la derecha de la señorita, era un personaje muy renombrado, nada menos que el señor Murthwaite, célebre por sus viajes a la India, un hombre que, aun a riesgo de perder la vida, se había internado bajo disfraz en lugares donde ningún europeo había puesto el pie.

El señor Murthwaite era alto, de piel morena, enjuto, nervudo y callado. Tenía el aspecto de un individuo cansado y unos ojos tranquilos y sagaces. Se rumoreaba que estaba harto de sus compatriotas y de la monotonía de la vida en Inglaterra y volvía a tener ganas de entregarse a la errante exploración de las tierras vírgenes de Oriente. A excepción del comentario que le hizo a la señorita Rachel sobre el diamante, creo que no pronunció siquiera seis palabras en toda la cena y tampoco llegó a beber un vaso de vino entero. La Piedra Lunar fue lo único que despertó mínimamente su interés. Al parecer, la fama del diamante había llegado a sus oídos en alguna de las peligrosas regiones de la India donde lo habían llevado sus andanzas. Tras observarlo en silencio tanto tiempo que la señorita Rachel empezó a sentirse desconcertada, le dijo, en un tono inconmovible y frío:

—Si alguna vez va usted a la India, señorita Verinder, no se le ocurra llevar el regalo de cumpleaños de su tío. Un diamante hindú a veces forma parte de alguna religión hindú. Sé de cierta ciudad, y de cierto templo en dicha ciudad, donde, tal como está usted vestida en este momento, su vida no duraría ni cinco minutos. —La señorita Rachel, a salvo en Inglaterra, se mostró encantada de saber el peligro que correría en la India. El deleite de las mocetonas fue aún mayor si cabe: soltaron con estrépito sus cuchillos y tenedores y estallaron al unísono en un vehemente: « ¡Oh! ¡Qué interesante!» . Lady Verinder se removió en el asiento y cambió el tema de la conversación.

Conforme transcurría la cena fui tomando conciencia de que la fiesta no prosperaba como otras celebraciones semejantes.

Recordando ahora aquel día, a la luz de lo que ocurrió a continuación, casi me inclino a pensar que el diamante maldito había sembrado la desgracia sobre todos los presentes. Yo les servía vino en abundancia y, haciendo uso de mis privilegios, seguía el recorrido de los platos menos populares alrededor de la mesa para susurrarles a los invitados confidencialmente: « Por favor, cambie de opinión y pruébelo; estoy seguro de que le sentará bien» . En nueve de cada diez ocasiones cambiaban de opinión —por consideración a su original y viejo Betteredge, según se complacían en decir—, bien es verdad que inútilmente en todos los casos. Había silencios en la conversación, según avanzaba la cena, que a mí me incomodaban sobremanera. Cuando volvían a decir algo, con la mayor

inocencia, lo hacían de la manera más desafortunada y con el peor resultado posible. El doctor Candy, por ejemplo, dijo las cosas más lamentables que yo le había oído nunca. Tomemos una muestra de cómo se condujo y se comprenderá lo que tuve que soportar esa noche junto al aparador, empeñado como estaba en que la fiesta fuese un éxito.

Una de las damas presentes en la cena era la respetada señora Threadgall, viuda del difunto profesor del mismo nombre. Esta buena mujer, que hablaba eternamente de su difunto esposo, jamás mencionaba a los desconocidos que el buen hombre había fallecido. Se figuraba, supongo, que en Inglaterra todo adulto capaz debía estar al corriente de este hecho. En uno de los silencios, alguien sacó a colación el árido y desagradable asunto de la anatomía humana, a lo cual la señora Threadgall, tal como acostumbraba, se apresuró a referirse a su marido sin mencionar que estaba muerto. Describió la anatomía como la distracción favorita del profesor en sus horas de ocio. Quiso la mala fortuna que el doctor Candy, que estaba sentado enfrente (y nada sabía del difunto caballero), la oyese. Y, como era el más cortés de los caballeros, aprovechó al vuelo la oportunidad de ayudar al profesor en sus esparcimientos anatómicos.

—En el Colegio de Médicos se han recibido recientemente unos esqueletos magníficos —dijo el doctor Candy con voz alegre, para información de toda la concurrencia—. Le recomiendo vivamente al profesor que vaya a verlos cuando tenga un rato libre, señora.

Habría podido oírse caer un alfiler. Los comensales (por respeto a la memoria del profesor) no dijeron una sola palabra. Yo estaba detrás de la señora Threadgall, recomendándole confidencialmente un vaso de vino del Rin. La dama en cuestión bajó la cabeza y dijo en voz muy baja:

—Mi amado esposo ya no está entre nosotros.

El doctor Candy, que lamentablemente no oyó nada y se hallaba muy lejos de sospechar la verdad, continuó hablando para todos los presentes, levantando la voz y adoptando un tono más cortés que nunca.

—Quizá el profesor no sepa que el carné de un miembro del Colegio le permite el acceso cualquier día menos el domingo, entre las diez y las cuatro.

La señora Threadgall hundió la cabeza directamente en el escote y, en voz todavía más baja que antes, repitió sus solemnes palabras:

—Mi amado esposo ya no está entre nosotros.

Yo le hice un guiño al doctor Candy desde el otro lado de la mesa. La señorita Rachel le tocó el brazo. Lady Verinder le dijo cosas impronunciables con la mirada. ¡Todo en vano! El doctor prosiguió con una cordialidad incontenible.

—Con mucho gusto le enviaré al profesor mi carné, si tiene usted la bondad de indicarme su dirección actual.

—Su dirección actual, señor, es la *tumba* —contestó la señora Threadgall, perdiendo definitivamente los nervios, con un énfasis y una furia que hicieron

tintinear las copas—. El profesor lleva diez años muerto.

—¡Cielo santo! —exclamó el doctor Candy. Con excepción de las dos mocetonas, que profirieron una carcajada, los comensales se quedaron petrificados, como si hubiesen corrido la misma suerte que el profesor y saludaran como él desde la sepultura.

Esto en lo que se refiere al doctor Candy. Los demás invitados se mostraron casi igual de provocadores, cada cual a su manera. Cuando tenían que hablar no hablaban y cuando decían algo era para disgustarse continuamente los unos a los otros. El señor Godfrey, tan elocuente en público, declinó ejercitar esta cualidad en privado. Ignoro si estaba de mal humor o avergonzado tras el desplante que había sufrido en la rosaleda. Toda su charla la susurró secretamente al oído de la dama (miembro de nuestra familia) que se encontraba a su lado. Era una de las integrantes de comités femeninos, un ser espiritual que hacía gala de una espléndida clavícula y una gran afición al champaña; se conoce que le gustaba seco y en abundancia. Puesto que me hallaba cerca de ellos, junto al aparador, descorchando botellas, trinchando el cordero y atareado en otros menesteres por el estilo, puedo dar fe, por los comentarios que capté en ese intervalo, de que perdieron una gran oportunidad de mejorar el tono de la conversación. Lo que dijeron de sus obras de caridad no llegué a oírlo. Cuando pude prestar oído a su conversación, hacía ya rato que habían abandonado el tema de las mujeres por confinar y las mujeres por rescatar, y debatían sobre asuntos más graves. Decir religión (le oí declarar al señor Godfrey entre descorches y trinchamientos) era decir amor. Y decir amor era decir religión. Y la tierra era un paraíso, sólo que algo menos llevadero. Y el paraíso era una tierra reconstruida para que pudiera tomarse por cosa nueva. En la tierra había personas muy reprobables, si bien, a fin de compensar dicha situación, en el cielo todas las mujeres serían miembros de un prodigioso comité en el que jamás habría disputas, mientras que los hombres las asistirían en sus tareas en calidad de ángeles secretarios. ¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! Pero ¿por qué dichosa razón se reservaba el señor Godfrey todos estos comentarios para él y su acompañante?

El señor Franklin, una vez más… pensarán ustedes a buen seguro. ¿Animó el señor Franklin a los invitados para que disfrutasen de una velada agradable?

¡Ni mucho menos! Se había recuperado enteramente y ostentaba una energía y un ánimo fabulosos, pues sospecho que Penelope le había informado del desplante que sufriera el señor Godfrey en la rosaleda. Sin embargo, lo cierto es que nueve de cada diez veces se equivocaba al elegir el tema de conversación o se dirigía a quien no debía, de tal suerte que invariablemente terminaba por ofender a alguien y causar la perplejidad de todos. Su educación extranjera —su lado francés, alemán e italiano, a los que ya me he referido— salió a relucir en la hospitalaria mesa de mi señora de la manera más desconcertante.

¿Qué pensarían ustedes, por ejemplo, de cómo disertó sobre los extremos a

los que podía llegar una mujer casada en su admiración por un hombre que no fuera su propio marido, señalando con su lúcido ingenio francés a la tía soltera del vicario de Frizinghall? ¿Qué pensarían cuando, adoptando su lado alemán, le dijo al ilustre hidalgo, cuando esta gran autoridad en materia de ganado citó su experiencia en la cría de toros, que la experiencia, hablando con propiedad, no contaba para nada y que la mejor manera de criar toros era indagar a fondo en la noción de un toro perfecto para producirlo a continuación? ¿Qué dirían si les cuento que, en el momento en que se sirvieron el queso y la ensalada, cuando el representante del condado se acaloró mucho al hablar de la ampliación de la democracia en Inglaterra y soltó la siguiente frase: «¿Tendría la bondad de decirme, señor Blake, qué nos quedaría si alguna vez llegamos a perder nuestras garantías ancestrales?», nuestro caballero sacó su lado italiano para responder: «Nos quedarían tres cosas, señor: el amor, la música y la ensalada»? No contento con aterrorizar a los invitados con estos exabruptos, cuando a su debido tiempo afloró su lado inglés, abandonó toda su afabilidad extranjera y, al debatir sobre la clase médica, ridiculizó a los miembros de esta profesión de un modo tan rotundo que consiguió sacar de sus casillas a un hombre tan jovial como el doctor Candy.

La discusión surgió al verse obligado el señor Franklin —no recuerdo exactamente cómo— a reconocer que de un tiempo a esta parte dormía muy mal. El doctor Candy le diagnosticó al punto una alteración nerviosa y le señaló la necesidad de seguir un tratamiento sin tardanza. El señor Franklin respondió que, a su juicio, un tratamiento y una guía para aprender a andar a ciegas en la oscuridad equivalían a lo mismo. El doctor le devolvió el golpe con mucho ingenio al señalar que, figuradamente hablando, el señor Franklin ya estaba andando a ciegas en la oscuridad en busca del sueño y nada más que la medicina podía ayudarle a encontrarlo. Sin perder el dominio de la pelota, el señor Franklin manifestó que muchas veces había oído contar cómo un ciego guiaba a otro ciego, y ahora por fin comprendía el significado de esa expresión. En este mismo tono prosiguieron, tirando y esquivando enérgicas estocadas, hasta que tanto se enardecieron ambos —particularmente el doctor Candy, olvidado de sí en vehemente defensa de su profesión— que lady Verinder no tuvo más remedio que intervenir para prohibirles que continuaran con la disputa. Esta necesaria muestra de autoridad apagó definitivamente el ánimo de los invitados. La conversación se reanudó poco después a ráfagas, aquí y allá, por espacio de unos minutos, si bien se advertía en todos los intentos una lamentable ausencia de chispa y de animación. El diablo (o el diamante) se apoderó del espíritu de la cena, y fue un alivio para todos que mi señora por fin se levantara, dando así a las damas la señal de dejar a los caballeros disfrutando de los licores.

Acababa de disponer las licoreras en fila delante del señor Ablewhite padre (quien representaba al señor de la casa), cuando un sonido procedente de la terraza me distrajo por completo de las formas y maneras de los comensales. Intercambié una mirada con el señor Franklin: era un tambor hindú. ¡Tan cierto como que me alimento de pan que allí estaban de vuelta los magos, atraídos por el retorno de la Piedra Lunar!

Nada más verlos aparecer por la esquina de la terraza, salí renqueando decidido a expulsarlos, con tal mala suerte que las dos mocetonas se me adelantaron en el camino. Salieron zumbando a la terraza como un par de cohetes, locas por presenciar los trucos de magia. Las demás damas las siguieron, y también los caballeros se sumaron al grupo. En menos de lo que se dice «¡Dios nos bendiga!» ya estaban esos tunantes haciendo sus zalemas y las mocetonas besando al niño.

El señor Franklin se puso a un lado de la señorita Rachel y yo detrás de ella. Si nuestras sospechas eran ciertas, allí estaba la joven, enteramente ajena a la verdad, ¡luciendo ante los hindúes el diamante en el escote de su vestido!

No me es posible describir los trucos que hicieron ni cómo los ejecutaron. Entre el sofoco de la cena y la provocación que entrañaba el regreso de los bribones en el momento exacto para ver la joya con sus propios ojos, admito que perdí la cabeza. Lo primero en lo que recuerdo haber reparado fue en la súbita aparición en escena del señor Murthwaite, nuestro viajero por tierras indias. Bordeando el semicírculo que formaban los distinguidos espectadores sentados o en pie, se acercó con sigilo por detrás de los magos y habló con ellos en su propia lengua.

De haberlos pinchado con una bayoneta, dudo que los hindúes se hubieran sobresaltado y vuelto hacia él con velocidad más felina de la que mostraron al oír las primeras palabras que pronunció el viajero. Al momento estaban todos prodigando sus taimadas reverencias y lisonjas con la más exquisita cortesía. Tras un breve intercambio de palabras en aquella lengua desconocida, el señor Murthwaite se retiró con tanto sigilo como se había acercado. El cabecilla de los hindúes, que hacía las veces de intérprete, giró entonces sobre sus talones para mirar a la distinguida concurrencia. Advertí que la tez del individuo, del color del café con leche, se había tornado gris desde el momento en que el señor Murthwaite le dirigiera la palabra. Con una reverencia a lady Verinder el extranjero anunció que la actuación había concluido. Las mocetonas se llevaron una desilusión indescriptible y lanzaron una clamorosa «¡O!» al señor Murthwaite por haber interrumpido el espectáculo. Con una mano al pecho y ademán humilde, el cabecilla comunicó por segunda vez que la actuación había concluido. El niño pasó el sombrero. Las damas se retiraron al salón y los

caballeros (con la excepción del señor Franklin y el señor Murthwaite) regresaron a sus licores. El lacayo y yo seguimos a los hindúes hasta que los vimos abandonar la finca.

Al regresar por el lado de los arbustos olí a tabaco y encontré al señor Franklin y el señor Murthwaite (éste último fumando un cigarro puro) paseando tranquilamente entre los árboles. El señor Franklin me pidió que me sumara a ellos.

—Éste —dijo, presentándome al gran viajero— es Gabriel Betteredge, viejo servidor y amigo de la familia, de quien acabo de hablarle hace un momento. Cuéntele, por favor, lo que me ha contado a mí.

El señor Murthwaite se sacó el cigarro de la boca y se recostó, con el aire fatigado de siempre, en el tronco de un árbol.

—Señor Betteredge, esos tres hindúes tienen de magos lo mismo que usted o que yo.

¡He aquí una nueva sorpresa! Naturalmente, le pregunté al caballero si es que los había visto anteriormente.

—Nunca —respondió—, pero sé cómo es un mago hindú. Lo que hemos visto esta noche no es más que una burda imitación. Si no me equivoco de medio a medio, a pesar de mi amplia experiencia, esos hombres son brahmanes de alta casta. Los acusé de farsantes, y usted mismo pudo ver cómo se sintieron descubiertos, ¡con lo listos que son los hindúes para ocultar sus sentimientos! Su conducta encierra un misterio que no alcanzo a explicarme. Han renunciado doblemente a los privilegios de su casta: primero, cruzando el mar; segundo, haciéndose pasar por magos. Eso, en su tierra, constituye un sacrificio tremendo. Deben de tener un motivo muy serio y una justificación insólita para que dichos privilegios les sean restituidos cuando regresen a su país.

Me quedé mudo. El señor Murthwaite siguió fumando su cigarro. El señor Franklin, tras lo que a mí me pareció un pequeño extravío por las distintas facetas de su personalidad, rompió el silencio con estas palabras:

—No me decido a importunarle, señor Murthwaite, con asuntos familiares que ni a usted pueden interesarle ni yo deseo airear fuera de nuestro círculo privado. Sin embargo, tras oír lo que acaba usted de decir, me siento en la obligación, en interés de lady Verinder y de su hija, de revelarle algo que quizá pueda proporcionarle una pista. Le hablo confidencialmente; estoy seguro de que tendrá usted la bondad de no olvidarlo.

Con este preámbulo le contó al viajero hindú lo que ya me había contado a mí en las Arenas Temblonas. Hasta el inconmovible señor Murthwaite se interesó tanto en el relato que dejó que se le apagara el cigarro.

—Ahora —lo interpeló el señor Franklin cuando hubo terminado su exposición —, dígame qué le sugiere todo esto a la luz de su experiencia.

—Mi experiencia —respondió el viajero— me dice que ha estado usted,

señor Franklin, mucho más cerca de perder la vida de lo que lo he estado yo en ninguna ocasión. Y eso es mucho decir.

Esta vez fue el señor Franklin el que se quedó atónito.

—¿De verdad lo considera tan grave? —preguntó.

—En mi opinión lo es. No me cabe duda, tras haberle escuchado, que la restitución de la Piedra Lunar al lugar que ocupaba en la frente del ídolo es el motivo y la justificación para el sacrificio de casta al que he aludido hace un momento. Esos hombres aguardarán su oportunidad con la paciencia de un gato y la aprovecharán con la ferocidad de un tigre. No me explico cómo ha podido usted escapar con vida —dijo el eminente viajero, volviendo a encender su cigarro y mirando al señor Franklin de hito en hito—. Ha estado usted yendo y viniendo con el diamante, en Londres y aquí, ¡y sigue vivo! Tratemos de encontrar una explicación. ¿Fue a la luz del día, supongo, en las dos ocasiones, como retiró el diamante del banco en Londres?

—A plena luz del día.

—¿Y la calle estaría muy concurrida?

—Mucho.

—¿Y se propuso, claro está, llegar a casa de lady Verinder a una hora determinada? La zona que media entre la casa y la estación es muy solitaria. ¿Llegó usted a la hora prevista?

—No. Llegué con cuatro horas de antelación.

—¡Permítame que lo felicite por esta precaución! ¿A qué hora llevó el diamante al banco de Frizinghall?

—Una hora después de mi llegada a esta casa… y tres horas antes de que nadie me esperase por aquí.

—¡Permítame que vuelva a felicitarlo! ¿Regresó con el diamante usted solo?

—No. Volví con mis primos y el palafrenero.

—¡Permítame que lo felicite por tercera vez! Si alguna vez siente deseos de viajar más allá de los límites de la civilización, señor Blake, hágamelo saber y lo acompañaré con mucho gusto. Es usted un hombre afortunado.

Llegados a este punto decidí intervenir. Todo aquello no casaba con mi mentalidad inglesa.

—¿No querrá decir, señor, que esos hombres le habrían quitado la vida al señor Franklin para recuperar el diamante de habérseles presentado la oportunidad?

—¿Fuma usted, Betteredge? —preguntó el viajero.

—Sí, señor.

—¿Le preocupan a usted las cenizas de su pipa cuando la vacía?

—No, señor.

—Pues en el país del que proceden esos individuos matar a un hombre importa tan poco como le importa a usted vaciar su pipa. Si fueran un millar las

vidas que se interpusieran entre ellos y el diamante, y si creyeran que podrían destruir dichas vidas sin ser descubiertos, tenga por seguro que las arrebatarían. Sepa usted que el sacrificio de la casta es un asunto muy grave en la India. El sacrificio de la vida no es nada en absoluto.

A esto expresé el parecer de que eran un atajo de ladrones y asesinos. El señor Murthwaite expresó el parecer de que eran gente extraordinaria. El señor Franklin, al no expresar ningún parecer, nos hizo volver a la cuestión que teníamos entre manos.

—Han visto la Piedra Lunar en el vestido de la señorita Verinder —dijo—. ¿Qué podemos hacer?

—Lo mismo que amenazó con hacer su tío —respondió el señor Murthwaite —. El coronel Herncastle sabía con quién tenía que vérselas. Envíe usted el diamante a Ámsterdam mañana mismo (bajo custodia de más de un hombre) para que allí lo corten. Conviértalo en media docena de diamantes. De esa manera la Piedra Lunar perderá su identidad sagrada y se acabará con la conspiración.

El señor Franklin se volvió a mí.

—No nos queda otro remedio —dijo—. Mañana tendremos que hablar con lady Verinder.

—¿Por qué no esta noche, señor? —contesté—. ¿Y si los hindúes regresaran?

El señor Murthwaite respondió a mi pregunta antes de que el señor Franklin pudiese decir nada.

—Los hindúes no correrán el riesgo de volver esta noche. Muy rara vez hacen las cosas por la vía directa, y mucho menos lo harían tratándose de un asunto de esta índole, puesto que el más mínimo error podría resultar fatal para la consecución de su objetivo.

—Supongamos, señor, que esos villanos fueran más osados de lo que usted imagina —insistí.

—En tal caso —dijo el señor Murthwaite— habrá que soltar a los perros. ¿Tienen ustedes algún perro grande en la finca?

—Dos, señor. Un mastín y un sabueso.

—Servirán. En la presente emergencia, señor Betteredge, el mastín y el sabueso representan una gran ventaja: no tendrá que preocuparse usted por sus escrúpulos sobre la santidad de la vida humana.

El rasgueo del piano se oyó desde el salón en el momento en que me soltó aquella andanada. Tiró el cigarro al suelo y, tomando del brazo al señor Franklin, regresó con las damas. Vi que el cielo se cubría rápidamente mientras los seguía hacia la casa. El señor Murthwaite también se fijó. Se volvió a mí y, en su tono seco y pintoresco, dijo:

—¡Los hindúes necesitarán sus paraguas esta noche, señor Betteredge!

Bien podía permitirse él esta clase de bromas, pero yo no era un viajero

eminente, y mi camino en este mundo no me había llevado a jugarme la vida temerariamente entre ladrones y asesinos en lugares remotos del planeta. Me fui a mi salita y me senté en mi silla sudoroso, preguntándome en vano cuál debía ser el siguiente paso. En tal estado de agitación otros hombres podrían terminar febriles, yo terminé de otra manera. Encendí mi pipa y me puse a hojear mi *Robinson Crusoe*.

No llevaba ni cinco minutos con el libro cuando encontré este asombroso fragmento en la página ciento sesenta y uno: « El miedo al peligro es mil veces más aterrador que el propio peligro, cuando éste se presenta ante nuestros ojos, y entonces descubrimos que la carga de la ansiedad supera con creces el mal que dicha ansiedad nos causa» .

Quien después de leer algo así no crea en *Robinson Crusoe* es que le falta alguna tuerca en su entendimiento o es un hombre perdido en las brumas de su vanidad. Mejor será no malgastar argumentos con individuos semejantes y reservar nuestra piedad para gentes de una fe más viva.

Llevaba un buen rato disfrutando de mi segunda pipa y enfrascado en la admiración de aquel libro prodigioso, cuando Penelope (que había estado sirviendo el té) vino a traerme noticias del salón. Había dejado a las mocetonas interpretando un dueto cuya letra comenzaba con una enorme « O» y cuya música le iba en consonancia. Había observado que lady Verinder, cosa insólita por lo que de ella sabíamos, cometió varios errores jugando al *whist*. Había visto al gran viajero dormitando en un rincón. Había oído al señor Franklin aguzar su ingenio con el señor Godfrey a costa de las damas de caridad en general; y había notado que este último le devolvía el golpe con más fuerza de la que correspondía a un caballero de carácter benevolente como el suyo. Había visto a la señorita Rachel, en apariencia dedicada a apaciguar a la señora Threadgall mostrándole algunas fotografías, ocupada en realidad en dirigir al señor Franklin unas miradas que ninguna doncella inteligente podía malinterpretar siquiera por un segundo. Finalmente, había echado de menos al doctor Candy, que desapareció misteriosamente del salón para regresar poco después igual de misteriosamente y entablar conversación con el señor Godfrey. En conjunto, podía decirse que las cosas prosperaban mejor de lo que la experiencia de la cena nos permitía augurar. Sólo restaba esperar otra hora hasta que el Padre Tiempo apareciese con sus carruajes para liberarnos de todos los invitados.

Todo llega a su fin en este mundo, y hasta el reconfortante efecto de *Robinson Crusoe* se agotó después de que Penelope me dejara. Volví a impacientarme y decidí efectuar una inspección de los terrenos antes de que empezase a llover. En lugar de llevar conmigo al lacayo, que tenía un olfato humano y por lo tanto inútil en caso de emergencia, me llevé al sabueso, de cuyo olfato sí podía fiarme para detectar a algún extraño. Recorrimos el perímetro de la finca, salimos al camino y regresamos tal como partimos, sin haber visto en parte alguna nada semejante

a un ser humano al acecho.

La llegada de los carruajes fue la señal que la lluvia esperaba. Empezó a llover a cántaros, como si no fuese a parar en toda la noche. Con la sola excepción del doctor, a quien aguardaba su calesa, el resto de los invitados regresaron cómodamente a cubierto, en coches cerrados. Le dije al doctor Candy que temía que se calara hasta los huesos, a lo cual respondió que le admiraba que hubiese llegado yo a mi edad sin saber que la piel de un médico es impermeable. Y con esto, riéndose de su propia chanza, se lanzó bajo el aguacero. Así fue como nos libramos de todos los huéspedes.

Es el momento de relatar lo que sucedió esa noche.

CAPÍTULO XI

Tras la partida del último invitado, entré en el salón principal, y allí encontré a Samuel presidiendo la mesa auxiliar donde se había dispuesto el brandy y la soda. Lady Verinder y la señorita Rachel salieron de la sala contigua seguidas de dos caballeros. El señor Godfrey se sirvió un poco de brandy con soda. El señor Franklin no tomó nada. Se sentó con pinta de estar agotado. Creo que la conversación en aquella fiesta de cumpleaños había acabado con él.

Al volverse para darles las buenas noches, lady Verinder miró con dureza el legado maldito que refulgía en el pecho de su hija.

—¿Dónde guardarás el diamante esta noche, Rachel? —preguntó.

La señorita estaba de un humor espléndido, muy propicio a decir tonterías y persistir perversamente en ellas como si tuvieran algún sentido, en ese estado que sin duda ustedes habrán podido observar en las jovencitas cuando están agitadas tras un día repleto de emociones. Primero declaró que no sabía dónde poner el diamante. Luego dijo que « en su tocador, desde luego, con sus cosas» . Después pensó que el diamante bien podía darse a brillar con su espantosa luz lunar, y esto la aterraría en la oscuridad de la noche. A continuación se acordó de un secreter que había en su salita y al instante se decantó por guardar el diamante hindú en el secreter hindú, con el fin de que dos hermosos objetos nativos pudieran admirarse mutuamente. Tras permitir que su pequeña corriente de insensatez alcanzara este punto, su madre intervino para detenerla.

—¡Querida, tu secreter hindú no tiene cerradura! —señaló.

—¡Por Dios, mamá! ¿Acaso estamos en un hotel? ¿Hay ladrones en la casa?

Sin reparar en tan absurdas palabras, mi señora dio las buenas noches a los caballeros. Se volvió luego a la señorita Rachel y la besó, diciendo:

—¿Por qué no me dejas a mí guardar el diamante esta noche?

La señorita Rachel reaccionó a esta petición como habría reaccionado diez años antes a la propuesta de separarse de su muñeca nueva. Su madre comprendió que aquella noche no había manera de razonar con ella.

—Ven a mi dormitorio, Rachel, mañana en cuanto te despiertes. Tengo algo que decirte. —Dicho lo cual se retiró despacio, absorta en sus pensamientos, que a todas luces la llevaban por derroteros nada gratos.

La señorita Rachel fue la siguiente en despedirse. Le estrechó primero la mano al señor Godfrey, que se encontraba al otro extremo del salón, contemplando un cuadro. Acto seguido se volvió al señor Franklin, que seguía cansado y silencioso en un rincón.

Ignoro qué se dijeron, aunque, hallándome en ese momento junto al gran

espejo con su antiguo marco de roble, la vi reflejada en él, sacándose con picardía del escote el guardapelo que el señor Franklin le había regalado para enseñárselo un momento, con una sonrisa que sin duda tenía un significado especial, antes de retirarse con paso ágil. Este incidente me llevó a dudar un poco de la confianza que hasta el momento había depositado en mi propio discernimiento. Empecé a pensar que, a la postre, Penelope podía estar en lo cierto en cuanto a los afectos de la joven dama.

En cuanto la señorita Rachel le hubo dejado ojos para ver, el señor Franklin reparó en mi presencia. Su humor oscilante, en perpetua vacilación entre una cosa y la otra, ya había cambiado con respecto a los hindúes.

—Betteredge —dijo—, me siento inclinado a pensar que he tomado demasiado en serio las palabras del señor Murthwaite cuando tuvimos esa conversación junto a los arbustos. ¿No nos habrá contado alguna de sus leyendas de viajero? ¿De verdad tiene intención de soltar a los perros?

—Les quitaré los collares, señor, y les dejaré libertad para que puedan darse una vuelta esta noche si es que su olfato así se lo aconseja.

—Muy bien. Mañana decidiremos cómo proceder. No estoy dispuesto a alarmar a mi tía a menos que tenga una razón muy acuciante, Betteredge. Buenas noches.

Tan pálido y exhausto lo vi mientras me saludaba con la cabeza y cogía su vela para subir al dormitorio que me atreví a recomendarle un trago de brandy con agua antes de retirarse. El señor Godfrey, acercándose desde el otro extremo de la estancia, respaldó mi sugerencia. Con la mayor cordialidad, instó al señor Franklin a que no se acostara sin haber tomado algo.

Si me refiero aquí a estos detalles sin importancia es porque, después de todo lo visto y oído aquel día, me complació observar que nuestros caballeros se hallaban en tan buenas relaciones como siempre. Ni su batalla verbal (la que presenció Penelope en el salón) ni su rivalidad por el favor de la señorita Rachel parecían haber establecido diferencias profundas entre ambos. ¡Claro es que eran los dos jóvenes de buen carácter, además de hombres de mundo! Y hay que reconocerles a las personas de buena cuna que no son ni mucho menos tan pendencieras como las personas sin clase.

El señor Franklin declinó el brandy con agua y subió con el señor Godfrey, puesto que sus dormitorios se hallaban contiguos. Una vez en el rellano, sin embargo, o bien su primo logró convencerlo o bien dio un viraje y cambió de opinión según su costumbre.

—Quizá lo necesite en algún momento de la noche —me dijo desde arriba—. Pida que me suban un poco de brandy y agua a mi habitación.

Envié a Samuel con el brandy y el agua y salí a soltar a los perros. Se quedaron perplejos al ver que los liberaba a esas horas de la noche y me saltaron encima como un par de cachorros. De todos modos, la lluvia no tardó en

apaciguarlos y, tras un par de lametazos a las gotas, volvieron a sus perreras. Mientras volvía a la casa advertí en el cielo indicios de un cambio de tiempo favorable. Por el momento seguía lloviendo a cántaros y la tierra estaba encharcada.

Samuel y yo hicimos la ronda habitual para cerrar la casa. Esta vez lo comprobé personalmente, sin fiarme a mi subalterno. Todo estaba cerrado a cal y canto cuando mis viejos huesos se tendieron a descansar entre la medianoche y la una de la madrugada.

Supongo que las preocupaciones del día me habían desbordado. Lo cierto es que esa noche también yo padecí la enfermedad del señor Franklin. Había amanecido cuando por fin logré conciliar el sueño. Todo el tiempo que pasé en vela estuvo la casa silenciosa como una tumba. No oí más ruido que el chapoteo de la lluvia y el rumor del viento entre los árboles al levantarse la brisa con la llegada de la mañana.

Me desperté en torno a las siete y media, y un magnífico día de sol me saludó al abrir la ventana. Ya habían dado las ocho, y me disponía a atar a los perros cuando sentí a mis espaldas un presuroso crujir de faldas en la escalera.

Di media vuelta y vi que Penelope venía en mi busca como una loca.

—¡Padre! —gritó—. ¡Sube, por el amor de Dios! ¡El diamante ha desaparecido!

—¿Has perdido el juicio?

—¡Se ha esfumado! —insistió—. ¡Nadie sabe cómo! Sube y lo verás.

Me arrastró hasta la sala privada de la señorita, anexa a su dormitorio. En el umbral de este último se encontraba la señorita Rachel, con la cara casi tan blanca como el camisón que llevaba puesto. Y allí estaban las dos puertas del secreter hindú, abiertas de par en par. Uno de los cajones del interior estaba igualmente abierto.

—¡Mira! —dijo Penelope—. Yo misma vi anoche a la señorita Rachel guardar el diamante en esa gaveta.

Me acerqué al mueble. La gaveta estaba vacía.

—¿Es eso cierto, señorita? —pregunté.

Con una mirada que no era la suya y una voz que no era la suya, la señorita repitió las palabras de mi hija:

—¡El diamante ha desaparecido!

Dicho esto, volvió a su dormitorio y cerró la puerta con llave.

Antes de que pudiéramos reaccionar, lady Verinder entró en el *boudoir*, extrañada de oír mi voz en las habitaciones de la señorita Rachel. La noticia de la desaparición del diamante la dejó petrificada. Fue derecha al dormitorio de su hija y le ordenó que abriese. La señorita abrió la puerta.

La alarma se propagó como el fuego por toda la casa y llegó en seguida a oídos de los dos caballeros.

El señor Godfrey fue el primero en salir de su habitación. Al enterarse de lo ocurrido, se llevó las manos a la cabeza en un estado de perplejidad que no decía mucho en favor de su fortaleza de ánimo. El señor Franklin, en cuya lucidez confiaba yo para que nos aconsejara, se mostró tan impotente como su primo al saber lo ocurrido. Milagrosamente, por fin había dormido esa noche a sus anchas, y el insólito lujo del sueño le había dejado, según dijo, bastante aturdido. Sin embargo, en cuanto se hubo tomado una taza de café —como hacía siempre unas horas antes de cada comida, según la costumbre europea— se despejó su cerebro, recobró su lucidez y se hizo cargo del asunto con inteligencia y con resolución, más o menos como sigue:

En primer lugar convocó a los criados para ordenarles que dejaran todas las puertas y ventanas de la planta baja (excepto la principal, que yo había abierto) exactamente tal como estaban cuando se cerró la casa la noche anterior. A continuación nos propuso a su primo y a mí que nos cerciorásemos, antes de dar ningún otro paso, de que el diamante no se había caído por accidente en alguna parte, por ejemplo detrás del secreter o del tablero sobre el que éste se asentaba. Después de haber buscado en ambos lugares sin éxito alguno —y de haber interrogado a Penelope sin lograr sacarle nada más de lo que ya había contado —, el señor Franklin propuso que ampliáramos las pesquisas a la señorita Rachel, y mandó a Penelope a llamar a la puerta de su dormitorio.

Lady Verinder respondió a la llamada y cerró la puerta al salir. Al momento oímos que la señorita echaba la llave por dentro. La señora se acercó a nosotros, visiblemente confundida y angustiada.

—Parece que la desaparición del diamante ha dejado a Rachel muy abatida —explicó, en respuesta a una pregunta del señor Franklin—. Se niega a hablar del asunto de la manera más extraña, ni siquiera conmigo. Es inútil verla en este momento.

Tras agravar nuestra perplejidad con esta declaración, recobró con un ligero esfuerzo la compostura y mostró la misma decisión de siempre.

—Supongo que no queda más remedio —dijo, con voz serena—. Supongo que no tengo otra alternativa que avisar a la policía.

—Y lo primero que hará la policía —añadió el señor Franklin, en consonancia con esta decisión— será echarles el guante a esos magos que estuvieron aquí anoche.

Mi señora y el señor Godfrey (que no sabían lo que sabíamos el señor Franklin y yo) se sobresaltaron y se mostraron muy sorprendidos.

—No tengo tiempo para detenerme en explicaciones —continuó el señor Franklin—. Sólo puedo decir que los hindúes han robado el diamante. Escríbame una carta de presentación —le pidió a su tía— dirigida a alguno de los

magistrados de Frizinghall. Limítese a decir que represento sus intereses y sus deseos y permítame partir de inmediato. Las posibilidades de dar caza a los ladrones pueden depender de que no perdamos un instante. (*Nota bene*: Ya fuera su lado francés o el inglés, lo más valioso del señor Franklin se reveló en ese momento. La única pregunta era: ¿cuánto duraría?)

Puso pluma, tinta y papel ante su tía, quien (así me pareció) redactó la carta con cierta renuencia. De haber sido posible pasar por alto un suceso como la desaparición de un diamante valorado en veinte mil libras, creo yo —a juzgar por la opinión que mi señora tenía de su difunto hermano y el recelo que le inspiraba su regalo de cumpleaños— que habría sentido un enorme alivio permitiendo que los ladrones huyeran impunes con la Piedra Lunar.

Salí con el señor Franklin a los establos y aproveché la oportunidad para preguntarle cómo los hindúes (de quienes yo naturalmente sospechaba tan astutamente como él) habrían podido entrar en la casa.

—Quizá uno de ellos se colara a hurtadillas en el salón en mitad de la confusión, cuando se marchaban los invitados —dijo el señor Franklin—. Es posible que estuviera escondido debajo del sofá mientras mi tía y Rachel hablaban de dónde guardar el diamante. Sólo habría tenido que esperar a que la casa quedara en calma y el diamante estuviera en el secreter para llevárselo. — Con estas palabras, dio orden al mozo de cuadras de que abriese la verja, y se lanzó al galope.

Ésta parecía ser la única explicación racional, pero ¿cómo se las ingenió el ladrón para salir de la casa? Cuando me levanté esa mañana, encontré la puerta principal cerrada con llave y cerrojo, tal cual la había dejado la noche anterior. Las demás puertas y ventanas seguían cerradas a cal y canto, lo que sin duda constituía un hecho elocuente. ¿Y los perros? Supongamos que el ladrón escapara saltando por alguna de las ventanas de la planta superior: ¿cómo se libró de los perros? ¿Vendría acaso provisto de carne narcotizada para ellos? Mientras me asaltaba esta duda, los dos canes aparecieron corriendo tras una esquina de la casa y empezaron a rodar por el césped húmedo con tanta alegría y tan saludable alborozo que me vi en no pocos apuros para hacerles entrar en razón y volver a encadenarlos. Cuantas más vueltas le daba a la cabeza menos me satisfacía la explicación del señor Franklin.

Desayunamos. Pase lo que pase en una casa, ya se trate de un robo o de un asesinato, no debemos prescindir jamás del desayuno. Tras el desayuno la señora me mandó llamar y me vi en la obligación de contarle todo lo que hasta entonces le había ocultado con respecto a los hindúes y su complot. Siendo como era una mujer valerosa, no tardó en recobrarse del sobresalto inicial que le causaron mis palabras. Parecía mucho más preocupada por su hija que por la conspiración de aquellos villanos infieles.

—Usted sabe lo rara que es Rachel y cómo a veces se conduce de un modo

muy distinto a las demás muchachas —me dijo—, pero en la vida la he visto tan extraña y reservada como hoy. Parecía como si la desaparición del diamante le hubiera hecho perder el juicio. ¿Quién iba a figurarse que ese diamante horrible podría ejercer tanto poder sobre ella en tan breve espacio de tiempo?

La verdad es que era todo muy extraño. En general, la señorita Rachel nunca se ilusionaba tanto como otras muchachas cuando recibía algún juguete o alguna baratija. Y allí estaba, inconsolable, encerrada en su cuarto. Es justo añadir que no era ella la única que parecía hallarse fuera de sus casillas. El señor Godfrey, sin ir más lejos —que era por su profesión una especie de bálsamo general—, no sabía dónde buscar sus recursos. Sin compañía con la que distraerse, ni ocasión de ejercitar su experiencia con mujeres en desgracia para consolar a su prima, estuvo dando vueltas de acá para allá por la casa y los jardines, inquieto y sin rumbo. Eran dos, y distintas, las opiniones, que albergaba en cuanto a lo que debía hacerse frente a un infortunio como el que nos había sobrevenido. ¿Debía, dada la situación, aliviar a la familia de la carga que representaba su presencia o, por el contrario, debía quedarse, ante la posibilidad de que aun sus humildes servicios pudieran ser de alguna utilidad? Se decantó finalmente por esta última manera de proceder, pensando que sería la más común y la más considerada en una situación de desgracia tan peculiar como la que en ese momento nos afectaba. Las circunstancias ponen a prueba la madera de que está hecho un hombre. Y, al verse puesto a prueba por las circunstancias, el señor Godfrey demostró que su madera era mucho menos consistente de lo que yo me imaginaba. En cuanto a las mujeres del servicio —con la excepción de Rosanna Spearman, que se mostró muy reservada—, se dieron a cuchichear por los rincones y a mirarlo todo con aire de sospecha, como es costumbre entre la mitad más débil de la especie humana cuando algo extraordinario sucede en una casa. Yo mismo reconozco que estaba nervioso y de mal humor. La maldita Piedra Lunar nos había trastornado a todos.

Poco antes de las once regresó el señor Franklin. Todo indicaba que el lado resolutivo de su personalidad había cedido gradualmente desde el momento de su partida bajo el peso de la tarea que recayó sobre él. Nos dejó al galope y regresó al paso. Cuando se marchó era un hombre de hierro. Cuando regresó parecía relleno de algodón y blando a más no poder.

—¿Y bien? —preguntó mi señora—. ¿Está en camino la policía?

—Sí —contestó el señor Franklin—. Dijeron que me seguirían en un vuelo. El inspector Seegrave, de la policía local, con dos de sus hombres. ¡Mera fórmula! ¡Es un caso perdido!

—¡Cómo! ¿Es que los hindúes han huido, señor? —pregunté.

—A esos pobres hindúes los han encerrado en prisión injustamente —dijo el señor Franklin—. Son inocentes como un recién nacido. Mi suposición de que uno de ellos se escondió en la casa ha terminado por evaporarse como el humo, igual

que todas las demás. Se ha demostrado —añadió, deleitándose en su propia torpeza— de todo punto imposible.

Tras dejarnos a todos atónitos, con este giro completamente inesperado en el enredo de la Piedra Lunar, nuestro caballero, a instancias de su tía, se sentó para explicarse mejor.

Al parecer, su lado resolutivo no había llegado más que hasta Frizinghall. Expuso el caso con toda claridad al magistrado y éste avisó de inmediato a la policía. Las primeras indagaciones en torno a los hindúes pusieron de manifiesto que los tres magos ni siquiera intentaron salir de la ciudad. Nuevas pesquisas revelaron que se les vio regresar a Frizinghall en compañía del niño entre las diez y las once de la noche anterior, lo cual (atendiendo a las horas y la distancia) demostraba que emprendieron el camino de vuelta nada más concluir su actuación en la terraza. Más tarde todavía, a medianoche, la policía tuvo ocasión de verlos a los tres en la casa de huéspedes, y al niño con ellos como de costumbre. Poco después de la medianoche yo había cerrado las puertas y ventanas de la casa. No podía hallarse prueba más fehaciente a favor de los magos. El magistrado afirmó que, así las cosas, no había el menor motivo para sospechar de ellos, pero, como cabía la posibilidad de que las investigaciones policiales terminaran por descubrir algo que pudiera comprometerlos, se las ingenió para encerrarlos una semana bajo llave y cerrojo por vagos y maleantes, con el fin de tenerlos a nuestra disposición. Por ignorancia habían hecho algo en la ciudad (no recuerdo cuál fue su falta) que los situaba casi al margen de la ley. Toda institución humana, incluida la justicia, puede forzarse un poco si uno sabe en qué dirección tirar. El digno magistrado era un viejo amigo de lady Verinder, y nada más abrirse el juzgado esa mañana se «dictó auto de prisión» contra los hindúes por un período de una semana.

Tal fue el relato de los hechos que ofreció el señor Franklin. La pista que apuntaba a los hindúes en el misterio de la joya desaparecida se hacía así añicos según todas las apariencias. Si los magos eran inocentes, ¿quién diablos se había llevado la Piedra Lunar del secreter de la señorita Rachel?

Diez minutos más tarde, para nuestro inmenso alivio, llegó a la casa el inspector Seegrave. Explicó que, al entrar, había conversado un momento con el señor Franklin, que se encontraba en la terraza, sentado al sol (supongo que gobernado en ese momento por su lado italiano), y éste advirtió al policía de que la investigación era inútil, antes incluso de que ésta hubiera comenzado siquiera.

Para una familia en una situación como la nuestra no podía haber presencia más tranquilizadora que la del inspector de la policía de Frizinghall. El señor Seegrave era un hombre alto y corpulento, de ademanes marciales. Tenía una voz agradable, con acento autoritario, una mirada poderosa y enérgica y una espléndida levita pulcramente abotonada hasta el cuello de cuero. «¡Soy el hombre que necesitan!», parecía llevar escrito en su semblante; y ordenaba a

sus dos subalternos con una severidad que nos convenció de que con él no se jugaba.

Empezó por registrar la casa, por dentro y por fuera, y el resultado de este escrutinio lo llevó a concluir que los ladrones no habían entrado desde el exterior, de ahí que el robo lo hubiera cometido alguien que se encontraba dentro. Figúrense ustedes la alarma que cundió entre la servidumbre cuando esta declaración oficial llegó a sus oídos. El inspector decidió examinar primero el *boudoir*, hecho lo cual pasó a interrogar a los criados. Al mismo tiempo, apostó a uno de sus hombres en la escalera que conducía a las habitaciones del servicio, con instrucciones de que no permitiera pasar a nadie hasta nueva orden.

Esta última medida alborotó en el acto a la mitad más débil de la especie humana. Salieron de un salto de sus rincones y se lanzaron en tropel escaleras arriba a las habitaciones de la señorita Rachel (arrastrando consigo a Rosanna Spearman en esta ocasión), donde irrumpieron de sopetón para conminar al inspector, todas con el mismo aspecto culpable, a que dijera de inmediato de cuál de ellas sospechaba.

El inspector supo estar a la altura de las circunstancias. Las miró con sus ojos enérgicos y las amedrentó con su voz de mando.

—Ahora mismo vuelven todas al piso de abajo. No las quiero aquí. ¡Miren! —exclamó, señalando de pronto una pequeña mancha en el borde exterior de la puerta recién decorada de la señorita Rachel, justo debajo de la cerradura—. Miren el daño que alguna de ustedes ha causado ya con sus faldas. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —Rosanna Spearman, que era la que se encontraba más cerca de él y de la rozadura de la puerta, se retiró inmediatamente para reanudar sus quehaceres, dando así un ejemplo de obediencia. Las demás la imitaron. El inspector concluyó el registro de la habitación y, sin sacar nada en claro, me preguntó quién había descubierto el robo. Mi hija había sido la primera en descubrirlo. Se envió a por ella.

El inspector se mostró un tanto severo con Penelope al principio.

—Ahora, jovencita, preste atención y asegúrese de que dice la verdad.

Penelope se encendió al instante.

—¡Nunca me han enseñado a mentir, señor policía! ¡Y si mi padre es capaz de quedarse ahí viendo cómo se me acusa de mentirosa y de ladrona y se me prohíbe la entrada a mi propia habitación y se pisotea mi dignidad, que es lo único que tiene una pobre muchacha, no será el buen padre por el que siempre lo he tenido!

Una oportuna palabra de mi parte bastó para situar las relaciones de Penelope con la justicia en una posición algo más cordial. Las preguntas y las respuestas se sucedieron a las mil maravillas sin concluir en nada digno de mención. Mi hija había visto a la señorita Rachel guardar el diamante en el cajón del secreter la noche anterior, justo antes de acostarse. A las ocho de la mañana le había subido

a la señorita su taza de té y había encontrado el cajón abierto y vacío. Tras esto había dado la alarma en la casa… y allí terminaban sus conocimientos.

A continuación el inspector solicitó ver a la señorita Rachel. Penelope le transmitió el recado a través de la puerta. La respuesta llegó por el mismo conducto:

—No tengo nada que decir a la policía. No puedo ver a nadie.

Nuestro veterano inspector recibió la réplica sorprendido y ofendido a partes iguales. Yo le expliqué que la señorita se hallaba indispuesta y le rogué que esperase un poco antes de verla. Volvimos entonces al piso de abajo y en el recibidor nos cruzamos con el señor Godfrey y el señor Franklin.

Se instó a los caballeros, en su condición de huéspedes, a que arrojasen alguna luz sobre el misterio, si les era posible. Ninguno de ellos sabía nada. ¿Habían oído algún ruido sospechoso la noche anterior? No habían oído nada más que el tamborileo de la lluvia. ¿Tampoco yo, que había estado despierto hasta mucho más tarde que ellos, había oído nada? ¡Nada! Liberado del interrogatorio, el señor Franklin, que seguía aferrado a la idea de que estábamos indefensos ante las dificultades, me susurró al oído:

—Ese hombre no nos servirá de nada. El inspector Seegrave es un zopenco.

Liberado a su vez, el señor Godfrey me susurró:

—Sin duda es un hombre capaz, Betteredge. ¡Me inspira la máxima confianza!

Hay tantas opiniones como hombres, tal como afirmó un caballero ilustre hace ya algún tiempo.

El inspector regresó al *boudoir* para proseguir sus pesquisas, mientras mi hija y yo le pisábamos los talones. Se proponía averiguar si algún mueble se había desplazado de su sitio habitual a lo largo de la noche, pues en una primera inspección de la escena del robo no había quedado del todo satisfecho con respecto a este detalle.

Seguíamos husmeando entre las sillas y las mesas cuando la puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso. Tras haberse negado a ver a nadie, la señorita Rachel nos sorprendió al salir por voluntad propia. Cogió de una silla su sombrero de jardín y se dirigió a Penelope con esta pregunta:

—¿Te ha dado el señor Franklin algún recado para mí esta mañana?

—Sí, señorita.

—Deseaba hablar conmigo, ¿no es así?

—Sí, señorita.

—¿Dónde está?

Al oír voces en la terraza, a los pies de la ventana, me asomé y vi a los dos caballeros paseando. Respondí por mi hija.

—El señor Franklin está en la terraza, señorita.

Sin añadir una sola palabra, y haciendo caso omiso del inspector, que intentó

hablar con ella, pálida como un cadáver y extrañamente absorta en sus pensamientos, abandonó sus habitaciones para reunirse con sus primos en la terraza.

Demostró con ello una falta de respeto y contravino además los buenos modales, así lo creo yo, mas por nada del mundo pude resistir la tentación de asomarme a la ventana para presenciar el encuentro de la señorita con sus primos. Se acercó al señor Franklin como si no viera al señor Godfrey, quien se retiró en seguida para dejarlos a solas. Le habló con vehemencia al señor Franklin. Fueron sólo unas pocas palabras, pero, a juzgar por la expresión de él, logró causarle un asombro indescriptible. Seguían los dos juntos cuando apareció lady Verinder en la terraza. La señorita Rachel vio a su madre, le dijo unas palabras más al señor Franklin y volvió a entrar en la casa precipitadamente, antes de que su madre pudiera darle alcance. Lady Verinder, muy sorprendida y consciente también de la sorpresa del señor Franklin, se acercó a hablar con él. El señor Godfrey se sumó a la conversación. El señor Franklin deambuló entre ambos mientras les explicaba lo que acababa de ocurrir. Así lo supongo porque, tras dar unos pasos, los otros dos se pararon en seco, como paralizados de asombro. Hasta aquí pude observar antes de que la puerta de la salita se abriera violentamente. La señorita Rachel fue rápida y derecha a su dormitorio, presa de una furia desmedida, con los ojos llameantes y las mejillas encendidas. El inspector trató de interrogarla una vez más. Cuando llegó a la puerta de su alcoba, la señorita se volvió y le gritó enfurecida:

—¡Yo no lo he mandado llamar! ¡No quiero nada de usted! Mi diamante ha desaparecido. ¡Ni usted ni nadie podrá encontrarlo! —Dicho esto, entró y nos dio con la puerta en las narices. Penelope, que era la que estaba más cerca, la oyó romper a llorar en cuanto se quedó sola.

¡Tan pronto rugía como lloraba! ¿Qué podía significar?

Yo le dije al inspector que significaba que la señorita Rachel estaba muy alterada por la pérdida de su joya. Preocupado por el honor de la familia, me disgustaba mucho ver a la señorita tan fuera de sí, incluso en presencia de un oficial de policía, de ahí que tratara de ofrecer la mejor excusa posible. En mi fuero interno, me sentía mucho más desconcertado por la extraordinaria forma de expresarse y comportarse de la señorita Rachel de lo que acierto a expresar. Guiándome por las palabras que ella acababa de pronunciar en la puerta, sólo acerté a concluir que estaba ofendidísima por el hecho de que hubiéramos llamado a la policía, y ésta debía de ser la causa de la perplejidad que el señor Franklin había mostrado momentos antes en la terraza (puesto que había sido el instrumento principal en el caso). Si mis conjeturas eran ciertas, ¿por qué —tras haber perdido su diamante— ponía objeciones a la presencia de aquellas personas cuya misión consistía precisamente en recuperarlo? ¿Y cómo, por el amor de Dios, podía saber ella que la Piedra Lunar jamás se encontraría?

Tal como estaban las cosas, por el momento no cabía esperar ninguna respuesta de nadie en la casa. El señor Franklin pareció considerar que su honor le exigía abstenerse de confiar —incluso a un servidor tan antiguo como yo— lo que la señorita Rachel le había dicho en la terraza. El señor Godfrey, quien como caballero y pariente de la familia quizá habría podido tener acceso a la confianza del señor Franklin, respetó la confidencialidad, fiel a su obligación. Lady Verinder, que sin duda participaba del secreto y era la única que podía llegar a la señorita Rachel, reconoció abiertamente que no había sido capaz de sacarle nada a su hija. « ¡Me vuelves loca cuando me hablas del diamante!» : esto era todo cuanto su madre, con toda la influencia que tenía sobre ella, había podido obtener.

Nos hallábamos por tanto en un punto muerto con la señorita Rachel y también en un punto muerto con la Piedra Lunar. En el primer caso, lady Verinder nada podía hacer para ayudarnos. En cuanto a lo segundo (como no tardará en verse), el inspector Seegrave se acercaba a marchas forzadas a la situación de un hombre al límite de su ingenio.

Tras haber hurgado en todos los rincones del *boudoir*, sin descubrir nada entre los muebles, nuestro experimentado oficial de policía apeló a mí para saber si, en general, la servidumbre estaba o no al corriente de dónde se había guardado el diamante esa noche. Mi hija sabía lo que ya se ha dicho.

—Para empezar lo sabía yo —respondí—. También lo sabía Samuel, el lacayo, pues se encontraba en el salón cuando la familia estuvo discutiendo dónde guardar el diamante. Y lo sabía mi hija, como ya le ha contado. Es posible que ella o Samuel dijesen algo a los demás criados, o que éstos oyeran la conversación a través de la puerta lateral del salón, la que daba a la escalera de servicio, que quizá estuviera abierta. Por lo que yo sé, cualquiera podía estar al corriente de dónde se guardó el diamante.

Como mi respuesta abría ante el inspector un campo de sospecha demasiado inabarcable, trató de acotarlo interesándose a continuación por el carácter de los criados.

Directamente me vino a la cabeza Rosanna Spearman, pero ni me correspondía ni deseaba dirigir las sospechas hacia una pobre muchacha que jamás me había dado motivos para dudar de su honradez. La directora del reformatorio la recomendó a lady Verinder como una joven sinceramente arrepentida y de absoluta confianza. Era misión del inspector descubrir por sus propios medios si había alguna razón para sospechar de ella, y sólo entonces tendría yo el deber de comunicarle en qué circunstancias había entrado al servicio en la casa.

—Son personas excelentes, todos ellos —dije—. Todos se han hecho acreedores de la confianza que nuestra señora ha depositado en ellos.

Tras esto sólo una cosa le quedaba por hacer al inspector Seegrave: ponerse manos a la obra y averiguar por sus propios medios cuál era la índole de la

servidumbre.

Uno por uno los interrogó a todos. Uno por uno demostraron ellos que no tenían nada que decir, y lo demostraron por extenso (al menos las mujeres) y muy ofendidos por la prohibición de acceder a sus cuartos. Cuando regresaron a sus puestos en la planta baja, llamaron a Penelope para interrogarla por segunda vez.

El pequeño arranque de mal genio que había tenido mi hija en el *boudoir*, así como la prontitud con que se sintió bajo sospecha, al parecer habían causado una impresión desfavorable en el inspector Seegrave. Tampoco olvidaba el policía que Penelope había sido la última persona en ver el diamante la noche anterior. Concluido el segundo interrogatorio, mi hija me buscó frenética. Ya no cabía la menor duda: ¡el inspector casi la había acusado abiertamente de ser la ladrona! Yo no podía creer (tal como señalara el señor Franklin) que de verdad fuera tan zopenco. Aunque no dijo nada, la manera en que había mirado a Penelope no era en absoluto agradable. Traté de quitar hierro a la cuestión ante mi hija, riéndome y diciéndole que era demasiado ridículo para poder tomárselo en serio, pues sin duda lo era. Me temo, sin embargo, que en el fondo fui tan estúpido como para enfadarme a mi vez. La acusación era un tanto irritante; ¡ya lo creo que lo era! Penelope se sentó en un rincón, completamente destrozada, y se cubrió la cabeza con el delantal. La muy tonta, dirán ustedes: tendría que haber esperado hasta que él la acusara formalmente. Bueno, siendo como soy un hombre justo y ecuánime, concedo que en eso tienen razón. De todos modos, el señor inspector debería haber tenido presente… da lo mismo lo que debería haber tenido presente. ¡El diablo se lo lleve!

El siguiente y último paso en la investigación llevó las cosas, como suele decirse, a un punto crítico. El inspector tuvo una conversación con lady Verinder (en la cual estuve yo presente). Tras informarle de que el diamante por fuerza lo había robado alguien de la casa, solicitó permiso para registrar de inmediato las habitaciones y dependencias del servicio. Mi buena señora, como mujer generosa y de alcurnia que era, no consintió que se nos tratara como a ladrones.

—Jamás toleraré corresponder de esa manera a los fieles servidores de esta casa a quienes tantos servicios debo.

El señor inspector se despidió con una inclinación y me lanzó una mirada con la que me daba a entender abiertamente: « ¿Para qué me llaman si luego me atan las manos así?» . Como jefe de la servidumbre pensé al instante que, en justicia a todas las partes, no debíamos aprovecharnos de la generosidad de la señora.

—Se lo agradecemos enormemente, señora —dije—, pero solicitamos su permiso para hacer lo que debe hacerse en esta situación, que es entregar nuestras llaves. En cuanto vean que Gabriel Betteredge no pone objeciones, los demás criados seguirán el ejemplo, se lo prometo. ¡Aquí están mis llaves! —Mi

señora me cogió de la mano y me dio las gracias con los ojos llenos de lágrimas. ¡Dios mío! ¡Qué no habría dado yo en ese momento por gozar del privilegio de derribar al inspector Seegrave de un puñetazo!

Tal como había prometido en su nombre, los demás criados siguieron mi ejemplo, muy a regañadientes, como es natural, pero pensando como yo que la situación lo requería. Era digna de verse la estampa que componían las mujeres mientras se revolvían sus pertenencias. La cocinera parecía tener ganas de asar vivo al señor inspector, y las demás de querer comérselo cuando estuviera en su punto.

Una vez efectuado el registro, sin que en parte alguna pudiera encontrarse ni diamante ni rastro de diamante, como era de esperar, el inspector se retiró a mi salita para meditar cuál debía ser el paso siguiente. A estas alturas llevaba varias horas con sus hombres en la casa, y no nos habíamos acercado ni una pizca a descubrir cómo había desaparecido el diamante o hacia quién debíamos dirigir nuestras sospechas.

Mientras el inspector Seegrave seguía reflexionando a solas, el señor Franklin solicitó verme en la biblioteca. Acababa de poner la mano en la puerta cuando ésta se abrió desde dentro y, con indescriptible asombro, vi salir a Rosanna Spearman.

Una vez se había barrido y limpiado la biblioteca por la mañana, ninguna de las doncellas, ni la primera ni la segunda, tenían nada que hacer en dicha habitación en cualquier otro momento del día. Así, detuve a Rosanna y la acusé sin preámbulos de haber infringido la disciplina doméstica.

—¿Qué estás haciendo en la biblioteca a esta hora del día? —le pregunté.

—El señor Franklin perdió un anillo en el piso de arriba y he venido a traérselo —respondió, poniéndose más que colorada. Dicho lo cual se alejó sacudiendo la cabeza, con un aire de importancia que me dejó pasmado. Era evidente que lo ocurrido en la casa había afectado en mayor o menor medida a todas las mujeres del servicio, pero ninguna parecía tan trastornada en su actitud como Rosanna.

Encontré al señor Franklin escribiendo en la mesa de la biblioteca. Nada más verme entrar me pidió un coche para ir a la estación. Su voz indicaba que de nuevo se imponía su lado resolutivo. El hombre de algodón se había esfumado y volvía a tener delante al hombre de hierro.

—¿Se va a Londres el señor? —pregunté.

—Voy a telegrafiar a Londres —dijo el señor Franklin—. He convencido a mi tía de que necesitamos una cabeza más capaz que la del inspector Seegrave, y tengo su autorización para despachar un telegrama a mi padre. Conoce al comisario jefe de la policía, y él sabrá encontrar al hombre más idóneo para

resolver el misterio del diamante. Hablando de misterios, por cierto —añadió, bajando la voz—, tengo algo que decirle antes de que vaya a los establos. No le diga una sola palabra a nadie por el momento, pero una de dos: o Rosanna Spearman no está en sus cabales, o me temo que sabe más de lo que debiera sobre la Piedra Lunar.

No acierto a decir qué fue mayor, si mi asombro o mi pena, al oír esta revelación. De haber sido más joven, quizá le habría confesado mis sentimientos al señor Franklin, pero con la vejez se adquiere un hábito excelente: cuando uno no ve claro el camino, opta por tener la boca cerrada.

—Se presentó aquí con un anillo que se me había caído en el dormitorio —prosiguió el señor Franklin—. Le di las gracias y esperé, naturalmente, a que se retirase. Pero, en lugar de irse, se quedó al otro lado de la mesa, mirándome de la manera más extraña, entre asustada y familiar… no sabría decirlo. Y de buenas a primeras me dijo: « Es muy raro lo que ha ocurrido con el diamante, señor» . Yo respondí: « Sí; es raro» . Y me pregunté qué ocurriría a continuación. ¡Palabra de honor, Betteredge, que esa muchacha debe de estar mal de la cabeza! Dijo: « Nunca encontrarán el diamante, ¿verdad que no, señor? ¡No! Ni tampoco a quien se lo ha llevado… Bien lo sé yo» . ¡Y entonces asintió con la cabeza y me sonrió! Antes de que tuviera tiempo de preguntarle a qué se refería, oímos sus pasos. Supongo que temía que usted la sorprendiera aquí. El caso es que cambió de color y se marchó corriendo. ¿Qué demonios significa todo esto?

Tampoco entonces me decidí a contarle la historia de Rosanna Spearman, pues habría equivalido a decir que ella era la ladrona. Además, aun suponiendo que yo me hubiera confiado al señor Franklin, y que ella fuese de verdad la autora del robo, seguiría siendo un misterio por qué razón, entre todas las personas del mundo, lo había elegido a él para revelarle su secreto.

—No quiero ni pensar que esa pobre muchacha pudiera verse en apuros sólo por ser un poco desequilibrada y hablar de una manera tan extraña —prosiguió el señor Franklin—. Pero, si le ha dicho al inspector lo que me ha dicho a mí, por muy tonto que sea, me temo que… —Se detuvo, sin terminar la frase.

—Creo, señor, que lo mejor será que hable yo en privado con lady Verinder en cuanto tenga una oportunidad. La señora aprecia mucho a Rosanna, y es posible que a fin de cuentas esa joven sólo haya sido un poco boba y descarada. Siempre que ocurre algún enredo en una casa, a las criadas les gusta verlo por el lado más siniestro: eso les hace sentirse importantes a las pobres infelices. Si alguien cae enfermo, tenga por seguro que las mujeres vaticinarán su muerte. Si desaparece una joya, tenga por seguro que vaticinarán que será imposible encontrarla.

Esta opinión (que, debo reconocer, a mí mismo me pareció razonable tras reflexionar un poco después) pareció aliviar enormemente al señor Franklin. Dobló el telegrama y se olvidó del asunto. Camino de los establos, para ordenar

que se enganchara al poni, pasé un momento por la sala de servicio, donde los criados estaban comiendo. Rosanna Spearman no estaba con ellos. Al preguntar por ella, me dijeron que de pronto se había sentido mal y había subido a su cuarto para descansar.

—¡Curioso! —señalé—. La última vez que la vi parecía encontrarse perfectamente.

Penelope me siguió.

—No hables así delante de los demás, padre —me dijo—. Con eso sólo conseguirás que sean aún más duros con ella. La pobrecilla está locamente enamorada del señor Franklin.

He aquí otra manera de interpretar la conducta de la muchacha. De estar mi hija en lo cierto, eso explicaría el extraño comportamiento de Rosanna y su insólita forma de expresarse, pues no le importaba lo que pudiera decir con tal de impresionar al señor Franklin para que se fijara en ella. Concediendo que ésta pudiera ser la lectura correcta del enigma, también se explicarían quizá su descaro y su presunción cuando se cruzó conmigo. Aunque él no le hubiera dicho más de tres palabras, Rosanna se había salido con la suya y el señor Franklin se había fijado en ella.

Yo mismo enganché al poni. ¡En medio de aquella red infernal de incertidumbres y misterios que nos atrapaba, confieso que fue de lo más reconfortante comprobar lo bien que se entendían hebillas y correas! Ver al poni enganchado a los ejes del calesín no dejaba lugar a dudas. Y eso, permítanme afirmarlo, era un lujo cada vez más infrecuente en la casa.

Rodeé la residencia con el calesín hasta la escalinata de la entrada principal, donde me aguardaban no sólo el señor Franklin, sino también el señor Godfrey y el inspector Seegrave.

Las reflexiones del inspector (al no encontrar el diamante en las dependencias de los criados) lo habían llevado, al parecer, a una conclusión enteramente distinta. Sin descartar su idea inicial, esto es, que alguien de la casa había robado la joya, nuestro experimentado oficial era ahora de la opinión de que el autor del robo (¡tuvo la prudencia de no nombrar a la pobre Penelope, a despecho de lo que en su fuero interno pensara de ella!) había actuado en conchabamiento con los hindúes, y propuso en consecuencia trasladar su investigación a los magos recluidos en la prisión de Frizinghall. Al saber de esta nueva iniciativa, el señor Franklin se ofreció a llevar al inspector a la ciudad, desde donde podría telegrafiar a Londres con la misma comodidad que en la estación. El señor Godfrey, que seguía creyendo fervientemente en el inspector Seegrave y tenía mucho interés en presenciar el interrogatorio de los hindúes, rogó que se le permitiera acompañar al oficial. Uno de los dos subalternos se quedaría en la casa, por si ocurría algo. El otro regresaría a la ciudad con su superior. De este modo se ocuparon los cuatro asientos del calesín.

Antes de tomar las riendas, el señor Franklin me llevó aparte, donde los otros no pudieran oírnos.

—Esperaré a enviar el telegrama —dijo— hasta que vea si el interrogatorio de los hindúes ofrece alguna pista nueva. En mi opinión, este policía atolondrado sigue sin tener la menor idea y sólo trata de ganar tiempo. La hipótesis de que alguno de los criados pueda haberse aliado con los hindúes es sencillamente ridícula, a mi entender. Vigile la casa hasta mi regreso, Betteredge, y procure sacar algo en claro de Rosanna Spearman. No le pido que haga nada degradante para su propia dignidad, ni que sea cruel con esa muchacha. Sólo le pido que ejercite sus facultades de observación con mayor atención que de costumbre. Trataremos de que todo esto resulte lo más liviano posible para mi tía… pero la situación es mucho más grave de lo que se imagina, Betteredge.

—Hablamos de veinte mil libras, señor —dije, pensando en el valor del diamante.

—Hablamos de la tranquilidad de Rachel —respondió con gravedad—. Estoy muy preocupado por ella.

Me dejó bruscamente, como si quisiera cortar en seco la conversación. Creo que entendí por qué lo hizo. De haber seguido hablando conmigo, habría tenido que confiarme el secreto que la señorita Rachel le confesó en la terraza.

Partieron hacia Frizinghall. Yo estaba deseoso, en interés de la propia muchacha, de tener una pequeña charla en privado con Rosanna, pero la oportunidad no se presentó. No volvió a bajar hasta la hora del té. Cuando apareció estaba muy alterada: tuvo lo que se llama un ataque de histeria, le dieron una dosis de sal volátil por orden de lady Verinder y la mandaron a la cama.

El día transcurrió tedioso y deprimente. La señorita Rachel seguía encerrada en su habitación, tras anunciar que se sentía demasiado enferma para cenar. La señora estaba tan abatida por su hija que no quise agravar su desasosiego con el relato de lo que Rosanna Spearman le había dicho al señor Franklin. Penelope seguía convencida de que iban a juzgarla, condenarla y encerrarla de inmediato por el robo. Las otras mujeres tomaron sus biblias y sus libros de salmos y se entregaron a la lectura con un gesto tan agrio como la uva verde, cosa que, según había observado a lo largo de mi vida, suele acompañar a los actos de piedad cuando éstos se ejecutan a una hora desacostumbrada del día. En lo que a mí respecta, ni siquiera tenía ánimos para abrir mi *Robinson Crusoe*. Salí al patio y, como necesitaba un poco de alegre compañía, instalé mi mecedora al lado de las casetas y estuve charlando con los perros.

Media hora antes de la cena los dos caballeros volvieron de Frizinghall, tras haber convenido con el inspector que éste regresaría al día siguiente. Visitaron al señor Murthwaite, el viajero, en su actual residencia, próxima a la ciudad. A petición del señor Franklin, éste les brindó amablemente sus conocimientos

lingüísticos para interrogar a los dos de los tres hindúes que no sabían una palabra de inglés. El interrogatorio, minucioso y extenso, no condujo a nada; no había la más mínima razón para sospechar que los magos estuvieran aliados con alguno de los criados. Habiendo llegado a esta conclusión, el señor Franklin envió su telegrama a Londres, y con esto el asunto quedaba en suspenso hasta el día siguiente.

Así transcurrió el día siguiente al cumpleaños. No habíamos vuelto a ver desde entonces un solo rayo de luz. Un par de días más tarde, sin embargo, las tinieblas se disiparon un poco. Pronto se sabrá cómo y con qué resultado.

CAPÍTULO XII

La noche del jueves concluyó sin que nada ocurriera. La mañana del viernes trajo consigo dos noticias.

Primera noticia: el panadero declaró haber visto a Rosanna Spearman la tarde anterior, cubierta bajo un velo, por el camino de los pantanos en dirección a Frizinghall. Era difícil que pudiera confundirse a Rosanna con otra persona, pues su hombro deforme delataba sin lugar a dudas a la pobrecilla… Pero el hombre debió de equivocarse, pues, como ya sabemos, Rosanna había pasado toda la tarde del jueves enferma en su cuarto.

La segunda noticia llegó con el cartero. El digno doctor Candy había incurrido nuevamente en uno de sus muchos comentarios desafortunados cuando, al marcharse bajo el diluvio la noche del cumpleaños, me dijo que la piel de un médico era impermeable. A pesar de su piel impermeable, se caló hasta los huesos. Esa noche pilló un resfriado y ahora estaba en cama con fiebre. Las últimas noticias, según el cartero, aseguraban que le fallaba la cabeza y, en su delirio, el pobre hombre decía las mismas tonterías, con la misma locuacidad que cuando estaba en su sano juicio. Todos sentimos lo que le había ocurrido al doctor, pero el señor Franklin pareció lamentarlo sobre todo por la señorita Rachel. A juzgar por lo que le dijo a lady Verinder en mi presencia, mientras desayunaban, parecía pensar que, de no terminar pronto la incertidumbre en torno de la Piedra Lunar, su prima iba a necesitar urgentemente la mejor asistencia médica a nuestra disposición.

No mucho tiempo después de que terminara el desayuno llegó un telegrama del señor Blake padre en respuesta al de su hijo. Nos comunicaba que, con ayuda de su amigo, el inspector jefe, había dado con el hombre perfecto para el caso. Se trataba del sargento Cuff, y podíamos esperar su llegada de Londres en el tren de la mañana.

Al leer el nombre del policía designado, el señor Franklin se sobresaltó. Se conoce que había oído contar algunas anécdotas curiosas sobre el sargento Cuff al abogado de su padre durante su estancia en Londres.

—Empiezo a confiar en que pronto veremos el fin de nuestras preocupaciones —dijo—. Si la mitad de las historias que he oído son ciertas, ¡no hay en toda Inglaterra quien pueda compararse con el sargento Cuff cuando se trata de desentrañar un misterio!

Nuestra impaciencia y nuestra excitación iban en aumento conforme se acercaba la hora de la llegada de tan renombrado y competente personaje. El inspector Seegrave, que había llegado a la hora acordada, se encerró en una

habitación con pluma, papel y tinta en cuanto supo que se esperaba al sargento, con el fin de tomar notas para el informe que a buen seguro le sería requerido. De buena gana habría ido yo mismo a recoger al sargento a la estación, pero por nada del mundo podía pensar en llevarme el carruaje y los caballos de mi señora, ni siquiera para el célebre sargento Cuff, y el calesín iba a necesitarlo más tarde el señor Godfrey. Lamentaba profundamente tener que dejar a su tía en un momento de tanta preocupación, tuvo la amabilidad de posponer su partida hasta la hora de salida del último tren, a fin de conocer la opinión que al inteligente sargento le merecía el caso. Pero tenía que estar el viernes por la noche sin falta en la ciudad, para reunirse el sábado por la mañana con un Comité de Damas de Caridad en apuros que había solicitado su consejo.

A la hora prevista para la llegada del sargento, salí a esperarlo a la verja.

Al pasar por delante del pabellón del guarda vi que un coche subía desde la estación. De él descendió un hombre entrecano y maduro, tan delgado que no parecía tener una sola onza de carne en parte alguna de su esqueleto. Vestía decorosamente de negro y llevaba un corbatín blanco. Tenía el rostro afilado como una hachuela y la piel amarilla, seca y marchita como una hoja de otoño. Los ojos, de un color gris claro como el del acero, miraban de una manera desconcertante, como si esperase de uno algo más de lo que uno mismo era consciente de saber. Su andar era suave, su voz melancólica, sus dedos larguiruchos y torcidos como garras. Podía pasar por un párroco o un empresario de pompas fúnebres, o por cualquier cosa menos por lo que en realidad era. Desafío al lector a descubrir, donde sea, un ser más opuesto al inspector Seegrave que el sargento Cuff y un policía más inquietante para una familia en desgracia.

—¿Es ésta la residencia de lady Verinder?—preguntó.

—Sí, señor.

—Soy el sargento Cuff.

—Tenga la bondad de acompañarme, señor.

Mientras nos acercábamos a la casa, le dije mi nombre y le expliqué la posición que ocupaba en la familia, con la esperanza de congraciarme con él para que me hablase de la misión que mi señora iba a encomendarle. Con todo y con eso, no dijo una palabra. Admiró la finca y observó que sentía la brisa del mar, fresca y vivificante. Yo me pregunté, secretamente, cómo el sargento Cuff había alcanzado tanta celebridad. Llegamos a la puerta como una pareja de perros extraños que por primera vez en su vida se ven atados por la misma correa.

Tras preguntar por la señora y saber que se encontraba en uno de los invernaderos, rodeamos la casa hasta los jardines de la parte trasera y enviamos a un criado en su busca. Mientras esperábamos, el sargento Cuff vio la rosaleda a través del arco del seto a nuestra izquierda y allá se fue derecho, dando por fin

una muestra de algo parecido al interés. Para asombro del jardinero y para mi disgusto, el famoso policía resultó ser un pozo de sabiduría en una materia de tanto relumbrón como son los jardines de rosas.

—Veo que tienen la exposición ideal, al sur y al suroeste —dijo el sargento moviendo la canosa cabeza y con una nota de placer en su voz melancólica—. Ésta es la forma que debe tener una rosaleda; nada de círculos engastados en un cuadrado. Sí, sí; con senderos entre los arriates. Pero no deberían ser de gravilla. Césped, señor jardinero: senderos de césped entre las rosas; la gravilla es demasiado dura para ellas. ¡Qué mata tan deliciosa de rosas blancas y rosáceas! Combinan siempre a las mil maravillas, ¿verdad que sí? Y aquí tenemos la rosa almizcleña, señor Betteredge: nuestra vieja rosa inglesa irguiendo su cabeza blanca entre las mejores y más recientes variedades. ¡Una preciosidad! —exclamó el sargento, acariciando la rosa almizcleña con los dedos larguiruchos y hablando con ella como si fuera un niño.

¡Un hombre muy delicado para recuperar el diamante de la señorita Rachel y descubrir al autor del robo!

—Parece que es usted muy aficionado a las rosas, sargento —señalé.

—No dispongo de mucho tiempo para cultivar ninguna afición —dijo—. Pero, cuando tengo un momento, la mayoría de las veces se lo dedico a las rosas, señor Betteredge. Inicié mi vida con ellas, en el vivero de mi padre, y con ellas la terminaré si puedo. Sí. Un día de éstos (si Dios quiere) dejaré de cazar ladrones y probaré fortuna con las rosas. Y entre mis rosales habrá senderos de césped, señor jardinero —añadió el sargento, que parecía muy molesto por los senderos de gravilla de nuestra rosaleda y no podía quitárselos de la cabeza.

—Es una preferencia extraña, señor —me atreví a decir—, para un hombre con un oficio como el suyo.

—Si mira usted a su alrededor (cosa que la mayoría de la gente no suele hacer), comprobará que los gustos de un hombre son, casi siempre, lo más contrario posible a su profesión. Dígame usted dos cosas más opuestas la una de la otra que una rosa y un ladrón, y le aseguro que cambiaré mis preferencias, si no es demasiado tarde a estas alturas de mi vida. ¿No cree, señor jardinero, que la rosa de Jericó es un buen injerto para la mayoría de las variedades más delicadas? Yo así lo creo. Por ahí viene una dama. ¿Es lady Verinder?

La había visto antes que yo o que el jardinero, pese a que nosotros sabíamos en qué dirección mirar y él no. Empecé a darme cuenta de que era más listo de lo que aparentaba a primera vista.

La llegada del sargento, o la misión del sargento —una de dos—, pareció causar cierto embarazo a mi señora. Por primera vez la veía yo desconcertada y sin saber qué decir a un desconocido. El sargento Cuff supo tranquilizarla en seguida. Preguntó si se había recurrido a otra persona antes que a él para la investigación del robo; al saber que así era y que dicha persona se encontraba en

la casa, solicitó permiso para hablar con ella antes de hacer ninguna otra cosa.

Lady Verinder encabezó la marcha. Antes de seguirla, el sargento se quitó de la cabeza el peso de los senderos de gravilla dirigiendo al jardinero estas palabras de despedida:

—Dígale a la señora que pruebe el césped —dijo, con una mirada hostil a los senderos—. ¡Nada de gravilla! ¡Nada de gravilla!

No podría explicar por qué razón el inspector Seegrave pareció encoger varias tallas cuando le presentaron al sargento Cuff. Me limito a consignar el hecho. Se retiraron juntos y estuvieron un largo y tedioso lapso de tiempo aislados de toda intromisión mortal. Cuando salieron de su encierro, el señor inspector estaba excitado y el señor sargento bostezaba.

—El sargento desea ver la sala privada de la señorita Verinder —anunció el inspector Seegrave, dirigiéndose a mí con mucha pompa y mucho entusiasmo—. El sargento quizá desee hacerle algunas preguntas. ¡Tenga la bondad de atenderlo!

Mientras recibía estas órdenes en este tono, miré al gran Cuff. El gran Cuff, a su vez, miró al inspector Seegrave con esa expresión expectante y serena a la que ya me he referido. No puedo afirmar que estuviera al acecho para sorprender en la apariencia expeditiva de su colega algún detalle que revelase que era un zopenco. Sólo puedo decir que lo sospeché profundamente.

Los conduje escaleras arriba. El sargento escudriñó atentamente el secreter hindú y recorrió el *boudoir* palmo a palmo, mientras hacía preguntas (a veces sólo al señor inspector y continuamente a mí), cuyo propósito, creo yo, resultaba igual de incomprensible para ambos. A su debido tiempo sus pesquisas lo condujeron hasta la puerta, y se detuvo frente a la decoración que el lector ya conoce. Posó un dedo inquisitivo y deformado en la pequeña mancha, justo debajo de la cerradura, en la que el inspector Seegrave ya había reparado anteriormente, cuando reprendió a las criadas por entrar en tropel en la sala.

—¡Qué lastima! —dijo el sargento Cuff—. ¿Cómo ha ocurrido?

Me formuló a mí la pregunta. Respondí que las criadas entraron en tromba a la habitación la mañana anterior, y alguna había rozado la pintura con las faldas.

—El inspector Seegrave les ordenó que salieran antes de que pudieran causar más daños, señor —expliqué.

—¡Así es! —asintió el inspector con su voz militar—. Les ordené salir. Fueron las faldas, sargento… fueron las faldas.

—¿Se fijó usted en quién lo hizo? —inquirió el sargento, dirigiéndose nuevamente a mí, en lugar de a su colega.

—No, señor.

Se volvió entonces al inspector.

—Supongo que usted sí se fijaría…

El inspector pareció desconcertado, pero trató de salir airoso diciendo:

—No puedo cargar mi memoria con simples menudencias, sargento… con simples menudencias.

El sargento lo miró con la misma expresión con que había mirado los senderos de gravilla de la rosaleda y, con su voz melancólica, nos permitió saborear una primera muestra de sus muchas cualidades.

—La semana pasada tuve que ocuparme de una investigación privada, señor inspector —dijo—. En un extremo de ella había un asesinato y en el otro una mancha de tinta en un mantel, para la cual nadie tenía una explicación. En toda mi experiencia por los caminos más sórdidos de este sórdido y pequeño mundo, todavía no me he encontrado nunca con algo que pueda llamarse una menudencia. Antes de dar un solo paso más en nuestras pesquisas debemos averiguar quién causó este desperfecto en la puerta y establecer con certeza cuánto tiempo tardó en secarse la pintura.

El inspector —muy molesto por la reprimenda— preguntó si debía reunir a las mujeres. Tras meditarlo unos momentos, el sargento Cuff suspiró y negó con la cabeza.

—No. Primero nos ocuparemos de la pintura. En lo que concierne a la pintura, es cuestión de un simple sí o un no, y eso será breve. En lo que concierne a las mujeres, es cuestión de faldas, y eso llevará su tiempo. ¿A qué hora estuvieron aquí las criadas ayer por la mañana? A las once… ¿no es así? ¿Hay alguien en la casa que sepa si la pintura estaba húmeda o seca a las once de la mañana de ayer?

—El sobrino de lady Verinder lo sabe —dije.

—¿Está en casa el caballero?

El señor Franklin se encontraba muy cerca, aguardando la oportunidad de ser presentado al gran Cuff. En menos de medio minuto ya estaba en la habitación, ofreciendo las siguientes explicaciones:

—Esa puerta, sargento, la ha pintado la señorita Verinder, bajo mi supervisión, con mi ayuda y con un excipiente de mi propia invención. Dicho excipiente tarda doce horas en secar, cualquiera que sea el pigmento con que se mezcle.

—¿Y recuerda usted, señor, a qué hora se pintó esa zona? —inquirió el sargento.

—Perfectamente —respondió el señor Franklin—. Fue la última parte de la puerta que pintamos. Queríamos que estuviera lista el miércoles pasado, y yo mismo la completé hacia las tres de la tarde, o poco después.

—Hoy es viernes —dijo el detective, volviéndose al inspector Seegrave—. Echemos cuentas, señor. La pintura se aplicó a las tres de la tarde. El excipiente se secó en doce horas, lo que significa que a las tres de la madrugada del jueves estaba seco. A las once de la mañana del jueves interrogó usted aquí a las mujeres. Restamos tres a once y quedan ocho. La pintura llevaba ocho horas

seca, inspector, cuando usted supuso que alguna de las criadas la estropeó con sus faldas.

¡Primera derrota aplastante para el inspector Seegrave! Habría sentido lástima de él si él no hubiera sospechado de la pobre Penelope.

Una vez zanjada la cuestión de la pintura, el sargento se desentendió de su colega, viendo que no podía contarse con él, y se dirigió al señor Franklin, considerando que sería un ayudante más prometedor.

—No cabe duda, señor, de que ha puesto usted la pista en nuestras manos —dijo.

Mientras pronunciaba estas palabras, la puerta del dormitorio se abrió y la señorita Rachel salió de repente.

Se dirigió al sargento, sin reparar (o sin que le importase en lo más mínimo) que era un completo desconocido para ella.

—¿Ha dicho usted —preguntó, señalando al señor Franklin— que él ha puesto la pista en sus manos?

(—Es la señorita Verinder —le susurré al sargento.)

—Este caballero, señorita —dijo el detective, estudiando atentamente el rostro de la dama con sus ojos grises y acerados— nos ha dado posiblemente la pista.

La señorita se volvió un momento y trató de mirar al señor Franklin. Digo que trató, porque apartó la mirada con brusquedad antes de que ésta se cruzara con la de él. Parecía extrañamente perturbada. Se sonrojó y palideció de nuevo. Y, con la palidez, sus facciones cobraron una expresión nueva, una expresión que me estremeció.

—Ahora que he respondido a su pregunta, señorita —dijo el sargento—. Permítame que yo le haga otra. Hay una mancha en la pintura de la puerta. ¿Por casualidad sabe usted cuándo se produjo o quién la hizo?

En lugar de responder, la señorita Rachel continuó haciendo preguntas, como si el sargento no hubiese hablado o como si no lo hubiera oído.

—¿Es usted otro oficial de policía? —preguntó.

—Soy el sargento Cuff, señorita, del cuerpo de detectives.

—¿Y daría usted por bueno el consejo de una joven?

—La escucharé con mucho gusto, señorita.

—¡Haga usted su trabajo por sí mismo y no acepte la ayuda del señor Franklin!

Pronunció estas palabras con tanto rencor, con tanta rabia, con tan increíble estallido de mala voluntad contra el señor Franklin en su voz y en su gesto que —aunque la conocía yo desde que era una niña, aunque la quería y honraba casi tanto como a mi señora— por primera vez en la vida me avergoncé de la señorita Rachel.

El sargento Cuff no apartó de ella sus ojos inmutables.

—Gracias, señorita —dijo—. ¿Por casualidad sabe usted algo de esa rozadura? ¿Podría haberla hecho usted misma sin querer?

—No sé nada de esa rozadura.

Con esto nos dio la espalda y volvió a encerrarse en su alcoba. Esta vez la oí —como Penelope anteriormente— estallar en llanto en cuanto se vio a solas.

No me atrevía a mirar al sargento. Miré al señor Franklin, que estaba a mi lado. Me pareció aún más afligido que yo por lo que acababa de ocurrir.

—Ya le dije que estaba preocupado por ella —señaló—. Ahora ha visto por qué.

—La señorita Verinder parece un poco alterada por la pérdida de su diamante —observó el sargento—. Es una joya muy valiosa. ¡Es natural! ¡Es natural!

La misma excusa que yo había dado para justificar su conducta (cuando el día anterior perdió los nervios con el inspector Seegrave) la daba ahora un hombre que no podía tener el interés que yo tenía en justificarla… ¡puesto que era un completo desconocido! Me recorrió un temblor frío que entonces no supe explicar. Ahora sé que en ese momento tuve la primera sospecha de que el caso había cobrado de golpe una luz nueva (y una luz espantosa) ante los ojos del sargento Cuff, pura y simplemente a raíz de lo que había visto y oído de la señorita Rachel en ese primer encuentro con ella.

—La lengua de una joven dama es un órgano privilegiado, señor —le dijo el sargento al señor Franklin—. Olvidemos lo ocurrido y sigamos directamente con este asunto. Gracias a usted sabemos a qué hora se secó la pintura. Ahora necesitamos saber cuándo se vio por última vez la puerta sin esa mancha. Tiene usted una cabeza sobre los hombros y comprende bien lo que quiero decir.

El señor Franklin se recompuso e hizo un esfuerzo por apartar a la señorita Rachel de sus pensamientos para centrarse en nuestra tarea.

—Creo que lo comprendo —dijo—. Cuanto más acotemos la cuestión de la hora, más acotaremos el ámbito de la investigación.

—Así es, señor —respondió el sargento—. ¿Se fijó usted en la puerta el miércoles por la tarde, después de terminarla?

El señor Franklin negó con la cabeza.

—No podría asegurarlo.

—¿Y usted? —preguntó el sargento, volviéndose a mí.

—Tampoco yo podría asegurarlo, señor.

—¿Quién estuvo aquí por última vez en la noche del miércoles?

—Supongo que la señorita Rachel, señor.

El señor Franklin intervino en ese momento.

—O quizá su hija, Betteredge. —Le explicó al sargento Cuff que mi hija era la doncella de la señorita Verinder.

—Señor Betteredge, haga subir a su hija. ¡Un momento! —dijo el sargento, llevándome junto a la ventana, donde no pudieran oírnos—. Ese inspector —

continuó, entre susurros— me ha ofrecido un informe muy completo de cómo ha dirigido la investigación. Entre otras cosas, según él mismo me ha confesado, ha alborotado a la servidumbre. Es muy importante tranquilizarlos a todos. Diga usted a su hija y a los demás criados estas dos cosas. En primer lugar, que hasta el momento no tengo pruebas de que el diamante haya sido robado; sólo sé que se ha perdido. En segundo lugar, que mi misión con la servidumbre consiste simplemente en pedirles que pongan a funcionar sus cerebros y me ayuden a encontrarlo.

Mi experiencia con las criadas, cuando el inspector Seegrave les prohibió el acceso a sus habitaciones, me vino muy a mano para decir:

—¿Me permitiría el atrevimiento de decirles a las mujeres una tercera cosa, sargento? ¿Disponen de libertad (con el permiso de usted) para subir y bajar cuando lo deseen o entrar y salir de sus habitaciones si les da un síncope?

—Absoluta libertad —dijo el sargento.

—Eso las tranquilizará, señor. Desde a la cocinera hasta al último mozo de cocina.

—Vaya en seguida, señor Betteredge.

Cumplí con mi misión en menos de cinco minutos. Sólo se presentó una dificultad, cuando les hablé de los dormitorios. Tuve que ejercer severamente mi autoridad, como jefe de la servidumbre, para impedir que toda la población femenina del servicio nos siguiera a Penelope y a mí en calidad de testigos voluntarios, fervientemente deseosas como estaban todas de ayudar al sargento Cuff.

El sargento pareció dar su aprobación a Penelope. Se mostró algo menos sombrío y se animó casi tanto como cuando reparara en la rosa almizcleña del jardín. He aquí la declaración de mi hija, tal cual la extrajo el sargento. Creo que ella la ofreció de maravilla… pero ¡claro!, es en todo hija mía; en nada se parece a su madre. ¡Gracias a Dios, en nada se le parece!

Declaración de Penelope: se interesó mucho por la decoración de la puerta, puesto que había ayudado a mezclar los colores. Se fijó en la zona de debajo de la cerradura, al ser la última parte que se había pintado. La vio por última vez, sin mancha alguna, a las doce de la noche. A esa hora había entrado en el dormitorio para dar las buenas noches a la señorita; oyó las campanadas del reloj en el *boudoir*. En ese preciso instante tenía la mano puesta en el picaporte de la puerta; sabía que la pintura estaba húmeda (puesto que había ayudado a mezclar los colores como ya se ha dicho); tuvo mucho cuidado de no tocarla; podía jurar que se levantó las faldas, y que en ese momento la pintura no estaba manchada; no podía jurar que no la hubiera rozado accidentalmente con el vestido al salir; recordaba qué vestido llevaba esa noche, porque era nuevo, se lo había regalado la señorita Rachel; también su padre lo recordaba y podría corroborarlo; su padre podía, lo deseaba y así lo hizo: reconoció el vestido como el que llevaba esa

noche; se examinaron las faldas, tarea que resultó muy tediosa en razón de la longitud del vestido; no se halló ni rastro de pintura en ellas. Fin de la declaración de Penelope: convincente y bien hecha. Firmado: Gabriel Betteredge.

El siguiente paso del sargento fue preguntarme si había en la casa perros grandes que pudieran haber entrado en la habitación y estropeado la pintura con la cola. Al saber que tal cosa era imposible, mandó buscar una lente de aumento para comprobar qué aspecto tenía la mancha vista de esa manera. No se apreciaban en la pintura huellas de una mano humana. Según todos los indicios visibles, la mancha la había producido el roce de un vestido al pasar por allí. Lo cual significaba (tomando en consideración las declaraciones de Penelope y del señor Franklin) que alguien había entrado en la habitación y cometido el daño entre la medianoche y las tres de la madrugada del jueves.

Habiendo conducido su investigación hasta este punto, el sargento Cuff reparó en que el inspector Seegrave seguía con nosotros, y procedió a sintetizar los procedimientos en beneficio de su colega del siguiente modo:

—Esta menudencia a la que usted se refería, señor inspector —dijo el sargento, señalando la mancha en la puerta—, ha cobrado cierta relevancia desde que usted se fijó en ella por última vez. En el estado actual de la investigación podemos, a mi juicio, averiguar tres cosas a partir de esa mancha. En primer lugar, si alguna prenda de vestir de la casa tiene una mancha de pintura. En segundo lugar, a quién pertenece dicha prenda. En tercer lugar, cómo explica esa persona su presencia en esta habitación y la mancha entre la medianoche y las tres de la madrugada. Si esa persona no es capaz de ofrecer una explicación convincente, no necesitamos seguir buscando la mano que se ha llevado el diamante. Yo me ocuparé de esto personalmente, si no tiene usted ninguna objeción, y no le alejaré por más tiempo de sus obligaciones habituales en la ciudad. Veo que ha venido usted con uno de sus hombres. Déjelo a mi disposición, por si pudiera necesitarlo… y permítame que le desee buenos días.

El respeto que el inspector sentía por el sargento era grande, pero aún mayor era el que sentía por sí mismo. Viéndose golpeado por el famoso Cuff, devolvió el golpe con elegancia, haciendo uso de todo su ingenio, antes de abandonar la habitación.

—Me he abstenido de expresar ninguna opinión hasta el momento —dijo el inspector, con su voz de mando todavía en buena forma—. Sólo tengo una observación que formular antes de dejar este caso en sus manos. A veces, señor sargento, sucede que se hace una montaña de un grano de arena. Buenos días.

—También a veces sucede que no se hace nada de un grano de arena porque la cabeza está demasiado lejos para distinguirlo. —Y, tras devolver con estas palabras el cumplido a su colega, el sargento Cuff dio media vuelta y se acercó a la ventana.

El señor Franklin y yo esperamos a ver qué ocurría a continuación. El

sargento miraba por la ventana, con las manos en los bolsillos, silbando suavemente para sí la melodía de *La última rosa del verano*[3]. Más avanzadas las investigaciones descubrí que sólo se olvidaba de sus modales hasta el punto de ponerse a silbar cuando estaba profundamente concentrado en algún pensamiento, avanzando palmo a palmo en el camino que debía conducirlo hasta su meta última, y bien se veía que *La última rosa del verano* lo ayudaba a reflexionar y le infundía ánimos en tales ocasiones. Creo que por alguna razón esta melodía casaba bien con su carácter. Le recordaba, como se comprende, a sus queridas rosas, y silbada en sus labios no había melodía más melancólica.

Apartándose de la ventana, al cabo de uno o dos minutos, el sargento fue hasta el centro del *boudoir* y allí se detuvo, hondamente sumido en sus cavilaciones y con la vista fija en la puerta del dormitorio de la señorita Rachel. Poco después volvió en sí, asintió con la cabeza y se limitó a decir: « Con eso bastará» . Me preguntó entonces si podría conversar diez minutos con la señora, en el momento en que ella estimara más oportuno.

Mientras salía con este recado, oí que el señor Franklin le hacía una pregunta al sargento, y me detuve para escuchar la respuesta en el umbral de la puerta.

—¿Tiene ya alguna idea de quién ha robado el diamante? —inquirió el señor Franklin.

—*Nadie ha robado el diamante* —respondió el sargento Cuff.

Tan extraordinaria visión del caso nos llenó de perplejidad, y ambos le rogamos encarecidamente que nos explicara qué quería decir.

—¡Esperen un poco! —dijo—. Aún no hemos terminado de unir todas las piezas del rompecabezas.

CAPÍTULO XIII

Encontré a la señora en su gabinete. Se alarmó y pareció molesta cuando le dije que el sargento Cuff deseaba hablar con ella.

—¿Tengo que verlo necesariamente? —preguntó—. ¿No podría usted representarme, Gabriel?

No logré comprender sus palabras, y supongo que mi gesto dejó entrever mi confusión. Lady Verinder tuvo la bondad de explicarse.

—Me temo que tengo los nervios un poco alterados —dijo—. Hay algo en ese policía de Londres que no me agrada. Tengo el presentimiento de que ha traído consigo la desgracia a esta casa. Sé que es ridículo e impropio de mí… pero así es.

No supe qué responder. Cuánto más conocía al sargento, más me gustaba. Mi señora se tranquilizó un poco tras abrirme su corazón, pues era, como ya he señalado, una mujer de gran coraje.

—Si es preciso, lo veré —dijo—. Pero no me convence verlo a solas. Hágale venir, Gabriel, y quédese con nosotros.

Ésta fue la primera extravagancia que yo veía en ella desde que era una niña. Regresé al *boudoir*. El señor Franklin salió al jardín para reunirse con el señor Godfrey, cuya partida estaba próxima. El sargento y yo fuimos derechos al gabinete de lady Verinder.

¡Afirmo que mi señora palideció al verlo! Supo dominarse, sin embargo, en todo lo demás, y preguntó al sargento si tenía alguna objeción a que yo estuviera presente. Tuvo la gentileza de presentarme como su consejero de confianza, además del más anciano de sus servidores, y en todo lo que se refiriera a la casa no había persona a la que consultar más provechosamente. El sargento respondió amablemente que aceptaría mi presencia como un favor, pues tenía algo que decir en cuanto a la servidumbre en general, y ya había podido comprobar que mi experiencia era de cierta ayuda en ese sentido. La señora nos señaló dos sillas y sin más preámbulos comenzamos la conversación.

—Ya tengo una opinión formada sobre el caso —dijo el sargento Cuff—, si bien le ruego a la señora que me permita reservarme por el momento dicha opinión. Ahora me corresponde comunicarle lo que he averiguado en la sala de la señorita Verinder y lo que me propongo hacer a continuación, con el permiso de usted, señora.

Pasó a exponer la cuestión de la mancha en la pintura, así como las conclusiones a las que había llegado, tal como se las expusiera previamente al inspector Seegrave, sólo que en un lenguaje mucho más respetuoso.

—Una cosa es segura —dijo, a modo de resumen—. El diamante ha desaparecido de un cajón del secreter. Otra cosa es casi segura. Las marcas en la puerta las ha causado algún vestido que pertenece a alguien de esta casa. Antes de dar ningún otro paso, tenemos que encontrar ese vestido.

—¿Y ese descubrimiento implicaría el descubrimiento del ladrón? —preguntó mi señora.

—Disculpe, señora… Yo no he dicho que el diamante haya sido robado. Por el momento sólo digo que ha desaparecido. El vestido manchado puede llevarnos hasta su paradero.

La señora me miró.

—¿Usted lo entiende? —dijo.

—El sargento Cuff lo entiende, señora —respondí.

—¿Cómo se propone encontrar el vestido? —preguntó, dirigiéndose de nuevo al sargento—. Me avergüenza decir que mi buena servidumbre, que lleva muchos años conmigo, ya ha sufrido el registro de sus habitaciones y de sus pertenencias. ¡No puedo tolerar y no toleraré que se les insulte por segunda vez!

(¡He aquí una dama digna de ser bien servida! ¡Una mujer entre diez mil!)

—Precisamente de eso quería hablarle, señora —dijo el sargento—. Ese otro policía ha hecho mucho daño a esta investigación al dejar que los criados se sintieran bajo sospecha. Si se les diera un motivo para pensar que se sospecha de ellos por segunda vez, no hay forma de saber qué obstáculos podrían poner en el camino… especialmente las mujeres. Al mismo tiempo, es necesario registrar sus dependencias de nuevo, por la sencilla razón de que en el primer registro sólo se buscaba el diamante, mientras que en el segundo se buscará sólo el vestido manchado. Coincido plenamente con usted, señora, en que deben tenerse en cuenta los sentimientos de la servidumbre, pero estoy igualmente convencido de que habría que registrar sus guardarropas.

Aquello se parecía mucho a un atolladero. Así lo dijo mi señora, con palabras mucho más elegantes.

—Cuento con un plan para afrontar la dificultad —dijo el sargento—, si usted lo aprueba. Propongo exponer la situación a los criados.

—Las mujeres pensarán que se sospecha de ellas —interrumpí.

—No, señor Betteredge —respondió el sargento—, si les digo que voy a examinar los guardarropas de todo el que durmiera en la casa la noche del miércoles, empezando por el suyo, señora. Es una mera formalidad —añadió, mirando de soslayo a lady Verinder—. Los criados lo aceptarán, puesto que a sus superiores se les dará el mismo trato, y en lugar de obstaculizar la investigación tendrán por un honor el colaborar en ella.

Reconocí su punto de razón. Superada la sorpresa inicial, también mi señora lo reconoció.

—¿Está usted convencido de que ese registro es necesario? —preguntó.

—No veo otro camino más corto, señora, para alcanzar lo que nos proponemos.

Lady Verinder se levantó para tocar la campanilla con que llamaba a su doncella.

—Les hablará usted a los criados —dijo—, con las llaves de mi ropero en la mano.

El sargento la detuvo con una pregunta del todo inesperada.

—¿No deberíamos asegurarnos primero de que el resto de las damas y los caballeros de la casa también dan su consentimiento?

—La única otra dama de la casa es la señorita Verinder —respondió mi señora con aire sorprendido—. Los únicos caballeros son mis sobrinos: el señor Blake y el señor Ablewhite. No hay ninguna razón para temer una negativa de ninguno de los tres.

Le recordé entonces a mi señora que el señor Godfrey estaba a punto de marcharse. Mientras yo decía estas palabras, el propio caballero llamó a la puerta para despedirse, seguido del señor Franklin, que iba a acompañarlo a la estación. Lady Verinder les puso al corriente del asunto. El señor Godfrey reaccionó sin vacilación. Llamó a Samuel por la ventana para que subiera su baúl de viaje y él mismo depositó la llave en manos del sargento Cuff.

—El equipaje puede seguirme a Londres cuando la investigación haya concluido —dijo.

El sargento recibió la llave con la oportuna disculpa.

—Lamento molestarlo por una mera formalidad, señor, pero es necesario que los criados cuenten con el ejemplo de sus superiores para aceptar la investigación —dijo.

Tras despedirse de su tía de la manera más afectuosa, el señor Godfrey dejó un mensaje para la señorita Rachel, por cuyo contenido comprendí que no había aceptado un no por respuesta y que tenía intención de plantear nuevamente la cuestión del matrimonio en cuanto se le presentara la oportunidad. Mientras seguía a su primo, el señor Franklin le dijo al sargento que su ropa se encontraba a su entera disposición y que no guardaba bajo llave ninguna de sus pertenencias. El sargento Cuff le expresó todo su reconocimiento. Como puede observarse, el sargento había logrado que mi señora, el señor Godfrey y el señor Franklin aceptaran sin ningún reparo su idea. Ahora sólo restaba que la señorita Rachel siguiera su ejemplo antes de convocar a la servidumbre y comenzar la búsqueda de la prenda manchada de pintura.

El inexplicable desagrado que el sargento producía en mi señora hizo que la conversación se tornara para ella aún más incómoda al quedarnos nuevamente a solas con él.

—Cuando le haya enviado las llaves de la señorita Verinder, espero haber cumplido con lo que necesita de mí por el momento —dijo.

—Le ruego que me disculpe, señora —respondió el sargento Cuff—, pero antes de empezar, me gustaría consultar, si no tiene usted inconveniente, el libro de registro de la lavandería. La prenda manchada podría ser una pieza de ropa de hogar. Si la búsqueda no da ningún resultado, quisiera comprobar a continuación toda la ropa blanca de la casa, y toda la que se haya enviado a lavar. Si faltase alguna prenda, podríamos suponer que es la que tiene la mancha de pintura y que su propietario se deshizo de ella ayer u hoy mismo. El inspector Seegrave —añadió el sargento, volviéndose a mí— llamó la atención de las mujeres sobre la mancha cuando entraron en la habitación el jueves por la mañana. Ése, señor Betteredge, podría ser otro de los muchos errores que ha cometido.

La señora me pidió que tocara la campanilla para pedir el libro de la lavandería. Se quedó con nosotros hasta que lo trajeron, por si el sargento le solicitaba alguna otra cosa después de consultarlo.

Rosanna Spearman fue quien trajo el libro. Esa mañana la muchacha se presentó muy pálida y ojerosa a la hora del desayuno, aunque lo bastante recuperada de su dolencia del día anterior para cumplir con sus quehaceres como de costumbre. El sargento estudió atentamente el rostro de nuestra segunda doncella al entrar y su hombro deforme al salir.

—¿Tiene usted algo más que decirme? —preguntó lady Verinder, deseosa de abandonar la compañía del sargento.

El gran Cuff abrió el registro de la lavandería, lo comprendió perfectamente en cuestión de medio minuto y volvió a cerrarlo.

—Me atreveré a molestarla, señora, con una última pregunta —dijo—. Esa joven que ha traído el libro ¿lleva tanto tiempo a su servicio como los demás criados?

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber la señora.

—La última vez que la vi estaba en prisión por robo —respondió el sargento.

No hubo más remedio que contarle la verdad. Lady Verinder subrayó la buena conducta de Rosanna desde que entró en la casa, así como la excelente opinión que la directora del reformatorio tenía de ella.

—¿No sospechará de ella? —añadió a modo de conclusión, visiblemente preocupada.

—Ya le he dicho, señora, que por el momento no sospecho de nadie.

Tras esto, lady Verinder se levantó para subir a por las llaves de la señorita Rachel. El sargento se me adelantó para abrirle la puerta y hacerle una profunda reverencia. La señora se estremeció al pasar a su lado.

Esperamos un buen rato, pero las llaves no llegaban. El sargento no hizo ningún comentario. Volvió su melancólico semblante hacia la ventana, se metió en el bolsillo las manos larguiruchas y se puso a silbar para sí *La última rosa del verano*.

Por fin llegó Samuel, no con las llaves, sino con una nota para mí. Me puse los

lentes, con cierta torpeza y dificultad, consciente de cómo me observaba el detective con sus ojos tristes. La nota constaba de dos o tres líneas, escritas a lápiz por mi señora. Me explicaba que la señorita Rachel se negaba rotundamente a que se registrara su ropero. Al preguntarle por las razones de su negativa, se había echado a llorar. Al preguntarle de nuevo, había dicho: « No quiero porque no quiero. Cederé por la fuerza si me obligas, pero no cederé por otra razón» . Comprendí que la señora no quisiera comunicarle personalmente al sargento semejante respuesta de su hija. De no haber sido yo demasiado viejo para incurrir en la enternecedora debilidad de la juventud, creo que también me habría ruborizado ante la idea de tener que comunicárselo.

—¿Alguna noticia de las llaves de la señorita Verinder? —preguntó el sargento.

—La señorita se niega a que se registre su guardarropa.

—¡Ah! —fue su respuesta.

Su voz no denotaba un estado de disciplina tan perfecto como su rostro. Dijo este « ¡Ah!» en el tono de quien ha recibido la respuesta que esperaba. Su reacción me causó una mezcla de enfado y de temor… No sabría decir por qué, pero así fue.

—¿Tendremos que renunciar al registro? —pregunté.

—Sí, tendremos que renunciar al registro, puesto que la señorita se niega a colaborar como los demás. O se registran todos los roperos de la casa o no se registra ninguno. Envíe el baúl del señor Ablewhite a Londres con el próximo tren y devuelva el libro de la lavandería, con mi agradecimiento, a la joven que lo trajo.

Dejó el libro encima de la mesa, se sacó un cortaúñas del bolsillo y se puso a cortarse las uñas.

—No parece usted muy decepcionado —dije.

—No; no lo estoy —respondió el sargento Cuff.

Traté de que se explicara.

—¿Qué razón podría tener la señorita Rachel para obstaculizar la investigación? —inquirí—. ¿Por qué no desea ayudarlo?

—Espere un poco, señor Betteredge… espere un poco.

Inteligencias más capaces que la mía habrían comprendido el significado de esta respuesta. O una persona que no sintiera tanto cariño como yo por la señorita también la habría comprendido. El horror que el sargento parecía inspirar en lady Verinder podía significar (como he pensado desde entonces) que ella lo comprendía, como si lo viera oscuramente en un espejo. Yo seguía sin verlo por el momento… es cuanto puedo decir.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté.

El sargento terminó con la uña que lo tenía ocupado, la miró unos instantes con melancólico interés, y se guardó el cortaúñas.

—Salgamos al jardín y admiremos las rosas.

CAPÍTULO XIV

El camino más corto hasta la rosaleda desde el gabinete de lady Verinder era el sendero entre los arbustos que el lector ya conoce. Para que pueda comprenderse mejor lo que está por venir, agregaré que éste era el paseo favorito del señor Franklin. Cuando salía a los jardines y no se le encontraba en otra parte, era allí donde había que buscarlo.

Confieso que soy un viejo muy testarudo. Cuanto más se empeñaba el sargento Cuff en ocultar sus pensamientos, más me empeñaba yo en tratar de desentrañarlos. Cuando nos adentrábamos en el sendero, intenté abordarlo de otra manera.

—Tal como están las cosas —dije—, yo estaría desesperado si me hallara en su lugar.

—Si se hallara usted en mi lugar —respondió—, se habría formado ya una opinión, y, tal como están las cosas, cualquier duda que hubiera podido albergar previamente en relación con sus conclusiones ya estaría resuelta. No se preocupe por el momento de cuáles puedan ser esas conclusiones, señor Betteredge. No lo he traído al jardín para que me dé usted la lata. Lo he traído para que me proporcione cierta información. Lo mismo podría habérmela dado usted en la casa, desde luego, pero puertas y oídos tienen una habilidad especial para aliarse, y las personas de mi profesión cultivamos una saludable preferencia por el aire libre.

¿Quién podía sortear la resistencia de un hombre así? Me di por vencido y decidí esperar los acontecimientos con la mayor paciencia posible.

—No entraremos a analizar los motivos de la señorita Rachel —continuó el sargento—; sólo diremos que es una lástima que se niegue a colaborar, porque de ese modo entorpece la investigación innecesariamente. Trataremos de resolver por otras vías el misterio de la mancha en la puerta, pues créame si le digo que con eso también resolveremos el misterio del diamante. En lugar de registrar los roperos, he decidido interrogar a los criados para saber qué piensan y cómo actúan, señor Betteredge. Sin embargo, antes de empezar, quisiera hacerle un par de preguntas. Es usted un hombre observador. ¿Notó algo extraño en alguno de los criados (al margen, claro está, del alboroto y el miedo) después de que se conociera la desaparición del diamante? ¿Hubo alguna pelea entre ellos? ¿Detectó algún cambio en el comportamiento de alguno? ¿Algún arrebato inesperado, por ejemplo? ¿O alguna indisposición inesperada?

Tuve tiempo de recordar el repentino malestar de Rosanna Spearman el día anterior, pero no de responder al sargento, porque éste dirigió la mirada hacia los

arbustos, y le oí exclamar para sus adentros: « ¡Vaya!» .

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Un golpe de reúma en la espalda —dijo el sargento, alzando la voz, como si quisiera que un tercero nos oyera—. Pronto veremos que el tiempo cambia.

Unos pasos más nos condujeron hasta la esquina de la casa. Torcimos a la derecha, entramos en la terraza y descendimos por la escalera central hasta el jardín. El sargento se detuvo en aquel espacio abierto, desde donde se dominaba todo el perímetro de los jardines.

—En cuanto a esa joven, Rosanna Spearman… —dijo—. No parece muy probable que tenga novio, a juzgar por su físico. Sin embargo, por el bien de la muchacha, tengo que preguntarle si tiene algún amorío, pobrecilla, igual que las demás.

¿Qué narices se proponía, en tales circunstancias, haciéndome esa pregunta? En lugar de contestar, lo miré de hito en hito.

—He visto a Rosanna Spearman agazapada entre los arbustos al pasar —dijo.

—¿Cuando exclamó usted: « Vaya» ?

—Sí, en ese momento. Si algún joven la rondara, no tendría demasiada importancia que estuviera escondida. De no ser así, habida cuenta de la situación, su presencia en los arbustos sería una circunstancia sumamente sospechosa, y me vería en la dolorosa obligación de actuar en consecuencia.

¿Qué podía decir yo ante semejante aprieto? Sabía que aquél era el paseo favorito del señor Franklin; sabía que probablemente pasaría por allí a su regreso de la estación; sabía que Penelope había sorprendido reiteradamente a su compañera merodeando por esa zona de los jardines, pues, según ella, Rosanna se había propuesto llamar la atención del señor Franklin. Si mi hija se hallaba en lo cierto, era posible que estuviera agazapada a la espera del caballero cuando el sargento la detectó. Me vi en la incómoda disyuntiva de exponerle al detective la extravagante opinión de Penelope como si fuese mía, o de dejar a la pobre muchacha al albur de las consecuencias, de consecuencias muy graves, al despertar las sospechas del sargento Cuff. Por pura compasión —por pura compasión hacia la pobrecilla, debido a mi carácter— di las explicaciones pertinentes y le dije que Rosanna había tenido el desatino de encapricharse con el señor Franklin Blake.

El sargento nunca se reía. En las raras ocasiones en que algo le hacía gracia, se limitaba tan sólo a elevar un poco las comisuras de los labios. Así lo hizo en aquel momento.

—¿No habría sido mejor decir que ha tenido el desatino de ser una muchacha fea y nada más que una criada? —preguntó—. Que se haya enamorado de un caballero con el aspecto y los modales del señor Franklin no me parece a mí ni mucho menos lo más descabellado de su conducta. De todos modos, me alegro de haber podido aclarar este punto; siempre es un alivio aclarar las cosas. Lo

guardaré como un secreto, señor Betteredge. Me gusta ser sensible al sufrimiento humano, claro que, con la vida que llevo, no tengo muchas ocasiones de ejercitar esa virtud. ¿Cree usted que el señor Franklin Blake tiene alguna sospecha de las fantasías de la joven? ¡Ah, qué poco habría tardado en adivinarlo si ella fuera guapa! Las mujeres feas lo pasan muy mal en este mundo; confiemos en que reciban su recompensa en algún otro. Tienen ustedes un jardín muy bonito y un césped impecable. Compruebe usted mismo cómo las flores crecen mucho mejor rodeadas de hierba que de gravilla. No, gracias. No aceptaré una rosa. Me duele en el alma separarlas de su tallo. Tal como a usted le duele en el alma cuando algo va mal entre el servicio. ¿No observó nada en alguno de los criados que le llamase la atención cuando se tuvo noticia de la desaparición del diamante?

Me había llevado bastante bien con el sargento Cuff hasta entonces, pero la astucia con que deslizó esta última pregunta me puso en guardia. Hablando en plata, no me hacía ni pizca de gracia la idea de colaborar en la investigación cuando ésta se dirigía, como una serpiente entre la hierba, hacia mis compañeros.

—No observé nada, señor, salvo que todos perdimos la cabeza, yo mismo incluido.

—¿No puede decirme nada más?

Respondí, me halaga poder decirlo, con rostro imperturbable.

—Nada más.

El sargento me miró fijamente con sus ojos tristes.

—Señor Betteredge, ¿tiene usted algún inconveniente en hacerme el honor de estrecharme la mano? Siento una extraordinaria simpatía por usted.

(¡Por qué escogió precisamente el momento en que yo lo estaba engañando para ofrecerme aquella prueba de su aprecio es de todo punto incomprensible! Experimenté cierto orgullo, tengo que reconocer que así fue, por haber embaucado finalmente al célebre Cuff.)

Regresamos a la casa. El sargento solicitó que le proporcionara una habitación con el propósito de ir llamando a la servidumbre (sólo a los que trabajaban dentro de la residencia) uno por uno de acuerdo con su rango, desde el primero hasta el último.

Le dirigí a mi propia sala y convoqué a mis compañeros en la sala de servicio. Rosanna Spearman apareció con los demás. Era, a su manera, tan aguda como el sargento, y sospeché que había oído lo que éste dijo de los criados en general antes de que él la descubriese. El caso es que allí estaba, como si ignorara la existencia de los arbustos.

Los fui enviando a presencia del sargento uno por uno, según los deseos del detective. La cocinera fue la primera que compareció ante el tribunal, esto es, en mi sala de estar. No estuvo allí mucho tiempo. Su informe, a la salida: «El

sargento Cuff está desanimado, pero es un perfecto caballero» . Le siguió la doncella de lady Verinder. Estuvo mucho más tiempo. Su informe, a la salida: « ¡Si el sargento Cuff no es capaz de creer a una mujer respetable, al menos podría guardarse su opinión!» . A continuación entró Penelope. Volvió en unos momentos. Su informe a la salida: « El sargento Cuff es digno de lástima, padre. Debe de haber sufrido un desengaño amoroso cuando era joven» . Tras Penelope compareció la primera doncella. Tardó mucho en regresar, igual que la doncella de la señora. Su informe, a la salida: « ¡Yo no entré al servicio de la señora, señor Betteredge, para que un policía dudase de mí en mi propia cara!» . Entró entonces Rosanna Spearman. Fue la que más tiempo estuvo con el sargento. Ningún informe al regresar: silencio sepulcral y labios pálidos como la ceniza. Samuel, el lacayo, siguió a Rosanna. Volvió en cuestión de uno o dos minutos. Su informe, a la salida: « Quien le lustre las botas al sargento Cuff debería avergonzarse de sí mismo» . La última en entrar fue Nancy, la ayudante de cocina. Salió en poco más de un minuto. Su informe, a la salida: « El sargento Cuff tiene corazón, señor Betteredge; no se permite burlarse de una pobre muchacha trabajadora» .

Cuando todo hubo terminado, entré en la sala del tribunal y encontré al sargento como de costumbre, mirando por la ventana y silbando *La última rosa del verano*.

—¿Algún descubrimiento, señor? —pregunté.

—Si Rosanna Spearman le pide permiso para salir —dijo el sargento—, que salga, pero avíseme primero.

¡Más me habría valido no decir nada de Rosanna y del señor Franklin! Saltaba a la vista que la pobre infeliz había despertado las sospechas del sargento, por más que yo hubiese intentado evitarlo.

—¿No pensará usted que Rosanna tiene algo que ver en la desaparición del diamante? —me atreví a preguntar.

Las comisuras de los melancólicos labios del sargento se elevaron, y me miró intensamente, tal como me había mirado en el jardín.

—No creo que deba decírselo, señor Betteredge. Podría usted perder la cabeza por segunda vez —dijo.

Empecé a dudar de que hubiese logrado embaucar al famoso Cuff, después de todo. Fue un enorme alivio que en ese punto nos interrumpiera una llamada a la puerta y un recado de la cocinera. Rosanna Spearman solicitaba permiso para salir, por la razón de costumbre: le dolía la cabeza y necesitaba tomar un poco de aire fresco. A una señal del sargento dije que sí.

—¿Cuál es la puerta de servicio? —preguntó, cuando el mensajero se hubo retirado. Le indiqué dónde se encontraba—. Cierre con llave su habitación y, si alguien pregunta por mí, diga que estoy aquí, reflexionando. —Volvió a elevar las comisuras de los labios y desapareció.

Como era de esperar en tales circunstancias, una curiosidad irresistible me impulsó a emprender algunas pesquisas por mi cuenta.

No cabía duda de que algo que el sargento había descubierto en el curso del interrogatorio a los criados era la causa de sus sospechas sobre Rosanna. Ahora bien, las únicas criadas (con excepción de la propia Rosanna) que soportaron un interrogatorio más prolongado que los demás fueron la doncella de lady Verinder y la primera doncella, precisamente las mismas que desde el principio habían abanderado la persecución de su desdichada compañera. Tras haber llegado a esta conclusión, pasé por la sala de servicio como quien no quiere la cosa y, al ver que se estaba sirviendo el té, me invité al instante. (*Nota bene*: Una gota de té es para la lengua de una mujer lo que una gota de aceite para una lamparilla a punto de apagarse.)

Mi confianza en la tetera como aliada tuvo la consabida recompensa. En menos de media hora sabía tanto como el mismo sargento.

Al parecer, ni la doncella de mi señora ni la primera doncella se habían creído que Rosanna se sintiera indispuesta el día anterior. Estas dos brujas —pido disculpas al lector, pero ¿de qué otro modo se puede describir a un par de mujeres rencorosas?— habían subido de vez en cuando al piso de arriba a lo largo de la tarde del jueves; habían intentado entrar en el cuarto de Rosanna y lo habían encontrado cerrado con llave; habían llamado y no habían recibido respuesta; habían escuchado y no habían oído nada al otro lado. Cuando la muchacha bajó a tomar el té y volvieron a enviarla a la cama, porque seguía pachucha, las brujas trataron de abrir la puerta una vez más y una vez más la hallaron cerrada; miraron por el ojo de la cerradura, y comprobaron que estaba tapada; vieron luz por debajo de la puerta a medianoche y oyeron el crepitar del fuego (¡la chimenea encendida en el cuarto de una criada en el mes de junio!) a las cuatro de la madrugada. Todo esto le contaron al sargento Cuff, quien, en recompensa por su celo, las había mirado con aire agrio y receloso y les había dado a entender a las claras que no las creía a ninguna de las dos. De ahí el desfavorable informe del policía que ambas ofrecieron al salir del interrogatorio. De ahí también (sin tener en cuenta la influencia de la tetera) la prontitud con que soltaban la lengua sobre cualquier asunto relacionado con el trato descortés que habían recibido del sargento.

Puesto que había tenido ocasión de comprobar las tortuosas maneras del gran Cuff, y sabía que se proponía seguir a Rosanna cuando ésta salió a dar un paseo, comprendí que no quiso demostrar ante estas dos criadas la valiosa ayuda que le habían proporcionado. Eran de esas mujeres que se habrían sentido muy ufanas de haberles dado él a entender que creía en su testimonio, y muy capaces de hacer o decir algo que alertase a Rosanna Spearman.

Salí al jardín en la hermosa tarde estival, muy apenado por la pobre muchacha y muy preocupado por el giro que habían dado los acontecimientos.

Poco después, al dirigirme hacia los arbustos, me encontré con el señor Franklin. A su regreso de la estación, tras despedir a su primo, había tenido una conversación con lady Verinder. Ella le contó la inexplicable negativa de la señorita Rachel a que se registrara su ropero, y estaba tan abatido y preocupado por la señorita que casi no quería ni hablar del tema. Esa tarde, por primera vez en la vida, vi en su rostro un arranque del mal genio familiar.

—Dígame, Betteredge, ¿qué sensación le produce el ambiente de misterio y de sospecha en el que estamos inmersos? ¿Se acuerda de la mañana en que llegué aquí con la Piedra Lunar? ¡Ojalá la hubiéramos arrojado a las arenas movedizas!

Se abstuvo de decir nada más hasta que logró tranquilizarse. Caminamos juntos unos minutos, lado a lado, y entonces me preguntó qué había sido del sargento Cuff. No podía decirle que el detective estaba reflexionando en mi sala de estar. Le expliqué directamente lo sucedido esa mañana, haciendo mención especial de lo que la doncella de la señora y la primera doncella habían dicho de Rosanna Spearman.

El sagaz caballero comprendió en un abrir y cerrar de ojos las sospechas del sargento.

—¿No me dijo usted esta mañana que uno de los vendedores declaró haber visto a Rosanna ayer, camino de Frizinghall, cuando supuestamente estaba indispuesta en su habitación?

—Sí, señor.

—Si las doncellas han dicho la verdad, tenga por seguro que ese hombre la vio. Su indisposición era un pretexto para engañarnos. Tenía alguna razón inconfesable para ir a la ciudad en secreto. El vestido manchado de pintura es suyo, y el crepitar del fuego que se oyó en su cuarto a las cuatro de la mañana es el de la chimenea que encendió para destruirlo. Rosanna Spearman ha robado el diamante. Ahora mismo voy a ver a mi tía para explicarle el giro que han dado los acontecimientos.

—Tenga la bondad de no hacer eso todavía, señor —dijo una voz melancólica a nuestras espaldas.

Nos volvimos al unísono y nos encontramos frente a frente con el sargento Cuff.

—¿Por qué no todavía? —preguntó el señor Franklin.

—Porque, si se lo dice usted a la señora, señor, ella se lo dirá a la señorita Verinder.

—¿Y qué si lo hiciera? —inquirió el señor Franklin, con súbita vehemencia y ardor, como si el sargento lo hubiese ofendido en lo más hondo.

—¿Le parece prudente, señor, hacerme esa pregunta en este momento? —respondió muy tranquilo el sargento Cuff.

Hubo un silencio. El señor Franklin se acercó al policía. Se miraron fijamente

a la cara. El señor Franklin fue el primero en hablar, bajando la voz tan repentinamente como la había subido.

—Supongo que es usted consciente, señor Cuff, de que se está adentrando en un terreno muy delicado.

—No es la primera vez, en muchos cientos de ocasiones, que me veo en un terreno delicado —respondió el sargento, inconmovible como siempre.

—¿Debo entender entonces que me prohíbe usted comunicarle a mí tía lo ocurrido?

—Debe entender, señor, que abandonaré el caso si le dice a lady Verinder o a cualquier otra persona lo que ha ocurrido antes de que yo se lo autorice.

Con esto zanjó la cuestión. El señor Franklin no tuvo más remedio que rendirse. Se volvió muy enfadado y se marchó.

Yo los había escuchado, temblando de la cabeza a los pies, sin saber a qué atenerme o de quién sospechar. Sin embargo, veía dos cosas claras en medio de tanta confusión. La primera era que la señorita, por alguna razón inexplicable, era la causa última del áspero diálogo que habían cruzado. La segunda era que se entendían perfectamente el uno al otro, sin necesidad de intercambiar una sola explicación.

—Señor Betteredge —dijo el sargento—, ha cometido usted una gran tontería en mi ausencia. Se ha puesto a hacer de detective. Le agradeceré que en lo sucesivo se limite a emprender sus pesquisas exclusivamente en mi compañía.

Me tomó del brazo y me condujo por el mismo camino por el que había venido. Reconozco que me merecía esta reprimenda, pese a lo cual no estaba dispuesto a ayudarlo a tenderle trampas a Rosanna Spearman. Fuera o no la ladrona, fuera o no de fiar, lo mismo me daba: sentía mucha lástima de ella.

—¿Qué quiere usted de mí? —pregunté, zafándome de su brazo y parándome en seco.

—Sólo un poco de información sobre los alrededores —dijo.

No podía negarme a mejorar los conocimientos geográficos del sargento.

—¿Hay algún camino en esa dirección que llegue hasta el mar desde la casa? —quiso saber. Señaló, mientras hablaba, hacia el bosque de abetos que conducía a las Arenas Temblonas.

—Sí. Hay un camino.

—Indíqueme dónde.

Bajo el gris atardecer del verano, emprendimos la senda de las Arenas Temblonas.

CAPÍTULO XV

El sargento anduvo en silencio, concentrado en sus pensamientos, hasta que nos internamos entre los abetos. Allí pareció volver en sí, como si hubiera tomado una decisión, y reanudó la charla.

—Señor Betteredge —dijo—, puesto que me ha hecho usted el honor de aceptar un remo en mi barca, y como creo que podría serme de alguna ayuda antes de que la tarde haya concluido, no veo ninguna razón para que sigamos engañándonos el uno al otro. Le daré una muestra de franqueza por mi parte. Usted ha decidido no facilitarme ninguna información que pueda perjudicar a Rosanna Spearman, porque la muchacha siempre se ha portado bien con usted y porque le inspira mucha lástima. Tales consideraciones humanas sin duda le honran, pero en este caso son consideraciones sencillamente innecesarias. Rosanna Spearman no corre el menor peligro de verse en apuros… No, si consigo establecer su relación con la desaparición del diamante, sobre la base de unas pruebas que están bien a la vista de todos.

—¿Quiere usted decir que lady Verinder no querría denunciarla? —inquirí.

—Quiero decir que no podría denunciarla. Rosanna Spearman es un simple instrumento en manos de otra persona, y por el bien de esa otra persona no se le hará ningún daño.

Comprendí que hablaba en serio… No cabía la menor duda. Sin embargo, sentí un inquietante malestar hacia él.

—¿No puede darme el nombre de esa otra persona?

—¿No lo sabe usted, señor Betteredge?

—No.

El sargento Cuff se quedó tieso como una vara y me escrutó con melancólico interés.

—Me complace ser sensible al sufrimiento humano —dijo—. Y en este momento me estoy mostrando particularmente sensible. Y usted, por las mismas y excelentes razones, también se está mostrando particularmente sensible con Rosanna Spearman, ¿no es así? ¿Por casualidad sabe si recientemente se le ha dado un camisón nuevo?

Fui del todo incapaz de imaginar qué intención podía tener al hacerme semejante pregunta sin previo aviso. No viendo que el hecho de reconocer la verdad pudiera perjudicar a la muchacha, respondí que había llegado muy mal provista de ropa, de ahí que mi señora, en recompensa por su buena conducta (hice mucho hincapié en este punto), le hubiese dado un camisón nuevo hacía menos de dos semanas.

—Éste es un mundo muy miserable —dijo el sargento—. La vida humana, señor Betteredge, es una especie de diana a la que la desgracia apunta en todo momento, y jamás yerra en el blanco. No obstante, en lo que respecta a esa prenda, si hubiéramos encontrado un camisón o unas enaguas nuevas entre las pertenencias de Rosanna, con eso la habríamos cazado. ¿Me sigue usted sin dificultad? Usted mismo interrogó a la servidumbre y está al corriente de lo que dos de las criadas descubrieron al vigilar la habitación de Rosanna. Sin duda sabe qué estuvo haciendo ayer esa joven, después de sentirse indispuesta. ¿No lo adivina? ¡Amigo mío!, es tan claro como ese rayo de luz que vemos ahí, donde terminan los árboles. A las once de la mañana del jueves, el inspector Seegrave (que es un dechado de imperfecciones) alertó a toda la servidumbre sobre la mancha en la puerta. Rosanna tenía sus propios motivos para sentirse bajo sospecha; aprovechó la primera oportunidad de retirarse a su cuarto; encontró la mancha de pintura en su camisón o en sus enaguas o en lo que fuere; fingió que estaba enferma y salió a hurtadillas para ir a la ciudad en busca de los materiales necesarios para confeccionar un camisón o unas enaguas nuevas, cosa que hizo a solas, en su cuarto, durante la noche del jueves; encendió la chimenea (no para destruir la prenda; dos de sus compañeras estaban vigilando su puerta, y ella no es tan tonta para producir ese olor a quemado y un montón de cenizas de las que más tarde tendría que deshacerse), la encendió, como iba diciendo, para secar y planchar la prenda nueva después de haberla lavado; a continuación escondió la prenda manchada (probablemente la lleva puesta), y ahora mismo está intentando deshacerse de ella en algún lugar conveniente de esa playa solitaria. Esta tarde la he seguido hasta la aldea de los pescadores y hasta una casa en particular que quizá tengamos que visitar antes de nuestro regreso. Pasó algún tiempo en dicha casa y salió (así lo creo) ocultando algo bajo la capa. Una capa sobre los hombros de una mujer es un emblema muy compasivo: oculta multitud de pecados. Después de salir de la casa echó a andar por la costa hacia el norte. ¿Se tiene esta franja de costa por un buen ejemplo de paisaje marino, señor Betteredge?

—Sí —dije, lo más escuetamente posible.

—Los gustos difieren —repuso el sargento—. Yo diría que jamás he visto un paisaje marino menos admirable. Si por casualidad se está siguiendo a alguien por la costa, y si a ese alguien le da por volverse, no hay un solo rincón en el que ocultarse. Tuve que elegir entre poner a Rosanna bajo custodia, por sospechosa, o dejar que de momento continúe su juego. Por razones con las que no deseo molestarle, preferí hacer algún sacrificio antes de dar la alarma tan prematuramente sobre cierta persona que seguirá sin tener nombre entre nosotros. Regresé a la casa para pedirle a usted que me acompañara hasta el extremo norte de la playa por otro camino. La arena, en la medida en que conserva las huellas de las pisadas, es el mejor detective que conozco. Si no nos

encontramos con Rosanna Spearman, la arena nos dirá por dónde ha pasado, si es que la luz todavía tarda un poco en irse. Aquí está la arena. Permítame una sugerencia: ¿qué tal si cierra la boca y me deja ir en cabeza?

Si existe algo que en el vocabulario médico se conozca como *la fiebre del detective*, tal enfermedad se apoderó entonces de este humilde servidor. El sargento Cuff avanzó entre las dunas hasta la playa. Lo seguí, con el corazón en la boca, y esperé a cierta distancia para ver qué ocurría a continuación.

Resultó que me encontraba muy cerca del lugar donde había conversado con Rosanna Spearman cuando el señor Franklin nos sorprendió con su llegada de Londres. Mientras observaba al sargento, mis pensamientos vagaban a mi pesar hacia lo que hablamos aquel día Rosanna y yo. Confieso que casi llegué a sentir cómo la pobrecilla volvía a deslizar su mano en la mía y la apretaba suavemente para agradecerme la amabilidad con que le había hablado. Confieso que casi volví a oír su voz repitiéndome cómo la atraían las Arenas Temblonas en contra de su voluntad siempre que salía a dar un paseo, y casi volví a ver cómo se iluminaba su rostro, igual que se iluminó al posar sus ojos por primera vez en la figura del señor Franklin, cuando lo vio acercarse enérgicamente entre las dunas. Me sentía cada vez más abatido mientras pensaba en todas estas cosas, y la visión de la bahía solitaria, cuando miré a mi alrededor con intención de volver a la realidad, sólo sirvió para agravar mi desazón.

La última luz de la tarde empezaba a declinar, y una calma aterradora se cernía sobre aquel lugar desolado. La marea bañaba el banco de arena en la punta de la bahía sin hacer el menor ruido. Las aguas yacían perdidas y oscuras, sin una brizna de aire que las agitara. Feas manchas de lodo amarillento flotaban sobre la inmóvil superficie del mar. La espuma y el cieno emitían un tenue resplandor en algunas zonas donde la luz todavía las alcanzaba, entre los dos salientes de roca que se adentraban en el mar al norte y al sur. Se acercaba el momento del cambio de la marea, y, mientras aguardaba allí detenido, la faz amplia y pardusca de las arenas movedizas comenzó a temblar y a cubrirse de hoyuelos: era lo único que se movía en aquel desolado paraje.

Vi que el sargento se sobresaltaba al percatarse del temblor de la arena. Se quedó un rato mirándola, antes de dar media vuelta y regresar a mi lado.

—Un lugar traicionero, señor Betteredge —dijo—; y ni rastro de Rosanna Spearman en toda la playa, se mire donde se mire.

Descendimos juntos hasta la orilla y comprobé con mis propios ojos que nuestras huellas eran las únicas impresas en la arena.

—¿En qué dirección se encuentra la aldea de pescadores desde donde estamos ahora? —preguntó el sargento Cuff.

—Cobb's Hole —respondí (pues ése era el nombre de la aldea)— está justo al sur, muy cerca de aquí.

—Hace un rato vi a la muchacha caminando por la orilla hacia el norte desde

Cobb's Hole —dijo—. Eso significa que venía hacia aquí. ¿Está la aldea al otro lado de esa lengua de tierra? ¿Podemos llegar por la playa ahora que la marea está bajando?

Respondí que sí a ambas preguntas.

—Si me permite la sugerencia, tendremos que caminar a buen paso —dijo el sargento—. Quiero encontrar el lugar en el que se alejó de la costa antes de que oscurezca.

Habíamos recorrido un par de cientos de pasos en dirección a Cobb's Hole cuando el sargento, de buenas a primeras, se arrodilló en la arena, presa al parecer de un fervor religioso que lo impelía a rezar.

—Al final sí hay algo que decir en favor de este paisaje marino —señaló—. ¡Aquí hay unas huellas de mujer, señor Betteredge! Digamos que son de Rosanna Spearman mientras no hallemos alguna prueba irrefutable en sentido contrario. Huellas muy confusas, si se fija usted bien; yo diría que intencionadamente confusas. ¡Ah, esa pobre muchacha conoce tan bien como yo las cualidades detectoras de la arena! Pero ¿no cree que se ha dado demasiada prisa en borrar las huellas? Yo creo que sí. Aquí hay una que viene de Cobb's Hole y aquí hay otra que regresa. ¿No es ésa la punta del zapato dirigida a la orilla del agua? ¿Y no veo otras dos marcas de talón un poco más allá, también muy cerca de la orilla? No quisiera herir sus sentimientos, pero me temo que Rosanna es taimada. Todo indica que se proponía llegar hasta el lugar del que usted y yo venimos sin dejar una sola huella en la arena. ¿Podríamos decir que a partir de este punto avanzó por el agua hasta alcanzar ese saliente de roca que queda a nuestra espalda y regresó del mismo modo, saliendo de nuevo a la arena justo ahí, donde todavía se aprecian las marcas de los talones? Sí, eso diremos. Se corresponde con la idea de que llevaba algo escondido bajo la capa cuando salió de la casa. No se proponía destruirlo, pues, en tal caso, ¿qué necesidad habría tenido de tomar tantas precauciones para evitar que yo viese dónde terminaba su camino? Creo que la mejor hipótesis es que quería esconderlo. Tal vez si vamos a esa casa podamos averiguar qué era ese algo.

Mi ardor detectivesco se enfrió de repente ante esta propuesta.

—No me necesita —dije—. ¿En qué podría ayudarle mi presencia?

—Cuanto más lo conozco, señor Betteredge —respondió el sargento—, mayores virtudes descubro en usted. ¡La modestia, amigo mío! ¡Qué cosa tan infrecuente es la modestia en este mundo! ¡Y en cuánta cantidad posee usted tan infrecuente cualidad! Si voy solo a esa casa, la gente se quedará sin lengua a la primera pregunta que les haga. Si voy con usted, seré presentado por un vecino respetado, y la conversación fluirá sin dificultad. Así es como yo lo veo. ¿Cuál es su opinión?

Como no encontraba la respuesta ingeniosa y pronta que requería la situación, traté de ganar tiempo preguntándole a qué casa deseaba ir.

Al describirla el sargento la reconocí como la vivienda de un pescador llamado Yolland, que vivía con su mujer y sus dos hijos ya crecidos, un muchacho y una muchacha. Si hace el lector memoria, recordará que, en el momento de presentar a Rosanna Spearman, señalé que a veces cambiaba su paseo a las Arenas Temblonas por la visita a unos amigos en Cobb's Hole. Dichos amigos eran los Yolland: gente honrada, respetable y muy apreciada en la vecindad. Rosanna los había conocido a través de la hija, que tenía un pie deforme, y a quien por estos pagos se conocía como Lucy la Coja. Digo yo que por esta razón quizá surgió entre ambas un sentimiento de compañerismo. El caso es que los Yolland y Rosanna parecían llevarse estupendamente en las infrecuentes oportunidades que tenían de verse. El hecho de que el sargento Cuff hubiera seguido a la joven hasta aquella casa daba un cariz enteramente distinto a mi colaboración en las pesquisas. Ese día Rosanna no había hecho más que ir a donde tenía por costumbre, y que hubiera estado en compañía del pescador y su familia servía para demostrar que, al menos en esta ocasión, su ocupación había sido inocente. Así las cosas, podría prestarle un servicio a la muchacha, en lugar de perjudicarla, si me dejaba convencer por la lógica del sargento. Por consiguiente, me mostré convencido.

Siguiendo las huellas en la arena, echamos a andar en dirección a Cobb's Hole hasta que la luz se extinguió por completo.

Al llegar a la casa resultó que el pescador y su hijo habían salido a faenar, y Lucy la Coja, siempre cansada y débil, estaba descansando en su cuarto. La buena señora Yolland nos recibió en la cocina. Cuando supo que el sargento Cuff era un personaje muy famoso en Londres, dejó en la mesa una botella de ginebra holandesa y un par de pipas limpias, y se puso a mirarlo como si no fuera a cansarse nunca.

Yo me senté tranquilamente en un rincón, a la espera de ver cómo se las ingeniaba el sargento para poner sobre el tapete el caso de Rosanna Spearman. Esta vez se sirvió de más circunloquios que nunca para plantear la cuestión. Ni supe entonces cómo lo consiguió, ni lo sé ahora. Lo cierto es que empezó hablando de la familia real, los metodistas primitivos y el precio del pescado, y de ahí (a su manera taciturna y tortuosa) pasó a la desaparición de la Piedra Lunar, la maldad de nuestra primera doncella y la dureza con que en general trataban las criadas a Rosanna Spearman. Habiendo llegado así al asunto que le interesaba, explicó que estaba investigando la desaparición del diamante, en parte con la intención de encontrarlo y en parte con el propósito de librar a Rosanna de las injustas sospechas de sus enemigos en la casa. En el lapso de un cuarto de hora desde que entráramos en la cocina, la buena señora Yolland estaba ya convencida de que conversaba con el mejor amigo de Rosanna y animaba al sargento Cuff a reconfortar su estómago y restablecer su espíritu con la botella de ginebra holandesa.

Con la seguridad de que el sargento estaba gastando saliva en balde con la señora Yolland, disfruté plácidamente de su conversación, lo mismo que en otros tiempos disfrutaba de una obra de teatro. El gran Cuff hizo gala de una paciencia prodigiosa: probó fortuna sin desfallecer con una cosa y la otra, disparando bala tras bala al azar, por así decir, con la esperanza de que alguna acertase en el blanco. Todo fue para bien de Rosanna, nada en su perjuicio: así es como concluyó la reunión, por más que se esforzó el sargento, mientras la señora Yolland hablaba por los codos y depositaba en él toda su confianza. El policía hizo un último intento después de que miráramos el reloj y nos pusiéramos en pie para partir.

—Le deseo buenas noches, señora —dijo entonces—. Sólo quiero que sepa, antes de irme, que Rosanna Spearman tiene un sincero benefactor en este obediente servidor de usted. Pero ¡vaya por Dios!, nunca le irá bien en esa casa, y mi consejo es que se marche.

—¡Bendito sea usted! —exclamó la señora Yolland—. ¡Se va a marchar! (*Nota bene*: Traduzco aquí las palabras de la señora Yolland del dialecto de Yorkshire al inglés. Si les digo que un hombre tan capaz como Cuff tenía a veces dificultades para entenderla sin mi ayuda, podrán sacar sus propias conclusiones e imaginar cuánta confusión les causaría si transcribiera la conversación en su lengua natal.)

¡Rosanna Spearman iba a dejarnos! Agucé el oído al saberlo. Era cuando menos extraño que no nos hubiese dicho nada a la señora o a mí. Tuve la duda cierta de si el último disparo al azar del sargento Cuff no habría dado en el blanco. Empecé a preguntarme si mi participación en las pesquisas era tan inofensiva como me figuraba. Quizá el sargento tuviera la misión de empañar el buen nombre de una mujer honrada envolviéndola en una red de mentiras, pero yo, como buen protestante, tenía la obligación de recordar que el diablo es el padre de todas las mentiras, y que el diablo y la desgracia suelen ir siempre juntos. Empezando a barruntar la desgracia, traté de llevarme al sargento, pero él volvió a sentarse y pidió un poquito más de reconstituyente holandés. La señora Yolland tomó asiento frente a él y le sirvió un traguito. Yo me acerqué a la puerta, sumamente incómodo, y les dije que iba siendo hora de desearles buenas noches… pero no llegué a salir.

—¿Dice que tiene intención de marcharse? —preguntó el sargento—. ¿Y qué piensa hacer después? ¡Una pena, una pena! La pobre muchacha no tiene más amigos que usted o yo en este mundo.

—¡No, sí que los tiene! —aseguró la señora Yolland—. Como le he dicho, estuvo aquí esta tarde, y, después de hablar con mi Lucy y conmigo, nos pidió subir a solas al cuarto de Lucy. Es el único cuarto de la casa donde hay papel y pluma. «Quiero escribir una carta a un amigo —dijo—. Y en casa no puedo, porque los criados siempre están curioseando y husmeando.» A quién le escribió

esa carta no le puedo decir: debió de ser mortalmente larga, por el tiempo que estuvo arriba escribiendo. Cuando ya se marchaba le ofrecí un sello postal. No llevaba la carta en la mano y tampoco aceptó el sello. Es un poco reservada para sus cosas la pobrecilla, como ya sabe usted. Pero que tiene un amigo en alguna parte, eso sí se lo puedo decir, y tenga por seguro que a ese amigo acudirá.

—¿Pronto? —preguntó el sargento.

—Tan pronto como le sea posible —dijo la señora Yolland.

Me acerqué entonces desde el umbral de la puerta. Como jefe de la servidumbre, no podía permitir que se hablara en mi presencia con tanta indiscreción de si una de nuestras criadas iba o no iba a dejar la casa sin darme por enterado.

—Debe de estar usted equivocada en cuanto a Rosanna Spearman —dije—. Si tuviera la intención de dejar su empleo, me lo habría comunicado a mí en primer lugar.

—¿Equivocada? —se extrañó la señora Yolland—. Pues hace solo una hora que trajo algunas cosas que necesitaba para el viaje… como se lo digo, señor Betteredge; las dejó en esta misma habitación. Y eso me recuerda —dijo la tediosa mujer, llevándose de pronto una mano al bolsillo— algo que tengo que decir de Rosanna y su dinero. ¿Alguno de ustedes la verá cuando vuelvan a la casa?

—Con sumo gusto le haré llegar cualquier recado a esa pobre muchacha —se ofreció el sargento, sin darme tiempo a decir palabra.

La señora Yolland se sacó del bolsillo unos chelines y algunas monedas de seis peniques, los contó con meticulosa y exasperante parsimonia en la palma de la mano y se los entregó al sargento, dejando traslucir en su expresión lo mucho que sentía desprenderse de ellos.

—¿Me haría el favor de devolverle esto a Rosanna, con mi cariño y mis respetos? —dijo la mujer—. Insistió en pagarme por unas cosillas que se le antojaron esta tarde… y el dinero es siempre bien recibido en esta casa, eso no lo niego. Pero no me quedo tranquila si acepto los pocos ahorros de esa pobre muchacha. Y, si le digo la verdad, no creo que a mi marido, cuando vuelva mañana de faenar, le guste saber que he aceptado su dinero. Por favor, dígale que puede quedarse con las cosas que me compró esta tarde… como un regalo de todo corazón. Y no deje el dinero encima de la mesa —añadió, empujándolo bruscamente hacia el sargento, como si le quemara los dedos—. ¡Sea usted bueno! Corren malos tiempos, y la carne es débil, y podría sentir la tentación de volver a guardármelo en el bolsillo.

—¡Vamos! —dije—. No puedo esperar más. Tengo que volver a casa.

—Lo alcanzaré en seguida —dijo el sargento Cuff.

Por segunda vez me dirigí a la puerta y por segunda vez, por más que lo quisiera, no pude trasponer el umbral.

—Devolverle ese dinero, señora, es un asunto delicado —le oí decir al sargento—. Seguro que le cobró muy poco por esas cosas.

—¡Poco! —exclamó la señora Yolland—. Júzguelo usted mismo.

Cogió la vela y se llevó al sargento a un rincón de la cocina. Por nada del mundo pude resistirme a seguirlos. En el rincón había un montón de menudencias (en su mayoría de metal viejo) que el pescador había rescatado de barcos naufragados y para las que aún no había encontrado mercado.

La señora Yolland se puso a rebuscar en el montón y sacó un cilindro de estaño, de imitación japonesa, con su correspondiente tapa y su argolla para colgarlo, uno de esos estuches que se usan en los barcos para proteger de la humedad las cartas náuticas y otras cosas por el estilo.

—¡Aquí está! —dijo—. Cuando Rosanna estuvo aquí esta tarde lo compró para su amigo. «Me servirá para guardar los puños y los cuellos en el baúl sin que se arruguen», eso dijo. Un chelín y nueve peniques, señor Cuff. ¡Como que vivo de pan le aseguro que no le saqué ni medio penique más!

—¡Regalado! —dijo el sargento, lanzando un hondo suspiro.

Sopesó el estuche levantándolo con la mano. Me pareció oír, mientras lo observaba, un par de notas de *La última rosa del verano*. ¡No cabía la menor duda! ¡Acababa de realizar otro descubrimiento perjudicial para Rosanna Spearman precisamente allí donde yo esperaba que el buen nombre de la muchacha se hallase a salvo, y todo con mi ayuda! Me arrepentí de haber presentado a la señora Yolland y al sargento Cuff.

—Con eso es suficiente —dije—. Tenemos que irnos.

Sin prestarme la más mínima atención, la señora Yolland volvió a sumergir la mano entre los cachivaches y esta vez pescó una cadena de perro.

—Fíjese lo que pesa, señor. Tenemos tres como ésta, y Rosanna se ha llevado dos. Yo le dije: «¿Para qué puedes necesitar unas cadenas de perro, hija?». Y me dijo: «Si las uno me quedarán muy bonitas para atar el baúl». «La cuerda es lo más barato», le dije yo. «Las cadenas son más seguras», dijo ella. «¿Dónde se ha visto un baúl atado con cadenas?», le dije. «¡Ay, señora, no me ponga usted tantas pegas y déjeme llevarme esas cadenas!», me dijo. Una chica extraña, señor Cuff… tan buena como el oro, y cariñosa como una hermana con mi Lucy, pero siempre un poco extraña. Y, claro, yo le seguí la corriente. Tres chelines y seis peniques. ¡Palabra de honor, sargento Cuff, que fueron tres chelines y seis peniques!

—¿Por cada una?

—¡Por las dos! Tres chelines y seis peniques por las dos.

—Regalado, señora —repitió el sargento sacudiendo la cabeza—. ¡Totalmente regalado!

—Tenga el dinero —dijo la señora Yolland, acercándose de lado a la mesa para tomar las monedas, como si la atrajeran irresistiblemente por más que

tratara de evitarlo—. Sólo se llevó esa lata y esas cadenas. Un chelín y nueve peniques, y tres chelines y seis peniques: total cinco chelines y tres peniques. Con mi cariño y mis respetos… No puedo cargar sobre mi conciencia con los ahorros de una pobre muchacha, con la falta que puede hacerle ese dinero…

—Y yo no puedo cargar sobre mi conciencia con el hecho de devolvérselo, señora —dijo el sargento—. Ya le ha regalado usted esas cosas… Se las ha regalado.

—¿Es ésa su sincera opinión, señor? —inquirió la señora Yolland, iluminándose su rostro.

—No me cabe la menor duda —respondió él—. Pregúntele al señor Betteredge.

De nada sirvió preguntarme. Lo único que sacaron de mí fue un « Buenas noches» .

—¡Maldito dinero! —exclamó la señora Yolland. Y, con estas palabras, pareció perder todo dominio de sí, echó mano del montón de monedas y se lo guardó en el bolsillo como por arte de magia—. ¡Se pone una mala de verlo ahí sin que nadie se lo lleve! —profirió la insensata mujer, dejándose caer en la silla y mirando al sargento como si le dijera: « Ya vuelve a estar en mi bolsillo… ¡quítemelo si puede!» .

Esta vez no sólo llegué hasta la puerta, sino que salí directamente al camino. Explíquenselo como puedan, pero lo cierto es que me sentí ofendido en lo más hondo, por uno de ellos o por los dos. Antes de que pudiese dar tres pasos por la aldea, el sargento ya estaba detrás de mí.

—Gracias por su presentación, señor Betteredge. Estoy en deuda con esa mujer; me ha causado una impresión totalmente desconocida. La señora Yolland ha conseguido desconcertarme.

Tenía en la punta de la lengua una réplica cortante, por la sencilla razón de que estaba enfadado con él, porque estaba enfadado conmigo mismo, pero al ver que el sargento reconocía su desconcierto, una reconfortante duda cruzó mis pensamientos y no supe si, a la postre, el daño sería en verdad grave. Opté por guardar un prudente silencio, a la espera de saber más.

—Sí —dijo el sargento, como si me leyera el pensamiento en la oscuridad—. En lugar de haberme puesto sobre la pista, señor Betteredge, tal vez le consuele saber (por su interés en Rosanna) que me ha despistado por completo. Está muy claro lo que ha hecho la muchacha esta noche. Ha unido las dos cadenas y las ha sujetado por un extremo a la argolla del estuche. Ha hundido el estuche en el agua o en las arenas movedizas. Ha asegurado el otro extremo de la cadena en algún lugar bajo las rocas que sólo ella conoce. Y se propone dejar allí el estuche hasta que esta investigación haya concluido, momento en el cual podrá sacarlo de su escondite cuando mejor le parezca. Hasta aquí un plan perfecto. Sin embargo —dijo, denotando por primera vez su impaciencia—, el misterio es

¿qué demonios ha escondido en ese estuche?

Pensé: « ¡La Piedra Lunar!» ; pero al sargento Cuff sólo le dije:

—¿No lo adivina?

—No es el diamante —respondió—. La experiencia de toda mi vida habría fallado si Rosanna Spearman se ha llevado el diamante.

Al oír estas palabras, creo que la infernal fiebre detectivesca volvió a apoderarse de mí. El caso es que me olvidé de todo para centrarme en la solución de este nuevo enigma.

—¡El vestido manchado! —solté precipitadamente.

El sargento Cuff se paró en seco y me puso una mano en el brazo.

—¿Algo que se haya arrojado a esas arenas movedizas ha vuelto a emerger a la superficie alguna vez? —preguntó.

—Nunca. Lo mismo da que sea liviano como que sea pesado: lo que entra en las Arenas Temblonas, el lodo se lo traga y no vuelve a verse jamás.

—¿Sabe esto Rosanna Spearman?

—Lo sabe tan bien como yo.

—En ese caso, le ha bastado con atar una piedra al vestido manchado y arrojarlo a las arenas. No hay ni una sola razón para que lo haya escondido… y sin embargo tiene que haberlo escondido. La cuestión —añadió, reanudando la marcha— es si la prenda manchada es un vestido o un camisón. ¿O se trata de alguna otra cosa que por alguna razón desea conservar a toda costa? Señor Betteredge, si nada lo impide, mañana debo ir sin falta a Frizinghall para averiguar qué compró en la ciudad cuando fue en secreto a por los materiales necesarios para confeccionar una nueva prenda. Es arriesgado que me ausente de la casa tal como están las cosas… pero más arriesgado es avanzar un paso más a ciegas. Disculpe si estoy un poco alterado. Me siento rebajado en mi propia estima… He permitido que Rosanna Spearman me confunda.

Cuando llegamos, los criados estaban cenando. La primera persona a la que vimos en el patio fue el policía a quien el inspector Seegrave había dejado a disposición del sargento. El sargento le preguntó si Rosanna Spearman había regresado. Sí. ¿Cuándo? Hacía casi una hora. Sin ver la entrada en la oscuridad, el sargento siguió andando (pese a mis advertencias) hasta que se encontró con una portezuela que daba al jardín. Cuando le di alcance para indicarle el camino, estaba mirando con mucha atención una ventana determinada de la fachada trasera del piso donde se encontraban los dormitorios.

Al mirar en la misma dirección, comprobé que el objeto de su contemplación era el dormitorio de la señorita Rachel, donde se veía un ir y venir de velas, como si algo extraño estuviera ocurriendo.

—¿Es ése el dormitorio de la señorita Verinder? —preguntó.

Respondí que lo era y lo invité a entrar conmigo para cenar. El sargento no se movió del sitio y dijo algo así como que le agradaba el olor del jardín en la

noche. Lo dejé disfrutando de aquel aroma. Cuando estaba a punto de entrar por la puerta oí *La última rosa del verano* junto a la portezuela. ¡El sargento acababa de realizar otro descubrimiento! ¡Y esta vez tenía que ver con la ventana de la señorita!

Esta última reflexión me hizo regresar con él, con la cortés insinuación de que por nada del mundo podía dejarlo solo.

—¿Sucede ahí algo que no comprenda? —añadí, señalando la ventana de la señorita Rachel.

A juzgar por el tono de su voz, el sargento Cuff volvía a ocupar el lugar que le correspondía en su propia estima.

—Aquí en Yorkshire son ustedes muy dados a las apuestas, ¿no es así? —preguntó.

—¿Y si lo fuéramos?

—Si yo fuera de aquí —continuó el sargento, tomándome del brazo—, le apostaría hasta un soberano, señor Betteredge, a que su señorita ha decidido abandonar la casa repentinamente. Y, aunque no llegase a hacerlo, le apostaría otro soberano a que esta idea se le ha pasado por la cabeza en la última hora.

La primera suposición del sargento me alarmó. La segunda se mezcló en mi cabeza con el informe del policía, según el cual Rosanna Spearman había regresado en la última hora. Ambas cosas me produjeron un curioso efecto mientras entrábamos a cenar. Me liberé con brusquedad del brazo del sargento y, olvidando por completo mis modales, le tomé la delantera para hacer mis propias averiguaciones.

Samuel, el lacayo, fue la primera persona con la que me crucé en el pasillo.

—La señora los espera a usted y al sargento Cuff —dijo, sin darme tiempo a preguntarle nada.

—¿Cuánto lleva esperando? —preguntó el sargento a mis espaldas.

—Una hora, señor.

¡Otra vez lo mismo! Rosanna había vuelto; la señorita Rachel había tomado una decisión fuera de lo común; y mi señora estaba esperando al sargento… ¡todo en la última hora! No era nada grato ver cómo personas y asuntos tan distintos se entrelazaban de esta manera. Subí las escaleras sin mirar al sargento ni dirigirle la palabra. Un ligero temblor se apoderó de mi mano cuando la levanté para llamar a la puerta de mi señora.

—No me sorprendería —me susurró el sargento por encima del hombro— que esta noche estallara un escándalo en la casa. ¡No se alarme usted! En peores situaciones familiares he tenido que meter el hocico.

Mientras decía estas palabras, oí la voz de mi señora, invitándonos a entrar.

CAPÍTULO XVI

Encontramos a la dama sin más luz en la estancia que la de la lamparilla de lectura. La oscuridad parecía cernirse sobre ella hasta el punto de ensombrecerle el rostro. En lugar de mirarnos con su franqueza habitual, se quedó donde estaba sentada, muy pegada a la mesa, con los ojos clavados en un libro abierto.

—¿Es importante para la investigación en curso, señor oficial, saber con antelación si alguna persona se propone dejar la casa? —preguntó.

—Muy importante, señora.

—En ese caso debo comunicarle que la señorita Verinder tiene intención de pasar unos días en Frizinghall con su tía, la señora Ablewhite. Lo ha dispuesto todo para dejarnos mañana a primera hora.

El sargento me miró. Yo avancé un paso para hablar con mi señora… y, sintiendo que me faltaba el ánimo (tengo que reconocerlo), volví a retroceder sin decir nada.

—¿Puedo preguntarle, señora, cuándo le informó la señorita Verinder de la intención de marcharse con su tía? —dijo el sargento.

—Hace cosa de una hora —respondió lady Verinder.

El sargento volvió a mirarme. Dicen que el corazón de un anciano no se conmueve fácilmente. ¡El mío no habría saltado con más fuerza de la que saltó en ese instante de haber tenido yo veinticinco años!

—No tengo ningún derecho, señora, a interferir en las decisiones de la señorita Verinder —dijo el sargento—. Lo único que puedo hacer es pedirle que aplace su partida, si es posible, hasta más avanzado el día. También yo he de ir a Frizinghall mañana por la mañana… y estaré de vuelta a las dos, si no antes. Si la señorita Verinder puede aguardar hasta entonces, desearía poder decirle dos palabras, inesperadamente, antes de que se marche.

La señora me indicó que ordenase al cochero que el carruaje no viniera a recoger a la señorita Rachel antes de las dos.

—¿Desea decirme alguna cosa más? —le preguntó al sargento una vez resuelta esta cuestión.

—Sólo una, señora. Si a la señorita Verinder le sorprendiera este cambio de planes, le ruego que no diga que he sido yo la causa de que se haya pospuesto su partida.

Mi señora levantó bruscamente la cabeza del libro, como si fuera a decir algo, pero se dominó con gran esfuerzo y volvió a fijar la vista en la página abierta, indicándonos con la mano que podíamos retirarnos.

—Es una mujer asombrosa —dijo el sargento cuando salimos al pasillo—. Sin

embargo, por el bien de su propia capacidad de dominio, el misterio que lo tiene a usted tan confundido, señor Betteredge, debería resolverse esta misma noche.

Al oír estas palabras, mi cabeza de viejo estúpido dio por fin con la verdad. Supongo que en ese momento no estaba en mis cabales. Sujeté al sargento por la solapa y lo empujé contra la pared.

—¡Maldito sea! —le grité—. Algo pasa con la señorita Rachel… ¡y usted me lo ha estado ocultando todo este tiempo!

El sargento, pegado a la pared, me miró sin levantar la mano ni mover un solo músculo de su rostro melancólico.

—Ah, por fin se ha dado cuenta —dijo.

Le solté la solapa y hundí la cabeza en el pecho. Téngase en cuenta, si es que hubiera alguna justificación para semejante estallido, que yo llevaba cincuenta años al servicio de la familia. La señorita Rachel se había subido a mis rodillas y me había tirado del bigote en muchas ocasiones cuando era una niña. Pese a todos sus defectos, había sido para mí la más linda y encantadora señorita a la que un anciano criado hubiese podido servir y amar. Le presenté mis disculpas al sargento Cuff, aunque me temo que lo hice con los ojos llenos de lágrimas y no precisamente de la mejor manera.

—No se apene, señor Betteredge —dijo, con más amabilidad de la que yo tenía ningún derecho a esperar de él—. Un hombre de mi profesión que se apresura a sentirse ofendido no es digno de desempeñar su oficio. Vuelva a sujetarme de la solapa si eso le sirve de consuelo. No tiene usted la más mínima idea de cómo se hace, pero pasaré por alto su torpeza en atención a sus sentimientos.

Elevó las comisuras de los labios y, a su triste manera, pensó que acababa de soltar una buena chanza.

Le conduje a mi salita de estar y cerré la puerta.

—Dígame la verdad, sargento. ¿Qué sospecha usted? No me hace ya ningún favor ocultándomelo.

—No sospecho —dijo el sargento—. Sé.

Mi mal genio empezaba a ganarme la partida una vez más.

—¿Me está diciendo, lisa y llanamente, que la señorita Rachel ha robado su propio diamante? —inquirí.

—Sí —respondió el sargento—. Eso es lo que intento decirle, con esas mismas palabras. La señorita Verinder ha escondido el diamante en secreto desde el principio; se ha confiado a Rosanna Spearman, calculando que sospecharíamos de ella. Ésa es la totalidad del caso en pocas palabras. Vuelva a zarandearme, señor Betteredge. Si eso le desahoga, vuelva a zarandearme.

¡Dios me ampare! No sería aquélla la manera de desahogar mis sentimientos.

—¡Expóngame sus razones! —fue cuanto pude decir.

—Las sabrá mañana mismo. Si la señorita Verinder se niega a posponer la visita a su tía (y tenga por seguro que lo hará), me veré en la obligación de exponerle los hechos a su madre. Y, como no alcanzo a imaginar lo que pueda ocurrir, le pediré que esté usted presente y escuche lo que dicen ambas partes. Dejemos que pase esta noche. No, señor Betteredge, no me sacará usted ni una palabra más sobre la Piedra Lunar. Su mesa está dispuesta para la cena. Ésta es una de las muchas debilidades humanas que trato siempre con cariño. Si toca usted la campanilla, yo daré las gracias «por los alimentos que vamos a recibir».

—Le deseo buen apetito, sargento. A mí se me ha quitado por completo. Yo mismo le serviré la cena, y después le rogaré que me disculpe si me retiro con el fin de tranquilizarme un poco.

Le serví lo mejor de todo… y no habría lamentado que se atragantara. El jefe de jardineros, el señor Begbie, entró en ese momento a presentarme su informe semanal. El sargento cazó al vuelo la ocasión de plantear la cuestión de las rosas y los méritos respectivos de los senderos de césped y los senderos de grava. Los dejé a los dos juntos y me retiré muy atribulado. Fue la primera vez que yo recuerde, en muchos años, en que mis preocupaciones no iban a disiparse con el olorcillo del tabaco, ni a resolverse siquiera con *Robinson Crusoe*.

Inquieto y abatido como estaba, y sin una habitación a la que retirarme, salí a pasear por la terraza para reflexionar en paz y quietud. No importa demasiado cuáles fueron mis pensamientos. Me sentía terriblemente viejo, cansado e incapaz de desempeñar mis funciones y, por primera vez en mi vida, empecé a preguntarme cuándo me haría Dios el favor de llevarme de este mundo. Con todo y con eso, no perdí la confianza en la señorita Rachel. Aun cuando el sargento Cuff hubiese sido el mismísimo Salomón en toda su gloria y me hubiese dicho que mi señorita estaba envuelta en una trama mezquina, yo no habría tenido más que una respuesta para Salomón, por grande que fuera su sabiduría: «Usted no la conoce; yo sí».

La llegada de Samuel interrumpió mis cavilaciones. Me traía una nota de mi señora.

Cuando entraba en la casa en busca de una luz para poder leerla, Samuel dijo que parecía que el tiempo iba a cambiar. Mis tribulaciones no me habían permitido reparar en ello, pero este comentario despertó mi atención, y oí entonces a los perros nerviosos y el leve gemido del viento. Dirigí la vista al cielo y vi que las masas de nubes eran cada vez más negras y surcaban con creciente velocidad la acuosa faz de la luna. Se avecinaba una borrasca: Samuel estaba en lo cierto. Se avecinaba una borrasca.

La señora me comunicaba que el magistrado de Frizinghall había escrito para exponerle la situación de los hindúes. Habría que excarcelarlos los primeros días de la semana siguiente, y quedarían libres para obrar a su capricho. Si teníamos

más preguntas que hacerles, no había tiempo que perder. Puesto que se le había olvidado mencionarlo cuando vio al sargento por última vez, la señora me pedía que subsanara la omisión. Yo me había olvidado por completo de los hindúes (como a buen seguro se han olvidado también ustedes). No veía la utilidad de remover el asunto, no obstante lo cual obedecí sus órdenes de inmediato.

Encontré al sargento Cuff y al jardinero enzarzados en una polémica sobre el cultivo de las rosas, con una botella de whisky entre ambos. Tal era el interés del sargento en la conversación que, al verme entrar, me hizo una señal con la mano para indicarme que no los interrumpiera. Hasta donde alcancé a comprender la discusión consistía en si la rosa blanca almizcleña requería o no un injerto de rosa canina para crecer en condiciones. El señor Begbie decía que sí. El sargento Cuff decía que no. Solicitaron mi opinión, acalorados como niños. Puesto que yo no sabía absolutamente nada de rosas, fijé un rumbo intermedio, como hacen los jueces de Su Majestad cuando ven que la balanza de la justicia pende enojosamente de un hilo.

—Caballeros —señalé—, hay muchas razones en favor de ambos argumentos.

En la calma transitoria que produjo esta sentencia imparcial, dejé sobre la mesa la nota de mi señora al alcance de la vista del sargento Cuff.

A estas alturas me faltaba muy poco para aborrecerlo, si bien debo reconocer que su agudeza mental era prodigiosa.

En cuestión de medio minuto había leído el mensaje, había rastreado en su memoria el informe del inspector Seegrave, había dado con la parte de dicho informe que concernía a los hindúes, y tenía lista su respuesta. ¿No era cierto que el informe del inspector incluía a cierto viajero famoso que conocía las costumbres y la lengua de los hindúes? Muy bien. ¿Sabía yo el nombre y la dirección de este caballero? Muy bien. ¿Podía escribirlos al dorso de la nota de mi señora? Muy agradecido por mi ayuda. El sargento pasaría a visitar a dicho caballero cuando fuese a Frizinghall a la mañana siguiente.

—¿Y espera usted sacar algo en claro? —pregunté—. El inspector Seegrave declaró que los hindúes eran tan inocentes como un recién nacido.

—El inspector Seegrave ha demostrado errar en todas sus conclusiones hasta el momento —respondió el sargento—. Tal vez merezca la pena comprobar si también se equivocaba en lo tocante a los hindúes. —Con esto se volvió al señor Begbie para retomar la discusión en el punto exacto donde la había dejado—. Este asunto que estamos debatiendo, señor jardinero, es cuestión de tierra y de estaciones, de paciencia y de esfuerzo. Permítame que lo exponga ahora desde una perspectiva distinta. Tomemos la rosa blanca almizcleña…

Para entonces yo ya había cerrado la puerta y dejado de oír su polémica.

En el pasillo me encontré con Penelope, y le pregunté qué hacía merodeando por ahí.

Estaba esperando a que su señorita volviera a tocar la campanilla, cuando tuviese a bien, para reanudar los preparativos de su viaje. Nuevas preguntas me revelaron que la señorita Rachel había dado como razón de su deseo de pasar unos días en Frizinghall con su tía que la situación en la casa se le hacía inaguantable y que no soportaba la odiosa presencia de un policía bajo el mismo techo ni un segundo más. Al ser informada, hacía media hora, de que tendría que posponer su partida hasta las dos de la tarde, había respondido con ardiente cólera. Mi señora, que se hallaba presente, la había reprendido con mucha severidad y después (teniendo al parecer algo que decirle a su hija en privado) había mandado a Penelope salir de la habitación. Mi hija estaba terriblemente desconsolada por la situación que se vivía en la casa.

—Todo se ha torcido, padre. Nada es como antes. Tengo la sensación de que una espantosa desgracia nos amenaza a todos.

Yo tenía la misma sensación, pero me cuidé mucho de decírselo a mi hija. La campanilla de la señorita Rachel sonó mientras conversábamos. Penelope subió corriendo por la escalera de servicio para continuar con los preparativos del equipaje. Yo fui al salón por el camino contrario, con intención de ver qué decía el barómetro acerca del cambio de tiempo.

Cuando me acercaba a la puerta batiente que conducía a dicha estancia desde las dependencias de la servidumbre, ésta se abrió violentamente desde el otro lado y Rosanna Spearman pasó rápidamente a mi lado, con una mueca de intenso dolor en el rostro y una de las manos firmemente apretada sobre el corazón, como si sintiera allí la punzada.

—¿Qué ocurre, hija? —le pregunté, deteniéndola—. ¿Estás enferma?

—Por el amor de Dios, no me diga nada —respondió. Y, zafándose de mis manos, echó a correr hacia la escalera de servicio. Llamé a la cocinera (que estaba al alcance de mi voz) para pedirle que se ocupara de la pobre muchacha. Dio la casualidad de que otras dos personas también pudieron oírme. El sargento Cuff salió de mi sala con sigilosa premura y quiso saber qué ocurría… Respondí que no pasaba nada. El señor Franklin empujó la puerta batiente desde el interior del salón y, haciéndome señas para que entrara, me preguntó si había visto a Rosanna Spearman.

—Ahora mismo acabo de verla pasar, señor. Con una expresión muy alterada y de una manera muy extraña.

—Temo que, sin quererlo, yo sea la causa de esa alteración.

—¿Usted, señor?

—No puedo explicarlo, pero esa muchacha tiene algo que ver en la desaparición del diamante —dijo el señor Franklin—. Creo sinceramente que hace tan sólo dos minutos ha estado a punto de confesármelo todo, a mí, entre todas las personas posibles.

Al mirar hacia la puerta batiente, mientras él pronunciaba esas palabras, me

pareció ver que se abría ligeramente desde el otro lado.

¿Había alguien escuchando? La puerta se cerró antes de que tuviera tiempo de llegar. Me asomé un instante después y creí ver los faldones de la respetable levita negra del sargento Cuff doblando la esquina del pasillo. El sargento sabía, tan bien como yo, que ya no podía contar con mi ayuda, ahora que había descubierto hacia dónde apuntaban sus pesquisas. En tales circunstancias, era muy propio de él proceder a su entera libertad y de la manera más clandestina.

Como no podía asegurar que hubiese visto al sargento, y no tenía ningunas ganas de causar daños innecesarios allí donde, bien lo sabía Dios, ya habíamos sufrido daños más que suficientes, le dije al señor Franklin que me pareció que uno de los perros había entrado en la casa, y le rogué entonces que me explicara lo sucedido con Rosanna.

—¿Pasaba usted por el salón, señor, y se topó con ella por casualidad?

El señor Franklin señaló hacia la mesa de billar.

—Estaba dando golpes a las bolas —dijo—, con la intención de quitarme de la cabeza todo este triste asunto del diamante. En un momento alcé la vista… ¡y allí estaba Rosanna Spearman, a mi lado, como una aparición! Era tan extraño que se me acercara de ese modo que al principio casi no supe cómo reaccionar. Al ver que parecía muy preocupada, le pregunté si deseaba hablar conmigo. Me dijo: «Sí, si me permite el atrevimiento». Como estaba al corriente de las sospechas que recaían sobre ella, no pude interpretar semejantes palabras más que en un sentido. Confieso que me sentí muy incómodo. No deseaba invitarla a que me hiciese confidencias. Al mismo tiempo, y con todos los problemas que tenemos encima, difícilmente podía justificarse que me negara a escucharla, si de verdad tenía intención de hablarme. Era una situación muy embarazosa, y creo que la he enfocado con mucha torpeza. Le dije: «No llego a entenderla. ¿Hay algo que usted desee que yo haga?». Fíjese, Betteredge, en que le hablé con amabilidad. La pobre muchacha no tiene la culpa de ser fea… eso pensé en ese momento. Seguía teniendo el taco en la mano y volví a golpear las bolas, por salir de aquella situación tan delicada. Al parecer no hice más que empeorar las cosas. Me temo que la humillé sin proponérmelo. Se dio la vuelta bruscamente y le oír decir: «Mira usted las bolas de billar. ¡Cualquier cosa con tal de no mirarme a mí!». Salió del salón sin darme tiempo a detenerla. Me he quedado intranquilo, Betteredge. ¿Le importaría decirle a Rosanna que no era mi intención ser descortés? Quizá haya sido algo duro con ella, puesto que casi esperaba que pudiera demostrarse su relación con la desaparición del diamante. No es que yo le desee ningún mal a esa pobre muchacha, pero… —Se interrumpió y volvió a la mesa de billar para reanudar su distracción.

Después de mis conversaciones con el sargento, yo sabía sin lugar a dudas qué era lo que el señor Franklin callaba, igual que lo sabía él.

Sólo si podía relacionarse a nuestra segunda doncella con la desaparición de

la Piedra Lunar la señorita Rachel se vería libre de la infame sospecha que pesaba sobre ella en los pensamientos del sargento Cuff. Ya no se trataba únicamente de tranquilizar los nervios de la señorita; se trataba de demostrar su inocencia. Si Rosanna no había hecho nada que la comprometiese, esa esperanza que el señor Franklin confesaba haber albergado habría sido muy injusta con ella. Pero no era éste el caso. Se había fingido enferma y había ido a Frizinghall en secreto. Se había pasado la noche en vela, haciendo algo o destruyendo algo a escondidas. Y esa misma tarde había estado en las Arenas Temblonas, en circunstancias sumamente sospechosas, por no decir más. Por todas estas razones (pese a la lástima que me daba Rosanna), no pude sino pensar que la forma en que el señor Franklin trataba el asunto no era ni antinatural ni poco razonable, habida cuenta de su posición. Quise decírselo así.

—¡Sí! ¡Sí! —contestó—. Pero existe una posibilidad… una posibilidad muy remota, eso sí… de que el comportamiento de Rosanna pudiera explicar algo que en este momento no estamos viendo. ¡Detesto herir los sentimientos de una mujer, Betteredge! Dígaselo a esa pobre muchacha. Y si todavía quiere hablar conmigo… me da igual si me meto en un lío… envíela a la biblioteca. —Con estas amables palabras, soltó el taco y abandonó el salón.

Al preguntar en las dependencias del servicio supe que Rosanna se había retirado a su cuarto. Había rehusado amablemente todo ofrecimiento de ayuda y sólo pedía que se le permitiera descansar. Con ello concluía cualquier posibilidad de confesión (suponiendo que de veras tuviese algo que confesar) por esa noche. Fui a comunicárselo al señor Franklin, quien, al saberlo, salió de la biblioteca y subió a acostarse.

Estaba apagando las luces y cerrando las ventanas cuando Samuel llegó con noticias de los dos invitados a los que había dejado en mis habitaciones.

La discusión sobre la rosa blanca almizcleña al parecer había concluido finalmente. El jardinero se había ido, y no había rastro del sargento Cuff en las regiones inferiores de la casa.

Miré en mi salita. Era muy cierto: allí no había nada más que dos vasos de whisky vacíos y un fuerte olor a ponche caliente. ¿Se habría retirado el sargento voluntariamente al dormitorio dispuesto para él? Subí a comprobarlo.

Tras alcanzar el segundo rellano, me pareció oír una respiración pausada y regular a mi izquierda. A ese lado se encontraba el pasillo que comunicaba con el dormitorio de la señorita Rachel. Me acerqué a mirar y, allí, hecho un ovillo sobre tres sillas colocadas en medio del corredor, allí, con un pañuelo rojo anudado en la cabeza cana y su respetable levita negra enrollada a guisa de almohada, ¡encontré tendido y dormido al sargento Cuff!

Se despertó al instante y sin hacer ruido, como un sabueso, nada más sentir mi presencia.

—Buenas noches, señor Betteredge —dijo—. Y, si alguna vez le da por

cultivar rosas, recuerde que la rosa blanca almizcleña crece mucho mejor cuando no se injerta con la rosa canina, ¡diga lo que diga el jardinero!

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté—. ¿Por qué no está en su propia cama?

—No estoy en mi propia cama porque soy una de las muchas personas en este mundo miserable que no pueden ganarse la vida honradamente y sin dificultad al mismo tiempo. Esta tarde se ha producido una coincidencia entre el momento en que Rosanna Spearman regresó de la playa y el momento en que la señorita Verinder anunció su decisión de dejar la casa. Sea lo que sea lo que Rosanna haya podido esconder, estoy convencido de que su señorita no podía marcharse hasta que tuviera la certeza de que estaba escondido. Han debido de comunicarse en secreto al menos en una ocasión esta noche. Si intentan comunicarse de nuevo, cuando la casa esté en calma, quiero estar en medio para impedirlo. No me culpe a mí por alterar las disposiciones que hubiera podido usted tomar para mi descanso, culpe al diamante.

—¡Ojalá ese diamante no hubiese llegado nunca a esta casa! —estallé.

El sargento miró con gesto compungido las tres sillas sobre las que se había condenado a pasar la noche.

—Lo mismo digo yo —dijo en tono grave.

CAPÍTULO XVII

Nada ocurrió esa noche, y (me complace añadir) ningún intento de comunicación entre la señorita Rachel y Rosanna Spearman recompensó la vigilancia del sargento Cuff.

Yo esperaba verlo partir hacia Frizinghall a primera hora de la mañana. Se retrasó, sin embargo, como si antes tuviera otra cosa que hacer. Lo dejé obrar a sus anchas y, al salir a los jardines poco después, me encontré con el señor Franklin en su paseo favorito, por el camino de los arbustos.

No tuvimos tiempo de intercambiar ni dos palabras cuando apareció el sargento inesperadamente. Se dirigió al señor Franklin, quien lo recibió, tengo que reconocer, con mucha altivez.

—¿Tiene algo que decirme? —Eso fue cuanto obtuvo el sargento del señor Franklin tras haberle dado los buenos días con mucha educación.

—Tengo algo que decirle, señor —respondió el sargento—, sobre la investigación que estoy dirigiendo. Usted mismo detectó ayer el rumbo que tomaban las cosas. Es natural que, en su situación, se sienta desconcertado y afligido. Como también es natural que descargue usted en mí el mal humor que le produce este escándalo en su familia.

—¿Qué es lo que quiere? —lo interrumpió el señor Franklin un tanto bruscamente.

—Quiero recordarle, señor, que hasta el momento no he demostrado estar equivocado. Sin olvidarnos de eso, le ruego que recuerde al mismo tiempo que soy un agente de la ley, y que he venido aquí con la autorización de la señora de esta casa. En tales circunstancias, ¿es o no es su deber, como buen ciudadano, proporcionarme cualquier información relevante que pueda obrar en su poder?

—Ninguna información relevante obra en mi poder —repuso el señor Franklin.

El sargento eludió esta respuesta, como si no hubiese recibido ninguna.

—Podría ahorrarme, señor, perder el tiempo en una larga investigación si se aviene a comprenderme y a hablar.

—No lo comprendo y no tengo nada que decir.

—Una de las criadas (no daré nombres) habló con usted anoche en privado, señor.

El señor Franklin volvió a cortarlo en seco.

—No tengo nada que decir —repitió.

Mientras presenciaba la escena en silencio, me acordé del movimiento de la puerta batiente y de los faldones de la levita que había visto desaparecer en el

pasillo la noche anterior. No cabía duda de que el sargento había tenido tiempo de escuchar lo suficiente, antes de que yo lo interrumpiera, para sospechar que Rosanna quiso aliviar su conciencia haciéndole alguna confesión al señor Franklin Blake.

Acababa de asaltarme esta idea cuando ¿quién creen ustedes que apareció al final del paseo, sino la mismísima Rosanna Spearman? La seguía Penelope, quien a todas luces trataba de hacerla volver sobre sus pasos y entrar en la casa. Al ver que el señor Franklin no estaba solo, Rosanna se detuvo con evidente perplejidad, sin saber qué hacer. Penelope se detuvo a pocos pasos de ella. El señor Franklin vio a las dos muchachas al mismo tiempo que yo. El sargento, con su endiablada astucia, fingió no haber reparado en ellas. Todo esto sucedió en un instante. Antes de que el señor Franklin o yo pudiésemos decir palabra, el sargento reanudó tranquilamente la conversación, como si tal cosa.

—No debe usted temer que esa muchacha pueda verse perjudicada —le dijo al señor Franklin, levantando la voz para que Rosanna pudiera oírlo—. Todo lo contrario. Le recomiendo que me honre con su confianza si tiene usted algún interés en Rosanna Spearman.

También el señor Franklin fingió al instante no haber reparado en las dos jóvenes. Respondió en el mismo tono de voz:

—No tengo el más mínimo interés en Rosanna Spearman.

Miré al final del paseo. Vi que Rosanna se volvía rápidamente al oír las palabras del señor Franklin. En lugar de resistirse a Penelope, como hiciera momentos antes, dejó que mi hija la cogiera del brazo y la acompañara de nuevo a la casa.

La campanilla del desayuno sonó mientras las muchachas desaparecían… ¡y hasta el sargento Cuff se vio en la obligación de darse por vencido! Me habló en voz baja.

—Iré a Frizinghall, señor Betteredge, y estaré de vuelta antes de las dos. —Dicho esto siguió su camino sin añadir una palabra más… y tuvimos la suerte de librarnos de él por unas cuantas horas.

—Tiene usted que aclarar la situación con Rosanna —me dijo el señor Franklin cuando nos quedamos a solas—. Parece que estoy predestinado a decir o cometer alguna torpeza en presencia de esa pobre muchacha. Usted mismo ha podido ver cómo el sargento Cuff nos ha tendido una trampa a los dos. Si lograba confundirme a mí o irritarla a ella hasta hacerla estallar, cualquiera de los dos podríamos haber dicho algo que respondiera a sus propósitos. Al calor del momento no se me ha ocurrido mejor manera de evitarlo. He impedido que ella pudiese decir nada, y de paso le he demostrado al sargento que sé cuáles son sus intenciones. Es evidente, Betteredge, que anoche estaba escuchando cuando usted y yo conversamos.

Había hecho algo peor que escuchar, según me dije en ese momento. Había

recordado, puesto que yo se lo había dicho, que la muchacha estaba enamorada del señor Franklin y, con ese cálculo, había apelado al interés del señor Franklin por Rosanna… sabiendo que ella lo estaba oyendo.

—En cuanto a las escuchas, señor —señalé (reservándome el otro asunto)—, tendremos que remar todos en la misma dirección si esta situación se prolonga por más tiempo. Husmear, curiosear y escuchar son ocupaciones naturales cuando la gente se encuentra en apuros. En cuestión de uno o dos días, señor Franklin, nos quedaremos todos mudos, por la sencilla razón de que todos estaremos escuchando a los demás con la intención de sorprender sus secretos, y todos lo sabremos. Disculpe el exabrupto, señor. Este horrible misterio que se cierne sobre la casa se me sube a la cabeza como el licor y me saca de mis casillas. No olvidaré lo que me ha dicho. Aprovecharé la primera oportunidad para aclarar las cosas con Rosanna Spearman.

—¿Aún no le ha dicho nada de lo que ocurrió anoche? —preguntó el señor Franklin.

—No, señor.

—En ese caso, no le diga nada. Prefiero no invitarla a que me haga confidencias mientras el sargento esté al acecho para sorprendernos. Supongo que mi actitud no es muy coherente, Betteredge. No veo otra forma de salir de este enredo que no me aterre, a menos que se establezca alguna relación entre el diamante y Rosanna. Y al mismo tiempo no quiero ayudar al sargento a descubrir a esa muchacha, y no lo haré.

Desde luego que su postura era ilógica. Sin embargo, mi estado de ánimo era el mismo, y lo entendía perfectamente. Si por una vez en la vida recuerdan ustedes que son mortales, quizá también lo comprendan.

La situación, dentro y fuera de la casa, mientras el sargento Cuff iba camino de Frizinghall, fue la siguiente:

Obstinadamente encerrada en su dormitorio, la señorita Rachel esperó la hora en que debía acudir el coche para llevarla a casa de su tía. Mi señora y el señor Franklin desayunaron juntos. Después del desayuno, el señor Franklin tomó una de sus decisiones repentinas y salió a tranquilizar sus pensamientos con un largo paseo. Yo fui la única persona que lo vio salir, y me indicó que regresaría antes de que volviera el sargento. El cambio de tiempo que se anunció la noche anterior había llegado. Al aguacero, poco después del amanecer, le siguió un viento fuerte. Refrescó a medida que avanzaba el día, pero, aunque las nubes amenazaron con descargar en más de una ocasión, la lluvia no volvió a hacer acto de presencia. No era un mal día para salir a pasear siendo uno joven y fuerte y pudiendo arrostrar las fuertes rachas de viento que entraban desde el mar.

Después del desayuno ayudé a mi señora a poner en orden las cuentas de la casa. Sólo una vez aludió a la Piedra Lunar, y fue para prohibirme que hiciera ninguna mención al respecto.

—Espere a que vuelva ese hombre —dijo, refiriéndose al sargento—. Entonces no tendremos más remedio que hablar de ello. Ahora no tenemos ninguna necesidad.

Cuando dejé a mi señora, encontré a Penelope esperándome en mi sala de estar.

—Quisiera, padre, que vinieras a hablar con Rosanna. Estoy muy preocupada por ella.

De sobra sospechaba yo qué le ocurría, pero es una máxima para mí que los hombres (siendo criaturas superiores) tienen la obligación de mejorar a las mujeres… siempre que les sea posible. Cuando una mujer me pide algo (lo mismo da que sea mi hija como que no lo sea), siempre insisto en saber por qué. Cuanto más se les haga rumiar en busca de una razón, más razonables se volverán en todas las situaciones de la vida. No es culpa suya (¡pobrecillas!) que primero actúen y luego piensen. La culpa es de los tontos que les siguen la corriente.

La razón que esgrimió Penelope en esta ocasión puede exponerse con sus propias palabras.

—Me temo, padre, que el señor Franklin haya herido cruelmente a Rosanna sin intención.

—¿Qué llevó a Rosanna al paseo de los arbustos? —pregunté.

—Su locura —dijo Penelope—. No puedo llamarlo de otra manera. Esta mañana estaba empeñada en hablar con el señor Franklin a toda costa. Hice cuanto pude por detenerla, como tú mismo viste. Ojalá hubiera podido alejarla de allí antes de que oyera esas terribles palabras…

—¡Vamos! ¡Vamos! No pierdas la cabeza. No recuerdo que haya ocurrido nada que pueda alarmar a Rosanna.

—Nada que pueda alarmarla, padre —respondió mi hija—, pero el señor Franklin ha dicho que no tenía el más mínimo interés por ella… ¡y lo ha dicho en un tono tan cruel!

—Lo dijo para cerrarle la boca al sargento.

—Eso mismo le he dicho yo a ella, pero ya ves que el señor Franklin (aunque no sea culpa suya) lleva semanas humillándola y mortificándola. ¡Y para colmo hoy va y dice eso! Desde luego que Rosanna no tiene ningún derecho a esperar que se interese por ella. Es vergonzoso que se olvide de quién es y de cuál es su posición, pero parece que ha perdido el orgullo, y el recato en sus sentimientos, y todo. Me asustó mucho verla cuando el señor Franklin pronunció esas palabras. Fue como si se volviera de piedra. Se tranquilizó de buenas a primeras y desde entonces está ocupada en sus tareas como una sonámbula.

También yo empezaba a preocuparme. Hubo algo en la forma de expresarse de Penelope que silenció mi sentimiento de superioridad. Traté de recordar, forzado por la situación, lo que el señor Franklin y Rosanna se habían dicho la noche anterior. En ese momento la muchacha parecía herida en el alma, y ahora, qué mala suerte, había vuelto a recibir otra estocada en tan vulnerable lugar. ¡Muy triste! ¡Muy triste! Tanto más triste cuanto que la muchacha no tenía justificación alguna ni derecho a albergar tales sentimientos.

Le había prometido al señor Franklin que hablaría con Rosanna, y aquélla parecía ser la ocasión propicia para cumplir mi palabra.

La encontramos barriendo el pasillo de los dormitorios, pálida, serena y pulcra como siempre, con su modesto vestido estampado. Advertí que tenía los ojos apagados, como idos… no como si hubiese llorado, sino como si hubiera estado mirando algo fijamente mucho tiempo seguido. Quizá fueran sus pensamientos la causa de aquella especie de neblina. No había ningún objeto a su alrededor que pudiera llamar su atención de ese modo, puesto que los había visto todos centenares de veces con anterioridad.

—¡Anímate, Rosanna! —le dije—. No te inquietes con tus propias fantasías. Tengo un recado para ti del señor Franklin.

Le expuse entonces la cuestión debidamente, con la mayor cordialidad y las palabras más reconfortantes que fui capaz de encontrar. Mis principios en lo que se refiere al sexo femenino son muy severos, como quizá ya hayan notado. Sin embargo, por una u otra razón, cuando me veo frente a una mujer, confieso que mis actos no van en consonancia.

—El señor Franklin es muy amable y muy considerado. Dele las gracias, por favor. —Ésa fue su única respuesta.

Mi hija ya había señalado que Rosanna cumplía con sus quehaceres como una sonámbula. A esta observación pude añadir entonces que también escuchaba y hablaba como una sonámbula. Dudo que estuviera en condiciones de entender lo que acababa de decirle.

—¿Estás segura de haberme comprendido, Rosanna? —le pregunté.

—Completamente.

No me respondió como una mujer viva, sino como un autómata. No dejó de barrer en ningún momento. Con la mayor dulzura y amabilidad, le quité la escoba de las manos.

—¡Vamos, vamos, hija! Tú no eres así. A ti te pasa algo. Soy tu amigo… y seguiré siéndolo aunque hayas hecho algo malo. Desahógate, Rosanna… ¡desahógate!

Hubo un tiempo en el que, al hablarle yo de esa manera, se le llenaban los ojos de lágrimas. Esta vez no apreció ningún cambio en ellos.

—Sí —dijo—, me desahogaré.

—¿Con la señora?

—No.

—¿Con el señor Franklin?

—Sí, con el señor Franklin.

No supe qué decir a esto. La joven no estaba en condiciones de comprender que la prudencia aconsejaba que no hablase con él en privado, tal como el propio señor Franklin me había pedido que le dijera. Poco a poco, con cautela, le expliqué que el caballero había salido a pasear.

—No se preocupe —dijo ella—. No molestaré al señor Franklin hoy.

—¿Por qué no hablas con la señora? —le sugerí—. El mejor modo de aliviar tu conciencia es confiarte al ama cristiana y compasiva que siempre ha sido buena contigo.

Me miró unos instantes, con grave y honda atención, como si tratara de grabar mis palabras en su memoria. Acto seguido me quitó la escoba de las manos y, muy despacio, se alejó unos pasos por el pasillo.

—No —dijo para sus adentros, mientras seguía barriendo—, yo conozco una manera mejor de aliviar mi conciencia.

—¿Cuál es?

—Por favor, déjeme continuar con mi trabajo.

Penelope la siguió para ofrecerle su ayuda.

—No. Quiero hacer mi trabajo. Gracias, Penelope. —Se volvió a mí y añadió —: Gracias, señor Betteredge.

No había modo de convencerla… No había más que hablar. Le indiqué a Penelope que viniera conmigo. La dejamos, tal como la encontramos, barriendo el pasillo como una sonámbula.

—Esto es competencia del médico —dije—. A mí se me escapa de las manos.

Mi hija me recordó que el doctor Candy estaba enfermo, por el resfriado que había contraído la noche del cumpleaños, como quizá recuerden ustedes. Su ayudante, un tal Ezra Jennings, estaría disponible a buen seguro. Sin embargo, nadie sabía gran cosa de él. El doctor Candy lo había contratado en circunstancias un tanto peculiares, y, con razón o sin ella, a ninguno nos agradaba ni nos inspiraba confianza. Había otros médicos en Frizinghall, pero eran extraños en nuestra casa, y Penelope dudaba de si, en el estado en que se hallaba Rosanna, un extraño le haría más mal que bien.

Pensé en hablar con mi señora, pero al recordar la cantidad de preocupaciones que tenía en la cabeza no supe si sería buena idea cargarla con una nueva complicación. De todos modos, algo había que hacer. El estado de Rosanna era, en mi opinión, muy alarmante… y la señora tenía que saberlo. Con mucha reticencia fui a su gabinete. No estaba allí. Se había encerrado con la señorita Rachel. No podría verla hasta que saliera.

Esperé en vano hasta que el reloj de la escalera principal dio las dos menos

cuarto. Cinco minutos más tarde oí que me llamaban desde la entrada de la casa. Reconocí al punto la voz. El sargento Cuff había regresado de Frizinghall.

CAPÍTULO XVIII

Bajé a la entrada y me encontré con el sargento en la escalinata.

Iba en contra de mis principios, después de lo que nos habíamos dicho, darle a entender que tenía algún interés en sus investigaciones. Muy a mi pesar, sentía un interés irresistible. Perdí por completo la dignidad y hablé casi sin pensarlo.

—¿Qué noticias trae de Frizinghall?

—He visto a los hindúes —dijo—. Y he descubierto qué fue lo que compró Rosanna en secreto el jueves pasado. Los hindúes quedarán en libertad el miércoles de la semana que viene. No me cabe la menor duda, como tampoco le cabe la menor duda al señor Murthwaite, de que vinieron aquí con la intención de robar la Piedra Lunar. Lo que sucedió en la casa la noche del miércoles desbarató sus planes por completo, y no tienen nada que ver con la desaparición de la joya. Sin embargo, una cosa sí puedo asegurarle, señor Betteredge: si no encontramos nosotros la Piedra Lunar, la encontrarán ellos. Todavía no sabe usted lo último de los magos.

El señor Franklin volvía de su paseo cuando el sargento pronunció estas sorprendentes palabras. Gobernando su curiosidad mejor de lo que yo había gobernado la mía, pasó de largo sin decir nada y entró en la casa.

En lo que a mí respecta, puesto que ya había perdido la dignidad, estaba resuelto a sacar el mayor provecho del sacrificio.

—Ya hablaremos de los hindúes. ¿Qué hay de Rosanna?

El sargento negó con la cabeza.

—En ese sentido, el misterio se complica más todavía. Sé que estuvo en una mercería de Frizinghall, regentada por un hombre llamado Maltby. No compró nada más en ninguna de las otras mercerías o sombrererías o sastrerías, y de la tienda del señor Maltby sólo se llevó una pieza de tela. Insistió mucho en que fuese de buena calidad. En cuanto a la cantidad, compró lo suficiente para confeccionar un camisón.

—¿Para quién? —pregunté.

—Para ella, sin duda. Entre las doce y las tres de la madrugada del viernes debió de entrar a escondidas en la sala de la señorita, con el fin de localizar el escondite de la Piedra Lunar mientras todos dormían en la casa. Al salir debió de rozar la pintura húmeda con el camisón. No logró eliminar la mancha y no podía destruir la prenda sin sustituirla antes por otra parecida, de tal suerte que no se echara a faltar en el registro de la lavandería.

—¿Qué prueba hay de que el camisón fuera de Rosanna? —protesté.

—La tela que compró para sustituir la prenda. De haber sido el camisón de la

señorita Verinder, habría comprado encaje, puntillas y sabe Dios qué más cosas, y no habría tenido tiempo de confeccionarlo en una noche. Una pieza de tela larga y sencilla apunta a un sencillo camisón de criada. No, no, señor Betteredge… todo eso está bien claro. Lo raro del asunto es… ¿por qué, tras haber sustituido la prenda, decidió esconder el camisón manchado en lugar de destruirlo? Si esa muchacha no confiesa, sólo habrá una manera de resolver el problema. Habrá que buscar en las Arenas Temblonas… y allí se descubrirá la verdad del caso.

—¿Cómo piensa encontrar el escondite? —inquirí.

—Lamento decepcionarlo, pero hay un secreto que no voy a revelar.

(Por no irritar la curiosidad del lector, como él irritó la mía, diré que vino de Frizinghall provisto de una orden de registro. Su experiencia en situaciones similares le indicaba que Rosanna, con toda probabilidad, llevaba encima algún papel en el que habría registrado el emplazamiento exacto del escondite, a fin de poder orientarse en el caso de que tuviera que regresar en otras circunstancias al cabo de algún tiempo. Si lograba hacerse con dicho papel, el sargento tendría toda la información que deseaba.)

—Y ahora, señor Betteredge, ¿qué tal si nos dejamos de especulaciones y nos ocupamos del asunto? Le pedí a Joyce que vigilara a Rosanna. ¿Dónde está Joyce?

Joyce era el policía de Frizinghall a quien el inspector Seegrave había dejado a disposición del sargento. El reloj dio las dos justo cuando él me hacía esta pregunta, y el carruaje llegó puntualmente para llevar a la señorita Rachel a casa de su tía.

—Cada cosa a su tiempo —dijo el sargento, deteniéndome cuando ya iba a dar orden de que se buscara a Joyce—. Primero tengo que ocuparme de la señorita Verinder.

Como seguía amenazando lluvia, fue el coche cerrado el que se dispuso para llevar a la señorita a la ciudad. El sargento Cuff le pidió a Samuel que bajara del portaequipajes trasero.

—Un amigo mío estará esperando entre los árboles, a este lado de la verja —dijo—. Sin detener el carruaje, se subirá al portaequipajes con usted. Usted no tiene que hacer nada más que cerrar la boca y cerrar los ojos. De lo contrario se encontrará en un aprieto.

Con esta advertencia envió al lacayo de nuevo a su puesto. Ignoro qué pensó Samuel. Para mí estaba claro que la señorita Rachel estaría vigilada desde el momento en que abandonara la casa… si es que finalmente llegaba a marcharse. ¡Mi señorita vigilada! ¡Un espía tras ella en el portaequipajes del coche de su madre! De buena gana me habría cortado la lengua, por haber perdido la dignidad hasta el grado de seguir hablando con el sargento.

La primera persona que salió de la casa fue mi señora. Se detuvo a un lado,

sin bajar el primer peldaño, y allí se quedó para ver qué ocurría. No dijo una sola palabra, ni al sargento ni a mí. Con los labios cerrados y los brazos cruzados por debajo de la ligera capa de jardín con la que se había cubierto, se quedó inmóvil como una estatua, esperando que saliera su hija.

Un minuto después la señorita Rachel bajaba la escalinata, muy bien vestida, con un traje amarillo pálido que realzaba su piel morena y se ceñía a su talle como una chaquetilla. Llevaba en la cabeza un sombrerito de paja con un velo blanco en el borde del ala. Unos guantes del mismo tono amarillo cubrían sus manos como una segunda piel. Su hermoso pelo negro parecía suave como el raso. De las orejas, como pequeños caparazones rosáceos, colgaba una perla. Se acercó presurosa y erguida como una azucena sobre su tallo, y tan sigilosa y ágil como un gato joven en cada uno de sus movimientos. No distinguí ninguna alteración en su hermoso rostro, excepto en los ojos y los labios. Los ojos tenían un brillo y una fiereza que no me agradó, y los labios habían perdido el color y la sonrisa a tal punto que apenas los reconocía. Besó a su madre apresuradamente en la mejilla y dijo: « Trata de perdonarme, mamá» . Y acto seguido se cubrió el rostro con el velo con tanto ardor que lo rasgó. En cuestión de segundos había bajado los peldaños y entraba precipitadamente en el carruaje, como si de un escondite se tratara.

El sargento Cuff fue igual de rápido. Apartando a Samuel, se plantó delante de la señorita y sostuvo la puerta del carruaje mientras ella se instalaba.

—¿Qué quiere? —preguntó la joven desde detrás de su velo.

—Quiero decirle una cosa más antes de que se marche, señorita. No puedo impedir que vaya usted a visitar a su tía. Sólo puedo aventurarme a decirle que su partida, tal como están las cosas, es un obstáculo para la recuperación de su diamante. Le ruego que lo comprenda, y ahora decida usted misma si se va o se queda.

La señorita Rachel ni siquiera se dignó responder.

—¡Arranque, James! —le gritó al cochero.

Sin otra palabra, el sargento cerró la puerta del coche. Justo en ese momento, el señor Franklin bajó corriendo la escalinata.

—Adiós, Rachel —dijo, saludando con la mano.

—¡Arranque! —ordenó ella, en voz más alta todavía, y sin prestar más atención a su primo de la que le había prestado al sargento.

El señor Franklin retrocedió atónito, y no le faltaba razón. El cochero, sin saber qué hacer, miró a mi señora, que seguía inmóvil en la entrada. Con la rabia, la pena y la vergüenza pugnando al unísono en su rostro, la señora le hizo una seña para que arreara a los caballos; después entró rápidamente en la casa. El señor Franklin recobró el habla y, mientras el carruaje arrancaba, le dijo a su tía, que ya se había dado la vuelta:

—¡Tía!, estabas en lo cierto. Acepta mi agradecimiento por tu amabilidad…

y permite que me vaya.

La señora se volvió como si fuera a decirle algo. Al instante, como si dudara, movió una mano con ademán amable.

—Ven a verme antes de que nos dejes, Franklin —dijo, quebrándose su voz. Y se retiró a sus habitaciones.

—Hágame un último favor, Betteredge —me pidió el señor Franklin, volviéndose a mí con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Lléveme a la estación lo antes posible!

Dicho esto entró en la casa. La señorita Rachel lo había derrotado por completo. Juzguen ustedes cuánto debía de quererla él.

El sargento y yo nos quedamos cara a cara al pie de la escalinata. Él, frente a un claro entre los árboles, dominaba desde aquella posición uno de los meandros de la avenida que partía desde la casa. Tenía las manos en los bolsillos y silbaba para sí *La última rosa del verano*.

—Cada cosa tiene su momento —le recriminé con furia—. No es momento de silbar.

El carruaje apareció entonces en el claro, camino de la verja. En el portaequipajes, al lado de Samuel, iba otro hombre bien a la vista.

—¡Estupendo! —dijo el sargento para sus adentros. Y me respondió entonces —: No es momento de silbar, como bien dice. Es momento de tomar las riendas del asunto, y ahora sin excusar a nadie. Empezaremos por Rosanna Spearman. ¿Dónde está Joyce?

Lo llamamos los dos, y no hubo respuesta. Mandé a uno de los mozos de cuadras en su busca.

—¿Ha oído usted lo que le he dicho a la señorita Verinder? —preguntó el sargento mientras esperábamos—. ¿Y ha visto cómo ha reaccionado? Sólo le he dicho que su partida sería un obstáculo para la recuperación del diamante… ¡y se ha marchado a pesar de todo! La señorita lleva un compañero de viaje en el coche de su madre, señor Betteredge… y el nombre de dicho compañero es la Piedra Lunar.

No dije nada. Me aferré con todas mis fuerzas a mi confianza en la señorita Rachel.

El mozo de cuadras regresó, seguido —de muy mala gana a lo que parecía— por Joyce.

—¿Dónde está Rosanna Spearman? —preguntó el sargento Cuff.

—No lo sé, señor —empezó a decir Joyce—, y créame que lo siento, pero de un modo o de otro…

—Antes de irme a Frizinghall —lo interrumpió el sargento—, le ordené que vigilara a Rosanna Spearman sin que ella se diera cuenta. ¿Me está usted diciendo que le ha dado esquinazo?

—Me temo, señor —dijo Joyce, empezando a temblar—, que quizá he puesto

demasiado celo en impedir que me descubriera. Hay tantos pasillos en la planta baja que…

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la vio por última vez?

—Casi una hora, señor.

—Puede volver a Frizinghall a ocuparse de sus asuntos —dijo el sargento sin perder la compostura, en su habitual tono tranquilo y monótono—. No creo que su talento nos sirva de gran cosa en esta investigación, señor Joyce. Este oficio le viene un poco grande. Buenos días.

El agente se escabulló avergonzado. Me cuesta describir lo mucho que me afectó saber que Rosanna había desaparecido. Se me ocurrían cincuenta motivos distintos, todos al mismo tiempo. En tal estado de confusión me quedé mirando al sargento Cuff y me falló la facultad del habla.

—No, señor Betteredge —dijo, como si hubiera leído este último pensamiento y quisiera responder a él antes que a todos los demás—. Su joven amiga no se me escapará tan fácilmente como usted se figura. Mientras sepa dónde está la señorita Verinder, sabré cuál es el paradero de su cómplice. Anoche no les permití comunicarse. Muy bien. Se verán en Frizinghall, en lugar de verse aquí. Basta con trasladar la investigación (bastante antes de lo que yo suponía) de esta casa a la casa que se dispone a visitar la señorita Verinder. Entre tanto, me temo que tengo que molestarle y pedirle que convoque a los criados una vez más.

Fui con él a la sala de la servidumbre. Es sin duda vergonzoso, mas no por ello menos cierto, que volví a tener un acceso de fiebre del detective al oír estas últimas palabras. Me olvidé de cuánto odiaba al sargento Cuff. Lo tomé del brazo confidencialmente y le pedí:

—Por el amor de Dios, díganos qué se propone hacer con los criados.

El sargento se quedó tieso como un palo y le habló al aire vacío, en una especie de rapto de melancolía.

—Si este hombre —dijo (al parecer en alusión a mí)— entendiese algo de rosas, ¡sería el individuo más perfecto sobre la faz de la tierra! —Tras esta honda manifestación de sentimientos, suspiró y se cogió de mi brazo—. Le explicaré cuál es la situación —continuó, centrándose de nuevo en su tarea—, Rosanna ha podido hacer dos cosas. O bien ha ido derecha a Frizinghall (antes de darme tiempo a llegar a mí) o bien ha ido a visitar su escondite en las Arenas Temblonas. Lo primero es averiguar quién la vio por última vez antes de que dejara la casa.

Al hacerse esta pregunta, resultó que la última persona que había visto a Rosanna era Nancy, la ayudante de cocina.

Nancy la había visto salir a escondidas con una carta en la mano, y abordar al carnicero, que acababa de entregar un pedido en la puerta trasera. Le había oído pedirle al hombre que echase la carta al correo cuando volviera a Frizinghall. El hombre miró la dirección y dijo que era una pérdida de tiempo

echar al correo en Frizinghall una carta dirigida a Cobb's Hole… y más en sábado, lo cual impediría que la carta llegara a su destino hasta el lunes por la mañana. Rosanna contestó que no tenía importancia si la carta se demoraba hasta el lunes. Sólo quería tener la certeza de que él se ocuparía de despacharla. El hombre le prometió que así lo haría y después se marchó. A Nancy la reclamaron entonces en la cocina, y nadie había vuelto a ver a Rosanna Spearman desde ese momento.

—¿Y bien? —le pregunté al sargento cuando volvimos a quedarnos a solas.

—Tengo que ir a Frizinghall —dijo.

—¿Por esa carta, señor?

—Sí. La nota en la que se ha consignado el paradero del escondite está en esa carta. Tengo que comprobar en la oficina de correos adonde se ha enviado. Si es la dirección que sospecho, volveré a hacerle una visita a nuestra amiga, la señora Yolland, el lunes próximo.

Acompañé al sargento para enganchar el poni. En las cuadras tuvimos noticias de la muchacha desaparecida.

CAPÍTULO XIX

Al parecer, los ecos de la desaparición de Rosanna habían llegado a las dependencias exteriores de la casa. También allí se habían hecho algunas pesquisas y acababan de echar mano de un muchachito muy listo, apodado el Pillo, al que a veces se contrataba para arrancar las malas hierbas del jardín, y que había visto a Rosanna Spearman hacía cosa de media hora. El Pillo estaba seguro de que la muchacha lo había adelantado en la plantación de abetos, no andando, sino corriendo, en dirección a la costa.

—¿Sabe ese chico dónde se encuentra la costa? —preguntó el sargento Cuff.

—Ha nacido y se ha criado en la costa —respondí.

—¿Quieres ganarte un chelín, muchacho? —dijo el sargento—. Si es así, ven conmigo. Tenga listo el calesín, señor Betteredge, para cuando vuelva.

Echó a andar rumbo a las Arenas Temblonas a una velocidad a la que mis piernas (a pesar de lo bien que se conservaban para mis años) ni mucho menos podían seguirlo. El Pillo, según la costumbre de los chiquillos sin civilizar de aquellos contornos cuando estaban de muy buen humor, lanzó un alarido y salió trotando en pos del sargento.

Una vez más, me resulta imposible ofrecer un relato inteligible de mi estado de ánimo en el intervalo en que el sargento estuvo ausente. Una extraña y paralizante inquietud se apoderó de mí. Me dediqué a una docena de cosas tan distintas como innecesarias dentro y fuera de la casa, ninguna de las cuales soy capaz de recordar en este momento. Ni siquiera sé cuánto tiempo transcurrió desde que el sargento se marchó a la playa hasta que el Pillo regresó corriendo con una nota para mí. El sargento había arrancado una hoja de su libreta, en la que había escrito a lápiz: « Hágame llegar una bota de Rosanna, y deprisa» .

Envié a la primera criada con la que me crucé al cuarto de Rosanna, y al niño de regreso a la playa, con el recado de que yo mismo llevaría la bota.

Soy consciente de que tal disposición no era el procedimiento más rápido de obedecer las instrucciones que acababa de recibir, pero estaba resuelto a comprobar con mis propios ojos en qué nuevo misterio andábamos envueltos, antes de entregarle al sargento la bota de Rosanna. El afán de proteger a la muchacha si me era posible parecía haberse reavivado en el último momento. Movido por este sentimiento (por no hablar de la fiebre del detective) emprendí mi camino en cuanto tuve la bota en mi poder, al ritmo más cercano a una carrera que cabe esperar razonablemente en un hombre de setenta años.

Muy cerca ya de la costa, el cielo se cubrió de nubes negras y la lluvia se derramó como una gigantesca cortina de agua blanca empujada por el viento. Oí

rugir al mar en el banco de arena próximo a la embocadura de la bahía. Un poco más adelante me crucé con el chiquillo, que corría a cobijarse al abrigo de las dunas. Entonces vi la furia del mar, y las olas revolcándose sobre el bancal mientras la lluvia barría las aguas como una prenda arrastrada por los aires; y vi la amarilla extensión de la playa salvaje ocupada por una única figura solitaria: la figura del sargento Cuff.

Señaló con una mano al norte nada más verme.

—¡Continúe por ahí! —me gritó—. ¡Y baje hasta donde estoy yo!

Seguí sus órdenes, jadeando y con el corazón a punto de estallar. No podía pronunciar palabra. Tenía un centenar de preguntas que hacerle, pero ninguna llegaba a salir de mis labios. Me alarmó su expresión. Detecté el horror en su mirada. Me arrebató la bota de la mano y la puso sobre una huella que había en la arena y que apuntaba directamente al saliente rocoso conocido como la Punta Sur. La lluvia aún no había borrado la huella… y la bota de Rosanna encajaba a la perfección.

El sargento señaló la bota sin decir nada.

Lo tomé del brazo, con intención de hablarle, pero una vez más no acerté a sacar la voz. El sargento echó a andar, siguiendo las pisadas hasta el lugar donde las rocas se unían con la arena. La Punta Sur acababa de quedar sumergida bajo la marea; las aguas se arremolinaban sobre la superficie de las Arenas Temblonas. Con una obstinación que resultaba aterradora, el sargento Cuff fue probando la bota en todas las huellas dispersas, que apuntaban siempre en la misma dirección: justo hacia las rocas. Por más que lo intentó, no encontró ni una sola pisada que regresara de aquel lugar.

Se dio por vencido. Volvió a observarme en silencio y miró luego las aguas que se extendían ante nosotros, filtrándose gradualmente en las profundidades de las arenas movedizas. Seguí su mirada y en su expresión adiviné sus pensamientos. Un espantoso temblor mudo me recorrió al instante de la cabeza a los pies. Caí de rodillas en la arena.

—Ha regresado al escondite —le oí decir al sargento para sí—. Un accidente fatal le ha ocurrido en esas rocas.

El estado de alteración de la muchacha, en su aspecto, en sus palabras y en sus actos —esa especie de entumecimiento y de sopor con que me había hablado y me había escuchado— cuando la encontré barriendo el pasillo unas horas antes, me vino a la memoria y me hizo comprender, mientras el sargento pronunciaba estas palabras, que sus sospechas se hallaban muy lejos de la terrorífica verdad. Traté de expresar el pánico que me paralizaba. Traté de decirle: « Ella misma, sargento, ha escogido esa manera de morir» . ¡No! No me salía la voz. Seguía presa del mismo temblor mudo. No notaba el azote de la lluvia. No veía cómo se encrespaba el mar. La imagen de la pobre muchacha se dibujó ante mí como una visión en un sueño. Volví a verla como la vi aquel día,

cuando salí en su busca para llevarla a casa. Volví a escucharla cuando me contaba cómo las Arenas Temblonas parecían atraerla contra su voluntad y la llevaban a preguntarse si no estaría su tumba esperándola allí. La tragedia me golpeó con una intensidad indescriptible, al pensar en mi propia hija. Penelope tenía la misma edad que Rosanna. Mi hija, de haberse visto puesta a prueba igual que aquella joven desgraciada, tal vez habría llevado la misma vida miserable y encontrado la misma muerte atroz.

El sargento me ayudó amablemente a incorporarme y me alejó del lugar donde la joven había perecido.

Aliviado al apartar la vista de la escena, recuperé el aliento y empecé a ver el mundo tal como era. Al mirar hacia el banco de arena, vi que los mozos de cuadras y el pescador llamado Yolland bajaban corriendo hacia nosotros; y todos, tras haberse dado la alarma, preguntaban a voces si habíamos encontrado a la muchacha. Con las mínimas palabras posibles, el sargento les mostró la prueba de las huellas y les dijo que la chica debía de haber sufrido un terrible accidente. Se alejó entonces con el pescador del resto del grupo y, volviéndose de nuevo hacia el mar, le hizo la siguiente pregunta:

—Dígame, ¿cree que un barco, con este tiempo, podría haberla recogido en esas rocas, donde terminan las pisadas?

El pescador señaló la furia del oleaje en el banco de arena y las masas de agua que saltaban formando nubes de espuma en las dos puntas de tierra que cerraban la bahía.

—No hay barco que pueda sortear esas olas —respondió.

El sargento miró por última vez las huellas en la arena que la lluvia desdibujaba rápidamente.

—Ésa es la prueba de que no pudo salir de aquí por tierra. Y ésta —añadió, mirando al pescador— es la prueba de que no pudo salir por mar. —Guardó silencio y reflexionó por espacio de un minuto—. Vino corriendo hasta aquí media hora antes de que yo llegara —le dijo a Yolland—. Desde entonces ha pasado un buen rato. Digamos que una hora en total. ¿Qué altura tendría el agua en ese momento a ese lado de las rocas? —Señaló hacia el sur, al espacio que aún no estaba cubierto por las arenas movedizas.

—Tal como está hoy la marea —dijo el pescador— no creo que hace una hora hubiese agua suficiente para ahogar a un gatito a ese lado de la punta.

El sargento se volvió en dirección contraria, hacia las arenas movedizas.

—¿Y cuánta habría en ese lado?

—Todavía menos —respondió Yolland—. El agua apenas habría empezado a cubrir las Arenas Temblonas.

El sargento me miró y dijo que el accidente debía de haber ocurrido en el lado de las arenas movedizas. No pude contenerme al oír estas palabras.

—¡No ha sido un accidente! Vino aquí, harta de su vida, para acabar con todo

—dije.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, alejándose de mí. Los demás seguían rodeándonos, y el sargento se recobró al instante. Les pidió que se retiraran; dijo que yo era un anciano; dijo que la noticia me había trastornado; les rogó que me dejaran a solas un rato. Se dirigió nuevamente a Yolland para preguntarle—: ¿Hay alguna probabilidad de encontrarla cuando baje la marea?

—Ninguna —respondió el pescador—. Lo que entra en las arenas allí se queda para siempre. —Y, acercándose a mí, añadió—: Señor Betteredge, quisiera decirle algo sobre la muerte de la muchacha. A unos pasos de aquí, en la Punta, hay una repisa de roca bastante ancha, a una media braza de profundidad. Mi pregunta es: ¿por qué no cayó ahí? Si hubiera resbalado por accidente, habría podido hacer pie, donde el agua no llega más arriba de la cintura. Podría haber vadeado el agua para salir más allá de las arenas movedizas y ahora estaría entre nosotros. ¡No ha sido un accidente, señor! Las arenas la han engullido. Y la han engullido porque ella lo ha querido así.

Tras oír el testimonio de un hombre en cuyos conocimientos podía confiarse, el sargento guardó silencio. Los demás callamos igualmente. De común acuerdo, subimos la pendiente de la playa.

Ya en las dunas vimos al mozo de cuadras que se acercaba a la carrera desde la casa. Es un buen muchacho y me trata siempre con sincero respeto. Me tendió una nota con gesto triste.

—Penelope me envía con esto, señor Betteredge —dijo—. Lo ha encontrado en el cuarto de Rosanna.

Eran unas palabras de despedida para el anciano que siempre había tratado —gracias a Dios— de ser su amigo.

> Usted, señor Betteredge, me ha perdonado muchas veces en el pasado. Cuando vuelva a ver las Arenas Temblonas, trate de perdonarme una vez más. He encontrado mi tumba allí, donde mi tumba me esperaba. He vivido y muero, señor, agradecida por su bondad.

No decía más. Por poco que fuera, no tuve hombría para contenerme. Las lágrimas afloran con facilidad cuando uno es joven y empieza a iniciarse en este mundo, y con la misma facilidad afloran cuando uno es viejo y está próximo a abandonarlo. Rompí a llorar.

El sargento Cuff se me acercó… No dudo que lo hizo con la mejor de las intenciones. Me aparté de él.

—No me toque —le dije—. El miedo que le tenía es lo que la ha llevado a hacer esto.

—Se equivoca, señor Betteredge —respondió sin alterarse—, pero ya habrá

tiempo de hablar de eso cuando estemos bajo techo.

Seguí al grupo, ayudado por el mozo de cuadras. Regresamos bajo una lluvia torrencial, dispuestos a lidiar con el trastorno y el horror que nos aguardaban en la casa.

CAPÍTULO XX

Los que iban en cabeza ya habían difundido la noticia cuando llegamos. Encontramos a la servidumbre en un estado de pánico. Al pasar por delante de las habitaciones de mi señora, la puerta se abrió con violencia desde dentro. La señora salió (seguida del señor Franklin, que en vano intentaba tranquilizarla), completamente fuera de sí ante el espanto de la situación.

—¡Usted es el responsable! —le gritó al sargento, al tiempo que lo amenazaba furiosamente con la mano—. ¡Gabriel! Pague a este desgraciado lo que se le deba… ¡y líbreme de su presencia!

El sargento era el único que se encontraba en condiciones de hacerle frente, puesto que era el único que conservaba el dominio de sí.

—No soy más responsable de esta espantosa calamidad de lo que lo es usted, señora —dijo—. Si en el plazo de media hora todavía insiste la señora en que abandone la casa, aceptaré su decisión, pero no su dinero.

Le habló con mucho respeto, pero también con mucha firmeza… y sus palabras causaron efecto en ella, lo mismo que en mí. Mi señora consintió en que el señor Franklin la hiciese volver a sus habitaciones. Al cerrarse la puerta, el sargento miró a las criadas con sus ojos sagaces y vio que, mientras las demás parecían simplemente aterradas, Penelope estaba llorando.

—Cuando tu padre se haya quitado la ropa mojada —le dijo—, ven a hablar con nosotros a su sala de estar.

Antes de media hora me había puesto ropa seca y le había proporcionado una muda al sargento Cuff. Penelope vino a ver qué quería el sargento de ella. Creo que nunca había visto con tanta claridad como en ese momento lo buena y consciente de sus deberes que era mi hija. La senté en mis rodillas y le pedí a Dios que la colmara de bendiciones. Ella apoyó la cabeza en mi pecho y me pasó los brazos alrededor del cuello… y así nos quedamos un rato en silencio. Supongo que los dos teníamos muy presentes a la pobre muchacha muerta. El sargento se apartó y se puso a mirar por la ventana. Me pareció justo agradecerle esta consideración, y así lo hice.

Las personas acaudaladas gozan de todos los lujos habidos y por haber; entre otros el lujo de dejarse llevar por sus sentimientos. Las personas sin posibles no cuentan con ese privilegio. La necesidad, que perdona a nuestros superiores, no tiene piedad con nosotros. En tales circunstancias aprendemos a reservar nuestros sentimientos para nosotros mismos y a cumplir con nuestras obligaciones con la mayor paciencia. No me quejo; tan sólo lo constato. Penelope y yo nos pusimos a disposición del sargento en cuanto él se mostró dispuesto por su parte. Al

preguntarle si sabía qué había podido llevar a su compañera a quitarse la vida, mi hija respondió (como habrán anticipado) que fue por amor al señor Franklin Blake. Al preguntarle a continuación si había comentado esta impresión suya con alguien, Penelope dijo: « No, por el bien de Rosanna» . Juzgué necesario agregar una palabra a su respuesta.

—Y también por el bien del señor Franklin, hija. Si Rosanna ha muerto por amor, no ha sido ni con conocimiento de él ni por su culpa. Dejemos que abandone hoy la casa, si es que finalmente decide dejarnos, sin imponerle el inútil dolor de saber la verdad.

—Muy cierto —asintió el sargento, y volvió a guardar silencio, comparando la impresión de Penelope (así me lo pareció) con alguna otra impresión propia que se guardó para sí.

Transcurrida la media hora sonó la campanilla de la señora.

Camino de su gabinete, me encontré con el señor Franklin, que salía en ese momento. Me comunicó que su tía estaba preparada para ver al sargento —en mi presencia, como en ocasiones anteriores— y añadió que antes quería decirle él unas palabras al detective. De regreso a mi sala de estar, se detuvo en el vestíbulo y echó un vistazo al horario de trenes.

—¿De verdad piensa dejarnos, señor? —le pregunté—. La señorita Rachel regresará en seguida, si le da usted un poco de tiempo.

—Regresará en seguida —respondió— en cuanto sepa que me he marchado y que no volverá a verme nunca más.

Creí que lo decía resentido por el trato que había recibido de ella, pero no era así. La señora se había percatado, desde el momento en que la policía puso un pie en la casa, de que la sola mención del señor Franklin bastaba para encender la ira de la señorita. Él quería demasiado a su prima para avenirse a reconocerlo, hasta que se vio obligado a aceptar la verdad cuando ella se fue a pasar unos días con su tía. Al abrírsele los ojos de esta manera tan cruel, el señor Franklin había tomado la decisión —la única decisión que le era posible tomar a un hombre con un mínimo de dignidad— de abandonar la casa.

Lo que tenía que decirle al sargento se lo dijo en mi presencia. Explicó que mi señora estaba dispuesta a admitir que se había precipitado y quiso saber si, así las cosas, el sargento consentiría en dejar el asunto del diamante en el punto en que se encontraba.

—No, señor —respondió el sargento—. A mí se me paga por cumplir con mi deber. No aceptaré ningún dinero sin haber cumplido con mi deber.

—No lo entiendo —dijo el señor Franklin.

—Me explicaré, señor. Vine aquí con la misión de desentrañar la desaparición del diamante. Estoy en condiciones y a la espera de cumplir con mi compromiso. Cuando le haya expuesto a lady Verinder en qué situación se encuentra el caso en este momento, y cuando le haya explicado a las claras cuál

es la línea de acción que debemos seguir para recuperar la Piedra Lunar, quedaré libre de esa responsabilidad. Dejemos que la señora decida entonces si permite o no que me vaya. Sólo de esa manera habré hecho lo que he venido a hacer… y entonces aceptaré mis honorarios.

Con estas palabras el sargento nos recordó que, incluso en el cuerpo de detectives, un hombre debía velar por su buena reputación.

Tan evidente resultó que su enfoque era el acertado que no hubo más que decir. Mientras yo me levantaba para acompañarlo al gabinete de mi señora, el sargento le preguntó al señor Franklin si deseaba estar presente.

—No —respondió—, a menos que lady Verinder lo solicite. —Y en un susurro me dijo a mí, cuando ya salía detrás del sargento—: Sé lo que ese hombre va a decir de Rachel, y la quiero demasiado para escucharlo sin perder los nervios. Permítame ser como soy.

Lo dejé, desconsolado y acodado en el alféizar de mi ventana, con el rostro hundido entre las manos, mientras Penelope se asomaba a la puerta, deseosa de consolarlo. De haberme visto yo en el lugar del señor Franklin, le habría pedido a Penelope que entrase. Cuando un hombre ha sido maltratado por una mujer, es un gran consuelo sincerarse con otra, porque en nueve de cada diez ocasiones la otra siempre se pone de parte de uno. ¿La llamaría quizá cuando volví la espalda? En tal caso, es de justicia decir que mi hija nada pudo hacer por consolar al señor Franklin Blake.

Entre tanto, el sargento y yo nos dirigimos al gabinete de lady Verinder.

En la última conversación que tuvimos con ella se había mostrado poco inclinada a apartar los ojos del libro que tenía sobre la mesa. Esta vez había cambiado para mejor. Miró al sargento a los ojos con la misma firmeza con que él la miraba. En cada uno de sus rasgos se traslucía la valerosidad de la familia, y supe que el sargento Cuff encontraría a un igual en aquella mujer preparada para escuchar lo peor.

CAPÍTULO XXI

Fue mi señora, cuando hubimos tomado asiento, quien pronunció las primeras palabras.

—Sargento Cuff —dijo—, es posible que haya una disculpa para la desconsideración con que le he hablado hace media hora. No es mi intención sin embargo esgrimir ningún pretexto. Me limito a decirle, con la mayor sinceridad, que lamento haberle ofendido.

La elegancia con que formuló este desagravio, tanto en su voz como en sus gestos, causaron en el sargento el efecto oportuno. Solicitó permiso para explicarse a su vez, y expuso su explicación como una muestra de respeto a mi señora. Era imposible, dijo, que él tuviera ninguna responsabilidad en la desgracia que tanto nos había afectado a todos, por la sencilla razón de que el éxito en el desenlace de la investigación dependía ni más ni menos de que él no hiciera o dijera nada que pudiese alarmar a Rosanna Spearman. Apeló a mi testimonio para que yo corroborase si había o no había sido éste su objetivo en todo momento. Yo podía dar fe de que así había sido. Lo hice en consecuencia, y pensé que con ello podíamos dar el asunto por zanjado diplomáticamente.

Sin embargo, el sargento Cuff dio un paso más allá, con la evidente intención (como pronto se verá) de forzar la más dolorosa de todas las explicaciones posibles entre ambos.

—He tenido ocasión de saber que se atribuye el suicidio de esa joven a un motivo que podría ser cierto. Es un motivo que en nada se corresponde con mi aparente tranquilidad. No obstante, me veo en el deber de señalar que mi opinión apunta en dirección contraria. Creo que una angustia insoportable y relacionada con la desaparición del diamante ha llevado a esa pobre criatura a buscar su propia destrucción. No presumo saber cuál haya podido ser dicha angustia. Creo, sin embargo (con el permiso de usted, señora), que una persona podría determinar si estoy o no en lo cierto.

—¿Se encuentra dicha persona en la casa? —preguntó lady Verinder, al cabo de unos momentos.

—Esa persona ha abandonado la casa.

La respuesta señalaba inequívocamente a la señorita Rachel. Cayó sobre nosotros un silencio que no parecía que fuese a terminar. ¡Dios! ¡Cómo aullaba el viento y cómo azotaba la lluvia la ventana mientras yo esperaba que uno de los dos dijese algo!

—Tenga la bondad de expresarse con claridad —le pidió mi señora—. ¿Se refiere usted a mi hija?

—Así es —dijo el sargento, sin desperdiciar más palabras.

La señora tenía la chequera encima de la mesa cuando entramos en su gabinete, sin duda con la intención de pagar al sargento Cuff sus honorarios. En ese momento la guardó en el cajón. Me dolió en el alma cómo tembló su pobre mano… la misma mano que había colmado de bienes a su viejo sirviente; ¡la mano, así se lo pido a Dios, que acaso sostenga la mía cuando llegue mi hora y abandone este mundo para siempre!

—Confiaba —dijo muy despacio y en voz baja— en compensarle por sus servicios y en despedirme de usted sin que el nombre de la señorita Verinder llegara a pronunciarse entre nosotros, como acaba de suceder. ¿Acaso le ha dicho algo mi sobrino, antes de que viniera usted aquí?

—El señor Blake me trasladó su recado, señora. Y yo le di una razón…

—De nada sirve que me exponga sus razones. Después de lo que acaba de decir, sabe tan bien como yo que ha ido usted demasiado lejos para retroceder. Me debo a mí misma y le debo a mi hija insistir en que se quede aquí y diga lo que tenga que decir.

El sargento miró su reloj.

—Si hubiera dispuesto de tiempo, señora, habría preferido redactar un informe, en lugar de comunicárselo de viva voz. Sin embargo, si esta investigación va a continuar, el tiempo es demasiado importante para malgastarlo con redacciones. Estoy dispuesto a abordar la cuestión sin más preámbulos. Me es muy doloroso lo que voy a decirle, y será muy doloroso para usted escucharlo…

Mi señora volvió a interrumpirlo.

—Quizá resulte menos doloroso para usted, y para mi buen amigo y servidor aquí presente —dijo—, si doy por mi parte un ejemplo de franqueza. ¿Sospecha usted que la señorita Verinder nos ha engañado a todos, escondiendo el diamante con alguna intención? ¿No es cierto?

—Así es, señora.

—Muy bien. Antes de que empiece usted, tengo que decirle, como madre de la señorita Verinder, que mi hija es completamente incapaz de hacer lo que usted supone que ha hecho. Usted sólo la conoce desde hace un par de días. Yo la conozco desde el día en que nació. Puede exponer sus sospechas con tanta rotundidad como le plazca… le garantizo que no conseguirá ofenderme. Estoy segura de que, pese a toda su experiencia, las circunstancias le han inducido a un error fatal en este caso. ¡Y tenga presente una cosa! No dispongo de ninguna información confidencial. Mi hija me ha negado su confianza igual que se la ha negado a usted. La única razón que tengo para hablar en su defensa es la razón que ya le he expuesto. Conozco a mi hija.

Se volvió a mí y me tendió la mano. Se la besé en silencio.

—Puede continuar —dijo, mirando al sargento con más firmeza que nunca.

El sargento se inclinó ante ella. Estas últimas palabras no habían logrado producir más que un efecto en él. La dureza de sus facciones se suavizó unos momentos, como si se compadeciese de ella. En cuanto a sus convicciones, a la vista estaba que no había cedido un ápice. Se acomodó en el asiento y emprendió su vil ataque contra la señorita Rachel.

—Debo pedirle, señora, que afronte el asunto desde mi punto de vista, además del suyo. ¿Tendrá la bondad de imaginarse que ha venido usted aquí, en mi lugar y con mi experiencia? ¿Y me permitirá exponerle brevemente cuál es dicha experiencia?

La señora le indicó que procediera. El sargento continuó:

—A lo largo de los últimos veinte años —dijo—, me he visto involucrado en muchos escándalos familiares, y he actuado siempre en la capacidad de hombre de confianza. El único resultado de mi práctica personal que guarda alguna relación con el caso que nos ocupa puedo exponérselo en dos palabras. Mi experiencia me ha demostrado que las jóvenes de rango y posición tienen en ocasiones deudas secretas que no se atreven a confesar siquiera a sus parientes y amigos más próximos. A veces el sombrerero o el joyero están en el fondo del asunto. A veces se necesita dinero con propósitos que en este caso no sospecho y por tanto le ahorraré el disgusto de mencionar. Tenga presente, señora, lo que acabo de decirle… y veamos ahora cómo los acontecimientos que se han vivido en esta casa me han forzado a echar mano de mi experiencia previa, quisiéralo o no.

El sargento reflexionó unos instantes y prosiguió su exposición con una claridad atroz, con una injusticia abominable que a nadie beneficiaba.

—La primera información sobre la Piedra Lunar me la proporcionó el inspector Seegrave. Me demostró sin lugar a dudas que era completamente incapaz de manejar el caso. Lo único de todo cuanto me dijo que me pareció digno de consideración fue que la señorita Verinder se había negado a ser interrogada y le había hablado con un desprecio y una rudeza incomprensibles. Me pareció curioso, si bien lo atribuí principalmente a que el inspector hubiese ofendido a la dama con alguna torpeza. Me olvidé del asunto y me dispuse a emprender la investigación en solitario. Las pesquisas me llevaron, como ya se sabe, a la rozadura en la puerta, y la convincente explicación del señor Franklin me hizo ver que dicha rozadura y la desaparición del diamante eran piezas del mismo rompecabezas. Hasta ese momento, si algo sospechaba yo, era que alguien había robado la Piedra Lunar y que alguno de los criados podía ser el ladrón. Muy bien. Estando así las cosas, ¿qué ocurrió? La señorita Verinder sale de repente de su cuarto para hablar conmigo. Detecto en su actitud tres elementos de sospecha. Sigue presa de una violenta agitación, a pesar de que han transcurrido más de veinticuatro horas desde la desaparición del diamante. Me da el mismo trato que le ha dado anteriormente al inspector Seegrave. Y está muy

enfadada con el señor Franklin Blake. Muy bien, una vez más. Me digo que estoy en presencia de una dama que acaba de perder una joya muy valiosa, de una dama también, según me indican mis ojos y mis oídos, de temperamento impetuoso. ¿Cómo se comporta una dama en tales circunstancias y con tal carácter? Denota un incomprensible rencor contra el señor Blake, el señor inspector y también contra mí, precisamente las tres personas que, cada cual a su manera, han tratado de ayudarla a recuperar su joya. Habiendo llegado a este punto en la investigación, y no antes, señora, empiezo a echar mano de mi experiencia. Mi experiencia me revela la conducta por lo demás incomprensible de la señorita Verinder. Me permite relacionarla con otras damas a las que he tenido ocasión de conocer. Me indica que tiene deudas que no se atreve a confesar y que debe saldar. Y me lleva a preguntarme si la desaparición del diamante no podría significar que la joya es la garantía con la que pagar en secreto dichas deudas. ¿Tiene la señora algo que objetar a esto?

—Lo que ya le he dicho antes —respondió mi señora—. Que las circunstancias lo han inducido a error.

Yo me abstuve de decir nada. *Robinson Crusoe* —sabe Dios por qué razón— se había mezclado en mi confusa cabeza de viejo. Si el sargento Cuff se hubiera visto transportado en ese preciso instante a una isla desierta, sin la compañía de un Viernes y sin un barco con el que salir de allí, habría estado exactamente en el lugar donde yo deseaba verlo. (*Nota bene*: Soy en general un buen cristiano, cuando no se me fuerza a llevar demasiado lejos mi cristianismo. Y todos ustedes —lo cual me alivia sobremanera— son en este sentido iguales que yo.)

—Equivocado o no, señora —continuó el sargento—, tras haber llegado a esta conclusión tenía que ponerla a prueba. Le sugerí entonces a la señora que se registraran los roperos de la casa. Era una manera de hallar la prenda que, con toda probabilidad, había causado la mancha en la puerta; y era la manera de someter a prueba mi conclusión. ¿Y qué ocurrió? Usted consintió; el señor Blake consintió; el señor Ablewhite consintió; sólo la señorita Verinder se opuso a llevar a cabo este procedimiento con una negativa rotunda. Eso me demostró que mi impresión era cierta. Si usted, señora, y el señor Betteredge persisten en llevarme la contraria es porque están ustedes ciegos a todo lo que ha sucedido hasta hoy. En presencia de usted, señora, le comuniqué a la señorita que su partida (tal como estaban las cosas) supondría un obstáculo para la recuperación del diamante. Ustedes mismos vieron cómo se marchó a pesar de esa advertencia. Ustedes mismos vieron que, lejos de perdonar al señor Blake por el afán con que había contribuido a poner la pista en mis manos, lo insultó públicamente en la escalinata de la casa de su madre. ¿Cómo se explica todo esto? ¿Cómo se explica esa actitud, si no es porque la señorita Verinder tiene intención de impedir que se encuentre la joya?

Esta vez me miró. Era sencillamente aterrador oírle exponer una prueba tras

otra en contra de la señorita Rachel, y saber, por más que uno deseara salir en su defensa, que no había forma de rebatir la verdad que encerraban sus palabras. Tiendo por naturaleza (¡a Dios gracias!) a rebasar los límites de la razón. Esto me permitió aferrarme al punto de vista de mi señora, que era también el mío. Me infundió valor y me ayudó a encararme con audacia con el sargento Cuff. Les suplico, mis buenos amigos, que sigan mi ejemplo. Les ahorrará un sinfín de problemas muy enojosos. ¡Crucen los límites de la razón y verán cómo, de esta manera, pierden filo las garras de todas las gentes juiciosas que tratan de herirlos a ustedes por su propio bien!

Viendo que yo no decía nada y que mi señora tampoco hablaba, el sargento prosiguió. ¡Dios mío! ¡Cuánto me enfureció ver que nuestro silencio no le arredraba en absoluto!

—Tal es la exposición de los hechos que inculpan únicamente a la señorita Verinder —concluyó el sargento—. Toca exponer ahora los que inculpan conjuntamente a la señorita Verinder y a la fallecida Rosanna Spearman. Volvamos por un momento, si la señora me lo permite, al punto en que su hija se negó a que se registrara su guardarropa. Tras haberme formado una opinión, a raíz de su negativa, me vi forzado luego a considerar dos cuestiones. La primera se relacionaba con el método idóneo para dirigir mis investigaciones. La segunda era si la señorita Verinder contaba con un cómplice entre la servidumbre femenina. Tras meditarlo atentamente, opté por conducir la investigación de acuerdo con un procedimiento que en nuestro departamento se calificaría de muy irregular. Y lo hice así por una sencilla razón: me hallaba ante un escándalo familiar, y era mi obligación que no saliera del círculo familiar. Cuanto menos ruido se hiciese y menos extraños trataran de ayudarme, tanto mejor. En lo que concierne a los métodos habituales de poner bajo custodia a los sospechosos antes de que éstos comparezcan ante el juez y todas esas cosas… era una cuestión que estaba fuera de lugar, habida cuenta de que era su hija, señora, quien se encontraba en mi opinión en el fondo de todo el asunto. Me pareció entonces que una persona del carácter y la posición del señor Betteredge en la casa, que conocía bien a la servidumbre y se tomaba muy a pecho el honor de la familia, sería un ayudante más de fiar que cualquier otra persona de la cual pudiera yo disponer. Podría haber recurrido también al señor Blake, de no haber sido porque un obstáculo se interpuso en mi camino. Él se percató en seguida de adonde quería ir yo a parar y, a la vista de su interés por la señorita Verinder, era imposible el menor entendimiento entre nosotros. Si le importuno con estos detalles, señora, es para mostrarle cómo he mantenido el secreto dentro del círculo familiar. Soy el único extraño que está al corriente, y mi carrera profesional depende de que sepa tener la boca cerrada.

En ese momento a mí me pareció que mi carrera profesional, por el contrario, dependía de no seguir con la boca cerrada. Verme presentado ante mi

señora, a mis años, como una suerte de policía subalterno era, otra vez, más de lo que mi cristianismo podía soportar.

—Le ruego, señora, que me permita informarle de que nunca, que yo sepa, he colaborado en esta abominable empresa detectivesca, en ningún sentido, desde el principio hasta el final. ¡Y conmino al sargento Cuff a que me contradiga si se atreve!

Tras haberme desahogado de esta forma experimenté un profundo alivio. Mi señora me honró con una amistosa palmadita en el hombro. Miré al sargento justamente indignado, por ver qué opinión le merecía mi testimonio. Él me miró con mansedumbre, como si yo le agradara más que nunca.

Mi señora le dio permiso para que reanudara su exposición.

—Comprendo —dijo— que ha hecho usted honradamente lo mejor en mi interés, según su criterio. Estoy preparada para escuchar lo que tenga que decirme a continuación.

—Lo que tengo que decirle a continuación —respondió el sargento— se refiere a Rosanna Spearman. Como quizá recuerde, señora, reconocí a esa muchacha cuando vino a traer el libro de registro de la lavandería. Hasta ese momento me inclinaba a dudar de que la señorita Verinder le hubiese confiado a alguien su secreto. Al ver a Rosanna cambié de opinión. De inmediato sospeché que estaba al corriente de la ocultación del diamante. La pobre muchacha ha tenido un final atroz, y no quiero que piense, señora, ahora que ella ya no está entre nosotros, que la he tratado con más dureza de la cuenta. De haber sido éste un caso de robo común, le habría concedido a Rosanna el beneficio de la duda con la misma generosidad que a los demás criados. Nuestra experiencia con mujeres que han pasado por el reformatorio nos indica que, cuando se ponen a prueba sus servicios y se les da un trato justo y amable, en la mayoría de los casos demuestran que su arrepentimiento es sincero y son dignas de los esfuerzos que se hacen por ellas. Sin embargo, éste no era un caso de robo común. Era un caso, a mi juicio, de un engaño perfectamente planificado, tras el cual se hallaba la propietaria del diamante. A la luz de esta idea, la primera consideración que se me presentó en relación con Rosanna fue, como es natural, la siguiente: ¿quedaría satisfecha la señorita Verinder (con perdón de usted, señora) haciéndonos creer a todos que la Piedra Lunar sencillamente se había perdido? ¿O querría ir un paso más allá e inducirnos a pensar que la joya había sido robada? En el segundo supuesto contaría con la ayuda de Rosanna Spearman, puesto que había sido una ladrona: Rosanna era la persona idónea para desorientarla a usted, señora, y desorientarme a mí, con una pista falsa.

Me pregunté si sería posible que expusiera el caso contra Rosanna y la señorita Rachel de un modo más cruel. Fue posible, como pronto verán ustedes.

—Juzgué que tenía una razón aún más sólida para sospechar de la fallecida. ¿Quién podría ayudar a la señorita Verinder a obtener su dinero en secreto a

cambio del diamante? Rosanna Spearman. Ninguna dama de la posición de la señorita Verinder podía afrontar una situación tan arriesgada por sus propios medios. Necesitaba un cómplice, y ¿quién mejor, volví a preguntarme, que Rosanna Spearman? Su difunta doncella, señora, era una ladrona de altos vuelos cuando se hallaba en la cima de su profesión. Me consta que tenía relaciones con uno de los pocos prestamistas de Londres que habría anticipado una importante suma de dinero por una joya tan notable como la Piedra Lunar, sin hacer preguntas incómodas ni poner condiciones incómodas. Tenga esto presente, señora, y permítame que le demuestre ahora cómo mis sospechas han quedado justificadas por los propios actos de Rosanna y por las sencillas deducciones que a partir de ellos pueden hacerse.

A continuación pasó a exponer pormenorizadamente los actos de Rosanna. Ya conocen ustedes tan bien como yo cuáles fueron, de ahí que podrán comprender de qué manera tan irrefutable esta parte de su informe se centró en establecer la implicación de la pobre muchacha en la desaparición de la Piedra Lunar. Hasta mi señora se amilanó al oírlo. No hizo ningún comentario cuando hubo terminado. Al sargento no pareció importarle si recibía o no una respuesta. Siguió adelante (¡el diablo se lo lleve!) sin la menor vacilación.

—Ahora que le he presentado el caso en su totalidad, tal como yo lo veo, sólo me resta decirle, señora, lo que me propongo hacer seguidamente. Se me ocurren dos maneras de llevar esta investigación a buen término. Una de ellas se me antoja certera. La otra, lo reconozco, es un experimento un tanto audaz. La señora deberá decidir. ¿Nos ocupamos primero de la certera?

Mi señora le indicó que procediera como mejor le pareciese.

—Gracias —dijo el sargento—. Empezaremos por la certera, puesto que la señora tiene la gentileza de fiarlo a mi criterio. Tanto si la señorita Verinder se queda en Frizinghall como si regresa, propongo, en ambos casos, que vigilemos atentamente sus movimientos: a qué personas ve, por dónde sale a cabalgar o a caminar y qué cartas puede enviar o recibir.

—¿Qué más? —preguntó mi señora.

—Solicito su permiso, señora, para introducir en la casa, en sustitución de Rosanna Spearman, a una mujer con experiencia en este tipo de investigaciones privadas, de cuya discreción puedo responder.

—¿Qué más? —repitió mi señora.

—Por último, propongo enviar a uno de mis compañeros para que llegue a un acuerdo con ese prestamista de Londres al que acabo de referirme como conocido de Rosanna Spearman, cuyo nombre y dirección puede tener la seguridad, señora, de que Rosanna le ha facilitado a la señorita Verinder. No niego que el plan que propongo costará dinero y consumirá tiempo, pero su resultado es infalible. Se trata de tender un hilo en torno a la Piedra Lunar y tirar progresivamente de él, hasta que descubramos que la joya obra en poder de la

señorita Verinder, suponiendo que ella decida conservarla. Si se ve acuciada por las deudas y decide desprenderse del diamante, tendremos a nuestro hombre preparado y estaremos esperando a la Piedra Lunar cuando ésta llegue a Londres.

Ver a su hija convertida en el objeto de semejante propuesta hirió profundamente a mi señora y la llevó a manifestar su enfado por primera vez.

—Considere su propuesta rechazada punto por punto —dijo— y exponga la otra vía para concluir la investigación.

—La otra vía —dijo el sargento, imperturbable como siempre— es ese audaz experimento al que ya he aludido. Creo haberme formado un juicio bastante acertado del carácter de la señorita Verinder. Es muy capaz (en mi opinión) de cometer un fraude temerario. Sin embargo, también tiene un temperamento impetuoso y pasional, y está poco acostumbrada a engañar por norma, a actuar con hipocresía en las cuestiones pequeñas y a dominarse frente a las provocaciones. Sus emociones, en este caso, se han desbordado en repetidas ocasiones, justo cuando más necesario le era ocultarlas. Es sobre esta peculiaridad de su carácter sobre la que propongo centrar las actuaciones. Quiero darle un buen susto sin previo aviso, en circunstancias que puedan llevarla a sacar su mal genio. Lisa y llanamente, quiero comunicarle la muerte de Rosanna sin una sola palabra de advertencia… con la esperanza de que sus mejores sentimientos la muevan a desahogarse. ¿Acepta, señora, esta alternativa?

Mi señora me desconcertó mucho más de lo que alcanzo a expresar. Respondió sin tardanza.

—Sí, la acepto.

—El calesín está preparado —dijo el sargento—. Buenos días, señora.

Lady Verinder levantó una mano y lo detuvo cuando él ya estaba en la puerta.

—Apelaremos a los mejores sentimientos de mi hija, tal como usted propone, pero exijo, como madre, el derecho a ser yo quien la ponga a prueba. Usted se quedará aquí, si tiene la bondad, y yo iré a Frizinghall.

Por una vez en la vida, el gran Cuff se quedó pasmado y sin habla, como un hombre ordinario.

Mi señora tocó la campanilla y ordenó su ropa impermeable. Seguía lloviendo a cántaros y, como ya se sabe, el coche cerrado había llevado a la señorita Rachel a la ciudad. Traté de que desistiera de salir con un tiempo tan inclemente. ¡Fue inútil! Solicité su permiso para acompañarla y sostener el paraguas. ¡Ni hablar de tal cosa! El calesín se acercó con el mozo de cuadras subido al pescante.

—Puede usted tener dos cosas por ciertas —le dijo en el vestíbulo al sargento Cuff—. Someteré a esa prueba a la señorita Verinder con la misma osadía que pudiera hacerlo usted. Y le informaré del resultado, bien personalmente, bien por

carta, antes de que salga el último tren para Londres esta noche.

Con esto subió al pescante y, tomando ella misma las riendas, partió en dirección a Frizinghall.

CAPÍTULO XXII

Tras la marcha de mi señora dispuse de tiempo para pensar en el sargento Cuff. Lo encontré sentado en un rincón del vestíbulo, consultando sus anotaciones y elevando ferozmente las comisuras de los labios.

—¿Tomando notas del caso? —pregunté.

—No. Consultando mi próximo compromiso profesional.

—¡Ah! ¿Cree que aquí ya ha terminado todo?

—Creo que lady Verinder es una de las mujeres más listas de Inglaterra. Como también creo que una rosa es mucho más digna de ser contemplada que un diamante. ¿Dónde está el jardinero, señor Betteredge?

No hubo forma de sacarle nada más sobre la Piedra Lunar. Había perdido el interés en su investigación por completo e insistió en buscar al jardinero. Una hora más tarde los oí discutir acaloradamente en el invernadero, una vez más a cuenta de la rosa canina.

Entre tanto yo quería averiguar si el señor Franklin persistía en dejarnos y tomar el tren de la tarde. Cuando supo cómo había concluido la conversación con mi señora, decidió esperar que llegase alguna noticia de Frizinghall. Esta comprensible alteración de sus planes —que en personas corrientes no habría llevado a nada en particular— tuvo un resultado muy desagradable en el caso del señor Franklin. Al estar inquieto y disponer de tiempo libre en abundancia, dejó que todas las facetas extranjeras de su personalidad salieran una tras otra como ratas de un saco.

Tan pronto en su faceta ítalo-inglesa, como en la germano-inglesa, como en la franco-inglesa, se entregó a deambular por todos los salones de la casa, sin otro tema de conversación que el trato que le diera la señorita Rachel y sin otro interlocutor que yo. Lo sorprendí, por ejemplo, en la biblioteca, sentado bajo el mapa de la Italia moderna, ajeno a cualquier método para abordar sus preocupaciones que no fuera expresarlas. « Tengo algunas aspiraciones muy dignas, Betteredge, pero ¿qué voy hacer con ellas ahora? Estoy lleno de buenas cualidades… ¡si Rachel me ayudase a darles salida!» Con tal elocuencia dibujaba el cuadro de sus méritos desatendidos y con tal patetismo se lamentaba una vez lo había completado, que me hallaba al límite de mi ingenio para consolarlo cuando de pronto se me ocurrió que el caso requería una saludable dosis de *Robinson Crusoe*. Fui renqueando a mis habitaciones y renqueando volví con aquel libro inmortal en la mano. ¡No había nadie en la biblioteca! El mapa de

la Italia moderna me miró y yo miré el mapa de la Italia moderna.

Busqué al señor Franklin en la sala de estar. Su pañuelo, caído en el suelo, me indicó que había pasado por allí, y la estancia vacía me indicó que había vuelto a salir.

Lo busqué en el comedor y sorprendí a Samuel con una galleta y una copita de jerez en la mano, escudriñando en silencio el aire vacío. Hacía un minuto que el señor Franklin había tocado furiosamente la campanilla para pedir un refrigerio. Mientras Samuel lo preparaba, con la mayor premura, el señor Franklin se había esfumado antes de que la campanilla hubiera dejado de sonar en el piso de abajo, agitada por la violenta sacudida.

Por fin di con él en la antecámara. Estaba en la ventana, dibujando jeroglíficos con un dedo en el vaho del cristal.

—Su jerez lo está esperando, señor —le dije. Lo mismo habría podido dirigirme a una de las cuatro paredes de la sala. Estaba perdido en lo más hondo de sus pensamientos, y nada podía arrancarlo de allí. « ¿Cómo se explica usted lo que está haciendo Rachel, Betteredge?» , fue todo cuanto dijo. Como no me vino a la cabeza ninguna respuesta oportuna, saqué el ejemplar de *Robinson Crusoe*, en el cual estaba yo firmemente convencido de que encontraríamos alguna explicación si le dedicábamos el tiempo necesario. El señor Franklin cerró el libro y se enzarzó al punto en un galimatías germano-inglés.

—¿Por qué no lo analizamos? —dijo, como si yo hubiera puesto alguna objeción al análisis—. ¿Por qué diablos pierde uno la paciencia, Betteredge, cuando la paciencia es lo único necesario para dar con la verdad? No me interrumpa. La conducta de Rachel es perfectamente comprensible si se mira con elemental justicia, analizando primero el aspecto objetivo y luego el subjetivo, para concluir con el objetivo-subjetivo. ¿Qué sabemos? Sabemos que la desaparición de la Piedra Lunar, el pasado jueves por la mañana, la ha sumido en un estado de agitación nerviosa del que aún no se ha recuperado. ¿Tiene algún reparo al aspecto objetivo hasta aquí? Muy bien… en ese caso no me interrumpa. Puesto que se encuentra en ese estado de agitación nerviosa, ¿cómo podemos esperar que se conduzca con normalidad con quienes la rodean? Razonando de este modo, de dentro afuera, ¿qué obtenemos? Obtenemos el aspecto subjetivo. Lo desafío a rebatir el aspecto subjetivo. Muy bien… ¿qué viene ahora? ¡Cielo santo! ¡Lo que viene es la explicación objetivo-subjetiva, naturalmente! Rigurosamente hablando, Rachel no es Rachel, sino otra persona. ¿Me ofende que esa otra persona me trate con crueldad? Usted es poco razonable, Betteredge, pero difícilmente puede acusarme a mí de lo mismo. ¿Cómo concluye todo entonces? Concluye, pese a su estrechez de miras y sus prejuicios ingleses, Betteredge, en que yo me siento enteramente cómodo y feliz. ¿Dónde está ese jerez?

A estas alturas mi cabeza se hallaba en tal estado de confusión que ya no

sabía si era mía o era del señor Franklin. En tan deplorable condición logré llevar a cabo lo que presumo fueron tres acciones objetivas. Le llevé el jerez al señor Franklin, me retiré a mi sala de estar y me reconforté con la pipa de tabaco más cargada que recuerdo haber fumado en toda mi vida.

No supongan, sin embargo, que iba a librarme del señor Franklin tan fácilmente. Reanudó sus andanzas de sala en sala, dio con el camino de las dependencias del servicio, detectó el olor de mi pipa, y al punto recordó que había dejado de fumar únicamente por complacer a la señorita Rachel. En un abrir y cerrar de ojos entró en mis habitaciones provisto de su caja de puros y reanudó con brío su eterno monotema, adoptando esta vez su prolija, ingeniosa y descreída vertiente francesa.

—Deme un fósforo, Betteredge. ¿Es concebible que un hombre pueda haber fumado tanto tiempo como yo sin descubrir que en el fondo de esta caja de cigarros yace un sistema completo para el trato con las mujeres? Sígame con atención y se lo demostraré en pocas palabras. Elige uno un cigarro, lo prueba y se siente decepcionado. ¿Qué hace entonces? Lo desecha y prueba otro. ¡Observe ahora la relación! Elige uno a una mujer, la prueba y ella le rompe el corazón. ¡Aprende de tu caja de cigarros, necio! ¡Deshazte de ella y prueba con otra!

Negué con la cabeza. Muy agudo, diría yo, pero mi propia experiencia me indicaba justamente lo contrario.

—En vida de la difunta señora Betteredge —dije—, más de una vez estuve tentado de probar esa filosofía, señor Franklin. Sin embargo, la ley lo obliga a uno a fumar el cigarro entero una vez lo ha elegido. —Acompañé esta observación de un guiño. El señor Franklin soltó una carcajada… y allí seguimos, contentos como grillos, hasta que una nueva faceta de su personalidad asomó a su debido tiempo. Así pasamos el rato juntos (mientras el sargento y el jardinero se peleaban por las rosas) hasta que llegaron noticias de Frizinghall.

El calesín regresó más de media hora antes de lo que yo esperaba. Mi señora había decidido quedarse de momento en casa de su hermana. El cochero traía dos cartas suyas: una dirigida al señor Franklin y la otra a mí.

Envié la carta del señor Franklin a la biblioteca, donde se había refugiado por segunda vez en su continuo ir y venir. Leí la mía en mi salita. Un cheque, que cayó al desdoblar el papel, me informó (antes de haber empezado siquiera la lectura) de que el despido del sargento en la investigación sobre la Piedra Lunar era ya un hecho consumado.

Mandé recado al invernadero, con el fin de que el sargento viniese a verme de inmediato. Se presentó, obsesionado con el jardinero y con la rosa canina, declarando que jamás se había visto hombre que igualara en obstinación al señor

Begbie, y que jamás se vería. Le pedí que apartara de nuestra conversación tan absurdas nimiedades y dedicase toda su atención a un asunto que sí era serio. Hizo el esfuerzo necesario para reparar en la carta que yo tenía en la mano.

—¡Ah! —dijo con voz cansada—. Han llegado noticias de la señora. ¿Me incumben en algún sentido, señor Betteredge?

—Juzgue usted mismo, sargento. —Le leí la carta (con mi mejor acento y mi mejor criterio), que decía así:

Mi buen Gabriel:

Le ruego que informe usted al sargento Cuff de que he cumplido la promesa que le hice, en lo que se refiere a Rosanna Spearman, con el siguiente resultado hasta el momento. La señorita Verinder afirma solemnemente que jamás ha hablado una sola palabra con Rosanna en privado, desde el día en que esa pobre muchacha entró en mi casa. En ninguna ocasión llegaron a verse, ni tan siquiera por azar, la noche en que desapareció el diamante; y jamás intercambiaron ninguna clase de información desde la mañana del jueves, cuando se dio la alarma en la casa, hasta hoy sábado por la tarde, cuando la señorita Verinder nos dejó. Esto es todo cuanto he podido obtener de mi hija tras comunicarle por sorpresa y con las mínimas palabras posibles el suicidio de Rosanna Spearman.

Llegado ese punto, aparté la vista de la carta y le pregunté al sargento Cuff qué opinión le merecía.

—Sólo conseguiría ofenderlo si le expresara mi opinión. Continúe, señor Betteredge —dijo, con exasperante resignación—, continúe.

Al recordar que aquel hombre había tenido la osadía de quejarse de la obstinación de nuestro jardinero, mi lengua me incitó a «continuar» en un tono distinto del que empleaba mi señora. Esta vez, sin embargo, supe conservar una actitud cristiana. Reanudé sin tardanza la lectura de la carta:

Tras dirigirme a la señorita Verinder según las recomendaciones del sargento, le he hablado de la manera a mi juicio más conveniente para impresionarla. En dos ocasiones distintas, antes de que mi hija abandonara mi casa, le advertí en privado que se estaba exponiendo a toda suerte de intolerables y degradantes sospechas. Ahora le he dicho, con toda claridad, que mis temores se han cumplido.

Su respuesta ha sido tan solemne como categórica. En primer lugar: no le debe dinero en secreto a ningún ser en este mundo. En segundo lugar: el diamante ni está ahora en su poder ni lo ha estado nunca, desde el momento en que lo guardó en su secreter el miércoles por la noche.

Hasta aquí llega la confianza que mi hija ha depositado en mí. Persiste en un silencio obstinado cuando le pregunto si puede explicar la desaparición de la joya. Con los ojos llenos de lágrimas, se niega a hablar cuando le ruego que se explique. «Algún día comprenderás por qué no me preocupa ser objeto de sospechas y por qué guardo silencio incluso ante ti. He hecho mucho para que mi madre se compadezca de mí… nada para que se avergüence.» Éstas fueron sus palabras textuales.

Después de lo que ya hemos hablado el sargento y yo, considero —aunque sea un extraño— que debe estar al corriente de cuanto ha dicho la señorita Verinder, lo mismo que usted. Léale mi carta y entregúele después el cheque que adjunto. Renunciando al derecho de solicitar sus servicios en el futuro, sólo me resta decir que estoy convencida de su honradez y de su inteligencia, pero aun más de que las circunstancias, en este caso, lo han llevado a equivocarse desastrosamente.

Así concluía la carta. Antes de entregarle el cheque, le pregunté al sargento si tenía alguna observación que hacer:

—No tengo el deber, señor Betteredge, de hacer ninguna observación sobre un caso cuando he dejado de ocuparme de él.

Le lancé el cheque a través de la mesa.

—¿Cree usted en esa parte de la carta de mi señora? —le pregunté, indignado.

El sargento miró el cheque y enarcó las cejas tristes en reconocimiento a la munificencia de lady Verinder.

—Es una estimación tan generosa del valor de mi tiempo —señaló— que me veo en la obligación de corresponder de alguna manera. Recuerde, Betteredge, la cantidad consignada en este cheque, cuando llegue el momento de recordarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Su señora ha logrado resolver el problema temporalmente con mucha inteligencia —dijo—, pero este escándalo familiar es de los que vuelven a estallar cuando menos se lo espera. Reanudaremos nuestras pesquisas, señor, antes de que hayan transcurrido muchos meses.

Si algo quiso dar a entender con estas palabras, y con el tono en que las pronunció, fue lo siguiente: la carta de mi señora demostraba, a juicio del sargento, que la señorita Rachel se había endurecido hasta el punto de resistir incluso la más tenaz de las súplicas y de engañar a su propia madre (¡Dios sabe por qué motivos!) con una sarta de abominables mentiras. Ignoro cómo habría respondido al sargento otra persona en mi lugar. Yo le respondí sin rodeos.

—¡Sargento Cuff, considero que esta última observación es un insulto para mi señora y para su hija!

—Considérelo como una advertencia para usted mismo, señor Betteredge, y estará más cerca de acertar en el blanco.

Por grande y ardiente que fuera mi enfado, la infernal confianza con que me dio esa respuesta selló mis labios.

Me acerqué a la ventana con el fin de serenarme. Había dejado de llover, y ¿a quién creen que vi en el patio? Al señor Begbie, el jardinero, a la espera de reanudar la polémica sobre la rosa canina con el sargento Cuff.

—Salude al sargento de mi parte —dijo el señor Begbie, nada más verme—. Si tiene intención de ir andando a la estación, lo acompañaré con mucho gusto.

—¡Cómo! —exclamó el sargento a mis espaldas—. ¿Todavía no se ha convencido?

—¡Un poco sí, qué diablos! —respondió el señor Begbie.

—¡En ese caso iré andando a la estación! —dijo el sargento.

—¡En ese caso lo esperaré en la verja! —dijo el señor Begbie.

Yo estaba furioso, como ya se ha dicho, pero ¿cómo puede un hombre aferrarse a su furia ante semejante interrupción? El sargento Cuff se percató del cambio y me alentó con una palabra a tiempo.

—¡Vamos, vamos! ¿Por qué no adopta la misma visión del caso que su señora? ¿Por qué no dice que las circunstancias me han llevado a cometer un error desastroso?

Adoptar el punto de vista de mi señora, en cualesquiera circunstancias, era un privilegio del que bien valía la pena disfrutar, aun cuando fuera el sargento quien formulara la propuesta. Me calmé poco a poco. Consideré con altivo desprecio cualquier opinión sobre la señorita Rachel distinta de la de mi señora o la mía. Pero ¡no podía quitarme de la cabeza la Piedra Lunar! Mi buen juicio, lo sé, debería haberme aconsejado que era preferible olvidar el asunto; sin embargo, las virtudes por las que se distingue la generación actual no se habían inventado en mi época. El sargento Cuff me había herido en lo más vivo y, aunque lo miré con desprecio, la herida seguía escociéndome. Con el fin de desquitarme volví a sacar a colación la carta de lady Verinder.

—Yo estoy muy satisfecho —dije—. ¡Claro que eso no tiene ninguna importancia! Sigamos adelante como si todavía estuviera dispuesto a dejarme convencer. Usted no cree que la palabra de la señorita Rachel merezca ser tomada en cuenta, y que volveremos a tener noticias del diamante. Argumente su opinión, sargento —concluí con displicencia—. Argumente su opinión.

En lugar de ofenderse, el sargento me estrechó la mano hasta que volvieron a dolerme los dedos.

—¡Bien sabe Dios —dijo el extraño detective en un tono muy solemne— que mañana mismo entraría al servicio doméstico, señor Betteredge, si tuviera la oportunidad de trabajar con usted! Decir que es usted transparente como un niño, señor, es hacerles a los niños un cumplido que en nueve de cada diez ocasiones no merecen. ¡Vamos, vamos!, no discutamos más. No necesita usted tratarme con dureza. No diré una sola palabra más de la señora o de la señorita Verinder,

sólo me convertiré en profeta, por una vez y por el bien de usted. Ya le he advertido que no han terminado ustedes con la Piedra Lunar. Muy bien. Ahora, antes de irme, le diré tres cosas que ocurrirán en el futuro y, así lo creo, requerirán toda su atención, les guste o no.

—¡Adelante! —dije, sin arredrarme, más displicente que nunca.

—La primera es que tendrán noticias de los Yolland cuando el cartero entregue la carta de Rosanna en Cobb's Hole el lunes próximo.

De haberme tirado un jarro de agua fría, dudo que hubiera logrado incomodarme más de lo que me incomodaron estas palabras. La declaración de inocencia de la señorita Rachel dejaba totalmente sin explicación el comportamiento de Rosanna: la confección de un nuevo camisón, el ocultamiento del camisón manchado de pintura y todo lo demás. ¡Y yo no había caído en la cuenta hasta que el sargento me obligó a reparar en ello!

—En segundo lugar —continuó—, volverán a tener noticias de los tres hindúes. Les llegarán noticias de los hindúes en los alrededores si la señorita Rachel se queda en los alrededores. Y les llegarán noticias de los hindúes en Londres si la señorita Rachel se va a Londres.

Como yo había perdido todo interés por los magos, y estaba plenamente convencido de la inocencia de la señorita, me tomé con bastante tranquilidad esta segunda profecía.

—Ya me ha dicho usted dos de las cosas que van a ocurrir —señalé—. ¡Oigamos la tercera!

—La tercera y última —dijo el sargento— es que, tarde o temprano, también tendrán noticias de ese prestamista de Londres al que ya me he tomado la libertad de referirme en dos ocasiones. Deme su libreta y le anotaré su nombre y dirección… para que no quede lugar a dudas llegado el momento.

Escribió en una hoja en blanco: « Señor Septimus Luker, Middlesex, Lambeth, Londres» .

—Éstas —dijo, señalando la dirección— son las últimas palabras sobre la Piedra Lunar con que le molestaré por el momento. El tiempo demostrará si estoy o no en lo cierto. Entre tanto, señor, me marcho de aquí albergando una sincera simpatía por usted, lo cual creo que nos honra a los dos. Si no volvemos a vernos antes de mi jubilación, espero que venga a visitarme a una casita cerca de Londres a la que le he echado el ojo. Le prometo, señor Betteredge, que en mi jardín habrá senderos de hierba. Y en cuanto a la rosa blanca almizcleña…

—Ni por un momento se imagine que conseguirá cultivar la rosa blanca almizcleña sin injertarla primero con la rosa canina —gritó una voz desde la ventana.

Nos volvimos los dos. Allí estaba el sempiterno señor Begbie, demasiado ávido de reanudar su controversia para seguir aguardando en la verja. El sargento me estrujó la mano y salió disparado al jardín, aún más enardecido.

—¡Cuando vuelva —me gritó el gran Cuff, saludándome a su vez desde el otro lado de la ventana—, pregúntele por la rosa almizcleña y ya verá si todavía tiene algo que decir en su defensa!

—¡Caballeros! —exclamé, tratando de templar los ánimos como ya había hecho anteriormente—. ¡Hay mucho que decir en ambos sentidos acerca de la rosa almizcleña! —Lo mismo que si predicara en el desierto. Allá se marcharon los dos, enzarzados por culpa de las rosas en una guerra sin cuartel. Antes de perderlos de vista vi al señor Begbie sacudiendo la cabeza con obstinación, y al sargento Cuff sujetándolo del brazo como a un detenido. ¡Ay, ay! Reconozco que no pude evitar sentir una gran simpatía por el sargento, a pesar de lo mucho que lo detestaba.

Explíquense si pueden ese estado de ánimo. Pronto se verán ustedes libres de mí y de mis contradicciones. Sólo me resta referir, para concluir el relato de los sucesos del sábado, cómo fue la partida del señor Franklin.

Y tras consignar algunos hechos extraños que acontecieron en el curso de la semana siguiente, habré terminado mi parte en esta historia, y cederé la pluma a la persona destinada a tomarme el relevo. Si están ustedes tan cansados de leer esta narración como lo estoy yo de escribirla, no se desanimen… ¡ya verán cómo nos divertimos unas páginas más adelante!

CAPÍTULO XXIII

Tenía el calesín preparado, para el caso de que el señor Franklin insistiera en tomar el tren de la noche. A juzgar por el equipaje que siguió a nuestro caballero hasta el piso de abajo era indudable que, por una vez en la vida, había tomado una decisión firme.

—Entonces, ¿está usted decidido, señor? —pregunté cuando nos encontramos en el vestíbulo—. ¿Por qué no espera un par de días y le da otra oportunidad a la señorita Rachel?

El señor Franklin parecía haber perdido del todo su barniz extranjero ahora que llegaba el momento de la despedida. En lugar de responderme con palabras, me puso en la mano la carta que le había escrito su tía. Allí se repetía en su mayor parte lo que yo había leído en mi propia misiva, pero se añadía también un pasaje final sobre la señorita Rachel que explicará la determinación del joven, si es que no había otra explicación.

Imagino que te sorprenderá —decía lady Verinder— que le consienta a mi hija esta ocultación. Un diamante valorado en veinte mil libras ha desaparecido, y me veo en la circunstancia de deducir que el misterio de su desaparición no es tal misterio para Rachel, a quien alguna persona o personas completamente desconocidas para mí le han impuesto la incomprensible obligación de guardar silencio, con algún propósito que no alcanzo siquiera a imaginar. ¿Es concebible que yo tolere que se juegue conmigo de esta manera? Lo es sin ninguna duda, en el estado en que se encuentra Rachel. Da lástima ver la inquietud que se ha apoderado de ella. No me atrevo a plantear siquiera la cuestión del diamante hasta que el tiempo haya logrado tranquilizarla. A tal fin no he vacilado en despedir a ese oficial de policía. El misterio es tan desconcertante para él como para nosotros. No es éste un asunto en el que podamos recibir ayuda de un extraño. Su presencia contribuye a mi desazón, y Rachel se vuelve loca con sólo oír su nombre.

Mis planes para el futuro son firmes. Me propongo llevar a Rachel a Londres, en parte con la idea de que un cambio radical pueda beneficiarla, en parte con la intención de solicitar el mejor consejo médico. ¿Puedo pedirte que nos veamos en la ciudad? Mi querido Franklin, también tú, a tu manera, debes emular mi paciencia y esperar, como yo espero, a que el momento sea más propicio. Tu valiosa ayuda en la investigación sigue siendo, en el terrible estado en que se encuentra Rachel, una ofensa que ella no puede perdonar. Al actuar a ciegas en estas circunstancias has añadido una nueva carga a su pesadumbre, amenazando

inocentemente con tus esfuerzos el descubrimiento de su secreto. Me resulta imposible excusar el empecinamiento que te hace responsable de consecuencias que ni tú ni yo podríamos prever o adivinar. No cabe razonar con ella; sólo cabe compadecerla. Me duele mucho tener que decir esto, pero creo que por el momento es mejor que Rachel y tú estéis separados. Sólo puedo aconsejarte que le des tiempo.

Le devolví la carta al señor Franklin, sinceramente apenado por él, pues sabía cuánto quería a mi señorita, y comprendí que las palabras de su tía le habían herido en lo más hondo.

—Ya conoce el refrán, señor —me limité a decir—. Cuando las cosas ya no pueden empeorar, por fuerza tienen que mejorar. Las cosas ya no pueden empeorar más, señor Franklin.

Dobló la carta de su tía, sin indicios de que este comentario que me había atrevido a dirigirle le hubiera consolado gran cosa.

—Cuando vine de Londres con ese funesto diamante —dijo—, pensé que no había en toda Inglaterra una casa más feliz que ésta. ¡Mire en qué estado se encuentra ahora! ¡Disgregada, desunida… hasta el aire parece envenenado de misterio y de sospecha! ¿Se acuerda de aquella mañana, en las Arenas Temblonas, cuando hablamos de mi tío Herncastle y de su regalo de cumpleaños? ¡La Piedra Lunar ha asistido al coronel en su venganza de un modo que ni él mismo se atrevió a soñar!

Con esto me estrechó la mano y salió para subir al calesín.

Lo seguí escaleras abajo. Era muy triste verlo abandonar de ese modo el lugar en el que había pasado los años más felices de su vida. Penelope (muy alterada por todo lo acaecido en la casa) apareció llorando para despedirse de él. El señor Franklin la besó. Con un ademán de la mano le indiqué: «Es usted bienvenido, señor». Otras criadas también se acercaron a atisbar desde una esquina. El señor Franklin era de esos hombres que gustan a todas las mujeres. En el último momento, detuve el calesín para rogarle que nos diera noticias por carta. No pareció prestarme atención: lo miraba todo, como si se despidiera de la casa y de los jardines.

—¡Díganos adónde va, señor! —le pedí, reteniendo el calesín y tratando de averiguar cuáles eran sus planes. El señor Franklin se caló el sombrero hasta los ojos.

—¿Adónde? —dijo, devolviéndome la pregunta como el eco—. ¡Voy al infierno! —El poni salió disparado al oír esta palabra, como si le causara un horror cristiano.

—¡Dios lo bendiga señor, dondequiera que vaya! —fue cuanto acerté a decir antes de perderlo de vista. ¡Un caballero bueno y agradable! Dejó tras de sí un triste vacío al abandonar la casa de mi señora.

Todo se había tornado tedioso y deprimente cuando el largo atardecer del verano dio paso a la noche del sábado.

Traté de combatir el abatimiento aferrándome a mi pipa y a mi *Robinson Crusoe*. Las mujeres (con la excepción de Penelope) se entretuvieron hablando del suicidio de Rosanna. Se obstinaban todas en que la pobre muchacha había robado la Piedra Lunar y se había quitado la vida por el terror de ser descubierta. Mi hija, como es natural, no se apartaba de lo que había dicho desde el principio. Su explicación de los motivos que se hallaban en el fondo del suicidio fallaba, curiosamente, en el mismo punto en que fallaba la proclamación de inocencia de mi señorita. El viaje furtivo de Rosanna a Frizinghall y todas sus ocupaciones en torno al camisón resultaban indescifrables. De nada sirvió señalárselo a Penelope; la objeción caló en ella lo mismo que la lluvia sobre un impermeable. Lo cierto es que mi hija ha heredado de mí esa tendencia a cruzar los límites de la razón, y hay que decir que en este logro aventaja con creces a su propio padre.

Al día siguiente, domingo, el carruaje que había llevado a mi señora a casa de los Ablewhite regresó vacío. El cochero traía una nota para mí junto con instrucciones escritas para la doncella de mi señora y para Penelope.

La nota me informaba de que la señora había decidido llevarse a la señorita a su casa de Londres el lunes. Las instrucciones indicaban a las doncellas qué ropa debían preparar, además de la hora a la que debían reunirse con las señoras en la ciudad. La mayor parte de la servidumbre seguiría a las damas. Tan reacia se mostraba la señorita a regresar a esta casa después de lo ocurrido que su madre resolvió emprender el viaje a Londres directamente desde Frizinghall. Yo me quedaría en el campo, hasta nueva orden, al cuidado de la casa y de las tierras. Los criados que se quedaran conmigo recibirían tan sólo alojamiento y manutención.

Todo esto me hizo recordar las palabras del señor Franklin, de cómo nuestra casa se había disgregado y desunido, y fue natural que mis pensamientos se centraran en él. Cuanto más pensaba en el caballero, más me preocupaba cuáles podrían ser sus acciones futuras. Terminé por enviarle una carta con el correo dominical al mayordomo de su padre, el señor Jeffco (a quien tuve ocasión de conocer en años anteriores), con el ruego de que me pusiera al corriente de las ocupaciones del señor Franklin tras su llegada a Londres.

La tarde del domingo fue aún más deprimente que la del sábado, si es que cabía tal cosa. Dimos por concluido nuestro día de descanso tal como suelen hacerlo en estas islas cientos de miles de personas, es decir, nos anticipamos al momento de acostarnos quedándonos dormidos en nuestras sillas.

Ignoro cómo afectó el lunes al resto de la servidumbre. A mí me propinó un buen susto. La primera de las profecías del sargento Cuff —a saber, que tendría noticias de los Yolland— se hizo realidad.

Había dejado en la estación a Penelope y a la doncella de mi señora con el equipaje dispuesto para Londres, y estaba dando una vuelta por las tierras cuando oí que me llamaban. Me volví y me encontré frente a frente con la hija del pescador, Lucy la Coja. Al margen de su pie deforme y de su extrema delgadez (esta última una horrorosa desventaja para una mujer, en mi opinión), la muchacha no carecía de algunas cualidades agradables para un hombre. La tez morena, el rostro inteligente y vivo, una voz clara y una hermosa cabellera castaña figuraban entre sus méritos. Una muleta se añadía a la lista de sus desgracias, y el mal genio elevaba notablemente la suma total de sus defectos.

—¿Qué se te ofrece, hija?

—¿Dónde está ese hombre al que llaman el señor Franklin? —me preguntó, lanzándome una mirada feroz, al tiempo que se apoyaba en su muleta.

—Ésa no es manera de hablar de un caballero —respondí—. Si deseas información acerca del sobrino de mi señora, ten la bondad de referirte a él como el señor Franklin Blake.

Se acercó un paso más y me miró como si fuera a comerme vivo.

—¿El señor Franklin Blake? —repitió—. El asesino Franklin Blake sería un nombre más propio para él.

Mi experiencia con la difunta señora Betteredge me resultó muy útil en aquel momento. Cuando una mujer trata de sacarlo a uno de quicio, lo que hay que hacer es volver las tornas para que sea ella la que pierda los estribos. Por lo general están preparadas para cualquier esfuerzo que uno pueda realizar en su propia defensa menos para éste. Una palabra vale tanto como un centenar. Y una palabra bastó con Lucy la Coja. La miré a la cara sin perder la sonrisa.

—¡Bah! —le dije.

La muchacha se enardeció al instante. Apoyándose en el pie bueno, aferró la muleta y la golpeó tres veces violentamente contra el suelo.

—¡Es un asesino! ¡Es un asesino! ¡Es un asesino! ¡Ha causado la muerte de Rosanna Spearman! —gritó con todas sus fuerzas. Un par de hombres que estaban trabajando en las tierras se volvieron a mirarnos, vieron que era Lucy la Coja y, como ya la conocían, no prestaron mayor atención.

—¿Le ha causado la muerte a Rosanna Spearman? —repetí—. ¿Por qué dices eso, Lucy?

—¿Qué puede importarle a usted? ¿Qué puede importarle a ningún hombre? ¡Ay, si hubiera tenido la misma opinión de los hombres que tengo yo, ahora seguiría viva!

—Siempre tuvo una buena opinión de mí, la pobrecilla, y yo hice siempre lo posible por tratarla bien.

Pronuncié estas palabras con intención de que se tranquilizara. La verdad es que no tuve valor para soliviantarla con una de mis réplicas ingeniosas. En un principio sólo me percaté de su furia. Después reparé en su dolor, y el dolor,

como bien se sabe, se viste a menudo de insolencia en esta vida miserable.

—Yo la quería —dijo la muchacha en voz baja—. Había tenido una vida muy triste, señor Betteredge… Se dejó influir por gentes viles que la maltrataron… y sin embargo no perdió su dulzura. Era un ángel. Podría haber sido feliz conmigo. Yo había planeado que nos fuéramos las dos juntas a Londres, como hermanas, para ganarnos la vida con la costura. Ese hombre vino y lo estropeó todo. La embrujó. No me diga usted que él no lo sabía y que lo hizo sin intención. Tendría que haberse dado cuenta. Tendría que haberse compadecido de ella. « No puedo vivir sin él… y ni siquiera me mira, Lucy.» Eso me dijo. Cruel, cruel, cruel. Yo le dije: « Ningún hombre merece que sufras así» . Y me contestó: « Hay hombres por los que vale la pena morir, Lucy, y él es uno de ellos» . Yo tenía algún dinero ahorrado. Ya había hablado con mis padres. Iba a llevármela de aquí para que no sufriera. Habríamos encontrado un modesto alojamiento en Londres y habríamos vivido como hermanas. Usted sabe, señor, que ella tenía una buena educación, y buena caligrafía. Yo no soy tan rápida con la aguja como era ella, pero habría podido defenderme. Nos habríamos ganado la vida honradamente. Y, ¡ay!, ¿qué ocurre esta mañana? ¿Qué ocurre esta mañana? Recibo una carta suya en la que me dice que ha puesto fin a la carga de su vida. Se despide de mí para siempre. ¿Dónde está ese hombre? —gritó entre sus lágrimas, levantando la cabeza de la muleta y enfureciéndose de nuevo—. ¿Dónde está ese caballero al que sólo puedo referirme con respeto? ¡Ja!, señor Betteredge, pronto llegará el día en que los pobres se alcen contra los ricos. Le ruego a Dios que empiecen por él. Le ruego a Dios que empiecen por él.

¡He aquí otro ejemplo de buena cristiana, y otro ejemplo de desvarío cuando se lleva el cristianismo demasiado lejos! Creo que ni el mismo párroco (y bien sé que eso es mucho decir) hubiera reprendido a la muchacha en el estado en que se hallaba en ese momento. No me aventuré más que a centrar la cuestión, con la esperanza de que pudiera revelarme algo.

—¿Qué es lo que quieres del señor Franklin Blake?

—Quiero verlo.

—¿Por algún motivo en particular?

—Tengo una carta para él.

—¿De Rosanna Spearman?

—Sí.

—¿Enviada junto a la tuya?

—Sí.

¿Iban a disiparse las tinieblas? ¿Se me ofrecían voluntariamente las revelaciones que tanto anhelaba? Tuve que contenerme un momento. El sargento Cuff me había contagiado. Determinados indicios y manifestaciones, que sólo yo conocía, me advirtieron de que la fiebre del detective volvía a apoderarse de mí.

—No puedes ver al señor Franklin —dije.

—Tengo que verlo y lo veré.

—Se fue anoche a Londres.

Lucy la Coja me miró fijamente y comprendió que le estaba diciendo la verdad. Sin decir más, dio media vuelta en dirección a Cobb's Hole.

—¡Un momento! Espero noticias del señor Franklin para mañana. Dame la carta y yo se la haré llegar.

Lucy se apoyó en la muleta y me miró por encima del hombro.

—Debo entregársela personalmente. Y no se la entregaré de otra manera.

—¿Quieres que le escriba y le diga lo que me has contado?

—Dígale que lo aborrezco. De esa manera le dirá la verdad.

—Sí, sí. Pero esa carta…

—Si quiere la carta, que vuelva y me la pida.

Con estas palabras se alejó renqueando. La fiebre del detective consumió al instante toda mi dignidad. La seguí y traté de sonsacarle algo. De nada sirvió. Yo tenía la desgracia de ser un hombre… y Lucy la Coja se complació en defraudarme. Ese mismo día, algo después, probé fortuna con su madre. La buena señora Yolland sólo acertaba a llorar y a ofrecerme un traguito de ginebra holandesa. Di con su marido en la playa. El pescador dijo que era «un mal asunto» y siguió remendando sus redes. Ni el padre ni la madre sabían más de lo que yo sabía. No me quedaba otra alternativa que escribir al señor Franklin Blake al día siguiente.

Figúrense ustedes el ansia con que aguardé la llegada del cartero en la mañana del martes. Me trajo dos cartas. Una de Penelope (que casi no tuve la paciencia de leer), en la que me anunciaba que mi señora y la señorita Rachel se habían instalado en Londres sin contratiempos. La otra era del señor Jeffco, y me informaba de que el señor Franklin ya había abandonado Inglaterra.

Al parecer, el caballero fue derecho a casa de su padre nada más poner un pie en la ciudad. Llegó a una hora intempestiva. Encontró a su padre muy atareado en asuntos relacionados con su trabajo en la Cámara de los Comunes, entretenido en concreto con ese pasatiempo parlamentario favorito que se conoce como proyecto de ley. El propio señor Jeffco acompañó al señor Franklin al estudio de su padre. «¡Mi querido Franklin! ¿A qué se debe esta sorpresa? ¿Ha ocurrido algo?» «Sí, ha ocurrido algo con Rachel, y estoy terriblemente consternado.» «Lo lamento, pero en este momento no puedo escucharte.» «¿Cuándo podrás escucharme?» «¡Hijo mío! No te engañaré. Podré escucharte cuando haya terminado la sesión, ni un segundo antes. Buenas noches.» «Gracias, señor. Buenas noches.»

Tal fue la conversación entre padre e hijo en el estudio del anciano señor Blake, según el testimonio del señor Jeffco. La que tuvo lugar fuera del estudio fue todavía más breve. «Jeffco, averigua a qué hora sale mañana el tren de la costa.» «A las seis cuarenta, señor Franklin.» «Di que me avisen a las cinco.»

« ¿Se marcha al extranjero, señor?» « Me marcho, Jeffco, a donde el tren quiera llevarme.» « ¿Debo informar a su padre, señor?» « Sí, cuando haya terminado la sesión.»

A la mañana siguiente el señor Franklin abandonó el país. Adónde se dirigía nadie (ni siquiera él) podía saberlo. Recibiríamos noticias suyas desde Europa, Asia, África o América. Las posibilidades, en opinión del señor Jeffco, se repartían a partes iguales entre las cuatro esquinas del mundo.

Esta noticia —que acababa con cualquier posibilidad de encuentro entre el señor Franklin y Lucy la Coja— paralizó de inmediato todo avance en mis investigaciones. La idea de Penelope, según la cual su compañera se había quitado la vida por amor al señor Franklin, quedaba así confirmada… y eso era todo. Es imposible saber si la carta que Rosanna dejó para serle entregada al señor Franklin después de su muerte incluía o no la confesión que según éste sospechaba ella había tratado de hacerle en vida. Tal vez no hubiera en esa carta nada más que unas palabras de despedida, que tan sólo desvelarían las secretas y desdichadas fantasías de una muchacha por un hombre que no estaba a su alcance. O tal vez pudieran revelar toda la verdad sobre las intrigas en que el sargento Cuff sorprendió a Rosanna desde el momento en que desapareció el diamante hasta el momento en que la joven se arrojó a las Arenas Temblonas. Una carta cerrada se había depositado en manos de Lucy la Coja, y cerrada siguió para mí y para todos cuantos rodeaban a la muchacha, incluidos sus padres. Todos sospechábamos que la difunta se había confiado a ella; todos tratamos de que dijera lo que sabía; todos fracasamos. A veces uno a veces otro de los criados —convencidos aún de que Rosanna había robado el diamante y lo había escondido— husmeaban y escudriñaban, siempre en vano, entre las rocas en las que se perdió su rastro. La pleamar sucedía a la bajamar. Pasó el verano y llegó el otoño. Y las arenas movedizas, que escondían su cuerpo, escondían también su secreto.

La noticia de la partida del señor Franklin el domingo por la mañana, y la noticia de la llegada a Londres de mi señora y de la señorita Rachel el lunes por la tarde me llegaron, como ya se conoce, con el correo del martes. El miércoles nada trajo consigo. El jueves llegaron nuevos informes de Penelope.

Mi hija me comunicaba que un médico muy reputado había visitado a la señorita, y se había ganado una guinea declarando que lo que necesitaba era distraerse. Floristerías, óperas y bailes: se planificaron toda clase de diversiones; y la señorita Rachel, para asombro de su madre, las aceptó todas ávidamente. El señor Godfrey había estado allí, tan encantador como siempre, pese al trato recibido cuando puso a prueba su suerte el día del cumpleaños. Con gran pesar de Penelope, se lo recibió con la mayor cordialidad, y el nombre de la señorita Rachel se incorporó seguidamente a uno de sus Comités de Damas. De mi señora decía que estaba desanimada y que había tenido dos largas reuniones con su

abogado. Esto dio lugar a algunas especulaciones relacionadas con una pariente pobre de la familia, la señorita Clack, a la que ya mencioné en el relato de la cena de cumpleaños y que era la persona que se sentaba al lado del señor Godfrey, muy aficionada al champaña. A Penelope le sorprendía que la señorita Clack no hubiese pasado todavía de visita. Seguro que no tardaría en acoplarse a la señora, como siempre, y etcétera, etcétera, según acostumbran las mujeres a mofarse las unas de las otras, ya sea sobre un papel o en persona. Reconozco que no merece la pena consignar este detalle, salvo por una razón. He sabido que quedarán ustedes en manos de la señorita Clack tras verse libres de mí. En tal caso, háganme el favor de no creer una sola palabra de lo que pueda decir si habla de este humilde servidor.

La mañana del viernes transcurrió sin incidentes, si exceptuamos que uno de los perros mostraba señales de pelea detrás de las orejas. Le di una dosis de jarabe de espino cerval y lo puse a dieta de caldo y verduras hasta nueva orden. Disculpen esta digresión. Por alguna razón se me ha colado. Tengan la bondad de pasarla por alto. Estoy a punto de poner fin a mis ofensas contra su refinado gusto moderno. Además, el perro era un buen animal y se merecía sus buenos cuidados; ya lo creo que sí.

El sábado, último día laborable de la semana, es también el último día de mi relato.

Con el correo de la mañana me llegó una sorpresa, en forma de periódico londinense. Me desconcertó la letra con que se había escrito la dirección. La comparé con la nota de mi libreta, donde se había registrado el nombre y la dirección del prestamista, y la identifiqué entonces como la letra del sargento Cuff.

Mientras examinaba ávidamente el periódico tras esta revelación, hallé un círculo de tinta en torno a uno de los informes policiales. Aquí está, a la disposición de ustedes. Léanlo tal como yo lo leí, y podrán asignar el valor exacto a la cortesía que tuvo el sargento al enviarme las noticias del día:

> Lambeth. Poco después de la hora del cierre de los juzgados, el señor Septimus Luker, el famoso comerciante en gemas, tallas y objetos afines, solicitó audiencia con el juez de guardia. El interesado declaró que en distintos momentos del día había sido molestado por las actividades de uno de esos grupos de magos hindúes que infestan las calles. Se quejaba en concreto de tres individuos. Tras haber sido expulsados por la policía de los alrededores de su casa, habían regresado reiteradamente y habían intentado entrar en la residencia, so pretexto de pedir caridad. Después de que se les ahuyentara una vez más de la puerta principal, se acercaron por la entrada

de servicio. Además de las citadas molestias, el señor Luker expresó el temor de que tuvieran intenciones de robo. Su colección contenía numerosas gemas únicas, tanto clásicas como orientales, del máximo valor. Justo un día antes, el denunciante se había visto obligado a despedir a un diestro artesano que trabajaba a su servicio como tallista de marfil (originario de la India, según hemos sabido), pues sospechaba que había intentado robarle; y en modo alguno podía asegurar que este hombre y los magos de los que se quejaba no actuaran en colaboración. Pudiera ser su objetivo congregar una multitud y originar algún revuelo en la calle, con el fin de acceder a la casa aprovechándose de la confusión. A preguntas del juez, el señor Luker reconoció que no podía demostrar que se estuviera planeando un robo. Tan sólo tenía pruebas fehacientes de los trastornos que le habían causado los hindúes, pero nada más. El juez le señaló que, si los hindúes volvían a molestarlo, el interesado podría denunciarlos ante ese mismo juzgado, donde se les trataría de conformidad con la ley. En cuanto a los objetos de valor que poseía el señor Luker, él mismo debía tomar las medidas oportunas para su correcta custodia. Quizá debiera recurrir al consejo de la policía y adoptar las precauciones adicionales que la experiencia de los agentes pudiera proporcionarle. El interesado dio las gracias a Su Señoría y se retiró.

Se dice que uno de los sabios de la Antigüedad (no recuerdo en qué circunstancias) recomendó a sus semejantes «emplearse a fondo». Tras haberme empleado a fondo en la redacción de estas páginas, después de haberme preguntado durante días cómo iba a escribirlas, veo que esta veraz exposición de los hechos está a punto de concluir, muy oportunamente, por sus propios medios. Hemos avanzado hasta aquí en el enigma de la Piedra Lunar de maravilla en maravilla, y terminamos con la mayor maravilla de todas: a saber, el cumplimiento de las tres predicciones del sargento Cuff en el plazo de menos de una semana desde el momento en que las formuló.

El lunes tuve noticias de los Yolland y ahora sabía de los hindúes y del prestamista a través del periódico de Londres. Recuérdese que la señorita Rachel también se encontraba en la ciudad. Puede verse que me pongo en lo peor, aun cuando todo apunte en una dirección contraria a mi visión del caso. Si me abandonan ustedes para ponerse de parte del sargento a la luz de estas pruebas —si la única explicación racional que encuentran es que la señorita Rachel y el señor Luker han tenido que verse, y que la Piedra Lunar le ha sido entregada en garantía al prestamista—, confieso que no puedo culparles por llegar a dicha conclusión. A ciegas los he traído hasta este punto. A ciegas me veo ahora en la obligación de dejarlos, con el mayor de mis respetos.

¿Por qué en la obligación…?, cabría preguntar. ¿Por qué no conducir, a quienes me han acompañado hasta aquí, a esas regiones superiores del

conocimiento a las cuales yo ya he llegado?

En respuesta a esta pregunta sólo puedo decir que actúo de acuerdo con unas órdenes precisas, y que dichas órdenes se me han dado (así lo entiendo yo) en interés de la verdad. Se me ha prohibido que desvele en este relato más de lo que yo sabía en ese momento. Lisa y llanamente, debo ceñirme estrictamente a los límites de mi propia experiencia y no revelar nada de lo que otras personas me contaron después, por la sencilla razón de que recibirán ustedes la oportuna información de esas otras personas de primera mano. En lo que concierne a la Piedra Lunar, el plan no radica en presentar informes, sino en ofrecer testimonios. Me imagino a un miembro de esta familia leyendo estas páginas dentro de cincuenta años. ¡Cuánto le halagaría ver que se le pide que no acepte habladurías y se le trata en todos los sentidos como a un juez en el estrado!

Aquí debemos separarnos —al menos temporalmente—, tras haber recorrido (así lo espero) este largo camino con un sentimiento de camaradería por ambas partes. La danza diabólica del diamante hindú se ha desplazado a Londres, y a Londres deben seguirla ustedes, dejándome a mí en la casa de campo. Les ruego que excusen los defectos de esta composición: que haya hablado tanto de mí mismo y los haya tratado a ustedes, me temo, con un exceso de familiaridad. No lo he hecho con mala intención, y brindo respetuosamente (puesto que acabo de cenar) por la salud y la prosperidad de todos ustedes, con una jarra de cerveza de mi señora. Ojalá que hayan encontrado en el haber de este relato lo mismo que encontró *Robinson Crusoe* en su isla desierta: « Algo que les reconforte y les ilumine en la descripción del bien y del mal» . Adiós.

Segunda época: El descubrimiento de la verdad (1848-1849)

Los hechos presentados en diversas narraciones

PRIMERA NARRACIÓN

A CARGO DE LA SEÑORITA CLACK,
SOBRINA DEL DIFUNTO SIR JOHN VERINDER

CAPÍTULO I

Estoy en deuda con mis queridos padres (ambos ya en el cielo) por haberme inculcado los hábitos del orden y la rutina a una edad muy temprana.

En aquel tiempo feliz se me enseñó a ir siempre bien peinada, a cualquier hora del día o de la noche, a doblar todas mis prendas con esmero antes de retirarme a descansar, en la misma secuencia, sobre la misma silla, en el mismo lugar a los pies de la cama. El acto de doblar la ropa iba invariablemente precedido de la anotación de los acontecimientos del día en mi diario, e invariablemente seguido por la Oración de la Noche (que rezaba en la cama). Y tras la Oración de la Noche venía invariablemente el dulce sueño de la niñez.

Pasada la infancia (¡ay!), después de la oración se presentan tristes y amargas meditaciones, y el dulce sueño se torna en sueño entrecortado que ronda la intranquila almohada de las preocupaciones. Por lo demás, he seguido doblando mi ropa y llevando mi diario. La primera de estas costumbres me retrotrae a los días felices de la infancia, antes de que mi padre se arruinara. La segunda —que hasta la fecha me ha ayudado ante todo a disciplinar esa naturaleza pecadora que todos hemos heredado de Adán— se ha revelado inesperadamente útil para mis modestos intereses, de una forma muy distinta. Me ha permitido, pobre de mí, satisfacer los caprichos de la mujer de fortuna con la que se casó mi difunto tío. Tengo así el privilegio de prestar mis servicios al señor Franklin Blake.

Llevaba algún tiempo privada de noticias de mi familia política. Cuando se es pobre y se vive aislado, no es extraño que los demás se olviden de uno. Ahora, por razones de economía, resido en una pequeña ciudad de Bretaña, habitada por

un selecto círculo de dignos amigos ingleses, que ofrece las inestimables ventajas de contar con un clérigo protestante y un mercado barato.

En este retiro —un Patmos en medio del rugiente mar de papismo que nos rodea— he recibido por fin una carta de Inglaterra. El señor Franklin Blake me recuerda de pronto lo insignificante que es mi existencia. Mi adinerado pariente —¡ojalá pudiera sumar a su riqueza material la riqueza espiritual!— me escribe sin disimular siquiera que quiere algo de mí. Se le ha antojado remover el deplorable escándalo de la Piedra Lunar, y me pide que relate lo que presencié durante mi estancia en la residencia londinense de mi tía Verinder. Me ofrece una remuneración pecuniaria, con esa falta de delicadeza tan propia de los ricos. Me pide que reabra heridas que el tiempo apenas ha logrado cerrar; me pide que evoque recuerdos sumamente dolorosos, hecho lo cual habré de sentirme recompensada con una nueva laceración: la del cheque bancario que me enviará el señor Blake. Mi naturaleza es débil. Tuve que librar una ardua batalla antes de que la humildad cristiana derrotase el orgullo pecaminoso y me fuera posible aceptar su cheque en un acto de abnegación.

Sin la ayuda de mi diario —¡permítaseme expresarlo de la manera más burda!—, dudo que hubiese podido ganar este dinero honradamente. Gracias al diario, esta pobre trabajadora (que le perdona al señor Blake el insulto que se ha permitido dirigirle) es digna de recibir sus emolumentos. Nada pasé por alto durante mi visita a la tía Verinder. Todo lo fui consignando, gracias a esa sana costumbre adquirida en la niñez, tal como sucedió día a día. Y todo, hasta el detalle más nimio, se reflejará en estas páginas. El respeto sagrado que profeso a la verdad está (a Dios gracias) por encima de mi respeto a las personas. No tendrá dificultad el señor Blake en suprimir aquello que pueda no parecerle suficientemente halagador para la persona de la que aquí nos ocuparemos principalmente. Ha comprado mi tiempo, pero ni siquiera su riqueza puede comprar mi conciencia[4].

Mi diario me informa de que pasé casualmente por la residencia de mi tía Verinder en Montagu Square el lunes, 3 de julio de 1848.

Al ver las cortinas y los postigos abiertos, me pareció un acto de cortesía llamar e interesarme. La doncella que abrió la puerta me comunicó que mi tía y su hija (¡no me es posible decir mi prima!) habían llegado del campo hacía una semana, con intención de pasar una temporada en Londres. Al punto envié recado, rehusando molestarlas, con el único ruego de saber si mi persona podía serles de alguna ayuda. Me senté en el vestíbulo a la espera de la respuesta y, como siempre llevo algunos folletos en el bolso, seleccioné uno que resultó ser providencialmente aplicable a la muchacha que me había recibido. El vestíbulo estaba sucio y la silla era dura, pero la bendita conciencia de devolver bien por mal me elevó muy por encima de esa clase de menudencias. El folleto contenía una serie de escritos dirigidos a las jóvenes sobre la cuestión de la indumentaria

pecaminosa. Su estilo era fervientemente coloquial. Su título: « Una palabra sobre las cintas en los tocados» .

—Mi señora se siente muy agradecida y le ruega que venga a almorzar mañana a las dos.

Pasé por alto la manera en que la doncella me transmitía el mensaje y el intolerable descaro de su mirada. Di las gracias a esta joven náufraga y, adoptando un tono de interés cristiano, le pregunté:

—¿Me haría el favor de aceptar un folleto?

La doncella leyó el título.

—¿Lo ha escrito un hombre o una mujer, señorita? Si lo ha escrito una mujer, preferiría no leerlo. Si lo ha escrito un hombre, me permitiría decirle que él no entiende de esas cosas. —Me devolvió el folleto y abrió la puerta. Tenemos la obligación de sembrar la buena simiente en cualquier circunstancia. Esperé hasta que la puerta se me cerró y eché el folleto al buzón. Después de lanzar otro folleto por encima de la verja me sentí modestamente aliviada de haber cumplido con una importante responsabilidad para con el prójimo.

Esa tarde, a última hora, teníamos reunión del Comité Selecto de la Sociedad de Madres para la Transformación de Pantalones Bombachos. El objeto de esta excelente asociación de caridad es —como sabe toda persona seria— rescatar los pantalones de los padres reincidentes de las casas de empeños para impedir que sean recuperados por el padre incorregible, adaptándolos de inmediato a las proporciones del hijo inocente. En aquel entonces yo era miembro del Comité Selecto, y, si hablo aquí de esta Sociedad, es porque mi preciado y admirable amigo, el señor Godfrey Ablewhite, colaboraba en nuestra misión de utilidad práctica y moral. Esperaba verlo en dicha reunión en la tarde del lunes a la que me refiero, y tenía la intención de comunicarle la llegada a Londres de la querida tía Verinder. Con gran disgusto mío, no se presentó. Al expresar mi sorpresa por su ausencia, mis hermanas del Comité dejaron de mirar sus pantalones al unísono (teníamos mucho trabajo esa tarde) y me preguntaron, con asombro, si es que no estaba enterada de la noticia. Confesé mi ignorancia, y se me habló por vez primera de un suceso que, por así decir, constituye el punto de partida de esta narración. El viernes previo, dos caballeros —que ocupaban puestos muy distintos en la sociedad— habían sido víctimas de un ultraje que conmocionó a todo Londres. Uno de los caballeros era el señor Septimus Luker, de Lambeth. El otro era el señor Godfrey Ablewhite.

Viviendo tan aislada como vivo, no me es posible ofrecer la descripción que de este ultraje ofrecieron los periódicos. Me vi igualmente privada de la inestimable ventaja de escuchar el relato de los hechos a través de la férvida elocuencia del señor Godfrey Ablewhite. Sólo puedo contar lo ocurrido tal como me lo contaron a mí la noche del lunes, procediendo de acuerdo con el mismo plan que me enseñaron a adoptar cuando era niña para doblar la ropa. Cada cosa

se enunciará ordenadamente y ocupará debidamente su lugar. Téngase en cuenta que quien redacta estas líneas es una pobre y débil mujer. ¿Quién tendría la crueldad de esperar algo más de una pobre y débil mujer?

La fecha —gracias a mis queridos padres no hay enciclopedia más exacta que yo en lo que se refiere a las fechas— fue el viernes, 30 de junio de 1848.

En las primeras horas de aquel día memorable, sucedió que nuestro talentoso señor Godfrey se encontraba cobrando un cheque en un banco de Lombard Street. El nombre de la entidad bancaria se ha emborronado por accidente en mi diario, y mi respeto sagrado a la verdad me prohíbe aventurarme a decir lo primero que me venga a la cabeza en una cuestión de esta índole. Por fortuna, el nombre de dicha entidad carece de importancia. Lo importante es un hecho que aconteció después de que el señor Godfrey hubiese efectuado su transacción. En la puerta coincidió con un caballero —enteramente desconocido para él— que, casualmente, salía del banco en ese preciso momento. Libraron una breve y caballerosa batalla por ver quién debía ser el primero en pasar por la puerta. El desconocido insistió en que el señor Godfrey lo precediera; el señor Godfrey le dirigió unas palabras de cortesía, se saludaron con una inclinación de cabeza y se separaron en la calle.

Las gentes superficiales y poco reflexivas podrían decir: ¡Qué absurda abundancia de detalle para relatar un incidente tan nimio! ¡Ah, mis jóvenes amigos y compañeros en el pecado!, guárdense de la osadía de ejercitar su insignificante razón carnal. ¡Sean pulcros en lo moral! Que sea su fe como sus medias y sus medias como su fe. ¡Ambas siempre inmaculadas y ambas listas para ponérselas en cualquier momento!

Les pido mil perdones. Sin darme cuenta he reincidido en el estilo de mis tiempos de catequesis, enteramente impropio en una crónica de esta naturaleza. Permítaseme ser mundana, permítaseme decir que las menudencias, en éste como en tantos otros casos, acarrean consecuencias terribles. Baste decir que el cortés desconocido era el señor Luker, de Lambeth, y sigamos al señor Godfrey hasta su residencia en Kilburn.

En el vestíbulo lo aguardaba un muchachito pobremente vestido aunque de aspecto interesante y delicado. El muchachito le entregó una carta, limitándose a decir que se la había confiado una anciana señora a la que no conocía, y que no le había dado instrucciones de esperar una respuesta. Incidentes similares no eran infrecuentes en la larga experiencia del señor Godfrey como promotor de la caridad pública. Despidió al recadero y abrió la carta.

La letra le era del todo extraña. Se solicitaba su presencia, en el plazo de una hora, en una residencia de Northumberland Street, en el Strand, en la cual no había tenido ocasión de entrar hasta la fecha. El motivo de la solicitud era obtener cierta información, por boca de su digno administrador, acerca de la Sociedad de Madres para la Transformación de Pantalones Bombachos, y era una anciana

dama quien solicitaba los detalles, con el propósito de contribuir generosamente a los recursos de dicha asociación de caridad si sus preguntas obtenían una respuesta convincente. Indicaba su nombre y añadía que la brevedad de su estancia en Londres le impedía convocar con mayor antelación al eminente filántropo al cual se dirigía.

Las personas corrientes habrían vacilado antes de dejar a un lado sus compromisos para adaptarse a las conveniencias de una desconocida. El héroe cristiano jamás vacila cuando se trata de hacer el bien. El señor Godfrey al instante se puso en camino de Northumberland Street. Un hombre respetabilísimo aunque algo corpulento lo recibió en la puerta y, al saber quién era el visitante, lo condujo en seguida a una estancia vacía, en la parte trasera de la casa, que comunicaba con el salón. Dos cosas llamaron la atención del señor Godfrey al entrar en dicha estancia. Una fue un leve olor a almizcle y a alcanfor. La otra un antiguo manuscrito oriental, magníficamente iluminado con figuras y motivos hindúes, abierto a la contemplación sobre una mesa.

Estaba admirando el libro, cuya posición le obligaba a dar la espalda a las puertas correderas que comunicaban la antecámara con el salón contiguo, cuando, sin que ningún ruido previo se lo advirtiera, notó que un brazo se ceñía repentinamente a su cuello. Tuvo el tiempo justo de ver que el brazo estaba desnudo y que la piel era cobriza antes de que le vendaran los ojos, lo amordazaran y quedara indefenso y reducido (así se lo pareció) por dos individuos. Un tercer hombre le vació los bolsillos y —si es que a una dama se le permite tal expresión— procedió a registrarlo sin ninguna ceremonia y sin omitir parte alguna de su piel.

Quizá deba permitirme aquí la enorme satisfacción de decir unas pocas palabras de elogio a la devota fe —lo único que podía sustentarlo en una emergencia tan terrible— con que el señor Godfrey afrontó la situación. Sin embargo, es posible que el aspecto de mi admirable amigo y la postura en que quedó en el punto culminante de este ultraje (tal como se ha descrito más arriba) difícilmente puedan contenerse en los límites del decoro femenino que exige cualquier exposición. Pasemos por alto los momentos inmediatamente posteriores y ocupémonos del señor Godfrey cuando ya había concluido el odioso registro de su persona.

Transcurrido un intervalo, oyó un sonido semejante al rumor de unas faldas. El sonido ascendió por la escalera y se detuvo. Un grito de mujer rasgó el ambiente cargado de culpa. Una voz de hombre exclamó desde abajo: « Pero ¡bueno!» . Unos pies masculinos subieron la escalera. El señor Godfrey notó que unos dedos cristianos le desataban las vendas de los ojos y le quitaban la mordaza. Miró con asombro a dos respetables personas desconocidas y acertó a preguntar débilmente:

—¿Qué significa esto?

—Precisamente eso mismo íbamos a preguntarle a usted —respondieron los respetables desconocidos.

Sucedió a estas palabras la inevitable explicación. ¡No! Permítanme ofrecer escrupulosamente todos los detalles. En primer lugar se le administró a nuestro querido señor Godfrey una dosis de agua y sal volátil, con el fin de calmar sus nervios. La explicación vino después.

De la declaración del señor y la señora de la casa, personas que gozaban de excelente reputación en el vecindario, se desprendía que el día anterior habían arrendado las habitaciones de la primera y la segunda planta a un caballero de respetabilísima apariencia, el mismo a quien ya se ha descrito como la persona que le abrió la puerta al señor Godfrey. El caballero había pagado la semana de arrendamiento y todos los gastos correspondientes por adelantado, tras explicar que necesitaba las habitaciones para tres nobles orientales, amigos suyos, que estaban por vez primera de visita en Inglaterra. En las primeras horas de la mañana en que se produjo el ataque, dos de los extranjeros, acompañados por su respetable amigo inglés, tomaron posesión de las habitaciones. Al tercero se lo esperaba poco después, y el equipaje (del que se dijo que era voluminoso) seguiría a los viajeros tras su paso por la aduana, a última hora de la tarde. El tercer viajero había llegado no más de diez minutos antes de la visita del señor Godfrey. Nada extraordinario había ocurrido, según el conocimiento de los dueños de la casa, hasta los últimos cinco minutos, cuando se vio a los tres extranjeros, en compañía de su respetable amigo inglés, abandonar la casa y encaminarse tranquilamente en dirección al Strand. Al recordar que un visitante había llamado a la puerta, y como no lo había visto salir de la casa, a la dueña le pareció muy raro que el caballero se hubiera quedado solo arriba. Tras una breve discusión con su marido, juzgó conveniente comprobar si algo malo había ocurrido. El resultado fue el que he tratado de describir en estas líneas, y con esto concluía la explicación de los dueños.

Se procedió entonces a registrar la sala. Las pertenencias del querido señor Godfrey se hallaron desperdigadas por todas partes. Una vez reunidas, se advirtió que no faltaba nada: el reloj, la cadena, el monedero, las llaves, el pañuelo, la agenda y todos sus papeles sueltos se dejaron intactos, de tal forma que su propietario pudiera recuperarlos, tras haberse examinado minuciosamente. Tampoco se había sustraído ningún objeto perteneciente a los dueños de la casa. Los nobles orientales se habían llevado sólo su manuscrito iluminado; nada más.

¿Qué significaba aquello? Considerando el asunto desde una perspectiva terrenal, parecía significar que el señor Godfrey había sido víctima de un error incomprensible, cometido por unos desconocidos. Una oscura conspiración se había desatado entre nosotros, y nuestro querido e inocente amigo se había visto atrapado en sus redes. Cuando el héroe cristiano vencedor de un centenar de batallas de caridad cae en un pozo cavado para él por equivocación, ¡ah, qué

advertencia supone para que todos los demás no bajemos nunca la guardia! ¡Cuán pronto se revelan nuestros bajos instintos como nobles orientales que nos atacan de improviso!

Muchas páginas de afectuosa advertencia podría escribir sobre este asunto, pero ¡ay!, no se me permite mejorar nada; estoy condenada a referir los hechos objetivos. El cheque de mi adinerado pariente —en adelante, el íncubo de mi existencia— me recuerda que aún no he terminado con esta crónica de violencia. Dejemos que el señor Godfrey se recupere en Northumberland Street y ocupémonos de las diligencias del señor Luker en un momento posterior del mismo día.

Tras abandonar el banco, el señor Luker visitó distintos lugares de Londres por motivos de negocios. De vuelta en su residencia encontró que le esperaba una carta, entregada poco antes por un muchacho. En este caso, como en el caso del señor Godfrey, la caligrafía era desconocida para su destinatario, si bien se mencionaba a uno de los clientes del señor Luker. El remitente (que escribía en tercera persona, al parecer por vía de un intermediario) anunciaba que se le había convocado por sorpresa a Londres. Acababa de tomar alojamiento en Alfred Place, en Tottenham Court Road, y deseaba ver al señor Luker sin tardanza, a propósito de una adquisición que contemplaba realizar. El caballero en cuestión era un entusiasta coleccionista de antigüedades orientales y generoso cliente del establecimiento de Lambeth desde hacía muchos años. ¡Ah, cuándo nos liberaremos del culto a Mammón! El señor Luker pidió un coche y, sin pérdida de tiempo, partió al encuentro de su generoso cliente.

Exactamente lo mismo que le había sucedido al señor Godfrey en Northumberland Street le sucedió al señor Luker en Alfred Place. Una vez más, un respetable caballero abrió la puerta y acompañó al visitante hasta un salón en la primera planta. Una vez más, el manuscrito iluminado reposaba sobre una mesa. La atención del señor Luker, como la atención del señor Godfrey, quedó absorta en esta hermosa obra de arte hindú. También al señor Luker lo despertaron de su abstracción un brazo desnudo y cobrizo que ciñó su garganta, una venda en los ojos y una mordaza en la boca. También a él lo postraron de un golpe y lo registraron palmo a palmo. La tensión se prolongó en este caso algo más que en el caso del señor Godfrey, si bien concluyó del mismo modo, al sospechar las personas de la casa que algo malo había sucedido y subir a averiguar de qué se trataba. Exactamente la misma explicación que le dio el dueño de la casa de Northumberland Street al señor Godfrey le dio el dueño de la casa de Alfred Place al señor Luker. Ambos se habían dejado seducir de la misma manera por los convincentes modales y el bolsillo repleto del respetable desconocido que se anunció como representante de unos amigos extranjeros. La única diferencia en ambos casos radicaba en lo que ocurrió cuando se recogieron del suelo las pertenencias desperdigadas del señor Luker. Su reloj y su monedero

estaban a salvo, si bien (con menos fortuna que el señor Godfrey) echó en falta uno de los papeles que llevaba en los bolsillos. El papel en cuestión certificaba el depósito de un objeto de gran valor que el señor Luker había dejado ese mismo día al cuidado de sus banqueros. Dicho documento no tendría ninguna validez con intenciones fraudulentas, puesto que en el mismo se estipulaba que el objeto en cuestión sólo le sería entregado personalmente a su propietario. En cuanto se hubo recuperado de la agresión, el señor Luker volvió apresuradamente al banco, por si se daba el caso de que los ladrones, en su ignorancia, se presentaran allí provistos del recibo. No se había visto a los ladrones por el banco cuando el señor Luker regresó y tampoco se los vio después. El respetable intermediario inglés (en opinión de los banqueros) seguramente habría examinado el recibo antes de que los ladrones intentaran usarlo y les habría prevenido a tiempo.

Ambas agresiones se pusieron en conocimiento de la policía, que inició las investigaciones pertinentes, así lo creo, con suma diligencia. Las autoridades pensaban que el robo se había planeado a partir de una información insuficiente. Los ladrones no tenían la certeza de que el señor Luker no le hubiera confiado su preciosa gema a otra persona, y el pobre señor Godfrey fue el chivo expiatorio, al encontrarse con el prestamista en la puerta del banco por puro azar. Añádase a lo anterior que la ausencia del señor Godfrey en nuestra reunión del lunes estuvo motivada por una citación de las autoridades y, dadas estas explicaciones necesarias, podré proseguir con el relato de mis más modestas experiencias personales en Montagu Square.

Llegué puntualmente el martes a la hora del almuerzo. Mi diario refleja que fue aquél un día accidentado: hubo mucho que lamentar fervientemente y mucho que agradecer fervientemente.

Mi querida tía Verinder me recibió con la gentileza y la amabilidad de costumbre, si bien no tardé en advertir que algo le pasaba. Se le escapaban miradas ansiosas, todas ellas dirigidas a su hija. Yo nunca he podido mirar a Rachel sin preguntarme cómo es posible que una persona de apariencia tan insignificante sea hija de unos padres tan distinguidos como sir John y lady Verinder. Sin embargo, en esta ocasión, Rachel no sólo me decepcionó sino que, realmente, me escandalizó. Se hacía penosísimo observar en sus palabras y en sus modales una ausencia absoluta del recato que debe cultivar una dama. Parecía poseída por una suerte de excitación febril que la llevaba a reírse con estrépito, de una manera muy deplorable, y a mostrarse pecaminosamente derrochadora y caprichosa en lo que comía y lo que bebía. Lo lamenté mucho por su pobre madre, incluso antes de que se me revelara confidencialmente la verdad del caso.

Terminado el almuerzo, mi tía le señaló:

—Recuerda lo que te dijo el médico, Rachel: que después de las comidas descanses un poco leyendo un libro.

—Iré a la biblioteca, mamá. Pero, si viene Godfrey, que no dejen de avisarme. Me muero por recibir noticias suyas después de su aventura en Northumberland Street. —Besó a su madre en la frente y me miró—. Adiós, Clack —me dijo con descaro. Su insolencia no despertó ningún enfado en mí; me limité a tomar nota de su actitud, en privado, para rezar por ella.

Cuando nos quedamos a solas mi tía me contó la terrible historia del diamante hindú, la cual, me complace saber, no es necesario que yo repita en estas páginas. No me ocultó que hubiese preferido guardar silencio sobre aquel asunto, pero cuando toda la servidumbre sabía de la desaparición de la Piedra Lunar y ciertos detalles del caso incluso habían llegado a los periódicos, cuando personas extrañas especulaban si podría haber alguna relación entre lo ocurrido en la casa de campo de lady Verinder y lo ocurrido en Northumberland Street y Alfred Place, ocultarlo estaba fuera de lugar. Una franqueza sin restricciones era por tanto necesidad, además de virtud.

Es posible que otras personas, al oír lo que yo oí en ese momento, se hubieran quedado perplejas. En lo que a mí respecta, sabiendo que Rachel tenía un alma esencialmente pecadora desde la infancia, estaba preparada para escuchar cualquier cosa que mi tía pudiese decir de su hija. Podría haber ido la historia de mal en peor, hasta culminar en un asesinato, y yo habría seguido pensando lo mismo: «¡Es la consecuencia natural! ¡Ay, Dios mío, Dios mío, es la consecuencia natural!». Lo que me chocó fue el tratamiento adoptado por mi tía en tales circunstancias. Era sin duda un caso que requería la intervención de un clérigo, ¡si es que todavía quedaba alguno! A lady Verinder le pareció que lo que hacía falta era un médico. Mi pobre tía se había criado en el impío hogar de su padre. ¡La consecuencia natural, una vez más! ¡Ay, Dios mío, Dios mío, la consecuencia natural una vez más!

—Los médicos han recomendado ejercicio y distracciones en abundancia para Rachel, y me han instado encarecidamente a que haga lo posible por evitar que se recree en el pasado —dijo lady Verinder.

«¡Ay, qué consejo tan pagano! —pensé—. ¡Qué consejo tan pagano en este país cristiano!»

—Yo hago lo posible por cumplir sus instrucciones —prosiguió mi tía—, pero esa extraña aventura de Godfrey se presenta en un momento de lo más desafortunado. Rachel está muy alterada desde que recibió la noticia. No ha dejado de instigarme hasta que escribí a mi sobrino para pedirle que viniese a vernos. Y hasta parece interesada por ese otro caballero agredido (el señor Luker o algo por el estilo, creo que se llama), a pesar de que no lo conoce de nada.

—Tu conocimiento del mundo, querida tía, es superior al mío —apunté tímidamente—. Sin embargo, tiene que haber una razón que explique esa extraordinaria actitud de Rachel. Está ocultando algún pecado secreto, a ti y a todo el mundo. ¿No podría ser que estos sucesos recientes amenazaran con

revelar su secreto?

—¿Revelar? —preguntó mi tía—. ¿A qué te refieres? ¿Revelar a través del señor Luker? ¿Revelar a través de mi sobrino?

En el mismo instante en que estas palabras salían de sus labios ocurrió un hecho providencial. El criado abrió la puerta y anunció al señor Godfrey Ablewhite.

CAPÍTULO II

El señor Godfrey siguió al anuncio de su nombre justo en el momento oportuno, como acostumbra a hacerlo todo. No iba tan cerca de los talones del criado para sobresaltarnos con una aparición inmediata, ni tan lejos para causarnos el doble trastorno de una interrupción y una puerta abierta. Es en la plenitud de la vida cotidiana donde se revela el verdadero cristiano. Este hombre tan querido lo era plenamente.

—Dígale a la señorita Verinder —le indicó mi tía al criado— que el señor Ablewhite está aquí.

Ambas nos interesamos por su salud. Ambas le preguntamos al unísono si volvía a ser el mismo de siempre tras la espantosa aventura de la semana anterior. Con exquisito tacto, se las ingenió para respondernos a las dos al tiempo. Lady Verinder recibió su respuesta en forma de palabras. A mí me ofreció su encantadora sonrisa.

—¿Qué he hecho —exclamó, con infinita ternura— para merecer tanta simpatía? ¡Mi querida tía! ¡Mi querida señorita Clack! Simplemente se me ha tomado por otra persona. Tan sólo me pusieron una venda en los ojos; tan sólo me estrangularon; tan sólo me arrojaron de espaldas sobre una alfombra muy fina que cubría un suelo singularmente duro. ¡Piensen que todo pudo haber sido mucho peor! Podrían haberme asesinado; podrían haberme robado. ¿Qué he perdido? Nada más que un poco de fortaleza nerviosa… cosa que la ley no reconoce como propiedad, de tal suerte que, estrictamente hablando, no he perdido absolutamente nada. De haber podido actuar a mi manera, habría guardado en secreto este incidente… Me desagrada tanto alboroto y tanta publicidad. Sin embargo, el señor Luker denunció los daños sufridos, de ahí que los míos se hicieran necesariamente públicos. Me he convertido en propiedad de los periódicos, hasta que el amable lector se harte del asunto. Yo mismo ya estoy harto. ¡Ojalá que el amable lector no tarde en imitarme! Y ¿cómo está nuestra querida Rachel? ¿Sigue disfrutando de las diversiones de Londres? ¡Cuánto me alegra saberlo! Señorita Clack, necesito de toda su indulgencia. Sé que he desatendido muy lamentablemente mi trabajo en el Comité y a mis queridas damas, pero confío sinceramente en pasar por la Sociedad de Madres la semana próxima. ¿Hicieron progresos alentadores en la reunión del lunes? ¿Se mostró la junta esperanzada en lo que concierne a nuestros proyectos futuros? ¿Hemos terminado ya satisfactoriamente con los pantalones?

La dulzura celestial de su sonrisa confería a sus disculpas un tono irresistible. La riqueza de su voz grave dotaba de un encanto sin igual a las interesantes

preguntas que acababa de formularme. A decir verdad, distábamos mucho de haber terminado satisfactoriamente con los pantalones; nos hallábamos literalmente abrumadas por la tarea. Estaba a punto de decírselo cuando la puerta se abrió de nuevo, y un elemento de discordia mundana, personificado en la señorita Verinder, entró en la habitación.

Se acercó al querido señor Godfrey con una premura del todo impropia de una dama, escandalosamente despeinada y con un rubor en las mejillas que yo calificaría de indecoroso.

—Estoy encantada de verte, Godfrey —le dijo, lamento añadir que con la despreocupación con que un muchacho joven se dirige a otro de su mismo sexo —. Me hubiera gustado que vinieras con el señor Luker. Sois los dos, mientras dure este revuelo, los hombres más interesantes de todo Londres. Es morboso decirlo, es malsano, es precisamente lo que un espíritu ordenado como el de la señorita Clack rechaza por puro instinto. Me da igual. Cuéntame ahora mismo todo lo que ocurrió en Northumberland Street. Sé que los periódicos han ocultado algunos detalles.

Incluso el querido señor Godfrey participa de la naturaleza pecadora que todos hemos heredado de Adán… Bien es verdad que en su caso esta parte de nuestro legado humano es muy pequeña, mas por desgracia existe también en él. Confieso que me entristeció ver cómo cogía la mano de Rachel entre las suyas y la depositaba dulcemente en el costado izquierdo de su chaleco. Fue una manera muy directa de alentar sus palabras temerarias y su insolente referencia a mi persona.

—Queridísima Rachel —dijo, con la misma voz con que a mí me había estremecido al hablar de nuestros planes para el futuro y de nuestros pantalones —, los periódicos ya lo han contado todo… y mucho mejor de lo que podría contarlo yo.

—Godfrey cree que le estamos dando demasiada importancia a este asunto —señaló mi tía—. Acaba de decirnos que no desea hablar de eso.

—¿Por qué? —preguntó Rachel.

Hizo esta pregunta con un repentino destello en la mirada y un repentino escrutinio del rostro del señor Godfrey. Él, a su vez, la miró con una indulgencia tan insensata y tan inmerecida que me vi en la obligación de intervenir.

—¡Rachel, cariño! —protesté suavemente—. La verdadera grandeza y el verdadero coraje son siempre modestos.

—Eres, a tu manera, un hombre excelente, Godfrey —dijo ella, sin prestarme la más mínima atención, sin reparar en mí, persistiendo en dirigirse a su primo como un muchacho joven se dirige a otro—. Sin embargo, creo que no eres grande; no creo que poseas un valor extraordinario, y tengo la firme convicción, si es que alguna vez conociste la modestia, de que esas damas que tanto te veneran te han liberado hace ya muchos años de cultivar dicha virtud.

Por algún motivo secreto no quieres hablar de tu aventura en Northumberland Street, y yo quiero saber cuál es ese motivo.

—Mi motivo es el más simple que quepa imaginar, y el más fácil de comprender —respondió él, sin perder la paciencia—. Estoy cansado del asunto.

—¿Estás cansado del asunto? Mi querido Godfrey, voy a decirte algo.

—¿Qué es?

—Pasas demasiado tiempo en compañía de mujeres, y has adquirido en consecuencia dos hábitos muy negativos. Has aprendido a hablar de tonterías con mucha seriedad y te has aficionado a contar mentirijillas por el mero placer de contarlas. Con esas damas que te veneran no puedes ser franco. Quiero que conmigo sí lo seas. Ven y siéntate aquí. Estoy rebosante de preguntas directas, y espero que tú lo estés de respuestas igualmente directas.

Lo arrastró hasta una silla que había al lado de la ventana, donde la luz le daría en la cara. Me causa una pena muy honda verme en la obligación de transcribir semejantes expresiones y describir semejante conducta, pero, atrapada como estoy entre el cheque del señor Franklin Blake de un lado y mi respeto sagrado a la verdad de otro, ¿qué otra cosa puedo hacer? Miré a mi tía. Parecía impasible y en modo alguno dispuesta a intervenir. Nunca había visto en ella semejante abandono. Tal vez fuera la reacción lógica tras los difíciles momentos vividos en el campo; un síntoma nada grato de observar, cualquiera que fuese la causa, teniendo en cuenta la edad de mi querida tía Verinder y la exuberancia otoñal de su figura.

Entre tanto, Rachel se había acomodado al lado de la ventana con nuestro amable y tolerante —demasiado tolerante— señor Godfrey. Empezó a lanzarle la sarta de preguntas con que ya lo había amenazado, tan ajena a la presencia de su madre y la mía como si no estuviéramos en la sala.

—¿Ha hecho algo la policía, Godfrey?

—Nada en absoluto.

—Supongo que es cierto que los tres individuos que te tendieron a ti esa trampa fueron los mismos que después se la tendieron al señor Luker…

—Desde un punto de vista humano, mi querida Rachel, no cabe la menor duda.

—¿Y no han dejado rastro de su paradero?

—Ninguno.

—¿Y no es verdad que se cree que esos tres individuos son los tres hindúes que estuvieron en nuestra casa de campo?

—Algunos así lo creen.

—¿Lo crees tú?

—Mi querida Rachel, me pusieron una venda en los ojos para que no pudiera verles las caras. No sé nada de eso. ¿Cómo podría dar una opinión?

Hasta la dulzura angelical del señor Godfrey empezaba a declinar bajo la

persecución a la que se veía sometido. No me atrevo a inquirir si era una curiosidad sin freno o un temor ingobernable lo que dictaba las preguntas de la señorita Verinder. Sólo constato que, cuando el señor Godfrey intentó levantarse, tras haberle ofrecido esa última respuesta, ella lo sujetó literalmente de los hombros y lo obligó a sentarse de nuevo. ¡No digan que fue una acción vergonzosa! ¡No se atrevan siquiera a insinuar que sólo la temeridad de un terror culpable podría justificar un acto como el que acabo de describir! No debemos juzgar a nuestros semejantes. ¡Mis buenos amigos cristianos, nunca, nunca, nunca debemos juzgar a nuestros semejantes!

Rachel continuó con sus preguntas, sin inmutarse. Quienes hayan estudiado la Biblia a conciencia acaso recuerden —como recordé yo en ese momento— a los ciegos hijos del diablo que, sin inmutarse, continuaron con sus orgías en los tiempos anteriores al diluvio.

—Quiero saber algo del señor Luker, Godfrey.

—Tampoco en esto puedo complacerte, Rachel. Nadie sabe menos que yo del señor Luker.

—¿No lo habías visto nunca antes de encontrarte con él en el banco por casualidad?

—Nunca.

—¿Y no has vuelto a verlo desde entonces?

—Sí. La policía nos interrogó a los dos juntos, y también por separado.

—Al señor Luker le robaron un recibo de sus banqueros… ¿no es así? ¿Qué certificaba ese recibo?

—El depósito de una joya de gran valor en la cámara de seguridad del banco.

—Eso dicen los periódicos. Eso quizá le baste al lector en general, pero a mí no me basta. ¿No mencionaba el recibo de qué joya se trataba?

—El recibo, Rachel —tal como se ha descrito—, no mencionaba nada parecido. Una joya valiosa, perteneciente al señor Luker, depositada por el señor Luker, estampada con el sello del señor Luker, y que sólo puede serle entregada al señor Luker en persona. Eso es lo que consta en el recibo y eso es lo único que sé.

Ella aguardó un momento tras oír estas palabras. Miró a su madre y lanzó un suspiro. Volvió a mirar al señor Godfrey y prosiguió.

—Ciertos asuntos de la familia han llegado a la prensa, ¿no es así?

—Lamento decir que así es.

—Y ciertas gentes ociosas, completamente desconocidas para nosotros, tratan de establecer una relación entre lo que ocurrió en nuestra casa de Yorkshire y lo que sucedió más tarde aquí, en Londres…

—Mucho me temo que la curiosidad pública esté tomando ese rumbo en ciertos círculos.

—Quienes dicen que esos tres desconocidos que os atacaron a ti y al señor

Luker son los tres hindúes, dicen también que esa valiosa joya…

Se detuvo. En los últimos minutos su rostro había palidecido gradualmente. El contraste de aquella palidez con la asombrosa negrura de sus cabellos resultaba tan fantasmagórico que todos creímos que iba a desmayarse cuando se interrumpió en mitad de su pregunta. El querido señor Godfrey trató de levantarse por segunda vez. Mi tía le rogó a Rachel que guardara silencio. Yo respaldé este ruego con un humilde ofrecimiento de paz medicinal, en forma de un frasco de sales. Ninguno de los tres produjo el más mínimo efecto en ella.

—Godfrey, quédate donde estás. Mamá, no hay ninguna razón para que te alarmes. Clack, sé que se muere usted por oír el final… no voy a desmayarme, expresamente, por complacerla.

Éstas fueron sus palabras textuales, tal como las anoté en mi diario en cuanto llegué a casa. Pero ¡no juzguemos! ¡Amigos cristianos, no juzguemos!

Se volvió de nuevo al señor Godfrey. Con una obstinación aterradora regresó al punto en que se había interrumpido y completó su pregunta.

—Hace un momento me he referido a lo que dice la gente en ciertos círculos. Dímelo con franqueza, Godfrey: ¿alguien dice que esa joya tan valiosa del señor Luker es… la Piedra Lunar?

Al salir de los labios de la señorita Verinder el nombre del diamante hindú, observé un cambio en mi admirable amigo. Se intensificó el color de su piel. Perdió la suave afabilidad de sus modales, que es uno de sus mayores encantos. Una noble indignación inspiró su respuesta.

—Eso dicen. Hay personas que no vacilan en acusar al señor Luker de estar mintiendo en aras de su propio interés. Él ha declarado solemnemente una y otra vez que jamás había oído hablar de la Piedra Lunar hasta que se ha visto envuelto en este escándalo. Sin embargo, esas gentes mezquinas replican, sin la menor prueba que pueda justificarlo: « Tiene sus motivos para ocultarlo. No creemos en su juramento» . ¡Es vergonzoso! ¡Vergonzoso!

Rachel lo miraba de un modo muy extraño —no sabría explicar cómo— mientras él hablaba. Cuando hubo terminado, le dijo:

—Teniendo en cuenta, Godfrey, que el señor Luker no es más que un conocido fortuito, te tomas esta causa con mucho ardor.

Mi inteligente amigo le respondió con una de las más grandes verdades evangélicas que he oído en mi vida.

—Confío, Rachel, en tomarme con mucho ardor la causa de todas las personas oprimidas.

Pronunció estas palabras en un tono capaz de derretir las piedras. Pero ¡ay Dios mío!, ¿qué es la dureza de la piedra? ¡Nada en comparación con la dureza de un corazón impenitente! Ella lo miró con desprecio. Me ruboriza decirlo: lo miró con desprecio.

—Guárdate esos nobles sentimientos para tus Comités de Damas, Godfrey.

Tengo la certeza de que el escándalo en que se ha visto envuelto el señor Luker también te afecta a ti.

Incluso mi tía despertó de su letargo al oír esta frase.

—¡Mi querida Rachel —la reprendió—, no tienes derecho a hablar así!

—No lo digo con mala intención, mamá… todo lo contrario. Si tienes un poco de paciencia lo comprenderás.

Miró al señor Godfrey como si de pronto sintiera lástima de él. Tuvo la osadía —una osadía completamente impropia de una dama— de cogerle una mano.

—Estoy segura de haber dado con la verdadera razón de que no desees hablar de este asunto en mi presencia y en la de mi madre. Un desafortunado incidente te ha relacionado ante los demás con el señor Luker. Ya me has dicho las cosas escandalosas que se dicen de él. ¿Qué cosas escandalosas se dicen de ti?

Hasta el último momento, el señor Godfrey, siempre dispuesto a devolver bien por mal, trató de perdonarla.

—¡No me hagas esa pregunta! Es mejor olvidarlo, Rachel… Créeme que es lo mejor.

—¡Quiero saberlo! —le exigió ella fieramente, con toda la potencia de su voz.

—¡Díselo, Godfrey! —le rogó mi tía—. ¡Nada puede hacerle más daño que tu silencio!

Los hermosos ojos del señor Godfrey se llenaron de lágrimas. Dirigió a su prima una última mirada suplicante… y por fin pronunció las terribles palabras.

—Ya que insistes, Rachel… se dice que el señor Luker tiene la Piedra Lunar en prenda y que soy yo quien la ha empeñado.

Rachel se levantó de un salto, profiriendo un grito. Su mirada pasó del señor Godfrey a mi tía, y de mi tía al señor Godfrey, con tal frenesí que de veras creí que se había vuelto loca.

—¡No me habléis! ¡No me toquéis! —exclamó, alejándose de todos (¡afirmo que como un animal herido!) para refugiarse en un rincón de la estancia—. ¡Todo es culpa mía! Tengo que impedirlo. Me he sacrificado a mí misma, y tengo derecho si así lo deseo. Sin embargo, arruinar la vida de un hombre inocente, guardar un secreto que lo destruirá para siempre… ¡Ay, Dios mío, eso es espantoso! ¡No puedo tolerarlo!

Mi tía casi llegó a levantarse de la silla, aunque al momento volvió a desplomarse en ella. Me llamó en voz baja y señaló un frasquito que había en su costurero.

—¡Deprisa! —susurró—. Seis gotas en agua. Que no lo vea Rachel.

En circunstancias distintas, esto me habría parecido extraño. Tal como estaban las cosas no había tiempo para pensar: sólo había tiempo para darle la medicina. El querido señor Godfrey me ayudó inconscientemente, ocultándole a Rachel lo que yo estaba haciendo, al dirigirle unas palabras serenas desde un extremo de la sala.

—Te aseguro que exageras —le oí decir—. Mi reputación es demasiado sólida para que un escándalo tan miserable y pasajero como éste pueda destruirla. Todo se habrá olvidado dentro de una semana. No volvamos a hablar de este asunto.

Ella se mostró completamente inaccesible, incluso a una muestra de generosidad como la que él acababa de manifestarle. Iba de mal en peor.

—Tengo que acabar con esto y voy a acabar con esto —dijo—. ¡Mamá! Escucha lo que voy a decir. ¡Señorita Clack! Escuche lo que voy a decir. Sé cuál es la mano que se llevó la Piedra Lunar. Lo sé… —Puso un énfasis muy pronunciado en sus palabras, al tiempo que estampaba un pie en el suelo, presa de furia—… Sé que Godfrey Ablewhite es inocente. ¡Llévame a ver al juez, Godfrey! ¡Llévame a ver al juez y lo juraré!

Mi tía me cogió de la mano y susurró:

—Quédate unos minutos entre Rachel y yo. No dejes que Rachel me vea así. —Advertí en su rostro un tinte azulado muy alarmante, y ella se percató de que me asustaba—. Las gotas me pondrán bien en seguida —dijo. Cerró los ojos y esperó un rato.

Mientras esto sucedía, oí que el querido señor Godfrey le reprochaba a Rachel con delicadeza:

—No debes verte mezclada públicamente en un asunto tan desagradable —dijo—. Tu reputación, queridísima Rachel, es algo demasiado puro y demasiado sagrado para que se juegue con ella.

—¡Mi reputación! —exclamó Rachel con una carcajada—. Pero ¡si ya me han acusado, Godfrey, lo mismo que a ti! El mejor detective de la policía de Inglaterra afirma que yo he robado mi propio diamante. Pregúntale cuál es su opinión, ¡y te dirá que he empeñado la Piedra Lunar para pagar mis deudas personales! —Se interrumpió, cruzó la habitación a la carrera y cayó de rodillas a los pies de su madre—. ¡Ay, mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Tendría que estar loca… no es así… para no confesar la verdad ahora mismo? —Su vehemencia le impidió reparar en el estado de su madre. Se incorporó de nuevo y, al instante, estaba otra vez junto a su primo—. No lo permitiré, no permitiré que se acuse y se deshonre por mi culpa a ningún hombre inocente. Si no quieres llevarme a ver al juez, redacta una declaración de inocencia y yo la firmaré. Haz lo que te digo, Godfrey, de lo contrario yo misma escribiré a los periódicos… ¡saldré a vocearlo por las calles!

No podemos decir que éste fuera el lenguaje del arrepentimiento: diremos que era el lenguaje de la histeria. El indulgente señor Godfrey la apaciguó cogiendo una hoja de papel y procediendo a redactar su declaración. Ella firmó con apresuramiento febril.

—Muéstrala en todas partes… No pienses en mí —le dijo, al devolvérsela—. Me temo, Godfrey, que no he sido justa contigo. Eres menos egoísta… eres

mejor persona de lo que imaginaba. Ven por aquí siempre que puedas, y trataré de reparar lo mal que me he portado.

Le tendió la mano. ¡Ay de nuestra naturaleza pecadora! ¡Ay del señor Godfrey! No sólo se abandonó este hombre al extremo de besarle la mano, sino que adoptó un tono tan dulce en su respuesta que, dadas las circunstancias, casi equivalía a comprometerse con el pecado.

—Vendré, queridísima, con la condición de que no volvamos a hablar de este enojoso asunto —le dijo. Jamás había oído o visto yo a nuestro héroe cristiano en situación menos ventajosa.

Antes de que nadie pudiera decir nada, un golpe fuerte en la puerta principal nos sobresaltó a todos. Me asomé a la ventana y vi que el mundo, la carne y el diablo esperaban en la entrada de la casa, materializados en un coche de caballos, un mayordomo con el rostro empolvado y las tres mujeres más audazmente vestidas que había visto en toda mi vida.

Rachel se recompuso y se acercó a su madre.

—Vienen a llevarme a la muestra floral —le dijo—. Sólo una cosa antes de que me vaya. ¿No te habré disgustado, verdad?

(¿Debe compadecerse o condenarse la franqueza moral capaz de formular semejante pregunta después de lo que acababa de ocurrir? Yo prefiero inclinarme por la misericordia. Compadezcámosla.)

Las gotas habían surtido efecto. Mi pobre tía había recuperado su color habitual.

—Claro que no, querida. Ve con tus amigas y diviértete.

Su hija se inclinó para besarla. Yo me había apartado de la ventana y me encontraba cerca de la puerta cuando Rachel se acercó para salir. Se había obrado otro cambio en ella: estaba llorando. Observé con interés el enternecimiento transitorio de aquel corazón contumaz. Me sentí tentada de decir unas palabras sinceras. Mi simpatía y mi buena intención sólo causaron ofensa.

—¿Por qué me compadece? —me preguntó con un amargo susurro mientras se acercaba a la puerta—. ¿No ve lo feliz que soy? Me voy a la muestra floral, Clack, y tengo el sombrero más bonito de todo Londres. —Completó su burlesco y frívolo comentario enviándome un beso con un soplido… y con esto abandonó la sala.

Ojalá acertara a describir la compasión que me inspiró aquella muchacha infeliz y descarriada. Sin embargo, soy tan pobre en palabras como en dinero. Permítaseme decir que se me desgarró el corazón por ella.

Regresé al lado de mi tía y vi que el querido señor Godfrey buscaba algo, aquí y allá, en distintas partes de la sala. Antes de que pudiera ofrecerle mi ayuda él ya lo había encontrado. Volvió junto a nosotras con su declaración de inocencia en una mano y una caja de cerillas en la otra.

—¡Querida tía, una pequeña conspiración! —dijo—. ¡Querida señorita Clack,

una mentira piadosa que a buen seguro incluso su rectitud moral sabrá perdonar! ¿Tendrán la bondad de permitir que Rachel siga creyendo que he aceptado su generoso acto de sacrificio al firmar este papel? ¿Y tendrán la bondad de ser testigos de cómo lo destruyo, antes de marcharme? —Prendió una cerilla y, acercándola al papel, dejó que éste se consumiera en una fuente que había sobre la mesa—. Cualquier pequeña molestia que pueda sufrir yo —dijo— no es nada en comparación con la importancia de preservar la pureza de ese nombre de la contaminación del mundo. ¡Listo! Lo hemos reducido a un inofensivo montón de cenizas. ¡Y nuestra impulsiva Rachel jamás sabrá que lo hemos hecho! ¿Cómo se sienten? ¿Cómo se sienten, mis preciadas amigas? ¡Yo, en la humilde parte que me toca, me siento ligero de corazón como un niño!

Nos iluminó con su hermosa sonrisa. Le tendió la mano primero a su tía y después a mí. Yo estaba demasiado afectada por su nobleza para acertar a decir nada. Cerré los ojos. Llevé su mano a mis labios, en una suerte de abandono místico. Él murmuró un reproche cariñoso. ¡Ah, el éxtasis, el éxtasis puro y espiritual de aquel instante! Me senté —no sabría decir dónde—, enteramente perdida en esta exaltación de sentimientos. Cuando abrí los ojos fue como si descendiera de los cielos a la tierra. En la habitación sólo quedaba mi tía. Él se había marchado.

Me gustaría detenerme aquí. Me gustaría concluir mi relato con esta muestra de nobleza del señor Godfrey. Lamentablemente, la implacable presión pecuniaria del cheque del señor Blake me obliga a decir más, mucho más. Las dolorosas revelaciones que ese martes se produjeron en mi presencia, en el curso de aquella visita a Montagu Square, aún no habían concluido.

Al verme a solas con lady Verinder, me interesé por su salud, como es natural. Abordé con delicadeza la extraña ansiedad con que había tratado de ocultarle a su hija su indisposición, así como el remedio empleado para ello.

La respuesta de mi tía me sorprendió enormemente.

—Drusilla —dijo (si no he dicho antes que Drusilla es mi nombre de pila, permítanme que lo diga ahora)—, estás tocando… con toda inocencia, lo sé… una cuestión muy dolorosa.

Me levanté de inmediato. La delicadeza no me dejaba más que una alternativa: la de marcharme después de presentarle mis disculpas. Lady Verinder me detuvo e insistió en que volviera a tomar asiento.

—Por azar has conocido un secreto —dijo— que yo sólo le había confiado a mi hermana, la señora Ablewhite, y a mi abogado, el señor Bruff; a nadie más. Confío en la discreción de ambos, y estoy segura de que, cuando te haya explicado las circunstancias, podré confiar también en la tuya. ¿Tienes algún compromiso ineludible, Drusilla, o dispones libremente de tu tiempo esta tarde?

Ni que decir tiene que mi tiempo estaba a la entera disposición de mi tía.

—Quédate conmigo, en ese caso, una hora más. Debo decirte algo que te

apenará saber. Y una vez te lo haya dicho, necesito pedirte un favor, si no tienes objeción en ayudarme.

Ni que decir tiene, una vez más, que nada podía objetar yo, ávida de ayudarla como estaba.

—Puedes esperar aquí, hasta las cinco, hora en la que llegará el señor Bruff. Y puedes ser testigo, Drusilla, de la firma de mi testamento.

¡Su testamento! Pensé en las gotas que guardaba en el costurero. Pensé en el tinte azulado que había visto en su rostro. Una luz que no era de este mundo —una luz que brillaba proféticamente desde una sepultura aún por abrir— vino a iluminar mis pensamientos. El secreto de mi tía había dejado de ser un secreto.

CAPÍTULO III

La consideración que le tengo a lady Verinder me prohibió siquiera insinuar que había adivinado la triste verdad antes de que ella despegara los labios. Aguardé en silencio su confidencia y, tras adoptar la íntima resolución de dedicarle unas palabras de consuelo a la primera oportunidad, me sentí preparada para cumplir con cualquier misión que ella pudiese pedirme, por dolorosa que fuera.

—Estoy muy enferma desde hace algún tiempo, Drusilla —empezó mi tía—. Y lo curioso es que no lo sabía. —Me vinieron a la cabeza los miles y miles de criaturas que en ese mismo instante agonizaban, enfermas del alma, sin saberlo, y me asaltó el temor de que mi tía pudiera ser una de ellas.

—Sí querida —dije con tristeza—. Sí.

—Como sabes, traje a Rachel a Londres en busca de consejo médico —continuó—. Me pareció prudente consultar a dos médicos.

¡Dos médicos! ¡Ay, Dios mío (en el estado de Rachel), en lugar de a un clérigo!

—¿Sí, querida? —repetí—. ¿Sí?

—A uno de los médicos no lo conocía. El otro era un viejo amigo de mi marido y siempre había mostrado un sincero interés por mí, en honor a esa amistad. Tras anotar sus prescripciones para Rachel, dijo que deseaba hablar conmigo en privado, en otra habitación. Yo esperaba, naturalmente, que iría a darme algunas instrucciones especiales relativas a la salud de mi hija. Para mi sorpresa, me tomó de la mano con mucha gravedad y dijo: « La he estado observando, lady Verinder, con interés profesional además de personal. Mucho me temo que necesita usted consejo médico con mayor urgencia que su hija» . Me hizo algunas preguntas, que al principio yo me tomé bastante a la ligera, hasta que comprendí que mis respuestas le preocupaban. La conversación concluyó con el acuerdo de que vendría a verme al día siguiente, en compañía de un amigo, también médico, a una hora en la que Rachel no estuviera en casa. El resultado de esta visita, tan amable y tan gentil, les reveló a ambos que se había perdido un tiempo valiosísimo, que ya no podía recuperarse, y que mi caso sobrepasaba el alcance de su ciencia. Desde hace dos años padezco una insidiosa enfermedad del corazón que, sin dar ningún signo de alarma, me ha ido debilitando poco a poco. Puedo vivir unos meses más o puedo morir mañana mismo. Los médicos ni pueden ni se atreven a ofrecer otro pronóstico. Sería presuntuoso decir que no he pasado momentos de angustia desde que se me reveló cuál era mi situación, pero he terminado por resignarme, y estoy haciendo cuanto puedo por poner en orden mis asuntos terrenales. He puesto todo

mi empeño en que Rachel no conozca la verdad. Si llegara a saberla, atribuiría mi enfermedad a las preocupaciones que nos ha causado el diamante, y se reprocharía con amargura, pobrecilla, algo que de ningún modo es culpa suya. Los dos médicos coinciden en que los daños empezaron hace dos, si no tres años. Estoy segura de que guardarás mi secreto, Drusilla, pues estoy segura de ver en tu rostro una pena y una simpatía sinceras.

¡Pena y simpatía! ¡Ah, qué emociones tan paganas de esperar en una inglesa cristiana y firmemente anclada en su fe!

Poco imaginaba mi tía la oleada de agradecimiento devoto que me inundó mientras ella se acercaba al final de su triste relato. ¡Se abría ante mí un camino de utilidad! ¡Me hallaba en presencia de un ser muy querido de mi familia y de un semejante en vísperas de afrontar el gran tránsito sin estar en absoluto preparada para ello, a quien la Providencia, sólo la Providencia, había llevado a revelarme a mí su situación! ¡Cómo describir la dicha que experimenté al recordar a los valiosísimos amigos clérigos en los que podía confiar, y que se contaban, no por unidades o por pares, sino por decenas y veintenas! Estreché a mi tía entre mis brazos: la ternura que me desbordaba no podía satisfacerse en ese instante con nada menos que un abrazo.

—¡Ah! —le dije con ardor—. ¡Cuánta preocupación me inspiras! ¡Cuánto bien voy a volcar en ti antes de que nos separemos! —Tras unas palabras de solemne advertencia preliminar, le di a escoger entre tres valiosos amigos, entregados a obras de misericordia de la mañana a la noche en su propio vecindario; todos infatigables a cualquier ruego; todos afectuosamente dispuestos a ejercitar sus dones a una sola palabra mía. El resultado, ¡ay!, fue de lo más desalentador. La pobre lady Verinder me miró confundida y asustada, y se opuso a todo cuanto le dije, con la objeción puramente mundana de que no se hallaba con fuerzas suficientes para recibir a personas extrañas. Desistí, claro que sólo por el momento. Mi amplia experiencia (como lectora y visitadora a las órdenes de no menos de catorce amigos clérigos muy queridos) me indicó que aquél era un caso en el que habría de recurrir nuevamente a los libros. Poseía una pequeña biblioteca de obras, todas ellas muy indicadas para la actual emergencia, todas ellas calculadas con el fin de despertar, convencer, preparar, iluminar y fortalecer a mi tía.

—Leerás, querida, ¿verdad que sí? —le dije de la manera más persuasiva—. ¿Leerás si te traigo mis preciados libros? Dobladas las páginas en los pasajes más convenientes, tía. Y marcados a lápiz los lugares en que debes detenerte y preguntarte: « ¿Puede aplicarse esto en mi caso?» . —Aun esta simple petición, tan paganizante es la influencia del mundo, pareció estremecer a mi tía.

—Haré cuanto pueda por complacerte, Drusilla —dijo, con una expresión de sorpresa tan elocuente como terrible de ver. No había un segundo que perder. El reloj apoyado en la repisa de la chimenea me indicaba que tenía apenas el

tiempo justo de ir a casa, proveerme de una primera serie de lecturas escogidas (no más de una docena) y regresar a la hora en que debía llegar el abogado para presenciar la firma del testamento de lady Verinder. Con la sincera promesa de que estaría de vuelta a las cinco en punto, dejé la casa y me dispuse a emprender esta misión de caridad.

Cuando sólo se hallan en juego mis intereses personales, me contento humildemente con desplazarme en ómnibus. Permítanme que les dé una idea de la devoción con que atendí los intereses de mi tía señalando que, en esta ocasión, incurrí en el despilfarro de tomar un coche.

Llegué a casa, seleccioné y marqué mi primer lote de lecturas, y volví a Montagu Square con una bolsa de viaje en la que iban esos doce volúmenes que, así lo creo firmemente, no tienen parangón en la literatura de ningún otro país europeo. Le pagué al cochero el precio exacto del viaje. Recibió el dinero con una blasfemia, y juzgué oportuno entregarle un folleto. Difícilmente habría dado muestras de mayor consternación, el pobre infeliz, de haberle puesto yo una pistola en la cabeza. Dio un brinco en el pescante y se alejó con furia, lanzando profanas exclamaciones de disgusto. ¡Inútil, me complace poder decir! Sembré la buena simiente, a su pesar, al arrojar un segundo folleto por la ventanilla del coche.

El criado que me abrió la puerta —no la doncella con lacitos en la cofia, sino el lacayo, para mi gran alivio— me informó de que el doctor había llegado y seguía encerrado con lady Verinder en el piso de arriba. También el señor Bruff, el abogado, había llegado hacía apenas un minuto, y aguardaba en la biblioteca.

El señor Bruff se sorprendió al verme. Es el abogado de la familia, y nos habíamos visto en ocasiones anteriores bajo el techo de lady Verinder. Es, lamento decirlo, un hombre que ha encanecido y envejecido al servicio del mundo. Un hombre que, en sus horas de actividad profesional, era el profeta elegido de Mammón y de la Ley, y, en sus horas de ocio, se mostraba tan capaz de leer una novela como de romper un folleto.

—¿Ha venido usted para instalarse aquí, señorita Clack? —me preguntó, fijándose en mi bolso de viaje. Revelar el preciado contenido de mi bolso a una persona como aquélla habría sido, lisa y llanamente, una invitación a un estallido de profanaciones. Me rebajé a su nivel y le expliqué el motivo de mi presencia en la casa.

—Mi tía me ha comunicado que va a firmar su testamento. Y ha tenido la amabilidad de pedirme que actúe como testigo.

—Sí, sí. Actuará, señorita Clack. Es usted mayor de veintiún años y no tiene usted ningún interés pecuniario en el testamento de lady Verinder.

Ningún interés pecuniario en el testamento de lady Verinder. ¡Ah, cuánto agradecimiento me causaron estas palabras! Si mi tía, que era dueña de miles de libras, se hubiese acordado de esta pobre mujer para quien cinco libras

representan un buen dinero… si mi nombre apareciera en el testamento acompañado de un pequeño y reconfortante legado… mis enemigos habrían dudado de los motivos que me llevaron a cargar con los tesoros más selectos de mi biblioteca, y se habrían sentido atraídos por el despilfarro en el que había incurrido yo al tomar un coche, a la vista de mis escasos recursos. Ahora, ni el más cruel y mordaz de todos ellos podía dudar de mis intenciones. ¡Tanto mejor que así fuera! Sin duda, sin duda, ¡tanto mejor que así fuera!

La voz del señor Bruff me despertó de estas gratas reflexiones. Mi meditación en silencio pareció pesar en el ánimo de aquel hombre mundano, y forzarlo a hablar, por así decir, aun en contra de su voluntad.

—Y bien, señorita Clack, ¿cuáles son las últimas novedades en los círculos de caridad? ¿Cómo se encuentra su amigo, el señor Godfrey Ablewhite, después de la paliza que recibió de esos bandidos en Northumberland Street? ¡Pardiez! ¡En mi club se cuenta una bonita historia sobre ese caballero tan caritativo!

Había pasado por alto la manera en que antes señalara que yo era mayor de veintiún años y no tenía ningún interés pecuniario en el testamento de mi tía, pero el tono en que aludió al querido señor Godfrey iba mucho más allá de lo que mi paciencia podía tolerar. Sintiéndome, tras lo que había presenciado esa misma tarde, en la obligación de proclamar la inocencia de mi querido amigo siempre que me pareciese que ésta se ponía en entredicho, me vi asimismo en el deber de acompañar el cumplimiento de mi justo propósito de un hiriente castigo en el caso del señor Bruff.

—Vivo muy alejada del mundo —dije—, y no tengo el privilegio de pertenecer a ningún club. Sin embargo, se da la circunstancia de que estoy al corriente de esa historia a la que alude usted, y puedo asegurarle que jamás se ha contado mentira más vil.

—Sí, sí, señorita Clack… Usted cree en su amigo. Nada más natural. No le será tan fácil al señor Godfrey Ablewhite convencer al mundo en general como le es convencer a un comité de caridad femenino. Todas las apariencias apuntan en su contra. Se encontraba presente en la casa de Yorkshire cuando desapareció el diamante y fue la primera persona que se marchó a Londres a continuación. Son circunstancias muy poco favorecedoras, señora, a la luz de los acontecimientos posteriores.

Tendría que haberle puesto en su lugar, bien lo sé, antes de que llegara más lejos. Tendría que haberle señalado que si se permitía hablar así era porque ignoraba el testimonio que de la inocencia del señor Godfrey había ofrecido la única persona indudablemente capacitada para hablar con conocimiento de causa. La tentación de conducir arteramente al abogado hasta el azoramiento era demasiado grande para mí. Le pregunté a qué « acontecimientos posteriores» se refería… afectando la mayor inocencia.

—Me refiero, señorita Clack, a los acontecimientos en los que se han visto

implicados los hindúes —respondió en un tono de creciente superioridad sobre mi pobre persona conforme proseguía—. ¿Qué hicieron los hindúes en cuanto salieron de la prisión de Frizinghall? Vinieron derechos a Londres para vigilar al señor Luker. ¿Y qué ocurrió después? El señor Luker se sintió alarmado por la seguridad de « un objeto de gran valor» que guardaba en su casa. Lo depositó en privado (bajo una descripción genérica) en la caja fuerte de sus banqueros. Asombrosa sagacidad la suya, pero resulta que los hindúes son igual de sagaces. Sospecharon que ese « objeto de gran valor» había sido trasladado de un lugar a otro, y dieron con una manera singularmente osada de verificar sus sospechas. ¿A quién tendieron una trampa y registraron? No sólo al señor Luker —lo cual sería de todo punto comprensible—, sino también al señor Godfrey Ablewhite. ¿Por qué? La explicación del señor Ablewhite es que han obrado a ciegas, tras verlo hablar accidentalmente con el señor Luker. ¡Nada más absurdo! Otra media docena de personas hablaron con el señor Luker esa mañana. ¿Por qué no las siguieron también a ellas para tenderles una trampa? ¡No! ¡No! La conclusión más sencilla es que el señor Ablewhite tenía interés personal en ese objeto valioso, al igual que el señor Luker, y al no saber los hindúes en posesión de cuál de los dos se hallaba, no tuvieron más remedio que registrarlos a ambos. Eso es lo que afirma la opinión pública, señorita Clack. Y la opinión pública, en esta ocasión, no es fácilmente rebatible.

Pronunció esta últimas palabras aparentando tan extraordinaria sabiduría en su vanidad mundana que no pude resistir la tentación (para vergüenza mía, dicha sea la verdad) de presionarlo un poco más antes de presentarle la abrumadora verdad.

—No es mi intención discutir con un abogado tan inteligente como usted —dije—. Sin embargo, ¿le parece a usted justo, para con el señor Ablewhite, no tener en cuenta la opinión del famoso detective de la policía londinense que investigó este caso? Ni una sombra de sospecha recayó sobre nadie que no fuera la señorita Verinder, a juicio del sargento Cuff.

—¿Me está usted diciendo, señorita Clack, que comparte la opinión del sargento?

—Yo no juzgo a nadie, señor, y tampoco ofrezco ninguna opinión.

—Yo, sin embargo, cometo ambas barbaridades. Juzgo que el sargento se ha equivocado por completo y ofrezco la opinión de que, si él conociera a la señorita Rachel como la conozco yo, habría sospechado de todos los ocupantes de la casa menos de ella. Reconozco que tiene sus defectos: es reservada y terca; rara y rebelde, y no se parece a otras muchachas de su edad. Pero es fiable como el acero, y altruista y generosa hasta el exceso. Si todas las pruebas del mundo apuntaran en una dirección, y nada más que la palabra de honor de Rachel apuntara en la dirección contraria, yo aceptaría su palabra por encima de cualquier otra prueba, ¡abogado como soy! Sé que son palabras duras, señorita

Clack, pero eso es lo que pienso.

—¿Tendría usted inconveniente en ilustrar lo que piensa, señor Bruff, para que yo pueda estar segura de entenderlo bien? Supongamos que encontrara usted a la señorita Verinder inexplicablemente interesada por lo que les ha ocurrido al señor Ablewhite y al señor Luker. Supongamos que ella hiciera las más extrañas preguntas sobre este escándalo atroz y denotara una agitación ingobernable al enterarse del giro que va tomando el asunto.

—Podemos suponer lo que usted guste, señorita Clack. Eso no debilitará ni un ápice la fe que me inspira Rachel Verinder.

—¿Puede confiarse en ella hasta ese punto?

—Puede confiarse en ella hasta ese punto.

—En tal caso, señor Bruff, permítame informarle de que el señor Godfrey Ablewhite estuvo en esta casa hace menos de dos horas, y que la propia señorita Verinder proclamó, con las palabras más duras que jamás he oído yo decir a una dama, que él es enteramente inocente en todo lo que concierne a la desaparición de la Piedra Lunar.

Saboreé la victoria —la impía victoria, me temo, y así lo confieso— de ver al señor Bruff desconcertado y aplastado por estas sencillas palabras mías. Se puso en pie y me miró en silencio. Yo seguí sentada, inconmovible, y le relaté la escena completa, tal como se había desarrollado.

—¿Qué me dice ahora del señor Ablewhite? —le pregunté, con la mayor dulzura posible, cuando hube terminado.

—Si Rachel ha certificado su inocencia, señorita Clack, no tengo el menor escrúpulo en reconocer que creo en la inocencia de este caballero tan firmemente como usted. Me he dejado engañar por las apariencias, como todo el mundo; y es mi intención reparar este error por todos los medios a mi alcance, contradiciendo públicamente cualquier insinuación escandalosa con que pueda atacarse a su amigo dondequiera que la oiga. Entre tanto, permítame felicitarla por la manera magistral en que ha abierto contra mí el fuego de sus baterías en el momento en que menos lo esperaba. Habría llegado usted muy lejos en mi profesión, señora, de haber sido usted un hombre.

Con estas palabras se alejó de mí y se puso a dar vueltas por la sala, de muy mal talante.

Era palpable que mi revelación lo había sorprendido y alterado en grado sumo. Ciertas expresiones que salieron de sus labios a medida que se iba abstrayendo en sus pensamientos me revelaron la abominable opinión que hasta la fecha había tenido del enigma de la Piedra Lunar. No tuvo ningún reparo en sospechar que el querido señor Godfrey era responsable de la infamia de haber robado el diamante, y en atribuir la conducta de Rachel a la generosa resolución de ocultar el delito. De acuerdo con la autoridad de la propia señorita Verinder —una autoridad irrefutable a juicio del señor Bruff, como ya saben ustedes—, esa

explicación de los hechos se demostraba ahora rotundamente errada. La perplejidad en la que logré sumir a esta eminencia legal era tan apabullante que no le fue posible ocultarla. « ¡Qué caso! —le oí decir para sus adentros cuando se detuvo junto a la ventana, mientras tamborileaba con los dedos en el cristal—. No sólo desafía toda explicación, sino que sobrepasa cualquier conjetura.»

No había en este comentario nada que exigiera una réplica de mi parte, y, sin embargo, ¡le respondí! Incluso ahora me cuesta creer que no pudiese dejar en paz al señor Bruff en aquel momento; y casi escapa a los límites de la mera perversidad humana que hallara en lo que él acababa de decir una nueva oportunidad de mostrarme desagradable. Pero ¡ah, amigos míos!, nada escapa a los límites de la perversidad humana; y todo es creíble cuando nuestra naturaleza pecadora se apodera de nosotros.

—Disculpe que interrumpa sus reflexiones —le dije al desprevenido señor Bruff—. Sin duda cabe hacer una conjetura que hasta el momento no se nos ha ocurrido.

—Es posible, señorita Clack. Confieso que ignoro cuál puede ser.

—Antes de que lograra convencerlo felizmente de la inocencia del señor Ablewhite, recordó usted, entre otras razones para sospechar de él, la circunstancia de que estaba en la casa de Yorkshire en el momento en que desapareció el diamante.

El mundano abogado se alejó de la ventana, colocó una silla enfrente de la mía y me miró fijamente, con una sonrisa dura y maligna.

—No es usted tan buena abogada —señaló en tono pensativo— como yo suponía, señorita Clack. No sabe usted dejar estar las cosas en el momento oportuno.

—Me temo que no lo entiendo, señor Bruff —dije modestamente.

—No lo conseguirá, señorita Clack… no lo conseguirá por segunda vez. Franklin Blake es un joven al que yo estimo mucho, como todos ustedes saben. Pero eso no tiene importancia. Estoy dispuesto a aceptar su parecer, en esta ocasión, antes incluso de que lo exponga. Tiene mucha razón, señora. He sospechado del señor Ablewhite por motivos que en un sentido abstracto justificarían sospechar también del señor Blake. Muy bien: sospechemos de los dos al tiempo. Digamos que encaja perfectamente en el carácter del señor Blake ser capaz de robar la Piedra Lunar. La única pregunta que cabe hacerse es qué interés podría tener en tal cosa.

—Las deudas del señor Franklin —observé— han dado mala fama a la familia.

—Mientras que las deudas del señor Godfrey aún no han alcanzado ese punto. Eso es muy cierto. Sin embargo, su teoría presenta dos inconvenientes, señorita Clack. Resulta que yo administro los asuntos del señor Blake, y puedo asegurarle que a la inmensa mayoría de sus acreedores (conscientes de que su padre es un

hombre rico) les complace poder gravar sus deudas con cuantiosos intereses a la espera de recuperar su dinero. He ahí el primer inconveniente… bastante peliagudo, por cierto. Verá que el segundo lo es todavía más. He sabido por la propia lady Verinder que su hija iba a casarse con Franklin Blake antes de que ese diabólico diamante hindú desapareciera. Rachel lo había atraído y rechazado en varias ocasiones, con la coquetería propia de una jovencita. Sin embargo, le confesó a su madre que amaba a su primo Franklin, y su madre le confió a éste el secreto. Es decir, señorita Clack, que este caballero tenía, por un lado, a sus acreedores contentos de esperar y, por otro lado, la perspectiva cierta de contraer matrimonio con una rica heredera. Puede tacharlo usted de sinvergüenza con toda la razón, pero dígame, por favor, ¿por qué iba él a robar la Piedra Lunar?

—El corazón humano es inescrutable —dije amablemente—. ¿Quién puede comprenderlo?

—Dicho de otro modo, señora: dice usted que, aunque él no tuviera la más mínima razón para apropiarse del diamante, podría haberlo robado de todos modos, por pura maldad. Muy bien. Digamos que fue así. ¿Por qué demonios…?

—Disculpe, señor Bruff. Si nombra usted al demonio de esa manera me veré obligada a abandonar la habitación.

—Disculpe, señorita Clack… en adelante tendré más cuidado en la elección de mis palabras. Lo que quería preguntarle es lo siguiente. ¿Por qué, aun suponiendo que Franklin Blake se hubiera llevado el diamante, iba a convertirse después en la persona que más se esforzó por recuperar la joya? Podría usted decirme que fue un ardid para desviar las sospechas de sí mismo. Yo le digo que no tenía ninguna necesidad de desviar las sospechas, puesto que nadie sospechaba de él. Primero roba la Piedra Lunar (sin ningún motivo) por pura maldad y después toma parte en la investigación, cuando no tiene la más mínima necesidad de intervenir, y su actuación sólo lo lleva a ofender mortalmente a la joven que, de no haber sido por eso, se habría casado con él. Ésa es la monstruosa conclusión que usted pretende insinuar cuando relaciona la desaparición del diamante con Franklin Blake. ¡No, no, señorita Clack! Después de lo que hemos dicho hoy aquí, usted y yo, nos encontramos en un callejón sin salida. La inocencia de Rachel (como sabe su madre y como sé yo) está fuera de toda duda. El señor Ablewhite es igualmente inocente: de lo contrario Rachel jamás lo habría certificado. Y la inocencia de Franklin Blake, como usted misma acaba de ver, es irrefutable. Tenemos, por una parte, una certeza moral sobre estas cosas. Y, por otra parte, también sabemos que alguien ha traído la Piedra Lunar a Londres, y que en este momento se halla en poder del señor Luker o de su banquero. ¿De qué sirve mi experiencia o la de cualquiera en un caso como éste? Me desconcierta a mí; la desconcierta a usted; desconcierta a todo el mundo.

No… no a todo el mundo. No había desconcertado al sargento Cuff. Estaba a punto de señalarlo, con la mayor delicadeza posible y todos los reparos

necesarios, para que no pudiera pensarse que mis palabras difamaban a Rachel, cuando el criado vino a anunciarnos que el médico se había marchado y que mi tía nos esperaba.

Esto puso fin a la discusión. El señor Bruff recogió sus papeles con gesto levemente fatigado por el esfuerzo que había entrañado para él nuestra conversación. Yo cogí mi bolso repleto de valiosas publicaciones con la sensación de que habría podido seguir discutiendo horas y horas. En silencio nos dirigimos a las habitaciones de lady Verinder.

Permítaseme añadir, antes de que mi relato pase a ocuparse de otros hechos, que si he descrito esta conversación con el abogado es porque tengo un propósito bien definido. Se me ha ordenado que mi narración sobre el caso de la Piedra Lunar revele verazmente no sólo el giro que dieron las sospechas, sino también los nombres de las personas sobre quienes recayeron en la época en la que se creía que el diamante se encontraba en Londres. Me ha parecido que reflejar la conversación que el señor Bruff y yo tuvimos en la biblioteca no sólo era la manera más exacta de cumplir con mi deber, sino que a la vez me brindaba la enorme ventaja moral de realizar un sacrificio esencial y renunciar al pecado del orgullo. Me he visto en el deber de reconocer que mi naturaleza pecadora me ganó la partida. Al hacer tan humillante confesión, soy yo quien gana a mi naturaleza pecadora. El equilibrio moral se ha restablecido; la atmósfera espiritual se ha purificado. Queridos amigos, podemos continuar.

CAPÍTULO IV

La firma del testamento fue un trámite mucho más breve de lo que yo había previsto. Se llevó a cabo, en mi opinión, con una premura indecente. Se avisó a Samuel, el lacayo, para que actuara en calidad de segundo testigo, y al momento se le tendió la pluma a mi tía. Yo me sentí urgida a decir unas palabras, como correspondía a tan solemne ocasión, pero la actitud del señor Bruff me convenció de que lo más prudente era contener este impulso mientras él estuviera presente. En menos de dos minutos todo había terminado, y Samuel (que no pudo beneficiarse de mi alocución) había regresado al piso de abajo.

El señor Bruff dobló el testamento y fijó sus ojos en mí como si se preguntara si iba o no iba a dejarle a solas con mi tía. Yo tenía una misión piadosa que cumplir, y mi bolso en el regazo, lleno de preciosas publicaciones. Con aquella mirada habría podido moverme lo mismo que habría podido mover la catedral de San Pablo. Aquel abogado tenía un mérito (sin duda debido a su experiencia mundana) que no voy a negarle. Era rápido en ver las cosas. Al parecer yo le causaba la misma impresión que le había causado al cochero. También el señor Bruff se despachó con una exclamación profana, se retiró con una urgencia inusitada y me dejó el terreno libre.

En cuanto nos quedamos solas, mi tía se reclinó en el sofá y aludió entonces, algo desconcertada, a la cuestión de su testamento.

—Espero que no pienses que me he olvidado de ti, Drusilla —dijo—. Tengo la intención de entregarte tu pequeño legado con mis propias manos, querida.

¡Una ocasión de oro! La proveché al vuelo. Dicho de otro modo, abrí mi bolso sin pérdida de tiempo y saqué el primer volumen. Resultó ser una edición antigua —sólo la vigesimoquinta— de la famosa obra anónima (atribuida a la valiosísima señorita Bellows) que lleva por título *La serpiente en casa*. El propósito de este libro —con el cual es posible que el lector mundano no esté familiarizado— es el de mostrar cómo nos acecha el Maligno en todos los actos en apariencia inocentes de nuestras vidas cotidianas. Los capítulos más aptos para la lectura femenina son « Satanás en el cepillo del pelo» , « Satanás detrás del espejo» , « Satanás bajo la mesita del té» , « Satanás al otro lado de la ventana» y otros muchos.

—Presta atención, querida tía, a este precioso volumen, y con eso me habrás dado todo cuanto espero de ti. —Con estas palabras le tendí el libro abierto por un pasaje señalado: ¡un continuo estallido de fervorosa elocuencia! Su tema: « Satanás entre los almohadones del sofá» .

Mi pobre tía (despreocupadamente reclinada sobre los almohadones de su

propio diván) echó una hojeada al libro y me lo devolvió más confundida que nunca.

—Me temo, Drusilla, que tendré que esperar hasta que me encuentre un poco mejor antes de poder leer eso. El médico…

En cuanto nombró al médico supe lo que se avecinaba. Una y otra vez, en mi experiencia anterior entre mis semejantes enfermos, los miembros de esa profesión notoriamente infiel que es la medicina se habían interpuesto en mi labor piadosa, con el miserable pretexto de que el paciente necesitaba tranquilidad, y habían afirmado que la influencia más perniciosa, y la que ellos más temían, era la influencia de la señorita Clacky de sus libros. Exactamente el mismo materialismo ciego (que obraba traicionero a mis espaldas) trataba en ese momento de privarme del único derecho de propiedad que en mi pobreza yo podía reclamar: mi derecho a la propiedad espiritual de mi tía moribunda.

—El médico me ha dicho —prosiguió mi descarriada pariente— que no me encuentro muy bien hoy. Me ha prohibido ver a personas extrañas y me ha ordenado que, en caso de leer, lea sólo los libros más ligeros y entretenidos. «Evite, lady Verinder, todo aquello que pueda fatigarle el pensamiento y acelerarle el pulso.» Ésas fueron, Drusilla, las palabras con que se despidió.

No había más remedio que renunciar de nuevo, aunque sólo por el momento, como ya me ocurriera anteriormente. Cualquier afirmación sincera sobre la importancia infinitamente superior de mis cuidados, en comparación con los que pudiera proporcionarle su médico, sólo habría servido para suscitar en el galeno el deseo de actuar sobre la debilidad humana de su paciente, amenazándola con abandonar el caso. Felizmente, hay muchas maneras de sembrar la buena simiente, y pocas personas tan versadas en ellas como yo.

—Es posible que dentro de un par de horas te sientas más fuerte, querida —dije—. O que mañana te despiertes con la sensación de que necesitas algo, e incluso este modesto volumen podría ser capaz de ofrecértelo. ¿Me permitirás que te deje el libro, tía? ¡El médico no puede poner ninguna objeción a eso!

Lo deslicé bajo los almohadones del sofá, mitad dentro, mitad fuera, cerca de su pañuelo y de su frasco de sales. Cada vez que su mano buscara una de las dos cosas, rozaría el libro y, tarde o temprano (¿quién sabe?), el libro podría rozar su ánimo. Tras haber llegado a este acuerdo me pareció prudente retirarme.

—Te dejaré descansar, tía. Volveré mañana. —Miré por accidente hacia la ventana mientras hablaba. Estaba rebosante de flores, en tiestos y en macetas. A lady Verinder le entusiasmaban hasta la extravagancia esos tesoros perecederos y tenía la costumbre de levantarse de cuando en cuando para olerlos y contemplarlos. Tuve una iluminación fugaz—. ¡Ah! ¿Puedo llevarme una flor? —dije, y me acerqué a la ventana sin despertar sus sospechas. En lugar de cortar una de sus flores añadí una de las mías, en forma de libro que saqué de mi bolso y que dejé, para sorprender a mi tía, entre los geranios y las rosas. Se me ocurrió

entonces una idea feliz: « ¿Por qué no hacerle a la pobre mujer el mismo bien en todas las habitaciones de la casa?» . Me despedí al instante y crucé el pasillo en dirección a la biblioteca. Samuel subió para acompañarme a la salida y, al suponer que ya me había marchado, volvió a bajar. En la mesa de la biblioteca reparé en dos de los libros « entretenidos» que su médico infiel le había recomendado. Al instante los oculté de la vista, colocando sobre ellos dos de mis preciados volúmenes. En el cuarto del desayuno encontré al canario favorito de mi tía, cantando en su jaula. Tenía la costumbre de alimentar al pajarillo ella misma. Había un poco de hierba blanca esparcida sobre una mesita situada justo debajo de la jaula. Dejé un libro entre la hierba blanca. En la antesala hallé nuevas y alentadoras oportunidades de vaciar mi bolso. Las partituras predilectas de mi tía reposaban sobre el piano. Deslicé entre ellas dos volúmenes. Coloqué otro ejemplar en la estancia anexa, debajo de un bordado incompleto en el que sabía que lady Verinder estaba trabajando. En una tercera salita contigua, separada de la anterior por cortinas en lugar de una puerta, deposité otro volumen. El sencillo y anticuado abanico de mi tía se encontraba en la repisa de la chimenea. Abrí el libro por un pasaje muy singular y puse el abanico a modo de marcapáginas. Me pregunté entonces si debía subir a la planta de los dormitorios, corriendo el riesgo cierto de ser insultada si la doncella con lacitos en la cofia se encontraba por casualidad en las regiones superiores de la casa y me sorprendía allí. ¿Cómo podía preocuparme eso? Mal cristiano es el que teme ser insultado. Subí al tercer piso, dispuesta a afrontar lo que fuera. Lo encontré silencioso y solitario… supongo que a esa hora los criados estaban tomando el té. Llegué hasta el dormitorio de mi tía. Un retrato en miniatura del querido y difunto sir John colgaba en la pared opuesta a la cama. Parecía sonreírme; parecía decir: « ¡Drusilla, deja un libro!» . Había dos mesitas a ambos lados de la cama. Mi tía no dormía bien y necesitaba, o creía necesitar, gran cantidad de cosas a lo largo de la noche. Dejé un libro junto a los fósforos en una mesita, y otro debajo de una caja de pastillas de chocolate en la otra. Tanto si necesitaba un fósforo como si necesitaba una pastilla de chocolate, uno de mis preciosos volúmenes tropezaría con sus ojos o con sus manos para decirle con silenciosa elocuencia: « ¡Vamos, pruébame! ¡Pruébame!» . Me quedaba un libro en el fondo del bolso y tan sólo un cuarto por explorar: el cuarto de baño, que daba a la alcoba. Me asomé, y esa sagrada voz interior que jamás me engaña me susurró: « Ya la has sorprendido, Drusilla, en todas partes; sorpréndela también en el baño y habrás concluido tu misión» . Vi un salto de cama encima de una silla. Tenía un bolsillo y en él deposité mi último volumen. ¿Puede expresarse con palabras la exquisita sensación del deber cumplido que experimenté cuando, tras haberme escabullido de la casa, inadvertida por todos, me encontré en la calle, con mi bolso vacío bajo el brazo? ¡Ah, mis mundanos amigos que perseguís el fantasma del placer por los pecaminosos laberintos del libertinaje, ignorando que para ser

felices tan sólo basta con ser buenos!

Esa noche, mientras doblaba mi ropa y reflexionaba sobre los tesoros que tan pródigamente había diseminado por la casa de mi acaudalada tía, afirmo que me sentí tan libre de preocupaciones como si volviera a ser una niña. Tan liviano se hallaba mi corazón que canté un verso del *Himno vespertino*. Tan liviana me sentía que me quedé dormida antes de poder cantar otro. ¡Enteramente igual que una niña! ¡Enteramente igual que una niña!

Así transcurrió para mí esa noche venturosa. ¡Y cuán joven me sentí al levantarme a la mañana siguiente! Casi podría añadir cuán juvenil era mi aspecto, si fuera capaz de reparar en las preocupaciones de mi cuerpo mortal. Pero no soy capaz… y por tanto no añadiré nada.

Hacia la hora del almuerzo —no por satisfacer ninguna comodidad material, sino movida por la certeza de encontrar en casa a mi querida tía— me puse mi sombrero y me encaminé a Montagu Square. Justo cuando estaba a punto de salir, la doncella del alojamiento en el cual me hospedaba entonces llamó a la puerta y anunció:

—Un servidor de lady Verinder desea ver a la señorita Clack.

Yo ocupaba la planta de los salones en esa época de mi estancia en Londres. La antesala era mi salita de estar. Muy pequeña, de techos muy bajos, muy modestamente amueblada, pero ¡tan limpia! Me asomé al pasillo para ver cuál de los criados de lady Verinder preguntaba por mí. Era el joven lacayo, Samuel, un muchacho muy cortés y de piel lozana, de apariencia dócil y modales muy serviciales. Yo siempre había sentido cierto interés espiritual por Samuel y deseaba ponerlo a prueba con unas palabras bien meditadas. En esta ocasión, lo invité a pasar a mi salita.

Entró con un enorme paquete bajo el brazo. Lo dejó en el suelo, con aire asustado.

—Con el cariño de mi señora, señorita. Y me ha pedido que le diga que encontrará una carta dentro. —Una vez transmitido el mensaje, el joven y lozano lacayo me sorprendió al adoptar una expresión que denotaba el deseo de huir.

Lo detuve con intención de hacerle unas preguntas amables. ¿Podría ver a mi tía si pasaba por Montagu Square? No; había salido a dar un paseo en coche. La señorita Rachel la acompañaba, y también el señor Ablewhite ocupaba un asiento en el carruaje. Sabiendo como sabía lo retrasado que se hallaba el querido señor Godfrey en sus tareas de caridad, me pareció extraño que saliera a pasear en coche como un hombre ocioso. Volví a detener a Samuel ya en la puerta para hacerle otras pocas preguntas amables. La señorita Rachel asistiría a un baile esa noche, y el señor Ablewhite había convenido en pasar a tomar café y acompañarla luego. Había un concierto matinal al día siguiente, y Samuel tenía orden de reservar entradas para un grupo de personas, entre ellas el señor Ablewhite.

—No encontraré entradas, señorita, si no voy ahora mismo a reservarlas. —Echó a correr antes de haber terminado la frase, y volví a verme sola, con algunas inquietudes de las que ocuparme.

Esa noche teníamos una reunión especial de la Sociedad de Madres para la Transformación de Bombachos, convocada expresamente con la idea de contar con el consejo y la presencia del señor Godfrey, y éste, en lugar de auxiliar a nuestra hermandad, lastrada bajo el peso de una abrumadora montaña de pantalones, ¡iba a tomar café en Montagu Square y acudir a un baile a continuación! La tarde del día siguiente era la fecha señalada para el Festival de la Sociedad Supervisora de los Novios Dominicales de las Criadas de Damas Británicas, y él, en lugar de estar presente, el alma de tan batalladora institución, ¡se había comprometido a sumarse a un grupo de gentes mundanas para asistir a un concierto matinal! Me pregunté qué podía significar. Significaba, por desgracia, que nuestro héroe cristiano iba a revelárseme como un personaje enteramente distinto, y a asociarse en mis pensamientos con uno de los vicios más aterradores de los tiempos modernos.

Retomemos, no obstante, los hechos de ese día. Al encontrarme sola en mi salita, me ocupé, como es natural, del paquete que al parecer había intimidado de un modo tan extraño al joven lacayo de piel lozana. ¿Me habría enviado mi tía el legado prometido? ¿Y sería dicho legado un montón de ropa desechada o de cucharas de plata viejas, o de joyas pasadas de moda, o algo por el estilo? Preparada para aceptarlo todo sin ofenderme por nada, abrí el paquete… ¿y qué vieron mis ojos? Los doce preciados volúmenes que yo había diseminado por su casa el día anterior. ¡Todos devueltos por orden del médico! ¡Cómo no iba a acobardarse Samuel al dejar semejante paquete en mi salita! ¡Cómo no iba a salir corriendo una vez cumplida su miserable misión! En cuanto a la carta de mi tía, la pobrecilla se limitaba a decir lo siguiente: que no se atrevía a desobedecer las órdenes de su médico.

¿Qué debía hacer a continuación? Con mi experiencia y mis principios, no tuve un instante de duda.

Una vez respaldado por su conciencia, una vez se ha embarcado en una empresa de utilidad manifiesta, el verdadero cristiano jamás se da por vencido. Ni las influencias públicas ni las privadas ejercen el más mínimo efecto sobre nosotros cuando decidimos llevar a cabo una misión. Nuestra misión podría entrañar un gravoso tributo; nuestra misión podría desencadenar disturbios; nuestra misión podría desatar guerras: nosotros seguimos adelante con la tarea, ajenos a cualquiera de las consideraciones humanas por las que se rige el mundo exterior. Nos situamos por encima de la razón; no reparamos en el ridículo; no vemos con los ojos de nadie, no oímos con los oídos de nadie ni sentimos con los corazones de nadie, sino con los nuestros. ¡Glorioso, glorioso privilegio! ¿Y cómo se alcanza? ¡Ah, amigos míos, pueden ahorrarse ustedes tan inútil pregunta! Sólo

a nosotros nos es dado alcanzarlos, pues sólo nosotros obramos siempre rectamente.

En el caso de mi descarriada tía, la forma que debía adoptar la perseverancia piadosa se me reveló con absoluta claridad.

La preparación por medio de mis amigos clérigos había fracasado, debido a la reticencia de la propia lady Verinder. La preparación por medio de los libros había fracasado, debido a la pagana obstinación del médico. ¡Que así fuera! ¿Qué podía intentar a continuación? Podía intentar lo siguiente: la preparación por medio de pequeñas notas. Dicho de otro modo, puesto que me había devuelto los libros, le haría llegar a mi tía, copiados por diferentes manos y dirigidos todos ellos como cartas, diferentes pasajes escogidos de los propios libros; unos los enviaría por correo y otros los distribuiría personalmente por la casa de acuerdo con el mismo plan adoptado el día anterior. Como cartas no despertarían ninguna sospecha; como cartas se abrirían y, una vez abiertos, podrían leerse. Algunos pasajes los escribí de mi puño y letra: «Querida tía, ¿me permites llamar tu atención sobre unas pocas líneas?». Etcétera. «Querida tía, anoche, leyendo, tropecé por azar con este pasaje.» Etcétera. Otros pasajes los transcribieron para mí algunas de mis preciadas colaboradoras de la Sociedad de Madres. «Querida señora, disculpe el interés que se toma por usted esta humilde aunque sincera amiga.» «Querida amiga, ¿permitirá que una persona cabal la sorprenda con unas palabras de aliento?» Mediante éstas y otras fórmulas similares de cortés solicitud, le dirigimos aquellos preciosos pasajes de una manera que no pudiera suscitar las sospechas ni aun del vigilante materialismo del médico. Antes de que las sombras de la noche hubieran caído sobre nosotras, tenía en mi poder una docena de reveladoras misivas para mi tía, en lugar de una docena de libros reveladores. Seis de ellas decidí despacharlas inmediatamente por correo, y las otras seis me las guardé en el bolsillo, con el propósito de distribuirlas personalmente por la casa al día siguiente.

Poco después de las dos volvía a encontrarme en el campo de esta piadosa batalla, y una vez más le dirigí a Samuel mis amables preguntas en la puerta de lady Verinder.

Mi tía había pasado una mala noche. Estaba en la habitación donde yo había presenciado la firma del testamento, descansando en el diván y tratando de dormir un rato.

Dije que esperaría en la biblioteca, con la esperanza de verla más tarde. En mi celo y mi fervor por distribuir las cartas, no se me ocurrió preguntar por Rachel. La casa estaba en calma y había pasado ya la hora en que empezaba el concierto matinal. Di por sentado que ella y su grupo de buscadores del placer (¡el señor Godfrey, por desgracia, entre ellos!) estarían en el concierto, y me entregué ávidamente al cumplimiento de esta buena acción mientras el tiempo y la oportunidad aún me lo permitieran.

La correspondencia matinal de mi tía —incluidas las seis reveladoras cartas que yo había despachado por correo la noche anterior— reposaba, sin abrir, encima de la mesa. Era evidente que no se había sentido con fuerzas para enfrentarse a tal cantidad de cartas, y cabía la posibilidad de que se acobardara al entrar en la biblioteca en algún momento del día. Dejé en la repisa de la chimenea una de las seis cartas que llevaba en el bolsillo, con el fin de que despertara su curiosidad al ocupar esta posición solitaria, lejos de las demás. Una segunda carta la tiré adrede en el suelo del cuarto del desayuno. El primer criado que entrase después de mí pensaría que a mi tía se le había caído, y se tomaría la molestia de entregársela. Sembrado así el campo de la planta baja, subí las escaleras con pies ligeros para esparcir mis bendiciones en la planta del salón.

En el preciso instante en que entraba en la antecámara, oí una doble llamada en la puerta principal de la casa, un golpe suave, palpitante y discreto. Antes de que se me ocurriera regresar sigilosamente a la biblioteca (donde se suponía que estaba yo esperando), el diligente lacayo ya estaba en el vestíbulo, abriendo la puerta. No le di mayor importancia. A la vista del estado de salud de mi tía, no se aceptaban visitas en general. Para mi horror y mi asombro, el autor de la prudente llamada resultó ser una excepción a la norma. La voz de Samuel (tras responder a algunas preguntas que no alcancé a distinguir con claridad) dijo en un tono inconfundible: « Tenga la bondad de acompañarme arriba, señor» . Al instante oí pasos, pasos masculinos que se acercaban al salón. ¿Quién podría ser el privilegiado visitante? Casi al mismo tiempo que me hacía esta pregunta encontré la respuesta. ¡Quién podía ser sino el médico!

De haberse tratado de cualquier otra persona, habría permitido que se me sorprendiera en el salón. No habría sido extraño que, cansada de esperar en la biblioteca, hubiera subido al salón por cambiar de aires. Sin embargo, mi dignidad no me permitía encontrarme con la persona que me había insultado al devolverme mis libros. Me deslicé a la antecámara a la que me he referido con anterioridad, la que comunicaba con el salón, y cerré las cortinas que separaban ambas estancias. Bastaría con aguardar unos minutos para que se produjera la consecuencia natural en tales casos. Es decir, que el médico fuese conducido a la habitación de su paciente.

Esperé unos minutos, y aún tuve que esperar un poco más. Oí que el visitante deambulaba con inquietud de un lado a otro. Le oí también hablar consigo mismo. Incluso me pareció reconocer su voz. ¿Me había equivocado? ¿No sería el médico, sino otra persona? ¿El señor Bruff, por ejemplo? ¡No!, un instinto infalible me indicó que no se trataba del señor Bruff. Quienquiera que fuese, seguía hablando para sí. Separé las cortinas con intención de abrir un mínimo resquicio, y escuché. Éstas fueron las palabras que oí: « ¡De hoy no pasa!» . Y la voz pertenecía al señor Godfrey Ablewhite.

CAPÍTULO V

Solté la cortina. ¡No imaginen ustedes —no lo imaginen— que la embarazosa situación en la que me veía era lo que ocupaba principalmente mis pensamientos! Tan ferviente seguía siendo mi interés fraternal por el señor Godfrey que en ningún momento me detuve a preguntarme cómo es que no estaba en el concierto. ¡No! Sólo reparé en las palabras —en las asombrosas palabras— que acababan de salir de sus labios. En un tono de terrible resolución había dicho que de hoy no pasaba. ¿Qué? ¡Ay! ¿Qué era lo que se proponía? ¿Algo todavía más deplorable e indigno de él que lo que ya había hecho? ¿Iría a apostatar de su fe? ¿Iría a abandonarnos en la Sociedad de Madres? ¿Habríamos visto su última sonrisa angelical en nuestra sala de juntas? ¿Habríamos escuchado por última vez su elocuencia sin par en Exeter Hall? Tal fue mi turbación ante la sola idea de tan atroces eventualidades que habría sido capaz de salir precipitadamente de mi escondite para implorarle que se explicara, en nombre de todos los Comités de Damas de Londres, de no haber sido porque de repente oí otra voz en la habitación. La voz atravesó las cortinas: era fuerte, era audaz, carecía de todo encanto femenino. ¡Era la voz de Rachel Verinder!

—¿Por qué has subido aquí, Godfrey? ¿Por qué no has pasado a la biblioteca?

—La señorita Clack está en la biblioteca —respondió, con una risa suave.

—¡Clack en la biblioteca! —exclamó Rachel. Se acomodó al instante en la otomana de la sala contigua—. Tienes razón, Godfrey. Será mucho mejor que nos veamos aquí.

Yo, que un momento antes me hallaba poseída de un ardor febril y sin saber cómo actuar a continuación, me enfrié por completo y abandoné todas mis dudas. No podía dejarme ver después de lo que acababa de oír. Retroceder, a menos que fuera para esconderme dentro de la chimenea, estaba igualmente fuera de lugar. Me aguardaba el martirio. Confieso, en honor a la verdad, que arreglé sigilosamente las cortinas de tal modo que pudiese ver y oír. Y así afronté mi martirio con el ánimo de los primitivos cristianos.

—No te sientes en la otomana —dijo Rachel—. Acerca una silla, Godfrey. Me gusta tener a las personas en frente cuando hablo con ellas.

El señor Godfrey tomó el asiento más próximo. Era una silla baja. Él era muy alto y la silla le venía muy pequeña. Jamás había visto yo sus piernas en posición tan desventajosa.

—¿Y bien? —lo interpeló su prima—. ¿Qué les has dicho?

—Exactamente lo que tú me dijiste, querida Rachel.

—¿Que mamá no se encontraba bien hoy y yo no quería dejarla para ir al

concierto?

—Con esas mismas palabras. Lamentaron que no pudieras acompañarlos, pero lo comprendieron. Todos te envían su cariño y todos desean sinceramente que la indisposición de lady Verinder sea pasajera.

—Tú no creerás que es grave, ¿verdad Godfrey?

—¡Ni mucho menos! En pocos días, estoy seguro, se encontrará perfectamente.

—Yo también lo creo así. Al principio me asusté un poco, pero también lo creo así. Has sido muy amable al disculparte con esas personas a las que apenas conoces. ¿Por qué no has ido con ellas al concierto? Me parece injusto que te lo hayas perdido.

—¡No digas eso, Rachel! ¡Si supieras cuánto más feliz soy aquí, contigo!

Entrelazó las manos y la miró a los ojos. Al hacerlo se volvió hacia las cortinas. ¡No puedo expresar con palabras la repugnancia que me produjo advertir en su rostro la misma piedad con que a mí me cautivaba cuando pedía, en Exeter Hall, por los millones de sus semejantes que vivían en la indigencia!

—Es difícil dejar las malas costumbres, Godfrey, pero trata de abandonar la costumbre de hacer cumplidos… te lo ruego.

—Jamás te he hecho un cumplido, Rachel, en toda mi vida. Concedo que el amor correspondido puede adoptar a veces el lenguaje del halago, pero el amor sin esperanza, queridísima, siempre dice la verdad.

Acercó su silla un poco más para tomar a Rachel de la mano mientras decía «amor sin esperanza». Hubo un silencio fugaz. Él, que emocionaba a todo el mundo, sin duda la había emocionado a ella. Creí comprender en ese momento las palabras que escaparon de sus labios mientras se encontraba solo en el salón: «De hoy no pasa». ¡Ni el más estricto decoro podía dejar de ver lo que se proponía!

—¿Has olvidado, Godfrey, lo que convinimos cuando me hablaste en el campo? Convinimos en seguir siendo primos y nada más.

—Cada vez que te veo rompo ese acuerdo, Rachel.

—En ese caso, no me veas.

—¡Es inútil! Lo rompo igualmente cada vez que pienso en ti. ¡Ah, Rachel! ¡Con cuánta bondad me dijiste hace apenas unos días que tu aprecio por mí era mayor que nunca! ¿Estoy loco por fundar mis esperanzas en esas palabras tan queridas? ¿Estoy loco por soñar con el día en que tu corazón llegue a ablandarse? ¡No me lo digas si así lo crees! ¡Déjame vivir con esa ilusión, querida mía! ¡Permíteme al menos eso para alegrarme y consolarme, si es que no puedo aspirar a otra cosa!

Le tembló la voz y se llevó a los ojos el pañuelo blanco. ¡Otra vez lo mismo que en Exeter Hall! Sólo faltaban para completar el símil el público, los vítores y el vaso de agua.

Incluso ella se conmovió, a pesar de su naturaleza obstinada. Vi que se inclinaba un poco hacia él. Percibí un interés nuevo en sus siguientes palabras.

—¿De veras estás seguro de quererme tanto, Godfrey?

—¡Seguro! Tú sabes, Rachel, como era yo. Deja que te diga cómo soy ahora. He perdido todo interés por la vida, excepto por ti. Se ha producido en mí una transformación que ni yo mismo puedo explicarme. ¿Quieres creerlo? Mis obras benéficas se han convertido en una carga insoportable para mí, y ahora, cuando veo un comité femenino, ¡desearía hallarme en los confines de la tierra!

De existir en los anales de la apostasía una declaración comparable a ésta, sólo puedo afirmar que el caso en cuestión no figuraba en ninguna de mis lecturas. Pensé en la Sociedad de Madres para la Transformación de los Bombachos. Pensé en la Supervisión de los Novios Dominicales. Pensé en las demás asociaciones, demasiado numerosas para nombrarlas a todas, erigidas en torno a la torre de fortaleza que era aquel hombre. Pensé en la lucha de los comités femeninos que, por así decir, aspiraban a través de las fosas nasales del señor Godfrey el aliento necesario para su empresa, ¡el mismo señor Godfrey que acababa de injuriar nuestra misión de caridad al calificarla de « carga» y al proclamar el deseo de hallarse en los confines de la tierra cuando se hallaba en nuestra compañía! Mis jóvenes amigas féminas se verán animadas a perseverar cuando añada que incluso una disciplina tan rigurosa como la mía se vio puesta a prueba antes de que me fuera posible digerir en silencio la legítima indignación que me produjo. Al mismo tiempo, es de justicia para conmigo misma añadir que no perdí una sola sílaba de su conversación. Rachel fue la siguiente en hablar.

—Has hecho tu confesión —dijo—. Me pregunto si mi propia confesión podría curarte de ese apego infeliz.

Él pareció sorprendido. Confieso que a mí también me sorprendió. El señor Godfrey creyó, lo mismo que yo, que se disponía a revelarle el misterio de la Piedra Lunar.

—¿Pensarías, al mirarme, que soy la muchacha más desgraciada de este mundo? Pues lo soy, Godfrey. ¿Puede haber mayor desgracia para una persona que la de vivir degradada en su amor propio? Así es mi vida en este momento.

—¡Mi querida Rachel! ¡Es imposible que tengas motivos para hablar así de ti misma!

—¿Cómo sabes si tengo o no tengo alguna razón?

—¡Esta pregunta es inútil! Lo sé, porque te conozco. Tu silencio, querida mía, jamás te ha degradado en la consideración de los que de veras te aprecian. La desaparición de tu precioso regalo de cumpleaños puede parecer extraña; tu inexplicada relación con el suceso puede parecer más extraña todavía…

—¿Te refieres a la Piedra Lunar, Godfrey?

—Sin duda he pensado que tú te referías…

—No me refería a nada por el estilo. Puedo oír hablar de la desaparición de

la Piedra Lunar, en boca de quien sea, sin sentirme degradada por ello. Si la historia del diamante algún día termina por salir a la luz, se sabrá que acepté una terrible responsabilidad; se sabrá que me avine a guardar un secreto miserable… pero ¡quedará claro como el sol de mediodía que no cometí ninguna mezquindad! Me has malinterpretado, Godfrey. Me explicaré mejor. Supongamos que tú no estuvieras enamorado de mí. Supongamos que estuvieras enamorado de otra mujer.

—¿Sí?

—Y supongamos que, a pesar de ello, no pudieras arrancarla de tu corazón. Supongamos que no pudieras ocultar ese sentimiento que despertó en ti cuando aún confiabas en ella. Supongamos que el amor que esta desgraciada te ha inspirado… ¡Ah, no encuentro las palabras con que expresarlo! ¿Cómo voy a hacerle comprender a un hombre que un sentimiento que a mí misma me horroriza pueda ser un sentimiento que al mismo tiempo me fascina? ¡Es el aire que respiro, Godfrey, y es el veneno que me mata… las dos cosas a la vez! ¡Vete! Debo de estar loca para hablarte así. ¡No! No te vayas… No quiero que te lleves una falsa impresión. Quiero decirte lo que tengo que decir en mi defensa. ¡Recuerda esto! Él no lo sabe… Él nunca sabrá lo que te he dicho. Jamás volveré a verlo… pase lo que pase… ¡nunca, nunca volveré a verlo! ¡No me preguntes su nombre! ¡No me hagas más preguntas! Cambiemos de tema. ¿Alcanzan tus conocimientos, Godfrey, a explicarme por qué siento como si me ahogara, como si me faltara el aire? ¿Existe alguna forma de histeria que se manifieste con palabras en lugar de llanto? ¡Yo diría que sí! Pero ¿qué más da eso? Podrás sobreponerte sin dificultad a cualquier disgusto que haya podido causarte. ¿Verdad que ahora he caído hasta lo más bajo en tu consideración? ¡No me hagas caso! ¡No te compadezcas de mí! ¡Por el amor de Dios, márchate!

Se volvió de buenas a primeras y la emprendió a manotazos con el respaldo de la otomana. Hundió la cabeza entre los almohadones y rompió a llorar. No tuve tiempo para que esto me impresionara: me quedé horrorizada por la inesperada reacción del señor Godfrey. ¿Creerán que se hincó de rodillas a los pies de ella? ¡Pues declaro solemnemente que así lo hizo: de ambas rodillas! ¿Permite el decoro añadir que acto seguido la abrazó? ¿Y puede una admiración renuente reconocer que la electrizó con dos palabras?

—¡Noble criatura!

¡No más que esto dijo! Lo dijo, sin embargo, con esa vehemencia que le ha dado fama de espléndido orador. Ella se quedó quieta, enteramente atónita o enteramente fascinada —no sé cuál de las dos cosas—, sin esforzarse siquiera en devolver los brazos de él al lugar en que deberían estar. En lo que a mí respecta, estaba escandalizada por aquella falta de recato. Tan dolorosa era la incertidumbre, pues no sabía si cerrar los ojos o taparme los oídos, que no acerté a hacer ni lo uno ni lo otro. Atribuyo exclusivamente a un estado de histeria

contenida que pudiera seguir sosteniendo la cortina en la debida posición para mirar y escuchar. En un estado de histeria contenida, según lo reconocen incluso los médicos, uno debe sostener algo, lo que sea.

—Sí —dijo él con toda la fascinación de su voz y sus maneras angelicales—, ¡eres una noble criatura! Una mujer capaz de decir la verdad por la propia verdad… una mujer que sacrifica su orgullo, en lugar de sacrificar al hombre honrado que la ama… es el más preciado de los tesoros. Cuando una mujer así se casa, sólo con que su marido consiga ganarse su aprecio y su respeto ya habrá ganado lo suficiente para ennoblecer toda su vida. Has hablado, queridísima mía, del lugar que ocupas en mi consideración. Juzga por ti misma cuál es ese lugar cuando te imploro de rodillas que dejes en mis manos la curación de tu pobre corazón herido. ¡Rachel! ¿Me harás el honor, me bendecirás, aceptando ser mi mujer?

A estas alturas yo tendría que haberme decidido a taparme los oídos. Si no lo hice fue porque Rachel me animó a seguir con ellos abiertos, al responderle con las primeras palabras sensatas que oía salir de sus labios en toda mi vida.

—¡Godfrey! —dijo—. ¡Debes de estar loco!

—Jamás he hablado con más juicio, queridísima mía… tanto en tu interés como en el mío propio. Mira por un momento al futuro. ¿Debes sacrificar tu felicidad por un hombre que ni siquiera ha llegado a saber lo que sientes por él y a quien has resuelto no volver a ver nunca? ¿No tienes el deber de olvidar ese amor desdichado? ¿Y tiene cabida el olvido en la vida que ahora estás llevando? Ya has probado esa vida, y ya empiezas a hartarte de ella. Rodéate de intereses más nobles que los miserables intereses del mundo. Un corazón que te ama y que desea honrarte; un hogar cuyas apacibles exigencias y felices obligaciones te ganen dulcemente día a día… Prueba el consuelo, Rachel, que podrás encontrar ahí. No te pido amor… Me conformo con tu afecto y tu respeto. Fiemos lo demás, fiémoslo con esperanza, a la devoción de tu marido y al hecho de que el tiempo cura incluso heridas tan profundas como las tuyas.

Ella ya daba muestras de ablandarse. ¡Qué clase de educación había recibido! ¡De qué manera tan distinta habría actuado yo en su lugar!

—No me tientes, Godfrey —dijo—. Bastante imprudente y desgraciada me siento ya. No me tientes a ser todavía más imprudente y más desgraciada.

—Una pregunta, Rachel. ¿Tienes alguna objeción personal contra mí?

—Siempre me has agradado. Y, después de lo que acabas de decirme, tendría que ser en verdad insensible para no respetarte y admirarte además.

—¿Conoces, querida Rachel, a muchas mujeres que respeten y admiren a su marido? Y, pese a todo, se llevan estupendamente. ¿Cuántas novias llegan al altar con un corazón en condiciones de pasar el examen de los hombres que las llevan allí? Y, sin embargo, no terminan siendo infelices: la institución conyugal sale adelante de uno u otro modo. Lo cierto es que las mujeres, muchas más de las

que están dispuestas a reconocerlo, buscan en el matrimonio un refugio, y, lo que es más, terminan por descubrir que sus expectativas estaban justificadas. Vuelve a pensar en tu situación. ¿Es posible que a tu edad y con tu atractivo te condenes a llevar una vida solitaria? Confía en mi conocimiento del mundo: nada sería más improbable. Tan sólo es cuestión de tiempo. Puedes casarte con algún otro hombre de aquí a unos años. O puedes casarte, querida mía, con el hombre que ahora se encuentra a tus pies y que aprecia tu respeto y tu admiración por encima del amor de cualquier otra mujer sobre la faz de la tierra.

—¡Con esa dulzura, Godfrey, me estás haciendo pensar en algo en lo que no había reparado hasta hoy! Me estás tentando con una nueva perspectiva, cuando yo las veía ya todas cerradas. Te vuelvo a decir que sufro tanto y estoy tan desesperada que sería capaz de casarme contigo según tus condiciones si añades una palabra más. ¡Ten en cuenta la advertencia y vete!

—¡Pienso seguir de rodillas hasta que me digas que sí!

—Si te digo que sí, te arrepentirás, y me arrepentiré yo, cuando sea demasiado tarde.

—Los dos, amor mío, bendeciremos el día en que yo insistí y tú cediste.

—¿Es tan grande tu confianza como dices?

—Podrás juzgarlo por ti misma. Me guío por lo que he visto en mi propia familia. Dime qué te parece nuestro hogar en Frizinghall. ¿Son mi padre y mi madre infelices juntos?

—Todo lo contrario… por lo que yo veo.

—Cuando mi madre era una muchacha, Rachel (no es ningún secreto en la familia), estaba enamorada como lo estás tú: le había entregado su corazón a un hombre que no era digno de ella. Se casó con mi padre sintiendo por él nada más que respeto y admiración. Tú misma has podido ver el resultado con tus propios ojos. ¿No debería eso ser un estímulo para nosotros?

—¿No me apremiarás, Godfrey?

—Mi tiempo será tuyo.

—¿No me pedirás más de lo que puedo dar?

—¡Ángel mío! Sólo te pido que te entregues a mí.

—¡Tómame!

¡Con esta única palabra lo aceptó ella!

Él tuvo otro arrebato: un arrebato de éxtasis impío esta vez. La estrechó cada vez más, hasta que sus rostros se rozaron, y entonces… ¡No! No puedo permitirme llevar más lejos tan escandalosa revelación. Baste decir que traté de cerrar los ojos para no ver lo que ocurría, pero llegué tarde por un segundo. Yo había calculado, como puede verse, que ella se resistiría. Pero se rindió. A ninguna persona de mi sexo y sentimientos podría ningún libro decirle más.

Aun mi propia inocencia en tales cuestiones empezaba a vislumbrar el final de aquella conversación. Tal entendimiento habían alcanzado los dos a estas

alturas que me imaginé que iba a verlos salir cogidos del brazo, rumbo al altar. No obstante, a juzgar por las siguientes palabras del señor Godfrey, quedaba todavía una pequeña formalidad por observar. Se sentó a su lado en la otomana, sin que esta vez ella se lo prohibiera.

—¿Le hablo yo a tu querida madre? —dijo—. ¿O lo haces tú?

Ella rechazó ambas alternativas.

—Prefiero que mi madre no sepa nada hasta que se encuentre mejor. Quiero que esto sea un secreto de momento, Godfrey. Vete ahora, y vuelve esta noche. Ya hemos pasado demasiado tiempo aquí solos.

Se puso en pie y, al hacerlo, miró por primera vez hacia la sala en que yo soportaba mi martirio.

—¿Quién ha cerrado esas cortinas? —preguntó—. Bastante cerrada es de por sí esa sala para impedir que pase el aire.

Se acercó a las cortinas. Justo cuando acababa de poner la mano en ellas —cuando el descubrimiento de mi presencia parecía del todo inevitable—, la voz del joven y lozano lacayo en la escalera suspendió bruscamente todo movimiento de su parte o de la mía. Era, inconfundiblemente, la voz de un hombre muy alarmado.

—¡Señorita Rachel! —decía el lacayo—. ¿Dónde está, señorita Rachel?

Se apartó de un salto de las cortinas y corrió a la puerta.

El criado entraba en ese preciso instante. Había perdido del todo su color rubicundo.

—¡Señorita, baje, por favor! La señora se ha desmayado y no logramos que vuelva en sí.

Al momento me vi sola y con libertad de bajar a mi vez sin que nadie me viera.

El señor Godfrey pasó corriendo por mi lado en el pasillo, en busca del médico.

—¡Vaya y ayude! —dijo, señalando la habitación. Encontré a Rachel arrodillada junto al diván, con la cabeza de su madre en el regazo. Me bastó con ver a mi tía (sabiendo lo que ya sabía) para percatarme de la horrible verdad. Me guardé mis pensamientos hasta que llegó el médico. No tardó mucho en aparecer. Empezó por pedirle a Rachel que saliera de allí… y nos comunicó a los demás que lady Verinder había dejado de existir. Es posible que a las personas rigurosas y necesitadas de pruebas sólidas para combatir su escepticismo les interese saber que aquel hombre no dio muestras de ningún arrepentimiento cuando me miró.

Poco después me asomé al cuarto del desayuno y a la biblioteca. Mi tía había muerto sin abrir una sola de las cartas que yo le había enviado. Tanto me impresionó este hecho que hasta pasados unos días no caí en la cuenta de que también había muerto sin hacerme entrega de mi pequeño legado.

CAPÍTULO VI

(1) La señorita Clack presenta sus saludos al señor Franklin Blake y, al remitirle el quinto capítulo de su humilde narración, se permite decirle que se siente enteramente incapaz de ampliar, tal como le habría gustado, la descripción de un suceso tan terrible como la muerte de lady Verinder, dadas las circunstancias. Por esta razón ha acompañado su propio manuscrito de copiosos extractos de algunas de las valiosas publicaciones que obran en su poder, todos ellos relacionados con tan triste acontecimiento. Ojalá que dichos extractos (así lo espera fervientemente la señorita Clack) resuenen como el clamor de una trompeta en los oídos de su respetable pariente, el señor Franklin Blake.

(2) El señor Franklin Blake presenta sus saludos a la señorita Clack y se complace en agradecerle el envío del quinto capítulo de su narración. Al devolverle los extractos que acompañaban a su manuscrito se abstendrá de formular ninguna objeción personal a esta clase de literatura, limitándose a señalar que las adiciones propuestas no son necesarias para la consecución del propósito que nos ocupa.

(3) La señorita Clack acusa recibo de la devolución de sus extractos. Le recuerda afectuosamente al señor Franklin Blake que es una mujer cristiana, de ahí que en modo alguno él pueda ofenderla. La señorita C. insiste en que su hondo interés por el señor Blake no ha cambiado y se compromete a remitirle por segunda vez los mismos extractos, a la primera oportunidad en que él pueda verse abatido por la enfermedad. Entre tanto, le agradaría saber, antes de dar comienzo a los últimos capítulos de su narración, si puede permitirse la licencia de completar su modesta exposición de los hechos sirviéndose de la luz que posteriores revelaciones arrojaron sobre el misterio de la Piedra Lunar.

(4) El señor Franklin lamenta decepcionar a la señorita Clack. No puede sino reiterar las instrucciones que ya tuvo el honor de darle en el momento en que ella inició su relato. Se le solicita que se ciña a su experiencia personal de las personas y de los hechos, tal como se han consignado en su diario, y tenga a bien dejar esas revelaciones posteriores para la pluma de aquellas personas que puedan escribir en su capacidad de testigos presenciales.

(5) La señorita Clack lamenta profundamente importunar al señor Franklin Blake con una nueva misiva. Sus extractos le han sido devueltos y sus sensatas opiniones sobre la Piedra Lunar le han sido prohibidas. La señorita Clack es dolorosamente consciente de que tendría (por emplear una expresión mundana) que sentirse humillada. Pero, no… la señorita C. ha aprendido a cultivar la perseverancia en la escuela de la adversidad. El objeto de su carta es conocer si el señor Blake (que le prohíbe todo lo demás) prohíbe también que esta correspondencia se incluya en el relato de la señorita Clack. Es de elemental justicia, a su modo de ver, ofrecer alguna explicación de cómo por deseo expreso del señor Blake se ha visto ella convertida en autora. Y la señorita Clack, por su parte, tiene el máximo interés en que sus cartas se den a conocer, de manera que puedan hablar por sí mismas.

(6) El señor Franklin Blake acepta la propuesta de la señorita Clack, en el entendido de que tenga ella la bondad de considerar esta expresión de su consentimiento como punto final de esta correspondencia.

(7) La señorita Clack se siente en el deber cristiano de informar al señor Franklin Blake (antes de poner punto final a esta correspondencia) de que su última carta —escrita con la intención evidente de ofenderla— no ha logrado alcanzar el propósito de su autor. Afectuosamente invita al señor Blake a retirarse a la intimidad de sus habitaciones para reflexionar si la experiencia capaz de elevar a una pobre y débil mujer por encima de los insultos no es acaso digna de mayor admiración de la que él está dispuesto a otorgarle. De verse honrada con alguna señal que así lo indique, la señorita Clack se compromete solemnemente a remitir de nuevo la serie completa de sus extractos al señor Franklin Blake.

Esta carta no obtuvo respuesta. Huelga cualquier comentario.

(Firmado) DRUSILLA CLACK

CAPÍTULO VII

La citada correspondencia explicará sobradamente por qué razón no me ha quedado más remedio que referirme a la muerte de lady Verinder con la simple mención del suceso con que se cierra mi quinto capítulo.

Ciñéndome estrictamente en lo sucesivo a mi propia experiencia personal, debo decir a continuación que transcurrió un mes desde el deceso de mi tía hasta que Rachel Verinder y yo volvimos a vernos. Se dio la ocasión de que yo pasara unos días con ella, bajo el mismo techo. En el curso de mi visita ocurrió algo, relacionado con su compromiso con el señor Godfrey Ablewhite, que, por su importancia, merece un lugar destacado en estas páginas. Cuando se haya revelado este último eslabón de la cadena de dolorosas circunstancias familiares, mi tarea habrá concluido, pues habré referido entonces todo cuanto sé, como testigo presencial (y renuente) de los hechos.

Los restos mortales de mi tía se trasladaron de Londres al campo, para ser inhumados en el pequeño cementerio de la iglesia que se encuentra en sus tierras. Se me invitó a las exequias, junto a toda la familia, si bien me era imposible, a causa de mis creencias religiosas, despertar en tan pocos días del abatimiento en que me había sumido su muerte. Se me informó además de que el rector de Frizinghall oficiaría el servicio fúnebre. Como yo había visto a este clérigo réprobo entre los compañeros de *whist* de lady Verinder, dudo mucho que, aun de haberme hallado en condiciones de hacer el viaje, hubiera podido justificar mi presencia en la ceremonia.

Tras la muerte de lady Verinder, Rachel quedó bajo la tutela de su tío, el anciano señor Ablewhite. El testamento lo designaba como tutor hasta que su sobrina se casara o alcanzase la mayoría de edad. En tales circunstancias, supongo, el señor Godfrey puso al tanto a su padre de la nueva relación que había establecido con Rachel. El caso es que diez días después de la muerte de mi tía, el secreto de su compromiso matrimonial había dejado de ser secreto en el círculo de la familia. La mayor preocupación del señor Ablewhite padre —¡otro réprobo empedernido!— fue procurar que su persona y su autoridad resultaran lo más gratas para la joven de gran fortuna con que su hijo iba a casarse.

Rachel le ocasionó algunos problemas al principio, cuando hubo que decidir en qué lugar debería establecer su residencia. La casa de Montagu Square se asociaba con la calamidad de la muerte de su madre. La casa de Yorkshire se asociaba con el escándalo de la Piedra Lunar. La propia residencia de su tutor, en Frizinghall, no tenía ninguna de estas objeciones, pero la presencia de Rachel en ella, tras una pérdida tan reciente, ponía coto a las diversiones de sus primas, las

señoritas Ablewhite… y ella misma solicitó aplazar su visita hasta una ocasión más favorable. La solución al dilema, emanada del anciano señor Ablewhite, consistió en probar suerte en una casa amueblada en Brighton. Su mujer, una hija enferma y Rachel vivirían allí. Él se les uniría algo más avanzada la estación. No tendrían más sociedad que la de un pequeño círculo de viejos amigos, y su hijo Godfrey iría y vendría en el tren de Londres, siempre a su entera disposición.

Si describo este absurdo trasiego de una residencia a otra —este insaciable desasosiego del cuerpo y este atroz estancamiento del alma— es meramente con vistas a mostrar sus consecuencias. El acontecimiento que (por obra de la Providencia) resultó ser el vehículo que habría de unirnos nuevamente a Rachel y a mí no fue otro que el alquiler de la casa de Brighton.

Mi tía Ablewhite es una mujer corpulenta, callada y de hermosa tez, con un rasgo de carácter digno de mención. No se sabe que jamás haya hecho nada por sí misma, desde el día en que nació. En su andadura por la vida, ha ido aceptando la ayuda de todos y adoptando las opiniones de todos. No creo haber conocido nunca una persona más desesperante, desde el punto de vista espiritual… No existe, en esta asombrosa mujer, escollo alguno para el trabajo ajeno. La tía Ablewhite escucharía al Gran Lama del Tíbet con la misma atención con que me escucha a mí, y aceptaría sus opiniones con la misma prontitud con que acepta las mías. Encontró la casa de Brighton al detenerse en un hotel de Londres, acomodada en un sofá, y mandó llamar a su hijo. Dio con los criados necesarios desayunando en la cama una mañana (todavía en el mismo hotel) y ofreciendo a su doncella un día de asueto a condición de que « se distrajera un poco yendo en busca de la señorita Clack» . Me recibió a las once, abanicándose plácidamente, todavía en camisón.

—Drusilla, querida, necesito algunos criados. Tú eres tan lista… búscamelos, por favor.

Eché un vistazo a la habitación, donde reinaba el desorden. Las campanas de la iglesia llamaban para el servicio del día; su sonido me sugirió una palabra de cariñoso reproche.

—¡Ay, tía! —dije con pesar—. ¿Te parece esto digno de una inglesa cristiana?

—Me pondré la bata, Drusilla, si tienes la bondad de ayudarme —fue su respuesta.

¿Qué cabía responder a estas palabras? He obrado milagros con criminales: jamás he avanzado un ápice con la tía Ablewhite.

—¿Dónde está la lista de los criados que necesitas? —pregunté.

Mi tía negó con la cabeza. No había tenido las fuerzas necesarias para hacerla.

—La tiene Rachel, querida, en la habitación contigua.

Pasé a la habitación contigua, y así fue como volví a ver a Rachel por vez primera desde que nos separásemos en Montagu Square.

Se la veía con una lamentable delgadez en su traje de luto riguroso. Si yo le atribuyera alguna importancia a un detalle tan baladí como la apariencia personal, me sentiría inclinada a añadir que el suyo era un cutis de los que se resienten cuando no reciben el alivio de una prenda blanca que lo enmarque. Pero ¿qué importancia tienen nuestro cutis y nuestro aspecto? ¡Escollos y trampas, queridas muchachas, que nos acechan en el camino hacia metas más elevadas! Con gran sorpresa mía, Rachel se levantó nada más verme entrar en la habitación y me salió al encuentro tendiéndome la mano.

—Me alegro de verla, Drusilla. He tenido la costumbre de hablarle de una manera muy insensata y muy grosera en ocasiones anteriores. Le pido disculpas. Espero que pueda perdonarme.

Sospecho que mi rostro dejó traslucir el asombro que me causaron sus palabras. Se ruborizó un instante y procedió a explicarse.

—En vida de mi pobre madre —continuó—, sus amigas no siempre eran mis amigas. Ahora que la he perdido, mi corazón busca consuelo en las personas que ella apreciaba. Ella la apreciaba a usted. Trate de ser mi amiga, Drusilla, si le es posible.

Para un espíritu debidamente constituido, el motivo que alegaba era sencillamente escandaloso. ¡He aquí, en nuestra Inglaterra cristiana, a una joven que, en su dolor y con tan escasa idea de dónde hallar consuelo, esperaba encontrarlo entre las amistades de su madre! ¡He aquí a una pariente mía que de pronto tomaba conciencia de sus defectos en el trato con los demás bajo el influjo no de la convicción y del deber, sino del sentimiento y el impulso! De lo más deplorable sin duda… pero también susceptible de despertar las esperanzas de una persona con mi experiencia en el ejercicio de las buenas obras. Nada de malo habría, pensé, en verificar la magnitud del cambio que la pérdida de su madre había operado en el carácter de Rachel. Decidí, a la manera de provechoso experimento, ponerla a prueba en lo que se refería a su compromiso matrimonial con el señor Godfrey Ablewhite.

Tras recibir sus disculpas con la mayor cordialidad posible, me senté a su lado en el sofá, a su propio requerimiento. Hablamos de asuntos familiares y de planes para el futuro, sin referirnos en ningún momento a ese otro plan que habría de concluir en su matrimonio. Por más que traté de llevar la conversación a ese terreno, ella se obstinó en no captar las alusiones. Cualquier mención directa a dicho asunto habría sido prematura por mi parte, en un estado tan temprano de nuestra reconciliación. Además, yo ya sabía todo cuanto necesitaba saber, y ella había dejado de ser la criatura rebelde y desafiante a la que viera y escuchara en mi martirio en Montagu Square. Eso bastaba de por sí para animarme a acometer la empresa de su futura conversión, comenzando con unas pocas palabras de grave advertencia sobre la apresurada formación del vínculo matrimonial, para ocuparme luego de cuestiones más elevadas. Al mirarla

entonces con un interés nuevo —y al recordar la temeraria prontitud con que había aceptado la proposición de matrimonio del señor Godfrey— me sentí en el solemne deber de intervenir, con un fervor que me garantizara unos resultados en modo alguno comunes. Me dije que la importancia del caso exigía proceder sin pérdida de tiempo. Retomé al punto la cuestión de los criados que se necesitaban para la casa amueblada.

—¿Dónde está la lista, querida?

Rachel me la entregó.

—Cocinera, ayudante de cocina, doncella y lacayo —leí—. Mi querida Rachel, estos criados se precisan sólo temporalmente, por el plazo en que tu tutor ha alquilado la casa. Nos será muy difícil dar con personas de buenas referencias y capacidad para aceptar un compromiso temporal si las buscamos en Londres. ¿Se ha encontrado ya la casa de Brighton?

—Sí; Godfrey ya la ha alquilado, y algunas personas de la casa han ofrecidos sus servicios. No le pareció que estuvieran a la altura de nuestras necesidades y regresó sin ningún acuerdo.

—¿Y tú no tienes ninguna experiencia en estos asuntos, Rachel?

—Ninguna en absoluto.

—¿Y la tía Ablewhite no quiere hacer ese esfuerzo?

—No, pobrecilla. No la culpe por eso, Drusilla. Creo que es la única mujer verdaderamente feliz a la que he conocido.

—Hay distintos grados de felicidad, cariño. Algún día deberíamos hablar un poco de ese asunto. Tu tía podría escribir una carta a las personas de esa casa…

—La firmará, si yo la escribo por ella, lo que viene a ser lo mismo.

—Lo mismo, desde luego. Yo llevaré esa carta personalmente a Brighton mañana.

—¡Qué buena es usted! Iremos allí en cuanto esté preparada para recibirnos. Y espero que se quede con nosotras, como invitada mía. Brighton es un lugar muy animado; estoy segura de que le gustará.

Con estas palabras se formuló la invitación, y la gloriosa perspectiva de intervenir se desplegó ante mis ojos.

Nos encontrábamos a mitad de la semana. Llegada la tarde del sábado, la casa estaba lista para ellas. En ese breve intervalo de tiempo yo había pasado por el tamiz no sólo el carácter sino también las creencias religiosas de todos los criados sin empleo que presentaron su solicitud, y había efectuado una selección que mereció la aprobación de mi conciencia. Asimismo, localicé y pasé a visitar a dos honorables amigos míos que residían en la ciudad, a los que sabía que podía encomendar la piadosa misión que me había llevado hasta Brighton. Uno de ellos —un clérigo— me ayudó amablemente en la tarea de buscar asientos para nuestro pequeño grupo en la iglesia en la que él mismo ejercía su ministerio. La otra —una dama soltera, como yo— puso todo el material de su biblioteca

(integrada por valiosas publicaciones) a mi entera disposición. Tomé de allí media docena de volúmenes, todos ellos escogidos con sumo cuidado, con las miras puestas en Rachel. Tras distribuirlos muy juiciosamente en las distintas habitaciones que ella habría de ocupar, di por concluidos mis preparativos. Rigurosa doctrina en los criados que iban a atenderla; rigurosa doctrina en el sacerdote que predicaría para ella; rigurosa doctrina en los libros que descansaban sobre su mesa… ¡tal fue la triple bienvenida que mi celo religioso había preparado para la joven huérfana! Una serenidad celestial me embargó aquel sábado por la tarde cuando me senté junto a la ventana a la espera de la llegada de mis parientes. La atolondrada multitud desfilaba sin tregua ante mis ojos. ¿Cuántos de ellos, ¡ay!, sentirían mi exquisita sensación del deber cumplido? Terrible pregunta. No tratemos de responderla.

Entre las seis y las siete llegaron los viajeros. Para mi indescriptible sorpresa, no venían escoltados por el señor Godfrey (tal como yo me figuraba), sino por el abogado, el señor Bruff.

—¿Cómo está usted, señorita Clack? —dijo—. Esta vez vengo con intención de quedarme.

Esta referencia a la ocasión en que yo lo obligara a posponer sus asuntos en aras de los míos, cuando estábamos ambos de visita en Montagu Square, me convenció de que el viejo mundano había venido a Brighton con algún propósito en particular. Yo había preparado un pequeño paraíso para mi querida Rachel… ¡y ya estaba allí la serpiente!

—Godfrey ha sentido mucho no poder acompañarnos, Drusilla —dijo mi tía Ablewhite—. Un asunto lo ha retenido en la ciudad. El señor Bruff se ofreció a ocupar su lugar y tomarse un descanso hasta la mañana del lunes. Por cierto, señor Bruff, se me ha ordenado que haga ejercicio, y no me agrada. Eso —agregó la tía Ablewhite, señalando por la ventana a una inválida empujada por un hombre en una silla de ruedas— es mi noción del ejercicio. Si es aire libre lo que uno necesita, bien puede tomarlo en una silla. Y, si es fatiga lo que se busca, tenga por seguro que para fatigarse basta con mirar al hombre que empuja la silla.

Rachel se quedó en silencio junto a una ventana, con la vista clavada en el mar.

—¿Cansada, querida? —pregunté.

—No. Sólo un poco triste —dijo—. He visto muchas veces esa luz sobre el mar en nuestra costa de Yorkshire. Y estaba pensando, Drusilla, en los días que ya no volverán.

El señor Bruff se quedó a cenar y participó de la velada posterior. Cuanto más me fijaba en él, más me convencía de que un propósito concreto lo había llevado a Brighton. Lo observé atentamente. Hora tras hora, con el mismo desenfado, contó los mismos chismes impíos de siempre, hasta que llegó el momento de marcharse. Mientras le estrechaba la mano a Rachel me percaté de que fijaba

en ella por un momento sus ojos duros y astutos, con un interés y una atención singulares. Era evidente que ella tenía algo que ver en los planes del abogado. No dijo nada fuera de lo común ni a Rachel ni a los demás al despedirse. Se invitó a almorzar al día siguiente y se fue a su hotel.

Resultó imposible a la mañana siguiente que mi tía Ablewhite se desprendiera de su camisón a tiempo de llegar a la iglesia. Su hija enferma (que en mi opinión no padecía otra dolencia que no fuera una pereza incurable y heredada de su madre) anunció su intención de pasar el día en la cama. Rachel y yo fuimos solas a la iglesia. Mi talentoso amigo ofreció un magnífico sermón sobre la pagana indiferencia del mundo ante la gravedad de los pecados veniales. Por espacio de más de un hora su elocuencia (auxiliada por una voz gloriosa) tronó en el recinto sagrado.

—¿Ha conseguido llegarte al corazón, querida? —le pregunté a Rachel a la salida.

—No, sólo me ha dado dolor de cabeza —fue su respuesta. Otras personas en mi lugar se habrían desalentado, pero a mí, una vez me he embarcado en una empresa de utilidad manifiesta, nada hay que pueda desalentarme.

Nos reunimos con la tía Ablewhite y el señor Bruff para almorzar. Cuando Rachel rechazó la comida, alegando que tenía jaqueca, el astuto letrado vio la ocasión que esto le brindaba y la aprovechó al punto.

—Sólo hay un remedio para la jaqueca —dijo este viejo atroz—. Un paseo, señorita Rachel, es la cura que necesita. Estoy a su entera disposición, si me hace el honor de aceptar mi brazo.

—Con el mayor placer. Un paseo es justo lo que deseaba.

—Son más de las dos —le señalé con dulzura—. Y el servicio de la tarde empieza a las tres, Rachel.

—¿Cómo espera que vuelva otra vez a la iglesia —respondió en tono petulante — con este dolor de cabeza?

El señor Bruff le abrió la puerta servicialmente. En menos de un minuto los dos habían abandonado la casa. No sé si alguna vez he sentido el solemne deber de intervenir con tanta intensidad como lo sentí en ese momento, pero ¿qué podía hacer? Nada, como no fuese aguardar a la primera oportunidad que se presentara a lo largo del día.

A mi regreso de la iglesia supe que acababan de volver. Una mirada me bastó para percatarme de que el abogado le había dicho lo que quería decirle. Jamás había visto a Rachel tan callada y tan pensativa. Jamás había visto en el señor Bruff tanta devoción y tantas muestras de sincero respeto. El abogado tenía (o pretextó) un compromiso para cenar esa noche, de manera que nos dejó temprano, con la intención de regresar a Londres en el primer tren de la mañana.

—¿Estás segura de tu decisión? —le preguntó a Rachel, ya en la puerta.

—Completamente —respondió ella. Y con esto se despidieron.

En cuanto él volvió la espalda, Rachel se retiró a su cuarto. No bajó a cenar. Envió a su doncella (la muchacha con lacitos en la cofia) con el recado de que volvía a tener jaqueca. Subí corriendo a verla y le hice toda suerte de fraternales ofrecimientos a través de la puerta. Estaba cerrada con llave, y cerrada quiso ella que siguiera. ¡Me enfrentaba a todo un cúmulo de obstáculos materiales! Aquella puerta cerrada me llenó de estímulo y de contento.

Cuando se le llevó su taza de té a la mañana siguiente, decidí acompañarla. Me senté a su lado en la cama y le hablé con fervor. Me escuchó con lánguida cortesía. Me percaté de que las valiosas publicaciones de mi amiga estaban todas amontonadas en una mesa, en un rincón. ¿Había tenido ocasión de hojearlas? Se lo pregunté. Sí… y no le habían interesado. ¿Me permitiría que le leyera algunos pasajes del mayor interés en los que acaso no había reparado? No, no en ese momento: tenía otras cosas en las que pensar. Me dio estas respuestas aparentemente absorta en la tarea de doblar y redoblar la puntilla de su camisón. Era de todo punto imprescindible hacerla despertar con alguna referencia a esos intereses mundanos que aún albergaba en su corazón.

—¿Sabes, cariño, que ayer tuve una extraña ocurrencia acerca del señor Bruff? —dije—. Al verte, después del paseo, me pareció que te había dado alguna mala noticia.

Sus dedos soltaron la puntilla del camisón y sus ojos negros me miraron encendidos de furia.

—¡Todo lo contrario! —exclamó—. Eran noticias que me interesaban… y le agradezco mucho al señor Bruff que me las haya comunicado.

—¿Sí? —dije en un tono de dulce interés.

Sus dedos volvieron a la puntilla al tiempo que apartaba la cabeza con gesto hosco. Cientos de veces se me ha respondido de esta manera en mis misiones de piedad. Su actitud no hizo sino animarme a intentarlo de nuevo. En mi inquebrantable afán por procurarle bienestar, decidí correr un gran riesgo, aludiendo abiertamente a su compromiso matrimonial.

—¿Noticias que te interesaban? —repetí—. Supongo, querida, que serían noticias del señor Godfrey Ablewhite…

Dio un respingo y se puso pálida como un cadáver. Todo indicaba que tenía en la punta de la lengua alguna de sus irrefrenables insolencias de tiempos pasados. Se contuvo… volvió a posar la cabeza en la almohada… reflexionó unos momentos… y respondió con estas notables palabras.

—Jamás me casaré con el señor Godfrey Ablewhite.

A esto fui yo quien dio un respingo.

—¿Qué quieres decir? ¡Toda la familia da por cierto ese matrimonio!

—Se espera hoy la llegada del señor Godfrey… Aguarde hasta que venga y entonces verá.

—Pero, mi querida Rachel…

Hizo sonar la campanilla instalada junto a la cabecera de la cama. En seguida se presentó la doncella con lacitos en la cofia.

—¡Penelope, mi baño!

No puedo sino hacerle justicia. En el estado en que me hallaba en ese momento, creo sinceramente que Rachel dio con la única manera posible de forzarme a salir de su habitación.

Una mentalidad meramente mundana podría pensar que mi posición con respecto a Rachel revestía extraordinarias dificultades. Yo aspiraba a conducirla a cuestiones más elevadas sirviéndome de una pequeña exhortación sobre el asunto de su matrimonio. Y de golpe, si es que podía dar crédito a sus palabras, resultaba que dicho matrimonio jamás llegaría a celebrarse. ¡Ah, amigos míos! Una cristiana trabajadora con mi experiencia (y con la perspectiva de una labor evangelizadora) adopta una visión mucho más amplia. Suponiendo que Rachel estuviera sinceramente dispuesta a romper el compromiso que los Ablewhite, tanto el padre como el hijo, daban por cosa cierta, ¿cuáles serían las consecuencias? La cosa sólo podía terminar, de mantenerse ella firme, con un intercambio de duras palabras y amargas acusaciones por ambas partes. ¿Y cuál sería el efecto que la tormentosa entrevista tendría en Rachel, una vez todo hubiese concluido? Una saludable depresión moral, con toda seguridad. Su orgullo quedaría exhausto, su terquedad quedaría exhausta tras la férrea resistencia que, dado su carácter, habría de oponer en tales circunstancias. Buscaría compasión en la persona más cercana y capaz de ofrecérsela. Y yo era la persona más cercana: rebosante de consuelo, cargada a más no poder de oportunas y vivificantes palabras. Nunca la labor evangelizadora se había mostrado más luminosa a mis ojos como en ese momento.

Bajó a desayunar, pero no probó bocado y apenas pronunció una palabra.

Después del desayuno anduvo vagando, muy lánguida, de sala en sala, hasta que pareció despertar y decidió abrir el piano. La música que escogió para tocar resultó ser escandalosamente profana, asociada con representaciones escénicas que le hielan a una la sangre sólo de pensar en ellas. Averigüé en privado a qué hora se esperaba al señor Godfrey Ablewhite y hui luego de aquellas melodías saliendo de la casa.

Como iba sola, aproveché la oportunidad para hacer una visita a mis dos amigos residentes en Brighton. Fue un lujo indescriptible poder entregarme a una conversación profunda con personas respetables. Infinitamente reconfortada y como nueva, volví mis pasos hacia la casa con tiempo de sobra para aguardar la llegada de nuestro visitante. Entré en el comedor, siempre vacío a esa hora del día, ¡y me encontré cara a cara con el señor Godfrey Ablewhite!

No hizo ningún intento de escapar. Todo lo contrario. Salió a mi encuentro con sumo entusiasmo.

—¡Querida señorita Clack, la estaba esperando! Por azar he quedado libre de

mis compromisos en Londres antes de lo previsto, y en consecuencia he llegado antes de lo esperado.

Ni la menor muestra de embarazo entorpeció sus explicaciones, pese a que aquél era nuestro primer encuentro después de la escena de Montagu Square. Bien es verdad que él no era consciente de que yo había presenciado dicha escena. Sin embargo, debía de saber que, a través de mis reuniones en la Sociedad de Madres y de mis relaciones con otras personas dedicadas a diversas obras benéficas, yo estaba al corriente del vergonzoso abandono en que había dejado a sus damas y a sus pobres. ¡Y no obstante, ahí estaba, delante de mí, en plena posesión de su voz encantadora y su sonrisa irresistible!

—¿Ha visto ya a Rachel? —pregunté.

Suspiró dulcemente y me tomó de la mano. Tendría que haber arrancado mi mano de la suya, pero su respuesta me dejó paralizada de asombro.

—La he visto —dijo con absoluta tranquilidad—. ¿Sabe usted, querida amiga, que estábamos prometidos? Pues bien, de buenas a primeras, Rachel ha decidido romper el compromiso. Ha reflexionado y se ha convencido de que la mejor manera de favorecer tanto su bienestar como el mío es retractarse de una promesa apresurada y dejarme libertad para hacer una elección más venturosa. Es la única razón que me ha dado y la única respuesta que he logrado sacarle a cada pregunta mía.

—¿Y qué ha hecho usted? ¿Se ha dado por vencido?

—Sí —dijo, sin perder la serenidad ni la compostura—, me he dado por vencido.

Su reacción era tan inconcebible, dadas las circunstancias, que me quedé pasmada, con mi mano en la suya. Es una grosería mirar a una persona fijamente, y es además indecoroso si se trata de un caballero. Cometí ambas indiscreciones.

—¿Qué significa eso? —pregunté como en sueños.

—Permítame que se lo explique. ¿Qué tal si nos sentamos?

Me condujo hasta una silla. Recuerdo con claridad que se mostró muy cariñoso. No creo que me pasara el brazo por la cintura para sostenerme… aunque tampoco estoy segura. Me sentía enteramente indefensa, y él siempre había sido muy tierno con las damas. El caso es que nos sentamos. De eso sí puedo dar fe, aunque no pueda responder de ninguna otra cosa.

CAPÍTULO VIII

—He perdido a una muchacha hermosa, una excelente posición social y una renta muy apetecible —empezó a decir el señor Godfrey—, y lo he aceptado sin oponer resistencia. ¿Cuál puede ser el motivo de tan insólita conducta? Mi querida amiga, no hay motivo.

—¿No hay motivo? —repetí.

—Permítame que apele, querida señorita Clack, a su experiencia con los niños —prosiguió—. Un niño se comporta de una determinada manera. A uno le choca su actitud y trata de averiguar cuál es el motivo. El chiquillo es incapaz de explicarlo. Lo mismo daría preguntarle a la hierba por qué crece o a los pájaros por qué cantan. ¡Pues bien! En este caso, yo soy como ese niño… como la hierba… como los pájaros. No sé por qué le propuse matrimonio a la señorita Verinder. No sé por qué desatendí tan vergonzosamente a mis queridas damas. No sé por qué renegué de la Sociedad de Madres. Usted le pregunta al niño: « ¿Por qué has sido tan malo?» . Y el angelito se chupa el dedo y contesta que no lo sabe. ¡Exactamente eso me ocurre a mí, señorita Clack! No podría confesárselo a nadie más. ¡Me he sentido impelido a confesárselo a usted!

Yo empecé a recuperarme. Detecté un enigma en sus palabras. A mí me interesan muchísimo los enigmas, y se dice que no carezco de cierta habilidad para resolverlos.

—Ejercite su inteligencia y ayúdeme, usted que es la mejor de las amigas —me pidió—. Dígame… ¿por qué llega un momento en que ese proyecto de matrimonio empieza a parecerme como un sueño? ¿Por qué de pronto caigo en la cuenta de que mi verdadera felicidad reside en ayudar a mis queridas damas, en proseguir con mi modesta ronda de labores útiles, en decir unas pocas palabras sinceras cuando mi presidente lo solicita? ¿Qué me importa a mí la posición social? Ya tengo una posición. ¿Para qué quiero una renta? Puedo costearme mi pan y mi queso, mi pequeño alojamiento y mis dos trajes al año. ¿Para qué necesito a la señorita Verinder? Ella misma me ha dicho (esto, querida señora, debe quedar entre nosotros) que ama a otro hombre y que si se casa conmigo es sólo por tratar de olvidarlo. ¡Qué unión tan atroz sería la nuestra! ¡Ay, Dios mío, qué unión tan atroz sería! Ésos eran mis pensamientos, señorita Clack, mientras venía a Brighton. Me acerco a Rachel sintiéndome como un criminal que está a punto de conocer su sentencia. Y cuando veo que también ella ha cambiado de opinión… cuando oigo su propuesta de romper el compromiso… experimento (no me cabe la menor duda) una abrumadora sensación de alivio. Hace un mes yo la estrechaba embelesado contra mi pecho. Hace una hora, la

dicha de saber que no volveré a abrazarla me embriaga como un licor. Nuestra unión parece imposible… no puede ser. Y, no obstante, éstos son los hechos, tal como he tenido el honor de exponérselos a usted cuando nos sentamos en estas sillas. He perdido a una muchacha hermosa, una excelente posición social y una renta atractiva; y lo he aceptado sin oponer resistencia. ¿Puede explicarme por qué, querida amiga? Le aseguro que escapa a mi entendimiento.

Hundió en el pecho su magnífica cabeza y se entregó con desesperación a su enigma.

Yo estaba profundamente conmovida. El caso (si se me permite hablar como un médico espiritual) me pareció entonces de lo más sencillo. No es infrecuente, para ninguno de nosotros, ver a quienes poseen las más altas capacidades humillados a veces hasta rebajarse al nivel de las gentes menos dotadas. Esto es sin duda obra de la sabia Providencia, con el objeto de recordarle a la grandeza que es mortal y que el poder que le ha sido conferido también puede serle arrebatado. Me fue fácil distinguir una de estas saludables humillaciones en la deplorable conducta del querido señor Godfrey, de la cual había sido yo un testigo invisible. E igual de fácil me fue reconocer la bendita reaparición de lo mejor de su naturaleza en el horror con que ahora rechazaba la idea de casarse con Rachel, y en el delicioso entusiasmo con que deseaba regresar a sus damas y a sus pobres.

Así se lo expuse con palabras sencillas y fraternales. Fue hermoso ver su dicha. Se comparó, mientras yo hablaba, con un hombre perdido que emerge de la oscuridad a la luz. Cuando le aseguré que en la Sociedad de Madres se le dispensaría una cariñosa acogida, el agradecido corazón de nuestro héroe cristiano se colmó de alegría. Alternativamente llevó mis manos a sus labios. Abrumada por el exquisito triunfo de haberlo recuperado para nuestra causa, dejé que hiciera con ellas lo que se le antojara. Cerré los ojos. Sentí que mi cabeza, en un éxtasis de abandono espiritual, descansaba en su hombro. Un momento más y me habría desvanecido en sus brazos, de no haber sido porque una interrupción del mundo exterior me hizo volver en mí. Un horrible tintineo de cuchillos y tenedores sonó al otro lado de la puerta, y el lacayo entró a disponer la mesa para el almuerzo.

El señor Godfrey se puso en pie y miró el reloj que se encontraba sobre la repisa de la chimenea.

—¡Cómo vuela el tiempo con usted! —exclamó—. Apenas llegaré a tomar el tren.

Me atreví a preguntarle por qué tenía tanta premura en regresar a la ciudad. Su respuesta me hizo tomar conciencia de los problemas familiares aún por resolver y de las desavenencias familiares por venir.

—He tenido noticias de mi padre —dijo—. Sus negocios le obligan a ir hoy de Frizinghall a Londres, y ha quedado en pasar por aquí esta noche o mañana.

Tengo que decirle lo que ha ocurrido entre Rachel y yo. Ha puesto todo su corazón en este matrimonio… y será muy difícil, me temo, que acepte la ruptura del compromiso. Debo impedir, por el bien de todos, que venga antes de haberse tranquilizado. ¡Queridísima amiga, volveremos a vernos!

Con estas palabras salió precipitadamente. Igual de presurosa subí yo a mi cuarto, a fin de recomponerme antes de reunirme en la mesa con mi tía Ablewhite y con Rachel.

Sé muy bien —deteniéndome un momento en el caso del señor Godfrey— que la opinión pública profana lo ha acusado de albergar secretas razones para liberarse del compromiso con Rachel a la primera oportunidad que ella le diera. También ha llegado a mis oídos que su afán por recobrar mi estima se ha atribuido en determinados círculos a un interés espurio por hacer las paces (a través de mí) con cierta venerable dama de la Sociedad de Madres, bendecida en abundancia con los bienes de este mundo, además de íntima y muy querida amiga. Señalo estas odiosas calumnias sólo por constatar que en ningún momento influyeron en mi ánimo. En estricto cumplimiento de las instrucciones recibidas, he referido las fluctuaciones de mi opinión sobre este héroe cristiano exactamente tal como figuran en mi diario. En honor a la verdad, permítaseme añadir que, una vez restituida su posición en mi estima, mi talentoso amigo jamás volvió a perderla. Escribo con los ojos anegados en lágrimas y el ardiente deseo de decir más. Pero no… Se me ha exigido cruelmente que me circunscriba a mi experiencia personal de las personas y de las cosas. Antes de que transcurriera un mes desde el momento en que compuse estas líneas, ciertos acontecimientos en el mercado monetario (que vinieron a mermar incluso una renta tan exigua como la mía) me forzaron a partir al exilio extranjero, dejándome tan sólo un afectuoso recuerdo del señor Godfrey, un recuerdo que los infundios del mundo han asaltado repetidamente, bien es verdad que siempre en vano.

Dejen que me seque los ojos y vuelva a mi relato.

Bajé a almorzar, naturalmente ansiosa por ver cómo le había afectado a Rachel su liberación del compromiso matrimonial.

Me pareció —aun cuando no soy ninguna autoridad en tales asuntos— que al haber recuperado su libertad volvía a centrar sus pensamientos en el otro hombre al que amaba, y que estaba furiosa consigo misma por no ser capaz de dominar el sentimiento de repugnancia que en secreto la avergonzaba. ¿Quién era el otro hombre? Yo tenía mis sospechas, pero era inútil malgastar el tiempo en especulaciones ociosas. Cuando hubiese logrado su conversión, por descontado que ella dejaría de tener secretos para mí. Me confesaría todo lo relativo a aquel hombre. Me hablaría de la Piedra Lunar. Y aun cuando no hubiera otro motivo más elevado en el propósito de despertar en su ánimo la noción de lo espiritual, el mero hecho de aliviarla de tan íntimas culpas habría bastado para animarme a no cejar en mi empeño.

La tía Ablewhite hizo un poco de ejercicio esa tarde en una silla de ruedas. Rachel la acompañó.

—Me gustaría empujar la silla —se ofreció temerariamente—. Me gustaría fatigarme hasta caer rendida.

Llegada la noche seguía del mismo humor. Yo descubrí en uno de los preciosos volúmenes de mi amiga —*Vida, cartas y obras de la señorita Jane Ann Stamper*, cuadragésima cuarta edición— algunos pasajes que se revelaron prodigiosamente idóneos para la situación de Rachel en ese momento. A mi propuesta de leérselos, se dirigió al piano. ¡Qué poco debía de conocer a las personas serias si se figuraba que con eso agotaría mi paciencia! No me aparté de la señorita Jane Ann Stamper, y aguardé el curso de los acontecimientos con inquebrantable fe en el futuro.

El anciano señor Ablewhite no se presentó esa noche. No obstante, yo sabía de la importancia que, en su codicia mundana, otorgaba al matrimonio de su hijo con la señorita Verinder, y tenía la certeza (hiciera lo que hiciese por evitarlo el señor Godfrey) de que habríamos de verlo al día siguiente. Su intervención en el caso desencadenaría sin falta la tormenta con la que yo contaba, y el saludable agotamiento de la capacidad de resistencia de Rachel sería entonces cosa cierta. No ignoro que el anciano señor Ablewhite tiene fama (sobre todo entre sus inferiores) de ser un hombre notablemente bondadoso. Por lo que he podido observar, dicha fama está justificada siempre y cuando consiga salirse con la suya, pero ni un instante más.

Al día siguiente, tal como había previsto, la tía Ablewhite se quedó pasmada, hasta donde su naturaleza se lo permitía, por la súbita aparición de su marido. Apenas llevaba un minuto en la casa cuando, para mi pasmo esta vez, se produjo una complicación inesperada que se personificó en la llegada del señor Bruff.

No recuerdo que nunca me pareciese más inoportuna la presencia del abogado como en aquella ocasión. Parecía dispuesto a interponer cualquier obstáculo en el camino, incluso capaz de templar los ánimos, ¡aun cuando Rachel fuera uno de los contendientes!

—¡Qué grata sorpresa! —dijo el señor Ablewhite, dirigiéndose al abogado con su engañosa cordialidad—. Ayer, cuando salí de su despacho, no esperaba tener el honor de verlo hoy en Brighton.

—Le estuve dando vueltas a nuestra conversación, después de que se marchara —respondió el señor Bruff—, y se me ocurrió que quizá pudiera serle útil en estas circunstancias. Llegué con el tiempo justo de tomar el tren, y no tuve oportunidad de averiguar en qué compartimento viajaba usted.

Tras esta explicación, se sentó al lado de Rachel. Yo me retiré discretamente a un rincón, con la señorita Jane Ann Stamper en mi regazo, por si se presentaba una emergencia. Mi tía estaba sentada junto a la ventana, abanicándose plácidamente según su costumbre. El señor Ablewhite se quedó de pie, en el

centro de la estancia, con la calva mucho más colorada de lo que yo la había visto nunca, y le habló a su sobrina con el mayor afecto.

—Rachel, querida, he tenido conocimiento, por mediación de Godfrey, de una noticia de lo más extraordinaria. Y estoy aquí para interesarme al respecto. Dispones de tu propio gabinete en esta casa. ¿Me harías el honor de acompañarme a él?

Rachel no se movió. Desconozco si estaba resuelta a desatar una crisis o si recibió alguna señal oculta del señor Bruff. Se negó a hacerle a su anciano tío el honor de acompañarlo a su gabinete.

—Lo que tengas que decirme, sea lo que fuere, puedes decirlo aquí, en presencia de mis parientes y en presencia (volvió la vista hacia el abogado) de este amigo que mereció la confianza de mi madre.

—Como gustes, querida —concedió el amable señor Ablewhite. Tomó asiento. Todos clavaron sus ojos en él, como si esperasen que, al cabo de setenta años de aprendizaje mundano, fuera a decir la verdad. Yo me fijé en la coronilla calva, pues había reparado en ocasiones previas que su estado de ánimo acostumbraba a reflejarse en dicho lugar—. Hace algunas semanas —prosiguió el caballero— mi hijo me comunicó que la señorita Verinder le había hecho el honor de prometerse con él en matrimonio. ¿Es posible, Rachel, que haya podido malinterpretar sus palabras o imaginar en ellas algo que no había?

—Ciertamente no —respondió ella—. Me comprometí a casarme con él.

—¡Una respuesta muy franca! —aprobó el señor Ablewhite—. Y muy satisfactoria por el momento. Godfrey no se ha equivocado sobre lo que ocurrió hace unas semanas. El error reside sin duda en lo que me dijo ayer. Ahora empiezo a verlo. Habéis tenido una riña de enamorados… y el tonto de mi hijo se la ha tomado en serio. ¡Ah, yo habría sabido actuar mejor que él a su edad!

La naturaleza pecaminosa de Rachel —la madre Eva, por así decirlo— comenzó a despertar al oír estas palabras.

—Le ruego, señor Ablewhite, que tratemos de entendernos —dijo—. No hubo ayer nada remotamente parecido a una riña entre su hijo y yo. Si le ha dicho que yo le propuse romper nuestro compromiso matrimonial, y que él a su vez lo aceptó, ha dicho la verdad.

El termómetro que el señor Ablewhite tenía en la coronilla empezaba a registrar un aumento de su temperatura anímica. Su expresión era más amable que nunca, pero ¡he aquí que la cumbre de su rostro iba cobrando una coloración más intensa!

—¡Vamos, vamos, querida —dijo en su tono más conciliador—, no te enfades y no seas dura con el pobre Godfrey! No me cabe duda de que ha hecho algún comentario desafortunado. Ha sido torpe desde que era niño… pero ¡sus intenciones siempre son buenas, Rachel, siempre son buenas!

—Señor Ablewhite, o yo me he expresado muy mal o usted se ha propuesto

no entenderme. Le reitero que Godfrey y yo hemos llegado al acuerdo definitivo de que seguiremos siendo primos el resto de nuestra vida, y nada más. ¿Le parece suficientemente claro?

El tono de esta réplica hizo imposible que incluso el anciano señor Ablewhite pudiera seguir equivocado por más tiempo. El termómetro ascendió un grado más, y la voz del caballero, cuando volvió a tomar la palabra, dejó de ser la voz de un hombre notablemente bondadoso.

—¿Debo entender entonces que ese compromiso matrimonial se ha roto?

—Eso debe entender, señor Ablewhite, si tiene la bondad.

—¿Y debo entender igualmente que la propuesta de rescindir el compromiso partió de ti en primera instancia?

—De mí partió en primera instancia. Y contó, como ya he dicho, con el consentimiento y la aprobación de su hijo.

El termómetro alcanzó el punto máximo de la escala. Quiero decir con esto que el rosa se convirtió de pronto en escarlata.

—¡Mi hijo es un perro miserable! —bramó el enfurecido mundano—. Por justicia a mí mismo como padre, y no a él como hijo, le ruego, señorita, que me explique qué motivo de queja ha podido darle el señor Godfrey Ablewhite —dijo el anciano, modificando el tratamiento con que hasta entonces se había dirigido a su sobrina.

El señor Bruff intervino aquí por vez primera.

—No tiene obligación de responder a esa pregunta —le dijo a Rachel.

El señor Ablewhite replicó al instante.

—No olvide, señor mío, que nadie lo ha invitado a esta casa. Su opinión habría sido mejor acogida de haber esperado usted hasta que se le solicitara.

El abogado no se dio por aludido. El suave barniz de su rostro de viejo pérfido jamás se agrietaba. Rachel le agradeció el consejo y se volvió luego al señor Ablewhite, conservando la compostura de un modo que, considerando su sexo y su edad, fue sencillamente espantoso.

—Su hijo me hizo exactamente la misma pregunta que acaba de hacerme usted. Sólo tuve una respuesta para él y sólo tengo una respuesta para usted. Le propuse liberarnos del compromiso tras haberlo meditado, convencida de que era lo mejor para su bienestar y para el mío retractarse de una promesa apresurada y dejarle libertad para que escogiese a otra mujer.

—¿Y qué hizo mi hijo? —insistió el anciano—. Tengo derecho a saberlo. ¿Qué hizo mi hijo?

Ella se mostró igual de obstinada.

—Ya le he dado la única explicación que considero necesario darle tanto a usted como a su hijo.

—Dicho vulgarmente, señorita Verinder: ¿está usted plantando a mi hijo porque le da la real gana?

Rachel guardó silencio unos momentos. Yo estaba sentada detrás de ella, y la oí suspirar. El señor Bruff le cogió la mano y le dio un leve apretón. Ella se recobró y respondió al señor Ablewhite con más descaro que nunca.

—Me he expuesto anteriormente a peores malentendidos que éste y he sabido sobrellevarlos con paciencia —señaló—. Ya ha pasado la época en que usted hubiera podido mortificarme tildándome de caprichosa.

La acritud de su tono me indicó que por alguna razón le había venido a la cabeza el escándalo de la Piedra Lunar.

—No tengo nada más que decir —añadió, con hartazgo, sin dirigir estas palabras a nadie en particular y volviendo la cabeza hacia la ventana que se encontraba más cerca de ella.

El señor Ablewhite se puso en pie y empujó la silla con tanta violencia que ésta se volcó y cayó al suelo.

—Yo sí tengo algo más que decir —anunció, estampando con furia la mano en la mesa—. ¡Tengo que decir que si mi hijo no considera esto un insulto, yo sí lo considero!

Rachel se sobresaltó y lo miró con repentina sorpresa.

—¿Un insulto? ¿Qué quiere decir?

—¡Un insulto! —repitió el señor Ablewhite—. ¡Conozco el motivo que la ha llevado a romper su promesa, señorita Verinder! Lo conozco tan bien como si usted lo hubiera confesado con todas las letras. Su maldito orgullo familiar está insultando a Godfrey, lo mismo que me insultó a mí cuando me casé con mi mujer. Su familia… su miserable familia… le volvió la espalda por casarse con un hombre honrado que había sabido abrirse camino en la vida y labrarse su propia fortuna. Yo no tenía antepasados ilustres. No descendía de un atajo de sinvergüenzas y asesinos que vivían del robo y del crimen. ¡No podía remontarme hasta la época en que los Ablewhite no tenían una camisa con la que cubrirse y no sabían escribir su propio nombre! ¡Ja, ja! Yo no era suficientemente bueno para los Herncastle cuando me casé. Y ahora resulta que mi hijo tampoco es suficientemente bueno para usted. Lo sospeché desde el principio. ¡Ha heredado usted, jovencita, la sangre de los Herncastle! Lo sospeché desde el principio.

—Ésa es una sospecha indigna —terció el señor Bruff—. Me asombra que tenga usted el valor de expresarla.

Antes de que el señor Ablewhite pudiera responder, Rachel habló en un tono de exasperante desprecio.

—Desde luego que no tiene precedentes —le dijo al abogado—. Si quiere pensar así, dejémosle que piense lo que le plazca.

El señor Ablewhite empezaba a pasar del escarlata al púrpura. Tomó aire y miró primero a Rachel y luego al señor Bruff, con una furia y un frenesí contra ambos que no sabía a cuál de los dos atacar en primer lugar. Su mujer, que hasta

ese instante había seguido abanicándose imperturbable, comenzó a alarmarse y trató en vano de apaciguarlo. En más de una ocasión, a lo largo de esta angustiosa disputa, oí una voz interior que me llamaba a intervenir con unas palabras juiciosas, y tuve que refrenarme por el temor a las posibles consecuencias, sin duda indignas de una inglesa cristiana que se preocupa no sólo de lo que dicta la simple prudencia, sino de lo que es moralmente justo. Al advertir el extremo a que habían llegado las cosas, me elevé por encima de cualquier consideración en lo tocante a mi interés personal. De haber contemplado la posibilidad de formular algún reproche de mi propia y humilde cosecha es posible que hubiese vacilado, pero la acuciante emergencia familiar ante la cual me veía contaba con una maravillosa solución, bellamente descrita en la correspondencia de la señorita Jane Ann Stamper: carta número mil uno, titulada «Paz en las familias». Me levanté en mi modesto rincón y abrí el precioso ejemplar.

—¡Querido señor Ablewhite —dije—, una sola palabra!

Al levantarme y llamar por primera vez la atención de todos, advertí que el señor Ablewhite estaba a punto de decirme alguna grosería. La manera fraternal en que me dirigí a él le hizo contenerse. Me miró con asombro pagano.

—Como amiga que lo aprecia y le desea lo mejor —procedí—, y como persona con amplia experiencia en despertar, convencer, preparar, iluminar y fortalecer a mis semejantes, permita que me tome la más perdonable de todas las libertades: la libertad de apaciguar su ánimo.

Él empezó a tranquilizarse; le faltaba muy poco para estallar… y habría estallado con cualquier otra persona, pero mi voz (por lo común dulce) cobra un timbre especial en situaciones críticas. A la vista de aquella emergencia, me vi imperiosamente llamaba a emplear dicho timbre.

Levanté mi precioso volumen frente a él y, con un ademán impresionante, clavé el índice en la página abierta.

—¡No son palabras mías! —exclamé, interrumpiendo su reacción con un ferviente estallido—. ¡No suponga que reclamo su atención para mis humildes palabras! ¡Es maná en el desierto, señor Ablewhite! ¡Rocío en la tierra agostada! Son palabras de consuelo, palabras de sabiduría, palabras de amor… ¡las benditas, benditas, benditas palabras de la señorita Jane Ann Stamper!

Me detuvo aquí una momentánea obstrucción respiratoria. Antes de que me hubiese recuperado, aquel monstruo con forma humana gritó con furia.

—¡Qué le… a la señorita Jane Stamper!

No me es posible escribir la horrenda palabra que aquí se representa con unos puntos suspensivos. Se me escapó un grito al oírla salir de sus labios. Corrí a por mi bolsa, que se encontraba sobre una mesita auxiliar. Volqué todos mis folletos. Eché mano de uno en concreto sobre los juramentos profanos, que llevaba por título: «¡Silencio, por el amor de Dios!», y se lo tendí con expresión de agonizante súplica. Lo rasgó por la mitad y me lo lanzó a través de la mesa. Los

demás se pusieron en pie, alarmados, sin saber qué podría suceder a continuación. Yo volví a sentarme en mi rincón. Se había dado la ocasión, en circunstancias en cierto modo similares, en que a la señorita Jane Ann Stamper la habían sujetado de los hombros y sacado violentamente de una habitación. Aguardé, inspirada por su ejemplo, a que el martirio se repitiera en mi persona.

Pero no… no habría de ser así. El señor Ablewhite se dirigió entonces a su mujer.

—¿Quién… quién… quién —dijo, balbuciendo de pura furia— ha invitado a esta impúdica fanática a esta casa? ¿Fuiste tú?

Rachel respondió antes de que la señora Ablewhite acertase a abrir la boca.

—La señorita Clack está aquí como invitada mía.

Sus palabras tuvieron un efecto singular en el señor Ablewhite. De ser un hombre en estado de ira al rojo vivo, pasó a convertirse en un hombre en estado de desprecio glacial. Fue evidente para todos que Rachel había dicho algo, por breve y sencilla que hubiera sido su respuesta, que por fin le daba a él la posibilidad de ganar la partida.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿La señorita Clack está aquí como invitada suya… en mi casa?

Esta vez fue Rachel quien perdió los nervios. Se acentuó el color de su piel y sus ojos se encendieron de ira. Se volvió al abogado y, señalando al señor Ablewhite, preguntó con altivez:

—¿Qué quiere decir?

El señor Bruff intervino por tercera vez.

—Parece usted olvidar —le dijo al señor Ablewhite— que alquiló usted esta casa como tutor de la señorita Verinder, para el uso de la señorita Verinder.

—No tan deprisa —protestó el interpelado—. Tengo una última palabra que decir, y la habría dicho hace rato si ésta… —me miró sopesando qué abominable insulto dirigirme—… si esta solterona empedernida no nos hubiera interrumpido. Permítame comunicarle, señor, que si mi hijo no merece ser el marido de la señorita Verinder, tampoco puede considerarse que su padre merezca ser el tutor de la señorita Verinder. Tenga la bondad de darse por enterado de que renuncio a aceptar la posición que se me asignó en el testamento de lady Verinder. En su jerga legal, le diré que declino dicha providencia. Esta casa se ha arrendado a mi nombre. Cargo con toda la responsabilidad sobre mis hombros. Es mi casa. Puedo conservarla o prescindir de ella cuando me plazca. No es mi intención apurar a la señorita Verinder. Le permitiré, al contrario, que se lleve de aquí su equipaje y a su invitada a su entera conveniencia.

Y tras hacer una profunda reverencia abandonó la sala.

¡Tal fue la venganza del señor Ablewhite contra Rachel por rechazar a su hijo en matrimonio!

Nada más cerrarse la puerta, la tía Ablewhite realizó una proeza que nos dejó

a todos mudos. ¡Se dotó de la energía necesaria para cruzar la estancia!

—Querida —dijo, cogiendo a Rachel de la mano—, me avergonzaría de mi marido si no supiera que ha sido su mal genio y no él quien te ha hablado así. Usted —continuó, volviéndose hacia mi rincón con otro alarde de energía, ejecutado esta vez con la mirada en lugar de con las piernas—, usted ha sido la malvada que provocó su cólera. Espero no volver a verla nunca más y tampoco sus folletos. —Se volvió de nuevo y besó a Rachel—. Te pido disculpas, querida, en nombre de mi marido. ¿Qué puedo hacer por ti?

Obstinadamente perversa, irrazonable y caprichosa en todas las acciones de su vida, Rachel se deshizo en llanto ante estas triviales palabras y en silencio le devolvió el beso a su tía.

—Si me permite responder en nombre de la señorita Verinder —dijo el señor Bruff—, le rogaría, señora Ablewhite, que le pida a Penelope que traiga el sombrero y el chal de la señorita. Concédanos diez minutos a solas —agregó, bajando el tono— y le prometo que podré arreglar las cosas a su entera satisfacción, y también a la de Rachel.

La confianza de la familia en aquel hombre era prodigiosa. Sin decir una palabra más, la señora Ablewhite abandonó la sala.

—¡Ah! —exclamó el señor Bruff, mientras ella se retiraba—. Reconozco que la sangre de los Herncastle tiene sus defectos, pero ¡algo hay a fin de cuentas en la buena crianza!

Tras haber hecho esta observación puramente mundana, me miró con dureza, como esperando a que me marchara. Mi interés por Rachel —un interés infinitamente más noble que el suyo— me retuvo clavada en la silla.

El abogado desistió, tal como había desistido anteriormente en casa de mi tía Verinder, en Montagu Square. Condujo a Rachel hasta una silla situada al lado de la ventana, y allí habló con ella.

—Mi querida jovencita —dijo—, es natural que la reacción del señor Ablewhite le haya chocado y tomado por sorpresa. Si de algo sirviera plantar cara a un hombre como él, no tardaríamos en demostrarle que no va a salirse con la suya. Pero no merece la pena. Lo que ha dicho usted hace un momento es muy cierto: su conducta no tiene precedentes.

Se detuvo y miró hacia mi rincón. Yo seguía imperturbable, con mis folletos al alcance de la mano y con la señorita Jane Ann Stamper en el regazo.

—Bien sabe usted —dijo, volviéndose de nuevo a Rachel—, que su madre, bondadosa como era, veía siempre lo mejor en quienes la rodeaban, nunca lo peor. Si nombró tutor a su cuñado fue porque creía en él y pensaba que de ese modo complacería también a su hermana. En lo que a mí respecta, nunca me agradó el señor Ablewhite, por eso induje a su madre a introducir una cláusula en el testamento, en la cual se facultaba a sus albaceas, en determinadas circunstancias, a consultar conmigo llegado el caso de designar un nuevo tutor.

Hoy se ha producido una de esas circunstancias, y estoy en condiciones de resolver estos áridos detalles legales, confío en que de manera satisfactoria, trasladándole un mensaje de mi mujer. ¿Le hará usted el honor a la señora Bruff de ser su huésped? ¿Y vivirá bajo mi techo, como una más de la familia, hasta que nosotros, que somos personas inteligentes, encontremos de común acuerdo la mejor solución para el futuro?

Me levanté con intención de protestar. El abogado acababa de hacer precisamente lo que me temí que se proponía cuando pidió el sombrero y el chal de Rachel.

Sin darme tiempo a abrir la boca, Rachel aceptó su invitación del modo más afectuoso. Si yo consentía que este acuerdo prosperara —si ella llegaba a cruzar el umbral de la puerta del señor Bruff—, adiós entonces a la esperanza más preciada de mi vida, ¡la esperanza de devolver al rebaño a mi oveja descarriada! La sola idea de semejante calamidad me dejó anonadada. Lancé a los vientos las miserables ataduras de la discreción mundana y hablé embargada de fervor, con las primeras palabras que acudieron a mis labios.

—¡Un momento! —exigí—. ¡Un momento! Tengo derecho a ser oída. ¡Señor Bruff! Usted no es familiar de Rachel, como lo soy yo. La invito a ella, y emplazo a los albaceas para que se me designe como tutora. Rachel, queridísima Rachel, te ofrezco mi modesto hogar. ¡Ven a Londres, amor, en el próximo tren, y compártelo conmigo!

El señor Bruff no dijo nada. Rachel me miró con un asombro y una crueldad que ni siquiera trató de ocultar.

—Es usted muy amable, Drusilla. Espero poder visitarla cuando vaya a Londres, pero he aceptado la invitación del señor Bruff. Creo que por el momento será lo mejor quedar bajo su cuidado.

—¡Ay, por favor, no digas eso! —le supliqué—. ¡No puedo separarme de ti Rachel… no puedo separarme de ti!

Traté de estrecharla entre mis brazos, pero ella retrocedió. No logré comunicarle mi fervor; sólo logré asustarla.

—¿No es excesiva tanta agitación? —dijo—. No lo entiendo.

—Yo tampoco —coincidió el señor Bruff.

La dureza de ambos, una dureza espantosa y mundana, me sublevó por completo.

—¡Ay, Rachel, Rachel! —estallé—. ¿Aún no te has dado cuenta de que mi corazón anhela convertirte en una buena cristiana? ¿No te ha dicho ninguna voz interior que trato de hacer por ti lo mismo que trataba de hacer por tu querida madre cuando la muerte la arrebató de mis manos?

Rachel avanzó un paso hacia mí y me miró de un modo muy extraño.

—No entiendo esa alusión a mi madre —dijo—. ¿Tendría la bondad de explicarse?

Sin darme tiempo a responder, el señor Bruff se adelantó y, ofreciéndole el brazo a Rachel, trató de llevársela de allí.

—Será mejor que no pregunte, querida. Y será mejor que la señorita Clack no se explique.

Aunque hubiese sido yo un tronco o una piedra, semejante intromisión me obligaba a dar testimonio de la verdad. Con mi propia mano, presa de indignación, aparté al señor Bruff y, con palabras solemnes, tal como requería la ocasión, declaré que la sana doctrina no tiene escrúpulos en señalar la espantosa calamidad que supone morir sin la debida preparación espiritual.

Rachel se alejó de mí —me sonrojo al escribirlo— con un grito de horror.

—¡Vayámonos! —le dijo al señor Bruff—. ¡Vayámonos, por el amor de Dios, antes de que esta mujer pueda decir nada más! Usted asistió al funeral, señor Bruff. Vio cuánto la quería todo el mundo, vio a los pobres y a los desvalidos llorar la pérdida de su mejor amiga en su sepultura. ¡Y esta miserable pretende hacerme dudar de que mi madre, que fue un ángel en esta tierra, sea ahora un ángel en el cielo! ¡No hablemos más de esto! ¡Vayámonos! ¡Me ahogo respirando el mismo aire que respira esta mujer! ¡Me aterra sentir que compartimos la misma habitación!

Sorda a cualquier reproche, corrió hacia la puerta.

En ese preciso instante la doncella entraba con su sombrero y su chal. Rachel los cogió de sus manos de cualquier manera.

—Haz mi equipaje —le dijo—, y llévalo a casa del señor Bruff. —Intenté acercarme a ella. Me sentía perpleja y dolida, pero huelga decir que no me había ofendido. Sólo quería decirle:

—¡Ojalá se ablande tu duro corazón! ¡Te perdono generosamente!

Ella se cubrió el rostro con el velo y me arrancó el chal de las manos. Se alejó presurosa y me dio con la puerta en las narices. Soporté el insulto con mi entereza de costumbre, y ahora lo recuerdo con la superioridad, igualmente habitual, que me eleva por encima de cualquier ofensa.

El abogado se despidió de mí con una burla, antes de salir con la misma premura.

—Más le habría valido no explicarse, señorita Clack —dijo. Y salió de la habitación con una reverencia.

La doncella con lacitos en la cofia fue la siguiente en salir.

—¡No es difícil ver quién los ha encizañado a todos! —dijo—. No soy más que una pobre criada, pero… ¡le aseguro que me avergüenzo de usted! —Dicho esto, salió también, dando un portazo.

Me quedé sola en la estancia. Vilipendiada por todos, abandonada por todos, me quedé sola en la estancia.

¿Cabe añadir algo más a esta sencilla exposición de los hechos, a este conmovedor retrato de una cristiana perseguida por el mundo? ¡No! Mi diario me

recuerda que aquí concluye uno de los muchos accidentados capítulos de mi vida. A partir de ese día, jamás volví a ver a Rachel Verinder. Tuvo mi perdón cuando me insultó. Desde entonces ha estado presente en mis oraciones. Y cuando me llegue la hora de morir —siempre fiel al compromiso de responder con un bien a todo mal— recibirá como legado en mi testamento la *Vida, cartas y obras de la señorita Jane Ann Stamper*.

SEGUNDA NARRACIÓN

A CARGO DE MATHEW BRUFF,
ABOGADO DE GRAY'S INN SQUARE

CAPÍTULO I

Ahora que mi buena amiga, la señorita Clack, ha dejado la pluma, hay dos motivos para que yo la tome a mi vez.

En primer lugar, me encuentro en disposición de aclarar algunos detalles de interés que hasta el momento han quedado en la sombra. La señorita Verinder tenía una razón oculta para romper su compromiso de matrimonio… y yo estaba detrás de dicha razón. El señor Godfrey Ablewhite tenía una razón oculta para abstenerse de reclamar la mano de su encantadora prima… y yo descubrí cuál era.

En segundo lugar, tuve la buena o la mala fortuna, no lo sé a ciencia cierta, de verme personalmente involucrado —en la época a la que aludo en estas páginas — en el misterio del diamante hindú. Un caballero oriental de distinguidos modales, que era sin ningún género de duda el cabecilla de los tres hindúes, me hizo el honor de visitarme en mi despacho. Añádase a lo anterior que al día siguiente de esta visita me encontré con el célebre viajero, el señor Murthwaite, y tuve una conversación con él en torno a la Piedra Lunar que resultó de la mayor trascendencia en acontecimientos posteriores. Y de esta forma queda expresado mi legítimo derecho a ocupar un puesto en estas páginas.

La verdadera historia de la ruptura del compromiso matrimonial es el primer suceso en orden cronológico y debe por tanto referirse en primer lugar. Al recorrer retrospectivamente la cadena de los acontecimientos, estimo necesario inaugurar la escena, por extraño que pueda parecerles, junto al lecho de mi excelente cliente y amigo, el difunto sir John Verinder.

Sir John participaba —acaso en demasía— de las más inofensivas y amables flaquezas que afectan al género humano. Entre dichas flaquezas es de aplicación al asunto que nos compete una reticencia invencible —siempre y cuando gozara de su buena salud de costumbre— a afrontar la responsabilidad de dictar su testamento. Lady Verinder ejerció su influencia para despertar en sir John el

sentido de la responsabilidad en tal materia, y yo ejercí la mía. Aun cuando reconoció que teníamos toda la razón, no pasó de ahí hasta que se vio afectado por la enfermedad que finalmente lo llevó a la tumba. Fue entonces cuando se requirió mi presencia para seguir las instrucciones de mi cliente en lo relativo a su testamento. Resultaron ser las instrucciones más sencillas que había recibido en toda mi carrera profesional.

Encontré a sir John dormitando al entrar en su alcoba. Se despertó al verme.

—¿Cómo está usted, señor Bruff? —dijo—. No lo entretendré mucho, y después volveré a dormirme. —Me observó con hondo interés mientras preparaba plumas, papel y tinta—. ¿Está listo? —preguntó.

Me incliné, hundí la pluma en el tintero y aguardé sus instrucciones.

—Le dejo todo a mi esposa —dijo sir John—. No tengo nada más que decir. —Se volvió sobre la almohada y se acomodó para seguir durmiendo.

Me vi en la obligación de importunarlo.

—¿Debo entender que lega a lady Verinder en exclusiva la totalidad de los bienes, de toda clase y naturaleza, que posee en el momento de su muerte?

—Sí —afirmó sir John—. Sólo que yo lo digo de una forma más breve. ¿Por qué no lo escribe usted con la misma brevedad y me deja seguir durmiendo? Todo para mi esposa. Ésa es mi voluntad.

Su patrimonio se hallaba enteramente libre de cargas y era de dos tipos. Patrimonio en tierras (me abstengo expresamente de emplear lenguaje técnico) y patrimonio en dinero. En la mayoría de los casos, me temo que me habría visto en el deber de pedirle a mi cliente que reconsiderara su postura. En el caso de sir John yo sabía que lady Verinder no sólo era merecedora de aquella confianza sin reservas que su marido depositaba en ella (todas las buenas esposas son merecedoras de dicha confianza), sino que además era capaz de administrar debidamente un legado (cosa que, según mi propia experiencia del bello sexo, sólo se daba en un caso entre mil). En cuestión de diez minutos el testamento de sir John estaba redactado y rubricado, y el propio sir John, un hombre bueno, pudo continuar su interrumpida siesta.

Lady Verinder justificó sobradamente la confianza que su marido había depositado en ella. En los primeros días de su viudez, solicitó mi presencia y me dictó su testamento. Su forma de encarar la situación fue tan razonable y tan sensata que me liberó de la obligación de aconsejarla. Mi responsabilidad empezaba y terminaba en dotar a sus instrucciones de la consabida forma legal. Antes de que sir John llevara dos semanas enterrado, el futuro de su hija se había salvaguardado de la manera más sabia y más cariñosa.

El testamento pasó más años de los que me gustaría calcular en la caja a prueba de fuego de mi despacho, y no fue hasta el verano de 1848 cuando tuve ocasión de volver a mirarlo, en circunstancias muy tristes.

En la fecha que acaba de mencionarse, los médicos pronunciaron su

sentencia sobre la pobre lady Verinder, y fue literalmente una sentencia de muerte. Fui la primera persona a quien ella puso al corriente de su situación, y la vi ansiosa por revisar el testamento conmigo.

Era imposible mejorar las provisiones en lo que concernía a su hija, si bien con el paso del tiempo, sus deseos sobre ciertos legados menores destinados a diversos familiares experimentaron algunos cambios, y fue necesario añadir tres o cuatro codicilos al documento original. Concluido el trámite sin demora, por temor a un accidente, obtuve la autorización de lady Verinder para plasmar sus últimas instrucciones en un segundo testamento. Mi propósito era subsanar ciertas confusiones y repeticiones inevitables que desfiguraban el documento original a raíz de los cambios introducidos y, en honor a la verdad, menoscababan muy lamentablemente lo que según mi criterio profesional era un trabajo bien hecho.

La firma de este segundo testamento ya ha sido descrita por la señorita Clack, que tuvo la amabilidad de actuar en calidad de testigo. En lo tocante a los intereses pecuniarios de Rachel Verinder, el documento en cuestión era, palabra por palabra, un duplicado exacto del primer testamento. Las únicas modificaciones atañían a la designación de un tutor, así como a determinadas disposiciones relacionadas con esta medida que se agregaron por recomendación mía. A la muerte de lady Verinder el testamento se puso en manos de mi procurador, al objeto de ser «certificado» (como comúnmente se dice) de acuerdo con el procedimiento de rigor.

En un lapso de tres semanas a partir de esa fecha —si la memoria no me engaña— tuve el primer aviso de que algo raro se ocultaba bajo la superficie. Pasé por el despacho de mi amigo el procurador y observé que me recibía con un interés mayor de lo acostumbrado.

—Tengo noticias para usted —dijo—. ¿Qué cree que he oído esta mañana en el Colegio de Abogados? ¡Que ya se ha solicitado y consultado el testamento de lady Verinder!

¡Ya lo creo que eran noticias! No había absolutamente nada que pudiera impugnarse en dicho testamento, ni se me ocurría que nadie pudiese tener el más mínimo interés en consultarlo. (Quizá deba explicar, en beneficio de las pocas personas que no estén al corriente, que la ley permite consultar un testamento en el Colegio de Abogados a cualquier ciudadano que así lo solicite, previo pago de un chelín.)

—¿Sabe quién lo ha solicitado? —pregunté.

—Sí; el empleado no dudó en decírmelo. El solicitante fue el señor Smalley, de la firma Skipp y Smalley. El testamento aún no se había transcrito en el Registro, por lo que no hubo más remedio que prescindir del procedimiento de costumbre y permitirle que consultara el documento original. Lo estudió atentamente y tomó alguna anotación en su libreta. ¿Tiene alguna idea de qué se proponía?

Negué con la cabeza.

—Hoy mismo voy a averiguarlo. —Y con esto regresé a mi despacho.

De haber sido otro bufete de abogados el implicado en la inexplicable consulta del testamento de mi difunta cliente, quizá habría encontrado algunas dificultades para averiguar lo que me interesaba. Sin embargo, contaba con cierta influencia sobre Skipp y Smalley, lo cual me facilitó relativamente las pesquisas. Mi pasante (un hombre muy valioso y de lo más eficiente) era hermano del señor Smalley y, debido a esta relación indirecta conmigo, Skipp y Smalley habían recogido en años pasados las migajas que caían de mi mesa, en forma de casos que llegaban a mi despacho y, por diversas razones, no me convenía aceptar. Mi patrocinio profesional era por tanto de cierta importancia para su firma. Tenía la intención de recordárselo expresamente si me veía en la necesidad.

Hablé con mi pasante nada más llegar y, tras explicarle lo ocurrido, lo envié al despacho de su hermano para « presentar los saludos del señor Bruff, a quien complacería saber por qué razón los señores Skipp y Smalley han creído necesario consultar el testamento de lady Verinder» .

Mi recado hizo que el propio señor Smalley se presentara en mi despacho en compañía de su hermano. Reconoció que había actuado a instancias de un cliente, y dijo entonces si no sería una violación del secreto profesional por su parte ofrecerme más explicaciones.

Tuvimos una pequeña discusión en torno a este asunto. No cabía duda de que él tenía razón. Lo cierto es que yo estaba enfadado y receloso, de ahí que insistiera en saber más. Peor aún, me negué a considerar secreta cualquier información adicional que pudiera procurarme y exigí entera libertad para usarla a discreción. Y, para colmo, aproveché de una manera injustificable la ventaja que me deparaba mi posición.

—Escoja, señor —le dije a mi colega—, entre el riesgo de perder el negocio que le ofrece su cliente o el de perder los negocios que yo le ofrezco. —Admito que mi actitud era de todo punto indefendible: un mero alarde de tiranía, y no otra cosa. Y, como todos los tiranos, me salí con la mía. El señor Smalley tomó su decisión sin vacilar un instante. Sonrió resignado y me reveló el nombre de su cliente: el señor Godfrey Ablewhite.

Me bastó con eso… no necesitaba saber más.

Llegados a este punto del relato, considero pertinente situar al lector —en lo que concierne al testamento de lady Verinder— en perfecto pie de igualdad con la información de que yo dispongo.

Permítaseme observar, con la menor cantidad de palabras posible, que Rachel Verinder contaba únicamente con una renta vitalicia sobre sus bienes. El

excelente sentido común de su madre, y mi dilatada experiencia, se conjugaron para descargarla de toda responsabilidad y guardarla del peligro de ser víctima en el futuro de algún hombre necesitado y carente de escrúpulos. Ni ella ni su marido (en el caso de que se casara) podrían obtener siquiera unos peniques en calidad de préstamo, ya fuera con el aval de sus tierras o con el aval de su dinero. Dispondrían de las casas de Londres y de Yorkshire para vivir, además de una renta sustancial; y eso era todo.

Reflexionando sobre lo que acababa de descubrir, me quedé perplejo y no supe cómo actuar.

Había transcurrido apenas una semana desde que recibí la noticia (con sorpresa y con pesar) del compromiso matrimonial de la señorita Verinder. Sentía por ella la más sincera admiración y el más sincero afecto, y me apenó muchísimo saber que estaba a punto de arrojarse en los brazos del señor Godfrey Ablewhite. ¡Y he aquí que ese hombre —al que yo siempre había tenido por impostor y lisonjero— justificaba mis peores opiniones y revelaba con claridad meridiana el propósito mercenario de su matrimonio! ¿Y qué importancia tiene eso? —podrían decir ustedes—. ¿Acaso no sucede a diario? Desde luego que sí. Ahora bien, ¿se lo tomarían con la misma ligereza si la víctima fuera (pongamos por caso) su propia hermana?

La primera consideración que me vino a la cabeza fue, como es natural, la siguiente: ¿persistiría el señor Godfrey en su compromiso a la vista de lo que su abogado había descubierto?

Todo dependería de su posición pecuniaria, de la cual nada sabía yo. Si ésta no era desesperada, muy bien podría interesarle casarse con la señorita Verinder únicamente por su renta. Si, por el contrario, se veía en la urgente necesidad de reunir una importante suma de dinero en un plazo determinado, el testamento de lady Verinder resultaría providencial e impediría que su hija cayera en manos de un canalla.

En el segundo supuesto, no tendría yo que angustiar a la joven, en los primeros días de luto por su madre, con una revelación inmediata de la verdad. En el primer supuesto, el silencio me convertiría en cómplice de un casamiento que a ella la haría desgraciada de por vida.

Puse fin a mis dudas con una visita al hotel de Londres en el que sabía que se alojaban la señora Ablewhite y la señorita Verinder. Me comunicaron que partían para Brighton al día siguiente, y que un imprevisto impedía al señor Godfrey Ablewhite acompañarlas. Me ofrecí al punto a ocupar su lugar. Mientras sólo pensaba en Rachel Verinder, aún me cupo cierta vacilación; al tenerla delante, tomé la decisión inmediata de decirle la verdad a toda costa.

Hallé la oportunidad necesaria cuando salimos a pasear, el día siguiente a mi llegada.

—¿Me permite hablarle de su compromiso matrimonial? —pregunté.

—Sí —aceptó con indiferencia—, si no tiene otro tema de conversación más interesante.

—¿Le perdonará a un viejo amigo y servidor de su familia, señorita Verinder, el atrevimiento de preguntarle si está en juego su corazón en este matrimonio?

—Me caso por desesperación, señor Bruff… por el azar de sumergirme en una suerte de felicidad estática que pueda reconciliarme con la vida.

¡Duras palabras! Palabras que parecían insinuar la presencia de un elemento oculto bajo la superficie, tal vez algún romance. Sin embargo, yo tenía un propósito concreto y decliné (como decimos los abogados) derivar la cuestión hacia ese terreno.

—Seguro que el señor Ablewhite tiene una opinión muy distinta —dije—. Él debe de haber empeñado su corazón en este matrimonio, ¿no es así?

—Eso dice, y supongo que tengo que creerlo. Difícilmente se casaría conmigo, después de lo que le he revelado, si no estuviera enamorado de mí.

¡Pobrecilla! La simple idea de que un hombre buscara casarse con ella por su propio egoísmo y con fines espurios ni siquiera se le pasaba por la cabeza. La tarea que yo me había impuesto empezaba a resultar más ardua de lo que calculaba.

—Suena extraño —continué— para mis oídos anticuados…

—¿Qué es lo que suena extraño?

—Oírle hablar de su futuro marido como si dudara usted de la sinceridad de su compromiso. ¿Tiene algún motivo para desconfiar de él?

Su asombrosa perspicacia detectó al instante un cambio en mi tono de voz o en mis maneras al hacerle esta pregunta, y se percató de que yo le había hablado hasta entonces con una segunda intención. Se detuvo, soltó su brazo del mío y me miró con aire inquisitivo.

—Señor Bruff, usted tiene algo que decir sobre Godfrey Ablewhite. Dígalo.

La conocía lo suficiente para tomarle la palabra, y se lo conté.

Volvió a cogerme del brazo y reanudamos el paseo despacio. Noté que se aferraba a mi brazo con fuerza mecánica y vi que se ponía cada vez más pálida conforme yo le iba exponiendo el caso, pero ni una sola palabra salió de sus labios hasta que hube terminado. Después todavía guardó silencio unos momentos. Inclinó ligeramente la cabeza y siguió caminando a mi lado, ajena a mi presencia, ajena a todo cuanto la rodeaba: perdida —casi podría decirse que sepultada— en sus propios pensamientos.

Me abstuve de molestarla. Conociéndola como la conocía, sabía que en esta ocasión, como en ocasiones anteriores, tenía que darle tiempo.

El primer impulso de las jovencitas en general, cuando se les presenta algún asunto de su interés, es formular un sinfín de preguntas y correr luego a consultar con alguna amiga predilecta. El primer impulso de Rachel Verinder en circunstancias similares era encerrarse en sí misma y meditar a solas. Esa

independencia absoluta constituye una gran virtud en el caso de un hombre. Tratándose de una mujer, presenta la grave desventaja de que al hacerlo se distancia moralmente del conjunto de las personas de su mismo sexo y con ello se expone a las malas interpretaciones de los demás. Sospecho que en este sentido mi opinión coincide con la del resto del mundo, menos cuando se trata de Rachel Verinder. Su independencia de carácter era a mi juicio una de sus virtudes, en parte, qué duda cabe, por lo mucho que ella me agradaba y porque me inspiraba una admiración sincera; en parte porque mi dictamen sobre su vinculación con el misterio de la Piedra Lunar se fundaba en mi buen conocimiento de su naturaleza. Por desfavorables que fueran las apariencias en lo relativo al diamante, por espantoso que fuera saber que de alguna manera estaba relacionada con un robo aún por descifrar, yo tenía la convicción de que Rachel no había hecho nada indigno, puesto que tenía igualmente la convicción de que no había dado un solo paso sin encerrarse primero en sí misma y reflexionar con detenimiento.

Recorrimos casi un cuarto de legua antes de que despertara de su ensimismamiento. Me miró de pronto con el leve reflejo en su sonrisa de tiempos más felices… la sonrisa más irresistible que yo había visto nunca en el rostro de una mujer.

—Es mucho lo que le debo ya por su bondad —dijo—. Y ahora más que nunca me siento en deuda con usted. Si a su regreso a Londres oyera algún rumor sobre mi futuro matrimonio, niéguelo rotundamente, con mi autorización.

—¿Ha decidido romper su compromiso?

—¿Le cabe alguna duda? —respondió con orgullo—. ¡Después de lo que acaba de decirme!

—Mi querida señorita Rachel, es usted muy joven y encontrará más dificultades de las que imagina para deshacer ese compromiso. ¿No tiene usted a nadie —me refiero a una dama, naturalmente— con quien consultar?

—A nadie.

Me entristeció, me entristeció de veras que dijera eso. ¡Era tan joven, y estaba tan sola… y sobrellevaba su situación con tanta entereza! El impulso de acudir en su ayuda pudo más que cualquier consideración sobre mi propia inutilidad que pudiera asaltarme dadas las circunstancias. Le expuse, lo mejor que pude, cuantas ideas se me ocurrieron al calor del momento. He aconsejado a un número prodigioso de clientes y he tenido que afrontar situaciones harto difíciles a lo largo de mi vida, pero nunca me había visto en la situación de aconsejar a una joven sobre el modo de liberarse de un compromiso matrimonial. Mi propuesta, en pocas palabras, fue más o menos la siguiente: le recomendé que le dijera al señor Godfrey Ablewhite —en privado, por supuesto — que, según sabía ella de muy buena fuente, él había delatado los intereses espurios que lo animaban a pedirle su mano. Debía añadir a continuación que su

matrimonio, tras este descubrimiento, era sencillamente imposible… y dejar que él juzgara si no era más prudente asegurarse el silencio de su prometida accediendo a sus deseos o, por el contrario, obligarla, oponiéndose a ellos, a revelar públicamente el motivo por el cual ella había tomado la decisión de romper el compromiso. En el caso de que él tratara de defenderse o de negar los hechos, debía decirle que se entendiera conmigo.

La señorita Verinder escuchó mis palabras con suma atención. Me agradeció entonces muy efusivamente el consejo, pero me explicó al mismo tiempo que se le hacía imposible seguirlo.

—¿Puedo preguntarle cuál es su objeción?

Vaciló unos instantes, y me hizo a su vez una pregunta.

—Supongamos que le pidiera su opinión sobre el comportamiento del señor Godfrey Ablewhite…

—¿Sí?

—¿Cómo lo calificaría?

—Diría que es la conducta de un hombre falso y ruin.

—¡Señor Bruff! Yo confiaba en ese hombre. He prometido casarme con él. ¿Cómo puedo decirle ahora que es ruin, cómo puedo decirle que me ha engañado, cómo puedo deshonrarlo ante el mundo después de haberle dado mi palabra? Me he degradado a mí misma por el mero hecho de haber pensado en él como marido. Si le dijera lo que usted me aconseja, estaría reconociendo ante él mi degradación. No puedo hacer eso. ¡Después de las cosas que nos hemos dicho, no puedo hacer eso! A él no le causaría ninguna vergüenza, pero la vergüenza para mí sería insoportable.

De esta manera, sin ninguna reserva, me reveló otra de las notables peculiaridades de su carácter. ¡El horror instintivo que le inspiraba el más leve contacto con cualquier clase de mezquindad la cegaba a cualquier consideración de lo que a sí misma se debía y la precipitaba a una situación tan falsa como susceptible de comprometerla a ojos de sus amigos! Hasta ese momento yo tenía mis reservas sobre la oportunidad de mi consejo, pero, tras escuchar su respuesta, no me cupo la menor duda de que era el mejor consejo que podría haberle dado, y no vacilé en insistir nuevamente.

Esta vez negó con la cabeza y repitió su objeción con palabras distintas.

—Ha tenido la suficiente intimidad conmigo para pedirme que fuera su mujer. Y yo lo apreciaba lo suficiente para darle mi consentimiento. ¡No puedo decirle a la cara que es un ser despreciable!

—Pero, querida señorita Rachel —protesté—, tampoco puede anunciarle que se retira usted de su compromiso sin darle alguna explicación.

—Le diré que he reflexionado y he llegado a la conclusión de que separarnos será lo mejor para ambos.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Ha pensado en lo que podría decir él por su parte?

—Que diga lo que le plazca.

Era imposible no admirar su delicadeza y su determinación, pero también era imposible no ver que se estaba equivocando. La insté a que considerara sus circunstancias. Le recordé que se expondría a la más odiosa tergiversación de sus motivos.

—No puede usted desafiar a la opinión pública bajo el dictado de sus sentimientos íntimos.

—Puedo —respondió—. Ya lo he hecho.

—¿A qué se refiere?

—Se olvida usted de la Piedra Lunar, señor Bruff. ¿No he desafiado ya a la opinión pública en ese asunto, tan sólo con mis íntimas razones?

Su respuesta me hizo callar temporalmente. Busqué una explicación para su actitud en el momento de la desaparición de la Piedra Lunar tratando de desentrañar la extraña confesión que acababa de salir de sus labios. Quizá lo hubiera descifrado de ser yo más joven. A mi edad ciertamente no podía.

Aventuré una última advertencia antes de volver a casa, pero se mostró igual de inflexible. Ese día me despedí de ella sumido en un singular conflicto de sentimientos. Era obstinada y se estaba equivocando. Era interesante; era admirable; y era profundamente digna de lástima. Le hice prometer que me escribiría en cuanto tuviera noticias que darme, y regresé a mis quehaceres en Londres con extrema inquietud de ánimo.

La noche de mi regreso, antes de que me fuera posible recibir la carta prometida, recibí por sorpresa la visita del señor Ablewhite, quien me comunicó que la señorita Verinder había rechazado a su hijo ese mismo día y que éste *había aceptado la decisión*.

Como me hallaba al corriente del caso, el hecho escueto, anunciado con las palabras que he destacado expresamente, me reveló, con tanta claridad como si él mismo los hubiera reconocido de viva voz, los motivos que llevaban al señor Godfrey Ablewhite a rendirse sin ofrecer resistencia. Necesitaba una importante suma de dinero, y la necesitaba en un plazo determinado. La renta de Rachel, que en otras circunstancias le habría resultado muy ventajosa, no le servía de nada en esta situación; y Rachel había podido liberarse del compromiso sin la menor oposición por parte de él. Si se me dijera que esto es una mera conjetura, preguntaría a mi vez: ¿qué otra hipótesis podría explicar que él renunciara sin más a un matrimonio que le habría garantizado una espléndida posición para el resto de su vida?

La exultación que hubiera podido causarme este feliz curso de los acontecimientos se vio contenida, sin embargo, por lo que ocurrió en esa entrevista con el anciano señor Ablewhite.

Venía a verme, como es natural, con la esperanza de que yo pudiera darle alguna explicación de la insólita decisión de la señorita Verinder. Huelga decir que no pude ofrecerle la información que deseaba. La irritación que le ocasionó mi respuesta, sumada al enfado que le había causado la reciente conversación con su hijo, llevó al señor Ablewhite a perder la cautela. Tanto su expresión como sus palabras me convencieron de que la señorita Verinder tendría que vérselas con un hombre implacable cuando se reuniera con las damas al día siguiente en Brighton.

Pasé una noche agitada, meditando cómo actuar. Las conclusiones a que me llevaron mis reflexiones y lo plenamente fundada que resultó mi desconfianza respecto al señor Godfrey Ablewhite son asuntos que (según se me ha dicho) ya han sido pulcra y oportunamente expuestos por esa persona ejemplar que es la señorita Clack. Sólo me resta añadir —para completar su relato— que Rachel Verinder halló la tranquilidad y el reposo que tanta falta le hacían, pobrecilla, en mi casa de Hampstead. Nos honró con una estancia prolongada. Mi mujer y mis hijas se mostraron encantadas con su compañía, y tengo el sincero orgullo y el placer de consignar que, cuando los albaceas resolvieron la designación de un nuevo tutor, mi familia y mi invitada se separaron como amigos bien avenidos.

CAPÍTULO II

Me corresponde ahora presentar la información adicional de que dispongo sobre el asunto de la Piedra Lunar o, por decirlo con más propiedad, sobre la trama hindú para robar el diamante. Lo poco que puedo aportar en este sentido es sin embargo (como creo haber señalado anteriormente) de cierta importancia, por la notable repercusión que tuvo en los acontecimientos aún por venir.

Alrededor de una semana o diez días después de que la señorita Verinder dejara nuestra casa, uno de mis empleados entró en mi despacho con una tarjeta en la mano y me anunció que un caballero deseaba hablar conmigo.

Miré la tarjeta. Llevaba escrito un nombre extranjero que se ha borrado de mi memoria. Seguía al nombre una línea al pie, en inglés, que sí recuerdo perfectamente: « Por recomendación de Septimus Luker» .

La audacia de que una persona como el señor Luker se atreviera a recomendarme a alguien me pilló del todo desprevenido, y me quedé un momento en silencio, preguntándome si mis ojos no me habrían engañado. Mi empleado, percatándose de mi asombro, tuvo la amabilidad de ofrecerme su propia impresión del extranjero que esperaba en la puerta.

—Es un hombre de aspecto notable, señor. Con la piel tan oscura que abajo todos lo hemos tomado por hindú o algo por el estilo.

Relacionando la impresión de mi empleado con la línea escrita en la tarjeta, creí posible que la Piedra Lunar pudiera estar detrás de la recomendación del prestamista y de la visita del extranjero. Para sorpresa de mi empleado, decidí concederle una entrevista al caballero.

En descargo de que la mera curiosidad me llevó a sacrificar la buena práctica profesional de un modo tan inconcebible, permítaseme recordar a quien pudiera leer estas páginas que no hay un solo ser viviente (al menos en Inglaterra) en posición de reclamar para sí una relación tan estrecha con la epopeya del diamante hindú como lo era la mía. Fue a mí a quien se confió el plan secreto del coronel Herncastle para evitar su asesinato. Fui yo quien recibió periódicamente las cartas del coronel, en las cuales daba fe de que seguía con vida. Yo redacté su testamento, en el que legaba la Piedra Lunar a la señorita Verinder. Yo convencí a su albacea para que actuase, ante la posibilidad de que la joya pudiera ser una valiosa adquisición para la familia. Y fui yo, por último, quien logró vencer la resistencia del señor Franklin Blake y lo indujo a llevar personalmente el diamante a casa de lady Verinder. Si alguien puede hacer valer su legítimo derecho a interesarse por la Piedra Lunar y todo lo relacionado con ella, creo que difícilmente podrá negarse que ese hombre soy yo.

En cuanto vi entrar a mi misterioso cliente, tuve la certeza de que se trataba de uno de los tres hindúes, probablemente del líder. Vestía con pulcritud, a la usanza europea, pero su tez morena, su figura esbelta y ágil y la gravedad y cortesía de sus modales bastaban para delatar su ascendencia oriental a cualquier ojo inteligente que posara en él su mirada.

Le señalé una silla y le rogué que me explicara el motivo de su visita.

Tras disculparse en primer lugar —con una excelente selección de vocablos ingleses— por la libertad que se había tomado al importunarme, sacó un paquete pequeño, envuelto en un paño de oro. Retiró esta envoltura y una segunda tela de cierta especie de seda, y depositó sobre la mesa un estuche de ébano exquisitamente taraceado con piedras preciosas.

—He venido, señor —dijo—, para pedirle que me preste algún dinero. Y le dejo esto como garantía de que saldaré mi deuda.

—¿Y acude usted a mí —pregunté, señalando su tarjeta— por recomendación del señor Luker?

—El señor Luker me ha dicho, señor, que no podía prestarme dinero.

—¿Y le aconsejó que viniera a verme?

El extranjero señaló a su vez la tarjeta.

—Ahí está escrito —dijo.

¡Una respuesta escueta y directa al grano! De haber tenido en mi poder la Piedra Lunar, aquel caballero oriental me habría asesinado, bien lo sé, sin vacilar un solo instante. Al mismo tiempo, y exceptuando este pequeño inconveniente, me veo en la obligación de certificar que era, en todo lo demás, un modelo de cliente perfecto. Quizá no hubiera respetado mi vida, pero hizo algo que ninguno de mis compatriotas había hecho jamás: respetó mi tiempo.

—Lamento que se haya tomado usted la molestia de venir a verme. El señor Luker se ha equivocado por completo al enviarlo aquí. Como a otros hombres de mi profesión, se me confía dinero para prestar. Sin embargo, nunca presto a desconocidos ni acepto en prenda una garantía como la que usted me ofrece.

Lejos de tratar de inducirme a relajar mis propias normas, como habrían hecho otras personas, el extranjero se limitó a saludarme con otra inclinación y envolvió su estuche en sus dos paños sin una sola palabra de protesta. Se levantó… ¡aquel asesino admirable se levantó nada más recibir mi respuesta!

—¿Podrá excusar su condescendencia con un extranjero que le haga una pregunta antes de retirarme?

Asentí con la cabeza. ¡Una sola pregunta antes de retirarse! El promedio, según mi experiencia, era de cincuenta.

—Suponiendo, señor, que hubiera podido prestarme el dinero, por ser esa su costumbre, ¿en qué plazo habría podido yo devolvérselo, según esa misma costumbre?

—De acuerdo con los usos de este país —respondí—, en el plazo de un año a

partir de la fecha del préstamo.

El extranjero volvió a obsequiarme con otra reverencia, la más pronunciada de todas, y sin más abandonó el despacho en silencio.

Se retiró con tal sigilo y tal agilidad felina que logró sobrecogerme, lo confieso. En cuanto me hube recuperado y pude reflexionar, llegué a una conclusión clara con respecto a la visita, por lo demás incomprensible, con que me había honrado el extranjero.

El perfecto dominio de sus facciones, su voz y sus modales —mientras estuvo en mi presencia— desafiaba todo escrutinio. Aun así, me brindó una oportunidad de vislumbrar lo que ocultaba bajo aquella apariencia amable. No dio ninguna señal de que tratara de grabar en su memoria nada de lo que le dije, hasta que le indiqué el plazo acostumbrado para el primer reembolso de un préstamo por parte del deudor. Al ofrecerle esta información, me miró fijamente por primera vez. De ello deduje que tenía un propósito especial al hacerme esta pregunta, y un interés especial en oír mi respuesta. Cuanto más meditaba sobre esta entrevista, más astutamente sospechaba que la exhibición del estuche y la solicitud del préstamo eran meros formalismos destinados a allanar el camino antes de formularme esa última pregunta.

Complacido con esta conclusión, traté de avanzar un paso más para indagar en los propósitos del extranjero. En ésas me entregaron una carta, cuyo remitente resultó ser nada menos que el propio señor Septimus Luker. Me pedía disculpas con un servilismo repugnante y me aseguraba que podía ofrecerme una buena explicación, si le hacía el honor de concederle una entrevista personal.

Una vez más, por mera curiosidad, sacrifiqué la buena práctica profesional. Le hice el honor de citarlo en mi despacho al día siguiente.

El señor Luker era un ser tan inferior al hindú en todos los sentidos —tan vulgar, tan desagradable, tan rastrero y tan prosaico— que en modo alguno merece una descripción pormenorizada en estas páginas. Lo que me dijo, en lo esencial, puede concretarse como sigue:

El día anterior a que yo recibiera la visita del hindú, el señor Luker recibió una visita del mismo distinguido caballero. No obstante su indumentaria europea, el señor Luker identificó de inmediato a su visitante como el cabecilla de los tres hindúes que ya lo habían molestado merodeando por su casa sin dejarle otra alternativa que acudir a un juez. A partir de tan sorprendente descubrimiento se precipitó a concluir (reconozco que no le faltaba razón) que aquél era sin duda uno de los tres individuos que le habían vendado los ojos, amordazado y robado el resguardo de su depósito bancario. Se quedó paralizado de terror, firmemente convencido de que había llegado su hora.

El extranjero, por su parte, actuó como si no lo conociera de nada. Le mostró el estuche y le hizo exactamente la misma petición que me hizo a mí posteriormente. Con la intención de deshacerse de él por el procedimiento más

expeditivo, el señor Luker le contestó que no tenía dinero. El extranjero le pidió entonces que le indicara la persona más digna de confianza para solicitar el préstamo que necesitaba. El señor Luker respondió que la persona más fiable en tales casos era un abogado respetable. Instado a dar el nombre de una persona de tal carácter y profesión, el señor Luker le habló de mí, por la sencilla razón de que, llevado por un terror extremo, el mío fue el primero que le vino a la cabeza. « Estaba sudando a chorros —concluyó este miserable sujeto—. No sabía lo que decía. Confío, señor Bruff, en que pueda usted disculparme, en atención a que me hallaba verdaderamente aterrado y fuera de mí.»

Le disculpé gentilmente. Era la vía más rápida para librarme de su presencia. Antes de que se marchara, lo detuve con una pregunta. ¿Había dicho el hindú alguna cosa digna de mención, al despedirse del señor Luker?

¡Sí! Le había hecho exactamente la misma pregunta que me hizo a mí antes de marcharse, y, como es natural, había recibido la misma respuesta.

¿Qué podía significar? La explicación del señor Luker no me ayudó a resolver el problema. Recurrí entonces a mi propio ingenio, que se reveló igualmente inútil para lidiar con aquella dificultad. Tenía un compromiso para cenar esa noche y subí a vestirme, en un estado de ánimo muy poco propicio, sin imaginar que el camino a mi vestidor y el camino que conducía al descubrimiento de la verdad eran en este caso el mismo camino.

CAPÍTULO III

El personaje más destacado entre los invitados a la cena resultó ser el señor Murthwaite.

A su regreso a Inglaterra, luego de numerosas andanzas, la sociedad manifestó un gran interés en el viajero, por tratarse de un hombre que había corrido tantos peligros y había sobrevivido a ellos para contarlo. Acababa de anunciar su intención de volver al escenario de sus hazañas para internarse en regiones todavía inexploradas. Tan prodigiosa indiferencia al riesgo cierto de exponer por segunda vez su seguridad personal reavivó la menguante atención por el héroe de sus adoradores. Iba del todo en contra de la ley de la probabilidad que pudiera escapar con vida en esta ocasión. No es frecuente coincidir a diario en una cena con un personaje tan eminente y tener la razonable sensación de que las próximas noticias que pueden llegarnos de él serán las noticias de su asesinato.

Cuando los caballeros se quedaron a solas en el comedor, me vi sentado al lado del señor Murthwaite. De más está decir que, siendo ingleses todos los invitados, tan pronto como se vieron libres del saludable control que ejercía la presencia de las damas, la conversación derivó hacia la política. Sucede que yo soy el más antiinglés de los ingleses vivos, en lo que concierne a este tema nacional que tantas pasiones levanta. Por regla general, las discusiones políticas me resultan de lo más aburridas y estériles. Al echarle una ojeada al señor Murthwaite, cuando las botellas ya habían completado su primera vuelta alrededor de la mesa, me percaté de que también él parecía ser de la misma opinión. Con suma destreza —y la mayor consideración posible hacia su anfitrión — se disponía a echar una cabezada. Se me ocurrió entonces si no valdría la pena tratar de espabilarlo con una juiciosa alusión al asunto de la Piedra Lunar y, en caso de lograrlo, comprobar qué opinaba el viajero del nuevo cariz que presentaba la conspiración hindú, según se había revelado en los prosaicos límites de mi despacho.

—Si no me equivoco, señor Murthwaite, conocía usted a la difunta lady Verinder —dije—, y mostró cierto interés por la extraña sucesión de acontecimientos que concluyeron con la desaparición de la Piedra Lunar.

El eminente viajero me hizo el honor de despertar al instante y preguntarme quién era yo.

Le puse al corriente de mi relación profesional con la familia Herncastle, sin olvidar la curiosa posición que había ocupado con respecto al coronel y su diamante en tiempos pasados.

El señor Murthwaite se movió en el asiento a fin de dar la espalda a la

concurrencia (conservadores y liberales por igual) y centrar toda su atención en el humilde señor Bruff, de Gray's Inn Square.

—¿Ha tenido alguna noticia reciente de los hindúes? —preguntó.

—Tengo razones para creer que uno de ellos vino a verme ayer a mi despacho.

Mi interlocutor no era un hombre que se asombrara fácilmente, pero esta respuesta lo dejó atónito. Le expliqué lo que le había ocurrido al señor Luker y lo que me había ocurrido a mí, tal como ya se ha descrito en estas páginas.

—Es evidente que la pregunta que me hizo el hindú al despedirse tenía una finalidad —añadí—. ¿Por qué le interesaba tanto conocer el plazo del que dispone el tomador de un préstamo para devolver el dinero prestado?

—¿Es posible que no vea usted el motivo, señor Bruff?

—Me avergüenzo de mi cortedad de miras, señor Murthwaite, pero ciertamente no lo veo.

El gran viajero pareció muy interesado en sondear la inmensa vacuidad de mi estupidez hasta los abismos de sus profundidades.

—Permítame una pregunta —dijo—. ¿En qué situación se encuentra en este momento la conspiración tramada para recuperar la Piedra Lunar?

—No sabría decirlo. Esa trama es un misterio para mí.

—La trama hindú sólo puede ser un misterio para usted porque no la ha analizado con rigor. ¿Quiere que lo repasemos juntos, desde el momento en que redactó usted el testamento del coronel Herncastle hasta el momento en que ese extranjero pasó por su despacho? En la posición en que se encuentra usted podría ser muy importante para los intereses de la señorita Verinder disponer de una visión clara del asunto en caso de necesidad. Dígame ahora, tal como están las cosas, si desea usted descifrar el misterio por sus propios medios o si prefiere que le ahorre la molestia de investigarlo.

Ni que decir tiene que agradecí en lo que valía su práctico ofrecimiento, y de las dos alternativas fue la primera la que escogí.

—Muy bien —dijo el señor Murthwaite—. En primer lugar nos ocuparemos de la edad de los tres hindúes. Puedo dar fe de que los tres aparentan más o menos los mismos años, y usted puede juzgar si el hombre que estuvo en su despacho se encuentra o no en la flor de la vida. ¿Menos de cuarenta, cree usted? Yo diría lo mismo. Digamos que tiene menos de cuarenta. Volvamos ahora a la época en que el coronel Herncastle regresó a Inglaterra y usted participó en el plan ideado para preservar su vida. No le pido que calcule los años. Sólo diré que es obvio que estos tres hindúes, por la edad que tienen, son forzosamente los sucesores de los tres (¡brahmanes de alta casta todos ellos, señor Bruff, en el momento de abandonar su país natal!) que siguieron al coronel hasta estas costas. Muy bien. Estos individuos son los sucesores de los que llegaron aquí antes que ellos. Si todo se redujera a esto, no valdría la pena seguir indagando. Sin

embargo, estos hombres han hecho algo más. Son los encargados de la organización que sus predecesores establecieron en este país. ¡No se alarme! No me cabe duda de que dicha organización es mera fachada. Yo diría que se dedica a la recaudación de fondos; que en caso de necesidad recurre a los servicios de esa clase de ingleses turbios que viven en contacto con los círculos extranjeros en Londres; y, por último, que cuenta con las simpatías secretas de un puñado de individuos de su propio país y (anteriormente, al menos) de su propia religión, que se ocupan de satisfacer algunas de las numerosas necesidades de esta gran ciudad. ¡Nada formidable, como puede usted ver! Sin embargo, merece señalarse desde el principio, puesto que acaso tengamos ocasión de referirnos a esta modesta organización a medida que avanzamos. Una vez despejado el terreno pasaré a hacerle una pregunta, y confío en que su experiencia pueda responder a ella. ¿Cuál fue el acontecimiento que procuró a los hindúes la primera oportunidad de hacerse con el diamante?

Comprendí su alusión a mi experiencia.

—La primera oportunidad —contesté— fue sin duda la muerte del coronel Herncastle. Supongo que tuvieron noticia de su fallecimiento, naturalmente.

—Naturalmente. Y su muerte, como bien dice, les brindó la primera oportunidad. Hasta esa fecha, la Piedra Lunar se hallaba a buen recaudo en la cámara de seguridad del banco. Usted redactó el testamento del coronel, en el que éste le legaba la joya a su sobrina; y el testamento se verificó de acuerdo con el procedimiento habitual. Como abogado, no podrá escapársele el rumbo que seguidamente tomaron los hindúes, por consejo de un inglés.

—Deben de haberse provisto de una copia del testamento en el Colegio de Abogados.

—Exactamente. Alguno de esos ingleses turbios a los que antes me he referido puede haberles proporcionado dicha copia; y por ella han sabido que la Piedra Lunar le fue legada a la hija de lady Verinder y que el señor Blake padre, o alguna persona por él destinada, debía depositar la joya en manos de la joven. Convendrá conmigo en que no les sería difícil obtener toda la información necesaria acerca de personas que ocupan una posición social tan destacada como la de lady Verinder o el señor Blake. El único obstáculo para los hindúes sería decidir si trataban de apoderarse del diamante en el momento en que éste fuese retirado del banco o si debían esperar a que la joya llegara a casa de lady Verinder, en Yorkshire. La segunda opción era a todas luces la más segura, y con ello se explica que apareciesen en Frizinghall, haciéndose pasar por magos, a la espera de que se presentara su oportunidad. Ni que decir tiene que contaban en Londres con la ayuda de su organización para mantenerse al corriente de los acontecimientos. Bastaría para ello con dos hombres. Uno le seguiría los pasos a cualquier persona que fuese de casa del señor Blake al banco.

Y otro se encargaría de invitar a cerveza a los criados para obtener la

información necesaria. Mediante estas sencillas precauciones debieron de saber que el señor Franklin Blake había estado en el banco, y que era la única persona de la casa que iba a visitar a lady Verinder. Lo que ocurrió a continuación sin duda lo recuerda usted tan bien como yo.

Yo recordaba que Franklin Blake había descubierto a uno de los espías en la calle —y en consecuencia anticipó en varias horas su llegada a Yorkshire— y que (siguiendo el excelente consejo del anciano Betteredge) depositó el diamante en el banco de Frizinghall antes de que los hindúes sospecharan de su presencia en los alrededores. Todo está muy claro hasta aquí. Ahora bien, si los hindúes desconocían dicha precaución, ¿cómo es que no intentaron entrar en casa de lady Verinder (donde debían de suponer que se encontraba el diamante) en todo el tiempo transcurrido hasta el día del cumpleaños de Rachel?

Al presentarle esta objeción al señor Murthwaite, juzgué oportuno añadir que había oído hablar del muchacho que los acompañaba, de la tinta derramada y todo lo demás, y que cualquier explicación basada en la teoría de la clarividencia carecía para mí de validez.

—Yo no soy de la misma opinión —respondió el famoso viajero—. La clarividencia en este caso no es más que una manifestación del lado romántico del carácter hindú. Para esos hombres supondría un alivio y un estímulo —enteramente inconcebible, lo concedo, para la mentalidad inglesa— y les permitiría dotar a su ardua y peligrosa misión en este país de cierto halo mágico y sobrenatural. No cabe duda de que el niño es sensible al hipnotismo y bajo dicha influencia refleja lo que ya está presente en el pensamiento de quien lo hipnotiza. He puesto a prueba la teoría de la clarividencia, y no he logrado comprobar que sus manifestaciones vayan más allá. Los hindúes analizan la cuestión desde otra perspectiva; consideran al niño un vidente capaz de percibir lo que para ellos es invisible, y en ese prodigio, insisto, hallan la fuente de un interés nuevo en el propósito que los une. Lo señalo sólo para ofrecer una curiosa visión de la naturaleza humana que quizá sea enteramente desconocida para usted. Nada nos interesa en el asunto que intentamos dilucidar la clarividencia, o la hipnosis, o cualquier otro procedimiento difícil de creer para una mentalidad práctica. La finalidad de seguir paso a paso la trama hindú es la de relacionar los resultados, de manera racional, con sus causas naturales. ¿Le satisface mi exposición hasta aquí?

—¡Sin la menor duda, señor Murthwaite! Aguardo sin embargo con cierta impaciencia una explicación racional para la objeción que me he permitido presentarle.

El viajero sonrió.

—Es la objeción más sencilla de desarmar —dijo—. Permítame decirle, para empezar, que su exposición del caso me parece enteramente atinada. Es indudable que los hindúes ignoraban lo que el señor Blake había hecho con el

diamante, puesto que sabemos que cometieron su primer error la misma noche en que el señor Blake llegó a casa de su tía.

—¿Su primer error?

—¡Ciertamente! El error de dejarse sorprender por Gabriel Betteredge merodeando por la terraza. Sin embargo, hay que reconocerles el mérito de que se dieron cuenta de que habían dado un paso en falso, pues, como bien ha señalado usted, no volvieron a acercarse por allí hasta semanas más tarde, aun cuando disponían de tiempo en abundancia.

—¿Por qué, señor Murthwaite? ¡Eso es lo que quiero saber! ¿Por qué?

—Porque ningún hindú, señor Bruff, corre jamás un riesgo innecesario. La cláusula que usted incluyó en el testamento del coronel les reveló, ¿no es así?, que la Piedra Lunar pasaría a ser propiedad de la señorita Verinder el día de su cumpleaños. Muy bien. Dígame, ¿qué era lo más prudente para esos hombres, a la vista de su situación? ¿Tratar de apoderarse del diamante mientras éste siguiera bajo la custodia del señor Franklin Blake, que ya había demostrado su capacidad para descubrirlos y darles esquinazo? ¿O esperar a que el diamante quedara en manos de una muchacha que se deleitaría incautamente en lucir tan magnífica joya en cualquier oportunidad? ¿Desea usted una prueba de que mi teoría es acertada? Tomemos como prueba el propio comportamiento de los hindúes. Se presentaron en la casa, al cabo de varias semanas, el día del cumpleaños de la señorita Verinder, ¡y vieron recompensada la paciente exactitud de sus cálculos al comprobar que la muchacha lucía el diamante en su vestido! Esa noche, cuando después me contaron la historia del coronel y del diamante, no me cupo duda del riesgo que había corrido el señor Franklin Blake (los hindúes a buen seguro lo habrían atacado de no haber ido acompañado por otras personas tras retirar el diamante del banco); y tal fue mi convicción del peligro que el caso entrañaba para la señorita Verinder que aconsejé seguir el plan del coronel y destruir la identidad sagrada del diamante, dividiéndolo en varias piedras. De sobra sabe usted que la extraordinaria desaparición de la joya esa misma noche invalidó mi consejo y desbarató por completo la trama hindú, y cómo al día siguiente los hindúes vieron sus planes truncados al ser confinados en prisión por vagos y maleantes. Así concluye el primer acto de la conspiración. Antes de pasar al segundo, ¿puedo preguntarle si he respondido a su objeción con un argumento convincente para la mentalidad de un hombre práctico?

Era imposible negar que había respondido a mi objeción maravillosamente, gracias a su conocimiento superior del carácter hindú ¡y gracias a que él no había tenido que ocuparse de centenares de testamentos desde la muerte del coronel Herncastle!

—Hasta aquí todo va bien —resumió el señor Murthwaite—. La primera ocasión que tuvieron los hindúes para apoderarse del diamante fue una ocasión perdida, al quedar recluidos en la cárcel de Frizinghall. ¿Cuándo se presentó la

segunda ocasión? Se presentó, tal como puedo demostrar, mientras aún seguían en prisión.

Sacó una libreta y la abrió por determinada página antes de proseguir.

—Yo me encontraba entonces hospedado en casa de unos amigos en Frizinghall —continuó—. Uno o dos días antes de que los hindúes quedaran en libertad (creo que fue un lunes), el director de la prisión vino a verme con una carta. Había sido entregada para los hindúes por una tal señora Macann, en cuya casa se alojaban los extranjeros. Dicha misiva había llegado a la puerta de la señora Macann, por correo ordinario, la mañana anterior. Las autoridades de la prisión repararon en que llevaba matasellos de Lambeth y en que la dirección, aunque escrita en correcto inglés, presentaba curiosas variaciones en la manera habitual de dirigir una carta. Al abrirla comprobaron que estaba escrita en una lengua extranjera, que acertadamente identificaron como indostaní. El director vino a verme, como es natural, para que le tradujera la carta. Hice una copia en mi libreta tanto del original como de mi traducción… y aquí las tiene, a su disposición.

Me tendió la libreta abierta. La dirección de la carta era el primer pasaje copiado. Iba escrito todo en un mismo párrafo, sin signos de puntuación, de la siguiente manera: « A los tres hindúes alojados en casa de la señora Macann en Frizinghall Yorkshire» . Seguían a continuación los caracteres hindúes, y aparecía al final la traducción inglesa, expresada con estas enigmáticas palabras:

En nombre del Regente de la Noche, cuyo trono se encuentra sobre el lomo del Antílope, cuyos brazos abarcan las cuatro esquinas de la tierra.

Volved, hermanos, vuestros rostros al sol, y venid a visitarme en la calle de múltiples sonidos que conduce hasta el río fangoso.

He aquí la razón.

Lo he visto con mis propios ojos.

Así concluía la carta, sin fecha ni firma. Se la devolví al señor Murthwaite y admití que aquel curioso ejemplo de correspondencia me desconcertaba por completo.

—Puedo explicarle la primera frase —dijo—. Y la conducta de los propios hindúes le explicará lo demás. El dios de la luna se representa, en la mitología hindú, como un ser de cuatro brazos sentado sobre un antílope, y uno de sus títulos es el de regente de la noche. Aquí, para empezar, nos encontramos con una velada alusión sospechosamente parecida a la Piedra Lunar. Veamos ahora qué hicieron los hindúes cuando las autoridades de la prisión les permitieron recibir su carta. El mismo día en que quedaron en libertad fueron derechos a la estación y compraron billetes para el primer tren con destino a Londres. En Frizinghall todos

lamentamos que no se les siguieran los pasos en secreto. Sin embargo, después de que lady Verinder despidiese al oficial de policía con el fin de interrumpir la investigación por el caso del diamante, nadie se atrevió a entrometerse en el asunto. Los hindúes gozaban de libertad para ir a Londres, y a Londres fueron. ¿Cuáles fueron las siguientes noticias que tuvimos de ellos, señor Bruff?

—Que acosaron al señor Luker, merodeando por los alrededores de su casa en Lambeth.

—¿Leyó usted el informe de la petición que el señor Luker le hizo al magistrado?

—Sí.

—En el curso de su declaración se refirió, si lo recuerda, a cierto empleado suyo, de origen extranjero, al que había despedido recientemente por sospechar que intentaba robarle y del que desconfiaba asimismo como posible colaborador de los hindúes que le habían estado acosando. Es facilísimo deducir, señor Bruff, quién escribió la carta que tanto le ha desconcertado, y cuál de los tesoros orientales del señor Luker había intentado robar aquel hombre.

La deducción (me apresuré a reconocerlo) era demasiado evidente para tomarse siquiera la molestia de señalarla. Yo nunca había dudado de que la Piedra Lunar llegara, de un modo o de otro, a manos del prestamista en el momento al que se refería el señor Murthwaite. Mi única duda era: ¿cómo tuvieron noticia los hindúes de esta circunstancia? Y esa duda (que a mí me había parecido la más difícil de despejar) también hallaba entonces una respuesta, como todo lo demás. Pese a mi condición de abogado, empecé a comprender que podía confiar en el señor Murthwaite hasta el punto de dejarme guiar a ciegas por él a través de los últimos recodos del laberinto a lo largo del cual me había conducido hasta ese momento. Le hice el cumplido de decírselo y tuve la satisfacción de comprobar que recibía mi modesto tributo con mucha cortesía.

—Voy a pedirle una pequeña información antes de continuar —dijo—. Alguien tuvo que llevar la Piedra Lunar de Yorkshire a Londres. Y alguien ha obtenido dinero a cambio de ella; de lo contrario el diamante nunca habría llegado a manos del señor Luker. ¿Se ha descubierto quién pudo ser dicha persona?

—No, que yo sepa.

—¿No es verdad que se ha contado cierta historia sobre el señor Godfrey Ablewhite? Tengo entendido que es un eminente filántropo… lo cual habla decididamente en su contra para empezar.

No pude mostrarme más de acuerdo en este punto con el señor Murthwaite. Al mismo tiempo, me vi en el deber de anunciarle (sin mencionar, claro está, el nombre de la señorita Verinder) que el señor Godfrey Ablewhite había quedado libre de toda sospecha, de acuerdo con una prueba de cuya veracidad no cabía ninguna discusión.

—Muy bien —asintió tranquilamente—, dejemos que el tiempo se ocupe de aclarar ese asunto. Entre tanto, señor Bruff, volvamos a los hindúes, por la parte que a usted le toca. Tras su regreso a Londres sufrieron una nueva derrota. El hecho de que por segunda vez perdieran la oportunidad de apoderarse del diamante puede atribuirse principalmente, creo yo, a la astucia y a la previsión del señor Luker, ¡que no en vano se halla en la cúspide de la próspera y antigua profesión de la usura! Al despedir sin tardanza a ese empleado sospechoso, privó a los hindúes de la ayuda que su compinche podría haberles prestado para entrar en la casa. Y al depositar sin tardanza la Piedra Lunar en el banco, pilló por sorpresa a los conspiradores antes de que éstos tuvieran tiempo de esbozar un nuevo plan para cometer el robo. Cómo adivinaron los conspiradores esta última precaución y cómo llegaron a hacerse con el recibo bancario son detalles demasiado recientes para que nos detengamos en ellos. Baste decir que saben que la Piedra Lunar se encuentra de nuevo fuera de su alcance, depositada (bajo la descripción genérica de «objeto de gran valor») en la caja fuerte de un banco. Ahora, señor Bruff, dígame, ¿cuál es su tercera oportunidad para apoderarse del diamante, y cuándo va a presentarse ésta?

¡En cuanto esta pregunta salió de sus labios, comprendí el motivo que había llevado al hindú hasta mi despacho!

—¡Claro! —exclamé—. Los hindúes dan por sentado, igual que nosotros, que la Piedra Lunar se ha entregado como garantía de un préstamo, y necesitan saber a ciencia cierta en qué plazo puede retirarse dicha garantía, ¡porque hasta entonces el diamante no podrá salir del banco!

—Ya le dije que usted mismo lo resolvería, señor Bruff, si yo le brindaba una buena oportunidad. En el plazo de un año desde la fecha en que se empeñó la joya, los hindúes acecharán su tercera oportunidad. El propio señor Luker les ha indicado cuánto tiempo tendrían que esperar, y la palabra de un hombre respetable y autorizado como usted les ha confirmado que el señor Luker decía la verdad. ¿Cuándo cree usted, aproximadamente, que el diamante llegó a manos del prestamista?

—A finales del pasado mes de junio, si mis cálculos no fallan.

—Y estamos en el año 1848. Muy bien. Si el desconocido que ha empeñado el diamante puede recuperarlo en el plazo de un año, la joya volverá a estar en poder de esa persona a finales de junio de 1849. Yo me encontraré entonces a miles de leguas de Inglaterra y de cualquier noticia procedente de este país. Sin embargo, usted haría bien en tomar nota de ello y no ausentarse de Londres cuando llegue esa fecha.

—¿Cree que sucederá algo grave? —pregunté.

—Creo que yo estaré más seguro entre los más feroces fanáticos del Asia Central de lo que lo estaría si cruzara la puerta del banco con la Piedra Lunar en el bolsillo. Los hindúes ya han sufrido dos derrotas, señor Bruff. Tengo la firme

convicción de que no se dejarán derrotar por tercera vez.

Éstas fueron sus últimas palabras. En ese instante se sirvió el café, los invitados se levantaron y se dispersaron por la estancia, y nosotros dos nos sumamos al grupo de las damas en el piso de arriba.

Tomé nota de la fecha, y no estaría de más que concluyera mi narración transcribiendo aquí lo que apunté:

Junio de 1849. Esperar noticias de los hindúes hacia finales de ese mes.

Hecho lo cual, cedo la pluma, pues no tengo derecho a seguir utilizándola, al narrador que debe sustituirme.

TERCERA NARRACIÓN

A CARGO DE FRANKLIN BLAKE

CAPÍTULO I

En la primavera de 1849 me encontraba vagando por Oriente y acababa de alterar el itinerario que había trazado meses antes y había comunicado oportunamente a mi abogado y a mi banquero en Londres.

Este cambio de planes me obligó a despachar a uno de mis criados en busca de mi correspondencia y otros envíos al consulado de cierta ciudad que ya no figuraba como etapa en el esquema del viaje. El criado debía encontrarse conmigo en una fecha y un lugar acordados, pero un accidente, del cual no fue responsable, demoró su regreso. Una semana entera aguardamos mi gente y yo acampados en los límites de un desierto. Cumplido dicho plazo, el hombre apareció con el dinero y las cartas a la entrada de mi tienda.

—Me temo que traigo malas noticias, señor —dijo, señalando uno de los sobres, que llevaba una orla negra. Reconocí en él la letra del señor Bruff.

No conozco nada, en casos similares, más insoportable que la incertidumbre. La carta con la orla negra fue la que abrí en primer lugar.

En ella se me anunciaba la muerte de mi padre y mi designación como heredero de su cuantiosa fortuna. La riqueza que de esta forma caía en mis manos comportaba ciertas responsabilidades, y el señor Bruff me instaba a regresar a Inglaterra sin pérdida de tiempo.

Al amanecer del día siguiente emprendí el viaje de vuelta a mi país.

El retrato que mi buen amigo Betteredge hizo de mí en el momento en que abandoné Inglaterra es un tanto exagerado, a mi modo de ver. Interpretó muy en serio, a su pintoresca manera, una de las muchas referencias satíricas de su joven señorita sobre mi educación extranjera, y así llegó a convencerse de que había visto en mi personalidad esas facetas francesa, alemana e italiana que mi alegre prima sólo en broma se preciaba de haber descubierto, y que en realidad nunca tuvieron existencia real salvo en el pensamiento de nuestro buen hombre. Al margen de esta objeción, confieso que en todo lo demás no hizo otra cosa que decir la verdad, al presentarme como herido en el alma por el trato que había

recibido de Rachel y al describir que partí de Inglaterra hondamente afligido por el desengaño más amargo de mi vida.

Me marché al extranjero resuelto a olvidarla, si es que el cambio y la ausencia lograban ayudarme. Tengo por falsa esa idea de la naturaleza humana que afirma que el cambio y la ausencia no auxilian a un hombre en tales circunstancias: ambas cosas lo obligan a desviar su atención de la contemplación exclusiva de su pena. Nunca llegué a olvidarme de ella, pero el dolor del recuerdo se fue atenuando paulatinamente a medida que el tiempo, la distancia y la novedad se interponían con creciente eficacia entre Rachel y yo.

Por otro lado, no es menos cierto que, al emprender el retorno a casa, el remedio que de esta manera gradual había ido ganando terreno en el curso del viaje de ida empezó a perderlo igualmente en el viaje de vuelta. Conforme me iba acercando al país en el que ella vivía, y a la perspectiva de volver a verla, más irresistiblemente recuperaba Rachel su influencia sobre mí. En el momento de mi partida, su nombre habría sido el último que habría permitido pronunciar a mis labios. A mi regreso, fue la primera persona por la que pregunté cuando vi al señor Bruff.

Como es natural, me puso al corriente de todo lo acontecido en mi ausencia, es decir, de todo cuanto ya se ha revelado en estas páginas como continuación del relato de Betteredge. Sólo una circunstancia resultó inesperada para mí. El señor Bruff no se tomó la libertad de informarme acerca de los motivos ocultos que llevaron a Rachel y a Godfrey Ablewhite a anular de común acuerdo su compromiso matrimonial. No quise importunarlo con preguntas incómodas sobre un asunto tan delicado. Bastante alivio me produjo, tras la decepción y los celos que me consumieron al enterarme de que ella siquiera había contemplado la posibilidad de casarse con Godfrey, saber que su propia reflexión la llevó posteriormente a convencerse de que había actuado movida por un impulso precipitado y a liberarse de aquel compromiso.

Tras informarme de lo ocurrido, mis preguntas (¡siempre relacionadas con Rachel!) siguieron su curso natural hacia el momento presente. ¿Bajo la tutela de quién había quedado tras abandonar la casa del señor Bruff? ¿Y dónde vivía ahora?

Vivía al cuidado de una hermana viuda del difunto sir John Verinder —una tal señora Merridew— a quien los albaceas del testamento de su madre propusieron como tutora y quien había tenido a bien aceptar la propuesta. Al parecer, las dos mujeres se llevaban de maravilla y en ese momento estaban pasando una temporada en la residencia de la señora Merridew, en Portland Place.

Media hora después de recibir esta información me puse en camino de Portland Place, sin haber tenido el valor de decírselo al señor Bruff.

El hombre que me abrió la puerta no estaba seguro de si la señorita Verinder se encontraba o no en casa. Lo mandé arriba con mi tarjeta de visita, pensando

que sería la vía más rápida para acabar con la duda. El criado regresó con rostro impenetrable y me comunicó que la señorita Verinder había salido.

De otras personas podría haber sospechado que se negaran intencionadamente a recibirme, pero de Rachel era imposible sospecharlo. Dejé el recado de que volvería esa tarde, a las seis.

A las seis se me dijo por segunda vez que la señorita Verinder no estaba en casa. ¿Había dejado alguna nota para mí? Ninguna. ¿No había recibido mi tarjeta la señorita Verinder? El criado se disculpó: la señorita Verinder la había recibido.

La deducción era demasiado evidente. Rachel se negaba a verme.

Por mi parte, me resistí a ser tratado de este modo sin intentar al menos descubrir la razón de su actitud. Me hice anunciar a la señora Merridew y solicité el favor de una entrevista personal, a la hora que ella estimara más conveniente.

La señora Merridew no puso objeciones para recibirme en ese preciso instante. Me condujeron a una agradable salita de estar, donde me esperaba una agradable anciana. Tuvo la gentileza de manifestar un gran pesar y una gran sorpresa ante la decisión de Rachel. Sin embargo, no podía darme ninguna explicación y tampoco presionar a Rachel sobre un asunto que parecía ser de índole estrictamente personal. Una y otra vez repitió estas disculpas, con infatigable paciencia y cortesía; y esto fue lo único que pude obtener de la señora Merridew.

Mi última oportunidad era escribir a Rachel. Mi criado le llevó una carta al día siguiente, con órdenes precisas de esperar una respuesta.

La respuesta se concretó literalmente en una frase.

> La señorita Verinder lamenta comunicar que declina establecer ninguna correspondencia con el señor Franklin Blake.

Aun queriéndola como la quería, me indignó el insulto que encerraba su respuesta. El señor Bruff vino a verme para hablar de negocios antes de que yo hubiera podido recuperar el dominio de mis emociones. Hice a un lado la cuestión que venía a presentarme con el fin de contarle lo ocurrido. Se mostró tan incapaz de iluminarme como la señora Merridew. Quise saber si había llegado a oídos de Rachel alguna calumnia sobre mi persona. El señor Bruff no tenía noticia de que nadie me hubiese injuriado. ¿Se había referido ella alguna vez a mí mientras vivió bajo el techo del señor Bruff? Nunca. ¿Ni siquiera había preguntado, en toda mi larga ausencia, si estaba yo vivo o muerto? Jamás hizo esa pregunta. Saqué de mi libreta la carta que la pobre lady Verinder me escribió desde Frizinghall, el día en que dejé su casa en Yorkshire, y le pedí al señor Bruff que prestara atención a dos frases:

La valiosa ayuda que has prestado en la investigación, a raíz de la desaparición del diamante, sigue siendo una ofensa que Rachel, en su estado actual, no te perdona. Tu actuación a ciegas en este asunto ha agravado la ansiedad que ella ha tenido que soportar, pues con tus inocentes esfuerzos has amenazado que su secreto llegara a desvelarse.

—¿Es posible —pregunté— que ese sentimiento siga siendo tan amargo?

El señor Bruff me miró sinceramente apenado.

—Si insiste usted en que le dé una respuesta, confieso que no puedo ofrecerle una explicación mejor de la conducta de Rachel.

Toqué la campanilla para pedirle a mi criado que preparara mi equipaje y averiguase el horario del ferrocarril. Lleno de asombro, el señor Bruff me preguntó qué me proponía.

—Me voy a Yorkshire, en el primer tren.

—¿Puedo preguntarle con qué intención?

—Señor Bruff, la ayuda que presté inocentemente en la investigación sobre el diamante fue una ofensa imperdonable para Rachel hace casi un año y sigue siendo una ofensa imperdonable hasta el día de hoy. ¡No estoy dispuesto a tolerarlo! Me propongo desvelar el secreto del silencio de Rachel ante su madre y de su enemistad hacia mí. Si el tiempo, la tenacidad y el dinero bastan para lograrlo, ¡le aseguro que atraparé al ladrón de la Piedra Lunar!

El anciano y digno caballero protestó en el acto y trató de inducirme a atender a razones, cumpliendo con su deber para conmigo. Me mostré sordo a todos sus argumentos. Ninguna consideración habría podido debilitar mi firmeza en ese momento.

—Reanudaré la investigación en el punto en que la abandoné. Y avanzaré paso a paso hasta la época actual. Hay eslabones sueltos en las pruebas, según la información que yo tenía entonces. Creo que Gabriel Betteredge puede ayudarme, ¡y a ver a Gabriel Betteredge voy!

Esa tarde, a la hora del crepúsculo, volví a encontrarme en la terraza que tan bien recordada y a contemplar de nuevo la vieja casa de campo. El jardinero fue la primera persona con la que tropecé en los jardines desiertos. Había dejado a Betteredge hacía una hora, tomando el sol en su habitual rincón del patio trasero. Puesto que conocía bien aquel lugar, dije que yo mismo iría en su busca.

Recorrí los senderos familiares y me detuve junto a la cancela abierta del patio.

Allí estaba —el querido amigo de los tiempos felices que ya nunca volverían —, en el mismo rincón, en la misma mecedora de rejilla, con su pipa en la boca, su *Robinson Crusoe* en el regazo y sus dos compañeros, los perros, dormitando cada uno a un lado de él. Los últimos rayos del sol proyectaban mi sombra desde

la posición en que me hallaba. O bien los perros la vieron, o bien su fino olfato les informó de mi llegada; se sobresaltaron con un gruñido. El anciano, sobresaltado a su vez, los tranquilizó con una palabra y se cubrió los ojos con una mano para mirar la figura perfilada en la cancela.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Tuve que esperar unos momentos antes de poder dirigirle la palabra.

CAPÍTULO II

—¡Betteredge! —dije, señalando el inolvidable libro que tenía en las rodillas—. ¿Le ha anunciado esta tarde *Robinson Crusoe* que recibiría la visita del señor Franklin Blake?

—¡Por Dios bendito, señor Franklin! —exclamó el anciano—. ¡Eso es exactamente lo que *Robinson Crusoe* me anunció!

Con esfuerzo y con mi ayuda logró ponerse en pie y se quedó un segundo mirando primero el libro y luego a mí, incapaz de decidir cuál de los dos lo había sorprendido más. El veredicto concluyó en favor del libro. Lo sostuvo abierto delante de él, con ambas manos, y examinó el prodigioso volumen con una mirada de indecible expectación, como si pensara que el propio Robinson fuera a salir de las páginas para honrarnos con su visita.

—¡Éste es el pasaje, señor Franklin! —dijo, en cuanto hubo recuperado el habla—. ¡Como que vivo de pan, señor, le aseguro que éste es el pasaje que estaba leyendo un momento antes de que usted apareciera! Página ciento cincuenta y seis. Dice así: «Me quedé atónito, como si un rayo me hubiera fulminado o como si hubiera visto una aparición». Si eso no equivale a decir: «De un momento a otro se presentará el señor Franklin Blake»…, ¡es que el idioma inglés no tiene ningún sentido! —concluyó, cerrando el libro con estrépito y liberando al fin una de sus manos para estrechar la que yo le ofrecía.

Esperaba que, a la vista de las circunstancias, me abrumara con sus preguntas, pero no: el impulso de la hospitalidad era el que prevalecía en el ánimo del viejo sirviente cuando un miembro de la familia (¡lo mismo daba cómo!) aparecía de visita en la casa.

—Entre, señor Franklin —dijo, abriendo la puerta que tenía a sus espaldas, con su pintoresca y anticuada reverencia—. Ya le preguntaré luego qué le trae por aquí. Primero quiero que se ponga usted cómodo. Han ocurrido cosas muy tristes desde su partida. La casa está cerrada y los criados se han ido. Pero ¡eso no importa! Yo mismo le haré la cena, y la mujer del jardinero le preparará la cama… y, si queda en la bodega una botella de nuestro famoso clarete Latour, por su garganta pasará esa botella, señor Franklin. ¡Sea usted bienvenido! ¡Sea usted bienvenido de todo corazón! —dijo el pobre hombre, combatiendo virilmente las tinieblas de la casa vacía y recibiéndome con la cordialidad y la cortesía de otros tiempos.

Sentí mucho decepcionarlo, pero aquélla era ahora la casa de Rachel. ¿Podía yo comer o dormir allí, después de lo ocurrido en Londres? Mi dignidad me impedía literalmente trasponer el umbral.

Tomé a Betteredge del brazo y lo conduje al jardín. No tuve más remedio. Me vi en la obligación de decirle la verdad. Dado el afecto que sentía por Rachel y el afecto que sentía por mí, se mostró muy asombrado y muy dolido por el vuelco que habían dado las circunstancias. Me expresó su opinión con la franqueza de siempre, una franqueza envuelta en la fragancia de la filosofía más auténtica: la filosofía de la escuela de Betteredge.

—La señorita Rachel tiene sus defectos… eso nunca lo he negado —empezó a decir—. Y uno de ellos es el de subirse de vez en cuando al caballo de la arrogancia. Se ha propuesto pasarle por encima, y usted lo ha tolerado. ¡Por Dios, señor Franklin! ¿No irá a decirme que a estas alturas no conoce usted mejor a las mujeres? ¿Me ha oído hablar alguna vez de la difunta señora Betteredge?

Le había oído hablar de la difunta señora Betteredge en numerosas ocasiones, y siempre la presentaba como un ejemplo indiscutible de la fragilidad y la maldad consustanciales al sexo femenino. Del mismo modo la presentó entonces.

—Muy bien, señor Franklin. Ahora escúcheme. Cada mujer tiene su propia manera de montar el caballo de la arrogancia. La difunta señora Betteredge se ejercitaba con ese animal predilecto de las mujeres siempre que a mí se me ocurría negarle algo en lo que ella había puesto todo su corazón. Tan pronto volvía yo a casa en tales ocasiones, mi mujer me llamaba sin falta desde el pie de la escalera de la cocina y me decía que, después de haberla tratado yo con tanta brutalidad, no tenía fuerzas para prepararme la cena. Yo se lo consentí por algún tiempo, tal como usted se lo consiente ahora a la señorita Rachel. Hasta que se agotó mi paciencia. Un día bajé la escalera, levanté a la señora Betteredge por los aires —cariñosamente, se entiende— y sin darle ninguna explicación la llevé a la mejor sala de la casa, donde ella recibía a sus visitas. « Éste es el lugar que te corresponde, querida» , le dije. Dicho lo cual volví a la cocina. Me encerré allí, me remangué y me dispuse a preparar mi propia cena. Cuando hube terminado me la serví de la mejor manera y disfruté de lo lindo. Me fumé mi pipa y me tomé mi vasito de ponche a continuación. Luego despejé la mesa, lavé vajilla, cuchillos y tenedores, lo recogí todo y barrí el hogar. Tras haber dejado la cocina limpia y reluciente a más no poder, abrí la puerta y dejé entrar a la señora Betteredge: « Ya he cenado, querida —le anuncié—. Y quiero que veas que he dejado la cocina tal como a ti te gusta verla» . ¡Le aseguro, señor Franklin, que mientras vivió esa mujer, nunca más tuve que volver a prepararme la cena! Moraleja: usted toleró que la señorita Rachel lo tratara así en Londres. No se lo tolere en Yorkshire. Entre en la casa.

¡Incontestable razonamiento! Sin embargo, le aseguré a mi buen amigo que incluso sus poderes de persuasión eran inútiles en mi caso.

—Hace una tarde deliciosa —dije—. Iré dando un paseo hasta Frizinghall, me alojaré en el hotel y mañana vendrá usted a desayunar conmigo. Tengo algo que decirle.

Betteredge sacudió la cabeza con gesto triste.

—Lo lamento muchísimo —dijo—. Confiaba, señor Franklin, en oír que la relación entre usted y la señorita Rachel volvía a discurrir con cordialidad. Si de verdad se empeña en salirse con la suya —añadió tras reflexionar unos instantes —, no hay necesidad de ir a Frizinghall en busca de una cama. Puede encontrarla más cerca. Hotherstone's Farm está a una legua escasa de aquí. A eso no puede negarse por culpa de la señorita Rachel —concluyó astutamente el anciano—. Hotherstone's, señor Franklin, no es propiedad de esta casa.

Recordé aquel lugar en cuanto lo mencionó Betteredge. La granja se encontraba en un abrigado valle interior, a orillas del arroyo más bonito que surcaba esa zona de Yorkshire, y su propietario disponía de algunas habitaciones libres que acostumbraba a alquilar a artistas, pescadores o turistas en general. No podía imaginar un sitio más agradable para mi estancia.

—¿Están libres las habitaciones? —pregunté.

—La propia señora Hotherstone me pidió ayer mismo que las recomendara a quien pudiera interesarse, señor.

—Las tomaré con mucho gusto, Betteredge.

Regresamos al patio, donde yo había dejado mi bolso de viaje. Betteredge cruzó un palo a través del asa, se echó la bolsa al hombro y pareció que lo asaltara el mismo asombro que le había causado mi súbita aparición cuando lo sorprendí en su mecedora. Miró incrédulo a la casa, giró en redondo y me miró con la misma incredulidad.

—Llevo mis buenos años en este mundo —dijo aquel hombre que era el mejor y el más querido de los sirvientes—, pero nunca imaginé que llegaría a ver semejante cosa. Allí está la casa y ahí está el señor Franklin Blake, ¡y uno de los dos está dispuesto a volverle la espalda a la otra para dormir en una posada!

Abrió la marcha sin dejar de sacudir la cabeza y de gruñir de un modo alarmante.

—Ya sólo puede ocurrir otro milagro —dijo, mirándome por encima del hombro—. Lo siguiente que hará usted, señor Franklin, será devolverme esos siete chelines y seis peniques que me pidió prestados cuando era un niño.

Esta salida sarcástica le puso de mejor humor consigo mismo y conmigo. Dejamos atrás la casa y cruzamos la verja del pabellón del guarda. Una vez fuera de la finca se extinguieron los deberes de la hospitalidad (de acuerdo con el código moral de Betteredge) y comenzaron los privilegios de la curiosidad.

Se detuvo hasta que le di alcance.

—Hermosa tarde para pasear, señor Franklin —observó, como si acabáramos de encontrarnos por casualidad en ese mismo instante—. Supongamos que hubiera ido usted al hotel de Frizinghall, señor…

—¿Sí?

—Yo habría tenido el honor de desayunar con usted mañana.

—Venga a desayunar conmigo a Hotherstone's Farm.

—Le agradezco la amabilidad, señor, pero no era exactamente al desayuno a lo que me refería. ¿No ha mencionado que tenía algo que decirme? Si no es un secreto, señor —dijo, abandonando de buenas a primeras el camino sinuoso para tomar el más directo—, ardo en deseos de saber qué le ha traído hasta aquí tan inesperadamente, si me lo permite.

—¿Qué me trajo anteriormente aquí? —pregunté.

—La Piedra Lunar, señor Franklin. Pero ¿qué le trae ahora, señor?

—De nuevo la Piedra Lunar, Betteredge.

Se paró en seco y me miró en el crepúsculo gris como si recelara de sus oídos.

—Si eso es una broma, señor, temo estar volviéndome algo torpe con los años. No la capto.

—No es una broma —respondí—. He venido para reanudar la investigación en el punto en que se abandonó cuando me fui de Inglaterra. He venido para hacer lo que hasta ahora nadie ha hecho: averiguar quién se llevó el diamante.

—¡Olvídese del diamante, señor Franklin! ¡Siga mi consejo y olvídese del diamante! Esa joya está maldita y se ha burlado de todos los que se han acercado a ella. No malgaste su dinero y su tranquilidad, en la flor de la vida como está, mezclándose con ella. ¿Cómo espera triunfar, con perdón de usted, cuando el propio sargento Cuff no fue capaz de desentrañar el misterio? ¡El sargento Cuff! —repitió, señalándome severamente con el dedo índice—. ¡El detective más capaz de toda Inglaterra!

—He tomado una decisión, amigo mío. Ni siquiera el sargento Cuff podrá desalentarme. Por cierto, quizá necesite hablar con él tarde o temprano. ¿Ha tenido noticias suyas recientemente?

—El sargento no podrá ayudarlo, señor Franklin.

—¿Por qué no?

—Ocurrió algo, señor, en los círculos policiales, después de que usted se marchara. El gran Cuff se ha retirado. Tiene una casita de campo en Dorking y vive entregado al cultivo de las rosas. Me lo ha contado en una carta escrita de su puño y letra. Ha conseguido cultivar la rosa blanca almizcleña sin injertarla con la rosa canina. El señor Begbie, el jardinero, piensa ir a Dorking para comprobarlo con sus propios ojos, y ya ha reconocido que el sargento lo ha derrotado.

—Eso no tiene importancia —dije—. Podré arreglármelas sin la ayuda del sargento Cuff. Y tendré que confiar en usted para empezar.

Es muy probable que dijera estas palabras con cierta desconsideración. Lo cierto es que Betteredge pareció molesto por aquella respuesta.

—En personas peores que yo podría confiar, señor Franklin… eso puedo asegurárselo —dijo, con cierta acritud.

El tono de su réplica y el malestar que advertí a continuación en su actitud me indicaron que disponía de alguna información que vacilaba en compartir conmigo.

—Confío en que me ayude a seleccionar las pruebas que dejó el sargento Cuff —dije—. Sé que eso puede hacerlo. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—¿Qué más puede esperar de mí, señor? —preguntó con la mayor humildad.

—Espero más… por lo que acaba de decir hace un momento.

—Mera fanfarronada, señor Franklin —respondió el anciano obstinadamente —. Los hay que nacen fanfarrones y no se libran hasta el día de su muerte. Yo soy de ésos.

Sólo había un modo de vencer su resistencia. Apelé a su interés por Rachel y a su interés por mí.

—Betteredge, ¿le gustaría a usted oír que Rachel y yo volvemos a ser buenos amigos?

—¡Muy mal habría servido yo a esta familia, señor, si usted lo dudara!

—¿Se acuerda de cómo me trató Rachel antes de mi partida?

—¡Como si fuera ayer! Mi propia señora le escribió a usted una carta por esa razón, y usted tuvo la bondad de enseñármela. En ella se decía que Rachel estaba mortalmente ofendida con usted, por su participación en los esfuerzos que se hicieron para recuperar la joya. Y ni mi señora, ni usted, ni nadie pudo adivinar los motivos de la señorita.

—¡Muy cierto, Betteredge! Y ahora, regreso de un largo viaje y me encuentro con que sigue mortalmente ofendida. Yo sabía que el diamante estaba detrás de su actitud hace un año y sé que el diamante está detrás de su actitud también ahora. He tratado de hablar con ella, y no quiere verme. Le he enviado una carta, y no me ha respondido. ¿Cómo, por el amor de Dios, voy a aclarar este asunto? Rachel no me deja otra alternativa que no sea investigar la desaparición del diamante.

Estas palabras le presentaron las cosas bajo un prisma distinto. La pregunta que me hizo a renglón seguido me convenció de que había logrado sorprenderlo.

—¿No hay mala intención de su parte, señor Franklin?

—Salí de Londres con cierta rabia, pero ya se ha disipado por completo. Lo único que pretendo es que Rachel haga las paces conmigo, nada más.

—¿No teme usted, señor… suponiendo que llegara a descubrir algo… lo que pueda averiguar sobre la señorita?

Comprendí que una celosa confianza en Rachel lo impulsaba a hacer esta pregunta.

—Confío en ella tanto como usted —respondí—. La revelación de su secreto no traerá consigo nada que pueda cambiar el afecto que usted o yo le tenemos.

Con esto se esfumaron por fin los últimos recelos de Betteredge.

—¡Si hago mal en ayudarlo, señor Franklin —exclamó—, sólo puedo decir

que soy tan inocente como el niño que aún no ha nacido! Puedo ponerlo sobre la pista que lo lleve al descubrimiento, si recorre usted a continuación el resto del camino a solas. ¿Se acuerda de esa pobre muchacha, de Rosanna Spearman?

—Naturalmente.

—Usted siempre creyó que ella quería hacerle alguna confesión relacionada con la Piedra Lunar, ¿no es cierto?

—No encontraba otra explicación para su extraña conducta.

—Puede acabar con esa duda en cuanto lo desee, señor Franklin.

Fui yo quien se detuvo entonces. En vano traté de adivinar su expresión en la creciente oscuridad que nos envolvía. Movido por la sorpresa de esta revelación, le pregunté con alguna impaciencia a qué se refería.

—¡Tranquilícese, señor! Sé muy bien lo que le digo. Rosanna Spearman dejó una carta sellada… una carta dirigida a usted.

—¿Dónde está esa carta?

—En poder de una amiga que tenía la muchacha en Cobb's Hole. Seguro que la última vez que estuvo usted aquí oyó hablar de Lucy la Coja, una chica tullida que usa una muleta.

—¿La hija del pescador?

—La misma, señor Franklin.

—¿Por qué no se me hizo llegar esa carta?

—Lucy la Coja es muy testaruda, señor. Se negó a entregársela a nadie que no fuera usted, y usted abandonó Inglaterra antes de que yo pudiera escribirle.

—¡Volvamos, Betteredge, para que nos entreguen esa carta de una vez!

—Es demasiado tarde para ir esta noche, señor. Los vecinos de estas costas son muy ahorradores en cuestión de velas. Todos se acuestan muy temprano en Cobb's Hole.

—¡Tonterías! Podríamos estar allí en media hora.

—Podría usted, señor. Y al llegar encontraría la puerta cerrada. —Señaló con la mano una luz que temblaba a nuestros pies, y el rumor de un arroyo llegó a mis oídos en la quietud de la noche—. Ahí está la granja, señor Franklin. Descanse usted esta noche y venga mañana a verme, si tiene la bondad.

—¿Me acompañará a casa del pescador?

—Sí, señor.

—¿Temprano?

—Tan temprano como usted lo disponga, señor Franklin.

Descendimos por el sendero que conducía a la granja.

CAPÍTULO III

Guardo vaga memoria de lo que ocurrió en Hotherstone's Farm.

Recuerdo una calurosa bienvenida; una cena fabulosa, con la que en Oriente podría alimentarse a toda la población de una aldea; un dormitorio exquisitamente pulcro, sin otra cosa que lamentar que esa detestable invención de nuestros antepasados llamada colchón de plumas; una noche agitada, en la que prendí un sinfín de fósforos para encender en otras tantas ocasiones una pequeña bujía; y un inmenso consuelo al salir el sol y ver por fin la perspectiva de levantarme.

Había convenido con Betteredge la noche anterior en pasar a buscarlo camino de Cobb's Hole tan temprano como quisiera, y eso, en mi impaciencia por ver aquella carta, significaba lo antes posible. Sin esperar al desayuno en la granja, cogí un mendrugo de pan y me puse en marcha con la duda de si no sorprendería al excelente Betteredge todavía en la cama. Para mi gran alivio resultó que estaba tan ansioso como yo ante la inminencia del descubrimiento. Lo encontré dispuesto y esperándome, con su bastón en la mano.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, Betteredge?

—Malamente, señor.

—Lamento oírlo. ¿De qué se queja?

—Me quejo de una nueva enfermedad de mi propia invención. No quisiera alarmarlo, señor Franklin, pero es seguro que lo habré contagiado antes de que termine la mañana.

—¡Caramba!

—¿No siente un molesto ardor en la boca del estómago, señor? ¿Y un desagradable zumbido en la cabeza? ¿Todavía no? Lo sentirá en Cobb's Hole, señor Franklin. Yo lo llamo la fiebre del detective, y la tuve por primera vez en compañía del sargento Cuff.

—¡Ay, ay! Y supongo que el remedio, en este caso, será abrir la carta de Rosanna Spearman… Vayamos cuanto antes.

A pesar de lo temprano de la hora, encontramos a la mujer del pescador atareada en la cocina. Al presentarme Betteredge, la buena señora Yolland desplegó una ceremonia social estrictamente reservada (según supe después) a los invitados más distinguidos. Sacó una botella de ginebra holandesa y un par de pipas limpias, y abrió la conversación con una pregunta.

—¿Qué noticias trae de Londres, señor?

Antes de que pudiese hallar la respuesta a tan amplia y genérica cuestión, una aparición salió de un oscuro rincón de la cocina. Una muchacha pálida,

demacrada y furiosa, de hermoso pelo y mirada fiera, se acercó cojeando sobre una muleta y me miró como si fuera yo un objeto fascinante que suscitara al mismo tiempo su espanto y su interés.

—Señor Betteredge —dijo, sin apartar los ojos de mí—, repita su nombre, por favor.

—Este caballero —dijo Betteredge, subrayando la palabra « caballero» — es el señor Franklin Blake.

La joven me dio la espalda y salió de la cocina sin previo aviso. La bondadosa señora Yolland —creo que es una buena mujer— se disculpó por la extraña conducta de su hija, y Betteredge, así me lo pareció, tradujo sus disculpas en correcto inglés. Lo refiero con la mayor incertidumbre. Mi atención estaba absorta en el sonido de la muleta. Pun, pun, escaleras arriba; pun, pun, a través de la habitación situada justo encima de la cocina; pun, pun, escaleras abajo… hasta que apareció de nuevo en el umbral de la puerta, con una carta en la mano y haciéndome señas.

Dejé a mis espaldas otra sarta de disculpas y seguí a la extraña muchacha, que renqueaba cada vez más deprisa, por la pendiente de la playa. Me condujo hasta detrás de unas barcas, donde los escasos vecinos de la aldea no pudieran vernos ni oírnos, se detuvo y me miró por primera vez.

—Quédese ahí —me ordenó—. Quiero verlo bien.

La expresión de su rostro era inconfundible. Yo le inspiraba la más profunda repugnancia. No quisiera caer en la fatuidad de decir que ninguna mujer me había mirado jamás de aquel modo. Me limitaré a afirmar, con más modestia, que ninguna me había permitido detectarlo hasta entonces. El grado de escrutinio que un hombre puede soportar, en determinadas circunstancias, tiene un límite. Traté de llamar la atención de Lucy la Coja hacia algún objeto menos nauseabundo que mi semblante.

—Creo que tiene usted una carta para mí —empecé a decir—. ¿Es la carta que tiene en la mano?

—Repítalo —fue su respuesta.

Obedecí, como un niño bueno que está aprendiendo una lección.

—No —dijo ella, hablando para sí, pero sin apartar de mí su mirada implacable—. No consigo ver en su rostro lo que ella veía. Ni adivinar lo que ella oía en su voz. —Apartó la vista bruscamente y apoyó la cabeza en la muleta con ademán cansado—. ¡Ah, mi pobre niña! —dijo por primera vez con dulzura—. ¡Mi amor perdido! ¿Qué pudiste ver en este hombre? —Volvió a levantar la cabeza con furia y a clavar en mí su mirada—. ¿Puede usted comer y beber? —preguntó.

Hice cuanto pude por preservar una actitud digna y contenida.

—Sí —respondí.

—¿Puede dormir?

—Sí.

—¿No siente remordimientos cuando ve a una pobre criada?

—Desde luego que no. ¿Por qué habría de sentirlos?

Me lanzó la carta a la cara con brusquedad.

—¡Ahí la tiene! —exclamó llena de ira—. No lo había visto antes. Dios quiera que no vuelva a verlo nunca más.

Con estas palabras se alejó de mí a la mayor velocidad que le fue posible. Ustedes seguramente ya habrán adivinado la única interpretación que encuentro para su actitud. No pude sino pensar que estaba loca.

Habiendo llegado a esta conclusión inevitable, pasé a ocuparme del interesante objeto de investigación que me brindaba la carta de Rosanna Spearman. La dirección estaba escrita así: « Para el señor Franklin Blake. Entregar en mano (sin confiar en nadie más) por Lucy Yolland» .

Rompí el lacre. El sobre contenía una carta, y ésta a su vez una nota. Leí primero la carta:

Señor:

Si tiene curiosidad por comprender mi comportamiento con usted durante su estancia en casa de mi señora, lady Verinder, haga lo que se le indica en la nota recordatoria que acompaña a esta carta, y hágalo sin que nadie pueda verlo.

Su humilde servidora,
ROSANNA SPEARMAN

Leí la nota a continuación. La transcribo aquí literalmente, palabra por palabra:

> Nota recordatoria: Ir a las Arenas Temblonas a la hora en que cambia la marea. Llegar hasta la Punta Sur y buscar allí la línea que forma la baliza con el mástil de la estación de los guardacostas. Tender sobre las rocas un palo, o cualquier objeto recto que pueda guiar mi mano, siguiendo la línea que forman la baliza y el mástil. Asegurarme, al hacerlo, de que un extremo del palo se encuentre en el borde de las rocas, por el lado en que éstas miran a las arenas movedizas. Tantear el terreno entre las algas a lo largo del palo (empezando por el extremo que apunta a la baliza) hasta encontrar la cadena. Pasar la mano por la cadena hasta alcanzar la parte que cuelga por encima del borde de las rocas, y hundir los dedos en las arenas movedizas. *Tirar entonces de la cadena*.

Cuando acababa de leer las últimas palabras, que estaban subrayadas en la nota

original, oí la voz de Betteredge a mis espaldas. El inventor de la fiebre del detective había sucumbido por completo a tan irresistible enfermedad.

—No puedo soportarlo más, señor Franklin. ¿Qué dice esa carta? Por piedad, señor, díganos qué dice esa carta.

Le pasé la carta y la nota que la acompañaba. Leyó la primera sin traslucir demasiado interés, pero la nota le causó una honda impresión.

—¡El sargento lo dijo! —exclamó Betteredge—. Desde el principio hasta el final insistió en que Rosanna había escrito una nota recordatoria del escondite. ¡Y aquí está! Dios nos guarde, señor Franklin. Aquí está el enigma que ha desconcertado a todo el mundo, empezando por el sargento Cuff; casi podría decirse que ¡dispuesto a revelarse ante usted! La marea está baja, como bien puede verse. ¿Cuánto tardará en cambiar? —Vio a un mozo que estaba remendando unas redes a escasa distancia de nosotros—. ¡Tammie Bright! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Lo oigo bien! —gritó Tammie a su vez.

—¿Cuándo cambiará la marea?

—Dentro de una hora.

Consultamos nuestros relojes al unísono.

—Podemos bordear la costa, señor Franklin —dijo Betteredge— y llegar hasta las arenas movedizas con tiempo de sobra. ¿Qué me dice, señor?

—¡Vayamos!

Camino de las Arenas Temblonas le pedí a Betteredge que refrescara mi memoria de los acontecimientos (en lo relativo a Rosanna Spearman) mientras se desarrolló la investigación del sargento Cuff. Asistido por mi buen amigo, no tardé en formarme una idea precisa de cómo se fueron encadenando las circunstancias. El viaje de Rosanna a Frizinghall, cuando todos en la casa la creían enferma en su habitación; su misteriosa ocupación nocturna, con la puerta cerrada y la vela encendida hasta el amanecer; la sospechosa adquisición del estuche de estaño y las dos cadenas de perro en casa de la señora Yolland; la firme convicción del sargento de que Rosanna había escondido algo en las Arenas Temblonas y su ignorancia absoluta de qué podía ser ese algo; todas las extrañas consecuencias de la abortada investigación tras la desaparición del diamante se me revelaron de nuevo con absoluta claridad cuando llegamos a las arenas movedizas y avanzamos por la baja cornisa de roca conocida como la Punta Sur.

Con ayuda de Betteredge no tardé en alcanzar el punto desde el cual se veía la línea que formaban la baliza y el mástil. Guiándonos por la nota de Rosanna, tendimos a continuación un palo en la dirección indicada, lo más recto posible sobre la superficie irregular del terreno rocoso. Hecho esto, miramos de nuevo los relojes.

Aún faltaban casi veinte minutos para el cambio de la marea. Propuse que

esperásemos en la playa, en lugar de quedarnos sobre la superficie húmeda y resbaladiza de las rocas. Una vez pisamos la arena seca, me disponía a sentarme cuando, con gran sorpresa, vi que Betteredge se alejaba.

—¿Por qué se va? —pregunté.

—Vuelva a leer la carta, señor, y lo sabrá.

Releí la carta y recordé que se me ordenaba estar solo en el momento de realizar el descubrimiento.

—Me cuesta mucho marcharme en un momento como éste —dijo Betteredge—, pero la pobre muchacha tuvo una muerte atroz, y me veo en el deber de satisfacer ese capricho suyo, señor Franklin. Además —añadió en tono confidencial— no hay nada en esa carta que le impida revelar el secreto después. Lo estaré esperando en la plantación de abetos. No se retrase más de lo necesario, señor. La fiebre del detective no es una enfermedad fácil de sobrellevar en semejantes circunstancias.

Con esta advertencia me dejó solo.

La espera, por breve que fuera si se atendía a una medida temporal, cobraba proporciones formidables si se atendía a la medida de la expectación. Me encontraba en una de esas situaciones en las que el inestimable hábito de fumar resulta particularmente preciado y consolador. Encendí un cigarro y me senté en la pendiente de la playa.

El sol vertía su nítida belleza sobre todo cuanto se ofrecía a mis ojos. La exquisita frescura del aire transformaba en verdadero lujo el mero acto de vivir y respirar. Incluso la pequeña y solitaria ensenada saludaba a la mañana con una demostración de júbilo e incluso la desnuda y húmeda superficie de las arenas movedizas, que refulgía con un brillo dorado, ocultaba bajo una sonrisa fugaz el horror que yacía más allá de su engañosa faz tostada. Era el día más hermoso que había visto desde mi regreso a Inglaterra.

La marea empezó a cambiar antes de que hubiera terminado mi cigarro. Vi cómo la arena se hinchaba primero y cómo se agitaba después con aquel pavoroso temblor, como si un espíritu terrorífico que habitara en sus profundidades insondables se desplazara bajo la superficie. Tiré mi cigarro y volví a las rocas.

Las instrucciones de la nota recordatoria me llevaron a tantear el terreno siguiendo la línea trazada por el palo desde el extremo más próximo a la baliza.

De este modo avancé hasta pasada la mitad de su longitud, sin encontrar nada más que los bordes afilados de la roca. Sin embargo, uno o dos dedos más bastaron para que mi paciencia se viera recompensada. En una angosta fisura situada justo al alcance de mi dedo índice palpé la cadena. Traté de seguirla al tacto, pero una densa maraña de algas que crecían agarradas al interior de la roca, sin duda desde el tiempo transcurrido desde que Rosanna Spearman eligió su escondite, me impidió seguir adelante.

Me era imposible arrancar las algas o introducir la mano en la grieta. Tras señalar el lugar con el extremo del palo más próximo a las arenas movedizas, resolví proseguir la búsqueda de la cadena de acuerdo con un plan de mi propia invención. Me proponía sondear inmediatamente debajo de las rocas, con la esperanza de hallar el rastro perdido de la cadena en el punto en que ésta se hundía en las arenas movedizas. Tomé el palo y me arrodillé en el borde de la Punta Sur.

En esta posición, la cara me quedaba a escasos palmos de la superficie de las arenas. La visión de tan siniestro lugar, todavía intermitentemente agitado por el mismo temblor pavoroso, me puso los nervios de punta. La aterradora fantasía de que la mujer muerta pudiese aparecer en la escena de su suicidio para asistirme en mi búsqueda —un pánico indecible a verla alzarse entre la borboteante superficie de la arena— se abrió paso en mis pensamientos y me dejó helado, pese a la tibieza del sol. Reconozco que cerré los ojos cuando el extremo del palo rozó las arenas.

Un instante después, antes de que el palo se hubiera sumergido apenas unos dedos, quedé libre de aquel terror supersticioso y vibré de emoción de la cabeza a los pies. Sondeé a ciegas y… ¡al primer intento hallé lo que buscaba! El palo tocó la cadena.

Me sujeté con fuerza a las algas con la mano izquierda, me eché de bruces sobre las rocas y palpé con la mano derecha la superficie vertical del saliente. Mi mano derecha encontró la cadena.

Tiré de ella sin encontrar resistencia, y allí estaba el estuche de estaño, sujeto en su extremo.

La acción del agua había oxidado la cadena de tal forma que no lograba desprenderla de la argolla que la unía al estuche. Sostuve el estuche entre las rodillas y, sirviéndome de todas mis fuerzas, conseguí abrir la tapa. Vi que una sustancia blanca cubría por completo el interior del recipiente. Lo toqué con la mano y comprobé que era lino.

Tiré de la tela, y con ella salió una carta arrugada. Tras mirar la dirección y ver que llevaba mi nombre, me la guardé en el bolsillo y terminé de sacar la pieza de lino completa. Se había convertido en un rodillo, adoptando la forma del estuche en el que tanto tiempo llevaba confinada, libre de todo daño por la acción del mar.

Llevé la tela hasta la arena seca y allí la desenrollé y la extendí. Era sin duda una prenda de vestir. Era una camisa de dormir.

La parte de arriba, una vez extendida, tan sólo presentaba dobleces y pliegues. Examiné entonces la zona inferior ¡y al segundo descubrí la mancha de pintura de la puerta del *boudoir* de Rachel!

Mis ojos se clavaron en la mancha y mis pensamientos me devolvieron de un salto al pasado. Volví a oír las palabras del sargento Cuff como si estuviera a mi

lado, haciendo aquella incontestable deducción a partir de la rozadura en la puerta: « Averigüemos si hay alguna prenda de vestir en la casa con una mancha de pintura. Averigüemos a quién pertenece dicha prenda. Averigüemos si su propietario puede explicar su presencia en la habitación y la mancha de pintura entre la medianoche y las tres de la madrugada. Si esa persona no puede ofrecer una respuesta convincente, ¡no necesitaremos seguir buscando la mano que se llevó el diamante!» .

Una tras otra, estas palabras acudieron a mi memoria para repetirse sin pausa, con fatigosa y maquinal cadencia. Desperté de lo que entonces me pareció un trance de varias horas —cuando por fuerza sólo fue una pausa muy breve— al oír que una voz me llamaba. Alcé la vista y vi que Betteredge finalmente había perdido la paciencia. Apareció entre las dunas, en dirección a la playa.

La imagen del anciano me devolvió al presente y me recordó que mis pesquisas aún no habían concluido. Había descubierto la mancha en la camisa de dormir. ¿De quién era?

Mi primer impulso fue consultar la carta que me había guardado en el bolsillo, la carta que había hallado en el estuche.

Al levantar la mano con intención de sacarla, comprendí que había un camino más corto para resolver mis dudas. La propia camisa de dormir revelaría la verdad pues, con toda probabilidad, llevaría bordado el nombre de su propietario.

La recogí de la arena y busqué la marca.

La encontré y la leí.

ERA MI NOMBRE.

Ahí estaban las letras familiares que me indicaban que aquella camisa era mía. Levanté la vista. Allí estaba el sol; allá las aguas resplandecientes de la bahía; allá el anciano Betteredge, cada vez más cerca. Volví a mirar las letras. Mi propio nombre. Desafiándome rotundamente… mi propio nombre.

« Si el tiempo, la tenacidad y el dinero sirven para algo, atraparé al ladrón de la Piedra Lunar.» Con estas palabras partí de Londres. Había desentrañado el misterio que las arenas movedizas se negaban a revelar a ningún otro ser vivo. Y, ante la prueba irrefutable de la mancha de pintura, acababa de descubrir que el ladrón era yo.

CAPÍTULO IV

No acierto a decir siquiera una palabra de cuáles fueron mis sensaciones.

Creo que tan asombrosa revelación me privó por completo de la facultad de pensar y de sentir. Ciertamente ignoraba lo que hacía cuando Betteredge llegó a mi lado, pues por él he sabido que me eché a reír al preguntarme qué me ocurría, y, poniendo la camisa de dormir en sus manos, le pedí que él mismo resolviera el misterio.

De lo que nos dijimos en la playa no guardo siquiera un recuerdo vago. Cuando volví a tener noción de la realidad me encontraba en la plantación de abetos. Regresaba a la casa en compañía de Betteredge, quien me aseguraba que ambos seríamos capaces de afrontarlo después de haber tomado un vaso de ponche.

La escena pasa entonces de la plantación a la sala de estar del anciano. He olvidado la resolución de no entrar en casa de Rachel. Me reconfortan el frescor, la penumbra y la quietud de la estancia. Me tomo el grog (un lujo enteramente desconocido para mí a esa hora del día) que mi buen amigo mezcla con agua helada del pozo. En cualesquiera otras circunstancias, el licor me habría dejado fuera de combate. Tal como están las cosas me templa los nervios. Empiezo a «afrontarlo», tal como Betteredge ha predicho. Y también él empieza a «afrontarlo».

Temo que el retrato que estoy ofreciendo de mi persona resulte muy extraño, por no decir más. Al verme en una situación que podría definirse, así lo creo, como enteramente insólita, ¿qué creen que me dio por hacer? ¿Me aparto por completo de cualquier compañía humana? ¿Me empeño en analizar la abominable imposibilidad que no obstante se me revela como un hecho irrefutable? ¿Regreso apresuradamente a Londres en el primer tren para consultar con la más alta autoridad y poner en pie una investigación de inmediato? No. Acepto el refugio de una casa en la que había decidido no volver a entrar jamás, por no degradarme; y a las diez de la mañana me siento a tomar unas copas rebajadas con agua en compañía de un viejo criado. ¿Es ésta la reacción que cabe esperar de un hombre en mi horrorosa situación? Sólo sé que ver el rostro familiar de Betteredge me reconfortaba de un modo indescriptible y que beber el ponche de mi querido amigo me ayudó, como creo que ninguna otra cosa me habría ayudado, a caer en aquel estado de total postración del cuerpo y del espíritu en el que había caído. No me es posible ofrecer otra disculpa, y no puedo por menos que admirar esa inmutable preservación de la dignidad y ese comportamiento estrictamente coherente y lógico que distinguen

a los hombres y las mujeres que puedan llegar a leer estas páginas, ante cualquier situación crítica que pueda darse en su vida, desde la cuna hasta la tumba.

—Ahora, señor Franklin, al menos sabemos una cosa con certeza —dijo Betteredge, lanzando la camisa de dormir sobre la mesa que nos separaba y señalándola con el dedo como si estuviera viva y pudiera oírnos—. Esta camisa de dormir, para empezar, es una mentirosa.

No tenía yo una visión tan consoladora del caso.

—Soy tan inocente como usted de haberme llevado el diamante. Pero ¡ahí está el testigo que me incrimina! La pintura en la prenda y mi nombre bordado en ella son datos objetivos.

Betteredge levantó mi vaso y me lo puso persuasivamente en la mano.

—¿Datos? —repitió—. Beba un poco más de ponche, señor Franklin, y podrá sobreponerse a la debilidad de creer en los datos. ¡Esto es un vil ardid! —continuó, bajando la voz en tono confidencial—. Así es como veo yo el misterio. Un vil ardid… y usted y yo tenemos que desentrañarlo. ¿No había nada más en el estuche?

Su pregunta me recordó en el acto la carta que llevaba en el bolsillo. La saqué y la abrí. Era una carta de muchas cuartillas, escrita con una letra muy apretada. Busqué la firma con impaciencia. « Rosanna Spearman.»

Al leer su nombre un súbito recuerdo iluminó mis pensamientos y una sospecha repentina brilló a la luz de este recuerdo.

—¡Un momento! —exclamé—. ¿Rosanna Spearman llegó a casa de mi tía procedente de un reformatorio? ¿Rosanna Spearman había sido una ladrona?

—Eso no se puede negar, señor Franklin. Pero ¿a qué viene ahora, si hace el favor de explicármelo?

—¿A qué viene ahora? ¿Cómo sabemos que no fue ella quien robó el diamante a fin de cuentas? ¿Cómo sabemos que no manchó mi camisa de dormir adrede para…?

Betteredge me puso una mano en el brazo y me interrumpió antes de que pudiese decir más.

—Estoy seguro de que saldrá usted con bien de esta situación, señor Franklin. Sin embargo, espero que no sea de esa manera. Vea lo que dice la carta, señor. Por justicia a la memoria de la muchacha, vea lo que dice.

Percibí la seriedad con que me hablaba… y la interpreté como un reproche amistoso.

—Usted mismo podrá formarse una opinión a partir de la carta. La leeré en voz alta.

Comencé… y leí estas líneas:

Señor, tengo algo que confesarle. Una confesión que entraña grandes

desgracias puede hacerse a veces con muy pocas palabras. A la mía le bastan dos palabras. Lo amo.

Se me cayó la carta de las manos y me quedé mirando a Betteredge.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—. ¿Qué significa esto?

Mi amigo no parecía dispuesto a responder a mi pregunta.

—Esta mañana estuvo usted con Lucy la Coja, señor. ¿No le dijo nada de Rosanna Spearman?

—Ni siquiera llegó a pronunciar su nombre.

—Haga el favor de seguir leyendo, señor Franklin. Con franqueza le aseguro que no tengo fuerzas para agravar su desazón, después de lo que ya ha tenido que soportar. Deje que sea ella quien se lo explique. Y siga bebiendo ponche. Por su bien, siga bebiendo ponche.

Reanudé la lectura.

Me sería muy penoso decirle esto si supiera que seguiría con vida en el momento en que usted lo leyese. Cuando encuentre mí carta, señor, yo ya habré muerto. Eso me permite cometer esta osadía. No quedará siquiera una tumba para hablar de mí. Si me atrevo a confesar la verdad es porque las arenas movedizas me esperan para ocultarme cuando haya terminado de escribir estas palabras.

Encontrará también su camisa de dormir en mi escondite, manchada de pintura, y querrá saber qué me llevó a esconderla y por qué no le dije nada mientras aún estaba viva. Sólo puedo darle una razón. Hice estas cosas extrañas por amor a usted.

No pretendo importunarlo demasiado hablando de mí o de mi vida antes de su llegada a casa de mi señora. Lady Verinder me sacó de un reformatorio. Allí llegué tras una estancia en prisión. Me encarcelaron porque era una ladrona. Era una ladrona porque mi madre se echó a las calles siendo yo una niña. Mi madre se echó a las calles porque el caballero que era mi padre la había abandonado. No hay necesidad de que me extienda en una historia tan corriente como ésta. Ya se ocupan los periódicos de contarla con suficiente frecuencia.

Lady Verinder fue muy buena conmigo, y el señor Betteredge fue muy bueno conmigo. Ellos dos, y la directora del reformatorio, son las únicas personas buenas que he conocido en toda mi vida. Habría podido seguir en mi lugar —sin ser feliz, pero en mi lugar— si usted no hubiera venido a visitarnos. No lo culpo, señor. La culpa es mía… toda mía.

¿Se acuerda usted de cuando se acercó entre las dunas esa mañana, en busca del señor Betteredge? Era usted como el príncipe de un cuento de hadas. Como el amante con el que se sueña. Era la criatura más adorable que yo había visto jamás. Algo muy parecido a la felicidad, algo que yo nunca había sentido hasta

ese instante, saltó en mi pecho nada más verlo a usted. No se ría de mí, si puede evitarlo. ¡Ojalá lograra transmitirle lo serio que esto es para mí!

Volví a la casa y escribí su nombre junto al mío en mi costurero, y debajo dibujé un nudo de enamorados. Entonces algún diablo… no, en realidad debería decir que fue un ángel bueno… me susurró: «Ve y mírate en el espejo». El espejo me dijo… da igual lo que pudiera decirme. El caso es que fui tonta y no escuché su advertencia. Seguí enamorándome cada vez más, como si fuera yo una dama de su misma posición social y la mujer más hermosa en la que usted hubiera posado sus ojos. Traté, ¡ay Dios mío con cuánto afán!, de que usted se fijara en mí. Si se hubiera imaginado cómo lloraba de noche, mortificada por la pena de que usted ni siquiera reparaba en mi existencia, quizá se habría apiadado de mí y me habría ofrecido una mirada de vez en cuando para que yo pudiera seguir viviendo.

Tal vez no habría sido una mirada muy amable, de haber sabido usted lo mucho que yo odiaba a la señorita Rachel. Creo que yo descubrí que estaba enamorado de ella antes de que usted mismo lo supiera. Ella le regalaba rosas para que las luciese en el ojal. ¡Muchas más veces de las que usted o ella podrían imaginarse, las rosas que usted llevaba eran mías! Mi único consuelo era sustituir en secreto la rosa que ella dejaba en su jarrón por una mía, y tirar la de ella.

Si ella de verdad hubiera sido tan hermosa como a usted le parecía, quizá yo habría podido soportarlo mejor. No; creo que mi rencor habría sido mayor si cabe. Imagínese que se priva a la señorita Rachel de todos sus ornamentos y se le pone un vestido de criada… No sé de qué sirve decir esto. No puede negarse que no tenía una buena figura; era demasiado delgada. Pero ¿quién sabe lo que les gusta a los hombres? Además, a las señoritas les está permitido comportarse de una manera que a las criadas les costaría su empleo. No es asunto mío. No querrá usted leer mi carta si le digo estas cosas, pero es que me revolvía ver tanta admiración por la señorita Rachel, cuando yo sabía en todo momento que eran su vestido y su seguridad en sí misma lo que la volvían hermosa a sus ojos.

Trate de no perder la paciencia conmigo, señor. En seguida pasaré a hablarle de lo que a usted seguramente le interesa, de la desaparición del diamante.

Sin embargo, antes tengo que decirle algo.

Mi vida no era tan dura en los tiempos en que fui una ladrona. Fue después, en el reformatorio, cuando me hicieron tomar conciencia de mi degradación y me instaron a aspirar a cosas mejores, que los días se volvieron interminables y agotadores. Entonces me vi obligada a pensar en el futuro. Sentí el amargo reproche que la sola existencia de las personas honradas —aun de las más amables— suponía para mí. Una desgarradora sensación de soledad me acompañaba a todas partes, hiciera lo que hiciera y viera a quien viese. Sé que era mi deber tratar de llevarme bien con los demás criados de la casa. Por alguna razón me fue imposible hacer amistad con ellos. Parecían (o esa

impresión me daba a mí) que sospecharan lo que yo había sido. No lamento, ni mucho menos, que se me instara a hacer el esfuerzo de reformarme, pero le aseguro que mi vida se volvió muy difícil. Usted entró en mi vida al principio como un rayo de sol, y después me falló como el resto del mundo. Cometí el desatino de amarlo, cuando ni siquiera conseguía que usted me mirase. Eso me hacía sufrir, me hacía sufrir de verdad.

Ya estoy llegando a lo que quiero decirle. En esos días amargos, cuando tenía permiso para salir, dos o tres veces fui a mi lugar favorito, a la playa donde se encuentran las Arenas Temblonas. Y me dije: « Creo que terminaré aquí. Cuando no pueda soportarlo por más tiempo, creo que terminaré aquí» . Debe saber, señor, que ese lugar ya me había hechizado antes de su llegada. Siempre supe que algo me ocurriría en las arenas movedizas, pero nunca las había mirado pensando que serían el medio para acabar con mi vida, hasta que llegó el momento al que ahora me refiero. Entonces pensé que allí terminarían todas mis penas en un instante… y después quedaría oculta para siempre.

Esto es todo cuanto tengo que decir de mí, desde la mañana en que lo vi por primera vez hasta la mañana en que se dio la alarma en la casa por la desaparición del diamante.

Me exasperaban tanto las habladurías de las criadas, sus chismes sobre quién podría ser el principal sospechoso, y estaba tan enfadada con usted (sin darme cuenta entonces) por su afán en descubrir el paradero de la joya y en avisar a la policía, que hice todo lo posible por pasar el día sola, hasta que ese oficial de Frizinghall llegó a la casa.

El señor Seegrave, como quizá recuerde usted, empezó por registrar los dormitorios de las mujeres, y las mujeres subieron en tropel y furiosas para pedirle cuentas por aquel insulto. Yo fui con ellas, pues de no haber actuado como las demás el señor Seegrave habría sospechado de mí inmediatamente. Lo encontramos en la sala de la señorita Rachel. Dijo que no quería ver allí un montón de mujeres, señaló la rozadura de la puerta, aventuró que una de nuestras faldas la había causado y nos mandó a todas de vuelta al piso de abajo.

Al salir de las habitaciones de la señorita, me detuve un momento a solas en uno de los rellanos para comprobar si por casualidad la mancha de pintura estaba en mi vestido. Penelope Betteredge (la única de las mujeres con la que yo tenía una relación cordial) pasó por allí y se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—No te preocupes, Rosanna —me dijo—. La pintura de la puerta se secó hace horas. Si el señor Seegrave no hubiera registrado nuestras habitaciones, quizá se lo habría dicho. No sé qué piensas tú, ¡yo nunca me había sentido tan insultada en toda mi vida!

Penelope tenía mucho carácter. La tranquilicé y quise que me explicara lo que acababa de decir, que la pintura de la puerta se había secado hacía horas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque ayer pasé toda la mañana con la señorita Rachel y el señor Franklin —dijo—, mezclando los colores, mientras terminaban la decoración. Le oí preguntar a la señorita si la puerta se habría secado para la noche, a tiempo de que la vieran los invitados a su cumpleaños. El señor Franklin negó con la cabeza y dijo que tardaría doce horas en secarse. Había pasado la hora del almuerzo; eran las tres cuando terminaron. ¿Qué te dice la aritmética, Rosanna? A mí me dice que la puerta estaba seca a las tres de la madrugada.

—¿Subió a ver la puerta alguna de las señoras ayer por la noche? —pregunté —. Me pareció oír a la señorita Rachel advirtiéndoles de que no se acercaran.

—Ninguna de ellas rozó la pintura —respondió Penelope—. Dejé a la señorita Rachel en la cama a las doce de la noche. Me fijé en la puerta, y la mancha no estaba.

—¿No tendrías que haberle dicho esto al señor Seegrave, Penelope?

—¡Por nada del mundo le diría al señor Seegrave algo que pudiera ayudarlo!

Dicho esto, Penelope volvió a su trabajo y yo al mío.

Mi trabajo, señor, consistía en hacer su cama y arreglar su habitación. Era para mí la hora más feliz del día. Aprovechaba la ocasión para besar la almohada en la que había descansado su cabeza toda la noche. Estoy segura de que nadie ha vuelto a doblar su ropa desde entonces con tanto esmero como yo la doblaba. En todos los adornitos de su tocador no habría podido encontrarse una sola mota de polvo. Usted nunca se fijó en eso, como tampoco se fijaba en mí. Le pido disculpas por perder la compostura. Me apresuraré a continuar.

Pues bien, esa mañana fui a arreglar su habitación. Su camisa de dormir estaba encima de la cama, tal como usted la había dejado al quitársela. Al ir a doblarla… ¡vi la mancha de pintura de la puerta de la señorita Rachel!

Me sobrecogió tanto la revelación que salí corriendo con la camisa de dormir en la mano, bajé por la escalera de servicio y me encerré en mi cuarto, para examinarla donde nadie pudiera molestarme.

Cuando recuperé el aliento, me acordé de la conversación que había tenido con Penelope, y pensé: « ¡Ésta es la prueba de que él estuvo en la sala de la señorita Rachel entre las doce de la noche de ayer y las tres de la madrugada!» .

No le diré a las claras cuál fue la primera sospecha que me vino a la cabeza al hacer ese descubrimiento. Usted se enfadaría, y, si se enfadara, podría romper mi carta y no seguir leyendo.

Baste decir lo siguiente, si me lo permite. Después de analizarlo lo mejor que pude, llegué a la conclusión de que no era probable, por la razón que le explicaré a continuación. Si usted hubiera estado en la sala de la señorita Rachel a esa hora de la noche, con el conocimiento de la señorita (y si además hubiera tenido el descuido de olvidar que la pintura de la puerta seguía húmeda), ella se lo habría hecho notar. ¡Jamás le hubiera permitido salir de allí con una prueba contra ella como la que yo estaba viendo en ese momento! Al mismo tiempo, yo no estaba

del todo segura de haber demostrado que mis sospechas no fueran ciertas. No habrá olvidado usted que ya he confesado lo mucho que odiaba a la señorita Rachel. Trate de pensar, si puede, que había un poco de ese odio en todo aquello. Decidí esconder la camisa de dormir, esperar, observar y ver qué uso podía hacer de ella. Le ruego que recuerde que, en ese momento, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que usted hubiese robado el diamante.

En este punto interrumpí por segunda vez la lectura.

Había leído con sincera sorpresa los pasajes en los que la pobre mujer confesaba sus sentimientos, y puedo añadir, honradamente, que también con sincera angustia. En un principio, lamenté de todo corazón las dudas que en mi negligencia había vertido sobre su memoria antes de leer una línea de su carta. Sin embargo, conforme iba leyendo el pasaje que acaba de citarse, reconozco que mi rencor contra Rosanna Spearman se fue enconando por momentos.

—Termine usted de leer lo que queda —le dije a Betteredge, pasándole la carta por encima de la mesa—. Si encuentra algo que yo deba saber, dígamelo según vaya avanzando.

—Lo comprendo, señor Franklin —respondió—. Es natural en usted, señor. Y ¡que Dios nos ayude a todos! —añadió, bajando la voz—, no es menos natural en ella.

Paso a transcribir el resto de la carta, de acuerdo con el original que obra en mi poder:

Tras decidir que escondería la camisa de dormir, hasta saber cómo podrían usarla en el futuro mi amor o mi afán de venganza (no acierto a saber cuál de las dos cosas), pasé a ocuparme de cómo ocultarla sin riesgo de que se descubriera.

Sólo había un modo de hacer una camisa idéntica a aquélla, antes del sábado, y de enviarla a la lavandería para que se incluyera en el registro.

Temía dejarlo para el día siguiente (el viernes), ante la duda de que en ese intervalo pudiera surgir un contratiempo. Decidí confeccionar la camisa ese mismo día (el jueves), contando con jugar bien mis cartas para disponer del tiempo necesario. Lo primero que tendría que hacer (después de guardar su camisa de dormir en mi cómoda bajo llave) sería volver a su dormitorio, no para ordenarlo (Penelope lo habría hecho por mí si se lo hubiera pedido), sino para averiguar si usted había dejado algún otro rastro de pintura en la cama o en algún mueble.

Lo examiné todo a fondo y encontré algunos restos de pintura en el interior de su bata, no en la de lino que llevaba usted en verano, sino en otra de franela que también tenía consigo. Supongo que sintió frío, después de haber estado yendo y viniendo en camisa, y se puso la prenda más cálida que encontró a mano. El caso

es que las manchas estaban por dentro y apenas se veían. Me libré fácilmente de ellas raspando la franela. Hecho esto, la única prueba que quedaba contra usted era la que yo había guardado en mi cómoda.

Cuando terminé de arreglar su habitación me avisaron de que el señor Seegrave quería interrogarme, como a los demás criados. A continuación se registraron las dependencias del servicio. Y después se produjo el acontecimiento más extraordinario del día —para mí— desde el momento en que había descubierto la mancha de pintura en su camisa de dormir. Ocurrió a raíz de que el inspector Seegrave interrogase a Penelope Betteredge por segunda vez.

Penelope volvió furiosa y fuera de sí por cómo la había tratado el señor Seegrave. El policía insinuó a las claras que sospechaba que ella era la ladrona. Nos quedamos atónitos al oírlo y le preguntamos todos: ¿por qué?

—Porque el diamante estaba en el *boudoir* de la señorita Rachel —dijo Penelope—. Y porque yo fui la última persona que estuvo allí anoche.

En cuanto pronunció estas palabras, recordé que otra persona había estado en el *boudoir* después de Penelope. Esa persona era usted. La cabeza empezó a darme vueltas y me sumí en una terrible confusión. Entonces, algo me dijo que la mancha de pintura de su camisa de dormir podía tener un significado enteramente distinto del que yo le había dado hasta entonces. « Si la persona que estuvo por última vez en la habitación es el sospechoso —pensé—, ¡el ladrón no es Penelope, sino el señor Franklin Blake!»

Creo que de haberse tratado de cualquier otro caballero me habría avergonzado de esta sospecha en el mismo instante en que se me ocurrió.

Sin embargo, la sola idea de que usted se hubiera rebajado a mi posición, y de que yo, al haber escondido su camisa, pudiera protegerlo de ser descubierto, lo que sin duda arruinaría su vida, le aseguro, señor, que la sola idea de que esto llegara a ocurrir abrió ante mí la posibilidad de ganarme su favor, y puede decirse que a ciegas pasé de sospechar a creer. Me convencí en el acto de que con su afán por avisar a la policía lo que pretendía era engañarnos a todos; y de que la mano que se había llevado la joya de la señorita Rachel no podía ser otra que la suya.

Creo que en la agitación que me causó este nuevo descubrimiento perdí la cabeza temporalmente. Tanto me devoraba el ansia de verlo, de decirle unas palabras sobre el diamante para que usted me mirara y me hablara, que me arreglé el pelo, procuré ponerme lo más guapa que pude y me atreví a sorprenderlo en la biblioteca, donde sabía que estaba usted escribiendo.

Se había dejado usted un anillo arriba, lo cual me ofrecía una excusa perfecta para mi intromisión. Pero ¡ay señor!, si usted ha amado alguna vez, comprenderá cómo todo el valor me abandonó al entrar en la estancia y verme en su presencia. Me miró usted con tanta frialdad, y me agradeció con tanta indiferencia que hubiera encontrado su anillo, que me temblaron las rodillas y

sentí que estaba a punto de caer a sus pies. Después de darme las gracias volvió a ocuparse de lo que estaba escribiendo. Me humilló tanto que me tratara de ese modo que reuní el valor suficiente para hablarle. « Es muy extraño este asunto del diamante, señor» , le dije. Usted volvió a mirarme y dijo: « ¡Sí, lo es!» . Me habló con cortesía, eso no puedo negarlo; pero seguía poniendo una enorme distancia entre nosotros, una distancia cruel. Creyendo, como creía, que usted llevaba el diamante encima mientras hablaba conmigo, su frialdad me dolió tanto que, llevada por un impulso, tuve la osadía de hacerle una insinuación. Le dije: « Nunca encontrarán el diamante, ¿verdad, señor? ¡No! Ni tampoco a la persona que lo ha robado… bien lo sé yo» . Entonces usted me miró por primera vez con algo parecido a un poco de interés, y pensé que unas palabras más quizá bastaran para sacar la verdad a la luz. El señor Betteredge lo estropeó con su llegada. Yo conocía sus pasos y sabía que iba contra las normas que yo estuviera en la biblioteca a esa hora del día, y para colmo a solas con usted. Tuve apenas el tiempo justo de salir antes de que él entrara y me echara de allí. Estaba enfadada y decepcionada, pero no había perdido la esperanza por completo. Como ve, se había roto el hielo entre nosotros, y decidí aprovechar la siguiente ocasión en que el señor Betteredge me dejara el camino libre.

Cuando volví a la sala de los criados estaba sonando la campanilla del almuerzo. ¡La mañana había pasado volando y aún tenía que comprar los materiales necesarios para hacer una nueva camisa de dormir! Sólo había una oportunidad de conseguirlos. Fingí que no me sentía bien, para disponer libremente de mi tiempo hasta la hora del té.

De más está contarle lo que hice mientras todos me creían descansando en mi cuarto, y cómo pasé la noche después de haber fingido que seguía indispuesta a la hora del té, cuando me mandaron a la cama. El sargento Cuff descubrió todo eso, si es que no descubrió algo más. Y creo que sé cómo. Alguien me vio (a pesar de que llevaba puesto el velo) en la pañería de Frizinghall. Había un espejo enfrente de mí, detrás del mostrador donde estaba comprando la tela; vi en el espejo que uno de los dependientes me señalaba y le susurraba algo a otro compañero. Esa noche, mientras estaba encerrada en mi cuarto, trabajando en secreto, oí al otro lado de la puerta la respiración de las mujeres que sospechaban de mí.

Ni tenía importancia entonces ni la tiene ahora. La mañana del viernes, unas horas antes de la llegada del sargento Cuff, la nueva camisa de dormir, con la que me proponía sustituir la que había escondido, estaba lista, lavada, secada, planchada, bordada y doblada tal como la lavandera doblaba las demás, y a salvo en su cómoda. No tenía por qué temer (si es que se examinaba la ropa de casa) que la camisa me delatara por su apariencia flamante. Usted había renovado toda su ropa interior poco antes de su llegada a la casa, supongo que al regresar del extranjero.

Entonces llegó el sargento Cuff, y la siguiente sorpresa fue su deducción sobre la rozadura de la puerta.

Si yo le había creído culpable hasta entonces (como ya he reconocido), era porque deseaba que fuera culpable, más que por alguna otra razón. Y de pronto resultaba que el sargento, aunque por un camino totalmente distinto, ¡llegaba a la misma conclusión que yo sobre la camisa de dormir! ¡Y yo tenía la prenda que era la única prueba contra usted! ¡Y nadie lo sabía… ni siquiera usted! No me atrevo a decirle cómo me sentía cada vez que pensaba en estas cosas… odiaría usted mi memoria para siempre si lo supiera.

Betteredge apartó la vista de la carta, llegado ese punto.

—Ni un destello de luz por el momento, señor Franklin —dijo el anciano, quitándose los lentes de carey y alejando un poco de sí la confesión de Rosanna Spearman—. ¿Ha llegado a alguna conclusión, señor, mientras iba leyendo?

—Termine la carta primero, Betteredge; puede que al final haya algo que nos ilumine. Después le diré unas palabras.

—Muy bien, señor. Descansaré un poco la vista antes de continuar. Entre tanto, señor Franklin… No deseo apremiarlo, pero ¿le importaría decirme, con una palabra, si ve ya el camino para salir de este espantoso aprieto?

—Veo el camino de vuelta a Londres —dije— para consultar con el señor Bruff. Si él no pudiera ayudarme…

—¿Sí, señor?

—Y si el sargento no deja su retiro en Dorking…

—¡No lo hará, señor Franklin!

—En tal caso, Betteredge, tal como veo las cosas ahora mismo, me habré quedado sin recursos. Además del señor Bruff y del sargento no conozco a un solo ser viviente que pueda serme de alguna utilidad.

Alguien llamó a la puerta mientras yo pronunciaba estas palabras.

Betteredge pareció sorprendido, además de molesto por la interrupción.

—¡Pase —dijo en tono irritado—, quienquiera que sea!

La puerta se abrió, y el hombre más extraordinario que había visto en la vida entró en silencio. A juzgar por su figura y por sus movimientos seguía siendo joven. A juzgar por su rostro y, comparándolo con el de Betteredge, parecía el mayor de los dos. Tenía la tez oscura como un gitano; las mejillas flacas se habían hundido hasta convertirse en dos cavidades muy pronunciadas, sobre las cuales se proyectaba la mandíbula como un alero. La nariz presentaba esa forma fina y bien modelada tan común entre los ancianos en Oriente, pero muy rara entre las razas occidentales de origen posterior. La frente ascendía alta y recta desde las cejas. Todo el semblante mostraba innumerables señales y arrugas. Desde aquel rostro singular, los ojos, todavía más extraños, del color de la avellana —unos ojos soñadores y tristes, profundamente hundidos en sus cuencas

—, miraban y (al menos en mi caso) tomaban cautiva a su antojo la atención de uno. Añádase a lo anterior una mata de pelo densa y muy rizada que, por algún misterio de la naturaleza, había perdido su color de la manera más aleatoria y caprichosa que quepa imaginar. En la coronilla seguía siendo de un negro muy oscuro, su color natural. A ambos lados de la cabeza, sin la más leve gradación del gris que eliminara la formidable intensidad del contraste, era completamente blanco. La línea que separaba ambos colores era totalmente irregular. En unas zonas era el blanco el que subía hasta el negro y en otras el negro el que bajaba hasta el blanco. Miré a aquel hombre con una curiosidad que, me avergüenza confesar, me fue imposible contener. Él me miró amablemente y respondió a la involuntaria grosería de mi escrutinio con una disculpa que yo no merecía.

—Le ruego que me disculpe —dijo—. No sabía que el señor Betteredge estuviese ocupado. —Se sacó una nota del bolsillo y se la tendió a Betteredge—. La lista de la semana próxima —explicó. Volvió a posar sus ojos en mí y salió con el mismo sigilo con el que había entrado.

—¿Quién es? —pregunté.

—El ayudante del doctor Candy —dijo Betteredge—. Por cierto, señor Franklin, lamentará saber que el doctor nunca se recuperó de ese resfriado que contrajo la noche del cumpleaños. Goza de buena salud, pero perdió la memoria a raíz de la fiebre y no la ha recobrado. Todo el trabajo ha recaído en su ayudante. Tampoco es que tenga mucho trabajo ahora, si exceptuamos a los pobres. Ellos no pueden elegir. Tienen que contentarse con ese hombre de pelo pinto y tez gitana; de lo contrario se quedarían sin médico.

—No parece que le tenga mucho aprecio, Betteredge.

—Nadie lo aprecia, señor.

—¿Por qué?

—Bueno, señor Franklin, para empezar su pinta no lo favorece. Además, se dice que el doctor Candy lo contrató en circunstancias muy dudosas. Nadie sabe quién es, y no tiene un solo amigo por estos pagos. ¿Cómo puede gustarle a alguien un hombre así?

—¡Desde luego! ¿Puedo preguntarle qué quería al darle esa nota?

—Me trae la lista semanal de los vecinos enfermos que necesitan un poco de vino. Mi señora tenía la costumbre de hacer una distribución regular de buen oporto y jerez entre los enfermos más necesitados, y la señorita Rachel desea conservarla. ¡Los tiempos han cambiado, los tiempos han cambiado! Recuerdo cuando el propio doctor Candy le traía la lista a mi señora. Ahora es su ayudante el que me trae la lista a mí. Seguiré con la carta, si me lo permite, señor —dijo, retomando la confesión de Rosanna Spearman—. Concedo que no es una lectura precisamente grata, pero tiene la curiosa virtud de apartar de mí los amargos recuerdos del pasado. —Se puso las lentes y movió la cabeza con pesar—. Hay mucho sentido común en la conducta de nuestras madres al iniciarnos en nuestra

andadura por la vida. Todos hemos llegado al mundo más o menos a regañadientes. Y todos estamos bien.

El ayudante del doctor Candy me había causado una impresión demasiado profunda para poder quitármelo de la cabeza tan fácilmente. Pasé por alto esta última e incontestable manifestación de la filosofía de mi amigo y volví a pensar en el hombre del pelo pinto.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Tiene un nombre feo, como le corresponde —refunfuñó Betteredge—. Se llama Ezra Jennings.

CAPÍTULO V

Tras pronunciar el nombre del visitante, Betteredge pareció considerar que ya habíamos perdido demasiado tiempo con un asunto insignificante y reanudó la atenta lectura de la carta.

Yo, a mi vez, me senté al lado de la ventana, a la espera de que hubiera concluido. Poco a poco, el efecto que me había producido Ezra Jennings —era sin duda inexplicable que, en una situación como la mía, ningún ser humano pudiera producirme impresión alguna— se fue borrando de mi memoria. El flujo de mis pensamientos volvió al canal por el que discurría antes de su llegada. Una vez más me obligué a enfrentarme con resolución a los increíbles hechos. Una vez más repasé mentalmente el rumbo que, tras recobrar la compostura, había establecido para el futuro.

Regresar a Londres ese mismo día; exponerle el caso en su totalidad al señor Bruff y, por último pero no menos importante, conseguir (a toda costa) una entrevista personal con Rachel. Tal era mi plan de acción, en la medida en que me fue posible trazarlo en aquel momento. Disponía de más de una hora hasta la partida del tren, y cabía la remota posibilidad de que en ese intervalo Betteredge pudiera desvelar algo que me fuera útil, en lo que restaba por leer de la carta, antes de abandonar la casa en la que había desaparecido el diamante. Por esa posibilidad seguí esperando.

La carta terminaba diciendo:

No se enfade, señor Franklin, si le digo que creí haber cosechado una pequeña victoria al saber que su vida se hallaba en mis manos. La angustia y los temores no tardaron en regresar. A la vista de cómo interpretaba el sargento Cuff la desaparición del diamante, no cabía duda de que terminaría por examinar toda la ropa de la casa. No había en mi habitación, no había en toda la casa, un solo lugar en el que yo pudiera verme a salvo. ¿Cómo podía ocultar la camisa de dormir para que ni siquiera el sargento lograra encontrarla? No eran preguntas fáciles de responder. Puse fin a mi incertidumbre fijando un rumbo que quizá le haga reír. Me desnudé y me puse la camisa. Usted la había llevado, y experimenté un breve instante de placer al cubrirme con la misma prenda.

Las siguientes noticias que llegaron a la sala de la servidumbre demostraron que no podía haber tomado mejor precaución. El sargento Cuff quiso consultar el registro de la lavandería.

Yo misma fui a buscarlo y se lo llevé al gabinete de la señora. El sargento y yo nos habíamos cruzado más de una vez en tiempos pasados. Estaba segura de

que me reconocería… De lo que no estaba segura es de lo que podría hacer al saberme empleada en una casa en la que había desaparecido una joya tan valiosa. Con esta duda en mente pensé que sería un alivio que me reconociera cuanto antes y que pasara lo que tuviera que pasar.

Me miró como se mira a un desconocido cuando le entregué el libro, y me dio las gracias con mucha cortesía por habérselo llevado. Ambas cosas me parecieron malas señales. No había forma de saber qué podría decir de mí a mis espaldas; no había forma de saber cuánto tardarían en detenerme y en interrogarme como sospechosa. A esa hora usted estaba a punto de volver de la estación, donde había ido a despedir al señor Godfrey Ablewhite; por eso me acerqué a su paseo favorito del jardín, el camino entre los arbustos, con la esperanza de poder hablarle; acaso mi última esperanza, puesto que todo parecía obrar en contra.

Usted no apareció, y lo peor de todo es que el señor Betteredge y el sargento pasaron cerca de mi escondite, y el sargento me descubrió.

No tuve entonces más remedio que volver a mi lugar y a mi trabajo, antes de que me sucedieran nuevos desastres. Justo cuando estaba cruzando el sendero, usted regresó de la estación. Vi que iba derecho hacia los arbustos, y entonces me vio. Estoy segura de que me vio, señor, y de que dio media vuelta para entrar en la casa, como si yo fuera una apestada[5].

Yo entré por la puerta de servicio. A esa hora no había nadie en la lavandería y me senté allí para estar sola. Ya le he hablado antes de las ideas que las Arenas Temblonas me habían metido en la cabeza. En ese momento volvieron a apoderarse de mí. Me pregunté qué me resultaría más difícil si las cosas seguían por el mismo camino, si soportar la indiferencia del señor Franklin Blake o arrojarme a las arenas movedizas y terminar con todo para siempre.

Es inútil pedirme explicaciones de por qué obré de esta manera. Yo misma no lo entiendo, por más que lo intento.

¿Por qué no lo detuve cuando usted me evitó de esa forma tan cruel? ¿Por qué no le llamé: « Señor Franklin, tengo algo que decirle; le afecta a usted señor, y tiene que saberlo?» . Estaba usted a merced de lo que yo decidiera; era yo quien llevaba la voz cantante, como suele decirse. Y, mejor aún, podía (si conseguía ganarme su confianza) serle de alguna ayuda en el futuro. Como es natural, en ningún momento se me ocurrió que usted, un caballero, hubiese robado el diamante por mero placer. Nada de eso. Penelope había oído hablar a la señorita Rachel, y yo al señor Betteredge, de la desmesurada cuantía de sus deudas. Comprendí claramente que había robado el diamante con intención de venderlo, o de empeñarlo, para conseguir el dinero que necesitaba. ¡Bien! Yo habría podido dirigirle a un hombre de Londres que le habría avanzado una importante suma por la joya, sin hacerle ninguna pregunta embarazosa.

¿Por qué no se lo dije? ¿Por qué no se lo dije?

No sé si el peligro y las complicaciones que estaba afrontando por ocultar la camisa me pesaban demasiado para añadir a mi situación nuevos riesgos y nuevas contrariedades. Ése podría haber sido el caso para otras mujeres, pero ¿cómo podía serlo para mí? En los tiempos en que era una ladrona había corrido riesgos cincuenta veces mayores y había salido airosa de situaciones frente a las cuales la de entonces parecía un simple juego de niños. Yo me había formado, se podría decir, en la escuela del fraude y del engaño, a veces de tal magnitud y llevados a cabo con tanta inteligencia que incluso se hicieron famosos y salieron en los periódicos. ¿Cómo pudo pesar tanto en mi ánimo una cosa tan nimia como el hecho de ocultar una camisa de dormir? ¿Y cómo me llevó a desfallecer en el momento en que tendría que haber hablado con usted? ¡Qué absurdo siquiera preguntarlo! No podía continuar así.

¿De qué me servía seguir atrapada en mi propia locura? ¿No es cierto que la verdad resulta muy evidente? A sus espaldas, yo lo amaba con toda mi alma y todo mi corazón. Cuando me veía delante de usted, de nada sirve negarlo, sentía pánico; pánico de que se enfadara conmigo; pánico de lo que pudiera decirme (a pesar de que usted hubiera robado el diamante) si yo me atrevía a confesarle que lo había descubierto. Cuando hablé con usted en la biblioteca estuve más cerca que nunca de mi revelación. Esa vez usted no me volvió la espalda. No me esquivó como si fuera una apestada. Quise enfadarme con usted, por todos los medios posibles, para reunir el valor que me faltaba. Pero ¡no pude! Sólo sentía tristeza y humillación. « Eres fea; tienes un hombro deforme; no eres más que una sirvienta, ¿cómo te atreves a hablarme?» Jamás salió de sus labios ninguna de estas palabras, y ¡sin embargo me las dijo todas! ¿Puede explicarse semejante locura? No. Sólo puede confesarse y aceptarse.

Le pido perdón, una vez más, por estos desvaríos de mi pluma. Le prometo que no volverá a ocurrir. Ya estoy muy cerca del final.

La primera persona que me interrumpió en la lavandería desierta fue Penelope. Había descubierto mi secreto desde hacía algún tiempo, y había tratado de hacerme entrar en razón a toda costa; fue muy buena conmigo.

—¡Vaya! —dijo—. Sé porqué estás aquí sola y rumiando. Lo mejor que puede pasarte, Rosanna, es que la visita del señor Franklin termine cuanto antes. Creo que no tardará en dejarnos.

Entre todos los pensamientos que yo le dedicaba a usted, nunca se me había pasado por la cabeza la idea de que pudiera marcharse. No me fue posible contestar a Penelope. Sólo acerté a mirarla.

—Acabo de estar con la señorita Rachel —continuó—. Y no te imaginas lo que me ha costado sortear su mal genio. Dice que la casa se le hace insoportable con la presencia de la policía; está decidida a hablar con la señora esta misma noche y a irse con su tía Ablewhite mañana. Si ella se va, el señor Franklin será el siguiente que encuentre una razón para marcharse, ¡puedes estar segura!

Fue entonces cuando recobré el habla.

—¿Quieres decir que el señor Franklin se irá con ella? —pregunté.

—Se iría de buena gana, si ella se lo permitiera, pero no se lo permitirá. Con él también ha desatado su mal genio; a él también lo ha puesto en su lista negra… ¡Y eso después de todo lo que ha hecho para ayudarla, el pobrecillo! ¡No, no! Si no se reconcilian antes de mañana, ya verás cómo la señorita Rachel se va por un lado y el señor Franklin por otro. Adonde podría ir él no lo sé. Lo que sí sé, Rosanna, es que no se quedará con nosotros después de que la señorita Rachel se haya marchado.

Logré dominar la desesperación que me causó la idea de su partida. En honor a la verdad, también vi un destello de esperanza en el hecho de que llegara a producirse una desavenencia grave entre usted y la señorita Rachel.

—¿Sabes por qué han reñido? —pregunté.

—Todo es cosa de la señorita —dijo Penelope—. Que yo sepa, todo es por el mal genio de la señorita y nada más. Lamento disgustarte, Rosanna, pero no te dejes llevar por la idea de que él vaya a reñir alguna vez con ella. ¡La quiere demasiado!

Acababa de decirme estas crueles palabras cuando nos llegó un recado del señor Betteredge. Todos los criados debían reunirse en el vestíbulo. A continuación, pasaríamos uno por uno para ser interrogados por el sargento Cuff en las habitaciones del señor Betteredge.

Me tocó el turno después de que hubieran pasado la doncella de la señora y la segunda doncella. Las preguntas del sargento —aunque las envolvió con mucha astucia— no tardaron en revelarme que aquellas dos mujeres (las peores enemigas que yo tenía en la casa) habían averiguado algo cuando estuvieron espiando en mi puerta la tarde y la noche del martes. Le habían contado al sargento lo suficiente para abrirle los ojos a una parte de la verdad. Él estaba convencido, con razón, de que yo había confeccionado una camisa de dormir nueva en secreto, pero se equivocaba al pensar que la camisa manchada de pintura era mía. A raíz de lo que me dijo, me tranquilizó en otra cosa que hasta entonces me tenía desconcertada. Naturalmente, el sargento sospechaba que yo estaba relacionada con la desaparición del diamante, pero al mismo tiempo me dio a entender, creo que intencionadamente, que no me consideraba la principal responsable del suceso. Al parecer pensaba que había actuado a instancias de otra persona. Ni supe entonces quién podía ser esa persona ni lo sé ahora.

En medio de tanta incertidumbre una cosa se me reveló sin lugar a dudas, y es que el sargento Cuff se hallaba muy lejos de la verdad. Usted estaría a salvo mientras la camisa estuviera a salvo… pero ni un segundo más.

No espero, por nada del mundo, que comprenda usted la angustia y el terror que me atenazaron entonces. No podía seguir arriesgándome a llevar puesta la camisa por más tiempo. En cualquier momento podían llevarme a la comisaría

de Frizinghall y encerrarme bajo sospecha. Mientras el sargento Cuff me dejara en libertad, tenía que elegir, sin perder un instante, entre destruir la camisa o esconderla en algún lugar seguro, a cierta distancia de la casa.

De haberlo querido yo un poco menos, creo que la habría destruido. Pero ¡ay!, ¿cómo iba a destruir la única prueba con que contaba para demostrarle que lo había salvado de ser descubierto? Si alguna vez llegábamos a explicarnos, y si usted por alguna razón sospechaba que albergaba malas intenciones, por más que yo lo negara todo, ¿cómo me ganaría su confianza sin poder enseñarle la camisa de dormir? ¿Me engañé al pensar, como pensé entonces y como sigo pensando ahora, que probablemente vacilaría usted en consentir que una pobre muchacha como yo compartiera su secreto, convirtiéndose en cómplice del robo que sus deudas lo habían llevado a cometer? Piense en la frialdad con que usted me trataba, señor, y a duras penas podrá sorprenderle que me negara a destruir lo único que me permitía apelar a su confianza y a su gratitud, y que por fortuna tenía en mis manos.

Decidí esconderla, y escogí para ello el lugar que mejor conocía: las Arenas Temblonas.

En cuanto concluyó el interrogatorio, puse el primer pretexto que me vino a la cabeza y obtuve permiso para salir a tomar el aire. Fui derecha a Cobb's Hole, a casa del señor Yolland. Su mujer y su hija eran las mejores amigas que yo tenía. No crea usted que les confié el secreto; no se lo he confiado a nadie. Sólo quería escribirle esta carta y buscar una ocasión segura para deshacerme de la camisa. Al ser sospechosa, no podía hacer ninguna de estas cosas en mi propia casa con seguridad.

Casi he terminado de escribir esta larga carta, en la soledad del dormitorio de Lucy Yolland. Cuando esté lista, bajaré con la camisa enrollada y oculta debajo de la capa. Entre el montón de trastos viejos que tiene la señora Yolland en la cocina, encontraré el medio de guardarla a salvo del agua. Iré entonces a las Arenas Temblonas —¡no tema que mis pisadas me delaten!— y allí la esconderé, donde nadie pueda dar con ella sin conocer primero mi secreto.

¿Y qué haré después?

Después, señor Franklin, tendré dos razones para buscar de nuevo la ocasión de decirle las palabras que todavía no le he dicho. Si se marcha usted sin que yo le haya hablado, como cree Penelope, perderé para siempre mi oportunidad. Ésa es una razón. Además, cuento con la consoladora certeza —si me permite decirlo sin que se enfade— de poder recurrir a la camisa en defensa de mi causa. Ésa es la otra razón. Si ambas razones juntas no bastan para fortalecer mi corazón ante la frialdad que hasta ahora lo ha congelado (me refiero a la frialdad de su trato), entonces habrá llegado el fin de mis esfuerzos… y el fin de mi vida.

Sí. Si pierdo la próxima oportunidad… si usted se muestra igual de cruel conmigo y yo vuelvo a sentirme como ya me he sentido… adiós al mundo que

me ha negado la felicidad que a otros les concede. Adiós a la vida, que sólo con un poco de amabilidad de su parte puede volver a resultarme grata. No se culpe, señor, si todo termina de este modo. Procure, se lo ruego, sentir un poco de compasión y un poco de perdón. Me cuidaré de que llegue a saber todo lo que he hecho por usted cuando ya no pueda decírselo de mis propios labios. ¿Tendrá usted entonces una palabra amable para mí… y podrá pronunciarla con la misma dulzura con que le habla a la señorita Rachel? Si hace usted eso, y si de verdad existen los espíritus, creo que mi espíritu podrá oírlo y temblará de placer.

Es hora de terminar. Estoy llorando. ¿Cómo voy a encontrar el camino hasta el escondite si permito que estas lágrimas inútiles me cieguen los ojos?

Además, ¿por qué lo veo todo por el lado más oscuro? ¿Por qué no creer, mientras me sea posible, que todo acabará bien finalmente? Quizá lo encuentre a usted de buen humor esta noche; si no fuera así, quizá tenga más suerte mañana. No voy a dejar de ser fea por más que me empeñe, ¿verdad que no? ¡Quién sabe si no habré llenado todas estas cuartillas en balde! Por motivos de seguridad (sin señalar otras razones) irán al mismo escondite que la camisa de dormir. Ha sido muy difícil escribir esta carta. ¡Ah! ¡Cuánto disfrutaré rompiéndola si por fin llegamos a algún entendimiento!

Le ruego me permita seguir siendo su fiel enamorada y humilde servidora.

ROSANNA SPEARMAN

Betteredge guardó silencio tras dar por terminada la lectura. Después de guardar la carta en el sobre con cuidado, se quedó pensativo y cabizbajo, con la mirada puesta en el suelo.

—Betteredge, ¿ves al final de la carta algo que pueda guiarme?

Levantó la vista despacio y suspiró hondamente.

—No hay nada que pueda guiarlo, señor Franklin. Si acepta mi consejo, no saque esta carta de su sobre hasta que se haya tranquilizado. Le dolerá mucho cada vez que la lea. No vuelva a leerla ahora.

Guardé la carta en mi libreta.

Al repasar de nuevo los capítulos XVI y XVII de la narración de Betteredge, comprendí que había una razón para ahorrarme el mal trago en un momento en que mi fortaleza se veía puesta a prueba de una manera tan cruel. En dos ocasiones la pobre mujer había hecho un último intento de hablar conmigo. En ambos casos yo había tenido la desgracia (¡Dios sabe que en la más absoluta inocencia!) de eludir sus tentativas de acercamiento. La noche del viernes, tal como fidedignamente lo describe Betteredge, Rosanna me encontró a solas en la mesa de billar. Su actitud y sus palabras me sugirieron —como le habrían sugerido a cualquier hombre en las mismas circunstancias— que trataba de confesar cierta información culpable sobre la desaparición del diamante. Por su

propio bien me propuse no dar muestras de especial interés en lo que pudiera decirme; por su propio bien seguí mirando adrede las bolas de billar en lugar de mirarla a ella… ¿y cuál fue el resultado? ¡La alejé de mí y la herí en lo más hondo! La tarde del sábado —el día en que ella preveía que mi partida estaba próxima, a raíz de lo que Penelope le había dicho—, volvió a asaltarnos la misma fatalidad. Ella me buscó de nuevo en el sendero que discurría entre los arbustos, y me encontró allí en compañía de Betteredge y del sargento Cuff. Consciente de que nos estaba oyendo y con intenciones solapadas, el sargento apeló a mi interés por Rosanna Spearman. Una vez más, por el bien de la pobre muchacha respondí con una rotunda negativa y, en voz bien alta, para asegurarme de que pudiera oírme, aseveré que no tenía « el más mínimo interés en Rosanna Spearman» . A estas palabras, dichas con la sola intención de prevenirla para que no se acercara, ella dio media vuelta y desapareció, alertada del peligro, creí yo entonces; abocada a la destrucción, según sé ahora. He trazado la concatenación de los hechos que a partir de ese instante me llevaron al asombroso descubrimiento en las arenas movedizas. La retrospectiva queda así completada. Permítaseme dejar que la triste historia de Rosanna Spearman, sobre la cual ni siquiera después de tanto tiempo puedo volver sin sentir una punzada de dolor, sugiera por sí sola lo que aquí se ha omitido expresamente. Permítaseme pasar de su suicidio en las Arenas Temblonas, con la extraña y aterradora influencia que tiene sobre mi posición presente y mis perspectivas futuras, a otras cuestiones que conciernen a los protagonistas vivos de esta narración, así como a los sucesos que ya empezaban a despejar el camino que habría de recorrer en mi lento y tortuoso avance de la oscuridad a la luz.

CAPÍTULO VI

Me dirigí a la estación, de más está decirlo, acompañado por Gabriel Betteredge. Llevaba la carta en el bolsillo y la camisa de dormir a buen recaudo en un neceser, con el propósito de someter ambas cosas antes de acostarme esa noche al escrutinio del señor Bruff.

Salimos de la casa en silencio. Por primera vez desde que lo conocía, vi que Betteredge no acertaba a decir una sola palabra. Como yo sí tenía algo que decir, inicié la conversación en cuanto nos alejamos de las verjas del pabellón.

—Quisiera hacerle dos preguntas antes de irme a Londres. Tienen que ver conmigo y creo que le sorprenderán bastante.

—Si sirven para quitarme de la cabeza la carta de esa pobre muchacha, señor Franklin, puede hacer conmigo lo que quiera. Sorpréndame cuanto antes, se lo ruego.

—Mi primera pregunta, Betteredge, es la siguiente. ¿Estaba yo ebrio la noche del cumpleaños de Rachel?

—¡Ebrio, usted! —exclamó mi buen amigo—. ¡Pero si su mayor defecto, señor Franklin, es que sólo bebe durante la cena y no prueba una gota de licor después!

—Pero ese día era una ocasión especial. Quizá me apartara de mis costumbres precisamente esa noche, entre todas las posibles.

Betteredge reflexionó unos instantes.

—Es cierto que se apartó de sus costumbres, señor. Y le diré cómo. Parecía usted muy enfermo, y yo le convencí para que tomara un traguito de brandy con agua y se animara un poco.

—No estoy acostumbrado al brandy. Es muy posible que…

—Un momento, señor Franklin. Yo sabía que no estaba acostumbrado. Le serví medio vaso de vino de nuestro cognac de cincuenta años y (¡que Dios me perdone!) estropeé tan noble licor con casi un vaso entero de agua fría. ¡Un niño no se habría emborrachado con eso, y no digamos un hombre hecho y derecho!

Sabía que podía fiarme de su memoria en una cuestión de esta índole. Era imposible que me hubiera embriagado. Pasé a la segunda pregunta.

—Antes de que me enviaran al extranjero, Betteredge, usted llegó a conocerme bien cuando era niño. Dígame con franqueza, ¿recuerda que me ocurriera algo extraño por las noches? ¿Alguna vez me sorprendió sonámbulo?

Betteredge se detuvo, me miró unos segundos, asintió con la cabeza y reanudó la marcha.

—¡Ya veo adonde quiere ir a parar, señor Franklin! Intenta explicarse cómo

llegó la mancha de pintura a su camisa de dormir sin que usted lo supiera. De nada servirá, señor. Está usted a muchas leguas de distancia de la verdad. ¿Sonámbulo? ¡Jamás lo vi en ese estado!

También en esto acepté que Betteredge debía tener razón. Ni cuando estaba en mi país, ni tampoco en los años que pasé en el extranjero, había llevado una existencia solitaria. De haber sido yo sonámbulo, cientos de personas se habrían percatado y, por el bien de mi seguridad, me habrían prevenido de ese hábito y habrían tomado las precauciones oportunas para ponerle coto.

Sin embargo, aun cuando admitía todo esto, seguía aferrándome —con una obstinación que a buen seguro era natural y excusable, dadas las circunstancias— a una o a otra de estas dos explicaciones que podían dar cuenta de la terrible situación en que me hallaba. Viendo que no me daba por satisfecho, Betteredge tuvo la sagacidad de aludir a ciertos acontecimientos posteriores en la historia de la Piedra Lunar, y con ello descartó definitivamente mis dos teorías.

—Probemos otra vía, señor. Guárdese su propia opinión y veamos hasta dónde lo lleva en la revelación de la verdad. Si debemos dar crédito a la camisa de dormir, cosa que yo no hago, usted no sólo rozó la pintura de la puerta sin saberlo, sino que además se llevó el diamante también sin saberlo. ¿De acuerdo con este argumento?

—Completamente de acuerdo. Continúe.

—Muy bien, señor. Supongamos que estaba usted ebrio o sonámbulo cuando se llevó la joya. Eso explica lo ocurrido la noche del cumpleaños y la mañana siguiente. Sin embargo, no explica lo que ha sucedido desde entonces. El diamante se llevó a Londres. El diamante se entregó en prenda al señor Luker. ¿También hizo usted esas dos cosas sin saberlo, señor? ¿Estaba ebrio cuando yo lo vi marcharse en el calesín aquel sábado por la tarde? ¿Y se dirigió usted, sonámbulo, a casa del señor Luker cuando el tren lo dejó en su destino? Disculpe que se lo diga, señor Franklin, pero este asunto le ha trastornado tanto que no está en condiciones de juzgar con discernimiento. Cuanto antes ponga usted a funcionar su cabeza en combinación con la del señor Bruff, antes hallará el modo de salir del callejón sin salida en que ahora se ve atrapado.

Llegamos a la estación con apenas dos minutos de sobra.

Le indiqué apresuradamente a Betteredge mi dirección en Londres, con el fin de que pudiera escribirme llegado el caso; le prometí a mi vez informarle de las novedades que fueran surgiendo. Hecho esto, y en el preciso instante en que me despedía de él, por azar volví la cabeza hacia el quiosco de periódicos. ¡Allí estaba otra vez el extraordinario ayudante del doctor Candy, conversando con el quiosquero! Nuestras miradas se cruzaron brevemente. Ezra Jennings me saludó quitándose el sombrero. Le devolví el saludo y subí al vagón cuando el tren ya arrancaba. Debió de ser un alivio, supongo, ocuparme de cualquier asunto que no tuviera ninguna importancia aparente para mí. El caso es que emprendí el

memorable viaje que había de conducirme junto al señor Bruff muy asombrado, reconozco que absurdamente, ¡de haber visto al hombre del pelo pinto dos veces en el mismo día!

Llegué a Londres a una hora que no me permitía encontrar al señor Bruff en sus oficinas. Tomé un coche en la estación para dirigirme a su residencia privada, en Hampstead, y sorprendí al anciano abogado dormitando en su salón, con su can favorito en el regazo y su botella de vino al alcance de la mano.

Será mejor que describa el efecto que le causó mi relato explicando cómo procedió tras haberme escuchado hasta el final. Pidió que le llevaran a su estudio velas y un té bien cargado, y envió recado a las damas de su familia para que no se le molestara bajo ningún concepto. Tras estas disposiciones preliminares, pasó a examinar la camisa de dormir y acto seguido se entregó a la lectura de la carta de Rosanna Spearman.

Una vez terminada, me dirigió la palabra por vez primera desde que nos encerramos en su estudio.

—Franklin Blake —dijo—, el caso es muy grave en más de un sentido. A mi modo de ver, afecta a Rachel casi tanto como le afecta a usted. Su extraño comportamiento ya no es ningún misterio. Ella cree que es usted el ladrón del diamante.

Yo había eludido por todos los medios conscientes tan repugnante conclusión, sin embargo, se me imponía sin poder evitarlo. Mi firme decisión de ver a Rachel obedecía fielmente a la razón que el señor Bruff acababa de esgrimir.

—Lo primero que debemos hacer —prosiguió el abogado— es convocar a Rachel. Ha guardado silencio todo este tiempo por motivos que yo (que la conozco bien) comprendo fácilmente. Sin embargo, a la luz de lo ocurrido, es imposible que siga aferrándose a su silencio. Tenemos que persuadirla u obligarla a que nos diga en qué basa la creencia de que usted se llevó la Piedra Lunar. Cabe la posibilidad de que el caso, por grave que ahora pueda parecernos, se haga añicos si logramos vencer la inveterada reserva de Rachel y conseguimos que hable.

—Esta opinión me alivia mucho —dije—. De todos modos, me gustaría saber…

—Le gustaría saber cómo puedo justificarla —interpuso el señor Bruff—. Se lo diré en dos minutos. Comprenda, en primer lugar, que analizo la cuestión desde la perspectiva de un abogado. Para mí es una cuestión de pruebas. Muy bien. La prueba falla en un aspecto esencial desde el principio.

—¿Qué aspecto es ése?

—Pronto lo sabrá. Concedo que el nombre bordado en la camisa demuestra que la prenda es suya. Concedo que la mancha de pintura demuestra que esa camisa rozó la puerta de Rachel. Pero ¿qué pruebas hay de que fuera usted la persona que la llevaba puesta la noche en que desapareció el diamante?

La objeción me impresionó vivamente, tanto más por cuanto que expresaba una duda que yo mismo me había formulado.

—En lo que se refiere a esta carta —prosiguió el abogado, tomando en la mano la confesión de Rosanna Spearman—, comprendo que le cause desazón. Comprendo que no se decida usted a analizarla desde un punto de vista estrictamente imparcial. Tenga en cuenta que yo no estoy en su posición. Yo puedo depositar toda mi experiencia personal en este documento, como si se tratara de un documento cualquiera. Sin aludir a la carrera delictiva de esa mujer, me limitaré a observar que su carta demuestra su afición al engaño, como ella misma reconoce; y a partir de ello deduzco que tengo razones para sospechar que no ha contado toda la verdad. No voy a adelantar ninguna teoría por el momento, en cuanto a lo que ha hecho o dejado de hacer. Sólo diré que, si Rachel ha sospechado de usted a la vista de la camisa de dormir como única prueba, hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que Rosanna Spearman se lo indicara. En tal caso, contamos con la carta de la mujer, en la que confiesa que estaba celosa de Rachel, en la que confiesa cómo cambiaba las rosas y cómo veía un rayo de esperanza en una posible disputa entre Rachel y usted. No me detendré a preguntar quién se llevó la Piedra Lunar (Rosanna habría sido capaz de llevarse cincuenta diamantes para satisfacer sus fines), sólo diré que la desaparición de la joya le procuró a esta ladrona que estaba enamorada de usted una oportunidad para sembrar la discordia entre su prima y usted para toda la vida. Recuerde que entonces aún no había tomado la decisión de acabar con su vida y, a la vista de aquella oportunidad, afirmo rotundamente que estaba en su naturaleza y en consonancia con su situación tratar de aprovecharla. ¿Qué me dice a eso?

—Algo parecido se me pasó por la cabeza nada más abrir la carta.

—¡Exacto! Y después de leerla sintió usted lástima de esa pobre muchacha y no tuvo valor para sospechar de ella. ¡Eso le honra, mi querido amigo, eso le honra!

—Pero supongamos que fuera yo quien llevara la camisa de dormir. ¿Qué diría entonces?

—No veo cómo puede probarse —dijo el señor Bruff—. Aun cuando se pudiera demostrar, no sería tarea fácil defender su inocencia. No entremos en eso ahora. Esperemos a saber si Rachel ha sospechado de usted a partir de la camisa como única prueba.

—¡Dios mío, con cuánta frialdad habla usted de que Rachel pueda sospechar de mí! —exclamé sin poder contenerme—. ¿Qué razón tiene para tomarme por un ladrón, a partir de una u otra prueba?

—Una pregunta muy sensata, querido amigo. Formulada con mucho ardor, pero digna de consideración a pesar de todo. Lo mismo que le confunde a usted me confunde a mí. Indague en su memoria y dígame una cosa. ¿Sucedió algo

durante su estancia en la casa… no me refiero, claro está, a nada que pudiera poner en duda su honor a ojos de Rachel, sino, digamos algo que pudiera debilitar (no se pare a pensar que no había ninguna razón para ello) la fe que ella tenía en sus principios?

Me levanté de un salto, presa de una agitación ingobernable. La pregunta del abogado me recordó, por primera vez desde que abandoné Inglaterra, que sí había ocurrido algo.

En el capítulo VIII de la narración de Betteredge puede encontrarse una alusión a la llegada de un extranjero desconocido que vino a verme a casa de mi tía por un asunto de negocios. Ésta fue la naturaleza de su visita.

Yo había cometido la estupidez (al verme, como siempre, apurado de dinero) de aceptar un préstamo del propietario de un pequeño restaurante parisino del cual era cliente habitual. Acordamos un plazo para la devolución del préstamo y, llegado el momento, me resultó imposible (como les ha ocurrido a miles de hombres honrados) cumplir con el compromiso. Le envié un pagaré. Lamentablemente, mi nombre era demasiado conocido en tales documentos, y mi acreedor se negó a aceptarlo. Los negocios no le habían ido bien en el tiempo transcurrido desde que me prestara el dinero; se enfrentaba a la bancarrota, y un pariente suyo, un abogado francés, vino a Inglaterra a buscarme con intención de cobrar la deuda. Resultó ser un hombre de temperamento iracundo, y se equivocó conmigo. Cruzamos palabras subidas de tono, y Rachel y mi tía, que estaban en la habitación contigua, nos oyeron. Lady Verinder vino entonces e insistió en saber qué estaba pasando. El francés le mostró sus credenciales y me declaró responsable de la ruina de un pobre hombre que había confiado en mi honor. Mi tía le pagó al instante y lo despidió sin tardanza. Ella me conocía lo suficiente para no creer en la exposición que aquel hombre había hecho del trato. De todos modos, le disgustó mucho mi negligencia y, con toda razón, se enfadó conmigo por ponerme en una coyuntura que, de no haber sido por su intervención, podría haber resultado muy enojosa. O bien su madre se lo contó a Rachel o ella oyó lo que pasaba… no sabría decirlo. El caso es que se formó su propia idea del caso, una idea rimbombante y romántica. Me llamó insensible, me llamó deshonesto, me acusó de carecer de principios y se preguntó cuál sería mi próximo embrollo. En resumidas cuentas, me dijo algunas de las cosas más severas que yo había oído nunca en boca de una señorita. El disgusto nos duró todo el día siguiente. Un día más tarde conseguí hacer las paces con ella y no volví a pensar en lo ocurrido. ¿Se avivaría en Rachel el recuerdo de este desafortunado incidente en el crítico momento en el que el lugar que yo ocupaba en su estima volvió a verse amenazado, esta vez más en serio que nunca? Cuando le conté lo sucedido al señor Bruff, respondió a mi pregunta afirmativamente y sin vacilación.

—A buen seguro que ha influido en su ánimo —dijo con gravedad—. Y por su

bien, señor Franklin, yo preferiría que esto no hubiese ocurrido. De todos modos, nos ha permitido descubrir que ella ya estaba mal predispuesta hacia usted, y eso al menos despeja una de nuestras dudas. No se me ocurre qué más podemos hacer. Nuestro siguiente paso en este asunto debe ser hablar con Rachel.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la sala, con aire pensativo. Dos veces estuve a punto de decirle que había tomado la decisión de ir a verla personalmente, y en ambas ocasiones, por consideración a su edad y su carácter, no me atreví a sorprenderlo en un momento poco propicio.

—La principal dificultad —dijo al cabo de un rato— estriba en conseguir que nos lo cuente todo, sin reservas. ¿Tiene alguna sugerencia?

—He decidido, señor Bruff, hablar con Rachel personalmente.

—¡Usted! —Se paró en seco y me miró como si hubiera perdido el juicio—. ¡Precisamente usted! —Al punto recobró la compostura y completó otra vuelta por la estancia—. Sin embargo —dijo—, en casos tan extraordinarios como el que nos ocupa, la precipitación es a veces la mejor salida. —Sopesó la cuestión unos momentos bajo esta nueva luz y terminó por permitirse la osadía de adoptar mi mismo parecer—. Quien nada arriesga nada gana —concluyó el caballero—. Cuenta usted a su favor con una ventaja que yo no tengo… y será usted el primero en intentarlo.

—¿Una ventaja a mi favor? —dije sinceramente asombrado.

La expresión del señor Bruff se suavizó por primera vez con una sonrisa.

—Así son las cosas. Se lo diré con franqueza. No confío en su discreción, señor Franklin, y tampoco confío en su temple. Pero confío en que Rachel siga albergando en algún remoto rincón de su corazón cierta debilidad perversa por usted. Encuéntrela… ¡y podrá esperar entonces la más sincera revelación que pueda salir de los labios de una mujer! La cuestión es: ¿cómo piensa verla?

—Ha sido su invitada en esta casa —respondí—. ¿Puedo atreverme a sugerir que nos veamos aquí, sin que se le haya hablado de mí de antemano?

—¡Perfecto! —aceptó el abogado. Con esta única palabra en respuesta a mi petición reanudó su ir y venir por la estancia—. Lisa y llanamente —dijo poco después—, mi casa se convertirá en la trampa para cazar a Rachel, y el anzuelo será una invitación de mi mujer y mis hijas. Si usted no fuera Franklin Blake, y si este asunto fuese una pizca menos grave de lo que es, me negaría rotundamente. Tal como están las cosas, estoy convencido de que Rachel vivirá lo suficiente para darme las gracias por traicionarla, a mi edad. Considéreme su cómplice. Invitaremos a Rachel a pasar el día con nosotros, y le informaremos a usted puntualmente.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—No creo que podamos recibir su respuesta para mañana. Digamos pasado mañana.

—¿Cómo sabré de usted?

—Quédese en casa toda la mañana y espere a que lo avise.

Le agradecí de todo corazón la impagable ayuda que me prestaba y tras rechazar su amable invitación de pasar la noche en Hampstead regresé a mi alojamiento en Londres.

Del día siguiente sólo puedo decir que fue el más largo de mi vida. Por más que me supiera inocente, por seguro que estuviese de que la abominable acusación que se había vertido sobre mí terminaría por aclararse tarde o temprano, no podía desprenderme del abatimiento que por instinto me llevaba a rehuir a mis amigos. Con frecuencia oímos decir (bien es verdad que la afirmación parte casi siempre de observadores superficiales) que la culpa puede adoptar la apariencia de la inocencia. Yo considero un axioma infinitamente más veraz que la inocencia puede adoptar la apariencia de la culpa. Ese día me negué a ver a todo el que llamó a mi puerta, y sólo al abrigo de la noche me aventuré a salir.

A la mañana siguiente, el señor Bruff en persona me sorprendió mientras desayunaba. Me entregó una llave enorme y me dijo que por primera vez en la vida se avergonzaba de sí mismo.

—¿Vendrá Rachel?

—Vendrá hoy a almorzar, y pasará la tarde con mi mujer y mis hijas.

—¿Y están al corriente del secreto su mujer y sus hijas?

—Inevitablemente. Aunque quizá ya haya observado usted que las mujeres carecen de principios. Mi familia no comparte mis remordimientos. Puesto que el fin es la reconciliación entre Rachel y usted, mi mujer y mis hijas pasan por alto los medios empleados para ello, tan tranquilas como si fueran jesuitas.

—Les estoy infinitamente agradecido. ¿Qué llave es ésta?

—La llave de la puerta trasera del jardín. Vaya esta tarde a las tres. Acceda al jardín desde allí y entre en la casa por la puerta del invernadero. Cruce la antecámara y abra la puerta de enfrente, la que lleva a la sala de música. Allí encontrará a Rachel… y estará sola.

—¿Cómo puedo darle las gracias?

—Le diré cómo. No me culpe por lo que pueda ocurrir.

Dicho esto se marchó.

Tenía una larga espera por delante. Me ocupé de mi correspondencia para pasar el rato. Entre las cartas recibidas había una de Betteredge.

La abrí con avidez. Para mi asombro y decepción, comenzaba por disculparse y prevenirme, pues no podía ofrecerme noticias importantes. En la siguiente frase ¡volvía a aparecer el sempiterno Ezra Jennings! Había abordado a Betteredge cuando éste salía de la estación y le había preguntado quién era yo. Informado sobre este punto, comentó que le había hablado de mí a su jefe, el doctor Candy. Al saberlo el viejo doctor, se presentó en casa de Betteredge y lamentó que no nos hubiéramos visto. Tenía una razón en particular para querer

hablar conmigo, y me rogaba que cuando volviera por Frizinghall no dejara de comunicárselo. Al margen de algunas de sus características sentencias filosóficas, esto era en lo esencial lo que mi amigo decía en su carta. Aquel hombre bondadoso y leal confesaba que escribía « por puro placer» .

Me guardé la carta en el bolsillo de cualquier manera y al momento me olvidé de ella, absorto como estaba en mi inminente encuentro con Rachel.

En el preciso instante en que el reloj de la iglesia de Hampstead daba las tres, introduje la llave del señor Bruff en la puerta trasera del jardín. Reconozco que al poner el pie en el jardín, y mientras volvía a cerrar la puerta con llave desde dentro, me embargaron ciertas dudas y un punto de culpa por lo que pudiera ocurrir a continuación. Miré furtivamente a derecha e izquierda, receloso de alguna presencia inesperada en algún rincón desconocido del jardín. Nada vino a justificar mis aprensiones. Todos los senderos se mostraban solitarios, y pájaros y abejas eran los únicos testigos.

Crucé el jardín, entré en el invernadero y accedí a la antecámara. Cuando puse la mano en la puerta de la sala de música, unos acordes quejumbrosos llegaron desde el piano. Cuando me alojé en casa de su madre, había visto pasar a Rachel muchos ratos ociosos en compañía de este instrumento. Tuve que aguardar un rato para tranquilizarme. El pasado y el presente se levantaron a la vez ante mí en ese instante supremo, y el contraste me conmocionó.

Transcurrido un minuto, hice acopio de toda mi hombría y abrí la puerta.

CAPÍTULO VII

Nada más verme en el umbral, Rachel se apartó del piano.

Cerré la puerta a mis espaldas. Nos miramos en silencio, separados por toda la extensión de la sala. El movimiento que hizo para levantarse del taburete fue, al parecer, el único esfuerzo del que era capaz. Todas sus demás facultades, ya fueran físicas o anímicas, parecían converger en el acto de mirarme.

Temí que mi aparición fuese demasiado repentina. Avancé unos pasos hacia ella.

—¡Rachel! —dije con suavidad.

Mi voz devolvió la vida a sus extremidades y el color a su rostro. También ella avanzó, sin decir nada todavía. Gradualmente, como si respondiera a una fuerza independiente de su voluntad, se fue acercando a mí; aprecié en sus mejillas los cálidos colores del crepúsculo y en su mirada el vivificante destello de la inteligencia. Olvidé el asunto que me había llevado hasta allí; olvidé las viles sospechas que pesaban sobre mi buen nombre; olvidé toda consideración, pasada, presente y futura que hubiese debido tener presente. Sólo veía a la mujer a la que amaba, cada vez más cerca de mí. La vi temblar y detenerse, indecisa. No pude resistirlo por más tiempo. La estreché entre mis brazos y cubrí su rostro de besos.

Hubo un momento en el que creí que me devolvía los besos; un momento en el que me pareció que ella también lo olvidaba todo. Antes de que esta idea pudiera cobrar forma en mi pensamiento, Rachel me indicó, con su primer acto voluntario, que lo recordaba todo. Me apartó con un grito de horror y una fuerza que no me habría permitido impedírselo de haberlo intentado. Vi en sus ojos una cólera implacable y en sus labios un desprecio implacable. Me miró de hito en hito, como podría haber mirado a un extraño que la hubiese insultado.

—¡Cobarde! —dijo—. ¡Mezquino, miserable, insensible cobarde!

¡Tales fueron sus primeras palabras! El reproche más atroz que una mujer puede hacerle a un hombre fue el que Rachel eligió hacerme a mí.

—Recuerdo, Rachel, el tiempo en que podías decirme que te había ofendido de una manera más digna. Te pido disculpas.

Algo de mi amargura debió de traslucirse en mi voz. Nada más oír las primeras palabras de mi respuesta, sus ojos, que acababan de apartarse de mí un momento antes, volvieron a mirarme sin querer. Me contestó en voz baja, con una sumisión y una tristeza que me eran enteramente desconocidas.

—Quizá haya una disculpa para mí —dijo—. Después de lo que has hecho, ¿te parece digno de un hombre sorprenderme como me has sorprendido? Es una cobardía poner a prueba mi debilidad. Es una cobardía sorprenderme hasta el

punto de que yo me permita besarte. Claro que así es como lo vería una mujer. Tendría que saber que tú no lo verías del mismo modo. Más me habría valido dominarme y no decir nada.

La disculpa fue todavía peor que el insulto. Hasta el hombre más abyecto se habría sentido humillado en mi lugar.

—Si mi honor no estuviera en tus manos, te dejaría en este mismo instante y jamás volvería a verte. Te has referido a lo que he hecho. ¿Qué he hecho?

—¡Qué has hecho! ¿Y eres tú quien lo pregunta?

—Lo pregunto.

—He guardado en secreto tu infamia. Y he sufrido las consecuencias por ocultarlo. ¿No tengo derecho a que me ahorres el insulto de preguntarme qué has hecho? ¿Es que has perdido por completo el sentido de la gratitud? En otro tiempo fuiste un caballero. En otro tiempo fuiste muy querido para mi madre y aún más querido para mí…

Se le quebró la voz. Se desplomó en una butaca, volvió la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Esperé un poco antes de atreverme a decir nada. En ese intervalo de silencio no sé qué percibí más nítidamente, si el aguijón de su desprecio o la orgullosa resolución con que su angustia me aislaba de toda la sociedad.

—Si no hablas primero, tendré que hacerlo yo —dije—. He venido a verte por un asunto grave. ¿Tendrás la deferencia elemental de escucharme?

Ni se movió ni respondió. No volví a apelar a que me tratara con justicia. No me acerqué ni una pizca a su butaca. Con un orgullo tan obstinado como el suyo, le conté lo que había encontrado en las Arenas Temblonas y adonde había conducido el hallazgo. La explicación por fuerza requirió algún tiempo. En ningún momento se volvió a mirarme y en ningún momento pronunció una sola palabra.

Conservé la calma. Todo mi futuro dependía, muy probablemente, de que no perdiera los nervios en ese momento. Había llegado la hora de poner a prueba la teoría del señor Bruff. En mi afán por realizar el experimento, me puse delante de ella.

—Tengo que hacerte una pregunta —dije—. Eso me obliga a referirme a un asunto doloroso. ¿Te enseñó Rosanna Spearman la camisa de dormir? ¿Sí o no?

Se levantó de un salto y se acercó voluntariamente. Me examinó intensamente, como si quisiera leer en mis facciones algo que hasta entonces jamás había leído.

—¿Estás loco? —dijo.

Le hablé sin perder la calma.

—¿Vas a responder a mi pregunta, Rachel?

Hizo como si no me hubiera oído.

—¿Tienes algún propósito que no alcanzo a comprender? ¿Algún temor por el futuro que pueda afectarme a mí? Dicen que la muerte de tu padre te ha

convertido en un hombre rico. ¿Has venido aquí para compensarme por la pérdida de mi diamante? ¿Y te queda todavía un mínimo de decencia para avergonzarte? ¿Es ése el secreto de tu pretendida inocencia y de ese cuento acerca de Rosanna Spearman? ¿Hay esta vez un motivo de vergüenza en el fondo de tanta falsedad?

La interrumpí, sin poder contenerme por más tiempo.

—¡Has cometido un infame error conmigo! —estallé enardecido—. Sospechas que he robado tu diamante. ¡Tengo derecho a saber y exijo saber que me expliques por qué!

—¡Sospechar de ti! —exclamó, encendiéndose tanto como yo—. ¡Serás villano! ¡Pero si te vi llevarte el diamante con mis propios ojos!

La fulminante revelación que me causaron sus palabras, la manera en que de un plumazo echaron por tierra toda la visión del caso en la que confiaba el señor Bruff me dejaron inerme. A pesar de mi inocencia, me quedé mudo. A los ojos de Rachel, a los ojos de cualquiera, debía de parecer un hombre abrumado por el descubrimiento de su delito.

Rachel se retiró del espectáculo de mi humillación y de su propia victoria. Se diría que el silencio repentino en que me había sumido la aterraba.

—Evité decírtelo entonces —dijo—. Y lo habría evitado ahora si no me hubieras obligado a hablar. —Hizo ademán de salir, pero vaciló antes de llegar a la puerta—. ¿Por qué has venido a humillarte? ¿Por qué has venido a humillarme? —Avanzó unos pasos más—. ¡Por Dios, di algo! —exclamó con vehemencia—. ¡Si aún te queda un poco de piedad, no permitas que me degrade de este modo! ¡Di algo… y sácame de aquí!

Me acerqué, apenas consciente de lo que hacía. Es posible que tuviera la vaga intención de retenerla hasta que hubiera dicho algo más. Desde el instante en que supe que la prueba que me condenaba ante Rachel era la prueba de sus propios ojos, nada —ni siquiera la certeza de mi inocencia— tenía sentido para mí. La cogí de la mano, traté de hablar con firmeza y sin rodeos.

—Rachel, tú me amabas —fue cuanto pude decir.

Se estremeció y apartó la cabeza. Su mano quedó indefensa y temblorosa en la mía.

—Suéltame —dijo con voz muy débil.

El roce de mi mano parecía tener en ella el mismo efecto que había tenido mi voz cuando entré en la sala. Después de haberme llamado cobarde, después de haber pronunciado la confesión que me marcaba a fuego como ladrón… ¡mientras su mano estaba en la mía yo seguía siendo su dueño y señor!

La llevé con suavidad hasta el centro de la estancia. La senté a mi lado.

—Rachel, no puedo explicar la contradicción de lo que voy a decirte; sólo puedo decirte la verdad, tal como has hecho tú. Dices que me viste con tus propios ojos… que me viste llevarme el diamante. ¡Ante Dios que nos está

escuchando afirmo que hasta hoy yo no sabía que me lo había llevado! ¿Aún dudas de mí?

Ni me prestó atención ni oyó lo que le dije.

—Suéltame —repitió. Fue su única respuesta. Hundió la cabeza en mi hombro y su mano se cerró inconscientemente sobre la mía en el mismo momento en que me pedía que la soltara.

Me abstuve de insistir en mi pregunta, pero ahí se agotó mi paciencia. Mi única oportunidad de poder llevar la cabeza alta entre las personas honradas dependía de que ella lo explicara todo. Mi única esperanza era que ella hubiese pasado por alto algún detalle en la cadena de las pruebas, algo insignificante que no obstante, y a la postre, debidamente examinado, quizá pudiera convertirse en el medio de proclamar mi inocencia. Admito que retuve su mano. Admito que le hablé con toda la simpatía y la confianza de tiempos pasados que fui capaz de reunir.

—Quiero preguntarte algo —dije—. Quiero que me cuentes todo lo que ocurrió, desde que nos dimos las buenas noches hasta que me viste llevarme el diamante.

Levantó la cabeza de mi hombro y trató de liberar la mano.

—¿Por qué quieres volver sobre eso? ¿Por qué?

—Te diré por qué, Rachel. Eres víctima y yo soy víctima de un engaño monstruoso que ha enmascarado la verdad. Si repasamos juntos lo que ocurrió la noche de tu cumpleaños, quizá podamos volver a entendernos.

Volvió a hundir la cabeza en mi hombro. Se le llenaron los ojos de lágrimas que rodaron despacio por sus mejillas.

—¿Crees que nunca he albergado esa esperanza? ¿Crees que no he intentado analizarlo como me pides?

—Lo has intentado sola. No lo has intentado con mi ayuda.

Esta réplica pareció despertar en ella un resquicio de la esperanza que yo vislumbraba al decírselo. Respondió a mis preguntas con algo más que docilidad, ejerciendo su inteligencia, poniéndola a mi entera disposición.

—Empecemos —propuse— por lo que ocurrió después de que nos diéramos las buenas noches. ¿Te acostaste o te quedaste sentada?

—Me fui a la cama.

—¿Te fijaste en qué hora era? ¿Era tarde?

—No mucho. Alrededor de las doce, creo.

—¿Te quedaste dormida?

—No. Esa noche no podía dormir.

—¿Estabas nerviosa?

—Estaba pensando en ti.

La respuesta casi me amedrentó. Algo en su tono, más que en sus palabras, me llegó directamente al corazón. Tuve que hacer una pausa antes de proseguir.

—¿Tenías alguna luz encendida en tu habitación?

—No… hasta que volví a levantarme y encendí la vela.

—¿Cuánto tiempo había pasado, desde que te acostaste?

—Alrededor de una hora. Creo que era la una.

—¿Saliste del dormitorio?

—Iba a salir. Me había puesto la bata, y estaba a punto de pasar al gabinete a coger un libro…

—¿Habías abierto la puerta de la alcoba?

—Acababa de abrirla.

—Pero ¿aún no habías salido?

—No… algo me detuvo.

—¿Qué te detuvo?

—Vi luz por debajo de la puerta, y oí pasos que se acercaban.

—¿Te asustaste?

—En ese momento no. Sabía que mi madre dormía mal, y recordé que esa noche había tratado de convencerme para que le permitiera guardar el diamante. Me pareció que su preocupación era incomprensible, y supuse que venía a ver si me había acostado para hablarme otra vez de la joya, si aún me encontraba despierta.

—¿Qué hiciste?

—Apagué la vela, para hacerle creer que estaba en la cama. Yo tampoco atendía a razones… Estaba decidida a guardar el diamante donde mejor me pareciera.

—¿Volviste a la cama después de apagar la vela?

—No tuve tiempo. Justo cuando apagaba la vela, la puerta del gabinete se abrió y vi…

—¿Qué viste?

—Te vi a ti.

—¿Vestido como de costumbre?

—No.

—¿En camisa de dormir?

—En camisa de dormir, con una vela en la mano.

—¿Estaba solo?

—Solo.

—¿Me viste la cara?

—Sí.

—¿Con claridad?

—Con absoluta claridad. A la luz de la vela.

—¿Tenía los ojos abiertos?

—Sí.

—¿Viste algo extraño en ellos? ¿Algo como una expresión ausente?

—No. Tenías los ojos brillantes… más brillantes de lo normal. Miraste a un lado y a otro, como si supieras que no debías estar en la habitación y temieras que alguien pudiera verte.

—¿Te fijaste en algún detalle al verme entrar? ¿Te fijaste en cómo andaba?

—Andabas igual que siempre. Llegaste hasta el centro de la habitación, y allí te detuviste a mirar.

—¿Qué hiciste al verme?

—No podía hacer nada. Estaba petrificada. No podía hablar, no podía llamar, ni siquiera podía acercarme a cerrar la puerta.

—¿Y yo te vi?

—Podrías haberme visto, pero no miraste en ningún momento. Esa pregunta es inútil. Estoy segura de que no me viste.

—¿Cómo estás tan segura?

—¿Te habrías llevado el diamante? ¿Habrías actuado como actuaste después? ¿Estarías aquí ahora… si hubieras visto que estaba despierta y que te estaba viendo? ¡No me obligues a hablar de eso! Quiero responder a tus preguntas con tranquilidad. Ayúdame a conservar la calma. Pasemos a otra cosa.

Tenía razón… Tenía toda la razón. Pasé a ocuparme de otras cosas.

—¿Qué hice después de llegar al centro de la habitación y detenerme allí?

—Te volviste y fuiste derecho a la esquina de la ventana… donde está el secreter hindú.

—En ese caso, mientras estaba delante del secreter te daría la espalda. ¿Cómo viste lo que hacía?

—Cuando te moviste yo me moví.

—¿Para ver qué hacía con las manos?

—Hay tres ventanas en el gabinete. Vi todo lo que hiciste reflejado en una de ellas.

—¿Qué viste?

—Dejaste la vela encima del secreter. Abriste y cerraste todos los cajones, hasta que diste con el cajón donde estaba el diamante. Te quedaste un momento mirando el cajón abierto. Luego metiste la mano y cogiste el diamante.

—¿Cómo sabes que lo cogí?

—Te vi meter la mano en el cajón. Y vi el brillo de la piedra entre tus dedos índice y pulgar cuando la sacaste.

—¿Volví a acercar la mano al cajón… para cerrarlo, por ejemplo?

—No. Tenías el diamante en la mano derecha, y cogiste la vela con la mano izquierda.

—¿Volví a mirar alrededor entonces?

—No.

—¿Salí de allí en seguida?

—No. Te quedaste quieto un buen rato. Vi tu rostro de perfil en la ventana.

Parecía que estabas pensando y no te agradaba lo que pensabas.

—¿Qué ocurrió después?

—Reaccionaste de repente y saliste muy deprisa.

—¿Cerré la puerta al salir?

—No. Saliste precipitadamente al pasillo y dejaste la puerta abierta.

—¿Y después?

—Después dejé de ver la luz de tu vela, dejé de oír tus pasos y me quedé a oscuras.

—¿Sucedió algo desde entonces hasta que se supo en la casa que el diamante había desaparecido?

—Nada.

—¿Estás segura? ¿No te quedarías dormida en algún momento?

—No dormí en toda la noche. No volví a la cama. No ocurrió nada hasta que Penelope vino por la mañana, a la hora de siempre.

Solté su mano, me levanté y di una vuelta por la sala. Había respondido a todas las preguntas que podía hacerle. Me había revelado todos los detalles que podía necesitar. Incluso volví a contemplar la posibilidad de que estuviera sonámbulo o ebrio; y de nuevo la invalidez de una y otra teoría quedó demostrada, esta vez por la autoridad del testigo que me había visto. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Veía ante mí el hecho atroz del robo… el único objeto visible y tangible en mitad de la impenetrable oscuridad que envolvía todo lo demás. No hallé un solo destello de luz que me guiara cuando me apoderé del secreto de Rosanna Spearman en las Arenas Temblonas. Y tampoco lo hallaba entonces, después de haber acudido a la propia Rachel y haber oído de sus labios la sobrecogedora historia de lo ocurrido.

Esta vez fue ella quien rompió el silencio.

—¿Bien? Me has preguntado y he respondido. Me has hecho confiar en que esto pudiera llevarnos a algo, porque tú así lo esperabas. ¿Qué me dices ahora? —Su tono me indicaba que había vuelto a perder mi influencia sobre ella—. Íbamos a analizar juntos lo que ocurrió en la noche de mi cumpleaños, y de ese modo íbamos a entendernos. ¿Lo hemos conseguido?

Aguardó mi respuesta sin clemencia. Cometí un error garrafal, permití que mi desesperada situación me hiciera perder los nervios. Con tanta inutilidad como precipitación, le reproché que su silencio me hubiera privado hasta entonces de saber la verdad.

—Si hubieras hablado cuando te correspondía, si hubieras sido mínimamente justa y te hubieras explicado…

Me interrumpió con un grito colérico. Esas pocas palabras fueron como un latigazo que desencadenó un frenesí de ira.

—¡Explicarme! —repitió—. ¿Hay en este mundo un hombre igual? Le evito el disgusto, mientras yo me desgarro por dentro; lo protejo cuando está en juego

mi propia dignidad; ¡y él, precisamente él entre todos los seres humanos, se vuelve contra mí y me reprocha no haberme explicado! Habiendo creído en él como creía, habiéndolo amado como lo amaba, habiendo pensado en él a todas horas del día y soñado con él por las noches… ahora se extraña de que no lo acusara desde el principio. « ¡Cariño, eres un ladrón! ¡Mi héroe, al que amo y respeto, tú, has entrado a escondidas en mi habitación al abrigo de la noche y has robado mi diamante!» . Eso tendría que haberte dicho. Villano, mezquino, mezquino villano. ¡Antes habría preferido perder cincuenta diamantes que ver cómo me mientes, como me estás mintiendo ahora!

Tomé mi sombrero. Por compasión —honradamente puedo decir que así fue —, por compasión di media vuelta sin decir palabra y abrí la puerta por la que había entrado.

Me siguió y me apartó la mano de la manilla; cerró la puerta y señaló al espacio donde me encontraba segundos antes.

—¡No! ¡Todavía no! Parece ser que te debo una explicación por mi conducta. Te quedarás a oírla. O caerás en la mayor de las infamias yéndote por la fuerza.

Se me encogía el corazón de verla; se me encogía el corazón de oírla. Le indiqué con una seña, no pude hacer otra cosa, que accedía a su voluntad.

La ira empezó a diluirse en su rostro cuando volví a sentarme en silencio. Esperó unos momentos y se tranquilizó. Cuando volvió a hablar, sólo advertí un leve indicio de sus sentimientos. Habló sin mirarme. Entrelazó las manos crispadas sobre el regazo y fijó la vista en el suelo.

—Tendría que haber sido mínimamente justa —dijo, repitiendo mis palabras —. Tú mismo podrás juzgar si traté de ser justa o no. Acabo de explicarte que esa noche no dormí, que no volví a la cama después de que salieras de mi gabinete. De nada sirve que te atormente con lo que pensé, porque no lo entenderías. Sólo te contaré lo que hice, cuando hubo pasado el tiempo suficiente para sobreponerme. Me abstuve de dar la alarma y de contar a todo el mundo lo ocurrido, como tendría que haber hecho. A pesar de lo que había visto, te quería demasiado para creer… ¡qué más da eso! Preferí creer lo imposible antes que reconocer ante mí misma que eras un ladrón consumado. Le di muchas vueltas… y terminé por escribirte una carta.

—Nunca la recibí.

—Sé que nunca la recibiste. Espera un poco y entenderás por qué. Mi carta no decía nada abiertamente. No te habría arruinado la vida, si llegaba a caer en manos ajenas. Sólo explicaría, de un modo que no dejara lugar a dudas, que tenía razones para creer que habías contraído deudas, y que sabía, lo mismo que sabía mi madre, que no eras prudente ni reparabas en escrúpulos cuando necesitabas dinero. Eso te habría recordado la visita del abogado francés y habrías sabido a qué me refería. Si hubieras seguido leyendo con interés, habrías visto que te hacía una oferta, la oferta implícita (¡sin que nunca llegáramos a decirnos una

sola palabra!) de prestarte todo el dinero que pudiera reunir. ¡Y lo habría reunido! —exclamó, mientras volvía a subir el color a sus mejillas y sus ojos se avenían a mirarme—. ¡Yo misma habría empeñado el diamante, si no hubiese habido otra manera de conseguir el dinero! Eso te decía en mi carta. ¡Espera! Decía algo más. Convine con Penelope que te entregaría la carta cuando no hubiera nadie presente. Decidí encerrarme en mi dormitorio y dejar el gabinete abierto toda la mañana. Y confié, ¡con todo mi corazón!, en que tuvieras la oportunidad de devolver el diamante a su cajón.

Traté de hablar. Ella levantó la mano con impaciencia y me detuvo. En sus rápidas fluctuaciones anímicas, la ira volvía a apoderarse de ella. Se levantó del asiento y se me acercó.

—Sé lo que vas a decir. Vas a recordarme otra vez que nunca recibiste mi carta. Te diré por qué. La rompí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Por la mejor de las razones. ¡Preferí romperla antes de entregársela a un hombre como tú! ¿Cuál fue la primera noticia que me llegó esa mañana? Justo cuando había concluido mi pequeño plan, ¿qué fue lo que oí? Oí que tú, ¡tú!, fuiste el más diligente en toda la casa a la hora de avisar a la policía. Fuiste el hombre de acción; fuiste el cabecilla; trabajaste con ahínco para recuperar el diamante. Llevaste tu audacia al extremo de querer hablar conmigo sobre la desaparición del diamante… el diamante que tú mismo habías robado; ¡el diamante que en todo momento estaba en tus manos! Tras esa repugnante prueba de cinismo y de astucia, rompí la carta. Pero incluso entonces, cuando estaba desesperada por el registro y el interrogatorio del policía al que tú mismo habías llamado, incluso entonces, seguía albergando alguna fantasía que me impedía delatarte. Me dije: «Ha escenificado esta farsa delante de todos los demás miembros de la casa. Quiero ver si es capaz de escenificarla delante de mí». Alguien me dijo que estabas en la terraza y fui en tu busca. Me obligué a mirarte a la cara; me obligué a hablarte. ¿Has olvidado lo que te dije?

Podría haber respondido que recordaba todas y cada una de sus palabras, pero ¿de qué habría servido en ese momento?

¿Cómo podía decirle que lo que había dicho entonces me había dejado perplejo, sumido en la más honda angustia, me había llevado a pensar que se hallaba en un peligroso estado de excitación nerviosa, incluso me había hecho dudar por un instante si la desaparición del diamante era para ella el mismo misterio que para los demás, pero que en ningún caso me había ofrecido un solo atisbo de la verdad? Sin la menor prueba que aducir para demostrar mi inocencia, ¿cómo iba a convencerla de que, cuando me habló en la terraza, yo no sabía más de lo que hubiera podido saber un desconocido de cuáles eran sus pensamientos?

—Es posible que a ti te convenga olvidar —continuó—; a mí me conviene

recordar. Sé muy bien lo que dije, porque lo había meditado mucho antes de decirlo. Te di varias oportunidades de confesar la verdad. No me reservé nada; sólo me abstuve de señalar expresamente que sabía que tú habías cometido el robo. Y, a cambio de eso, tú me miraste con esa vil pretensión de asombro y esa cara de falsa inocencia… ¡exactamente igual que me has mirado hoy! ¡Exactamente igual que me estás mirando ahora! Esa mañana me despedí de ti sabiendo por fin lo que eras, sabiendo lo que eres, ¡el mayor canalla que ha pisado este mundo!

—Si hubieras hablado entonces, yo habría sabido, Rachel, que estabas cometiendo una cruel equivocación con un hombre inocente.

—Si hubiera hablado en presencia de otras personas —replicó, con un nuevo estallido de indignación—, ¡te habría arruinado la vida para siempre! ¡Y si te lo hubiera dicho en privado, lo habrías negado, tal como lo estás negando ahora! ¿Crees que yo te habría creído? ¿Vacilaría en mentir un hombre que había hecho lo que yo le había visto hacer… y que después se había comportado como yo había visto? Te lo repito una vez más. No podía soportar el horror de verte mentir, después de haberte visto robar. ¡Hablas como si todo fuera un malentendido que pudiera aclararse con unas pocas palabras! Pues bien, ¡el malentendido ya ha concluido! ¿Se ha aclarado algo? ¡No! Todo sigue igual que estaba. ¡No te creo! No creo que encontraras la camisa de dormir, no creo en la carta de Rosanna Spearman, no creo ni una palabra de todo lo que has contado. Tú robaste el diamante… ¡Yo lo vi! Fingiste colaborar con la policía… ¡Yo lo vi! Empeñaste el diamante en Londres… ¡Estoy segura! ¡Y arrojaste las sospechas (con ayuda de mi mezquino silencio) sobre un hombre inocente! ¡A la mañana siguiente huiste del país con tu botín! Después de tanta vileza, sólo te quedaba una cosa por hacer. ¡Venir aquí con una última mentira en los labios… venir aquí y decirme que me he equivocado contigo!

De haberme quedado un instante más, no sé qué habría podido decirle, y ahora estaría arrepintiéndome en vano. Pasé delante de ella y abrí la puerta por segunda vez. Y por segunda vez, con el perverso frenesí de una mujer desquiciada, me sujetó del brazo y me impidió la salida.

—Deja que me vaya, Rachel. Será lo mejor para los dos. Deja que me vaya.

Una pasión histérica se concentró en su pecho, y casi sentí en la cara su respiración agitada y convulsa cuando me apartó de la puerta.

—¿Por qué has venido? —insistió desesperada—. Te lo pregunto otra vez. ¿Por qué has venido? ¿Tienes miedo de que te delate? Ahora que eres un hombre rico, ahora que tienes una posición en el mundo, ahora que puedes casarte con la mejor dama del país… ¿temes que pueda contar lo que aún no le he contado a nadie más que a ti? ¡No puedo contarlo! ¡No puedo delatarte! ¡Soy todavía peor, si cabe, de lo que eres tú! —Estalló en sollozos y lágrimas. Trató de combatirlos por todos los medios; me sujetó con más fuerza que nunca—. No puedo

arrancarte de mi corazón. ¡Ni siquiera ahora! ¡Puedes confiar en la vergonzosa debilidad que sólo me permite combatir contigo de esta manera! —Me soltó de repente, lanzó las manos al aire y las retorció fuera de sí—. ¡Cualquier otra mujer se espantaría al tocarlo! —exclamó—. ¡Ay, Dios mío! ¡Me desprecio a mí misma mucho más de lo que lo desprecio a él!

No pude evitar que las lágrimas asomaran a mis ojos. Era imposible soportar tanto horror.

—Sabrás que te has equivocado conmigo —dije—. ¡O no volverás a verme nunca!

La abandoné con estas palabras. Se levantó de la butaca en la que poco antes se había dejado caer. Se levantó, ¡la noble criatura!, y me siguió por la antecámara, compadeciéndose de mí una vez más.

—¡Franklin! ¡Te perdono! ¡Ay, Franklin, Franklin! No volveremos a vernos. ¡Di que me perdonas!

Me volví, para que pudiera leer en mi rostro que me había dejado mudo. Agité la mano y apenas acerté a ver su figura borrosa, como en una visión, entre las lágrimas que al fin me habían vencido.

Al momento, lo peor de la angustia había pasado. Me encontré de nuevo en el jardín. Ya no podía verla ni oírla.

CAPÍTULO VIII

Esa noche, el señor Bruff vino a verme inesperadamente.

Se había operado un cambio muy notable en su actitud. Había perdido su confianza y su buen ánimo característicos. Por primera vez me estrechó la mano en silencio.

—¿Vuelve usted a Hampstead? —pregunté, por decir algo.

—Vengo de allí. Sé, señor Franklin, que por fin ha sabido la verdad. Tengo que decirle sinceramente que, si hubiera sabido calcular el precio que habría que pagar por ello, hubiese preferido que siguiera usted sin saberla.

—¿Ha visto a Rachel?

—He venido aquí después de dejarla en Portland Place; no estaba en condiciones de hacer el viaje sola. No puedo culparlo de lo mucho que este encuentro la ha trastornado, puesto que se ha visto usted con ella en mi casa y con mi autorización. Lo único que puedo hacer es no repetir la misma fechoría. Es joven, tiene un espíritu resuelto, se recuperará, con un poco de tiempo y de descanso. Sólo quiero asegurarme de que no hará usted nada que pueda obstaculizar su recuperación. ¿Me garantiza que no tratará de verla por segunda vez, salvo que reciba mi permiso y mi aprobación?

—Después de lo que ha sufrido, y de lo que he sufrido yo, se lo garantizo.

—¿Tengo su palabra?

—Tiene mi palabra.

El señor Bruff pareció aliviado. Dejó su sombrero y acercó su butaca a la mía.

—¡Asunto resuelto! —dijo—. Y ahora hablemos del futuro, de su futuro, señor Franklin. A mi modo de ver, el resultado del asombroso giro que ha dado el asunto es el siguiente, brevemente expuesto. En primer lugar, tenemos la certeza de que Rachel le ha contado toda la verdad, con tanta claridad como permiten las palabras. En segundo lugar, aunque sabemos que en algún punto hay un terrible error, no podemos culparla por creerlo a usted culpable, puesto que así se lo dicta la evidencia de sus sentidos; una evidencia respaldada además por circunstancias que al parecer apuntan todas hacia usted, señor.

—No culpo a Rachel —lo interrumpí—. Sólo lamento que no se decidiera a contármelo todo cuando ocurrió.

—Eso es como si lamentara usted que Rachel no fuera Rachel —repuso el señor Bruff—. Y aun así, yo dudo que una muchacha con un mínimo de delicadeza y para quien su mayor ilusión fuera casarse con usted se hubiera atrevido a decirle a la cara que era un ladrón. De todos modos, no va con la

naturaleza de Rachel obrar así. He tenido ocasión de comprobar que, en un asunto muy diferente del que a usted le afecta, y que la colocó en una situación no del todo distinta a la que tiene con usted, se dejó influir por un motivo similar al que ha dictado su proceder en este caso. Además, ella misma me ha dicho esta tarde, de camino a la ciudad, que aunque entonces se hubiera sincerado con usted no habría creído sus desmentidos más de lo que los cree ahora. ¿Qué puede decirme a eso? No hay respuesta posible. ¡Vamos, vamos, señor Franklin! Reconozco que me he equivocado de medio a medio, pero, tal como están las cosas, creo que vale la pena seguir mi consejo a pesar de todo. Se lo diré con franqueza: perderemos el tiempo y nos devanaremos los sesos inútilmente si tratamos de volver atrás para desentrañar este lío desde el principio. Olvidemos todo lo que ocurrió el año pasado en casa de lady Verinder, y veamos qué podemos descubrir en el futuro, en lugar de centrarnos en lo que no podemos descubrir en el pasado.

—Se olvida usted de que todo radica esencialmente en el pasado, en lo que a mí me concierne.

—Respóndame a esta pregunta. ¿Está la Piedra Lunar en el fondo de todo este enredo… sí o no?

—Desde luego que sí.

—Muy bien. ¿Qué creemos que se hizo con ella cuando se trajo a Londres?

—Se le entregó al señor Luker a cambio de dinero.

—Sabemos que no fue usted quien la empeñó. ¿Sabemos quién fue?

—No.

—¿Dónde creemos que se encuentra la Piedra Lunar en este momento?

—Depositada al cuidado de los banqueros del señor Luker.

—Exacto. Ahora, fíjese bien. Ya estamos en junio. Hacia finales de mes (no me es posible precisar la fecha exacta) habrá pasado un año desde el momento en que creemos que se empeñó la joya. Existe una posibilidad, por no decir más, de que la persona que la empeñó se disponga a recuperarla cuando haya expirado ese plazo. De ser así, y según las condiciones de su propio acuerdo, sólo el señor Luker puede retirar la joya del banco. En tales circunstancias, le propongo vigilar el banco, en los últimos días del mes, para averiguar a quién le entrega el diamante el señor Luker. ¿Lo comprende ahora?

Admití, no sin algún reparo, que la idea al menos era inédita.

—La idea es tan mía como del señor Murthwaite —dijo el abogado—. A mí no se me habría ocurrido nunca, de no haber sido por una conversación que tuvimos hace algún tiempo. Si el señor Murthwaite está en lo cierto, los hindúes también estarán vigilando el banco hacia finales de mes, y podría ocurrir algo importante. Lo que ocurra no es de nuestra incumbencia, excepto en la medida en que pueda ayudarnos a dar con el misterioso individuo que empeñó el diamante. Esa persona, no le quepa ninguna duda, es quien debería estar (y no

pretendo saber cómo) en la situación en que se encuentra usted en este momento, y sólo esa persona puede restituir su honor a los ojos de Rachel.

—No puedo negar que el plan que propone enfoca la situación de una manera muy audaz, muy ingeniosa y enteramente nueva, pero…

—¿Tiene usted alguna objeción?

—Sí. Mi objeción es que su proposición nos obliga a esperar.

—Concedido. Según mis cálculos, la espera será de unos quince días, aproximadamente. ¿Es eso tanto tiempo?

—Es una eternidad, señor Bruff, en una situación como la mía. La existencia se me hará sencillamente insufrible a menos que consiga limpiar mi nombre cuanto antes.

—Bueno, bueno, eso lo comprendo. ¿Ha pensado ya en qué puede hacer?

—He pensado consultar con el sargento Cuff.

—Se ha retirado de la policía. Es inútil esperar que el sargento pueda ayudarlo.

—Sé dónde encontrarlo, y voy a intentarlo.

—Inténtelo —dijo, tras reflexionar unos momentos—. El caso ha dado un giro tan asombroso desde que el sargento lo dejó que quizá consiga reavivar su interés por la investigación. Inténtelo, y hágame saber cuál es el resultado. Entre tanto —añadió, levantándose—, si no averigua usted nada nuevo antes de finales de mes, ¿tengo libertad por mi parte para comprobar si la vigilancia del banco nos revela algo?

—Desde luego que sí, a menos que en el ínterin yo pudiera evitarle la necesidad de hacer la prueba.

El señor Bruff sonrió y tomó su sombrero.

—Dígale al sargento Cuff que el descubrimiento de la verdad, tal como yo lo veo, pasa por descubrir quién empeñó el diamante. Y cuénteme qué opina él, basándose en su experiencia.

Así nos despedimos.

A primera hora de la mañana siguiente emprendí el viaje a la pequeña ciudad de Dorking, el lugar de retiro del sargento Cuff, según me había explicado Betteredge.

En el hotel me dieron las indicaciones necesarias para encontrar la casa del sargento. Tomé el camino vecinal que conducía hasta la agradable vivienda, algo apartada de la ciudad, construida en el centro de su propia parcela, protegida por una sólida tapia de ladrillo en los costados y en la parte trasera y cerrada por un seto alto en la parte delantera. La verja, decorada en su zona superior por un enrejado pintado con destreza, estaba cerrada. Después de tocar la campanilla, atisbé entre las rejas y vi por todas partes la flor favorita del gran Cuff: floreciendo en el jardín, flanqueando la puerta y asomándose a las ventanas. Lejos de los delitos y los misterios de la gran ciudad, el ilustre policía pasaba

plácidamente sus últimos años de vida como un sibarita, rodeado de rosas.

Una mujer mayor, de aspecto muy digno, abrió la verja y aniquiló de un plumazo todas mis esperanzas de contar con la ayuda del sargento Cuff. Se había marchado de viaje la víspera, a Irlanda.

—¿Ha ido allí por algún asunto de trabajo?—pregunté.

La mujer sonrió.

—Ahora sólo tiene un trabajo, señor; su trabajo son las rosas. Parece ser que un gran jardinero irlandés ha descubierto un método nuevo para el cultivo de las rosas, y el señor Cuff ha ido a verlo.

—¿Sabe cuándo regresará?

—No podría decírselo. El señor Cuff dijo que tanto podía volver en seguida como quedarse algún tiempo, según si merecía o no la pena estudiar ese descubrimiento. Si desea usted transmitirle algún recado, yo me ocuparé de que lo reciba, señor.

Le dejé mi tarjeta de visita, tras hacer en ella una anotación a lápiz: « Tengo algo que decirle sobre la Piedra Lunar. Avíseme en cuanto regrese» . Hecho esto, no tuve más remedio que rendirme ante las circunstancias y regresar a Londres.

Como estaba muy irritable, en la época a la que me refiero, el viaje frustrado a casa del sargento no hizo más que acrecentar mi acuciante necesidad de hacer algo. A mi regreso de Dorking, resolví dedicar la mañana siguiente a un nuevo esfuerzo en el empeño de avanzar, a despecho de los obstáculos, desde la oscuridad hacia la luz.

¿Qué forma debía adoptar mi experimento?

Si el magnífico Betteredge hubiera estado presente mientras yo consideraba la manera de proceder, y si le hubiera confiado mis pensamientos más íntimos, sin duda habría afirmado que en esta ocasión prevalecía la faceta alemana de mi personalidad. Bromas aparte, quizá sea posible que mi educación alemana fuera culpable en cierta medida del laberinto de especulaciones inútiles en que me veía atrapado. Pasé la mayor parte de la noche en vela, fumando en un sillón y elaborando hipótesis a cual más improbable. Cuando por fin me fui a la cama, las fantasías a las que me entregaba en mi vigilia me persiguieron también en sueños. Al despertar al día siguiente, no acertaba a discernir entre los planos objetivo-subjetivo y subjetivo-objetivo, enredados como estaban a más no poder; y comencé la mañana que habría de presenciar mi siguiente tentativa de intervención práctica dudando de si realmente tenía algún motivo (atendiendo a razones estrictamente filosóficas) para creer en la existencia real de cualquier objeto (el diamante incluido).

Me es imposible decir cuánto tiempo habría seguido perdido en las brumas de mi metafísica particular de haber podido abandonarme a ella. Un suceso fortuito acudió en mi rescate y me liberó felizmente. Por casualidad me puse esa mañana la misma chaqueta que llevaba el día de mi encuentro con Rachel.

Mientras buscaba algo en uno de los bolsillos, di con un trozo de papel arrugado, que resultó ser la olvidada carta de Betteredge.

No me pareció bien dejar a mi buen amigo sin respuesta. Me senté al escritorio y releí su carta.

Una carta que no contiene nada de importancia no siempre es fácil de responder. En esta categoría epistolar se enmarcaba la correspondencia iniciada por Betteredge. El ayudante del doctor Candy, es decir, Ezra Jennings, le había contado a su jefe que me había visto, y el doctor a su vez quería verme para contarme algo cuando volviera por Frizinghall. ¿Qué podía justificar el derroche de papel ante un suceso tan nimio? Me puse a dibujar de memoria algunos esbozos del peculiar ayudante del doctor Candy en la cuartilla que debería haberle dedicado a Betteredge, ¡hasta que caí en la cuenta de que el irrefrenable Ezra Jennings volvía a cruzarse en mi camino! Hice por lo menos una docena de retratos del hombre del pelo pinto y conseguí un parecido notable, al menos en el pelo; los tiré a la papelera y acto seguido redacté mi respuesta a Betteredge. Fue una carta de lo más corriente, pero tuvo un efecto asombroso. El esfuerzo de construir unas pocas frases en un inglés sencillo disipó por completo la nube de disparates que me enturbiaba el juicio desde el día anterior.

Cuando volví a entregarme a desentrañar el impenetrable enigma que mi propia situación me planteaba, traté de analizarlo desde una perspectiva enteramente práctica. Como seguía sin comprender en lo más mínimo los sucesos de aquella noche memorable, volví mis pensamientos hasta un punto anterior, y seguí en mi memoria el rastro de las horas previas al cumpleaños, en busca de algún incidente que pudiera ayudarme a dar con la clave.

¿Sucedió algo mientras Rachel y yo terminábamos la decoración de la puerta? ¿O después, cuando fui a caballo hasta Frizinghall? ¿O más tarde, cuando regresé con Godfrey Ablewhite y sus hermanas? ¿O más tarde aún, cuando deposité la Piedra Lunar en manos de Rachel? ¿O incluso después, cuando llegaron los invitados y nos sentamos a la mesa? No tardé en desechar la sucesión de los incidentes, hasta que volví sobre el momento de la cena. Al tratar de rememorar cómo transcurrió la celebración me vi en un callejón sin salida. Ni siquiera era capaz de recordar con exactitud el número de invitados con quienes compartí la mesa.

Sentirme del todo incapaz de reconstruir la escena y concluir en consecuencia que lo que ocurrió en ese lapso de tiempo quizá podría compensar ampliamente el esfuerzo de analizarlo fueron en mi caso partes del mismo proceso mental. Creo que otras personas, en parecidas circunstancias, habrían razonado del mismo modo. Cuando en aras del propio interés nos vemos forzados a analizarnos a fondo, es natural que recelemos de lo que ignoramos. Una vez conseguí la lista de las personas que asistieron a la cena, con el propósito de colmar las lagunas de mi deficiente memoria, decidí recurrir a la memoria del

resto de los invitados; pedirles que pusieran por escrito todo lo que lograran recordar, y contrastar los resultados a la luz de lo que ocurrió a continuación, cuando todos se marcharon.

Este experimento inédito, entre los muchos que había contemplado guiándome por el arte de la investigación —que Betteredge acaso habría atribuido a la prevalencia momentánea de la lucidez, es decir, de mi faceta francesa— es digno de reseñarse en estas páginas, a la vista de sus méritos. Por improbable que pueda parecer, después de haber dado tantos palos de ciego, al fin había llegado a la raíz del caso. Sólo necesitaba una pista que me guiara por el buen camino desde el principio. ¡Antes de que el día hubiera concluido, uno de los asistentes al cumpleaños me proporcionó la pista necesaria!

De acuerdo con el plan que me había trazado, lo primero era disponer de una lista completa de los invitados. No sería complicado obtenerla de Betteredge. Decidí regresar a Yorkshire esa misma mañana para iniciar mis pesquisas al día siguiente.

Era demasiado tarde para tomar el tren que salía de Londres antes de mediodía. No tuve más remedio que esperar al siguiente, casi tres horas más tarde. ¿Había algo útil que pudiera hacer en la ciudad en ese intervalo de tiempo?

Mis pensamientos se obstinaban en regresar a la cena de cumpleaños.

Aunque había olvidado el número, y en muchos casos, los nombres de los invitados, no tardé en recordar que la gran mayoría vino de Frizinghall o sus alrededores. Pero la gran mayoría no eran todos. Algunos de los presentes no residíamos con regularidad en el país. Yo era uno de ellos. Otro era el señor Murthwaite. Godfrey Ablewhite era el tercero. El señor Bruff… no. Me vino a la memoria que el señor Bruff no pudo asistir a la celebración, por razones de trabajo. ¿Alguna de las damas presentes residía habitualmente en Londres? Sólo recordaba a la señorita Clack. Sin embargo, había al menos tres invitados a los que me convenía claramente ver antes de mi partida. Me dirigí de inmediato al despacho del señor Bruff, puesto que ignoraba las direcciones de las personas a las que buscaba y pensé que él podría ayudarme a localizarlas.

Encontré al abogado demasiado ocupado para dedicarme más de un minuto de su valioso tiempo. No obstante, en ese minuto consiguió despachar de la manera más desalentadora todas las preguntas que yo quería hacerle.

En primer lugar, mi nuevo método destinado a descubrir la clave del misterio le parecía demasiado fantasioso para discutirlo siquiera en serio. En segundo, tercero y cuarto lugar, el señor Murthwaite había partido hacia el escenario de sus pasadas andanzas; la señorita Clack había sufrido pérdidas financieras y se había establecido en Francia, por motivos económicos; al señor Godfrey Ablewhite quizá lograra o no encontrarlo en algún lugar de Londres. ¿Qué tal si

preguntaba en su club? Debía disculpar al señor Bruff, pues tenía asuntos que atender. Me deseaba buenos días.

Al verse tan reducido el campo de mi investigación en Londres, puesto que sólo me quedaba la posibilidad de dar con el señor Godfrey, seguí el consejo del abogado y tomé un coche hasta su club.

En el vestíbulo me encontré con uno de los miembros, un viejo amigo de mi primo al que yo también conocía. Este caballero, tras ilustrarme acerca de la dirección de Godfrey, me habló de dos acontecimientos recientes de cierta relevancia en la vida de mi primo, de los cuales yo aún no tenía noticia.

Al parecer, lejos de caer en el abatimiento tras la anulación del compromiso matrimonial por parte de Rachel, poco después había pedido en matrimonio a otra señorita, de quien se decía que era una gran heredera. Su petición de mano había prosperado, y la boda se daba por cosa cierta. Pero, una vez más, el compromiso había vuelto a romperse inesperadamente, esta vez, según se decía, a raíz de una importante desavenencia entre el novio y el padre de la dama por la cuestión de la dote.

En compensación a este segundo desastre, Godfrey se había convertido poco después en el objeto de la generosidad desinteresada de una de sus numerosas admiradoras. Una anciana de gran fortuna —muy respetada en la Sociedad de Madres para la Transformación de los Pantalones Bombachos, y gran amiga de la señorita Clack (a quien no le dejó en herencia nada más que una sortija de luto)— le había legado al admirable y meritorio Godfrey la suma de cinco mil libras. Tras sumar tan atractiva cantidad a sus modestos recursos económicos, se le había oído decir que necesitaba un respiro de sus labores benéficas, y que su médico le había prescrito «un viaje por Europa, como fuente de abundantes beneficios para su salud en el futuro». Si tenía intención de verlo, más me valía no perder un instante en hacerle mi visita.

Fui a verlo, sin pensarlo dos veces.

La misma fatalidad que me impidió encontrar al sargento Cuff por un solo día volvía a interponerse en mi visita a Godfrey. Se había marchado de Londres la mañana anterior, en el tren de la costa, camino de Dover. Allí embarcaría rumbo a Ostende, y su criado creía que tenía intención de ir a Bruselas. Se desconocía la fecha de su retorno, aunque podía contar con que estuviera ausente al menos tres meses.

Volví a mis habitaciones ligeramente abatido. Tres de los invitados a la cena de cumpleaños —las tres personas de inteligencia excepcional— se hallaban fuera de mi alcance cuando más necesitaba comunicarme con ellos. Mis últimas esperanzas residían ahora en Betteredge y en los amigos de la difunta lady Verinder que aún vivieran en los alrededores de la casa ahora propiedad de Rachel.

Esta vez fui directamente a Frizinghall, puesto que la ciudad era en ese momento el núcleo central de mis pesquisas. Llegué demasiado tarde para avisar a Betteredge. A la mañana siguiente, envié a un mozo con una carta en la que le pedía que fuera a verme al hotel en cuanto le fuera posible.

Como había tomado la precaución —en parte por ganar tiempo, en parte por comodidad de Betteredge— de enviar al recadero en un tílburi, cabía esperar razonablemente que mi amigo tardara en llegar menos de dos horas desde el momento en que mandé a buscarlo. En ese intervalo decidí comenzar mis investigaciones entre los invitados que asistieron a la cena de cumpleaños a los que conocía personalmente y que se hallaban más cerca. Éstos eran mis parientes, los Ablewhite, y el doctor Candy. El doctor había expresado un deseo especial de verme, y resultó que vivía a la vuelta de la esquina. Fui a verlo en primer lugar.

A raíz de lo que me había contado Betteredge, yo esperaba encontrar en su rostro algunas secuelas de la enfermedad. Sin embargo, en modo alguno estaba preparado para el cambio que observé al entrar en su casa y estrecharle la mano. Tenía los ojos apagados, el pelo completamente gris, la cara llena de arrugas, y el cuerpo había menguado. Me quedé mirando al antaño animado, bullicioso y jovial doctor —asociado en mi recuerdo con incorregibles indiscreciones sociales e innumerables bromas inocentes— y no vi de aquel hombre más que la antigua tendencia a un atildamiento vulgar en la manera de vestir. El pobre hombre daba lástima, pero sus ropas y sus joyas, en grotesco contraste con el cambio que se había operado en él, eran tan llamativas y chabacanas como siempre.

—He pensado a menudo en usted, señor Blake, y me alegro mucho de verlo por fin —dijo—. Si hay algo en lo que pueda ayudarlo, por favor, solicite mis servicios, señor… solicite mis servicios.

Me saludó con estas palabras corrientes, sin ninguna premura o avidez innecesarias, aunque con una curiosidad irrefrenable e indisimulada —casi diría que infantil— por saber qué me había llevado hasta Yorkshire.

Yo había anticipado, a la vista de mi propósito, que tendría que ofrecer alguna explicación personal para despertar el interés de aquellas personas, en su mayoría extrañas para mí, y lograr su colaboración en mi empresa. Camino de Frizinghall había elaborado dicha explicación, y aproveché la oportunidad que se me ofrecía para ponerla a prueba con el doctor Candy.

—Estuve en Yorkshire el otro día, y he regresado por un asunto bastante romántico. Se trata de algo que interesa a todos los amigos de la difunta lady Verinder. ¿Recuerda usted la misteriosa desaparición del diamante hindú, hace cosa de un año? Ciertas circunstancias recientes me hacen confiar en que todavía pueda encontrarse la joya y estoy personalmente interesado, como miembro de la familia, en recuperarla. Entre los obstáculos que se interponen en mi camino

figura la necesidad de reunir de nuevo todas las pruebas que se descubrieron en ese momento, y otras si me fuera posible. Hay algunas peculiaridades en el caso que hacen deseable refrescar mi memoria sobre lo que ocurrió en la casa la noche del cumpleaños de la señorita Verinder. Por eso me he atrevido a recurrir a los amigos de su difunta madre, para que me presten la ayuda de sus recuerdos.

Había llegado hasta aquí en el ensayo de mi explicación cuando la expresión del doctor Candy me reveló sin lugar a error que mi experimento con él era un rotundo fracaso.

El buen hombre parecía inquieto, no dejaba de tirarse de las puntas de los dedos mientras yo hablaba. Sus ojos apagados y acuosos no se apartaban de mi rostro con una mirada ausente y nostálgica muy dolorosa de ver. Se hacía imposible adivinar en qué estaría pensando. Lo único evidente era que no logré despertar su atención más allá de las dos o tres primeras palabras. La única manera de hacerlo volver en sí parecía ser un cambio de tema. Lo intenté sin dilación.

—¡Eso es lo que me ha traído a Frizinghall! —dije con alegría—. Ahora, señor Candy, le toca a usted. Me envió un recado a través de Gabriel Betteredge…

Dejó de tirarse de los dedos y se animó súbitamente.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —exclamó, muy encendido—. ¡Eso es! ¡Le mandé un recado!

—Y Betteredge me lo comunicó puntualmente por carta. Quería usted decirme algo cuando volviera por aquí. ¡Pues bien, señor Candy, aquí estoy!

—¡Aquí está! —repitió—. Y Betteredge tenía mucha razón. Tenía algo que decirle. Ése fue mi recado. Betteredge es un hombre prodigioso. ¡Qué memoria! ¡Qué memoria, a su edad!

Volvió a sumirse en el mismo silencio y a tirarse de las puntas de los dedos. Recordando lo que Betteredge me había contado, sobre el efecto que la fiebre había tenido en su memoria, continué la conversación con la esperanza de lograr sorprenderlo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Fue en la última cena de cumpleaños que mi pobre tía pudo organizar.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡La cena de cumpleaños! —Se levantó impulsivamente y me miró con atención. Un profundo rubor se extendió en el acto por su rostro marchito y volvió a sentarse con la misma brusquedad, como si fuera consciente de haber delatado una debilidad que de buen grado hubiese preferido ocultar. Era evidente, tristemente evidente, que tenía conciencia de su pérdida de memoria y trataba de disimularla ante sus amigos.

Hasta entonces sólo había despertado mi compasión. En cambio, las palabras que acababa de pronunciar, por pocas que fueron, despertaron vivamente mi

curiosidad. La cena de cumpleaños se había convertido a estas alturas en el único acontecimiento del pasado que yo recordaba con una extraña mezcla de esperanza y temor. ¡Y era precisamente esa cena el importante asunto que el doctor Candy quería tratar conmigo!

Traté de ayudarlo una vez más. Esta vez, sin embargo, mis propios intereses se mezclaban con mi compasión, y me llevaron a apresurarme en exceso para alcanzar mis fines.

—Ha pasado casi un año desde que compartimos esa cena tan grata —dije—. ¿Guarda usted en su diario, o en otra parte, algún recordatorio de lo que quería decirme?

El doctor Candy captó la insinuación y me hizo saber que la entendía como un insulto.

—No necesito recordatorios, señor Blake —respondió con envaramiento—. Todavía no soy tan viejo… y mi memoria (a Dios gracias) aún es de fiar.

De más está decir que no quise darme por enterado de que lo había ofendido.

—Ojalá pudiera yo decir lo mismo de la mía. Cuando intento rememorar cosas que ocurrieron hace un año, rara vez encuentro evocaciones tan claras como me gustaría. Pongamos por caso la cena de lady Verinder…

Volvió a animarse en cuanto esta alusión salió de mis labios.

—¡Ah, la cena, la cena en casa de lady Verinder! —exclamó con más ardor que nunca—. Tengo algo que decirle al respecto.

Me miró de nuevo con la misma expresión dolorosa de duda, de nostalgia, tan ausente y tan desgarradora. Bien se veía que se empeñaba con todas sus fuerzas, aunque en vano, por recuperar los recuerdos perdidos.

—¡Fue una cena muy agradable! —exclamó de buenas a primeras, con el aire de decir exactamente lo que quería decir—. ¿Verdad que fue una cena muy agradable, señor Blake? —Asintió, sonrió y pareció pensar, el pobre hombre, que había logrado ocultar el rotundo fracaso de su memoria sabiendo utilizar a tiempo su presencia de ánimo.

Tan descorazonador resultaba que derivé la conversación —por más que quisiera instarlo a recuperar sus recuerdos— hacia asuntos de interés local.

En esto se mostró muy parlanchín. Los escándalos de más relumbre en la ciudad, algunos acaecidos hacía ya un mes, parecían acudir sin ninguna dificultad a su memoria. Parloteó por extenso, mostrando algún resquicio de su antigua destreza para el chismorreo, aunque en algunos momentos, incluso cuando su conversación era más fluida, vacilaba de pronto, me miraba un segundo con la misma expresión ausente y se recomponía antes de continuar. Soporté pacientemente mi martirio (¿es exagerado llamarlo martirio cuando un hombre de aficiones cosmopolitas se ve obligado a digerir en resignado silencio las noticias de una pequeña ciudad de provincias?) hasta que el reloj que había sobre la chimenea me anunció que llevaba más de media hora con él. Esto me

otorgaba cierto derecho a dar por concluido el sacrificio, y me levanté con intención de marcharme. Mientras nos estrechábamos la mano, el doctor Candy evocó la cena de cumpleaños espontáneamente.

—Me alegro mucho de su visita —dijo—. Tenía muchas ganas de hablar con usted, señor Blake. Sobre la cena en casa de lady Verinder, ¿sabe? Una cena muy agradable, una cena en verdad muy agradable, ¿no es cierto?

Al repetir esta frase nuevamente ya no parecía tan convencido como la primera vez de haber logrado disimular sus lagunas de memoria. La expresión de nostalgia volvió a nublar su rostro y, tras haber dado muestras de querer acompañarme hasta la puerta de la calle, cambió de opinión sin previo aviso, tocó la campanilla para avisar al mayordomo y no salió del salón.

Bajé las escaleras despacio, con la descorazonadora sensación de que en realidad quería decirme algo de vital importancia para mí, si bien era incapaz. El esfuerzo por recordar que deseaba hablarme, casi demasiado obvio, era el único que su debilitada memoria podía permitirse ya.

Cuando llegué al pie de la escalera y seguí por el pasillo hacia al vestíbulo, una puerta se abrió suavemente en algún lugar de la planta baja y una voz amable dijo a mis espaldas:

—Me temo, señor, que habrá encontrado usted al doctor Candy tristemente cambiado…

Me volví y me encontré frente a frente con Ezra Jennings.

CAPÍTULO IX

La guapa doncella del doctor me esperaba, con la puerta de la calle abierta. La luz de la mañana que inundaba el recibidor iluminó el rostro del ayudante.

Era imposible refutar la afirmación de Betteredge: el aspecto de Ezra Jennings, desde un punto de vista popular, no lo favorecía en absoluto. La piel agitanada, las mejillas enjutas, la mandíbula prominente, los ojos soñadores, el pelo asombrosamente dividido en dos colores y la desconcertante contradicción entre sus facciones y su figura, que lo presentaba como viejo y joven al mismo tiempo, todo ello parecía más o menos calculado para causar una impresión desagradable en un desconocido. Sin embargo —por firmes que fueran mis sensaciones—, no podía negar que Ezra Jennings apelaba a mi simpatía de un modo inescrutable al que era incapaz de sustraerme. Mientras que mi experiencia me invitaba a responder a la pregunta que acababa de hacerme —reconociendo que, en efecto, había encontrado al doctor Candy tristemente cambiado— y seguir mi camino sin demora, el interés que Ezra Jennings suscitaba en mí me dejó clavado en el sitio y le di la oportunidad de hablarme en privado de su jefe, pues comprendí que estaba al acecho para abordarme intencionadamente.

—¿Sale usted también, señor Jennings? —pregunté, al ver que tenía el sombrero en la mano—. Voy a casa de mi tía, la señora Ablewhite.

Respondió que iba a ver a un paciente, y que debía tomar el mismo camino.

Salimos juntos de la casa. Observé que la guapa doncella —que era toda sonrisas y amabilidad cuando me dio los buenos días al salir— recibió la breve indicación de Ezra Jennings, sobre la hora en que debía esperarse su regreso, apretando los labios y evitando ostensiblemente mirarlo a la cara. Saltaba a la vista que el pobre hombre no gozaba de simpatías en la casa. Una vez en la calle, recordé que Betteredge me había dicho que era muy poco apreciado en todas partes. «¡Qué vida ésta!», pensé, mientras bajábamos los peldaños de la entrada.

Tras haberse referido a la enfermedad del doctor Candy, Ezra Jennings parecía resuelto a dejar que fuera yo quien volviera a sacar el tema. Su silencio me decía elocuentemente: «Es su turno». Yo tenía mis propias razones para aludir a la dolencia del doctor, y acepté sin reservas la responsabilidad de hablar primero.

—A juzgar por el cambio que he observado en él, me temo que su enfermedad debió de ser mucho más grave de lo que imaginaba.

—Es casi un milagro que haya sobrevivido —dijo.

—¿Le falla tanto la memoria como me ha parecido? Quería hablar conmigo…

—¿De algo que ocurrió antes de que enfermara? —preguntó el ayudante, viendo que yo vacilaba.

—Sí.

—Su memoria de los hechos anteriores está irremediablemente debilitada. Es una lástima, pobre hombre, que aún le queden algunos recuerdos. Evoca vagamente los planes que tenía, alguna cosa aislada que se proponía hacer o decir antes de caer enfermo, pero no puede recordar en absoluto cuáles eran los planes o qué se proponía hacer o decir. Lo malo es que es consciente de su situación, sufre mucho y, como seguramente habrá comprobado, trata de ocultarla a los demás. Si hubiera perdido por completo todos los recuerdos del pasado, ahora sería más feliz. ¡Es posible que todos fuéramos más felices si pudiéramos olvidar del todo! —añadió con una sonrisa triste.

—¿No cree que en la vida de todo hombre hay sucesos que a uno le desagradaría olvidar por completo?

—Supongo que es así para la mayoría de los hombres, señor Blake. Sin embargo, no creo que pueda decirse lo mismo de todos. ¿Tiene alguna razón para suponer que ese recuerdo perdido que el doctor Candy trataba de recuperar mientras charlaban era importante para usted?

Con esta pregunta fue derecho a la cuestión que yo estaba ansioso por consultarle. El interés que me suscitaba aquel individuo tan singular me había impelido a darle la oportunidad de hablar conmigo, si bien me reservaba lo que yo deseaba decirle en relación con el doctor hasta tener la certidumbre de que podía confiar en su delicadeza y en su discreción. Lo poco que había dicho hasta entonces fue suficiente para convencerme de que estaba hablando con un caballero. Ezra Jennings mostraba lo que me aventuraría a describir como la contención natural que es sin duda un signo de buena cuna, no sólo en Inglaterra, sino en cualquier lugar del mundo civilizado. Fuera cual fuere su propósito al hacerme aquella pregunta, pensé que tenía justificación, por lo que había podido ver de su persona, para responderle sin rodeos.

—Me interesa mucho conocer ese recuerdo perdido que el doctor no consigue recuperar. ¿Podría sugerirme algún método para ayudarlo a ejercitar su memoria?

Me miró, con un repentino destello de curiosidad en sus ojos soñadores.

—No hay nada que pueda ayudar al doctor Candy. Lo he intentado muchas veces desde su recuperación, y no tengo la menor duda en ese sentido.

Me decepcionó, y lo reconocí.

—Confieso que esperaba una respuesta más alentadora.

—Quizá no sea una respuesta definitiva —dijo sonriendo—. Quizá sea posible recuperar ese recuerdo perdido del doctor sin necesidad de recurrir al doctor.

—¿De veras? ¿Sería una indiscreción por mi parte preguntarle… cómo?

—Por supuesto que no. La única dificultad que encuentro para responder a su pregunta es la de saber explicarme. ¿Puedo confiar en su paciencia si vuelvo a referirme a la enfermedad del doctor, y si le hablo de ella ahora sin omitir ciertos detalles profesionales?

—¡Por favor, se lo ruego! Ya ha logrado despertar mi interés por conocer esos detalles.

Mi entusiasmo pareció agradarle; casi sería más exacto decir que pareció complacerle. Volvió a sonreír. Para entonces habíamos dejado atrás las últimas casas de la ciudad. Ezra Jennings se detuvo un momento y cogió unas florecillas silvestres del borde del camino.

—¡Qué bonitas son! —dijo con sencillez, mostrándome el ramillete—. ¡Y qué pocas personas en Inglaterra parecen admirarlas como merecen!

—¿No ha vivido siempre en Inglaterra?

—No. Nací y me crié, en parte, en una de las colonias. Mi padre era inglés, pero mi madre… Nos estamos desviando del tema, señor Blake, y es culpa mía. A decir verdad, estas florecillas silvestres me despiertan recuerdos que… Poco importa eso; estábamos hablando del doctor Candy. Volvamos a él.

Relacionando esta breve alusión personal que se le había escapado sin querer con la melancólica visión de la vida que lo llevaba a situar la felicidad humana en el completo olvido del pasado, me convencí de que la breve historia que había leído en su rostro era, como mínimo en dos detalles, la que en verdad contaba. Había sufrido como pocos, y llevaba en su sangre inglesa una mezcla de sangre de otra raza.

—Supongo que conoce usted la causa de la enfermedad del doctor Candy —empezó diciendo—. La noche de la cena en casa de lady Verinder cayó un buen aguacero. Mi jefe volvió a casa en calesín y llegó calado hasta los huesos. Tenía un aviso urgente de un paciente que lo esperaba, y por desgracia salió corriendo a ver al enfermo, sin cambiarse primero de ropa. Esa noche yo me encontraba algo lejos de Frizinghall, visitando a otro paciente. Al día siguiente, el mozo de cuadras me estaba esperando, muy alarmado, para llevarme a la habitación del doctor. A esas alturas el daño ya estaba hecho, y la enfermedad se había instalado definitivamente.

—Nadie me ha dicho que la enfermedad fuese algo más concreto que una fiebre —dije.

—Tampoco yo puedo ofrecerle una descripción más exacta —respondió—. La fiebre en ningún momento adoptó una forma específica. Sin tardanza mandé llamar a dos amigos del doctor Candy, médicos ambos, que vivían en la ciudad, para que vinieran a darme su opinión. Coincidieron conmigo en que parecía grave, pero disintieron de mi opinión acerca del tratamiento. Llegamos a conclusiones enteramente distintas sobre el pulso del paciente. Atendiendo a la

rapidez del pulso, ellos manifestaron que había que reducirlo. Naturalmente yo ya había comprobado que tenía el pulso muy agitado, pero detectaba además una debilidad alarmante en el latido, lo cual indicaba un agotamiento del sistema, y consideraba imprescindible administrarle estimulantes. Sus amigos eran partidarios de una dieta a base de gachas, limonada, agua de cebada y cosas por el estilo. Yo me inclinaba por administrarle champaña o coñac, amoniaco y quinina. ¡Una discrepancia profunda, como puede ver! Una discrepancia entre dos médicos de reconocido prestigio local, por un lado, y un extranjero que tan sólo era un ayudante en la casa. Los primeros días, no tuve más remedio que plegarme a la opinión de mis mayores, pero la enfermedad no dejaba de agravarse. Apelé una vez más a la clara e innegable evidencia del pulso. Su rapidez no había disminuido, mientras que su debilidad había aumentado. Los dos se tomaron mi obstinación como una ofensa, y me dijeron: « Señor Jennings, o llevamos el caso nosotros o lo lleva usted. ¿Qué prefiere?» . A lo que respondí: « Caballeros, concédanme cinco minutos para considerarlo y les daré una respuesta clara a esa pregunta clara» . Terminado el plazo les ofrecí la respuesta. « ¿Se niegan rotundamente a probar el tratamiento estimulante?» Se negaron. « Quiero intentarlo sólo una vez, caballeros…» « Si lo intenta, señor Jennings, nos retiramos del caso.» Pedí que trajeran del sótano una botella de champaña y yo mismo hice que el enfermo bebiera medio vaso. Los médicos recogieron sus sombreros en silencio y abandonaron la casa.

—Asumió usted una responsabilidad enorme —dije—. Me temo que yo, en su lugar, no me habría atrevido.

—En mi lugar, señor Blake, habría recordado usted que desde el momento en que el doctor Candy le había ofrecido un empleo en circunstancias muy singulares, había contraído una deuda con él de por vida. En mi lugar lo habría visto empeorar a cada hora y habría corrido cualquier riesgo antes de dejar morir ante sus propios ojos al único hombre en todo el mundo que le había ofrecido su amistad. ¡No crea que no era consciente de la difícil situación en la que me encontraba! En algunos momentos me abrumaba la desgracia de mi soledad y el peligro que entrañaba mi espantoso deber. De haber sido yo un hombre feliz, de haber llevado una vida próspera, creo que me habría acobardado ante la magnitud de la tarea que me impuse. Pero yo no podía evocar ninguna época dichosa, ninguna paz de ánimo que me moviera a contrastar esa situación pasada con el desasosiego y la inquietud del presente, y me aferré a mi resolución. Hacia la mitad de ese día, viendo que el enfermo había mejorado bastante, me tomé el descanso que tanta falta me hacía. Las veinticuatro horas restantes, mientras su vida siguió corriendo peligro, no me aparte de su cama en ningún momento. A última hora de la tarde, como suele suceder en estos casos, se presentó el delirio que acompaña a la fiebre. Duró casi toda la noche, y se prolongó intermitentemente hasta esas horas críticas de la

madrugada, entre las dos y las cinco, en que la energía vital de todas las personas, aun de las más sanas, se encuentra en sus niveles mínimos. Es en esas horas cuando la muerte recoge sus cosechas más abundantes. Fue entonces cuando la muerte y yo libramos nuestro combate junto a la cama para ver quién de los dos se quedaba con el enfermo. En ningún momento dudé de interrumpir el tratamiento al que lo había apostado todo. Cuando el vino no dio resultado, probé con el coñac. Cuando los demás estimulantes dejaron de surtir efecto, doblé la dosis. Tras varios días de incertidumbre, ¡Dios quiera que nunca vuelva a verme en tal aprieto!, llegó la hora en que la velocidad del pulso disminuyó ligeramente, aunque de manera apreciable; pero lo mejor fue el cambio que se operó en el latido, que se volvió más regular y más fuerte. Entonces supe que lo había salvado, y confieso que en ese momento me vine abajo. Solté la mano exhausta del pobre hombre y rompí a llorar. ¡Un alivio histérico, señor Blake… nada más! Dice la fisiología, y no le falta razón, que algunos hombres nacen con constituciones femeninas… ¡yo soy uno de ellos!

Ofreció esta amarga disculpa científica para sus lágrimas con la misma tranquilidad y la misma falta de afectación con que había hablado desde el primer momento. Sus gestos y el tono de su voz me revelaron, de principio a fin, un empeño singular y casi morboso por no presentarse ante mí como un objeto de interés.

—Quizá se pregunte por qué le he importunado con todos estos detalles —continuó—. Es el único modo que se me ocurre para introducir como es debido lo que quiero decirle a continuación. Ahora que sabe bien cuál era mi situación durante la enfermedad del doctor Candy, comprenderá mejor cuánto necesitaba en determinados momentos aliviar la carga que pesaba sobre mi ánimo. Tenía, desde hacía algunos años, la presunción de ocupar mis ratos de ocio en la redacción de un libro destinado a mis compañeros de profesión, un libro sobre el intrincado y sutil asunto del cerebro y el sistema nervioso. Es muy probable que no llegue a terminarlo, y es seguro que nunca se verá publicado. De todos modos, ese libro ha sido el amigo de muchas horas solitarias, y me ha ayudado a sobrellevar la angustia, la angustia de la espera forzosamente estéril junto al lecho del doctor Candy. Creo haber dicho ya que deliraba. ¿He mencionado cuándo empezó el delirio?

—Sí.

—Bueno, para entonces yo había llegado a una parte de mi libro en la que me ocupaba precisamente de esa cuestión. No voy a importunarle con mi teoría sobre el delirio. Me limitaré a explicar únicamente lo que a usted le interesa saber. En el curso de mi práctica médica, más de una vez he dudado de si teníamos razones para deducir que la pérdida de la facultad para hablar de manera inteligible, asociada al delirio, implica necesariamente la pérdida de la facultad para pensar de manera inteligible. La enfermedad del pobre doctor

Candy me ofrecía la ocasión de someter a prueba esta duda. Conozco el arte de la taquigrafía y no me fue difícil reflejar los « desvaríos» del paciente conforme salían de sus labios. ¿Empieza a ver, señor Blake, a dónde quiero ir a parar?

Desde luego que lo veía, y atendía a la exposición del señor Jennings con verdadera avidez.

—A ratos perdidos —prosiguió el ayudante— transcribí mis notas taquigráficas al lenguaje común, dejando grandes espacios en blanco entre las frases interrumpidas, incluso entre cada una de las palabras inconexas que el enfermo había pronunciado. Elaboré a continuación los resultados obtenidos, sirviéndome para ello de un principio similar al que se adopta para armar uno de esos rompecabezas infantiles. En un primer momento todo es confusión, pero puede darse orden y forma a las piezas si se encuentra el camino. Conforme a este plan, fui rellenando los espacios en blanco con los posibles significados que, de acuerdo con las palabras o las frases contiguas, podía querer transmitir el doctor, y alteré luego el orden de mis adiciones tantas veces como fue necesario hasta que éstas encajaron de manera natural tanto con las palabras que las precedían como con las que venían a continuación. Además de ocupar en ello muchas horas muertas y cargadas de incertidumbre, di con algo que (así me lo pareció) confirmaba mi teoría. Quiero decir que, al encajar todas las frases inconexas, descubrí que la facultad superior del pensamiento seguía activa, con mayor o menor coherencia, en el cerebro del paciente, mientras que la facultad inferior del habla se hallaba en un estado de confusión e incapacidad casi absolutas.

—¡Una palabra! —lo interrumpí sin poder contenerme—. ¿Habló de mí en alguno de sus desvaríos?

—Pronto lo sabrá, señor Blake. Entre las pruebas escritas de la afirmación que acabo de avanzarle, o quizá debiera decir, entre los experimentos escritos con los que trataba de someter a prueba mi afirmación, su nombre aparece en un caso. El doctor Candy pasó una noche entera ocupado en algún asunto relacionado con usted. Anoté en un papel las palabras inconexas a medida que él las iba diciendo. En otro papel anoté los eslabones que a mi juicio unían esas palabras. El producto resultante, como diría un matemático, es una declaración inteligible de algo que ya se hizo en el pasado y de algo que el doctor se proponía hacer en el futuro, si su enfermedad no se interponía en su camino para impedírselo. La pregunta es si ése podría ser el recuerdo perdido que el doctor ha intentado inútilmente evocar esta mañana cuando usted ha ido a verlo.

—¡Sin duda que sí! ¡Volvamos ahora mismo a consultar esas notas!

—Eso es imposible, señor Blake.

—¿Por qué?

—Póngase en mi lugar por un momento. ¿Le revelaría usted a otra persona lo que ha salido inconscientemente de los labios de un amigo indefenso sin

asegurarse primero de que existe una necesidad imperiosa que justifique tal deslealtad?

Su argumento era irrefutable; sin embargo, traté de discutirlo de todos modos.

—En una situación tan delicada como la que describe —dije—, mi proceder dependería de si esa revelación pudiera comprometer a mi amigo en algún sentido.

—Hace mucho tiempo que deseché esa consideración —respondió Ezra Jennings—. He destruido todas las notas en las que se recogía algo que el doctor Candy hubiese preferido guardar en secreto. Mis experimentos junto a la cama de mi amigo no incluyen ahora nada que él hubiera vacilado en confiar a otros de haber recuperado la memoria. En su caso, señor Blake, tengo muchas razones para suponer que mis notas contienen algo que él deseaba decirle…

—¿Y sin embargo, no se decide?

—Sin embargo, no me decido. ¡Recuerde en qué circunstancias he obtenido la información que obra en mi poder! Por inofensiva que fuera, no me inclino a entregársela a menos que me demuestre usted primero que hay una buena razón para hacerlo. ¡El pobre hombre estaba tan enfermo, señor Blake! ¡Estaba tan desvalido y dependía tanto de mí! ¿Sería mucho pedirle que me explique por qué le interesa ese recuerdo perdido… o cuál cree que puede ser?

Responderle con la franqueza que me pedía, tanto con sus palabras como con su actitud, equivalía a reconocer a las claras que yo era sospechoso del robo del diamante. Y, pese a la intensidad con que Ezra Jennings había estimulado ese impulsivo interés que su persona despertó en mí desde el principio, no había logrado vencer mi férrea resistencia a desvelar la degradante situación en que me hallaba. Me refugié de nuevo en las explicaciones que había preparado para satisfacer la curiosidad de los demás.

Esta vez no tuve motivos para quejarme de la falta de atención de mi interlocutor, puesto que Ezra Jennings me escuchó con paciencia, incluso con expectación, hasta que hube terminado.

—Lamento haberle infundido esperanzas, señor Blake, para luego decepcionarlo —dijo—. En ningún momento de su enfermedad, desde el principio hasta el final, el doctor pronunció una sola palabra sobre el diamante. Puedo asegurarle que el asunto al que se refería al pronunciar su nombre nada tiene que ver con la desaparición ni la recuperación de esa joya de la señorita Verinder.

Mientras me daba esta respuesta llegamos a una bifurcación. Un camino conducía a casa de la señora Ablewhite y el otro a un pueblo de los páramos, a alrededor de una legua de distancia. Ezra Jennings se detuvo.

—Yo me desvío aquí —dijo—. Lamento de veras, señor Blake, no poder ayudarlo.

Su voz me indicó que era sincero. Sus ojos castaños se posaron en mí unos

instantes para observarme con un interés melancólico. Se inclinó y siguió su camino sin añadir nada.

Me quedé más de un minuto sin moverme del sitio, viendo cómo se alejaba, llevándose consigo a cada paso lo que para entonces estaba seguro era la clave que yo necesitaba. Entonces se volvió a mirarme por encima del hombro. Al ver que seguía en el punto en que nos habíamos despedido, se detuvo, como si pensara que quizá quisiera decirle algo. No tenía tiempo para analizar la situación, para recordar que quizá estuviera perdiendo una oportunidad decisiva, ¡y todo por complacer algo tan nimio como mi amor propio! Sólo tenía tiempo de llamarlo primero y reflexionar después. Me temo que soy uno de los hombres más impulsivos que existen. Lo llamé, y me dije: « Ya no hay vuelta atrás. ¡Tengo que decirle la verdad!» .

—Señor Jennings, creo que no lo he tratado con justicia. El interés que me lleva a buscar ese recuerdo perdido del doctor Candy no es el interés por recuperar la Piedra Lunar. El motivo de mi visita a Yorkshire es un asunto personal muy grave. Sólo tengo una excusa por no haber sido franco desde el principio. No se imagina lo doloroso que me resulta contarle a alguien la situación en que me encuentro.

Me miró, trasluciendo por primera vez cierta incomodidad.

—No tengo derecho, señor Blake, ni tampoco la intención de inmiscuirme en sus asuntos privados. Le ruego que me disculpe por haberlo sometido, con la mayor inocencia, a una prueba tan dolorosa.

—Tiene usted todo el derecho del mundo a establecer las condiciones que estime necesarias para revelar lo que le oyó decir al doctor Candy en su delirio. Comprendo y respeto la delicadeza que lo lleva a obrar así. ¿Cómo puedo pedirle que se confíe a mí si no le ofrezco primero una muestra de confianza? Debe usted saber, y ahora mismo voy a decírselo, por qué me interesa tanto descubrir qué quería decirme el doctor. Si mi intuición resultara equivocada, y usted no pudiera ayudarme cuando haya sabido lo que necesito, confiaré en que su honor sabrá guardar mi secreto, y algo me dice que mi confianza se verá justificada.

—Espere, señor Blake. Tengo algo que decirle antes de que continúe. —Lo miré con asombro. Parecía poseído de una honda y terrible emoción. Su tez agitanada había cobrado una palidez grisácea; le brillaban los ojos, y advertí en ellos un gesto desesperado; su voz cobró un tono (grave, severo y firme) que hasta entonces no había tenido. Los recursos latentes en aquel hombre, en ese momento no acerté a decir si para bien o para mal, se me revelaron de repente como un fogonazo—. Antes de que deposite su confianza en mí —prosiguió—, debería saber, y debe saber, en qué circunstancias llegué a casa del doctor Candy. No tardaré en explicárselo. No es mi intención contarle mi vida, como suele decirse, a nadie. Mi historia morirá conmigo. Sólo le pido que me permita decirle lo mismo que le dije al doctor Candy. Si cuando lo haya sabido sigue

resuelto a hacerme esa confidencia, contará usted con toda mi atención y toda mi ayuda. ¿Seguimos paseando?

Guardé silencio al ver que la angustia se borraba de su rostro. Respondí a su pregunta con una seña. Reanudamos la marcha.

Después de recorrer unos cientos de pasos, Ezra Jennings se detuvo junto a un hueco en el muro de piedra que separaba el camino del terreno pantanoso.

—¿Le importaría que descansáramos un momento, señor Blake? Ya no soy lo que era… y ciertas cosas me alteran mucho.

Accedí de buen grado. Me condujo por el hueco del muro hasta una zona de la turbera donde los arbustos y otros árboles enanos formaban una pantalla junto al camino, mientras al otro lado se extendía una amplia y desolada vista de aquel paisaje agreste. Se había nublado en el transcurso de la última media hora. La luz era tenue; la distancia imprecisa. La hermosa faz de la naturaleza nos observaba, suave aunque apagada, sin una sonrisa.

Nos sentamos en silencio. Ezra Jennings dejó su sombrero en el suelo y se pasó una mano por la frente con ademán cansado, deslizándola luego por el asombroso pelo blanco y negro. Apartó de sí el ramillete de flores silvestres, como si los recuerdos que le evocaba se le hicieran en ese momento muy dolorosos.

—Señor Blake —dijo sin previo aviso—, está usted en mala compañía. Desde hace años pesa sobre mí una terrible acusación. En seguida le contaré lo peor. Mi vida está arruinada y mi honor perdido.

Traté de decir algo, pero me interrumpió.

—No. Disculpe; todavía no. No se permita ninguna expresión de simpatía que más tarde pueda lamentar. Le he dicho que pesa sobre mí una acusación desde hace años. Ciertas circunstancias apuntan enteramente en mi contra. No me atrevo a confesarle de qué se me acusa. Y soy incapaz de demostrar mi inocencia. Sólo puedo proclamar que soy inocente. Proclamarlo, señor, bajo juramento, como corresponde a un cristiano. De nada sirve apelar a mi honor como hombre.

Se detuvo. Lo miré. No me devolvió la mirada. Parecía absorto en la agonía del recuerdo y en el esfuerzo de la confesión.

—Podría contarle muchas cosas del trato cruel que he recibido de mi propia familia, de la cruel enemistad de que he sido víctima. Pero el daño ya está hecho; el mal es irreparable. No pretendo aburrirlo ni abrumarlo, señor, si puedo evitarlo. Al poco de iniciar mi carrera como médico en este país, la vil calumnia a la que acabo de referirme me venció por sorpresa y para siempre. Renuncié a mis aspiraciones profesionales; el anonimato era mi única esperanza. Me separé de la mujer a la que amaba… ¿cómo iba a condenarla a compartir mi desgracia? Se me ofreció un empleo como ayudante en un remoto rincón de Inglaterra. Acepté el puesto. Me prometía paz, me prometía anonimato, o eso me figuré. Me

equivocaba. Las maledicencias, con ayuda del tiempo y la oportunidad, viajan pacientemente y llegan a todas partes. La acusación de la que huía me persiguió. Tuve advertencias de que se acercaba, y pude renunciar a mi puesto voluntariamente, puesto que contaba con buenas recomendaciones. Me ofrecieron otro empleo en otro distrito remoto. Pasó el tiempo, y una vez más la calumnia que amenazaba con destruirme logró dar conmigo. Esta vez no tuve advertencias previas. Mi jefe me dijo: « Señor Jennings, no tengo ninguna queja personal en contra de usted, pero si no puede demostrar su inocencia, tendrá que marcharse» . No tuve elección; me marché. De nada sirve detenerme en lo que eso me hizo sufrir. Tengo sólo cuarenta años. Míreme y deje que mi rostro le cuente la historia de mi desgracia. Llegué aquí, y conocí al doctor Candy. Él necesitaba un ayudante. Lo remití, para que se informara de mis capacidades, a mi último jefe. Eso no resolvía las dudas que se habían vertido sobre mí. Le conté lo mismo que acabo de contarle a usted, con muchos más detalles. Le advertí de los problemas que podrían surgir, aun cuando él me creyera. Le dije: « Ni en éste ni en ningún caso estaría dispuesto a ocultarme como si fuera culpable bajo un nombre falso. No me encuentro más a salvo en Frizinghall que en otros lugares, porque esa calumnia me persigue dondequiera que vaya» . Y el doctor respondió: « Yo no hago las cosas a medias; lo creo y lo compadezco. Si usted está dispuesto a correr el riesgo, yo también lo estoy» . ¡Dios lo bendiga! Me ha dado cobijo, me ha dado un empleo, me ha dado paz de ánimo, y tengo la firme convicción, la tengo desde hace algunos meses, de que nada de lo que pueda ocurrir lo llevará a arrepentirse de lo que ha hecho por mí.

—¿Ha cesado la calumnia? —pregunté.

—La calumnia sigue activa, pero cuando consiga alcanzarme aquí será demasiado tarde.

—¿Se habrá marchado usted para entonces?

—No, señor Blake… habré muerto. Desde hace diez años padezco una enfermedad incurable. No le ocultaré que hubiese preferido que me matara hace mucho tiempo, si no fuera porque conservo un último interés en la vida por el cual mi existencia todavía me importa. Necesito ayudar a una persona, muy querida para mí, a la que nunca volveré a ver. Mi modesto patrimonio a duras penas alcanza para proporcionarle una posición holgada. La esperanza de seguir viviendo un poco más, hasta haber reunido determinada suma, me ha impelido a soportar la enfermedad con todos los paliativos que he sido capaz de concebir. El único paliativo eficaz en mi caso es el opio. A esa todopoderosa y compasiva droga le debo el aplazamiento de mi sentencia de muerte. Pero incluso las virtudes del opio tienen sus límites. La evolución de la enfermedad me ha llevado gradualmente del uso al abuso de esta sustancia. Estoy empezando a pagar el castigo. Tengo el sistema nervioso destrozado; mis noches son atroces. El fin ya no está lejos. No me opondré… no he vivido ni he trabajado en vano. Ya casi he

reunido la suma necesaria, y podré completarla si mis últimas reservas vitales no me abandonan antes de lo que espero. No sé por qué me he desviado de nuestro asunto para contarle todo esto. No soy tan mezquino para apelar a su compasión. Quizá imagine que usted se mostrará más dispuesto a creerme si sabe que lo que acabo de contarle se basa en la certeza de que me estoy muriendo. No voy a ocultarle, señor Blake, que usted me interesa. Me he servido de la pérdida de memoria de mi pobre amigo para poder conocerlo mejor. He especulado con la posibilidad de que sintiera usted una curiosidad pasajera por saber lo que él quería decirle y he contado con que quizá yo pudiera ayudarlo. ¿Es injustificable esta forma de entrometerme en su vida? Quizá no me falte una excusa. Un hombre que ha tenido que vivir lo que yo he vivido conoce momentos de amargura cuando reflexiona sobre el destino humano. Usted posee juventud, salud, riqueza, una posición en el mundo; tiene un futuro por delante. Usted y las personas como usted me muestran el lado amable de la existencia humana y me reconcilian con el universo en el que vivo antes de abandonarlo. Y, aunque esta conversación entre nosotros por fuerza deba concluir, no olvidaré el bien que me ha hecho. Ahora, señor, de usted depende decir lo que quería decirme, o desearme buenos días.

Sólo tenía una respuesta para aquella petición. No dudé un solo instante; le conté la verdad sin reservas, tal como la he expuesto en estas páginas.

Se levantó de un salto y me miró con incontenible desazón cuando me acerqué al incidente principal de mi relato.

—No cabe duda de que entré en esa habitación —dije—; no cabe duda de que me llevé el diamante. Lo único que puedo decir ante estos hechos objetivos es que, hiciera lo que hiciese, no sabía lo que estaba haciendo…

Ezra Jennings me agarró del brazo, muy excitado.

—¡Un momento! —exclamó—. Me ha dicho usted más de lo que se figura. ¿Alguna vez ha tomado opio con asiduidad?

—No lo he probado en la vida.

—¿Tenía usted algún desajuste nervioso en esa temporada? ¿Se notaba especialmente inquieto o irritable?

—Sí.

—¿Dormía mal?

—Fatal. Muchas noches no pegaba ojo.

—¿Fue la noche del cumpleaños una excepción en ese sentido? Trate de recordar. ¿Durmió usted bien en esa ocasión?

—¡Lo recuerdo muy bien! Dormí a pierna suelta.

Me soltó el brazo con el mismo ímpetu con que me había sujetado y me miró como quien acaba de disipar una última duda.

—Ése fue un día señalado en su vida y en la mía —dijo con gravedad—. De una cosa, señor Blake, estoy completamente seguro: en mis notas figura lo que el

doctor Candy quería decirle esta mañana. ¡Espere! Eso no es todo. Estoy convencido de que puedo demostrar que no era usted consciente de sus actos cuando entró en esa habitación y se llevó el diamante. Deme tiempo para pensar y tiempo para preguntarle. ¡Creo que la prueba de su inocencia está en mis manos!

—¡Explíquese, por el amor de Dios! ¿A qué se refiere?

En el ardor del coloquio nos habíamos alejado unos pasos de los árboles enanos que nos ocultaban de las miradas ajenas. Antes de que Ezra Jennings pudiera responderme, un hombre lo llamó desde el camino, muy agitado, con aspecto indudable de estar buscándolo.

—Voy en seguida —dijo Jennings—. ¡Voy en cuanto me sea posible! —Se volvió a mí—. Tengo que ocuparme de un caso urgente en el pueblo; tendría que haber llegado hace media hora y no puedo retrasarme más. Deme un par de horas y vuelva a casa del doctor Candy… Entonces podré atenderlo.

—¡Cómo voy a esperar! —protesté con impaciencia—. ¿No puede tranquilizarme con una mínima explicación antes de que nos separemos?

—El asunto es demasiado grave para explicarlo precipitadamente, señor Blake. No crea que me empeño en poner a prueba su paciencia. Si le dijera algo en este momento, no serviría más que para aumentar la expectación. ¡En Frizinghall, señor, dentro de dos horas!

El hombre volvió a llamarlo desde el camino. Ezra Jennings se alejó presuroso.

CAPÍTULO X

No sé cómo habría podido afectar a otro hombre en mi situación aquel intervalo de incertidumbre al que me veía condenado. El efecto que las dos horas de espera produjeron en mi ánimo fue el siguiente. Era físicamente incapaz de quedarme quieto en ninguna parte y moralmente incapaz de hablar con ningún ser humano hasta que hubiese oído a Ezra Jennings de principio a fin.

En aquel estado de zozobra no sólo renuncié a visitar a la señora Ablewhite, sino que incluso me abstuve de ver a Gabriel Betteredge.

De regreso en Frizinghall, dejé una nota para Betteredge, en la que le explicaba que un imprevisto me obligaba a ausentarme algunas horas y le aseguraba que estaría de vuelta a las tres. Le pedía que entre tanto almorzara a la hora de costumbre y se entretuviera como mejor le pareciese. Contaba, según sabía yo, con numerosos amigos en Frizinghall, y no tendría dificultad para llenar el tiempo hasta mi vuelta al hotel.

Hecho esto, me alejé cuanto pude de la ciudad y estuve merodeando por las solitarias turberas que se extienden en los alrededores de Frizinghall hasta que mi reloj por fin me indicó que era la hora de regresar a casa del doctor Candy.

Ezra Jennings me estaba esperando.

Lo encontré a solas, en una sala austeramente amueblada que comunicaba con el consultorio a través de una puerta de cristal. Horripilantes dibujos en color de la devastación causada por diversas y atroces enfermedades decoraban las paredes desnudas de color crema. Una librería repleta de lúgubres volúmenes de medicina y adornada en su último anaquel con un cráneo en lugar del busto acostumbrado; una mesa de madera de pino llena de manchas de tinta; sillas de madera como las que se ven en las cocinas y en las casas modestas; una alfombra deshilachada en mitad del suelo; y una pileta, provista de un cuenco y una tubería encastrada en la pared, con aterradoras resonancias de sus usos quirúrgicos, integraban todo el mobiliario de la estancia. Las abejas revoloteaban entre algunas flores plantadas en macetas en la ventana, los pájaros cantaban en el jardín, y la melodía intermitente y leve de un piano desafinado se imponía sin tregua desde alguna de las viviendas vecinas. En cualquier otro lugar, esos sonidos cotidianos habrían sido un agradable recordatorio del mundo exterior en un día cualquiera. Allí se recibían como intrusos en un silencio que sólo el sufrimiento humano tenía el privilegio de perturbar. Vi el maletín de caoba que contenía el instrumental médico en un anaquel, y una enorme bola de algodón en otro, y me estremecí interiormente al pensar en aquellos sonidos familiares e idóneos para la vida diaria de Ezra Jennings.

—No voy a disculparme, señor Blake, por recibirlo en esta sala. Es la única habitación, a esta hora del día, en la que tengo la certeza de que nadie vendrá a molestarnos. Aquí tengo mis papeles listos para su consulta, y dos libros a los que quizá tengamos ocasión de referirnos antes de haber concluido. Acerque su silla a la mesa para que podamos examinarlos juntos.

Me acerqué a la mesa y Ezra Jennings me tendió sus notas manuscritas. Ocupaban dos folios. Uno de ellos contenía palabras separadas por espacios en blanco. El otro presentaba un texto, en rojo y negro, que llenaba la página por completo de arriba abajo. Tan aguda era mi curiosidad en ese momento que aparté la segunda hoja de papel con desesperación.

—¡Tenga un poco de piedad! —dije—. Dígame lo que puedo esperar de esta lectura.

—¡Con mucho gusto, señor Blake! ¿Me permite que le haga un par de preguntas más?

—¡Pregunte lo que quiera!

Me miró con su sonrisa triste y su expresión de amable interés.

—Ya me ha dicho que nunca en la vida, que usted sepa, ha probado el opio.

—Que yo sepa.

—En seguida comprenderá por qué me permito esa reserva. Sigamos adelante. Usted no es consciente de haber tomado opio. El año pasado, por esta misma época, padecía cierta irritación nerviosa y pasaba muy malas noches. La noche del cumpleaños, sin embargo, fue la excepción a la norma: durmió usted a pierna suelta. ¿De acuerdo hasta aquí?

—Completamente de acuerdo.

—¿Puede atribuir a alguna causa su malestar nervioso y su falta de sueño?

—A ninguna. Recuerdo que el anciano Betteredge tenía su propia teoría al respecto, pero no creo que merezca la pena mencionarla.

—Discúlpeme. En un caso como el que nos ocupa cualquier cosa merece la pena. Betteredge atribuía su insomnio a algo. ¿A qué?

—A que había dejado de fumar.

—¿Era usted un fumador habitual?

—Sí.

—¿Dejó el hábito bruscamente?

—Sí.

—Betteredge tenía mucha razón, señor Blake. Sólo una constitución muy poco común permite a un hombre abandonar el hábito de fumar de un día para otro sin sufrir algún daño temporal en su sistema nervioso. En mi opinión ésta era la causa de sus noches en vela. Mi siguiente pregunta se relaciona con el doctor Candy. ¿Recuerda haber tenido algo semejante a una discusión con él, en la cena de cumpleaños o en algún momento posterior, sobre la profesión médica?

Esta pregunta despertó al instante uno de mis recuerdos olvidados de aquella

noche de fiesta. La estúpida riña en que nos enzarzamos el doctor Candy y yo se encontrará descrita mucho más pormenorizadamente de lo que merece en el capítulo X de la narración de Betteredge. Los detalles que su autor ofrecía —tan poco había vuelto a pensar en ello desde entonces— se negaban a acudir a mi memoria. Lo único que entonces logré recordar, y lo único que pude decirle a Ezra Jennings, era que ataqué el arte de la medicina en el curso de la cena con la impetuosidad y la pertinacia suficientes para sacar de sus casillas incluso a un hombre como el doctor Candy. Recordaba también que lady Verinder trató de poner fin a la disputa y que el doctor y yo « hicimos las paces» , como dicen los niños, y antes de estrecharnos la mano volvíamos a ser tan amigos como siempre.

—Hay otra cosa —señaló Ezra Jennings— que es muy importante que yo sepa. ¿Tenía usted alguna razón para sentirse especialmente preocupado por el diamante?

—Tenía fundadas razones para estar preocupado. Sabía que el diamante era objeto de una conspiración, y se me había advertido que debía tomar medidas para la protección de la señorita Verinder cuando la piedra pasara a ser de su propiedad.

—¿Habló con alguien de la seguridad del diamante inmediatamente antes de retirarse a descansar esa noche?

—El diamante fue el tema de una conversación entre lady Verinder y su hija…

—¿Y usted estaba presente en dicha conversación?

—Sí.

Ezra Jennings tomó sus notas de la mesa y las puso en mis manos.

—Señor Blake, si ahora lee estas notas, a la luz de los resultados obtenidos de mis preguntas y sus respuestas, encontrará en ellas dos revelaciones asombrosas sobre usted mismo. Descubrirá en primer lugar que entró usted en el gabinete de la señorita Verinder y se llevó el diamante en un estado de trance producido por el opio. Y en segundo lugar, que el opio se lo administró el doctor Candy, sin su conocimiento, como refutación práctica de las opiniones que usted se había permitido expresar durante la cena.

Me quedé estupefacto, sosteniendo los papeles en la mano.

—Procure perdonar al pobre doctor Candy —dijo con bondad—. Reconozco que ha causado un daño terrible, pero lo ha hecho inocentemente. Si consulta esas notas, comprobará que, de no haber sido por su enfermedad, el doctor Candy habría regresado a la mañana siguiente a casa de lady Verinder para confesar su jugarreta. La señorita Verinder se habría enterado y le habría interrogado… y la verdad que lleva un año oculta se habría desvelado en un solo día.

Comencé a recobrar el dominio de mis facultades.

—No le guardo ningún rencor al doctor Candy —dije con hosquedad—. Pero

esa broma que me gastó no deja de ser una traición. Puedo perdonarlo, pero no lo olvidaré.

—Todo médico comete esa traición en algún momento de su práctica, señor Blake. La desconfianza ignorante que se tiene hacia el opio (en Inglaterra) no se limita ni mucho menos a las clases inferiores y menos cultivadas. Todo médico, a lo largo de su carrera, se ve obligado de vez en cuando a engañar a sus pacientes, como lo engañó a usted el doctor Candy. No negaré que fue un desatino gastarle esa broma dadas las circunstancias. Sólo le ruego que trate de reconstruir los motivos con más precisión y más compasión.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté—. ¿Quién me dio el láudano sin que yo lo supiera?

—Eso no lo sé. El doctor Candy no se refirió en ningún momento a esa parte de la cuestión. ¿Sospecha usted de alguien?

—No.

—En ese caso es inútil dedicarle más tiempo. Alguien le administró el láudano a escondidas. Dejémoslo ahí y pasemos a asuntos de importancia más inmediata. Lea mis notas si puede. Familiarícese con lo ocurrido en el pasado. Tengo una proposición muy audaz y muy sorprendente que hacerle en lo que se refiere al futuro.

Estas palabras despertaron mi curiosidad.

Leí los papeles en el orden en que Ezra Jennings me los había entregado. Me ocupé en primer lugar del que contenía menos texto escrito. Las palabras y las frases inconexas que había pronunciado el doctor Candy en su delirio aparecían del siguiente modo:

> … el señor Franklin Blake… y simpático… bajarle los humos… medicina… confiesa… dormir de noche… decirle… desajuste… medicación… me dice… y tantear en la oscuridad equivale a lo mismo… todos los comensales… digo… buscar el sueño a tientas… sólo la medicina… dice… guiar al ciego… saber lo que significa… ingenioso… descanse de noche a pesar de su resistencia… necesita dormir… el botiquín de lady Verinder… veinticinco gotas… sin que lo sepa… mañana por la mañana… sin ella… se equivoca, señor… excelente… sin ella… revelar… verdad… algo más… excelente… dosis de láudano, señor… cama… qué… ahora medicina.

Ahí concluía el primero de los dos folios. Se lo devolví a Ezra Jennings.

—¿Esto es lo que le oyó decir? —pregunté.

—Literal y exactamente lo que dijo, con la salvedad de que aquí no se reflejan las repeticiones que aparecían en las notas taquigráficas. Pronunció algunas palabras y frases hasta doce veces, hasta cincuenta veces, según le daba

mayor o menor importancia a la idea que representaban. Las repeticiones me ayudaron mucho a ordenar los fragmentos. No vaya usted a pensar —añadió, señalando el segundo folio—, que me jacto de haber reproducido las mismas expresiones que habría empleado el doctor si hubiera podido hablar coherentemente. Sólo digo que he logrado salvar el obstáculo del discurso inconexo hasta llegar al pensamiento subyacente que lo articulaba en todo momento.

Cogí el segundo folio, sabiendo para entonces que contenía la clave del primero.

Una vez más las divagaciones del doctor aparecían transcritas en tinta negra, mientras que los intervalos entre las frases, aportados por Ezra Jennings, se distinguían con tinta roja. Reproduzco a continuación el resultado en forma sencilla, toda vez que tanto el lenguaje original como su interpretación posterior figuran lo bastante cerca en estas páginas para ser comparados y verificados sin dificultad.

> … El señor Franklin Blake es inteligente y simpático, pero necesita que alguien le baje un poco los humos cuando habla de medicina. Confiesa que últimamente duerme mal. Le digo que tiene un desajuste nervioso y necesita medicación. Me dice que tomar cualquier medicación y andar a tientas en la oscuridad equivalen a lo mismo. Lo dice en presencia de todos los comensales. Le señalo que anda a tientas persiguiendo el sueño y que sólo la medicina puede ayudarle a encontrarlo. Dice que ya ha oído hablar de cómo un ciego guía a otro ciego, y ahora comprende lo que significa. Ingenioso, pero yo puedo conseguir que descanse de noche a pesar de su resistencia. Necesita dormir, y el botiquín de lady Verinder está a mi disposición. Esta noche le daré veinticinco gotas de láudano sin que lo sepa, y mañana pasaré a verlo. « Y bien, señor Franklin, ¿aceptará un poco de medicina esta noche? No podrá dormir sin ella.» « Se equivoca, doctor Candy: he dormido excelentemente sin ella.» ¡Y entonces le revelaré la verdad! « Ha sido algo más que una noche excelente; tomó usted una dosis de láudano, señor, antes de irse a la cama. ¿Qué me dice ahora del arte de la medicina?»

La admiración por el talento que había logrado urdir un tejido tan perfecto a partir de una madeja enmarañada fue, como es natural, mi primera reacción al devolverle el papel a Ezra Jennings. Interrumpió con modestia las primeras palabras con que traté de expresarla preguntándome si las conclusiones que había sacado a partir de sus notas coincidían con las mías.

—¿Cree usted, como lo creo yo, que actuó bajo la influencia del láudano

cuando hizo lo que hizo la noche del cumpleaños de la señorita Verinder?

—Soy demasiado ignorante para tener una opinión propia —respondí—. Me limito a aceptar la suya, convencido de que tiene razón.

—Muy bien. La cuestión es la siguiente: usted está convencido y yo estoy convencido. Ahora, ¿cómo conseguiremos convencer a los demás?

Señalé los papeles que seguían sobre la mesa. Ezra Jennings negó con la cabeza.

—¡Imposible, señor Blake! Enteramente imposible en las actuales circunstancias, por dos razones incontestables. En primer lugar, estas notas se tomaron en circunstancias completamente ajenas a la experiencia del común de los mortales. ¡Eso obra en contra de ellas, para empezar! En segundo lugar, estas notas representan una teoría médica y metafísica. ¡Una cosa más en contra! En tercer lugar, estas notas son creación mía; sólo mi palabra en sentido contrario puede garantizar que no son meras invenciones. Recuerde lo que le conté en la turbera y piense si alguien tendrá en cuenta mi palabra. ¡No! Mis notas sólo tienen un valor en lo que se refiere al veredicto del mundo. Podemos reivindicar su inocencia, y las notas demuestran cómo. Pero necesitamos poner a prueba nuestra convicción. ¡Y será usted quien lo haga!

—¿Cómo?

Se inclinó ávidamente sobre la mesa que nos separaba.

—¿Está dispuesto a someterse a un experimento muy audaz?

—Estoy dispuesto a cualquier cosa que pueda librarme de las sospechas que pesan sobre mí.

—¿Podrá soportar algunas molestias por algún tiempo?

—Las que sean.

—¿Se dejará guiar implícitamente por mi consejo? Tenga en cuenta que puede verse expuesto al escarnio de los necios; puede granjearse el reproche de amigos cuyas opiniones usted respeta…

—¡Dígame lo que hay que hacer! —exclamé con impaciencia—. Y lo haré, pase lo que pase.

—Esto es lo que hará, señor Blake. Robará usted el diamante inconscientemente por segunda vez, en presencia de testigos cuyo testimonio estará más allá de toda duda.

Me levanté de un salto. Quise decir algo. Sólo pude mirarlo.

—Creo que es posible. Y lo será, si usted me ayuda. Tranquilícese… siéntese y escuche lo que voy a decirle. Ha retomado el hábito de fumar, por lo que he visto. ¿Cuánto hace de eso?

—Alrededor de un año.

—¿Fuma usted más o menos que antes?

—Más.

—¿Está dispuesto a dejarlo otra vez? ¡De golpe! Como lo dejó entonces.

Empezaba a vislumbrar su plan.

—Lo dejaré desde este mismo instante.

—Si se presentan los mismos efectos que en junio del año pasado, si vuelve a pasarlo tan mal como lo pasó entonces, habremos dado el primer paso. Habremos conseguido que sus nervios regresen a un estado similar a como se encontraban la noche del cumpleaños. Si además logramos reproducir las circunstancias en la casa de la manera más aproximada, y si obligamos a su mente a ocuparse de las diversas cuestiones relacionadas con el diamante que le causaron tanta preocupación, lo habremos devuelto en lo posible a la misma situación física y moral en la que se hallaba cuando tomó el opio el año pasado. De ser así, podremos esperar con bastante certeza que una repetición de la dosis conduzca, en mayor o menor medida, a una repetición del resultado. Ésta es mi proposición, expresada un tanto apresuradamente. Ahora conocerá las razones que me llevan a hacérsela.

Cogió uno de los libros que había dejado sobre la mesa y lo abrió por una página señalada con un trozo de papel.

—No voy a endilgarle una conferencia sobre fisiología —dijo—. Sólo me veo en la obligación de demostrar, por justicia a usted y a mí mismo, que el experimento que le propongo no obedece a una teoría de mi propia invención. Principios contrastados y autoridades reconocidas justifican mis creencias. Concédame su atención sólo cinco minutos, y le demostraré que la ciencia respalda mi propuesta, por fantasiosa que pueda parecer. Le explicaré en primer lugar el principio fisiológico en el que me baso, formulado ni más ni menos que por el doctor Carpenter[6]. Léalo usted mismo.

Me tendió el papel con que había marcado la página del libro. Leí las siguientes líneas:

> Hay abundantes razones para creer que toda impresión sensorial, una vez ha sido reconocida por la percepción consciente, queda registrada (por así decir) en el cerebro y puede reproducirse posteriormente, aun cuando en la mente no quede constancia consciente de su existencia en el intervalo que transcurre entre medias.

—¿Lo comprende hasta aquí? —preguntó Ezra Jennings.

—Perfectamente.

Me acercó entonces el libro abierto y señaló un pasaje subrayado a lápiz.

—Ahora lea el relato de un caso que, a mi modo de ver, guarda mucha relación con lo que a usted le ha ocurrido y con el experimento que le propongo. Tenga presente, señor Blake, antes de empezar, que va a leer a uno de los más grandes fisiólogos ingleses. El volumen que tiene en sus manos es la *Human*

Phisiology del doctor Elliotson, y el caso en cuestión está basado en la reputada autoridad del señor Combe[7].

El pasaje subrayado decía así:

> El doctor Abel —dice el señor Combe— me ha hablado de un mozo de almacén irlandés que cuando estaba sobrio no recordaba lo que había hecho estando ebrio; sin embargo, cuando estaba ebrio, recuperaba el recuerdo de lo que había hecho bajo los efectos de su última intoxicación. En una ocasión, estando ebrio, perdió un paquete de cierto valor y más tarde no podía dar cuenta de dónde lo había dejado. Cuando volvió a embriagarse recordó que había dejado el paquete en cierta casa y, como el tal paquete no llevaba ninguna dirección escrita, allí seguía sano y salvo cuando fue a recogerlo.

—¿Lo sigue viendo claro? —preguntó Ezra Jennings.

—Meridianamente claro.

Volvió a poner la marca de papel y cerró el libro.

—¿Se convence de que mis teorías están respaldadas por fuentes autorizadas? En caso contrario, sólo tengo que acercarme a esas estanterías para mostrarle otros pasajes semejantes.

—No necesito leer más.

—En ese caso, volvamos a su interés personal en este asunto. Me veo en la obligación de explicarle que el experimento tiene sus pros y sus contras. Si lográramos reproducir con exactitud las condiciones del año pasado, es fisiológicamente indudable que llegaríamos exactamente al mismo resultado. Pero, y esto no se puede negar, conseguirlo es sencillamente imposible. A lo más que podemos aspirar es a reproducir las condiciones de forma aproximada, y si no logramos acercarnos lo suficiente, la aventura será un fracaso. Si lo lográramos, y tengo la esperanza de que así sea, estará usted en condiciones de repetir lo que hizo la noche del cumpleaños, y podremos convencer a cualquier persona razonable de que, al menos moralmente, es usted inocente del robo del diamante. Creo, señor Blake, que ya le he expuesto la cuestión en todos sus aspectos, con la mayor claridad que me es posible y dentro de los límites que me he impuesto. Si aún le queda alguna duda, dígamelo y trataré de resolverla.

—Entiendo perfectamente lo que me ha explicado. Sin embargo, hay un detalle que me desconcierta y que todavía no me ha aclarado.

—¿De qué se trata?

—No comprendo el efecto que el laúdano ejerce sobre mí. No comprendo que pudiera bajar escaleras, recorrer pasillos, abrir y cerrar cajones y regresar a mi dormitorio. Todo eso son procesos activos. Yo tenía entendido que el opio

primero lo deja a uno aturdido y luego le induce a dormir.

—¡Es un error muy común sobre el opio, señor Blake! En este preciso instante yo estoy poniendo mi inteligencia a su servicio, en la medida en que la poseo, bajo los efectos de una dosis de láudano diez veces superior a la que le administró el doctor Candy. De todos modos, no se fíe usted de mi autoridad, incluso en una cuestión de la que puedo dar fe personalmente. Ya había previsto esta objeción, y he recurrido a otros testimonios ajenos al mío capaces de satisfacer tanto su lógica como la de sus amigos.

Me mostró el segundo de los dos libros que había preparado.

—Ahí tiene las famosísimas *Confesiones de un opiómano inglés*. Llévese el libro y léalo. En el pasaje que he señalado verá que cuando De Quincey se entregaba a lo que él llama «una orgía de opio», tanto podía ir a la ópera y disfrutar de la música como vagar por los mercados de Londres un sábado por la noche e interesarse en observar los intercambios y los trueques de los pobres para procurarse su cena. Hasta ese punto puede llegar la capacidad de un hombre para entregarse a una ocupación activa y desplazarse de un lugar a otro bajo la influencia del opio.

—Eso responde a una parte de mi pregunta, pero no responde a los efectos que el opio produjo en mí.

—Intentaré responderle en pocas palabras. La acción del opio, en la mayoría de los casos, se manifiesta de dos maneras. Primero tiene un efecto estimulante y a continuación un efecto sedante. Mientras dura la fase estimulante, las últimas y más recientes impresiones que han quedado grabadas en el cerebro (en su caso, las impresiones relacionadas con el diamante) pueden intensificarse, cuando los nervios sufren algún desajuste, y quedar subordinadas al propio raciocinio y a la propia voluntad, exactamente igual que un sueño corriente se subordina al raciocinio y a la voluntad. Poco a poco, bajo los efectos de la droga, los reparos que hubiera podido suscitarle la seguridad del diamante en el curso del día pasarían probablemente de la duda a la certidumbre; lo impulsarían a tomar medidas prácticas para salvaguardar la joya; dirigirían sus pasos, con esa intención a la vista, hasta aquella habitación; guiarían su mano hasta los cajones del secreter y lo conducirían al cajón que contenía la piedra. Bajo los efectos estimulantes del opio podría haber hecho todas esas cosas. Poco después, al dar comienzo la fase sedante, se habría ido usted quedando progresivamente inerte y aturdido. Y por último se habría sumido en un sueño profundo. Al día siguiente, una vez extinguida la acción de la droga, guardaría tan poco conocimiento de todo lo que hizo a lo largo de la noche como si hubiera estado usted en la otra punta del mundo. ¿Encuentra la explicación pasablemente convincente?

—Tanto que le ruego que continúe —asentí—. Me ha demostrado cómo entré en esa habitación y cómo me llevé el diamante. La señorita Verinder me vio salir con la joya en la mano. ¿Puede seguir el rastro de mis acciones posteriores?

¿Tiene alguna idea de lo que pude hacer?

—A eso iba precisamente. La cuestión es si el experimento que le propongo para demostrar su inocencia no podría conducirnos además a la recuperación del diamante. Lo más probable es que al salir del gabinete de la señorita Verinder con la joya en la mano regresara usted a su dormitorio…

—¿Sí? ¿Y luego qué?

—Es posible, señor Blake, no me atrevo a afirmarlo, que la idea de poner a buen recaudo el diamante lo llevara, siguiendo una secuencia natural, a la idea de ocultarlo, y que por tanto lo escondiera en su propio dormitorio. De ser así, nos encontraríamos ante un caso idéntico al del mozo de almacén irlandés. Quizá pueda ocurrir que bajo la influencia de una nueva dosis de opio recuerde usted dónde escondió el diamante.

Esta vez era yo quien debía aclararle algo. Lo interrumpí antes de que pudiera decir nada más.

—Ha especulado usted sobre un resultado imposible. El diamante se encuentra en Londres en este momento.

Me miró con honda sorpresa.

—¿En Londres? ¿Cómo llegó hasta allí desde casa de lady Verinder?

—Nadie lo sabe.

—¿Usted se lo llevó del gabinete de la señorita Verinder? ¿Cómo dejó de estar en sus manos?

—No tengo la menor idea.

—¿Lo vio al despertar al día siguiente?

—No.

—¿Lo había recuperado la señorita Verinder?

—No.

—¡Esto requiere una explicación, señor Blake! ¿Puedo preguntarle cómo sabe que el diamante se encuentra en Londres en este momento?

Yo le había hecho la misma pregunta al señor Bruff cuando me interesé por la Piedra Lunar a mí regreso a Inglaterra. Para responder a Ezra Jennings, repetí punto por punto lo que el abogado me había contado y lo que el lector ya conoce.

Mí respuesta no le satisfizo en lo más mínimo.

—Con todos mis respetos, a usted y a su abogado, sostengo la misma opinión que acabo de expresarle. Soy consciente de que se basa en una mera conjetura. Discúlpeme si le señalo que su opinión también se basa en una mera conjetura.

Esta visión del caso era del todo nueva para mí. Esperé con expectación a ver cómo la defendía.

—Supongo —continuó— que la influencia del opio, que lo llevó a apoderarse del diamante con la intención de guardarlo para su seguridad, también podría haberlo impelido, por el mismo motivo, a ocultarlo en su dormitorio. Usted supone que esos conspiradores hindúes no han podido cometer un error. Fueron a

casa del señor Luker en busca del diamante, ¡y por lo tanto el diamante tiene que estar en manos del señor Luker! ¿Dispone de alguna prueba que demuestre que la Piedra Lunar llegó a Londres? ¡Ni siquiera sabe cómo o quién se la llevó de casa de lady Verinder! ¿Tiene alguna prueba de que la joya se le entregara al señor Luker como garantía de un préstamo? Él afirma que jamás había oído hablar del diamante, y el recibo del depósito sólo habla de un objeto de gran valor. Los hindúes suponen que el señor Luker está mintiendo, y usted vuelve a suponer que ellos están en lo cierto. Yo sólo digo, discrepando de su opinión, que mi conjetura es posible. ¿Puede usted respaldar algo mejor la suya, desde el punto de vista lógico o legal?

Era una forma muy cruda de presentar el caso, pero no podía negarse que era enteramente franca.

—Confieso que me hace dudar —respondí—. ¿Tiene algún inconveniente en que escriba al señor Bruff y le cuente lo que me ha dicho?

—Al contrario, me alegrará que le escriba. Su experiencia puede ayudarnos a analizar la cuestión desde una perspectiva distinta. Ahora volvamos a nuestro experimento con el opio. Hemos decidido que deja usted de fumar desde este mismo instante.

—¿Desde este mismo instante?

—Ése es el primer paso. El siguiente es reproducir en la casa, en la medida de lo posible, las circunstancias del año pasado.

¿Cómo íbamos a hacerlo? Lady Verinder había muerto. Rachel y yo, mientras siguiera pesando sobre mí la sospecha del robo, estábamos irrevocablemente enemistados. Godfrey Ablewhite se había marchado de viaje. Era sencillamente imposible reunir a las personas que se encontraban en la casa la última noche que yo dormí en ella. Esta objeción no pareció desalentar a Ezra Jennings. Lo importante, aseguró, no era reunir a las mismas personas, pues sería inútil confiar en que todas representaran para mí lo que representaban antes. Por otro lado, consideraba esencial para el éxito del experimento que me rodeara de los mismos objetos que tenía alrededor esa noche en la casa.

—Lo principal —dijo— es que vuelva a dormir en la misma habitación en la que pasó la noche del cumpleaños, y que el mobiliario sea el mismo. Las escaleras, los pasillos y el gabinete de la señorita Verinder tienen que estar exactamente tal como los vio usted por última vez. Es imprescindible, señor Blake, restituir cualquier objeto que haya podido eliminarse de esa zona de la casa. De nada servirá sacrificar sus cigarros si no contamos con el permiso de la señorita Verinder.

—¿Quién va a pedirle permiso? —pregunté.

—¿No podría hacerlo usted?

—Eso está fuera de lugar. Después de lo ocurrido entre nosotros a raíz de la desaparición del diamante, no puedo ni verla ni escribirle.

Ezra Jennings reflexionó unos momentos.

—¿Puedo hacerle una pregunta delicada?

Asentí.

—¿Acierto, señor Blake, al suponer (por un par de comentarios suyos) que su antiguo interés por la señorita Verinder era un interés especial?

—Acierta plenamente.

—¿Era correspondido ese sentimiento?

—Lo era.

—¿Cree usted que la señorita Verinder podría tener un interés particular en que se demostrara su inocencia?

—Estoy seguro.

—En tal caso, yo mismo escribiré a la señorita Verinder, si usted me lo autoriza.

—¿Para contarle la proposición que me ha hecho?

—Para contarle todo lo que hemos hablado hoy.

Ni que decir tiene que acepté sin vacilar la ayuda que me brindaba.

—Aún tengo tiempo de enviar esa carta con el correo de hoy —dijo, consultando su reloj—. ¡No olvide guardar sus cigarros bajo llave en cuanto vuelva al hotel! Iré a verlo mañana a primera hora para que me cuente cómo ha pasado la noche.

Me levanté para marcharme y traté de expresar la gratitud que su bondad ya había despertado en mí.

Me estrechó la mano cordialmente.

—Recuerde lo que le conté en la turbera. Si puedo prestarle este pequeño servicio, señor Blake, sentiré que al menos un rayo de sol viene a iluminar la tarde de este día largo y nublado.

Nos dijimos adiós. Esto sucedió el 15 de junio. Lo que aconteció en los diez días que siguieron, todo más o menos relacionado con el experimento del que fui objeto pasivo, se encuentra debidamente consignado, tal como ocurrió, en el diario de Ezra Jennings. Nada se oculta y nada se olvida en las páginas de este diario. Dejamos que su autor nos cuente cómo se llevó a cabo la aventura del opio y cómo concluyó.

CUARTA NARRACIÓN

EXTRACTO DEL DIARIO DE EZRA JENNINGS

1849. 15 de junio… Con alguna interrupción de mis pacientes y alguna interrupción de mis dolores, terminé la carta dirigida a la señorita Verinder a tiempo de ser despachada con el correo del día. No conseguí que fuera tan breve como deseaba, pero creo que ha sido clara. La señorita Verinder es enteramente dueña de su decisión. Si consiente en facilitar el experimento, consiente por voluntad propia, y no por hacernos un favor al señor Blake o a mí.

16 de junio. Me levanté temprano, después de una noche insufrible; el opio del día anterior se vengó de mí, persiguiéndome en una secuencia de atroces pesadillas. En una ocasión me vi girando en el espacio vacío entre los fantasmas de los muertos, amigos y enemigos por igual. En otra, ese rostro amado que nunca volveré a contemplar aparecía junto a mi cama, iluminado en la negra oscuridad con una fosforescencia pavorosa y una mueca aterradora. Recibí con alivio el regreso del dolor habitual, a la hora de costumbre. Disipó las visiones y sólo por eso ya se hacía tolerable.

Por culpa de la mala noche llegué algo tarde a ver al señor Blake. Lo encontré tendido en el sofá, desayunando brandy con soda y una galleta.

—Ya he empezado, tal como usted quería —dijo—. He pasado una noche terrible y no tengo ni pizca de apetito. Lo mismo que me ocurrió el año pasado, cuando dejé de fumar. Cuanto antes esté listo para recibir la segunda dosis de láudano, más me alegraré.

—Procuraremos que sea lo antes posible —dije—. Entre tanto, debemos ocuparnos de su salud. Si permitimos que caiga en el agotamiento, fracasaremos. Necesita estimular el apetito para almorzar. Dicho de otro modo, salga a cabalgar o a pasear al aire libre.

—Saldré a cabalgar, si pueden proporcionarme un caballo. Por cierto, ayer escribí al señor Bruff. ¿Ha escrito usted a la señorita Verinder?

—Sí… anoche, con el último correo.

—Muy bien. Mañana tendremos alguna noticia que valga la pena. ¡No se vaya todavía! Tengo algo que decirle. Ayer pensaba usted que nuestro experimento con el opio quizá no fuera bien visto por algunos de mis amigos. Tenía usted mucha razón. Gabriel Betteredge se cuenta entre mis amigos. Le divertirá saber que ayer protestó enérgicamente cuando se lo conté. « Ha hecho usted un montón de tonterías a lo largo de su vida, señor Franklin, pero ¡ésta se

lleva la palma!» Ésa es la opinión de Betteredge. Espero que sea usted indulgente con sus prejuicios si por casualidad se encuentra con él.

Dejé al señor Blake para emprender mi ronda de visitas a los pacientes, y me sentí mejor y más contento tras esta breve charla con él.

¿Dónde reside el secreto de la atracción que me inspira este hombre? ¿Será en el contraste que percibo entre la franqueza y la cordialidad con que me ha permitido entablar relación con él y el rechazo y la desconfianza que me muestran los demás? ¿O habrá realmente en él algo que responde a mi hondo anhelo de compasión humana, a ese anhelo que ha sobrevivido a la soledad y a la persecución de muchos años; un anhelo que parece intensificarse a medida que se acerca el momento en que dejaré de padecer y de sentir? ¡Qué inútil es hacerse estas preguntas! El señor Blake me ha proporcionado un nuevo interés por la vida. Tendría que bastarme con eso, sin tratar de averiguar cuál es dicho interés.

17 de junio. Esta mañana, antes de desayunar, el doctor Candy me ha comunicado que iba a pasar quince días fuera, visitando a un amigo en el sur de Inglaterra. Me ha dado un sinfín de instrucciones sobre los pacientes, el pobrecillo, como si siguiera ejerciendo su profesión igual que antes de caer enfermo. ¡De poco sirve su experiencia ahora! Otros médicos lo han desbancado, y nadie que pueda evitarlo me contrataría jamás.

Quizá sea buena cosa que se ausente precisamente ahora. Le dolería mucho que no le informara del experimento que me propongo realizar con el señor Blake, y quién sabe lo que podría ocurrir si le confiara mis intenciones. Tanto mejor así. Incuestionablemente mejor así.

Me llegó la respuesta de la señorita Verinder después de la partida del doctor Candy.

¡Una carta encantadora! Me ha causado una impresión excelente. No oculta su interés por el experimento. Me dice, de la manera más agradable, que mi carta la ha convencido de la inocencia del señor Blake, y que no tiene ninguna necesidad de poner a prueba mis teorías. Incluso se reprocha, ¡sin ninguna razón, la pobre!, no haber adivinado la solución al misterio. Salta a la vista que las razones que la llevan a subrayar todo esto proceden de algo más que el generoso afán por reparar el daño que sin querer le ha causado a otra persona. Es evidente que lo sigue queriendo, a pesar del alejamiento que ahora existe entre ellos. En más de una frase, pese a los rígidos formalismos del papel y la pluma, revela inocentemente la dicha de descubrir que él merecía su amor, y hasta desafía la contención por la que debe regirse una carta dirigida a un desconocido. ¿Es posible (me pregunto al leer esta deliciosa carta) que sea yo el elegido entre todos los hombres de la tierra para unir nuevamente a estos jóvenes? He visto mi

propia felicidad pisoteada y he tenido que soportar que se me arrebatara mi propio amor. ¿Viviré para presenciar la felicidad de otros, una felicidad de la cual seré yo el artífice, un amor renovado que seré yo quien restituya? ¡Ah, muerte piadosa, permíteme verlo antes de que me tomes en tus brazos, antes de que tu voz me susurre al oído: « Descansa en paz» !

La carta de la señorita Verinder contiene dos peticiones. Una es que no se la enseñe al señor Franklin Blake. Estoy autorizado para decirle que ella con mucho gusto pone su casa a nuestra entera disposición, y me ruega que no añada nada más.

Hasta aquí es fácil complacer sus deseos. Sin embargo, la segunda petición me resulta muy incómoda.

No contenta con haber escrito al señor Betteredge, para indicarle que siga todas mis instrucciones, la señorita Verinder me ofrece su ayuda y solicita permiso para supervisar personalmente la reconstrucción del ambiente de su sala de estar. Espera mi respuesta antes de emprender el viaje a Yorkshire, con el fin de estar presente como testigo la noche en que se le administre el opio por segunda vez al señor Blake.

También en esto hay una razón que no es superficial, y tampoco esta vez me cuesta adivinarla.

Tal como lo interpreto, arde de impaciencia por decirle al señor Franklin de sus propios labios lo que a mí me ha prohibido que le diga, antes de que él se someta a la prueba con la que limpiará su buen nombre ante los demás. Comprendo y admiro este generoso afán de absolverlo sin esperar a que su inocencia quede o no demostrada. Con ello se propone expiar su culpa, pobrecilla, por haberlo juzgado tan mal, aunque fuera inevitable y aunque obrara con toda inocencia. Pero eso no puede ser. No me cabe la menor duda de que la agitación que el encuentro les causaría a ambos, al revivir sentimientos latentes, evocar recuerdos pasados y alentar nuevas esperanzas, tendría graves consecuencias en el ánimo del señor Blake y sería catastrófico para el éxito de nuestro experimento. Ya es difícil de por sí reproducir las circunstancias del año anterior de la manera más aproximada. Si se introducen nuevos intereses y nuevas emociones, el intento será sencillamente estéril.

Aun sabiéndolo, no tengo valor para decepcionarla. Necesito encontrar una solución, antes de despachar el correo, que me permita complacerla sin poner en peligro el servicio que me he propuesto prestarle al señor Franklin Blake.

Dos de la tarde. Acabo de volver de mi ronda de visitas, que empecé esta mañana pasando en primer lugar por el hotel.

El informe de la noche que me presenta el señor Blake es el mismo que el día anterior. Sólo ha dormido a saltos, pero hoy lo acusa menos, porque consiguió dormir un rato ayer después de comer. La siesta es sin duda consecuencia del paseo a caballo que le aconsejé. Me temo que tendré que restringir su régimen

de ejercicio al aire libre. Necesito que no se encuentre demasiado bien ni demasiado mal. El caso, como diría un marino, exige fijar un rumbo muy preciso.

Aún no ha tenido noticias del señor Bruff. Está ansioso por saber si he recibido respuesta de la señorita Verinder.

Le he contado estrictamente lo que se me permitía. No ha sido necesario inventar excusas para no enseñarle la carta. Me ha confesado con mucha amargura que comprende y aprecia la delicadeza de mi discreción.

—Ya veo que ella accede por una cuestión de cortesía y justicia elementales —dijo—. Pero sigue teniendo la misma opinión de mí, hasta que vea cuál es el resultado. —Me sentí más que tentado de insinuarle que esta vez era él quien la juzgaba mal. Lo medité unos momentos y me abstuve de privar a la señorita Verinder del doble lujo de sorprenderlo y perdonarlo.

Mi visita fue muy breve. Tras la experiencia de la noche anterior, he tenido que renunciar a mi dosis de opio. La consecuencia inevitable es que el dolor ha regresado. Noté que se acercaba la crisis y me marché precipitadamente para no alarmarlo ni agravar su preocupación. Esta vez ha durado sólo un cuarto de hora y me ha dejado fuerza suficiente para continuar con mi trabajo.

Cinco de la tarde. He redactado mi respuesta a la señorita Verinder.

El acuerdo que le propongo satisface los intereses de ambas partes, en caso de que ella acceda. Tras exponerle las objeciones a que se vea con el señor Blake antes del experimento, le he sugerido que planifique el viaje de tal forma que pueda llegar en secreto la misma noche del experimento. Si toma el tren de la tarde en Londres, no llegará hasta las nueve. A esa hora yo estaré preparado para reunirme con el señor Blake en su dormitorio, con el fin de que la señorita Verinder pueda ocupar libremente sus habitaciones hasta que llegue el momento de administrar el láudano. Hecho esto, no hay ningún obstáculo para que presencie el experimento en compañía de los demás testigos. A la mañana siguiente le enseñaremos al señor Blake (si ella lo estima oportuno) las cartas que hemos cruzado, a fin de que pueda comprobar que ella lo había perdonado antes de que su inocencia quedara demostrada.

Esto es lo que le he dicho. Y esto es todo cuanto puedo hacer por hoy. Mañana iré a ver al señor Betteredge y le daré las instrucciones pertinentes para que abra la casa.

18 de junio. También hoy llego tarde a mi cita con el señor Blake. El mismo dolor insufrible a primera hora de la mañana, seguido en esta ocasión por varias horas de postración absoluta. Preveo, a pesar del castigo que entraña, que tendré que volver al opio por enésima vez. Si sólo tuviera que pensar en mí, preferiría los intensos dolores antes que las noches aterradoras, pero el sufrimiento físico me

extenúa. Si me abandono, no estaré en condiciones de ayudar al señor Blake ahora que es cuando más me necesita.

Eran casi las nueve cuando llegué al hotel esta mañana. La visita, a pesar de mi fragilidad, resultó ser de lo más animada, gracias a la presencia de Gabriel Betteredge.

Estaba con el señor Blake cuando llegué. Se retiró a mirar por la ventana mientras yo le hacía al paciente las preguntas de rigor. Había vuelto a pasar una mala noche y acusaba la falta de descanso más que el día anterior.

Le pregunté si había noticias del señor Bruff.

Su carta había llegado esa mañana. El abogado se oponía rotundamente al plan que su cliente y amigo estaba dispuesto a seguir por recomendación mía. Lo encontraba perverso, puesto que alentaba esperanzas que quizá nunca se harían realidad. Era incapaz de comprenderlo, y no veía en él más que una engañifa comparable al hipnotismo, la clarividencia y otras triquiñuelas por el estilo. Alteraría la casa de la señorita Verinder y terminaría por alterar a la propia muchacha. El señor Bruff le había expuesto el caso (sin mencionar nombres) a un médico eminente; el médico en cuestión había sonreído, había negado con la cabeza y había dicho… nada. Por este motivo, el señor Bruff formulaba su protesta sin decir más.

Mi segunda pregunta se relacionaba con el diamante. ¿Disponía el abogado de alguna prueba que demostrase la presencia de la joya en Londres?

No, el abogado se negaba lisa y llanamente a discutir la cuestión. Tenía el convencimiento de que el diamante había sido entregado en prenda al señor Luker. Su insigne amigo, el señor Murthwaite (de cuyo profundo conocimiento del carácter hindú nadie podía dudar) profesaba la misma convicción. En tales circunstancias, y puesto que ya se le habían formulado numerosas peticiones, se veía obligado a eludir cualquier polémica relacionada con la cuestión de las pruebas. El tiempo lo diría, y el señor Bruff se proponía darle tiempo al tiempo.

Era evidente, aun cuando el señor Blake no lo hubiera manifestado con mayor claridad —al optar por resumirme el contenido de la carta en lugar de leerla—, que la desconfianza hacia mí estaba detrás de la actitud del señor Bruff. Como yo había previsto el resultado, no me dolió ni me sorprendió. Le pregunté al señor Blake si las protestas de su amigo le habían hecho vacilar. Respondió enérgicamente que no le habían causado el más mínimo efecto. Eso me dejaba libertad para excluir al abogado de mis consideraciones, y por tanto lo excluí.

Se produjo una pausa en nuestra conversación, y Gabriel Betteredge regresó de la ventana.

—¿Puede concederme su atención, señor? —me dijo.

—Estoy enteramente a su servicio.

Betteredge cogió una silla y se sentó junto a la mesa. Sacó del bolsillo una enorme libreta de cuero vieja y un lápiz de dimensiones equivalentes. Se puso los

anteojos, abrió la libreta por una página en blanco y una vez más se dirigió a mí.

—He vivido —dijo, mirándome con severidad— casi cincuenta años al servicio de mi difunta señora. Antes de eso fui paje del anciano lord, su padre. En este momento tengo entre setenta y ochenta años, ¡no es necesario precisar cuántos!, y me precio de haber cosechado tantos conocimientos y experiencias de la vida como la mayoría de los hombres. ¿Y en qué termina todo esto? Termina, señor Jennings, en que el ayudante de un médico, provisto de un frasco de láudano, se dispone a practicar un truco de magia en la persona del señor Franklin Blake y, ¡qué caramba, se me designa, a mi edad, para que actúe como un chiquillo a las órdenes del prestidigitador!

El señor Blake profirió una carcajada. Yo traté de decir algo. Betteredge hizo un gesto con la mano para indicar que aún no había terminado.

—¡Ni una palabra, señor Jennings! No quiero oír una sola palabra de usted. Tengo mis principios, a Dios gracias. Cuando se me da una orden, no reparo en que pueda ser hermana de la locura. Si dicha orden procede de mi señor o de mi señora, la obedezco sin rechistar. Puedo tener mi propia opinión, y en este caso, haga el favor de recordarlo, es la misma opinión del señor Bruff… ¡del gran señor Bruff! —subrayó, levantando la voz y sacudiendo la cabeza con aire solemne—. Poco importa lo que yo piense. Si mi señorita me dice: « Hazlo» , yo le digo: « Así se hará, señorita» . Aquí me tiene, con mi libreta y mi lápiz, no tan bien afilado como quisiera, pero ¿quién puede esperar que los lápices no se desafilen cuando los cristianos pierden el juicio? Dígame cuáles son sus órdenes, señor Jennings. Las pondré por escrito. Y no me apartaré ni un pelo de ellas. Las cumpliré a ciegas, delo por seguro. ¡A ciegas! —repitió con infinito deleite en su obediencia.

—Lamento mucho que no estemos de acuerdo… —empecé a decir.

—¡No me enrede! —protestó Betteredge—. No es cuestión de estar de acuerdo; es cuestión de obedecer. ¡Deme sus instrucciones, señor… deme sus instrucciones!

El señor Blake me indicó que procediera. Le di mis instrucciones de la manera más clara y rigurosa.

—Deseo que se abran ciertas zonas de la casa y que todo en ellas esté exactamente tal como estaba el año pasado por esta época.

Betteredge humedeció con la lengua la punta de su lápiz imperfectamente afilado.

—¡Nombre esas zonas, señor Jennings! —me conminó con altivez.

—En primer lugar el vestíbulo que conduce a la escalera principal.

—En primer lugar el vestíbulo —repitió Betteredge mientras escribía—. Para empezar, señor, es imposible amueblarlo tal como estaba el año pasado.

—¿Por qué?

—Porque el año pasado, señor Jennings, había en el vestíbulo un águila

disecada. Cuando la familia se marchó, el águila se retiró con el resto de las cosas. Al retirarla… reventó.

—Excluiremos el águila entonces.

Betteredge tomó nota de la excepción.

—Amueblar el vestíbulo tal como estaba el año pasado, con la excepción del águila reventada —dijo—. Continúe, por favor, señor Jennings.

—Colocar la moqueta igual que estaba al pie de la escalera.

—Colocar la moqueta igual que estaba al pie de la escalera. Lamento decepcionarlo, señor, pero eso tampoco es posible.

—¿Por qué no?

—Porque el hombre que se encargaba de hacerlo ha muerto, señor Jennings, y no hay en toda Inglaterra otro hombre capaz de reconciliar una moqueta con una esquina, se busque donde se busque.

—Muy bien. Probaremos con el segundo mejor hombre en Inglaterra.

Betteredge volvió a tomar nota, y yo proseguí mis indicaciones.

—Reproducir las condiciones exactas del año pasado en la sala de estar de la señorita Verinder. Lo mismo en el pasillo que lleva de su sala al primer rellano. Lo mismo en el segundo pasillo, el que conduce a las mejores habitaciones desde el segundo rellano. Lo mismo en el dormitorio que el señor Blake ocupó en junio del año pasado.

El lápiz romo de Betteredge seguía mis instrucciones a conciencia, palabra por palabra.

—Continúe, señor —dijo, con sardónica seriedad—. A este lápiz todavía le queda un montón de punta para escribir.

Le dije que no tenía más instrucciones que darle.

—En ese caso, señor, permítame que le señale un par de detalles. —Abrió la libreta por otra página y volvió a chupar la punta del inagotable lápiz—. Me gustaría saber si puedo lavarme las manos…

—Naturalmente que sí —respondió el señor Blake—. Avisaré al camarero.

—… de ciertas responsabilidades —prosiguió Betteredge, rehusando incomprensiblemente la presencia de cualquier otra persona en la habitación—. Para empezar en lo que se refiere al gabinete de la señorita Verinder. Cuando retiramos la moqueta el año pasado, señor Jennings, encontramos una asombrosa cantidad de horquillas. ¿Tengo que restituir las horquillas?

—Ciertamente no.

Betteredge anotó la concesión en el acto.

—A continuación, el primer pasillo —dijo—. Cuando retiramos los adornos de esa zona, tuvimos que mover la estatua de un niño regordete y desnudo, profanamente descrito en el inventario doméstico como «Cupido, dios del amor». El año pasado tenía un par de alas en la parte carnosa de los hombros. Lo perdí de vista un momento y una de las alas se rompió. ¿Soy responsable del ala

de Cupido?

Hice otra concesión, y Betteredge tomó la consabida nota.

—En cuanto al segundo pasillo, en el curso del último año no ha habido en él nada más que las puertas de las habitaciones (de todas y cada una de ellas, puedo prestar juramento si fuera necesario). Reconozco que es la única zona de la casa que no me preocupa. Sin embargo, en lo que atañe al dormitorio del señor Franklin (si hay que volver a dejarlo tal como estaba entonces), necesito saber quién debe ocuparse de mantenerlo en un estado de perpetuo desorden, a pesar de que se ordene a diario: los pantalones aquí, las toallas allá y sus novelas francesas por todas partes. ¿Quién es el responsable de desordenar la habitación del señor Franklin, él o yo?

El señor Blake declaró que asumía toda la responsabilidad con el mayor placer. Betteredge se obstinaba en no atender a ninguna solución que se le propusiera sin contar previamente con mi permiso y mi consentimiento. Acepté la propuesta del señor Blake, y Betteredge se avino a hacer la oportuna anotación en su libreta.

—Venga usted por la casa cuando lo desee, señor Jennings, a partir de mañana —dijo mientras se levantaba—. Me encontrará trabajando con la ayuda de las personas necesarias. Le agradezco respetuosamente, señor, que haya pasado por alto el detalle del águila disecada y también el del ala de Cupido, así como que me permita lavarme las manos de toda responsabilidad en lo que se refiere a las horquillas de la moqueta y al desorden en la habitación del señor Franklin. Como servidor de la casa, señor, le estoy profundamente agradecido. Como hombre, creo que tiene usted la cabeza llena de pájaros, y reitero mi oposición a su experimento, por descabellado y por engañoso. ¡No tema, sin embargo, que lo que siento como hombre pueda interponerse en mis obligaciones como sirviente! Será usted obedecido. A pesar de los pájaros, señor, será obedecido. Si termina usted por prender fuego a la casa, ¡no seré yo quien avise a los bomberos a menos que usted lo ordene primero!

Con esta contundente despedida, se inclinó y salió de la habitación.

—¿Cree que podemos contar con él? —pregunté.

—Absolutamente —dijo el señor Blake—. Cuando lleguemos a la casa comprobaremos que nada se ha descuidado ni olvidado.

19 de junio. ¡Otra protesta en contra de nuestro plan! Esta vez procede de una señora.

He recibido dos cartas con el correo de la mañana. Una es de la señorita Verinder, que accede con la mayor gentileza a mi propuesta. La otra es de la dama a cuyo cuidado se encuentra, una tal señora Merridew.

La señora Merridew presenta sus saludos y no pretende comprender, en su

vertiente científica, el asunto que ha motivado mi correspondencia con la señorita Verinder. Sin embargo, en su vertiente social, se siente con libertad para manifestar una opinión. Es probable, así lo cree la señora Merridew, que yo no esté al corriente de que la señorita Verinder tiene sólo diecinueve años. Permitir que una dama de esta edad esté presente (sin una « carabina») en una casa llena de hombres que se proponen llevar a cabo un experimento médico supone una afrenta al decoro que la señora Merridew de ningún modo puede consentir. Si nuestros planes siguen adelante, se verá en el deber, con grave sacrificio de su comodidad personal, de acompañar a la señorita Verinder a Yorkshire. En tales circunstancias, se atreve a rogarme que considere amablemente la cuestión, toda vez que la señorita Verinder se niega a aceptar cualquier opinión distinta de la mía. La señora Merridew estima que la presencia de la señorita Verinder no es necesaria bajo ningún concepto y cree que una palabra oportuna de mi parte puede ahorrarnos tanto a ella como a mí una responsabilidad muy enojosa.

Lo que significa su carta, traducida del lenguaje de la cortesía al lenguaje común, es, a mi entender, que a la señora Merridew le aterra el juicio social. Por desgracia ha recurrido a un hombre que tiene sobradas razones para despreciar el juicio social. No estoy dispuesto a decepcionar a la señorita Verinder ni a demorar la reconciliación entre dos jóvenes que se aman y que ya han pasado demasiado tiempo separados. Traducido del lenguaje común a los formalismos de rigor, esto significa que el señor Jennings saluda a la señora Merridew y lamenta comunicarle que no encuentra ninguna justificación para interferir en el curso de los acontecimientos.

El señor Blake me ofrece el mismo informe de su estado que en días anteriores. Resolvemos no molestar a Betteredge supervisando sus preparativos en el día hoy. Convenimos en pasar mañana por la casa para realizar una primera inspección.

20 de junio. El señor Blake empieza a resentirse de la falta de sueño. Cuanto antes esté todo a punto mejor.

Esta mañana, camino de la casa, me ha hablado con cierta impaciencia y cierta vacilación de una carta (reenviada desde Londres) que ha recibido del sargento Cuff.

El sargento escribe desde Irlanda. Acusa recibo (por mediación de su ama de llaves) de una tarjeta dejada por el señor Blake en su residencia de Dorking, y anuncia su regreso a Inglaterra en el plazo aproximado de una semana. Entre tanto, solicita que el señor Blake tenga la bondad de explicarle las razones por las que desea tratar con él (tal como decía en su nota) de un asunto relacionado con la Piedra Lunar. Si el señor Blake es capaz de demostrarle que cometió algún error grave en alguna de las fases de su investigación, considerará su deber

(habida cuenta de la dadivosidad de la difunta lady Verinder) ponerse a la entera disposición del caballero. En caso contrario, ruega que se le permita seguir en su retiro, rodeado de las pacíficas distracciones de la floricultura y de la vida campestre.

Después de haber leído la carta, no vacilé en recomendar al señor Blake que informara al sargento de todo lo sucedido desde el momento en que se interrumpió la investigación, a fin de que el policía pudiera sacar sus propias conclusiones a partir de los hechos.

Tras considerarlo mejor, le sugerí también que lo invitara a estar presente en el experimento, en el supuesto de que regresara a Inglaterra con tiempo suficiente para sumarse a la ocasión. Sería un testigo muy valioso en cualquier circunstancia; y, si se demostraba que yo me equivocaba al pensar que el diamante estaba escondido en el dormitorio del señor Blake, su experiencia podría ser muy útil en una fase posterior del proceso, sobre la cual yo no podría ejercer ningún control. Esta última consideración pareció convencer al señor Blake. Prometió que seguiría mi consejo.

El ruido de un martillo, en cuanto nos adentramos en la avenida que conducía hasta la casa, nos indicó que las tareas de reconstrucción de la escena se hallaban en marcha.

Betteredge, ataviado para la ocasión con un gorro de pescador rojo y un mandil de paño verde, salió a recibirnos al vestíbulo exterior. Nada más verme, sacó la libreta y el lápiz y se obstinó en tomar nota de cuanto yo observaba. Miráramos donde miráramos pudimos comprobar, tal como el señor Blake había vaticinado, que el trabajo progresaba a buen ritmo y de la manera más inteligente que cabía desear. No obstante, aún quedaba mucho por hacer en el vestíbulo interior y en la sala de la señorita Verinder. Parecía dudoso que la casa estuviera a punto antes del fin de semana.

Tras felicitar a Betteredge por los avances (insistió en anotar mis palabras cada vez que abría la boca, al tiempo que se negaba a prestar la más mínima atención a las observaciones del señor Blake) y tras prometer que volveríamos para una segunda inspección en el plazo de uno o dos días, nos dispusimos a abandonar la casa por la puerta de atrás. Antes de que hubiéramos terminado de recorrer los pasillos de la planta baja, Betteredge me detuvo cuando pasaba por la puerta de sus habitaciones.

—¿Podría decirle unas palabras en privado? —preguntó con un misterioso susurro.

Le dije que sí, naturalmente. El señor Blake salió al jardín mientras yo entraba con Betteredge en su sala de estar. Estaba preparado para que me solicitara nuevas concesiones, según el precedente establecido en los casos del águila disecada y el ala de Cupido. Para mi sorpresa, Betteredge me tomó del brazo confidencialmente y me hizo una pregunta extraordinaria.

—Señor Jennings, ¿por casualidad conoce usted *Robinson Crusoe*?

Contesté que había leído el libro cuando era niño.

—¿Y no ha vuelto a leerlo desde entonces? —inquirió.

—No he vuelto a leerlo.

Retrocedió unos pasos y me miró con una expresión de compasiva curiosidad, atemperada por un asombro supersticioso.

—No ha vuelto a leer *Robinson Crusoe* desde que era niño —repitió el anciano para sus adentros—. ¡Veamos si *Robinson Crusoe* lo impresiona ahora!

Abrió un armario que había en un rincón y sacó un libro sucio y manoseado que desprendía un fuerte olor a tabaco rancio al pasar las hojas. Cuando dio con el pasaje que buscaba, me pidió que me acercara al rincón, con la misma enigmática actitud confidencial y sin dejar de hablar entre susurros.

—En lo que respecta a ese truco de magia que pretende usted realizar con el laúdano y el señor Blake —empezó a decir—, mientras los hombres están trabajando en la casa, mi deber como sirviente me obliga a apartar mis sentimientos como hombre. Cuando se marchan, mis sentimientos como hombre predominan sobre mi deber como sirviente. Muy bien. Anoche, señor Jennings, no lograba quitarme de la cabeza la idea de que esta empresa suya podría terminar muy mal. De haber obedecido a ese dictado secreto, yo mismo habría retirado los muebles con mis propias manos y habría echado a los operarios de la casa cuando volvieran al día siguiente.

—Me complace saber, por lo que he visto en el piso de arriba, que supo resistirse a ese dictado secreto.

—Resistir no es la palabra —me corrigió—. La palabra es combatir. Tuve que combatir, señor, entre las órdenes silenciosas de mi conciencia, que me arrastraban en una dirección, y las órdenes anotadas en mi libreta, que me arrastraban en dirección contraria, hasta que (disculpe la expresión) me vi empapado en un sudor frío. ¿A qué remedio acudí en tan atroz perturbación anímica y laxitud corporal? Al remedio, señor, que jamás me ha fallado desde hace más de treinta años… ¡A este libro! —Asestó al libro un manotazo, y el olor a tabaco rancio se dejó sentir con más fuerza que nunca—. ¿Qué encontré en él —continuó— nada más abrir una página al azar? Este horrible pasaje, señor, página ciento setenta y ocho, que dice así: « A raíz de estas y de otras reflexiones parecidas, convertí en norma de conducta el que cada vez que me acuciaran los mismos indicios o los mismos presentimientos a la hora de hacer o de no hacer determinada cosa, o a la hora de tomar este o aquel camino, jamás dejaría de obedecer a mi dictado secreto» . Como que estoy aquí mismo, señor Jennings, ésas fueron las primeras palabras que vieron mis ojos, ¡en el preciso instante en que yo estaba desafiando mi dictado secreto! ¿No ve usted nada fuera de lo ordinario en esto, señor?

—Veo una coincidencia… nada más.

—¿No le afecta de ningún modo, señor Jennings, con respecto a ese experimento médico?

—En lo más mínimo.

Me miró con dureza, en completo silencio. Cerró el libro con ademán deliberado; lo guardó en el armario con cuidado sumo; giró sobre sus talones y volvió a mirarme. Esta vez habló.

—Señor —dijo con gravedad—, hay que ser comprensivo con un hombre que no ha vuelto a leer *Robinson Crusoe* desde que era niño. Que tenga usted buenos días.

Abrió la puerta, se inclinó ceremoniosamente y me dio libertad para salir al jardín por mis propios medios. Me encontré con el señor Blake, que regresaba a la casa.

—No hace falta que me lo cuente —dijo—, Betteredge ha jugado su última carta. Ha realizado otro descubrimiento profético en *Robinson Crusoe*. ¿Le ha seguido la corriente en su ilusión favorita? ¿No? ¿Le ha dado a entender que no cree en *Robinson Crusoe*? ¡Señor Jennings, acaba de descender usted hasta el último peldaño en la estima de Betteredge! A partir de ahora, lo mismo dará lo que diga o lo que haga. Ya verá cómo ese hombre no vuelve a malgastar una sola palabra con usted.

21 de junio. Mi diario tendrá que conformarse hoy con una breve entrada.

El señor Blake ha pasado la peor de las noches hasta la fecha. Muy a mi pesar, me he visto obligado a recetarle un fármaco. Por fortuna, los hombres dotados de una constitución tan sensible como la suya perciben en seguida los efectos de estos remedios. De lo contrario, temería que no estuviera en condiciones de someterse al experimento cuando llegue la hora.

En cuanto a mí, tras una leve remisión de mis dolores en los dos últimos días, esta mañana he tenido un ataque, del cual sólo diré que me ha decidido a volver al opio. Cerraré este cuaderno y tomaré una dosis completa: quinientas gotas.

22 de junio. Nuestras perspectivas se presentan más halagüeñas. El sufrimiento nervioso del señor Blake se ha aliviado considerablemente. Ha logrado dormir un poco esta noche. Mi noche, gracias al opio, ha sido la de un hombre inconsciente. No puedo decir que despertara esta mañana; la expresión más exacta es que recobré los sentidos.

Fuimos a comprobar si la reconstrucción de la casa estaba lista. Se habrá completado para mañana, sábado. Tal como anticipó el señor Blake, Betteredge no ha puesto nuevos impedimentos. Se mostró de principio a fin siniestramente educado y siniestramente silencioso.

Mi empresa médica (como la llama Betteredge) debe demorarse inevitablemente hasta el próximo lunes. Los hombres seguirán trabajando en la casa hasta última hora de mañana por la tarde. Al día siguiente, la tiranía sabática, que es una de las instituciones de este país libre, impedirá que los trenes cubran el trayecto desde Londres. Hasta el lunes no podremos hacer nada más que vigilar atentamente al señor Blake y procurar, en la medida de lo posible, que continúe en el mismo estado en que lo he encontrado hoy.

Le he insistido en que escriba al señor Bruff, haciendo hincapié en que debe estar presente el día del experimento. Elijo precisamente al abogado por su firme oposición a nuestros planes. Si logramos convencerlo, nuestra victoria no admitirá discusión.

El señor Blake ha escrito también al sargento Cuff, y yo le he enviado unas líneas a la señorita Verinder. Con todos ellos, además del anciano Betteredge (que es una persona en verdad importante en la familia), contaremos con testigos suficientes para nuestros fines, sin incluir a la señora Merridew, en el caso de que persistiera en sacrificarse en aras del juicio social.

23 de junio. El opio volvió a cobrarse anoche su venganza. Lo mismo da; ahora debo seguir tomándolo hasta que haya pasado el lunes.

El señor Blake no se encuentra bien esta mañana. Me ha confesado que a las dos de la madrugada abrió la gaveta donde guarda sus cigarros. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para cerrarla sin haberlos tocado. Luego, por si volvía a presentarse la tentación, tiró la llave por la ventana. El camarero se la ha devuelto esta mañana, tras encontrarla en el fondo de una acequia vacía. ¡Así es el destino! Me he hecho cargo de la llave, para guardarla hasta el martes.

24 de junio. He dado un largo paseo con el señor Blake en coche descubierto. Ambos nos hemos beneficiado de los benditos efectos del aire del verano. He almorzado con él en el hotel. Para tranquilidad mía, puesto que esta mañana lo he visto especialmente agotado y nervioso, ha dormido dos horas en el diván después del almuerzo. Si vuelve a pasar una mala noche, ahora ya no temo las consecuencias.

Lunes, 25 de junio. ¡El día del experimento! Son las cinco de la tarde. Acabamos de llegar a la casa.

Lo primero y lo principal es la salud del señor Blake.

Por lo que alcanzo a observar, promete hallarse (físicamente hablando) tan receptivo a la acción del opio como lo estaba el año pasado. Esta tarde presenta

una acusada sensibilidad nerviosa, muy próxima a la irritabilidad. Muda de color a la primera de cambio, sus manos no pueden estarse quietas y se sobresalta a cada ruido o a cada aparición inesperada de personas o de cosas.

Todos estos síntomas son fruto de la privación del sueño, lo que a su vez es la consecuencia nerviosa de la brusca interrupción del hábito de fumar tras haber llevado dicho hábito al extremo. Las causas que operan esta noche son las mismas que operaban el año pasado, y los efectos son aparentemente los mismos. ¿Perdurará el paralelismo cuando llevemos a cabo la prueba definitiva? Los acontecimientos de la noche tendrán la palabra.

Mientras redacto estas líneas, el señor Blake se está entreteniendo en la mesa de billar de la antecámara, practicando distintos golpes, tal como acostumbraba cuando estuvo invitado en junio del año pasado. He traído mi diario, en parte con la intención de ocupar las horas de espera que median entre esta tarde y mañana, en parte con la esperanza de que suceda algo digno de ser consignado a su debido tiempo.

¿He omitido algo? Al repasar la entrada de ayer compruebo que olvidé dar cuenta de la llegada del correo matinal. Me ocuparé de ello antes de cerrar estas páginas para reunirme con el señor Blake.

Ayer recibí unas líneas de la señorita Verinder. Tomará el tren de la tarde, según le aconsejé. La señora Merridew insiste en acompañarla. La nota insinúa que la dama en cuestión, por lo general una persona de humor excelente, está un poco alterada, y ruega que se la trate con la debida indulgencia, en atención a su edad y a sus costumbres. Me empeñaré en emular en mi relación con la señora Merridew la moderación de que hace gala Betteredge en su trato conmigo. Hoy nos ha recibido espléndidamente ataviado con su mejor traje negro y su corbata blanca más almidonada. Cada vez que me mira recuerda que no he vuelto a leer *Robinson Crusoe* desde la infancia, y se compadece de mí respetuosamente.

También ayer el señor Blake tuvo respuesta del abogado. El señor Bruff acepta la invitación, no sin protestas. Considera imprescindible que un caballero dotado de algún sentido común acompañe a la señorita Verinder en la escena de lo que se aventura a llamar el espectáculo programado. A falta de una escolta mejor, el propio señor Bruff será dicho caballero. Es decir, que la pobre señorita Verinder contará con dos «carabinas». ¡Es un alivio pensar que el juicio social quedará satisfecho con esto!

No hay noticias del sargento Cuff. A buen seguro sigue en Irlanda. No lo esperamos esta noche.

Betteredge acaba de entrar para decirme que el señor Blake solicita mi presencia. Debo dejar la pluma por el momento.

Siete de la tarde. Hemos vuelto a revisar las escaleras y todas las habitaciones

que han sido reconstruidas; después hemos salido a dar un agradable paseo entre los arbustos, el lugar predilecto del señor Blake durante su última estancia en la casa. De esta manera espero reproducir en su mente con la mayor viveza posible las antiguas sensaciones de los lugares y las cosas.

Nos disponemos a cenar, a la hora exacta en que se ofreció la cena de cumpleaños hace doce meses. Mi propósito es puramente médico en este caso. El láudano debe administrarse en la misma fase del proceso digestivo en que se administró hace un año.

A una hora razonable, después de la cena, llevaré la conversación, con la mayor naturalidad posible, al tema del diamante y la conspiración urdida para robarlo. Cuando este asunto vuelva a acaparar la atención del señor Blake, habré hecho todo cuanto está en mi mano antes de administrarle la segunda dosis de opio.

Ocho y media. Hasta hace sólo un momento no he tenido oportunidad de atender al detalle más importante del día: buscar en el botiquín de la familia el láudano que usó el doctor Candy.

Hace diez minutos sorprendí a Betteredge en un momento ocioso y le expliqué lo que necesitaba. Sin una sola objeción, sin hacer amago siquiera de sacar su libreta, me ha conducido (complaciente a cada uno de mis pasos) a la sala donde se guarda el botiquín.

He encontrado el frasco, debidamente precintado con su tapón y anudado con una cinta de cuero. El preparado que contiene, tal como preveía, es la tintura de opio común. Como aún quedaba suficiente cantidad, he preferido servirme de esta disolución antes que de cualquiera de las dos que había preparado en caso de emergencia.

La cuestión de la cantidad que debo administrar presenta algunas dificultades. Tras haberlo meditado, me he decidido por aumentar la dosis.

El doctor Candy empleó sólo veinticinco gotas. Es una dosis muy baja para producir los efectos de todos conocidos, incluso en una persona tan sensible como el señor Blake. Considero probable que el doctor le diera una dosis mayor de lo que suponía, sabiendo, como yo sé, que el señor Blake disfruta muy particularmente de los placeres gastronómicos y a la vista de que le administró el láudano después de la cena. Sea como fuere, correré el riesgo de incrementar la dosis hasta las cuarenta gotas. En esta ocasión el señor Blake sabe que va a tomar el opio, y eso significa, fisiológicamente hablando, que está preparado (inconscientemente) para combatir sus efectos. Si estoy en lo cierto, es imprescindible aumentar la dosis para obtener los mismos resultados que en la primera ocasión se obtuvieron con una dosis menor.

Diez de la noche. Los testigos, o los invitados (¿cómo debo llamarlos?), llegaron hace una hora.

Poco antes de las nueve persuadí al señor Blake de que me acompañase a su dormitorio, aduciendo que deseaba echar un último vistazo para cerciorarme de que todo estaba a punto. Previamente había acordado con Betteredge que se dispusiera para el señor Bruff la habitación contigua a la del señor Blake, y que se me informara de la llegada del abogado con un toque en la puerta. Cinco minutos después de que el reloj del vestíbulo hubiese dado las nueve, oí el toque en la puerta y salí al encuentro del señor Bruff.

Mi aspecto (como de costumbre) no me favoreció. Advertí nítidamente la expresión de recelo en los ojos del señor Bruff. Acostumbrado a causar esta impresión en los desconocidos, no perdí un instante en explicarle lo que me proponía, antes de que entrase en el dormitorio del señor Blake.

—Tengo entendido que ha venido en compañía de la señora Merridew y la señorita Verinder. ¿Es así?

—Sí —respondió secamente.

—Es probable que la señorita Verinder le haya contado que su presencia en la casa (y también la de la señora Merridew) debe mantenerse en secreto hasta que haya realizado mi experimento con el señor Blake.

—¡Ya sé que tengo que tener la boca cerrada, señor! —respondió el abogado con impaciencia—. Tengo por costumbre guardar silencio en presencia de los desatinos humanos, y no me costará sellar mis labios en esta ocasión. ¿Eso le satisface?

Me incliné ante el señor Bruff y dejé que Betteredge lo acompañara a su dormitorio. El anciano sirviente me lanzó una mirada con la que quiso decirme textualmente: « Ha dado usted con un tártaro, señor Jennings… y su nombre es Bruff» .

A continuación fui a ver a las señoras. Bajé las escaleras, algo inquieto, lo confieso, camino del gabinete de la señorita Verinder.

La mujer del jardinero (a quien se le había encomendado preparar los dormitorios de las damas) me salió al encuentro en el pasillo del primer piso. Esta buena mujer me trata con un exceso de cortesía, a todas luces nacida del terror que le inspiro. Me mira fijamente, tiembla y se inclina ante mí cada vez que me dirijo a ella. Al preguntarle por la señorita Verinder, me miró, tembló y sin duda se habría inclinado de no haber sido porque la propia señorita interrumpió el ritual al abrir bruscamente la puerta de la sala.

—¿Es usted el señor Jennings? —preguntó.

Se acercó ansiosa a recibirme, sin darme tiempo a contestar. Nos hallábamos en el pasillo bajo la luz de una lámpara. Al verme por primera vez, se detuvo y vaciló. Se recobró en seguida, se sonrojó levemente y me tendió la mano con encantadora franqueza.

—No puedo tratarlo como a un extraño, señor Jennings —dijo—. ¡Ah, si usted supiera lo feliz que me han hecho sus cartas!

Observó mi rostro arrugado y feo con una gratitud tan desconocida para mí que casi no acerté a responder. Nada me había preparado para su bondad y su belleza. El sufrimiento de tantos años no había endurecido mi corazón, a Dios gracias. Me mostré tan torpe y cohibido como un adolescente.

—¿Dónde está él? —preguntó, expresando libremente su principal interés—. ¿Qué está haciendo? ¿Ha hablado de mí? ¿Está animado? ¿Qué impresión le produce la casa tras lo ocurrido hace un año? ¿Cuándo le dará usted el láudano? ¿Puedo ver cómo lo mezcla? Me intriga mucho, estoy muy emocionada. Tengo diez mil cosas que decirle y se me agolpan todas; no sé por dónde empezar. ¿Le sorprende tanta curiosidad?

—No. Creo que la comprendo perfectamente.

Aquella muchacha era inmune a la mezquina afectación de aparentar desconcierto. Me respondió lo mismo que le habría respondido a un hermano o a un padre.

—Me ha librado usted de un dolor indescriptible; me ha proporcionado una vida nueva. ¿Cómo podría caer en la ingratitud de ocultarle nada? Lo amo —dijo con sencillez—. Lo he amado desde el principio hasta el final: incluso cuando lo juzgaba mal no he dejado de amarlo; incluso cuando le decía las palabras más duras y más crueles. ¿Hay alguna disculpa para mí? Espero que así sea, me temo que no tengo otra disculpa. Mañana, cuando él sepa que estoy en la casa, ¿cree usted que…?

Se detuvo y me miró muy seria.

—Mañana —dije— bastará con que le diga usted lo que acaba de decirme.

Su expresión se iluminó; se acercó un paso más. Jugueteó nerviosa con una flor que yo había cogido en el jardín y llevaba en el ojal.

—Usted ha pasado mucho tiempo con él últimamente —dijo—. ¿De verdad ha visto eso?

—Sin la menor duda. Estoy seguro de lo que ocurrirá mañana. Ojalá tuviera la misma certeza en lo que se refiere a esta noche.

En ese punto de la conversación nos interrumpió la llegada de Betteredge con la bandeja del té. Me lanzó otra mirada elocuente al entrar. « ¡Ay, ay!, cosecha tu heno mientras brille el sol. ¡El tártaro está arriba, señor Jennings! ¡El tártaro está arriba!»

Lo seguimos hasta la sala de estar. Una anciana menuda, magníficamente vestida y absorta en un intrincado bordado, soltó su labor sobre el regazo y contuvo un grito al ver mi tez agitanada y mi pelo pinto.

—Señora Merridew —dijo la señorita Verinder—, éste es el señor Jennings.

—Le ruego al señor Jennings que me disculpe —dijo la anciana, mirando a la señorita Verinder y hablándome a mí—. Los viajes en ferrocarril siempre me

ponen nerviosa. Estoy tratando de tranquilizarme con esta labor. No sé si bordar estará fuera de lugar en una ocasión tan extraordinaria. Si voy a interferir en los procedimientos médicos del señor Jennings, lo dejaré con mucho gusto.

Me apresuré a dar mi consentimiento a la presencia del bordado del mismo modo que lo había dado a la ausencia del águila disecada y el ala de Cupido. La señora Merridew hizo un esfuerzo —un esfuerzo agradecido— por fijarse en mi pelo. ¡No! Mejor no hacerlo. Volvió a mirar a la señorita Verinder.

—Quisiera pedir un favor, si el señor Jennings me lo permite —prosiguió la dama—. El señor Jennings va a realizar un experimento médico esta noche. Cuando era niña, presencié en la escuela algunos experimentos científicos. Todos concluían invariablemente con una explosión. Si el señor Jennings tuviera la bondad, me gustaría que se me advirtiera previamente en esta ocasión. A ser posible, que la explosión se produjera antes de que me vaya a la cama.

Traté de asegurarle de que el programa no incluía esta vez ninguna explosión.

—No es cierto —dijo la buena mujer—. Se lo agradezco mucho al señor Jennings. Veo que me engaña por mi propio bien, pero prefiero la sinceridad. Estoy resignada a la explosión; sólo pido, si es posible, que se produzca antes de que me retire.

Se abrió la puerta, y la señora Merridew contuvo otro grito. ¿Había llegado el momento de la explosión? No; había llegado Betteredge.

—Disculpe, señor Jennings —dijo el anciano en su tono más confidencial—. El señor Franklin ha preguntado por usted. Puesto que tengo órdenes de ocultarle la presencia de la señorita en la casa, le he dicho que no sé dónde está. Comprenderá, señor, que eso es una mentira. Como tengo un pie muy cerca de la tumba, cuantas menos mentiras me pida usted que diga, más se lo agradeceré cuando llegue mi hora y me remuerda la conciencia.

No podía entretenerme con las especulaciones de la conciencia de Betteredge. El señor Blake se presentaría en cualquier momento si yo no acudía inmediatamente. La señorita Verinder me siguió al pasillo.

—Parecen todos confabulados en su contra —dijo—. ¿Por qué?

—Es sólo una muestra de la protesta del mundo, a una escala muy pequeña, frente a todo lo nuevo.

—¿Qué vamos a hacer con la señora Merridew?

—Dígale que la explosión se producirá mañana, a las nueve.

—¿Para que se vaya a la cama?

—Sí, para que se vaya a la cama.

La señorita Verinder regresó a la sala y yo subí al dormitorio del señor Blake.

Lo encontré dando vueltas por la estancia, nervioso y algo irritado porque lo habíamos dejado solo.

—¿Dónde está el señor Bruff? —pregunté.

Señaló hacia la puerta que comunicaba los dormitorios. El señor Bruff había

pasado a saludarlo un momento, había vuelto a protestar por nuestros planes, y una vez más no había logrado causar la más mínima impresión en el señor Blake. Por esta razón, el abogado se había refugiado en un bolso de cuero negro repleto de documentos profesionales. Se había justificado diciendo que «los asuntos importantes de la vida estaban tristemente fuera de lugar en una ocasión como aquélla. Sin embargo, había que ocuparse de ellos de todos modos. Confiaba en que el señor Blake tuviera la bondad de disculpar las costumbres anticuadas de un hombre práctico. El tiempo era oro y… en cuanto al señor Jennings, podía tener la certeza de que el señor Bruff estaría a su disposición cuando se le avisara». Con esta excusa había vuelto a su dormitorio para sumergirse obstinadamente en sus documentos.

Pensé en el bordado de la señora Merridew y en la conciencia de Betteredge. Hay un parecido asombroso en el lado sólido del carácter inglés, del mismo modo que hay un parecido asombroso en la sólida expresión de las facciones inglesas.

—¿A qué hora me dará el láudano? —preguntó el señor Blake con impaciencia.

—Tenemos que esperar un poco más. Me quedaré haciéndole compañía hasta que llegue el momento.

No eran las diez todavía. Las preguntas que en diversas ocasiones les había hecho a Betteredge y al señor Blake me llevaron a concluir que el doctor Candy no pudo administrarle el opio el año anterior antes de las once. En consecuencia, resolví esperar hasta esa hora.

Charlamos un rato, pero los dos estábamos preocupados por la prueba inminente. La conversación no tardó en languidecer y en apagarse del todo. El señor Blake se puso a hojear los libros de su mesita de noche. Yo había tomado la precaución de examinarlos cuando entramos en el dormitorio por primera vez. *The Guardian, The Tatler*, la *Pamela* de Richardson, *The Man of Feeling* de Henry Mackenzie, *Lorenzo de Medici* de Roscoe y *Carlos V* de Robertson. Todos ellos obras clásicas; todos (sin lugar a dudas) inconmensurablemente superiores a todo lo producido en épocas posteriores, y todos (a mi modo de ver) con el gran mérito de no cautivar el interés de nadie ni excitar el cerebro de nadie. Permití al señor Blake que se entregara a la tranquilizadora influencia de la literatura canónica, y yo me dediqué a redactar esta entrada en mi diario.

Mi reloj me indica que son casi las once. Debo cerrar estas páginas una vez más.

Dos de la madrugada. Hemos realizado el experimento, con el resultado que paso a referir.

A las once toqué la campanilla para avisar a Betteredge y le pedí al señor

Blake que se preparara para acostarse.

Me acerqué a la ventana a contemplar la noche. Vi que era templada y lluviosa, similar en este sentido al 21 de junio del año pasado. Aun no siendo dado a creer en los presagios, me pareció alentador no detectar en la atmósfera la presencia de influencias nerviosas directas: ni tormenta ni perturbaciones eléctricas. Betteredge se acercó a la ventana y deslizó misteriosamente en mi mano una nota de papel con las siguientes líneas:

> La señora Merridew ya se ha acostado, en el entendido de que la explosión se producirá mañana a las nueve, y de que yo no debo moverme de esta zona de la casa hasta que ella venga a liberarme. No tiene la menor idea de que el escenario principal del experimento será mi sala de estar: de lo contrario ¡se habría quedado toda la noche allí! Estoy sola y muy nerviosa. Por favor, déjeme ver cómo prepara la dosis de láudano. Me gustaría estar presente, aunque sólo sea en la modesta condición de espectadora. R. V.

Salí con Betteredge de la habitación y le pedí que llevara el botiquín a la sala de la señorita Verinder.

La orden pareció pillarlo completamente desprevenido. ¡Me miró como si sospechara que me proponía experimentar algún procedimiento médico secreto con la señorita Verinder!

—¿Puedo preguntar si existe alguna relación entre mi señorita y el botiquín? —dijo.

—Quédese en la sala y lo verá.

Dio muestras de dudar de sus propias facultades para supervisarme cuando un botiquín iba a intervenir en el proceso.

—¿Tiene alguna objeción, señor, a que el señor Bruff esté presente en esta fase del procedimiento?

—Al contrario. Ahora mismo voy a pedirle que me acompañe al piso de abajo.

Se retiró a buscar el botiquín sin decir más. Regresé al dormitorio del señor Blake y llamé a la puerta que lo comunicaba con la habitación contigua. El señor Bruff abrió con sus papeles en la mano: inmerso en la ley; impenetrable a la medicina.

—Lamento molestarlo —dije—. Voy a preparar el láudano para el señor Blake y necesito que esté usted presente.

—¿Sí? —respondió con un noventa por ciento de su atención puesta en sus documentos y un diez por ciento en mis palabras—. ¿Algo más?

—Tendré que pedirle que vuelva aquí conmigo para que vea cómo administro la dosis.

—¿Algo más?

—Sólo una cosa. Le causaré la molestia de pedirle que se quede en el dormitorio del señor Blake hasta ver qué sucede.

—¡Muy bien! Lo mismo me da estar en mi dormitorio que en el del señor Blake. Puedo llevar mis papeles a donde sea. A menos, señor Jennings, que se oponga usted a que introduzca esta cuota de sentido común en sus diligencias.

Antes de que pudiera contestarle, el señor Blake se dirigió al abogado desde la cama.

—¿De verdad no le interesa nada lo que vamos a hacer? ¡Señor Bruff, tiene usted la misma imaginación que una vaca!

—Una vaca es un animal muy útil, señor Blake —repuso el abogado. Dicho lo cual me siguió con sus papeles en la mano.

Encontramos a la señorita Verinder pálida y agitada, recorriendo su gabinete sin descanso de extremo a extremo. Junto a una mesa, en un rincón, se hallaba Betteredge, custodiando el botiquín. El señor Bruff se acomodó en la primera silla que tenía a mano y (emulando la utilidad de las vacas) volvió a sumergirse en sus papeles sin perder un instante.

La señorita Verinder me llevó a un aparte y me ofreció una nueva prueba de su único y absorbente interés, de su interés por el señor Blake.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está nervioso? ¿Está alterado? ¿Cree usted que todo esto saldrá bien? ¿Está seguro de que no le hará daño?

—Completamente seguro. Venga a ver cómo preparo la dosis.

—¡Un momento! Son las once pasadas. ¿Cuánto tendremos que esperar hasta que ocurra algo?

—No es fácil saberlo. Una hora quizá.

—Supongo que la habitación tendrá que estar a oscuras, como el año pasado.

—Así es.

—Esperaré en mi dormitorio, lo mismo que aquel día. Dejaré la puerta entreabierta. El año pasado estaba entreabierta. Vigilaré la puerta de la sala y, en cuanto vea que se mueve, apagaré la vela. Así sucedió todo la noche de mi cumpleaños. Y todo tiene que ser igual, ¿no es cierto?

—¿Cree que podrá dominarse, señorita Verinder?

—¡Por él soy capaz de cualquier cosa! —respondió con ardor.

Me bastó con mirarla para saber que podía confiar en ella. Me dirigí de nuevo al señor Bruff.

—Tengo que pedirle que deje sus papeles un momento.

—¡Desde luego! —Se levantó sobresaltado, como si le hubiera interrumpido en algún punto de especial importancia, y me acompañó hasta el botiquín. Una vez allí, privado de la estimulante excitación consustancial a su oficio, miró a Betteredge y bostezó.

La señorita Verinder trajo una jarra de agua fría de una mesita auxiliar.

—Déjeme servir el agua —susurró—. ¡Necesito participar!

Medí cuarenta gotas en una probeta.

—Llénela de agua hasta un tercio de su capacidad —le indiqué. Pedí entonces a Betteredge que cerrara el botiquín, puesto que ya no iba a necesitarlo. Una indecible expresión de alivio se dibujó en su rostro. ¡Era evidente que se temía alguna argucia médica que pudiera afectar a su señorita!

Tras llenar la probeta según mis instrucciones, la joven aprovechó un momento —mientras Betteredge cerraba el botiquín y el señor Bruff volvía a enfrascarse en sus papeles— para besar el borde a hurtadillas.

—Désela por este lado —me pidió la encantadora muchacha.

Saqué del bolsillo el trozo de cristal que iba a representar el diamante y se lo di.

—Participe también en esto. Guárdelo donde guardó la Piedra Lunar el año pasado.

Se acercó al secreter hindú y dejó el falso diamante en el mismo cajón donde había guardado el verdadero la noche de su cumpleaños. El señor Bruff presenció estas maniobras sin dejar de refunfuñar, como venía haciendo con todo lo demás. Pero la poderosa fuerza dramática que empezaba a cobrar el experimento resultó excesiva para Betteredge. Advertí, con regocijo, que le temblaba la mano con la que sostenía la vela, y susurró muy alarmado.

—¿Está segura, señorita, de que es ese cajón?

Encabecé de nuevo la marcha con el láudano y el agua en la mano. Al llegar a la puerta me detuve para hacerle una última advertencia a la señorita Verinder.

—No tarde mucho en apagar las velas.

—Las apagaré en seguida, y esperaré en mi dormitorio con una sola vela encendida.

Cerró la puerta de la sala. Seguido de Betteredge y el señor Bruff regresé al dormitorio del señor Blake.

Seguía muy inquieto, dando vueltas en la cama. Preguntó, malhumorado, si íbamos a darle el láudano de una vez. Le administré la dosis en presencia de los dos testigos, ahuequé las almohadas y le ordené que se tumbara tranquilamente a esperar.

La cama, provista de unas ligeras cortinas de cretona, tenía la cabecera apoyada en la pared, con el fin de dejar un amplio espacio a ambos lados. Cerré las cortinas en uno de los lados, y, en esa zona de la estancia protegida de la vista, acomodé a los testigos a la espera del resultado. Corrí las cortinas hasta la mitad a los pies de la cama y me senté delante, a unos pasos, de tal modo que el señor Blake pudiera verme o no verme, hablarme o no hablarme, según aconsejaran las circunstancias. Como sabía que siempre dormía con una luz encendida, dejé una de las dos velas en una mesilla, junto a la cabecera, levemente apartada para que la luz no le diera en los ojos. Le entregué al señor Bruff la otra vela, cuyo

resplandor quedaba atenuado por las cortinas. La ventana estaba abierta en la parte superior, a fin de ventilar la habitación. Llovía ligeramente y la casa estaba en calma. Eran las once y veinte, según mi reloj, cuando dimos por concluidos los preparativos y me instalé en la silla a los pies de la cama.

El abogado volvió a sus papeles, aparentando el mismo interés que antes. Sin embargo, al observarlo, detecté ciertas señales que indicaban que la ley ya no lograba absorber plenamente su atención. La expectación empezaba a imponerse incluso en una mentalidad con tan poca imaginación como la suya. En lo que respecta a Betteredge, la solidez de los principios y la dignidad en la actitud habían pasado a ser meras palabras huecas. Se había olvidado de que yo estaba ejecutando un truco de magia con el señor Franklin Blake, de que había puesto la casa patas arriba, y de que no había vuelto a leer *Robinson Crusoe* desde la infancia.

—Por el amor de Dios, señor, díganos cuándo surtirá efecto —murmuró.

—No antes de la medianoche —le respondí en el mismo tono—. No hable y quédese quieto.

Sin el menor esfuerzo por conservar su dignidad, Betteredge se permitió la mayor de las familiaridades conmigo. ¡Me guiñó un ojo a modo de respuesta!

El señor Blake seguía igual de alborotado en la cama. Preguntó con fastidio por qué el láudano no le hacía efecto. De nada habría servido, en su estado de agitación, decirle que cuanto más se moviera y más se preocupara, más tardaría en presentarse el resultado que esperábamos. Lo más inteligente era hacer que se olvidara del opio, llevándolo a pensar en otras cosas sin que se diera cuenta.

Con esta intención lo animé a que me hablara, ingeniándomelas a mi vez para dirigir la conversación al tema del diamante, como en otros momentos de la noche. Me esforcé por incidir en los pormenores del traslado de la piedra de Londres a Yorkshire, en el peligro que había corrido el señor Blake al retirarla del banco de Frizinghall y en la inesperada aparición de los hindúes en la casa la noche del cumpleaños. Fingí adrede no haber entendido bien muchas de las cosas que me había contado horas antes. De esta guisa logré que se centrara en el asunto que en ese momento decisivo debía ocupar sus pensamientos, sin permitir que adivinara mis propósitos. Poco a poco se fue interesando tanto por aclarar mis dudas que se olvidó de dar vueltas en la cama. Cuando la expresión de su mirada me reveló por primera vez que el opio empezaba a actuar en su cerebro, los pensamientos del señor Blake se hallaban muy lejos de esta sustancia.

Miré el reloj. Faltaban cinco minutos para las doce cuando se presentaron los primeros síntomas premonitorios del láudano.

Un observador inexperto no habría detectado ningún cambio en ese momento, si bien conforme pasaron los minutos la rápida y sutil acción del fármaco se fue revelando con mayor claridad. La sublime embriaguez del opio se manifestó en el brillo que cobraron sus ojos; la tez del rostro empezó a perlarse

de sudor. Cinco minutos más tarde su conversación perdió la coherencia. Seguía centrado en el diamante, pero no acertaba a completar las frases. Sobrevino entonces un intervalo de silencio. Poco después se incorporó en la cama. Luego, sin olvidarse todavía del diamante, volvió a hablar, pero esta vez consigo mismo. Este cambio me indicó que habíamos alcanzado la primera fase del experimento. Se encontraba bajo la influencia estimulante del opio.

Eran las doce y veintitrés minutos. En la media hora siguiente se dilucidaría la cuestión de si finalmente se levantaría de la cama para abandonar el dormitorio.

Tan absorto estaba en observarlo, tan indecible era mi sensación de triunfo al ver que el resultado inicial de la prueba se presentaba en la forma y casi en el tiempo exacto en que yo lo esperaba, que me olvidé por completo de mis dos compañeros de vigilia. Al mirarlos entonces, vi a la ley (representada por los documentos del señor Bruff) tirada por los suelos de cualquier manera. El propio abogado atisbaba ávidamente por una ranura entre las cortinas de la cama, mientras que Betteredge, ajeno a cualquier consideración social, miraba por encima del hombro de su compañero.

Se sobresaltaron al darse cuenta de que los observaba, como dos niños sorprendidos en falta por el maestro. Les indiqué por señas que se descalzaran sin hacer ruido, como estaba haciendo yo. Si el señor Blake nos daba la oportunidad de seguirlo, era vital que pudiéramos andar sin hacer ruido.

Pasaron diez minutos sin que nada ocurriera. Hasta que apartó las sábanas con brusquedad, sacó una pierna de la cama y aguardó unos momentos.

—Ojalá no lo hubiera sacado del banco —dijo para sí—. En el banco estaba a salvo.

Se me aceleró el pulso; sentí su latido furioso en las sienes. ¡Las dudas sobre la seguridad del diamante volvían a ser el motivo central de sus pensamientos! El éxito de todo el experimento giraba en torno a aquel eje. Mis maltrechos nervios no pudieron soportar las favorables perspectivas que se desplegaron ante mí al oír estas palabras. Tuve que mirar a otro lado para dominarme.

Sobrevino otro intervalo de silencio.

Cuando por fin me decidí a mirarlo, había salido de la cama y estaba de pie junto al borde. Tenía las pupilas contraídas, y las córneas refulgieron a la luz de la vela cuando movió la cabeza despacio a uno y otro lado. Pensaba; dudaba. Volvió a hablar.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo—. Los hindúes podrían estar escondidos en la casa.

Guardó silencio y anduvo lentamente hasta el extremo opuesto de la habitación. Dio media vuelta, se detuvo y regresó a la cama.

—Ni quiera está cerrado con llave —continuó—. Está en un cajón de su secreter. Y ese mueble no cierra bien.

Se sentó en el borde de la cama.

—Cualquiera podría llevárselo —dijo.

Volvió a levantarse con inquietud y repitió sus primeras palabras.

—¿Cómo voy a saberlo? Los hindúes podrían estar escondidos en la casa.

Esperó de nuevo. Me retiré tras las cortinas entreabiertas. Vi que paseaba la mirada por la estancia con expresión ausente. Fue un momento aterrador. Se produjo una pausa. ¿Una pausa en la acción del opio? ¿Una pausa en la actividad cerebral? ¿Cómo saberlo? Todo dependía de lo que hiciese a continuación.

¡Se acostó en la cama!

Una duda atroz me vino a la cabeza. ¿Sería posible que hubiera empezado a entrar en la fase sedante del opio? Según mi experiencia no podía ser, pero ¿de qué sirve la experiencia cuando se trata del opio? Seguramente no existen dos hombres sobre los cuales la droga actúe de la misma manera. ¿Habría alguna peculiaridad en su constitución que pudiera modificar los efectos sobre su organismo? ¿Íbamos a fracasar cuando estábamos ya tan cerca del triunfo?

¡No! Se levantó de golpe.

—¿Cómo diablos voy a dormir con esta preocupación?

Se quedó mirando la vela que ardía junto a la cabecera de la cama. Seguidamente cogió la palmatoria.

Apagué de un soplido la vela de detrás de las cortinas. Retrocedí, en compañía de Betteredge y del señor Bruff, hasta la esquina más alejada de la cama. Con una señal les indiqué que guardaran silencio como si en ello les fuera la vida.

Aguardamos, sin ver ni oír nada. Aguardamos, ocultos tras las cortinas.

La vela que brillaba al otro lado del dosel se movió de pronto. Al instante pasó a nuestro lado, sigiloso y veloz, con la palmatoria en la mano.

Abrió la puerta y salió de la habitación.

Lo seguimos por el rellano. Lo seguimos escaleras arriba. Lo seguimos por el segundo rellano. En ningún momento se volvió a mirar atrás; en ningún momento vaciló.

Abrió la puerta del gabinete de la señorita Verinder y entró sin molestarse en cerrarla.

Esa puerta, como todas las demás en la casa, se sujetaba sobre unos goznes grandes y antiguos, de manera que al abrirse quedaba una grieta entre el canto y el quicio. Les indiqué a mis compañeros que mirasen por allí, para no revelar su presencia. Yo me coloqué al otro lado, también en el pasillo. A mi izquierda tenía un receso en el que escabullirme rápidamente en caso de que el señor Blake se asomara.

Avanzó hasta el centro del gabinete con la vela en la mano. Miró alrededor, pero no a sus espaldas.

Vi que la puerta del dormitorio de la señorita Verinder estaba entreabierta. Había apagado la luz. Se conducía con nobleza. Sólo acerté a vislumbrar el tenue

resplandor de su vestido de verano blanco. Nadie que no estuviera al corriente sospecharía que allí había una persona. Se quedó inmóvil en la oscuridad: no dejó escapar ni una palabra, ni un movimiento.

Pasaban diez minutos de la una. En aquel silencio profundo oí el suave gotear de la lluvia y el paso trémulo del aire nocturno entre las hojas de los árboles.

Tras uno o dos minutos de indecisión en el centro de la estancia, el señor Blake se acercó a la ventana junto a la cual se encontraba el secreter hindú.

Depositó la vela en la repisa del secreter. Abrió y cerró los cajones alternativamente, hasta que dio con el que albergaba el falso diamante. Se quedó un instante contemplando la gaveta y en seguida sacó el diamante falso con la mano derecha. Con la otra mano tomó la vela del secreter.

Retrocedió hasta el centro y volvió a detenerse.

Hasta entonces había repetido exactamente todo lo que hizo la noche del cumpleaños. ¿Haría lo mismo a continuación? ¿Abandonaría el gabinete? ¿Regresaría a su dormitorio, tal como yo creía que había hecho en esa ocasión? ¿Nos revelaría dónde guardó el diamante, de vuelta en su dormitorio?

Su siguiente acción, cuando volvió a moverse, no coincidió con lo que hizo el año anterior bajo los efectos del opio. Dejó la vela en una mesa y cruzó hasta un extremo de la estancia, donde había un sofá. Se apoyó trabajosamente en el respaldo con la mano izquierda, se incorporó y regresó al centro del gabinete. En ese momento pude verle los ojos. Su mirada se tomaba turbia y confusa; el brillo se apagaba a gran velocidad.

La señorita Verinder no pudo soportar la incertidumbre. Avanzó unos pasos… se detuvo. El señor Bruff y Betteredge me miraron por primera vez desde el otro lado de la puerta. El temor a la inminente decepción se había instalado también en ellos.

Sin embargo, mientras no saliera de allí seguía habiendo una esperanza. Esperamos con indescriptible angustia lo que pudiera suceder.

La siguiente maniobra fue definitiva. El falso diamante se le cayó de la mano.

El cristal aterrizó en el umbral, bien a la vista de todos. No hizo ademán de recogerlo: lo miró con gesto ausente mientras hundía la cabeza en el pecho. Se tambaleó, pareció despertar momentáneamente, y con paso indeciso volvió al sofá, donde tomó asiento. Hizo un último esfuerzo; trató de incorporarse sin lograrlo. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Era la una y veinticinco minutos. Antes de que pudiera guardarme el reloj en el bolsillo, el señor Blake se había quedado dormido.

Todo había terminado. La influencia sedante del opio lo había vencido. El experimento no podía continuar.

Entré en el gabinete, indicándoles a Betteredge y al señor Bruff que me siguieran. Ya no había razón para temer que pudiéramos molestarlo. Gozábamos de libertad para movernos y hablar.

—Lo primero que tenemos que decidir es qué hacemos con él. Lo más probable es que duerma seis o siete horas seguidas. Estamos algo lejos de su dormitorio para llevarlo hasta allí. Cuando era joven podría haber cargado con él, pero mi fuerza y mi salud ya no son lo que eran… Me temo que voy a necesitar su ayuda.

La señorita Verinder me llamó en voz baja sin darles tiempo a contestar. Me esperaba en el umbral de la puerta de su dormitorio, con un chal ligero y la colcha de la cama en la mano.

—¿Piensa vigilarlo mientras duerme? —preguntó.

—Sí. No estoy seguro de los efectos que el opio pueda tener en su caso y no me atrevo a dejarlo solo.

Me tendió la colcha y el chal.

—¿Qué necesidad hay de molestarlo? —susurró—. Que duerma en el sofá. Puedo cerrar la puerta y quedarme en mi dormitorio.

Era sin duda la fórmula más sencilla y más segura de que pasara la noche. Comuniqué la sugerencia a los testigos, que la aprobaron sin objeciones. En el lapso de cinco minutos estaba cómodamente instalado en el sofá y arropado con el chal y la colcha. La señorita Verinder nos dio las buenas noches y cerró la puerta. A petición mía, mis compañeros y yo nos sentamos a la mesa que ocupaba el centro de la sala, donde la vela seguía encendida junto a los utensilios necesarios para escribir.

—Antes de que nos separemos quiero decirles algo sobre el experimento que hemos hecho esta noche. Tenía un doble objetivo bien diferenciado. El primero era demostrar que el señor Blake entró en esta habitación y se llevó el diamante, actuando inconscientemente bajo los efectos del opio. ¿Han quedado satisfechos en ese sentido después de lo que acaban de ver?

Respondieron afirmativamente, sin un instante de vacilación.

—El segundo objetivo —proseguí— era averiguar qué hizo con la joya, después de que la señorita Verinder lo viera salir con ella en la mano. Para alcanzar dicho objetivo era imprescindible que repitiera exactamente lo mismo que hizo el año pasado. No ha sido así, y por consiguiente nuestro experimento ha fracasado en ese punto. No voy a negar mi decepción por este resultado, pero puedo decirles honradamente que no me sorprende. Ya le expliqué al señor Blake desde el principio que el experimento sólo saldría realmente bien si lográbamos reproducir con total exactitud las condiciones físicas y anímicas del año pasado, y también le advertí que era casi imposible. Sólo hemos podido reconstruir las

condiciones parcialmente, de ahí que el éxito del experimento haya sido parcial. Es posible que le haya administrado una dosis de láudano excesiva, aunque me inclino a pensar que la primera explicación es la causa de que ahora tengamos que lamentar un fracaso a la vez que celebramos un éxito.

Con estas palabras puse el recado de escribir delante del señor Bruff y le pedí, si no tenía inconveniente, que redactara y firmara una sencilla declaración de lo que había presenciado. Al punto tomó la pluma y redactó su testimonio con la fluidez de una mano bien adiestrada.

—Le debo esto —dijo mientras firmaba el papel— en desagravio por lo que le he dicho hace unas horas. Le pido disculpas, señor Jennings, por haber dudado de usted. Le ha prestado un servicio de incalculable valor al señor Blake. Según la jerga legal, ha demostrado usted su inocencia.

Betteredge se disculpó igualmente a su peculiar manera.

—Señor Jennings, cuando vuelva usted a leer *Robinson Crusoe*, cosa que le recomiendo vivamente, comprobará que ese hombre nunca tiene reparos en reconocer que estaba equivocado, cuando los hechos así lo demuestran. Le ruego, señor, que me permita hacer lo que Robinson Crusoe habría hecho en mi lugar. —Con estas palabras firmó a su vez la declaración.

El señor Bruff me llevó a un lado cuando nos levantamos.

—Una palabra sobre el diamante —dijo—. Su teoría es que Franklin Blake escondió la Piedra Lunar en su dormitorio. Mi teoría es que la Piedra Lunar se encuentra en poder de los banqueros del señor Luker, en Londres. No entraremos a discutir quién de los dos tiene razón. Pensemos sólo quién de los dos está en posición de demostrar su teoría.

—La demostración, en mi caso, ya se ha intentado esta noche, y ha fracasado —dije.

—La demostración, en mi caso, aún no ha concluido —replicó el abogado—. Desde hace dos días estoy esperando la llegada del señor Luker al banco; dicha vigilancia se prolongará hasta el último día del mes. Sé que debe retirar personalmente el diamante de la cámara de seguridad, y podría suceder que la persona que empeñó el diamante le obligue a retirarlo cuando haya reembolsado el préstamo. De ser así podré echarle el guante a esa persona. Si lo consigo, habré resuelto el misterio en el punto que más nos desconcierta. ¿De acuerdo con esto?

No tenía nada que objetar.

—Volveré a la ciudad en el primer tren de la mañana —continuó—. Es posible que a mi regreso me entere de que se ha descubierto algo, y sería muy importante tener a mano al señor Franklin Blake, por si fuera necesario. Tengo intención de pedirle, en cuanto se despierte, que venga conmigo a Londres. ¿Puedo contar con su ayuda, señor Jennings, a la vista de lo ocurrido?

—¡Naturalmente! —dije.

El señor Bruff me estrechó la mano y salió de la habitación, seguido de Betteredge.

Me acerqué a mirar al señor Blake. No se había movido desde que lo acomodé en el sofá y lo arropé. Estaba atrapado en un sueño profundo y tranquilo.

Mientras lo observaba, oí que la puerta del dormitorio se abría con sigilo. La señorita Verinder apareció en el umbral, con su precioso vestido de verano.

—¿Me haría un último favor? —susurró—. Deje que lo mire con usted.

Dudé… no en interés del decoro; sólo en interés de su descanso. Se acercó a mí y me tomó de la mano.

—No puedo dormir; ni siquiera puedo estar sentada. ¡Ah, señor Jennings, piense cuánto desearía usted mirarlo si fuera yo! ¡Diga que sí! ¡Por favor!

¿Hace falta que diga que no pude resistirme? ¡Seguro que no!

Acercó una silla a los pies del sofá. Lo contempló en silencio, extasiada de felicidad, hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Se secó las lágrimas y dijo que sacaría su bordado. Lo sacó, pero no llegó a dar una sola puntada. Lo dejó sobre el regazo. Ni siquiera pudo apartar la vista de su amado el tiempo necesario para enhebrar la aguja. Pensé en mi propia juventud; pensé en aquellos ojos dulces que en otro tiempo me miraban con amor. Tal fue mi desazón que busqué alivio en mi diario y me puse a redactar estas páginas.

Así continuó nuestra vigilia silenciosa. Yo absorto en mi escritura; ella absorta en su amor.

Pasaron las horas y el señor Blake siguió sumido en un sueño profundo. La luz del amanecer fue inundando gradualmente la estancia, pero él no se movía.

Alrededor de las seis noté el aviso que preludiaba mis dolores. Tuve que ausentarme un rato. Pretexté que iba al piso de arriba en busca de otra almohada para él. El ataque no fue largo esta vez. Pronto pude aventurarme a regresar y permitir que ella me viera.

La encontré junto a la cabecera del sofá, rozándole la frente con los labios. Protesté, haciendo un gesto con la cabeza y señalando la silla. Ella me miró con una sonrisa radiante y un rubor delicioso en las mejillas.

—Usted habría hecho lo mismo, si estuviera en mi lugar —susurró.

Son las ocho. Ha empezado a moverse.

La señorita Verinder está arrodillada al lado del sofá. Se ha colocado de tal forma que cuando él abra los ojos sea su rostro lo primero que vea.

¿Debo dejarlos juntos?

¡Sí!

Once de la mañana. La casa está vacía. Lo han recogido todo y se han marchado a Londres en el tren de las diez. Mi breve sueño de felicidad ha concluido. Vuelvo a la realidad de mi vida solitaria y sin amigos.

No tengo valor para reflejar aquí las palabras tan amables que me han dirigido, principalmente la señorita Verinder y el señor Blake. Además, tampoco es necesario. Evocaré esas palabras en mis horas de soledad y me ayudaran a seguir viviendo el poco tiempo que me queda. El señor Blake ha prometido escribir para contarme qué sucede en Londres. La señorita Verinder volverá a Yorkshire en otoño (para su boda, sin duda); me han pedido que me tome unas vacaciones y acepte ser su invitado en la casa. Ay, cuánto me emocionó al mirarme con ojos de agradecida felicidad al tiempo que me apretaba cálidamente la mano y me decía: « ¡Todo esto es obra suya!» .

Mis pobres pacientes me esperan. ¡Esta mañana vuelvo a mi rutina! ¡Esta noche, al horrible dilema del opio y el dolor!

¡Alabado sea Dios por su clemencia! He visto brevemente un rayo de sol… He pasado momentos felices.

QUINTA NARRACIÓN

LA HISTORIA RESUMIDA POR FRANKLIN BLAKE

Pocas palabras restan, por mi parte, para completar el relato reflejado en el diario de Ezra Jennings.

De lo que a mí me ocurrió sólo puedo decir que desperté en la mañana del día 26 sin la menor conciencia de cuanto había dicho y hecho bajo los efectos del opio, desde el momento en que la droga empezó a actuar en mi organismo hasta el momento en que abrí los ojos en el gabinete de Rachel.

De lo sucedido después no estoy obligado a dar cuenta cabal. Circunscribiéndome a los resultados, señalaré que Rachel y yo nos entendimos plenamente antes de que ninguno de los dos tuviera necesidad de explicar nada. Ni ella ni yo deseamos divulgar la asombrosa rapidez de nuestra reconciliación. Basta con que ustedes, señores y señoras, evoquen los tiempos en que amaron apasionadamente y sabrán tan bien como yo qué pasó cuando Ezra Jennings cerró la puerta de la sala.

No tengo reparo en añadir que la señora Merridew nos habría descubierto, de no haber sido por la presencia de ánimo que demostró Rachel. Oyó el rumor de sus faldas en el pasillo y salió disparada a su encuentro. Le oí decir a la anciana: « ¿Qué pasa?» , y a Rachel responder: « ¡La explosión!» . La señora Merridew se dejó tomar del brazo sin rechistar para salir al jardín, donde quedaría libre del impacto inminente. Nos encontramos en el vestíbulo cuando volvían a la casa, y se confesó hondamente impresionada por los enormes avances de la ciencia desde sus tiempos escolares.

—Las explosiones, señor Blake, son infinitamente más suaves de lo que eran. Le aseguro que desde el jardín apenas he oído la explosión del señor Jennings. Y tampoco detecto ningún olor aquí dentro. Tengo que pedirle disculpas a su amigo. ¡Hay que reconocer que lo ha hecho de maravilla!

Así fue como tras haber derrotado a Betteredge y al señor Bruff, Ezra Jennings derrotó también a la señora Merridew. ¡A fin de cuentas el mundo está repleto de sentimientos liberales en estado latente!

El señor Bruff no ocultó en el desayuno las razones por las que deseaba que lo acompañase a Londres en el primer tren de la mañana. La vigilancia montada sobre el banco y el resultado que ésta pudiera arrojar eran tan irresistibles para la curiosidad de Rachel que sin dudarlo decidió regresar con nosotros a la ciudad (si la señora Merridew lo autorizaba) para recibir noticias cuanto antes.

La señora Merridew se reveló toda flexibilidad e indulgencia, atendiendo a la maestría con que se había conducido la explosión, y a Betteredge se le informó

por consiguiente de que los cuatro tomaríamos el primer tren de la mañana. Yo esperaba que solicitara permiso para acompañarnos, pero Rachel tuvo la sabiduría de asignar a su leal servidor una tarea del mayor interés. Le encomendó que terminara de amueblar la casa y lo cargó con demasiadas responsabilidades domésticas para que la «fiebre del detective» pudiera apoderarse de él.

Nuestro único motivo de pesar, en el momento de la partida, fue la necesidad de despedirnos de Ezra Jennings mucho más precipitadamente de lo que nos habría gustado. No logramos convencerlo de que viniera con nosotros. Prometí que le escribiría, y Rachel insistió en que iría a visitarlo en cuanto regresara. Nos dijimos adiós con la perspectiva de volver a vernos en el plazo de unos meses, y, sin embargo, fue muy triste dejar a nuestro mejor y más querido amigo solo en el andén cuando el tren abandonó la estación.

En la terminal de Londres, el señor Bruff fue abordado por un chiquillo que vestía una chaqueta y unos pantalones negros y raídos y que llamaba la atención por la extraordinaria prominencia de sus ojos. Tan saltones eran y tanto se movían que causaba inquietud y perplejidad que no se le salieran de las órbitas. Tras recibir cierta información del muchacho, el señor Bruff se disculpó con las damas por no poder acompañarlas hasta Portland Place. Apenas tuve tiempo de prometerle a Rachel que iría a contarle todo lo que ocurriera, porque el señor Bruff me tomó del brazo y me metió apresuradamente en un coche. El muchacho de los ojos saltones se instaló en el pescante al lado del cochero, y éste enfiló en dirección a Lombard Street.

—¿Noticias del banco? —pregunté cuando arrancábamos.

—Noticias del señor Luker —dijo el señor Bruff—. Se lo ha visto salir de su casa en Lambeth hace una hora, en coche, acompañado de dos individuos a quienes mis hombres han reconocido como policías de paisano. Si tras esta precaución está el temor del señor Luker a los hindúes, la deducción no puede ser más clara. Se dispone a retirar el diamante del banco.

—¿Y vamos al banco a ver en qué acaba todo?

—Sí, o a saber en qué ha acabado, si es que no llegamos a tiempo. ¿Se ha fijado en ese chiquillo, el que va en el pescante?

—Me he fijado en sus ojos.

—En la oficina lo llaman «Grosella» al pobrecillo —dijo con una risotada—. Lo tengo contratado para hacer recados, y ya me gustaría que los demás empleados, los que se permiten llamarlo así, fueran la mitad de fiables que él. Ese muchacho es de lo más listo que hay en Londres, señor Blake, a pesar de sus ojos.

Eran las cinco menos veinte cuando nos detuvimos en la puerta del banco de Lombard Street. Grosella miró ávidamente a su jefe mientras abría la puerta del coche.

—¿Quieres venir también? —lo invitó amablemente el señor Bruff—. Ven, entonces, y no te alejes de mí hasta nueva orden. Es rápido como una centella —me confió el abogado con un susurro—. Le bastan dos palabras donde otros necesitan veinte.

Entramos en el banco. La sala, con el largo mostrador tras el cual se sentaban los cajeros, estaba abarrotada; los clientes aguardaban su turno para ingresar o retirar dinero antes de las cinco, la hora del cierre.

Dos hombres surgieron de la multitud para acercarse al señor Bruff nada más verlo.

—¿Y bien? —preguntó el abogado—. ¿Lo han visto por aquí?

—Ha pasado hace media hora, señor, y ha entrado en las dependencias interiores.

—¿No ha vuelto a salir?

—No, señor.

—Tendremos que esperar —dijo el señor Bruff volviéndose a mí.

Busqué a los tres hindúes entre el gentío. No se veía rastro de ellos. La única persona de piel apreciablemente oscura era un hombre alto, con cazadora de piloto, gorro redondo y aspecto de marino. ¿Podría ser uno de ellos disfrazado? ¡Imposible! Era más alto, y su rostro, en las zonas que no quedaba oculto por una frondosa barba negra, era como mínimo el doble de ancho.

—Deben de tener un espía en alguna parte —dijo el señor Bruff observando también al marinero—. Y podría ser ese hombre.

No pudo decir más, porque el recadero de los ojos saltones le tiró respetuosamente de la levita. El abogado volvió la vista hacia donde miraba el muchacho.

—¡Silencio! —dijo—. ¡Allí viene el señor Luker!

El prestamista salió de las dependencias interiores seguido de los dos policías de paisano.

—No lo pierdan de vista —susurró el abogado—. Si le entrega el diamante a alguien, se lo entregará aquí.

El señor Luker, que no nos había visto, avanzaba despacio hacia la puerta, pasando de la zona más compacta de la multitud a la menos concurrida. Vi claramente que tendía la mano al pasar junto a un hombre corpulento y de escasa estatura, respetablemente vestido con un sobrio traje gris. El hombre pareció sobresaltarse y se quedó mirándolo. El señor Luker continuó despacio entre la multitud. Al llegar a la puerta, los policías se colocaron a sus flancos. Uno de los hombres del señor Bruff los siguió a los tres… y ahí los perdimos de vista.

Me volví al abogado, señalando con la mirada al hombre del traje gris.

—¡Sí! —musitó—. ¡Yo también lo he visto! —Volvió la cabeza en busca de su segundo hombre. No se lo veía en ninguna parte. Buscó a su avispado ayudante. Grosella se había esfumado.

—¿Qué demonios está pasando? —protestó—. Nos han dejado solos cuando más los necesitamos.

Le llegó el turno de pasar por caja al hombre del traje gris. Entregó un cheque, recibió un resguardo y dio media vuelta.

—¿Qué hacemos? —preguntó el señor Bruff—. No podemos rebajarnos a seguirlo.

—¡Yo sí puedo! —dije—. ¡Ni por diez mil libras perdería de vista a ese hombre!

—En ese caso, tampoco yo lo perdería de vista a usted por el doble de esa cantidad —repuso el señor Bruff—. Bonita ocupación para un hombre de mi posición —murmuró mientras salíamos del banco tras el desconocido—. Por el amor de Dios, no se le ocurra contarlo. Me causaría la ruina si se supiera.

El hombre del traje gris subió a un ómnibus que iba al oeste de la ciudad. Subí tras él. El señor Bruff aún conservaba algunas reservas de juventud. ¡Puedo dar fe de que se ruborizó al tomar asiento!

El desconocido detuvo el ómnibus y se apeó en Oxford Street. Lo seguimos una vez más. Entró en una botica.

El señor Bruff dio un respingo.

—¡Mi boticario! —exclamó—. Me temo que nos hemos equivocado.

Entramos en el establecimiento. El abogado intercambió unas palabras en privado con el dueño. Regresó muy alicaído.

—Dice mucho en nuestro honor —dijo mientras me agarraba del brazo y me obligaba a salir—, ¡al menos eso es un consuelo!

—¿Qué es lo que dice mucho en nuestro honor? —pregunté.

—¡Señor Blake, somos los peores detectives aficionados que ha conocido el oficio! El hombre del traje gris lleva treinta años al servicio del boticario. Lo han enviado al banco para ingresar un cheque en la cuenta de su jefe, y sabe de la Piedra Lunar lo mismo que un recién nacido.

Pregunté qué podíamos hacer.

—Volver a mi despacho. Es evidente que Grosella y mi segundo hombre están siguiendo a alguien. ¡Confiemos en que hayan tenido mejor ojo que nosotros!

Cuando llegamos a Gray's Inn Square, el segundo de los hombres ya estaba allí. Hacía más de un cuarto de hora que nos esperaba.

—Y bien, ¿qué noticias tiene? —preguntó el abogado.

—Lamento decirle, señor, que he cometido un error. Habría jurado que vi al señor Luker entregarle algo a un anciano caballero que llevaba un paletó de color claro. El caballero resultó ser un respetabilísimo ferretero de East-cheap.

—¿Dónde está Grosella? —preguntó el señor Bruff con resignación.

—No lo sé, señor. No lo he visto desde que salí del banco.

El abogado le dijo que podía irse y se volvió a mí.

—Una de dos, o Grosella ha huido, o ha emprendido la cacería por su cuenta. ¿Qué le parece si cenamos aquí, por si el muchacho vuelve dentro de un par de horas? Tengo buen vino en el sótano y podemos pedir que nos traigan unas chuletas de la fonda.

Cenamos en las oficinas. Aún no habían retirado el mantel cuando nos anunciaron que «una persona» quería hablar con el abogado. ¿Era Grosella? No; era el hombre contratado para seguir al señor Luker a la salida del banco.

Su informe no incluía ningún incidente de interés. El señor Luker había vuelto a casa y despedido a los policías. No había salido a continuación. Al anochecer se cerraron los postigos y las puertas de la casa. Se había vigilado atentamente la entrada de la calle y el callejón trasero. No se había visto a los hindúes. No se había visto a nadie merodear por los alrededores. Tras exponer los hechos, el hombre quiso saber si se le ordenaba algo más. El señor Bruff le dijo que podía retirarse por esa noche.

—¿Cree que el señor Luker se ha llevado a casa la Piedra Lunar? —pregunté.

—No. No habría despedido a los policías si tuviera el diamante en casa.

Esperamos al muchacho otra media hora, y esperamos inútilmente. Iba siendo hora de que el señor Bruff regresara a Hampstead y yo, con Rachel a Portland Place. Le dejé una tarjeta al portero encargado de las oficinas, con el recado de que estaría de vuelta a las diez y media. Debía entregársela al recadero, en caso de que apareciera.

Hay hombres que tienen el don de ser puntuales, y hay hombres que tienen el don de no llegar a tiempo. Yo soy de los segundos. Añádase a esto que pasé la velada en Portland Place, sentado en un diván al lado de Rachel, en una sala de veinte pasos de largo, con la señora Merridew al otro extremo. ¿Le extrañaría a alguien que no estuviera de vuelta en mis habitaciones hasta las doce y media, en lugar de a las diez y media? ¡Qué poco corazón tendría esa persona! ¡Por nada del mundo querría conocerla!

Mi criado me entregó una nota cuando salió a recibirme.

Estaba escrita con pulcra caligrafía legal, y decía así: «Le ruego que me disculpe, señor. Me estoy quedando dormido. Volveré mañana entre las nueve y las diez». Me explicaron que un chiquillo con unos ojos extraordinarios había pasado a verme, que estuvo allí una hora, que se quedó dormido, se despertó, dejó esa nota para mí y se fue a casa, tras informar a mi criado de que «no valía para nada si no descansaba por las noches».

A las nueve de la mañana estaba listo para recibir al muchacho. A las nueve y media oí pasos junto a mi puerta.

—Entra, Grosella —dije.

—Gracias, señor —respondió una voz grave y melancólica. La puerta se abrió. Me puse en pie. Allí estaba el sargento Cuff.

—Se me ocurrió pasar por aquí antes de escribir a Yorkshire, con la esperanza

de encontrarlo en la ciudad —dijo.

Tenía el mismo aspecto enjuto y sombrío de siempre. Sus ojos no habían perdido la vieja costumbre (sagazmente advertida por Betteredge) de «mirar como si esperasen de uno algo más de lo que uno mismo tenía conciencia de saber». Sin embargo, en la medida en que la indumentaria puede transformar a un hombre, el gran Cuff estaba irreconocible. Llevaba un sombrero blanco de ala ancha, una chaqueta de caza ligera, pantalones blancos y sobrecalzas de un verde apagado. Se apoyaba en un recio bastón de roble. Parecía empeñado en presentarse como un hombre que ha vivido toda su vida en el campo. Cuando alabé su metamorfosis, no me rio la gracia. Se quejó, muy serio, de los ruidos y los olores de Londres. ¡No estoy seguro de que no hubiera en su voz un deje rústico! Le ofrecí desayunar. El inocente hombre de campo se quedó perplejo. ¡Su hora de desayunar eran las seis y media… y se acostaba con los gallos y las gallinas!

—Volví de Irlanda anoche —dijo, planteando el fin práctico de su visita, a su impenetrable manera—. Antes de acostarme leí su carta, en la que me contaba todo lo sucedido desde que se interrumpió mi investigación el año pasado. Por mi parte sólo tengo una cosa que decir. Me equivoqué de medio a medio. No pretendo saber cómo algún hombre podría haber visto las cosas con claridad en una situación tan complicada. De todos modos, eso no cambia los hechos. Reconozco que mi trabajo fue un desastre, señor Blake. ¡Y tampoco fue el primero de mi carrera! Sólo en los libros los oficiales del cuerpo de detectives están por encima de la debilidad humana del error.

—Ha regresado justo a tiempo para recuperar su reputación —dije.

—Disculpe, señor Blake. Me he retirado del oficio, mi reputación ahora me importa un comino. ¡He terminado con mi reputación, a Dios gracias! Estoy aquí señor, por gratitud a la generosidad de la difunta lady Verinder. Volveré a mi trabajo, si usted me lo pide y si puede confiar en mí, en consideración a eso exclusivamente. No quiero un solo céntimo. Lo hago por honor. Ahora, dígame, señor Blake, en qué punto se encuentra el caso desde que me escribió.

Le hablé del experimento con el opio y de lo ocurrido después en el banco de Lombard Street. Le impresionó mucho el experimento, por ser enteramente nuevo para él, y se mostró particularmente interesado por la teoría de Ezra Jennings de lo que yo había hecho con el diamante tras salir del gabinete de Rachel la noche del cumpleaños.

—No coincido con el señor Jennings en que escondiera usted la Piedra Lunar —dijo el sargento Cuff—, pero sí creo que la llevó a su dormitorio.

—¿Y qué ocurrió después?

—¿Tiene usted alguna idea, señor?

—Ninguna en absoluto.

—¿Y el señor Bruff?

—Tampoco.

El sargento se levantó y se acercó al escritorio. Volvió con un sobre cerrado, en cuyo anverso se había escrito: « Confidencial» . El sobre iba dirigido a mí y llevaba la firma del sargento en una esquina.

—Me equivoqué de sospechoso el año pasado —dijo—, y podría estar equivocándome ahora. Espere a abrir ese sobre, señor Blake, hasta que conozca la verdad. Compare luego el nombre del culpable con el nombre que he escrito en esa carta.

Me guardé la carta en el bolsillo y quise saber qué opinión le merecían al sargento las medidas que habíamos tomado en el banco.

—La intención era excelente y sin duda acertada, pero habría que haber vigilado a otra persona, además de al señor Luker.

—¿La persona a la que usted se refiere en esa carta?

—Sí, señor Blake. La persona a la que me refiero en esa carta. Ahora ya no tiene remedio. A su debido tiempo, les propondré algo a usted y al señor Bruff. Esperemos primero a ver si ese chico ha averiguado alguna cosa que valga la pena.

Eran cerca de las diez y el chico no daba señales de vida. El sargento cambió de asunto. Se interesó por su viejo amigo Betteredge y su viejo enemigo el jardinero. Un minuto más tarde no habría dudado en referirse a las rosas, su tema favorito, de no haber sido porque mi criado nos interrumpió para anunciar que el muchacho estaba abajo.

Se detuvo en el umbral de la puerta y miró con recelo al desconocido que me acompañaba.

Le dije que se acercara.

—Puedes hablar en presencia de este caballero. Ha venido a ayudarme y está al corriente de todo. Sargento Cuff —añadí—, éste es el muchacho que trabaja para el señor Bruff.

En nuestra civilización moderna, la fama (da lo mismo de qué clase) es la palanca que mueve todas las cosas. La fama del gran Cuff había llegado a oídos del recadero. Al oírme pronunciar tan ilustre nombre, giró los ojos saltones hasta el punto de hacerme temer que se le pudiesen caer a la alfombra.

—Acércate, muchacho, y oigamos lo que tienes que contarnos —lo invitó el sargento.

La presencia del gran hombre, del héroe de tantas historias famosas en todos los bufetes de abogados de Londres, pareció fascinar al muchacho. Se apostó delante del sargento, con las manos detrás de la espalda, con el aire satisfecho del neófito que va a examinarse del catecismo.

—¿Cómo te llamas? —fue la primera pregunta del examen que le hizo el sargento.

—Octavius Guy. En la oficina me llaman Grosella, por los ojos.

—Octavius Guy, también conocido como Grosella —prosiguió el sargento con suma gravedad—. Ayer desapareciste del banco. ¿Qué hiciste?

—Seguir a un hombre, señor.

—¿Quién era?

—Un hombre alto, señor, con barba grande y negra, vestido como un marino.

—¡Recuerdo a ese hombre! —interrumpí—. El señor Bruff y yo pensamos que era un espía contratado por los hindúes.

El sargento no pareció demasiado impresionado por lo que pudiéramos pensar el abogado o yo.

—¿Y bien? —continuó—. ¿Por qué seguiste al marino?

—Lo seguí porque el señor Bruff quería saber si el señor Luker le entregaba algo a alguien a la salida del banco. Vi que el señor Luker le pasaba algo al marino de la barba negra.

—¿Por qué no se lo dijiste al señor Bruff?

—No tuve tiempo de decírselo a nadie, señor, porque el marino iba con mucha prisa.

—¿Y tú saliste tras él?

—Sí, señor.

—Muchacho —dijo el sargento, pasándole una mano por la cabeza—, me parece que tienes algo dentro de ese cráneo, y no es precisamente serrín. Estoy muy satisfecho contigo.

El chico se ruborizó de placer.

—¿Y bien? ¿Qué hizo el marino cuando salió a la calle? —continuó el sargento.

—Detuvo un coche, señor.

—¿Y qué hiciste tú?

—Correr tras él.

Antes de que el sargento pudiera hacer la siguiente pregunta se anunció la llegada de otro visitante, el empleado principal del bufete del señor Bruff.

Consciente de la importancia de no interrumpir el examen del sargento, recibí al caballero en otra habitación. Traía malas noticias de su jefe. El ajetreo y las emociones de los dos últimos días habían podido con él. Se había despertado esa mañana con un ataque de gota; se encontraba confinado en Hampstead, y lamentaba mucho, en el punto crítico a que habíamos llegado, privarme del consejo y de la ayuda de su experiencia. Su empleado tenía órdenes de ponerse a mi disposición, y estaba deseoso de hacer cuanto estuviera en su mano en sustitución de su jefe.

Escribí al abogado en el acto, con intención de tranquilizarlo con la noticia de la llegada del sargento Cuff. Le expliqué que en ese momento Grosella estaba pasando un examen, y prometí informarle puntualmente, bien en persona o por carta, de lo que ocurriese en el curso del día. Tras enviar a su sustituto a

Hampstead con mi nota, volví a la otra habitación y encontré al sargento al lado de la chimenea, tocando la campanilla.

—Le ruego que me disculpe, señor Blake. Estaba llamando a su criado para decirle que quería hablar con usted. No me cabe la menor duda de que este muchacho, este valioso muchacho —recalcó el sargento, pasándole una vez más la mano por la cabeza—, ha seguido al hombre que buscamos. Lamentablemente, hemos perdido un tiempo precioso por no encontrarse usted en casa ayer a la diez y media. Lo único que podemos hacer ahora es pedir un coche sin tardanza.

En menos de cinco minutos, el sargento y yo (con Grosella en el pescante para dar indicaciones al cochero) íbamos camino del centro de Londres.

—Este chico —dijo el sargento, señalando por la ventanilla— llegará muy lejos en mi profesión. Es el muchacho más brillante y más listo que he conocido en muchos años. Le contaré en lo esencial lo que me dijo en su habitación, mientras usted se ausentó. Creo que aún estaba presente cuando contó que salió corriendo detrás del coche para seguir al marino.

—Así es.

—Pues bien, señor, el coche fue de Lombard Street al Muelle de la Torre. El marino de la barba negra se detuvo allí y habló con el contramaestre del vapor que hace la ruta de Rotterdam y que debía zarpar esta mañana. Solicitó embarcar en el acto y pasar la noche en una litera. El contramaestre se negó. Los camarotes, las literas y la ropa de cama aún tenían que limpiarse a fondo, y no se permitía subir a bordo a ningún pasajero antes del día siguiente. El marinero dio media vuelta y se fue del muelle. Al subir a la calle, el chico se fijó por primera vez en un hombre vestido como un mecánico respetable que iba por la acera de enfrente, sin perder de vista al marinero. Éste entró en una casa de comidas de los alrededores. El chico, incapaz de decidirse en ese momento, se quedó fuera con otros muchachos, contemplando las delicias que se exhibían en el escaparate. Se percató de que el mecánico también esperaba, aunque al otro lado de la calle. Un minuto después un coche se acercó despacio y se detuvo al lado del mecánico. El chico pudo ver con claridad a la persona que iba dentro, porque se asomó por la ventanilla para hablar con el mecánico. Describió a esa persona, sin que yo le diera ninguna pista, como un hombre de tez oscura y aspecto hindú.

A estas alturas no cabía duda de que el señor Bruff y yo habíamos vuelto a equivocarnos. El marinero de la barba negra no era un espía al servicio de los hindúes. ¿Sería el hombre que se había llevado el diamante?

—El coche arrancó poco después —continuó el sargento—. El mecánico cruzó la calle y entró en la casa de comidas. El muchacho esperó hasta que el hambre y el cansancio le hicieron entrar a su vez. Llevaba un chelín en el bolsillo. Dice que cenó opíparamente, un pudin de morcilla, pastel de anguila y

una limonada. ¡Lo que no pueda digerir un chiquillo! Aún no se ha encontrado la sustancia en cuestión.

—¿Qué vio en la casa de comidas? —pregunté.

—Pues bien, señor Blake, vio al marinero leyendo un periódico en una mesa y al mecánico leyendo un periódico en otra. Había anochecido cuando el marino salió del local. Miró con recelo al verse en la calle. No se fijó en el chico, por ser un chico. El mecánico aún no había salido. El marinero echó a andar, sin dejar de mirar a todos lados y con aire indeciso. El mecánico apareció de nuevo en la acera de enfrente. El marinero continuó hasta Shore Lane, que desemboca en Lower Thames Street. Allí se detuvo en la puerta de una fonda conocida como La Rueda de la Fortuna y, tras examinar el local desde el exterior, se decidió a entrar. Grosella entró tras él. El local estaba muy concurrido, en su mayoría por personas decentes. La Rueda de la Fortuna es un establecimiento muy respetable, señor Blake, famoso por su cerveza negra y su pastel de cerdo.

Las digresiones del sargento me estaban irritando. Se dio cuenta y se ciñó a referir el informe del muchacho.

—El marinero pidió una cama. El dueño le dijo que « estaban completos» . El camarero le corrigió y dijo que « la número 10 estaba libre» . Otro camarero fue a mostrarle la habitación al marino. Poco antes, Grosella había visto al mecánico entre los parroquianos del local. El mecánico se esfumó antes de que el camarero se acercara a atenderlo. El marino subió a su habitación. Como no sabía qué hacer, el chico tuvo la prudencia de esperar por si ocurría algo. Ocurrió algo. Avisaron al dueño del establecimiento. Se oyeron voces airadas en el piso de arriba. El mecánico apareció súbitamente, sujeto del cuello por el dueño y con todas las trazas, para enorme sorpresa del chico, de estar ebrio. El dueño lo sacó a la calle de un empujón y lo amenazó con avisar a la policía si volvía a verlo por allí. A juzgar por lo que el muchacho oyó del altercado, se conoce que habían sorprendido al mecánico en la número 10 y que éste, con la obstinación característica del borracho, afirmaba haber alquilado la habitación. Al chico le sorprendió mucho la repentina embriaguez del mecánico, que hasta entonces estaba sobrio, y no pudo resistirse a seguirlo cuando lo echaron de allí. Mientras seguía cerca del bar, el hombre no dejó de tambalearse penosamente. En cuanto dobló la esquina recuperó el equilibrio como por arte de magia y volvió a estar tan sobrio como un ciudadano de bien. Grosella volvió a La Rueda de la Fortuna presa de gran agitación. Esperó de nuevo. No pasó nada, y el marinero no volvió a dejarse oír ni ver. El muchacho decidió regresar a la oficina. ¿Quién cree que apareció en la acera de enfrente en ese preciso instante? ¡El mecánico, una vez más! Se quedó mirando una ventana del piso de arriba de la fonda; la única que estaba iluminada. Parecía como si le tranquilizara contemplar la luz. Acto seguido se marchó. Grosella emprendió el camino de vuelta a Gray's Inn, donde le entregaron su tarjeta con el mensaje. Fue en su busca, señor Blake, pero no lo

encontró. Ésta es la situación del caso por el momento.

—¿Qué opinión le merece, sargento?

—Creo que es grave, señor. A juzgar por lo que ese muchacho ha visto, los hindúes han vuelto a las andadas.

—Sí. Y el marinero es la persona a quien el señor Luker le pasó el diamante. Es raro que el señor Bruff, su vigilante y yo nos equivocáramos de hombre.

—No tiene nada de raro, señor Blake. A la vista del riesgo que corría ese hombre, es muy probable que el señor Luker tratara de despistarlos intencionadamente, previo acuerdo entre ambos.

—¿Qué piensa de lo ocurrido en la fonda? —pregunté—. Es evidente que el mecánico trabajaba para los hindúes, pero esa embriaguez repentina me desconcierta tanto como a Grosella.

—Creo que tengo cierta idea de lo que puede significar. Si lo piensa un poco, verá que ese hombre debía tener instrucciones muy estrictas de los hindúes. No podían arriesgarse a que se los viera en el banco o en la taberna, porque su presencia es demasiado llamativa. Tuvieron que fiarlo todo a un suplente. Muy bien. Al entrar en la fonda, el suplente oye decir el número de la habitación en que el marinero va a pasar la noche, y ésa es la habitación (a menos que estemos enteramente equivocados) donde también se encontrará el diamante. Puede tener la certeza de que en tales circunstancias los hindúes insistirían en contar con una descripción exacta de la habitación: de su ubicación en el edificio, de su accesibilidad desde el exterior y otros detalles por el estilo. ¿Qué debía hacer el mecánico tras recibir esas órdenes? ¡Exactamente lo que hizo! Correr escaleras arriba para ver la habitación antes de que el marino se instalara. Lo sorprendieron, y se fingió ebrio para salir del aprieto. Así es como veo yo el acertijo. Cuando lo echaron de la taberna probablemente fue a presentar su informe a los hindúes, y éstos, no me cabe duda, le ordenaron que volviera para cerciorarse de que el marino pasaba de verdad la noche allí. En cuanto a lo que ocurrió después de que el chico se marchara… eso deberíamos haberlo averiguado anoche. Son las once de la mañana. Confiemos en que todo salga bien y tratemos de descubrir lo que podamos.

Un cuarto de hora más tarde el coche se detenía en Shore Lane y Grosella abría la puerta para que bajásemos.

—¿Todo en orden? —preguntó el sargento.

—Todo en orden —dijo el chico.

En cuanto pusimos el pie en La Rueda de la Fortuna comprendí, pese a mi inexperiencia, que algo pasaba en la fonda.

Detrás de la barra donde se servían los licores sólo había una muchacha apabullada y a todas luces ignorante del oficio. Un par de clientes aguardaban impacientes las bebidas, repiqueteando con sus monedas sobre la barra. La mesera salió de la trastienda muy alterada. El sargento preguntó por el tabernero

y la mujer contestó con brusquedad que su jefe estaba arriba y no se lo podía molestar.

—Venga conmigo —me indicó el sargento, encabezando la marcha por las escaleras sin inmutarse y haciendo una señal al chico para que nos siguiera.

La mesera salió corriendo para advertir a su jefe de que unos desconocidos estaban irrumpiendo en el establecimiento. En el primer rellano nos encontramos con el dueño, que bajaba rápidamente y muy molesto para ver qué pasaba.

—¿Quién diablos son ustedes y qué quieren? —preguntó.

—No se altere —dijo el sargento con voz calmada—. Le diré quién soy, antes que nada. Soy el sargento Cuff.

Tan ilustre nombre produjo un efecto inmediato. El iracundo posadero abrió la puerta de una sala de estar y le pidió disculpas al sargento.

—Estoy enfadado y no me encuentro bien: ésa es la verdad. Esta mañana ha ocurrido algo en la casa. Un hombre con un oficio como el mío a veces pierde los nervios, sargento Cuff.

—Naturalmente —dijo el sargento—. Le explicaré, si me lo permite, lo que nos ha traído aquí. Este caballero y yo necesitamos hacerle algunas preguntas sobre un asunto de cierto interés para ambos.

—¿Relacionado con qué, señor? —preguntó el posadero.

—Relacionado con un hombre de tez oscura, vestido como un marinero, que ha pasado la noche aquí.

—¡Dios Santo! ¡Ése es el hombre que ha alborotado toda la casa! ¿Lo conocen ustedes de algo?

—No podemos asegurarlo hasta que lo veamos —respondió el sargento.

—¿Verlo? —dijo el posadero—. Eso es precisamente lo que nadie ha conseguido desde las siete de esta mañana. Anoche dejó aviso de que lo llamáramos a esa hora. Lo llamamos, pero ni respondió ni abrió la puerta. A las ocho volvimos a llamar, y a las nueve otra vez. ¡Nada! La puerta seguía cerrada y en el cuarto no se oía el menor mido. Tuve que salir esta mañana y he vuelto hace sólo un cuarto de hora. Yo mismo he estado aporreando la puerta… y ha sido en balde. El mozo ha ido a buscar un carpintero. Si esperan unos minutos, caballeros, podremos abrir y veremos qué está pasando.

—¿Estaba ebrio el hombre anoche? —preguntó el sargento.

—Completamente sobrio, señor… De lo contrario no le habría permitido dormir en mi casa.

—¿Pagó la habitación por adelantado?

—No.

—¿Ha podido salir de la habitación por alguna parte?

—Es una buhardilla, pero tiene una trampilla en el techo que conduce al tejado, y un poco más abajo, en esta misma calle, hay una casa vacía que está en obras. ¿Cree que ese canalla ha podido marcharse por ahí sin pagar?

—Un marinero no tendría dificultad para salir temprano, antes de que la calle empezara a animarse. Estaría acostumbrado a trepar y no tendría vértigo al andar por los tejados.

Se anunció la llegada del carpintero. Subimos todos al último piso. Noté que el sargento, que de por sí era serio, estaba mucho más serio de lo normal. Me extrañó también que le pidiera a Grosella (después de haberlo animado a acompañarnos) que esperase en la sala de estar.

El martillo y el cincel del carpintero vencieron la resistencia de la puerta en pocos minutos. No obstante, resultó que la puerta estaba atrancada por dentro con algún mueble, a modo de barricada. Tuvimos que empujar para apartar el obstáculo y poder entrar en la habitación. El posadero fue el primero; el sargento, el segundo; y yo, el tercero. Los demás nos siguieron.

Miramos la cama y nos quedamos perplejos.

El hombre no había salido de allí. Estaba tendido en la cama, vestido, con una almohada encima de la cabeza que le ocultaba el rostro por completo.

—¿Qué significa eso? —preguntó el posadero, señalando la almohada.

El sargento se acercó a la cama sin responder y apartó la almohada.

El marinero tenía un gesto sereno y plácido; el pelo y la barba negra parecían levemente alborotados. Los ojos, muy abiertos, vidriosos y ausentes estaban fijos en el techo. Me horrorizó su mirada etérea y su expresión petrificada. Me aparté para acercarme a la ventana abierta. Los demás se quedaron con el sargento, junto a la cama.

—¡Le ha dado un síncope! —dijo el posadero.

—Está muerto —replicó el sargento—. Avisen al médico más cercano y avisen a la policía.

Se envió al mozo con ambos recados. Una extraña fascinación parecía impedir al sargento alejarse de la cama. Una extraña curiosidad parecía mantener a los demás a la espera de lo que el policía hiciese a continuación.

Volví a mirar por la ventana. En seguida noté que me tiraban de la levita, y una vocecilla me susurró:

—¡Mire esto, señor!

Grosella nos había seguido. Movía los ojos con un frenesí no de pánico, sino de euforia. Su inclinación detectivesca lo había llevado a realizar un descubrimiento.

—Mire esto, señor —repitió, y me llevó hasta una mesa que había en un rincón.

Sobre la mesa vi un estuche de madera, abierto y vacío. A un lado del estuche había una guata de algodón como la que usan los joyeros. Al otro lado, un trozo de papel blanco y rasgado, con un sello parcialmente destruido y una inscripción perfectamente legible. La inscripción decía:

Depositado por el señor Luker, de Middlesex Place, Lambeth, en presencia de los señores Bushe, Lysaught y Bushe. Un estuche de madera pequeño y envuelto en un sobre sellado que contiene un objeto de gran valor. El estuche, cuando así se requiera, sólo podrá serle entregado personalmente al señor Luker por los señores Bushe y compañía.

Estas líneas despejaban todas las dudas, al menos en un sentido. El marinero llevaba encima la Piedra Lunar en el momento de salir del banco el día anterior.

Volvieron a tirarme de la levita. Grosella aún no había terminado conmigo.

—¡Un robo! —susurró, señalando con deleite el estuche vacío.

—Te han dicho que esperes abajo —le reprendí—. ¡Fuera de aquí!

—¡Y un asesinato! —añadió, señalando con mayor placer si cabe al hombre que yacía en la cama.

Había algo tan horrendo en su regocijo que lo sujeté de los hombros y lo saqué de la habitación.

Acababa de cruzar el umbral de la puerta cuando oí que el sargento preguntaba por mí. Ya venía en mi busca cuando me di la vuelta, para obligarme a regresar al lado de la cama.

—¡Señor Blake! Fíjese en esa cara. Es un disfraz, ¡y aquí tiene la prueba! —Siguió con los dedos el rastro de una fina línea blanca que discurría hacia la nuca desde la barba del difunto, entre la piel morena y el pelo negro ligeramente alborotado—. Veamos qué hay aquí —dijo, tirando bruscamente del pelo con mano firme.

Mis nervios no pudieron soportarlo. Me retiré una vez más.

Lo primero que vi, al otro lado de la habitación, fue al incorregible muchacho encaramado a una silla y observando las maniobras del sargento por encima de las cabezas de los demás con la respiración contenida.

—¡Le está quitando la peluca, señor! —me susurró, compadeciéndose de mi estado, pues era el único de los presentes que no me atrevía a mirar.

Hubo una pausa… y una exclamación de asombro escapó de todos los que rodeaban la cama.

—¡Le ha arrancado la barba! —gritó Grosella.

Hubo otra pausa… El sargento Cuff pidió algo. El posadero se acercó a un lavabo y volvió con una toalla y una jofaina llena de agua.

Grosella bailaba de entusiasmo encima de la silla.

—¡Súbase aquí conmigo, señor! ¡Ahora le está lavando la cara!

De buenas a primeras, el sargento se abrió paso entre el grupo con expresión horrorizada para acercarse a mí.

—¡Vuelva aquí, señor! —Me miró un momento y cambió de opinión—. ¡No! Abra la carta primero… la carta que le di esta mañana.

Abrí la carta.

—Lea el nombre que he escrito ahí, señor Blake.
Leí el nombre que había escrito: « Godfrey Ablewhite» .
—Ahora venga conmigo y mire al hombre que está en esa cama.
Obedecí.
¡GODFREY ABLEWHITE!

SEXTA NARRACIÓN

A CARGO DEL SARGENTO CUFF

I

Dorking, Surrey, 20 de julio de 1849. Al ilustre señor Franklin Blake. Me excuso, señor, por la demora en la elaboración de este informe que me comprometí a facilitarle. He esperado hasta poder proporcionarle una exposición completa, pues he tropezado aquí y allá con algunos obstáculos que sólo el tiempo y la paciencia me han permitido sortear.

Confío en haber alcanzado el fin que me propuse. En estas páginas encontrará respuestas a la mayoría —aunque no a todas— de las preguntas relacionadas con el difunto señor Godfrey Ablewhite que le vinieron a la cabeza cuando tuve el honor de verlo por última vez.

Es mi intención informarle, en primer lugar, de cómo halló la muerte su primo de usted, según ha podido saberse a partir de las deducciones y conclusiones que, de conformidad con la instrucción del caso, cabe extraer (a mi juicio) legítimamente de los hechos.

Me empeñaré en segundo lugar en ponerle al corriente de las revelaciones que conciernen a los arbitrios del señor Godfrey Ablewhite antes, durante y después del momento en que ustedes coincidieron como invitados en la residencia de la difunta lady Verinder.

II

En lo que se refiere, primeramente, a la muerte de su primo.

Considero que ha podido demostrarse, más allá de toda duda, que fue asesinado (mientras dormía o inmediatamente después de despertar) por asfixia con una almohada de la cama, que las personas culpables del crimen son los tres hindúes y que el fin perseguido (y alcanzado) era el de apoderarse del diamante conocido como la Piedra Lunar.

Los hechos que permiten llegar a esta conclusión se fundan, por un lado, en el análisis de las pruebas halladas en la habitación de la fonda y, por otro, en las pruebas obtenidas por el juez de instrucción.

Al forzar la puerta de la estancia se encontró al caballero muerto, con la almohada sobre el rostro. Informado de esta circunstancia, el médico que acudió a examinarlo concluyó que las apariencias post mórtem eran perfectamente compatibles con un asesinato por asfixia, es decir, que el crimen fue cometido por una o varias personas, presionando con la almohada la boca y la nariz del difunto hasta que la congestión pulmonar le ocasionó la muerte.

En lo que se refiere al motivo del delito: en una mesa de la habitación se encontró un estuche pequeño, en cuyo interior había un papel rasgado y sellado, con unas líneas escritas. El señor Luker identificó personalmente el estuche, el sello y la inscripción. Declaró que el estuche contenía efectivamente el diamante conocido como la Piedra Lunar y reconoció haberle entregado el mencionado estuche (en un sobre) al señor Godfrey Ablewhite (oculto bajo un disfraz) la tarde del 26 del pasado junio. La conclusión evidente que puede extraerse de todo lo anterior es que el móvil del asesinato fue el robo de la Piedra Lunar.

En lo que se refiere a cómo se cometió el asesinato: al registrarse la habitación (cuya altura es de poco más de dos varas) se descubrió que la trampilla del techo que conduce al tejado del edificio estaba abierta. La pequeña escalera que accedía a la trampilla (y que se guardaba debajo de la cama) se encontró en el tejado, donde se abandonó tras haber facilitado la salida de la persona o personas que irrumpieron en el cuarto. En la madera de la trampilla se observaba un corte cuadrado y practicado al parecer con un instrumento muy afilado, justo al lado del cerrojo que aseguraba la ventana por dentro. De esta manera, cualquiera habría podido retirar el cerrojo desde el exterior para abrir la trampilla y saltar (o descolgarse con ayuda de un cómplice) a la habitación, toda vez que su altura, como ya se ha señalado, es de poco más de dos varas. Que dicha persona o personas se sirvieron de este procedimiento resulta evidente por el corte en la madera. En cuanto al modo en que dicha persona (o personas) logró subir al tejado de la fonda es preciso notar que la tercera casa, calle abajo, estaba vacía y en obras; que los obreros habían dejado una escalera larga apoyada en la fachada; y que al volver a su trabajo en la mañana del 27 de junio encontraron tirada en el suelo la plancha a la cual habían atado la escalera, con el fin de evitar que alguien pudiera utilizarla en su ausencia. En lo que atañe a la posibilidad de que los asesinos pudieran subir por la escalera, pasar por los tejados de las casas, regresar y bajar de nuevo sin ser vistos, se ha podido saber, a través del testimonio del policía de noche, que sólo pasa por Shore Lane dos veces a la hora mientras hace su ronda. Del testimonio de los vecinos se desprende asimismo que esa calle, a partir de la medianoche, es de las más tranquilas y solitarias de Londres. Por lo tanto, parece acertado deducir que, con la debida cautela y presencia de ánimo, cualquier hombre podría haber subido por la escalera y vuelto a bajar sin ser visto. En el tejado de la fonda, mediante la oportuna reconstrucción de los hechos, ha podido demostrarse que un hombre

tendido sobre la cubierta habría podido cortar la madera de la trampilla sin dificultad y que, al hallarse en dicha posición, el parapeto de la fachada lo habría ocultado de las miradas de los posibles transeúntes.

Por último, en lo que se refiere al autor o los autores del delito: es sabido (1) que los hindúes intentaban apoderarse del diamante. (2) Es al menos probable que el hombre con aspecto de hindú a quien Octavius Guy vio asomarse por la ventanilla del coche para hablar con el hombre vestido como un mecánico era uno de los tres conspiradores. (3) Es incuestionable que se vio al susodicho mecánico siguiendo los pasos del señor Godfrey Ablewhite la noche del día 26, y que más tarde se le sorprendió en la habitación del caballero (antes de que éste tomara posesión de ella) en circunstancias que inducen a sospechar que estaba examinando la estancia. (4) En la habitación se encontró un fragmento de hilo de oro, que según reza el dictamen pericial es de manufactura india y desconocido en Inglaterra. (5) En la mañana del día 27, tres hombres que respondían a la descripción de los hindúes fueron vistos primero en Lower Thames Street, más tarde en el Muelle de la Torre y finalmente en el vapor que zarpó de Londres con rumbo a Rotterdam.

He aquí la prueba moral, que no legal, de que los hindúes fueron los autores del asesinato.

Resulta imposible determinar si el hombre que se hacía pasar por mecánico fue o no cómplice del crimen. Es altamente improbable que pudiera cometer el asesinato en solitario. Un hombre solo difícilmente habría podido asfixiar al señor Ablewhite —que era más alto y más fuerte—, sin que sobreviniera un forcejeo ni se oyera grito alguno. La criada, que duerme en la habitación contigua, no oyó nada. El posadero, que duerme en la habitación de abajo, no oyó nada. Todas las pruebas apuntan a que la autoría del crimen corresponde a más de un hombre, y las circunstancias, vuelvo a repetirlo, justifican moralmente la conclusión de que los hindúes fueron los asesinos.

Sólo me resta añadir que el veredicto del juez de instrucción fue de asesinato con premeditación, sin haberse podido precisar si los autores fueron uno o varios. La familia del señor Ablewhite ha ofrecido una recompensa y no se han escatimado esfuerzos para dar con los culpables. No ha sido posible encontrar al hombre vestido de mecánico. A los hindúes sí se les ha seguido el rastro. En cuanto a las posibilidades de su captura, le expresaré mi opinión cuando llegue al final del presente informe.

Entre tanto, tras haber consignado todo lo necesario sobre la muerte del señor Ablewhite, paso a exponer cómo procedió antes, durante y después del momento en que coincidieron ustedes en la residencia de la difunta lady Verinder.

Con respecto al asunto que ahora nos ocupa, me permito señalar en primera instancia que el señor Godfrey Ablewhite llevaba una doble vida.

Ante la opinión pública se presentaba como un caballero, con fama de excelente orador en reuniones benéficas y dotado de habilidades administrativas que ponía al servicio de distintas sociedades de caridad, en su mayoría femeninas. El lado que ocultaba a los demás mostraba a este mismo caballero bajo la personalidad enteramente distinta de un hombre entregado a los placeres, propietario de una villa en las afueras de la ciudad que no estaba registrada a su nombre y en la que vivía una dama que tampoco llevaba su apellido.

Mis investigaciones en dicha residencia me revelaron algunas pinturas y esculturas muy notables, muebles de admirable factura y escogidos con exquisito gusto y un invernadero sin igual en todo Londres, en el que se cultivaban las más exóticas variedades de flores. Mis pesquisas en torno a la dama desembocaron en el descubrimiento de ciertas joyas dignas de ser enmarcadas en la misma categoría de las flores, así como de carruajes y caballos que habrían causado justificada sensación en Hyde Park entre personas capaces de emitir un veredicto sobre la construcción de los unos y la raza de los otros.

Hasta aquí, todo bastante ordinario. La villa y la dama son objetos tan familiares en la vida londinense que debo disculparme por llamar la atención sobre ellos. Lo que no es ni ordinario ni familiar (de acuerdo con mi experiencia) es que todos estos hermosos objetos se hubieran pagado. No pesaba sobre las pinturas, las esculturas, las flores, los carruajes y los caballos ni seis peniques de deuda: tal fue el asombroso resultado de mis indagaciones.

Podría haber tratado de resolver el enigma sin éxito alguno, de no haber sido porque la muerte del señor Godfrey Ablewhite desencadenó una investigación sobre el estado de sus finanzas.

La investigación arrojó las siguientes conclusiones: que al señor Godfrey Ablewhite le había sido confiada la custodia de una suma de veinte mil libras, en su calidad de albacea (conjuntamente con otro individuo) de un joven caballero que en el año de 1848 aún era menor de edad. Que dicha custodia vencería, y el joven caballero debería recibir las citadas veinte mil libras, el día en que alcanzara la mayoría de edad, en el mes de febrero de 1850. Que en tanto llegara la fecha en cuestión el joven recibiría de su fideicomiso la cantidad de seiscientas libras anuales pagaderas en dos plazos: en Navidad y el día de San Juan. Que dicha renta fue oportunamente abonada por el albacea Godfrey Ablewhite. Que el fondo de veinte mil libras (del cual se suponía que procedía la renta) se fue vendiendo en distintos momentos, hasta su agotamiento definitivo en 1847. Que el poder notarial que autorizaba a los banqueros a liquidar las acciones vinculadas al fondo, así como las sucesivas órdenes de venta que indicaban las diferentes cantidades liquidadas, fueron formalmente firmadas por ambos albaceas. Que la firma del segundo albacea (un oficial del ejército retirado y

residente en el país) fue falsificada en todas las ocasiones por su homólogo activo, esto es, el señor Godfrey Ablewhite.

Estos hechos explican la honorable conducta del señor Godfrey, en lo que se refiere al pago de las deudas en las que había incurrido por su villa y su dama, así como de otras de las que pronto tendrá usted noticia.

Pasaremos ahora al 21 de junio de 1848, fecha del cumpleaños de la señorita Verinder.

En la víspera de ese día, el señor Godfrey Ablewhite llegó a casa de su padre y solicitó (como he sabido por boca del propio señor Ablewhite padre) un préstamo de tres mil libras. Repare usted en la suma y recuerde que el pago bianual al joven caballero debía efectuarse el día 24 de ese mismo mes. Tenga en cuenta además que a finales del año anterior su albacea ya había dilapidado su fortuna.

El señor Ablewhite se negó a prestarle a su hijo un solo penique.

Al día siguiente, el señor Godfrey fue con usted a caballo a casa de lady Verinder. Horas después, dicho caballero (según me ha contado usted mismo) le pidió matrimonio a la señorita Verinder. Veía en ello, no cabe duda, la solución a sus problemas económicos presentes y futuros. Pero ¿qué ocurrió entonces? La señorita Verinder lo rechazó.

Así las cosas, la situación pecuniaria del señor Godfrey Ablewhite en la noche del cumpleaños era la siguiente. Necesitaba tres mil libras para el día 24 del mes corriente, y veinte mil para febrero de 1850. De fracasar en el intento sería un hombre perdido.

En tales circunstancias, ¿qué sucede a continuación?

Exaspera usted al doctor Candy, al discutir sobre el espinoso asunto de su profesión, y él decide gastarle una broma, administrándole una dosis de láudano. Le confía al señor Godfrey Ablewhite la administración de la dosis, preparada en una pequeña probeta, y el caballero confiesa más tarde su participación en el asunto en circunstancias de las que pronto le daré cumplida cuenta. El señor Godfrey está tanto más dispuesto a intervenir en el complot por cuanto que ha sido víctima de sus comentarios mordaces en el curso de la noche. Se suma pues a Betteredge cuando éste le aconseja a usted que tome un poco de brandy con agua antes de acostarse. Vierte a escondidas la dosis de láudano en su grog. Y usted se bebe la mezcla.

Cambiemos de escenario, si no tiene inconveniente, y pasemos a casa del señor Luker, en Lambeth. Permítame señalar, a modo de prefacio, que el señor Bruff y yo dimos con la manera de obligar al prestamista a confesarlo todo. Juntos repasamos atentamente lo que nos dijo, y aquí se lo ofrecemos a continuación.

IV

En las últimas horas de la tarde del viernes, 23 de junio de 1948, el señor Luker recibió por sorpresa una visita del señor Godfrey Ablewhite. Se quedó atónito cuando el señor Godfrey le enseñó la Piedra Lunar. Nadie en toda Europa (según la experiencia del señor Luker) poseía un diamante parecido.

El señor Godfrey formuló dos modestas proposiciones en relación con tan magnífica gema. La primera era: ¿tendría el señor Luker la bondad de comprarla? La segunda: ¿aceptaría el señor Luker (en el caso de que no pudiese adquirirla) venderla a cambio de una comisión y adelantarle una suma de dinero sobre el importe final de la venta?

El prestamista examinó el diamante, lo pesó y lo tasó antes de pronunciarse. De acuerdo con sus cálculos (y teniendo en cuenta el defecto de la piedra), el valor de la joya ascendía a treinta mil libras.

Tras haber llegado a esta conclusión, el señor Luker abrió la boca para hacer una pregunta:

—¿Cómo ha llegado a sus manos? —¡Eran sólo seis palabras! Pero ¡cuánta importancia tenían!

El señor Godfrey Ablewhite comenzó a relatar una historia. El prestamista le respondió entonces, y esta vez sólo dijo tres palabras:

—¡Eso no sirve!

El señor Godfrey cambió su historia. El señor Luker no malgastó más palabras. Se levantó y tocó la campanilla para que el criado acompañara al caballero hasta la puerta.

Viéndose coaccionado, el señor Godfrey lo intentó de nuevo, y ofreció una versión corregida del caso, cuyo contenido era el siguiente: después de haber vertido a escondidas el láudano en su bebida, le dio a usted las buenas noches y se retiró a su dormitorio. Ocupaba la habitación contigua y una puerta comunicaba ambas estancias. Al entrar en su dormitorio (según supuso) cerró la puerta. Sus problemas económicos no le dejaban conciliar el sueño. Estuvo casi una hora sentado, en batín y zapatillas, dando vueltas a su situación. Cuando se disponía a acostarse, oyó que usted hablaba a solas, se acercó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones y vio que no la había cerrado, tal como suponía.

Se asomó para ver qué pasaba. Lo sorprendió a usted con la vela en la mano, en el momento de salir de la cámara. Le oyó decir, en una voz que no era la suya: « ¿Cómo voy a saberlo? Los hindúes podrían estar escondidos en la casa» .

Hasta ese momento, sólo había pensado (al administrarle el láudano) que estaba contribuyendo a gastarle una broma inofensiva. Entonces cayó en la cuenta de que el láudano le había producido un efecto que ni el doctor ni por supuesto él habían previsto. Por temor a que tuviera un accidente, lo siguió sin hacer ruido.

Vio que se dirigía a la sala de la señorita Verinder y que entraba allí. Usted dejó la puerta abierta. Él se asomó por la ranura antes de aventurarse a entrar.

Desde aquella posición, no sólo lo vio sacar al diamante del cajón, sino que también vio que la señorita Verinder lo observaba en silencio desde el umbral de su dormitorio. No le cupo la menor duda de que ella también lo vio llevarse el diamante.

Usted pareció dudar unos momentos, antes de salir. El señor Godfrey aprovechó su vacilación para regresar al dormitorio sin ser visto. Apenas había llegado cuando apareció usted. Usted lo vio (así lo supone) justo cuando estaba cruzando la puerta que comunicaba las habitaciones. Si no lo vio, al menos lo llamó con voz extraña y somnolienta.

Él se volvió y usted lo miró como un sonámbulo. Usted depositó el diamante en su mano y le dijo: « ¡Vuelve a llevarlo al banco de tu padre! Allí estará seguro… Aquí no lo está» . Usted se volvió entonces con paso incierto y se puso el batín. Luego se sentó en una butaca, y volvió a decirle: « Yo no puedo llevarlo al banco. Tengo la cabeza como si estuviera llena de plomo… y ni siquiera siento los pies» . Apoyó la coronilla en el respaldo de la butaca, lanzó un hondo suspiro y se quedó dormido.

El señor Godfrey Ablewhite regresó con el diamante a su dormitorio. Asegura que en ese momento no tomó ninguna decisión, más que esperar y ver qué sucedía al día siguiente.

Al llegar la mañana, su modo de hablar y de comportarse le indicaron al señor Godfrey que no tenía usted la más remota idea de lo que había dicho y hecho en las horas previas. Al mismo tiempo, el modo de hablar y de comportarse de la señorita Verinder le indicaron que no tenía intención de decir nada (por favorecerlo a usted). Si el señor Godfrey Ablewhite decidía quedarse con el diamante, gozaría de total impunidad. Entre su ruina y él se había cruzado la Piedra Lunar. Y se guardó el diamante en el bolsillo.

V

Ésta es la historia que su primo, acuciado por la necesidad, le contó al señor Luker.

El señor Luker creyó que la historia era auténtica en lo esencial, por la sencilla razón de que tenía al señor Ablewhite por un individuo demasiado idiota para haberla inventado. El señor Bruff y yo coincidimos en que el argumento del prestamista era perfectamente válido para demostrar la veracidad de la historia.

El problema que entonces se le planteó al señor Luker fue el de qué hacer con la Piedra Lunar. Propuso las siguientes y exclusivas condiciones para tomar parte en una transacción que (incluso en un negocio como el suyo) era incierta y

peligrosa.

El prestamista aceptaba anticipar al señor Godfrey Ablewhite la suma de dos mil libras a condición de que éste le entregara como garantía la Piedra Lunar. Si en el plazo de un año a partir de la fecha el señor Godfrey le reembolsaba tres mil libras, podría recuperar el diamante y la deuda se daría por saldada. Si no lograba entregar el dinero transcurrido dicho plazo, la garantía (es decir, la Piedra Lunar) quedaría definitivamente en poder del señor Luker, quien en tal caso obsequiaría al señor Godfrey con varios pagarés (relacionados con operaciones anteriores) que obraban en sus manos.

Ni que decir tiene que el señor Godfrey se mostró indignado y se negó a aceptar tan monstruosas condiciones. Así pues, el señor Luker le devolvió el diamante y le deseó buenas noches.

Su primo llegó a la puerta y regresó con una duda. ¿Cómo podía tener la certeza de que aquella conversación se mantendría en el más estricto secreto?

El señor Luker no presumió de saberlo. Si el señor Godfrey hubiese aceptado sus condiciones, entonces serían cómplices y podría contar con su silencio como cosa cierta. Tal como estaban las cosas, el señor Luker debía mirar por sus propios intereses. En el caso de que se le hicieran preguntas incómodas, ¿cómo podía esperarse que aceptara ponerse en una situación comprometida para beneficiar a un hombre que había rechazado negociar con él?

Al recibir esta respuesta, el señor Godfrey Ablewhite hizo lo que hacen todos los animales (humanos o no) cuando se ven acorralados. Miró a un lado y otro con gesto impotente y desesperado. Por casualidad se fijó en el día del mes, escrito en una elegante tarjeta guardada en una caja sobre la repisa de la chimenea. Era 23 de junio. Al día siguiente debía entregar tres mil libras al caballero cuya herencia se le había encomendado administrar, y no contaba con ninguna posibilidad de conseguir el dinero, como no fuera la que le ofrecía el prestamista. De no haber existido tan miserable obstáculo, se habría llevado el diamante a Ámsterdam y lo habría convertido en una mercancía sumamente valiosa, después de hacerlo tallar en varias piedras. A la vista de la situación, no tenía más remedio que aceptar las condiciones del señor Luker. Al fin y al cabo, disponía de un año para conseguir las tres mil libras, y un año es mucho tiempo.

El señor Luker sacó en el acto los documentos necesarios. Una vez los hubieron firmado, le dio al señor Godfrey Ablewhite dos cheques. Uno con fecha del 23 de junio, por un importe de trescientas libras. Otro con fecha de una semana más tarde, por la cantidad restante, es decir, mil setecientas libras.

Ya sabe usted cómo el señor Luker confió la custodia del diamante a sus banqueros, y cómo trataron los hindúes al prestamista y al señor Godfrey posteriormente.

El siguiente acontecimiento en la vida de su primo se refiere de nuevo a la señorita Verinder. Le propuso matrimonio por segunda vez y (tras haber recibido

un sí por respuesta) consintió, a instancias de ella, en dar por roto el compromiso. El señor Bruff intuyó una de las razones que lo llevaron a hacer esta concesión. La señorita Verinder gozaba tan sólo de una renta vitalicia sobre los bienes de su madre, y era imposible sacar de allí veinte mil libras.

Dirá usted que habría podido recaudar las tres mil libras que necesitaba para recuperar el diamante si se hubiera casado. Sin duda que sí, suponiendo que ni su mujer ni los administradores y tutores de ella tuvieran reparos en adelantarle con fines desconocidos más de la mitad de la renta que le correspondía en su primer año de matrimonio. Pero, aun cuando hubiese podido sortear este escollo, no era el único que iba a encontrar. La noticia de la boda en ciernes llegó a oídos de la dama de la villa. Una mujer soberbia, señor Blake, de ésas con las que no se juega, de las de cutis blanco y nariz romana. Mostró el más profundo desprecio por el señor Godfrey Ablewhite. Su desprecio sería silencioso siempre y cuando él le ofreciera una suma sustanciosa. De lo contrario sería un desprecio lenguaraz. La renta vitalicia de la señorita Verinder no le permitía disponer de la suma requerida por la dama, y tampoco de las veinte mil libras restantes. No podía casarse: de ninguna manera podía casarse en tales circunstancias.

Ya conoce usted cómo probó suerte con otra dama y cómo también ese compromiso matrimonial se rompió por cuestiones de dinero. Asimismo está al tanto de las cinco mil libras que su primo heredó poco después, de una de sus muchas admiradoras entre el sexo débil, cuyos favores este hombre fascinante tuvo la habilidad de ganarse. Dicha herencia (tal como han demostrado los hechos) lo condujo a la muerte.

He averiguado que, cuando salió del país, tras recibir sus cinco mil libras, fue a Ámsterdam. En esta ciudad llevó a cabo las diligencias necesarias para dividir el diamante en varias piedras. Regresó (disfrazado) y recuperó la Piedra Lunar en la fecha señalada. Se dejó que transcurrieran varios días (como precaución convenida entre ambas partes) antes de retirar la gema del banco. De haber logrado volver a Ámsterdam sano y salvo con el diamante en su poder, aún habría tenido tiempo, entre julio de 1849 y febrero de 1850, de fragmentarlo y convertir las distintas piedras (pulidas o sin pulir) en mercancía negociable. Juzgue usted mismo si tuvo o no motivos para afrontar finalmente tal riesgo. Su caso era cuestión de vida o muerte… si es que algún hombre se ha visto alguna vez en semejante situación.

Sólo me resta recordarle, antes de dar por concluido este informe, que todavía existe una posibilidad de echar el guante a los hindúes y de recuperar la Piedra Lunar. Ahora mismo (tenemos razones fundadas para creerlo así) se encuentran camino de Bombay, a bordo de un buque mercante de la Compañía de las Indias Orientales. El barco (de no mediar ningún imprevisto) no hará ninguna escala a lo largo del trayecto, y las autoridades de Bombay (que ya han sido alertadas a través de una carta despachada por vía terrestre) estarán

preparadas para abordarlo en el momento de su llegada a puerto.

Tengo el honor, querido señor, de quedar su seguro servidor,

RICHARD CUFF

Sargento retirado del Cuerpo de Detectives de Scotland Yard, Londres[8].

SÉPTIMA NARRACIÓN

EN UNA CARTA DEL DOCTOR CANDY

Frizinghall, miércoles, 26 de septiembre de 1849

Querido señor Franklin Blake:

Se figurará usted las malas noticias al ver que le devuelvo, sin abrir, la carta que le envió a Ezra Jennings. Murió en mis brazos, al amanecer, el pasado miércoles.

No me culpe por no haberle anunciado que su fin estaba próximo. Me prohibió tajantemente que le escribiera. « Estoy en deuda con el señor Franklin Blake —dijo—, por haberme ofrecido unos días felices. No lo aflija, doctor Candy, no lo aflija.»

Fue terrible presenciar su sufrimiento hasta sus últimas seis horas de vida. En los intervalos de remisión, cuando estaba lúcido, le rogué que me indicara algún pariente al que pudiera escribir. Me pidió que le perdonara por no ceder a mis deseos, y dijo, sin amargura, que quería morir tal como había vivido, olvidado y anónimo. Se aferró a su resolución hasta el final. Ya no hay esperanza de descubrir nada sobre él. Su historia es un enigma.

El día antes de morir me dijo dónde guardaba sus papeles. Se los llevé a la cama. Había un paquete de cartas antiguas que dejó a un lado. Estaba también su libro sin terminar. Estaba su diario, en varios cuadernos con cerradura. Abrió el cuaderno correspondiente al año en curso y arrancó, una por una, las páginas en las que daba cuenta de los días que pasó con usted. « Déselas al señor Franklin Blake —dijo—. Es posible que en los años venideros le interese recordar lo que aquí se ha escrito.» Entrelazó luego las manos y le pidió a Dios que lo bendijera a usted y a todos sus seres queridos. Manifestó su deseo de volver a verlo, pero al momento cambió de opinión. « No —dijo, cuando me ofrecí a escribirle—. ¡No quiero apenarlo! ¡No quiero apenarlo!»

Reuní entonces, a petición suya, el resto de los papeles —las cartas, el libro inacabado y sus diarios— y los envolví todos en un paquete que sellé con mi propio lacre. « Prométame —me pidió— que usted mismo pondrá estos papeles en mi ataúd, con sus propias manos, y se asegurará de que ninguna otra mano los toca después.»

Le di mi palabra. Y he cumplido con lo prometido.

Me pidió que hiciera otra cosa por él, que me costó mucho llevar a cabo. « Quiero que mi sepultura caiga en el olvido. Deme su palabra de honor de que no permitirá que ninguna clase de monumento, ni siquiera una simple lápida,

señale el lugar en que estoy enterrado. Déjeme dormir en el anonimato. Déjeme descansar ignorado.» Cuando traté de suplicarle que reconsiderara su actitud, se enfureció violentamente por primera y única vez. No pude soportarlo, y me di por vencido. Tan sólo un pequeño montículo de hierba señala el lugar donde descansa. Con el tiempo otras sepulturas lo rodearán y quienes nos sucedan se preguntarán de quién puede ser esa tumba sin nombre.

Como ya he dicho, su sufrimiento cesó seis horas antes de la muerte. A ratos durmió. Creo que soñó. Sonrió una o dos veces. En esos momentos, un nombre supongo que de mujer —el de « Ella» — brotaba en sus labios. Minutos antes del final me pidió que lo incorporase sobre las almohadas para ver el amanecer por la ventana. Estaba muy débil. Apoyó la cabeza en mi hombro. Susurró: « ¡Ya viene!» . Después dijo: « ¡Béseme!» . Le di un beso en la frente. De pronto levantó la cabeza. La luz del sol le iluminó la cara. Una expresión bellísima, una expresión angelical se dibujó en sus facciones. Repitió tres veces: « ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!» . Volvió a hundir la cabeza en mi hombro, y allí terminaron sus tribulaciones.

Se nos ha ido. Era, lo creo de veras, un gran hombre, a pesar de que el mundo no llegara a conocerlo. Soportó con valentía una vida difícil. Tenía el carácter más dulce que he conocido jamás. Su pérdida me ha dejado muy solo. No he vuelto a ser el mismo desde mi enfermedad. A veces pienso en dejar la medicina, marcharme lejos y probar si las aguas y los baños extranjeros pueden hacer algo por mí.

Por aquí se dice que la señorita Verinder va a casarse el mes que viene. Le ruego que acepte mis sinceras felicitaciones.

Las páginas del diario de mi pobre amigo lo esperan a usted en mi casa, selladas, con su nombre escrito en el paquete. No me he atrevido a confiarlas al correo.

Le envío a la señorita Verinder mis respetos y mis mejores deseos.

Soy, querido señor, afectuosamente suyo.

THOMAS CANDY

OCTAVA NARRACIÓN

A CARGO DE GABRIEL BETTEREDGE

Soy yo (como seguramente recuerden) quien inició estas páginas para referir esta historia. Y soy yo quien se ha quedado, por así decir, para cerrarla.

No piensen que me propongo añadir unas últimas palabras en relación con el diamante hindú. Aborrezco profundamente esa joya funesta, y les remito a ustedes a una autoridad distinta de la mía si esperan noticias de la Piedra Lunar en el presente. Mi intención es consignar un acontecimiento de la historia familiar que todo el mundo ha pasado por alto, y no consentiré que se silencie con tanto desprecio. El hecho al que aquí aludo es la boda de la señorita Rachel y el señor Franklin Blake. Tan notable evento se celebró en nuestra casa de Yorkshire, el martes, 9 de octubre de 1849. Me compré un traje nuevo para la ocasión. Y los recién casados pasaron su luna de miel en Escocia.

Como las celebraciones familiares habían sido raras en nuestra casa desde la muerte de mi pobre señora, confieso que, con ocasión de la boda, hacia las últimas horas del día yo había bebido algo más de la cuenta por la emoción que me embargaba.

Si alguna vez les ha ocurrido lo mismo, sabrán comprenderme y compadecerse de mí. En caso contrario, dirán ustedes muy probablemente: « ¡Viejo asqueroso! ¿Por qué nos cuenta eso?» . En seguida conocerán la razón.

Tras haberme excedido con el licor (¡salud!, ustedes también tienen su vicio favorito, sólo que el suyo no es el mío, ni el mío el suyo) recurrí al único remedio infalible que, como ya saben, es *Robinson Crusoe*. Ignoro por qué página abrí ese libro sin rival. Sé perfectamente, en cambio, dónde las líneas impresas por fin dejaron de mezclarse ante mis ojos. Fue en la página trescientos dieciocho, en un fragmento doméstico que se refiere al matrimonio de Robinson Crusoe y dice así: « Estos pensamientos me llevaron a reflexionar sobre el compromiso que había contraído; recordé que tenía una esposa (¡nótese que lo mismo acababa de ocurrirle al señor Franklin!), un hijo (¡nótese nuevamente que ése bien podría ser el caso del señor Franklin!), y entonces mi mujer» … No quise averiguar qué fue lo que hizo o dejó de hacer la mujer de Robinson Crusoe « entonces» . Subrayé con el lápiz la alusión al hijo y señalé la página con un papel. « Te quedarás ahí —dije—, hasta que el matrimonio del señor Franklin y de la señorita Rachel haya cumplido algunos meses… ¡y entonces veremos!»

Pasaron los meses (más de lo que yo había calculado) sin que se presentara la ocasión de retirar aquella marca en el libro. No fue hasta el corriente mes de noviembre de 1950 cuando el señor Franklin entró en mi habitación, de un humor

excelente, y me dijo:

—¡Betteredge, tengo que darle una noticia! ¡Algo va a pasar en la casa en el plazo de unos meses!

—¿Incumbe a la familia, señor?

—Incumbe decididamente a la familia.

—¿Y tiene su esposa algo que ver en ello, señor?

—Tiene mucho que ver en ello —respondió el señor Franklin, denotando por primera vez una leve sorpresa.

—No hace falta que diga una palabra más. ¡Dios los bendiga a los dos! Me alegro de todo corazón.

El señor Franklin me miró como si le hubiera fulminado un rayo.

—¿Puedo preguntarle de dónde ha obtenido esa información? Yo acabo de saberlo (en el más estricto secreto) hace sólo cinco minutos.

¡Era una oportunidad espléndida para sacar mi *Robinson Crusoe*! ¡Era la ocasión de leerle aquel pasaje doméstico en el que se hablaba del niño, que yo había señalado el mismo día de la boda del señor Franklin! Entoné las milagrosas palabras con el debido énfasis y miré severamente al caballero.

—Ahora, señor, ¿cree usted en *Robinson Crusoe*? —le pregunté, con la solemnidad que la ocasión exigía.

—Betteredge —respondió con la misma solemnidad—, por fin me he convencido. —Me estrechó la mano, y tuve la sensación de que no mentía.

Con la reseña de tan excepcional circunstancia concluye mi reaparición en estas páginas. Que nadie se ría de la insólita anécdota que aquí se ha relatado. Pueden ustedes mofarse cuanto les plazca de cualquier otra cosa que haya podido decir, pero, cuando hablo de *Robinson Crusoe*, ¡por Dios que hablo en serio y exijo que se me escuche con seriedad!

Dicho esto, no tengo más que añadir. Damas y caballeros, me despido de ustedes con una reverencia y doy por concluida esta historia.

Epílogo

I

DECLARACIÓN DEL AYUDANTE DEL SARGENTO CUFF (1849)

El 27 del pasado junio recibí instrucciones del sargento Cuff para que siguiera a tres hombres sospechosos de asesinato y descritos como hindúes. Se los había visto esa mañana en la Torre del Muelle, embarcando en el vapor con rumbo a Rotterdam.

Partí de Londres en un vapor perteneciente a otra naviera, que zarpó en la mañana del martes 28. A mi llegada a Rotterdam logré encontrar al capitán del navío que me había precedido. Me confirmó que los hindúes efectivamente figuraban entre sus pasajeros; sin embargo, habían desembarcado en Gravesend. Cuando pasaban por las costas de dicha ciudad uno de ellos preguntó a qué hora llegarían a Calais. Al saber que el buque iba directo a Rotterdam, el portavoz del grupo se mostró muy sorprendido y disgustado por el error que habían cometido. Estaban dispuestos a sacrificar el importe del pasaje si el capitán los dejaba en tierra. Compadeciéndose de su situación, como extranjeros en país extraño, y sin razón alguna para detenerlos, el capitán ordenó que un bote los llevara a tierra, y los tres hombres abandonaron el barco.

Comprendí que los hindúes habían planeado este ardid de antemano, a fin de que no pudiera seguirse su rastro, y regresé a Inglaterra sin pérdida de tiempo. Desembarqué en Gravesend y supe que habían ido desde allí a Londres. Seguí su rastro posteriormente hasta el puerto de Plymouth. Mis investigaciones revelaron que habían zarpado cuarenta y ocho horas antes en el *Bewley Castle*, un buque de la Compañía de las Indias Orientales, con rumbo a Bombay.

Informado de esta circunstancia, el sargento Cuff dio aviso por vía terrestre a las autoridades de Bombay, con el fin de que el barco fuese abordado por la policía en el momento en que arribase a puerto. Con esto terminaba mi misión en el caso. No he vuelto a saber nada desde entonces.

II

DECLARACIÓN DEL CAPITÁN (1849)

Me solicita el sargento Cuff que ponga por escrito ciertos hechos relacionados con tres individuos (supuestamente hindúes) que embarcaron el verano pasado a bordo del *Bewley Castle* con destino directo a Bombay bajo mi mando.

Los hindúes se nos unieron en Plymouth. No recibí ninguna queja de su comportamiento a lo largo de la travesía. Se alojaron en la zona de proa y tuve pocas ocasiones de verlos personalmente.

Hacia el final del viaje tuvimos la desgracia de encontrar tres días con sus noches de calma chicha frente a las costas de la India. No tengo a mano el diario de navegación y no recuerdo la latitud y longitud exactas. En lo que se refiere a nuestra posición, sólo puedo por tanto señalar que las corrientes nos llevaron en dirección a tierra y que, cuando volvió a soplar el viento, sólo tardamos veinticuatro horas en arribar a puerto.

La disciplina de un barco (como sabe todo marino) se relaja en estos períodos de calma prolongada. La de mi barco no fue una excepción. Algunos caballeros del pasaje hicieron arriar los botes y se entretuvieron remando y nadando al atardecer, cuando la temperatura era más templada. Tras cumplir su cometido, los botes deberían haberse izado y devuelto a su lugar. Sin embargo, se dejaron amarrados a un costado del buque. Entre el calor y la irritación de la espera ni los oficiales ni los marineros parecían encontrar ánimos para cumplir con sus obligaciones en ese lapso de calma.

En el curso de la tercera noche no se oyó ni vio nada fuera de lo común en cubierta. Al llegar la mañana se descubrió que faltaba el bote más pequeño, y poco después se supo que los tres hindúes habían desaparecido.

Si los hombres habían robado el bote poco después de que anocheciera (como no me cabe duda que hicieron), era inútil tratar de perseguirlos, pues estábamos demasiado cerca de la costa cuando, ya de mañana, se averiguó lo sucedido. Tengo la certeza de que llegaron a tierra con ayuda del tiempo apacible (y a despecho de la fatiga y la torpeza con el remo), antes de que rayara el día.

A nuestra llegada a puerto supe por primera vez la razón que animó a estos pasajeros a escapar del barco a la primera oportunidad. Ante las autoridades no me fue posible ofrecer otra declaración distinta de la que aquí se refleja. Me reprocharon que consintiera tanta relajación en la disciplina del buque. En este sentido, ya les he expresado mi pesar tanto a ellos como a mis armadores. Desde esa fecha nada he vuelto a saber de los tres hindúes. No tengo nada más que añadir a lo que ya se ha escrito.

III

DECLARACIÓN DEL SEÑOR MURTHWAITE (1850) EN UNA CARTA DIRIGIDA AL SEÑOR BRUFF

¿Se acuerda, mi querido señor, de un hombre medio salvaje al que conoció usted en una cena en Londres, en el otoño de 1848? Permítame que le recuerde que el nombre de dicha persona era Murthwaite, y que tuvo usted una larga conversación con él después de cenar. Hablaron sobre el diamante hindú conocido como la Piedra Lunar, y sobre la conspiración urdida para apoderarse de la gema.

Desde entonces he estado viajando por Asia Central. De allí he regresado al escenario de algunas de mis anteriores andanzas en el norte y el noroeste de la India. Hará cosa de dos semanas, me encontraba en cierto distrito o provincia (apenas conocido para los europeos) llamado Kattiawar.

Viví allí una aventura que (por increíble que pueda parecer) le concierne a usted personalmente.

En la salvaje región de Kattiawar (comprenderá hasta qué punto lo es si le digo que incluso los padres de familia labran la tierra armados hasta los dientes), la población profesa con devoción fanática la antigua religión hinduista que rinde culto a Brahma y a Vishnú. Las escasas familias musulmanas, desperdigadas por las aldeas del interior, temen comer cualquier clase de carne. Un mahometano sobre el que recae la más leve sospecha de haber matado a ese animal sagrado, que es la vaca, es condenado a muerte sin clemencia por sus piadosos vecinos hindúes. Con el propósito de fortalecer el fervor religioso de la población, dos de los santuarios más famosos de la peregrinación hindú se encuentran en el perímetro de las fronteras de Kattiawar. Uno de ellos es Dwarka, el lugar de nacimiento del dios Krishna. El otro es la ciudad sagrada de Somnauth, saqueada y destruida ya en el siglo XI por el conquistador mahometano Mahmud de Ghizni.

Al encontrarme por segunda vez en esta romántica región, decidí que no me marcharía sin haber visitado de nuevo la magnífica desolación de Somnauth. Me hallaba, en el momento de idear este plan, a unas tres jornadas de distancia a pie (calculo aproximadamente) de la ciudad sagrada.

No llevaba mucho camino recorrido cuando advertí que otras personas, en grupos de dos y de tres, parecían viajar en la misma dirección.

Me presenté a los que se acercaron a hablarme como budista-hinduista procedente de una provincia remota, en viaje de peregrinación. No es preciso decir que mi indumentaria se correspondía con esta descripción. Añádase a lo anterior que conozco su lengua como la mía propia, y que soy lo suficientemente enjuto y moreno para no delatar fácilmente mi origen europeo, y se

comprenderá que en seguida recibí la aprobación de mis compañeros de camino: no como uno más, sino como extranjero llegado desde una lejana región de su país.

El segundo día, el número de hindúes que viajaban en la misma dirección se contaba por cincuentenas y centenares. Al tercer día, la multitud se componía de muchos miles, siempre en lento avance hacia el mismo destino: la ciudad de Somnauth.

Un pequeño servicio que le presté a uno de los peregrinos en la tercera jornada del viaje me permitió ser presentado a un grupo de hindúes de alta casta. Por ellos supe que la muchedumbre se dirigía a una de las colinas próximas a Somnauth, donde iba a celebrarse una importante ceremonia religiosa. Dicha ceremonia era en honor del dios de la luna y se celebraría por la noche.

El gentío nos obligó a detenernos en las inmediaciones del lugar de la celebración. Cuando por fin alcanzamos la colina, la luna brillaba en lo alto del cielo. Mis amigos hindúes gozaban de ciertos privilegios que les permitían acceder al santuario. Tuvieron la bondad de invitarme a que los acompañara. A nuestra llegada, encontramos el santuario oculto por una cortina que colgaba entre dos árboles majestuosos. Bajo los árboles, un saliente plano en la roca formaba una especie de plataforma natural. Me detuve a sus pies, en compañía de mis amigos.

La vista desde la colina ofrecía el más grandioso espectáculo de naturaleza y humanidad que había presenciado en mi vida. Las zonas inferiores de las laderas se fundían imperceptiblemente en una llanura verde en la que confluían tres ríos. A un lado, la graciosa curvatura de las aguas se dilataba, ya visible, ya borrada por los árboles, hasta donde alcanzaba la vista. Al otro, el océano sin olas dormía en la quietud de la noche. Poblaban tan bella escena decenas de miles de seres humanos, todos vestidos de blanco, que anegaban la llanura y orlaban las serpenteantes riberas en las zonas más próximas. Iluminaba a la multitud de peregrinos el fabuloso rojo de las llamas de antorchas y teas que ascendía a intervalos por el monte desde todos los puntos de aquella fantástica multitud. Imagínese la luz de una nítida luna oriental derramando su gloria sobre la escena, y podrá formarse una idea de la visión que pude admirar desde la cima de la colina.

Una melodía lastimera, interpretada por flautas e instrumentos de viento, llamó mi atención hacia el santuario oculto.

Sobre la plataforma de la roca aparecieron las figuras de tres hombres. En el que ocupaba el centro reconocí al individuo con el que hablé en inglés cuando los hindúes se presentaron en la terraza de lady Verinder. Los otros dos eran sin ningún género de duda quienes lo acompañaban en aquella ocasión, y también quienes lo acompañaban en ésta.

Uno de los espectadores que estaba a mi lado se percató de mi sorpresa. Me

explicó entre susurros la presencia de los tres hombres sobre la plataforma.

Eran brahmanes (dijo) que habían perdido su casta por servir al dios. El dios les había ordenado purificarse a través de la peregrinación. Esa noche tendrían que separarse. Peregrinarían en tres direcciones distintas, por todos los santuarios de la India. Nunca volverían a verse las caras. Nunca podrían interrumpir su peregrinaje, desde el día que presenciara su separación hasta el día que presenciara su muerte.

Mientras se me susurraban estas palabras cesó la música lastimera. Los tres hombres se postraron en la roca, ante la cortina que ocultaba el santuario. Se incorporaron, se miraron y se abrazaron. Bajaron entonces por separado entre la multitud. Los fieles les abrían paso en absoluto silencio. Vi cómo la muchedumbre se abría en el mismo y preciso momento en tres direcciones distintas. Poco a poco, la inmensa masa blanca volvió a cerrarse. Se borró la pista de los tres condenados y degradados a la condición de simples mortales. No volví a verlos.

Una nueva melodía, fuerte y jubilosa, sonó tras la cortina del santuario. Noté que la multitud se estremecía y se agolpaba alrededor.

La cortina colgada entre los árboles se retiró hacia un lado y el santuario quedó expuesto a la vista de todos.

Allí, elevado en un trono, sentado sobre su característico antílope, con los cuatro brazos extendidos hacia las cuatro puntas de la tierra, alzado sobre nosotros, oscuro y aterrador, envuelto en la mística luz de los cielos, se encontraba el dios de la luna. ¡Y allí, en la frente de la deidad, refulgía el diamante amarillo, cuyo esplendor me había iluminado por última vez en Inglaterra desde el escote de un vestido de mujer!

¡Sí! Al cabo de ocho siglos, la Piedra Lunar vuelve a contemplar las murallas de la ciudad sagrada que vio nacer su historia. Quizá sepa usted cómo ha logrado regresar a su tierra natal, mediante qué accidente o qué delito pudieron esos hombres recuperar la piedra sagrada; yo lo ignoro. La han perdido de vista en Inglaterra y (si algo conozco yo a estas gentes) la han perdido de vista para siempre.

Así transcurren los años y así se repiten; así los mismos sucesos giran de acuerdo con los ciclos del tiempo. ¿Cuáles serán las próximas aventuras de la Piedra Lunar? ¿Quién puede saberlo?

WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en « Household Worlds» , publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armadale* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su

íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

Notas

[1] El autor se refiere a dos célebres diamantes: primeramente, al Orlov, robado por un soldado francés de una estatua brahmánica, comprado por el príncipe Orlov y regalado por éste a Catalina II de Rusia. La segunda referencia es más significativa. El Koh-i-Noor, o Montaña de Luz, fue parte del botín de la segunda de las Guerras Sij (1848-1849) entre el imperio Sij y la British East India Company. Fue expropiado por el Tratado de Lahore (5 de abril de 1849) y regalado por la British East India Company a la reina Victoria, emperatriz de la India. Después de ser exhibido en el Crystal Palace de Londres, se envió a Ámsterdam para que fuera debidamente tallado y, de esa forma, pasar a formar parte de las joyas de la corona de la reina. Algunas de las vicisitudes del Koh-i-Noor tienen su correlato con las de la Piedra Lunar en la novela, incluso en el aspecto de la maldición. Pocos días antes de recibir el obsequio, la reina sobrevivió al atentado de un húsar demente, y corrió la superstición de que la muerte en 1862 de su marido, el príncipe Alberto, fue una de las « desgracias» asociadas al diamante. *[Esta nota, como las siguientes a menos que se indique lo contrario, es del editor.]* <<

[2] Rafael. Se trata probablemente de una referencia a la estética prerrafaelita, muy de moda en aquellas fechas. <<

[3] Balada sentimental de Thomas Moore (1779-1852), muy popular en la época. <<

[4] Nota añadida por Franklin Blake. La señorita Clack puede perder cuidado en este sentido. Nada se añadirá, alterará o suprimirá de su manuscrito, ni de ninguno de los otros manuscritos que han pasado por mis manos. Sean cuales fueren las opiniones que puedan expresar los distintos narradores, o las peculiaridades de sus respectivos tratamientos, que acaso puedan menoscabar, incluso desfigurar en un sentido literario, las narraciones que estoy compilando, ni una línea se alterará en parte alguna, desde el principio hasta el final. Como documentos genuinos me han sido enviados, y como documentos genuinos me propongo conservarlos, debidamente refrendados por las declaraciones de los testigos que pueden arrojar alguna luz sobre los hechos. Resta añadir que « la persona de la que principalmente se ocupa» la señorita Clack en su relato se encuentra perfectamente feliz en este momento, no sólo en condiciones de arrostrar con valentía el finísimo ejercicio de la pluma de la señorita Clack, sino incluso de reconocer el incuestionable valor de su testimonio como instrumento para la exhibición del carácter de la autora de esta narración. <<

[5] Nota de Franklin Blake. La pobre criatura estaba equivocada. Yo no había reparado en ella. Ciertamente mi primera intención era darme una vuelta por los arbustos. Sin embargo, al recordar entonces que mi tía podía querer verme tras mi regreso de la estación, cambié de idea y fui hacia la casa. <<

[6] William Benjamin Carpenter (1813-1885), fisiólogo y naturalista. El pasaje que se reproduce a continuación es de su obra *Principles of Human Physiology* (1852, 4.ª edición). <<

[7] John Elliotson (1791-1868), médico, fundador y presidente de la Sociedad Frenológica inglesa. Estaba convencido de las aplicaciones terapéuticas del mesmerismo, lo cual le valió no pocos conflictos con las instituciones médicas. Enseñó a Dickens la técnica de la hipnosis y W. M. Thackeray le dedicó su novela *Pendennis* (1848-1850). Su *Human Phisiology* se publicó en 1840. George Combe (1789-1858) fue un célebre frenólogo, autor de *A System of Phrenology* (1836), obra de la que procede el pasaje —incluido en la *Human Phisiology* de Elliotson — citado a continuación. <<

[8] En las ocasiones en que el informe se refiera a los sucesos del día del cumpleaños, o de los tres días posteriores, compárese con la narración de Betteredge, capítulos VIII a XIII. *[Nota del sargento Cuff.]* <<